UNIVERSO PLANTÍO: LIBRO I

La Tormenta



ESTER DEL CAMPO


La
Tormenta



ESTER DEL CAMPO

La Tormenta. Universo Plantío: Libro I
© Ester del Campo, 2024
www.esterdelcampo.com
hola@esterdelcampo.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de información, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Este es un libro de ficción. Los personajes, nombres, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Primera edición: Noviembre de 2024

ISBN: 978-84-09-66344-6
Depósito Legal: TO 285-2024

Diseño de cubierta: en colaboración con Miguel del Campo.

Contenido sensible:
Este libro contiene descripciones de violencia física explícita, lenguaje malsonante, tráfico de drogas, secuestro, muerte de personajes (aunque implícita). **Algunos de estos temas pueden ser sensibles o desencadenantes para ciertos lectores. Se recomienda discreción.**

A todas las chicas que soñamos
con las aventuras de nuestros personajes favoritos,
sabiendo que no duraríamos ni una página.

El sol no está ahí para cegarnos,
ni las tormentas para no poder volar.

- Jorge Ruiz -

I.
VUELTA

Una nueva sacudida lanzó a Maddie contra la ventana del autobús. Las carreteras seguían estando tan mal como las recordaba, y empezaba a notar lo poco que en realidad había cambiado su hogar, a pesar de sus temores de encontrarse más que nunca como una extraña en su propia casa.

Según avanzaban por la carretera, le parecía atravesar un túnel de vuelta al pasado. Las nubes iban creciendo y oscureciendo su destino, y no sólo físicamente. Ya notaba el pesar en su interior.

La señora sentada a su lado volvió a recoger todas sus pertenencias que con el vaivén del vehículo iban golpeando a Maddie en las piernas y luego le sonrió levemente a modo de disculpa. Ella le devolvió la sonrisa aceptándolas.

Después se recostó aún más en su asiento cruzando los brazos para dejar de apretarse las manos. No podría estar tan mal, nada podía haber cambiado tanto. Todo seguiría como lo dejó nueve meses atrás. Incluso su hermano; la razón por la que estaba sentada en un mugriento autobús de camino a casa.

Cuando el autobús por fin terminó de torturar a los pasajeros, Maddie corrió a la puerta deseando estirar las piernas tras tantas horas encogida en su pequeño asiento. Había podido dormir un poco durante el trayecto, pero dudaba que eso hubiera ayudado en algo su estado. Su espalda y piernas parecían entumecidas.

El olor a humedad le golpeó en la nariz tan pronto pisó tierra firme. No estaba lloviendo, pero las playas de Plantío eran suficientes para mantener ese ambiente húmedo constante, y la desaparición del sol empezaba a traer el frío consigo. Le sorprendió cuánto había echado de menos esos detalles, que solían ser lo más incómodo de aquel lugar.

Se dirigió al lateral del autobús, donde el resto de pasajeros ya terminaba de recoger sus bultos. Encontró su mochila con rapidez y la sacó del maletero. Luego echó un vistazo a su alrededor y estuvo a punto de resoplar cuando vio a un grupo de cuatro chicos apoyados en la barandilla que separaba la acera de la carretera. Fueron sus motos, aparcadas junto a ellos, lo que le hizo creer que eran su hermano y sus amigos. Pero al fijarse, no reconoció ninguna de sus caras.

Se giró dispuesta a seguir su camino en cuanto su mirada se cruzó con la de unos de aquellos chicos, que la observaba fijamente.

—¿Eres nueva por aquí? —le preguntó éste dando una voz antes de que diera el primer paso.

—No —contestó ella. Cuando se volvió, encontró una sonrisa expandiéndose en la cara de aquel desconocido.

—¿Eres Maddie? —insistió él.

Si pretendía mentir sobre ello, su cara de confusión la delató sin ninguna alternativa.

Permaneció quieta mientras veía cómo se acercaba a ella con ganas de continuar la conversación. En cuanto la luz de la farola bañó su figura, pudo entrever que iba totalmente vestido de negro.

Los chicos detrás de él lucían un uniforme similar.

Pero fue la sonrisa de aquel chico, y de los que tenía a su espalda esperando, lo que le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Os manda Dylan? —preguntó.

El chico sonrió más mientras se acercaba, y alguno detrás de él se rio también. Una risa que hacía saltar las alarmas de Maddie. Habían abandonado la barandilla y seguían a su amigo, acortando su distancia hasta ella.

Dio un paso atrás, pero en cuanto vio cómo aquel chico parecía disfrutar de su temor, mantuvo sus pies quietos, como si se hubieran pegado a la acera. Aún recordaba cómo mantener a raya el miedo.

—Sí, nos manda tu hermano. ¿Te llevamos? —le ofreció de forma amistosa.

Sin embargo, Maddie notó el golpe de su corazón contra su pecho. Nadie excepto Harper sabía que llegaba aquella noche. Dylan no les podía haber mandado, y no tenía ni idea de quiénes eran aquellos chicos. Sólo que no parecían surferos. Pero quizá había pasado demasiado tiempo fuera de casa.

—¿Sois nuevos en la banda? —preguntó. Sabía que de su boca saldría otra mentira, pero necesitaba algo de tiempo para pensar.

—Sí. Hay gente nueva desde que te fuiste.

Ante su respuesta, hizo un esfuerzo por sonreír, pero no sabía qué más decir. Tampoco se atrevía a mirar atrás y ojear sus opciones. Si no la habían cogido ya a la fuerza, sería porque la creían tragándose su farsa.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —le preguntó de nuevo el chico, ocultando su impaciencia.

—Claro —dijo ella. Entonces se descolgó la mochila de la espalda y la echó a sus pies—. Pero antes voy al baño. No puedo más. —Sin esperar su respuesta echó a andar de camino al edificio de la estación que tenían detrás.

—Te esperamos aquí —escuchó que le gritaba el chico mientras se alejaba.

Levantó el pulgar en el aire tan segura y tranquila como fue capaz. Se dijo que la idea de dejarle la mochila le habría hecho creer que de hecho volvería, pero no estaba en sus planes encontrarse de nuevo con ellos.

Una vez cruzó las puertas de cristal al interior de la estación, se le encogió el estómago al comprobar que la otra entrada del edificio estaba cerrada. No había tenido en cuenta la hora.

Intentando mitigar su malestar se metió rápidamente en el baño con la esperanza de poder escabullirse por alguna ventana, pero de nuevo se enfrentaba a un callejón sin salida. Ni siquiera había una pequeña para ventilar el mal olor que se concentraba allí.

Sacó su móvil, como si así pudiera encontrar otra alternativa, y vio el mensaje de su amiga.

Harper: Estoy en la entrada. ¿No has llegado ya?

Seguramente habría visto salir a todo el mundo menos a ella, pero no podía hacerla entrar. Seguirían en desventaja de número, y no tenía muy claras las intenciones de aquel grupo, pero sabía que no iba a dejar que su amiga las tuviese que descubrir.

Maddie: Ya salgo.

Se tomó un momento más para calmarse. Únicamente cuando escribió el mensaje de respuesta se percató de que le temblaban las manos. Respiró hondo mientras se convencía de que podía hacerlo. Únicamente tenía que salir corriendo, y Harper estaría en la puerta esperándola. Se subirían con rapidez a la moto y todo habría acabado. Inspiró profundamente una vez más y salió del baño.

A través de las puertas de cristal pudo ver a los chicos que aún la esperaban, iluminados vagamente por la única farola en funcionamiento en la parte trasera de la estación.

Las dudas empezaron a recorrer su cuerpo. La entrada al recinto quedaba muy lejos y aún tenía que rodear el edificio por completo.

Entonces escuchó a un hombre refunfuñando en el pasillo que se abría a su izquierda. Hablaba sólo, quejándose de las horas y dando golpes a las paredes con la escoba mientras barría. Pero era lo que había detrás de él lo que llamó la atención de Maddie.

Se movió rápidamente contra la pared, esperando que los falsos moteros no la hubieran visto a través de las puertas acristaladas y se acercó a la salida de emergencia que había dejado atrás el conserje.

Abrió lentamente, intentando evitar el chirrido que hacía la puerta, pero sin conseguirlo.

—¿Vas a alguna parte? —uno de los chicos había emergido en la oscuridad. Vestido de negro, parecía una sombra cerniéndose sobre ella.

Escuchó cómo silbaba avisando a sus compañeros sin perderla de vista.

Maddie echó a correr sin pensarlo, pero su brazo quedó atrapado en el agarre de aquel chico, que la atrajo hacia sí.

—¿Ya no quieres venir con nosotros? —preguntó como si estuviera diciendo algo divertido.

Mientras luchaba contra la mano que la retenía, sintió un nudo en la garganta, pero aún así, no dejó que el miedo la paralizase.

Trató de dar un rodillazo a su captor, pero él paró su pierna con acierto a la vez que le daba un empujón. Al hacerlo soltó su mano, y Maddie se apresuró en su huída mientras intentaba recuperar el equilibrio y no caer al suelo.

No sabía si corría más su corazón o sus piernas, pero aún así, su velocidad le parecía insuficiente. Continuó moviéndose sin comprobar si la seguían. Estaba segura de que sí. Le preocupaba también no saber cuánto más tendría que correr, y se arrepintió de no avisar a su hermano de su llegada. Había pretendido evitarse la comitiva de motos, pero la que había recibido era mucho peor.

Alcanzó la puerta que daba a la carretera y sólo entonces se permitió mirar hacia atrás. En cuanto lo hizo, sus pies dejaron de avanzar.

Los cuatro chicos la miraban desde el otro lado de la verja, retomando el aire pero sin acercarse más.

Empezaron a silbarla y a reírse, y se iban animando unos a otros para marcharse de allí. El que había hablado con ella aguantó un poco más de tiempo y, después de saludarla llevándose la mano a la frente, se adentró de nuevo en la estación.

Maddie se quedó mirando confusa cómo los cuatro desaparecían entre las sombras mientras el aire le ardía al pasar de su boca. Supuso que sólo habían querido asustarla, y le molestó haberles permitido conseguirlo.

Sin querer forzar más a su suerte, se dio la vuelta para buscar rápidamente a su amiga mientras daba una bocanada de aire, pero éste se quedó atascado a medio camino.

Frente a ella había otro de aquellos chicos observándola, montado en una moto igual de

negra que la de los cuatro atacantes.

La luz de la farola sobre él le bañaba por completo y, al contrario que los otros, no se molestaba en fingir una sonrisa, sino que la miraba como si estuviera molesto.

De primeras le había parecido que era Dylan el que descansaba sobre aquella moto. Su complexión era parecida, aunque no tenía dudas de que el motero que la observaba era algo más grande. Su pelo tenía un corte similar, más largo por la parte superior, pero no compartía con él ese tono claro que Maddie siempre había envidiado de su hermano.

Aún en la distancia pudo ver los tatuajes que cubrían sus brazos y se ocultaban bajo las mangas de su camiseta negra, aunque no llegaba a descifrar los dibujos. Cuando llegó a sus ojos enfadados, pudo sentir lo que su imagen ya parecía querer avisar, y la única palabra que se repetía en su cabeza: peligro.

No, ese chico no se parecía en nada a su hermano. Y por su mirada, parecía que tenía la misma intención que los chicos de la estación.

Giró sobre sus talones buscando una salida cuando un borrón la atrapó entre sus brazos. Dio un grito sin poder remediarlo y sólo se contuvo de asestarle un golpe a su opresor cuando reconoció su voz.

—¡Tíaaa! ¡Qué ganas tenía de verte!

A pesar de que aquel grito amenazó con dejarla sorda, Maddie no podía alegrarse más de que Harper vociferara en su oído. Le devolvió el abrazo con más fuerza de la necesaria debido a los nervios aún presentes en su cuerpo. Su amiga posiblemente se lo tomaría como un gesto normal tras tantos meses sin verse, y no pretendía hacerle cambiar de opinión.

La última vez que se habían abrazado, ella había desaparecido durante meses y las lágrimas adornaban su cara. En aquel momento sentía paz.

Apretó un poco más los brazos alrededor de ella antes de que su amiga se despegara, y entonces pudo verla tal y como la recordaba. Con su pelo recogido en una larga coleta alta, su raya del ojo bien marcada, su ropa ajustada y sus labios tan rojos como siempre. No era más alta que ella, pero sus botines de tacón conseguían despistar.

Harper, a su vez, le estaba echando una mirada de arriba a abajo, y mientras lo hacía transformaba su sonrisa en unos labios fruncidos.

—Tía, ¿qué llevas puesto?

Maddie se hubiera echado a reír ante su cara de disgusto si no fuera porque aquel motero seguía observándola impasible desde su sitio.

Sin embargo, su amiga, ajena a su preocupación, parecía realmente ofendida por su elección de vestimenta: sus vaqueros y zapatillas blancas de siempre y el objeto de disgusto de Harper: una blusa de flores con pequeños volantes en las mangas.

—Oh, em… Me quedé sin ropa limpia. Es de Lizzy —se excusó vagamente mientras se cruzaba de brazos tapando el estampado de su ropa. Harper la seguía mirando como si hubiera perdido la cabeza.

—Pareces una nubecita —le dijo.

Una carcajada comenzó a ascender por su pecho cuando el sonido de una moto arrancando le hizo parar antes de empezar. Harper también se giró hacia aquel motero, que seguía esperando en el mismo sitio.

—¿Le conoces? —susurró Maddie mientras su amiga lanzaba otra pregunta a su vez.

—Joder, ¿cómo sabía que venías?

Maddie frunció el ceño.

—¿Es de la banda? —preguntó extrañada. Obviamente su amiga le conocía. Se preguntó si también conocería a los chicos que le habían dado la bienvenida a su llegada, aunque le parecía improbable.

—Sí. Está con nosotros.

—¿Les has avisado de que venía?

—¡Te juro que no! —aseguró Harper mostrándose dolida por sugerirlo.

Maddie miró otra vez al chico sobre la moto para descubrir que no había dejado de observarlas. Luego tiró de su amiga en dirección opuesta, atenta a ver si las seguía más que con los ojos.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro, a pesar de que estaban tan lejos que no podría oírlas.

—Es Jake. Vino al poco de que nos abandonaras —le explicó encogiéndose de hombros, como si aquellas palabras tantas veces repetidas no pudieran doler ya a su amiga.

—Vamos, no os abandoné. Sólo he estado fuera unos meses, para estudiar.

—Llámalo como quieras. Te fuiste, traidora. —Harper la sonreía dejando claro que no podía rebatirlo , pero que no estaba enfadada con ella. Al menos ya no.

Maddie recordaba cómo durante las primeras semanas desde su partida no dejaron de hablar, aunque la conversación había sido más fría que de costumbre. Sin embargo, su amiga no dejó de escribirle cada día preguntando sobre su vida en la universidad y en un mundo que poco tenía que ver con el de Plantío.

Al principio pensó que simplemente temía que la olvidase. Algo que ambas sabían que era completamente imposible. Pero lo que realmente Haper hacía con cada uno de sus mensajes era demostrar lo buena amiga que era, pues por poco que compartiese el deseo de Maddie de alejarse, quería dejarle claro que siempre estaría ahí para ella.

Eso se lo dijo en un audio una noche de borrachera mientras Maddie estudiaba para sus primeros exámenes.

Aquella noche terminó llorando sobre sus apuntes, y después estudiando más que nunca tras la regañina que Harper le echó por no concentrarse en el examen. Aprobó por los pelos y su amiga la felicitó como si hubiera sacado matrícula.

—Te he echado de menos. Cada día —Maddie confesó cuando llegaron junto a la moto de Harper. Estaba deseando darle otro abrazo, pero se contuvo.

Su amiga le guiñó un ojo mientras montaba en la moto y se ponía el casco.

—No más que yo a ti , *Di.* Vamos, no querrás que te vean con esas pintas. ¿Y qué te has hecho en el pelo? —Se rio mientras le pasaba el casco que había traído en su codo.

Maddie lo cogió y luego se atusó su largo pelo castaño, quitándose las pinzas que lo mantenían alejado de su cara.

—Eres más pesada que mi hermano. —Puso los ojos en blanco, una costumbre que no había perdido en sus meses fuera, y se ajustó el casco mientras se sentaba detrás de su amiga.

—Espera a que te vea así —la retó, y era el único motivo por el que se alegraba de que su hermano no hubiera aparecido por allí. Tenía razón.



Veinte minutos y muchas curvas después, Harper aparcó la moto delante de su casa. Maddie no podía evitar la sonrisa de su cara. Había echado de menos los paseos en moto mucho más de lo que se había permitido reconocer en su exilio. El aire envolviéndole el cuerpo, la sensación de velocidad, los cambios de peso, incluso el peligro de estar sola frente al asfalto.

Los baches y la carretera tan penosa que había en Plantío hacía que todo fuese aún más peligroso; o más divertido, como Dylan solía decir. Pero Harper conocía bien las carreteras, y se notaba cuando se adelantaba a cada bache con un movimiento rápido.

—Necesitas coger la moto —le dijo mientras abría la puerta e invitaba a Maddie a pasar.

No iba a discutirlo. Después de aquel pequeño paseo, no podía esperar a ser ella quien llevase el mando de su propio vehículo. Aún así preguntó.

—¿Y eso por qué?

Su amiga se rio suavemente.

—Casi me rompes las costillas ahí atrás —dijo mientras lanzaba las llaves en el cuenco de la entrada. Luego desapareció tras la puerta de su habitación y Maddie se dejó caer en el sofá. Su corazón aún seguía acelerado, y no tenía tan claro que sólo se debiese al paseo en moto.

Cogió su móvil y escribió rápidamente.

Maddie: Ya estoy en casa.

No esperaba recibir respuesta, pues normalmente era complicado coincidir con su hermano por el móvil, pero parecía que la suerte empezaba a estar de su lado aquella noche. Recibió una respuesta enseguida.

Dylan: En qué casa?

Sonrió. Había conseguido engañarle, aunque no estaba segura de que hubiera sido tan buena idea. No tardó en convencerse de que sí, cuando se imaginó la pelea que podría haber tenido lugar en la estación si Dylan llega a presenciar lo ocurrido.

Maddie: En la de Harper

Dylan: Estás en Plantío?!

Maddie: Quería ahorrarme tu comitiva motera.

La respuesta de su hermano tardó un poco más en llegar, y supuso que estaría haciéndose a la idea de lo que acababa de revelarle.

Dylan: Conseguirás que deje de confíar en ti.

Maddie se rio suavemente. Desde luego se estaba conteniendo con su respuesta.

Maddie: Puedes confiar en mi perspicacia para deshacerme de ti.

Dylan: Estás con Harper?

Maddie: Yep!

Contestó, sabiendo que esa era su despedida. Siempre terminaba sus conversaciones una vez confirmaba que estaba con alguien que le transmitiera seguridad. Tantos años cuidando a su familia le había pasado factura. Pero era una de las cosas que siempre había valorado de su hermano, aunque a veces demostrara un control excesivo en su intento de cuidarla.

Dylan: Nos vemos esta noche.

Fue el último mensaje que recibió . Ni siquiera se molestó en responder. Sabía que ni lo leería.

Dejó su móvil sobre los cojines del sofá y después de dar un largo suspiro siguió a Harper hasta su habitación. La encontró repasándose la raya del ojo, como si no la tuviera siempre perfecta.

—¿Salimos esta noche? —preguntó más por iniciar una conversación que por necesitar realmente una respuesta.

Su amiga la miró desde el reflejo del espejo con una sonrisa que se ensanchaba. Luego se giró y le lanzó un top que tenía encima de la mesa que usaba como tocador.

Maddie lo cogió al vuelo y cuando extendió la pequeña pieza de tela delante de ella estuvo tentada de mirar la talla. Estaba segura de que Harper se compraba la ropa una o dos tallas más pequeña.

Vio cómo su amiga volvía a centrarse en su raya del ojo y ella simplemente gimió, haciendo una bola de nuevo con el top.

—¿Puedo tener jet lag? —preguntó sin esperanza, conociendo de nuevo la respuesta.

No había hablado con nadie después de marcharse nueve meses atrás, aparte de con Harper y Dylan. Por supuesto había sabido de la vida de cada uno porque su amiga la había mantenido al tanto, pero le preocupaba que no todos hubieran aceptado tan bien su salida de Plantío.

No le habían dicho nada al respecto, pero había pasado muchos años entre los componentes del grupo como para conocerlos bien.

Realmente no le importaba lo que los demás pensasen de ella. Nunca le había importado, y no iba a empezar a preocuparle ahora. Pero no le apetecían las bromas a su costa o sentirse fuera de lugar porque ya no formase parte del grupo como antes. Eso si alguna vez formó parte de él, más allá de ser la hermana de Dylan.

Le encantaban las motos, como a su hermano, y el sentimiento de familia que compartían cuando cruzaban juntos las carreteras. Pero no siempre le gustaba todo lo que la banda conllevaba. Aún así, no podía evitar sentir pena al verse alejada de ellos de una forma u otra.

—¿Vas a cambiarte o vas a pasarte la noche mirándome? No es que me importe, pero prefiero que lo hagas mientras me tomo una cerveza bien fresquita. —Su amiga la devolvió a la realidad.

Ella puso los ojos en blanco y se fue al baño en busca de la ducha con la que llevaba soñando desde que se sentó en el autobús.

Cuando salió, Harper la esperaba tumbada en la cama sonriendo a su móvil.

—¿Con quién tonteas ahora? —le preguntó mientras se acercaba al armario en busca de algo que tuviera más tela que el diminuto top que le había lanzado en el tocador. Al abrirlo sonrió. Aparte de tener mucha más cantidad de ropa, el desastre que escondían aquellas puertas no había cambiado en su ausencia.

Harper no contestó a su pregunta y apagó la pantalla dejando el móvil sobre la cama.

—¡Qué lenta eres, tía! Voy a pillar todas las cervezas calientes. —Se acercó y escogió rápidamente una camiseta para Maddie. Blanca, con un dibujo de una calavera con una serpiente y rosas alrededor de ella.

Se habían comprado esa camiseta igual varios años atrás, cuando Harper intentaba impresionar a un chico del que Maddie estaba segura que ya no recordaría ni el nombre. Por

supuesto había conseguido conquistarle, pero se había aburrido de él dos semanas después.

A Maddie le pareció una buena opción. Siempre le había encantado esa camiseta, aunque nunca pudo discernir si era por el diseño o por haberla comprado junto a su amiga.

—Ya, lo que te preocupa son las cervezas. —Se rio mientras se ponía la camiseta y se la metía por dentro del pantalón.

Su amiga la acompañó en su risa, pero no hizo ningún otro comentario. Simplemente empezó a meter cosas en su bolso y más tarde a protestar por lo tarde que iban a llegar.

—Mira que eres pesada cuando quieres —se quejó después Maddie ante los murmullos incesantes de su amiga.

Antes de que se diera cuenta, Harper estaba plantada delante de ella, mirándola de arriba a abajo.

—Cállate. Estás bombón. Vuelves a ser tú. Porque vaya camiseta me traías, tía… —comentaba mientras le colocaba el pelo hacia un lado y sobre el hombro.

Con las ondas incontrolables que tenía y sin las horquillas que se había quitado antes de subirse a la moto, su melena parecía tener mucho más volumen. Demasiado para Maddie. Pero a Harper parecía gustarle por algún motivo, y ella estaba demasiado cansada como para intentar discutir algo sobre estilismo con su amiga.

Se miró en el espejo mientras Harper seguía recogiendo cosas alrededor de la habitación y metiéndolas en su bolso. Cosas que seguramente no iba a utilizar, pero que era mejor llevar, por si acaso.

Se veía guapa. Un reflejo de quien fue en el pasado, de quien huyó de ese pueblo nueve meses atrás. Una versión un poco más adulta, más seria, pero que seguía vistiendo las mismas prendas.

Vuelves a ser tú. Repetía las palabras de su amiga en su cabeza. No sabía a quién se refería, pero si era a Maddie, la hermana motera, ese papel sabría interpretarlo a la perfección. Lo había hecho durante muchos años.

Su look no era tan cuidado como el de Harper, con pantalones de efecto piel bien ajustados y body de encaje. Estaba claro que esa noche su amiga salía con ganas de guerra, y Maddie no pudo evitar sonreír al pensarlo.

Harper se acercó y le sacó la camiseta del pantalón. Empezó a hacerle un nudo en la espalda, de forma que quedase a modo crop-top.

—Te lo digo, me preocupa lo que estos nueve meses sin mí hayan podido hacerte.

Maddie no sabía si hablaba en serio o no, pero se rio igualmente.

II.
SOLA

El plan de aquella noche les esperaba a unos metros, pero aún así hicieron el camino en moto. Había una norma no escrita en la banda, y era que la moto se sacaba a pasear, especialmente cuando había reunión. Y por lo visto Dylan ya había avisado a todos de que la de aquella noche era obligatoria. Por esa misma razón había mentido sobre su hora de llegada.

Una vez sentada detrás de su amiga, se aseguró de no apretar demasiado su abrazo. No necesitaba darle más motivos para reírse de ella.

Ya era de noche cuando salieron de casa de Harper, y los pocos espacios iluminados se veían de un color anaranjado debido a las viejas farolas.

Según se acercaban al mirador del pueblo, se fijó en la cantidad de gente allí reunida. Una larga fila de motos aparcadas flanqueaba la banda, por lo que no cabía duda de que ese era su destino. Pequeños grupos de personas hablaban pasándose litronas de cerveza de unos a otros. Se preguntó cuántos habría allí reunidos, pues no recordaba que hubiera tanta gente en el grupo. Contando por encima le salieron más de veinte personas. El doble de las que dejó antes de marcharse.

Los dedos de Maddie empezaron a apretar los costados de su amiga, y tuvo que recordarse aflojar la presión.

Aparcaron cerca de uno de los grupitos que hablaban y reían, y Maddie notó su sonrisa ensanchándose a su vez. Podía reconocer varias de las caras que se giraban al verlas.

Por un momento regresó el vacío en su pecho, como le ocurrió al encontrarse con Harper después de tantos meses. Pero también un candor envolvió su cuerpo cuando Jordan le sonrió al verla.

—¡Eh, Harper! ¿Quién es la nueva? —gritó éste, haciendo que varios de los allí reunidos se volvieran a mirarla.

Hizo lo posible por ignorarlo y se acercó a su amigo con el mismo gesto que él tenía en su cara.

—Muy gracioso, Jordan. —Le abrazó. Llegados a ese punto no podía dejar de sonreír. Se dio cuenta de que les había echado de menos más de lo que se había permitido aceptar.

Siguió saludando al resto del grupo: Colin, Tessa, Tyler; y conoció a Sophie, la novia de Colin, y a Robert, un nuevo miembro de la banda. Cuando terminó con los saludos se colocó al lado de Jordan, apoyándose en su moto.

—Veo que todo sigue igual por aquí —dijo mientras le quitaba la litrona de las manos para darle un trago.

—Tú en cambio estás más buena —le contestó él, empujándola con el hombro.

Maddie tosió al intentar tragar y reír a la vez, mientras Harper estallaba en carcajadas.

—Vas con todo, ¿eh? ¿Puedes repetirlo cuando esté Dylan delante? Por favor —le picó juntando las manos a modo de súplica.

Maddie se rio suavemente. Sabía que Jordan estaba de broma, pero también que su amiga quería aprovechar para reírse de él. No se atrevería a decirlo delante de Dylan. Su hermano ya se había ocupado de que a nadie se le pasase por la cabeza acercarse más de lo necesario a ella.

Unos años atrás había tenido sentido. Ella era pequeña cuando Dylan entró en la banda, y a Maddie tampoco le había importado, pues todos los miembros le daban bastante miedo al principio. Algunos aún seguían haciéndolo.

—¿Y dónde está mi hermano? —preguntó echando un vistazo a su alrededor. Sabía que no se encontraba allí, porque de lo contrario ya estaría con ella.

Cuando volvió a mirar a la gente de su grupo, se percató de que nadie había respondido a su pregunta, y pudo ver alguna mirada esquiva entre ellos. Si eso ocurría, era mejor no preguntar, así que no insistió más.

Dylan le había prometido que se verían esa noche y ella estaba segura de que cumpliría, aunque no supiera el momento exacto.

Un rato más tarde, unos cuantos más se habían acercado a saludar a Maddie, como Chris y Nathan, o a conocerla, como Samuel, Alan, Jeremy, Jamie y Jane. Pero ninguno era su hermano.

Finalmente encontró un momento en el que desaparecer, y se escabulló para acercarse al final del mirador. Todavía no había visto el mar, más allá del horizonte que había viajado a su lado en el autobús. Y con el vaivén del vehículo, Maddie sólo había pensado en acabar el viaje cuanto antes y en nada más.

Se apoyó sobre la barandilla de piedra y se quedó mirando a la oscuridad frente a ella mientras tomaba un nuevo trago de la botella de cerveza que Harper le había pasado. Pronto, una luz en la playa llamó su atención. Había una hoguera y gente sentada alrededor. Básicamente hacían lo mismo que ellos, pero quizá un poco más calientes.

Se ajustó su chaqueta, alegrándose de habérsela cogido prestada a Harper. La oscuridad siempre traía frío en Plantío.

Se fijó de nuevo en la penumbra del horizonte, intentando visualizar dónde acababa el mar y dónde comenzaba la noche.

—¿Qué pasa, *Di* ? —Harper había aparecido a su lado, pero en aquel momento no daba la impresión de querer burlarse de ella. Más bien se mostraba preocupada.

Maddie se giró dándole la espalda a la melancolía de la imagen frente a ella y sonrió a su amiga.

—Nada, tengo ganas de ver a Dylan. —Y era cierto. Se fijó en la gente a su alrededor—. Y creo que ya no conozco ni a la mitad de los que estáis aquí. —Se encogió de hombros sin querer darle importancia al hecho de sentirse una extraña en su hogar, como había temido.

Harper le cogió la mano y tiró de ella.

—Entonces ven. Siguen siendo tu familia.

Fue llevándola de un lado a otro, presentandole a todo aquel que no la conocía aún, aunque todos habían oído hablar de ella.

A Trevor, Paul y Sam ya los conocía, y todos le dieron un abrazo cuando la saludaron. Luego hubo otros a los que Harper presentó, Patrick, Nancy, Donna y Red, aunque Maddie sabía que tardaría un tiempo en quedarse con los nombres nuevos.

Una hora más tarde, el rugido de varias motos apagó la conversación en el mirador y no tardaron en aparecer a lo lejos, moviéndose directas hacia donde se encontraban. Maddie se bajó de la barandilla de piedra donde estaba sentada buscando a su hermano entre todos ellos. Lo reconoció al instante, incluso antes de quitarse el casco y posar sus ojos grises sobre ella.

—Ven aquí, ¡pequeña mentirosa! —Dylan sonrió mientras se acercaba a ella con los brazos extendidos, esperando a estrecharlos alrededor de su hermana.

No tardó en darle el gusto, y él la alzó en el aire girando de alegría. La bajó rápidamente para poder verla bien y la abrazó una vez más.

—Qué guapa estás, joder. No te habrán dicho nada, ¿no? Que empiezo a cortar cabezas —bromeó.

Su hermana le empujó rompiendo su abrazo.

—¡Mira que eres imbécil!

También ella se quedó mirándole, intentando descubrir algún cambio en él, pero seguía siendo el hermano guapo que siempre había tenido, con su pelo castaño claro y su piel bronceada bajo los tatuajes. Estaba segura de que habría tenido al menos a la mitad de las chicas nuevas suspirando por él.

—Ya pensaba que no querías verme —le acusó por haber tardado tanto en ir a verla.

—¿Y el imbécil soy yo? —Se rio por la nariz—. Teníamos lío.

Maddie echó un vistazo a todos los moteros con los que había llegado.

—Ya veo. ¿Partida de caza?

Dylan se agachó a coger una cerveza de una de las bolsas verdes en el suelo y le pasó otra a Maddie, pero no contestó a su pregunta. Únicamente le sonrió, con esa sonrisa suya de *mejor no preguntes* .

Así que Maddie no lo hizo y suspiró en su lugar.

—Parece que el negocio va bien. Veo muchas caras nuevas. —Aparte de Fred, Harry y Lisa, y el chico que había estado a la entrada de la estación de autobuses, Jake, había tres caras que no reconocía.

Su hermano le pasó el brazo por los hombros y la empujó con él.

—Ven, que te presento —dijo acercándose a los recién llegados, algunos aún sobre sus motos—. ¡¡Chicos!! —gritó, pero viendo que no era suficiente para llamar su atención, silbó, haciendo que Maddie se estremeciera a su lado. Finalmente consiguió que todos les miraran—. Chicos, esta es Maddie, mi hermana. Y está fuera de vuestros límites, cabrones —empezó a señalarles a modo de aviso.

—¡Mira que eres pesado! —Le dio un codazo mientras su hermano se reía.

—Tengo que cuidar de ti.

Dylan intentó abrazarla, pero ella se zafó mientras ponía los ojos en blanco.

Más tarde le presentaría debidamente a las últimas tres incorporaciones que aún no conocía: Adam, Rocky y TJ.

La noche transcurrió tranquilamente, entre conversaciones, motos y cerveza. Dylan se acercaba continuamente a donde ella estuviera, y si no estaba a su lado, Maddie lo buscaba con la mirada. Le encantaba verle en su hábitat, hablando con sus amigos, riéndose, bromeando.

En seguida se percató de quiénes eran con los que más hablaba, con los que más bromeaba, y de las chicas que estaban interesadas en él. Supuso que terminaría la noche con alguna de ellas, aunque ninguna parecía llamarle especialmente la atención.

Llevaba ya un buen rato contemplando a Dylan con su grupo, y a Harper con un chico del que todavía no sabía nada aparte de su nombre, cuando se giró sobre su asiento en la barandilla y bajó de ella por el lado exterior. El que daba a la ladera hasta la playa.

Se dio la vuelta para comprobar que nadie la había visto, y tan solo dos ojos marrones seguían sus movimientos. Los mismos ojos que la habían estado esperando a la salida de la

estación. Maddie se quedó quieta un segundo antes de seguir moviéndose.

Luego, con cuidado, fue bajando la ladera, sujetándose en ramas y piedras que había por el camino y dando gracias de que la luna esa noche le permitiera ver por dónde pisaba. Llegó a la playa en poco tiempo y sintió cómo el olor del mar la envolvía. Le iba a costar volver a la universidad cuando acabase el verano.

Desde ahí abajo podía escuchar las voces de quienes estaban en la hoguera, y también las de sus amigos, arriba en el mirador. Cuando echó un nuevo vistazo detrás de ella, sintió los nervios recorriendo rápidamente su cuerpo. Frente a ella había una sombra de casi dos metros que la acechaba.

Nadie la había visto bajar, salvo los ojos marrones de Jake, y en cuanto estuvo lo suficientemente cerca pudo reconocerlos en la sombra que se aproximaba.

—¿Me estás siguiendo? —le dijo sin ocultar su enfado.

Él se acercó lo suficiente como para no hablar muy alto, manteniendo así en secreto su huida. Antes de hablar cambió su ceño fruncido por una medio sonrisa.

—Pensaba que habías ido a la universidad.

—Sí, ¿y? —ella entró al trapo.

Él se encogió de hombros.

—¿No se supone que van las más listas? —Su sonrisa era ya completa, especialmente al ver el enfado recorriendo las facciones de Maddie.

—¡Desde luego que los más gilipollas no!

Se giró sobre sus talones y empezó a alejarse de él, directa hacia la hoguera. Tuvo que calmarse rápidamente para no delatarse. No era tan tonta como para meterse en la boca del lobo nada más llegar. Pero sí quería echar un vistazo y comprobar si, al igual que le pasaba con los de su banda, ya no reconocía a los surferos.

Se ocultó detrás de unos arbustos justo al pie de la ladera, lo más cerca posible sin que pudieran verla.

Al poco sintió a Jake detrás de ella. No había dicho nada más, y se preguntó si estaba allí para evitar que se acercara a ellos. Sin embargo, no iba a comprobarlo, y algo le decía que aunque le preguntara, él no diría nada si no era para reírse de ella.

—No voy a acercarme —dijo finalmente mientras se alejaba del arbusto en dirección contraria, por donde había venido—. Ya puedes volver con Dylan y decirle que no necesito una niñera.

No esperó a que él pudiera contestarle y siguió andando. Cuando llegó al otro extremo de la playa, encontró unas rocas que aún no estaban rodeadas por el mar. Se quitó la chaqueta, las zapatillas y se remangó los pantalones. Echó un rápido vistazo a su espalda, para ver si Jake ya se había largado, como le había sugerido, o si seguía pegado a ella. No vio rastro de él.

Se subió a las rocas, y después de un rato moviéndose por ellas y clavándoselas en los pies, encontró el espacio perfecto para sentarse. Se quedó allí quieta, viendo las olas chocar contra las piedras, intentando alcanzarla, pero incapaces de conseguirlo salvo por las gotas que salpicaban su pelo.

Se estaba quedando helada, pero había esperado ese momento demasiado tiempo y no iba a moverse por un poco de frío. Creciendo en Plantío, el frío era parte de su cuerpo.

No sabía cuánto tiempo llevaba absorta en el ruido del mar y del agua luchando contra las rocas, cuando el barullo a su espalda empezó a subir de volumen. De hecho, fue el rugido de varias motos lo que la despertó de su trance y le hizo recordar el grupo con el que se suponía que

debía pasar la noche.

Bajó de vuelta a la arena y sin esperar a ponerse las zapatillas, las cogió y se fue corriendo hasta las escaleras que daban al mirador. Se dio cuenta de que la hoguera estaba apagada y no había nadie a su alrededor. Sólo una pareja alejándose en la sombra.

Cuando llegó arriba, sus amigos estaban enzarzados en una discusión con el grupo de surferos. En el centro de todos ellos, su hermano, que casi se puso de color rojo al verla.

—¿Y tú dónde coño estabas? —le gritó sin importar que todo el mundo se girara a mirarla.

Maddie agachó la cabeza y se acercó en silencio al grupo liderado por su hermano. Sabía que cuando la cosa estaba fea era mejor no contestar y no poner en entredicho el liderazgo de Dylan. No por las consecuencias que pudiera tener luego, sino porque la lealtad hay que demostrarla, especialmente cuando los surferos estaban delante.

Dylan mandaba, y el resto acataba.

—¿Hasta tus chicas prefieren nuestra playa, Dylan? —Maddie reconoció la voz que hablaba, y hubiera preferido no haberlo hecho—. Eh Maddie, cuando quieras te pasas. Tengo hueco en mi tabla. —Mario, el cabecilla de los surferos, empezó a reírse junto con otros detrás de él.

Parecían todos salidos de un mismo catálogo, con sus bañadores y sudaderas con capucha a juego en tonos pastel, y sus tablas de surf bajo el brazo.

Dylan estaba a punto de explotar.

—¡Eh! ¡Cállate la puta boca! —le señaló amenazando.

El problema era que cuanto más cerca estaba Dylan de explotar, mejor se lo pasaba Mario.

—Prefiero que me la calle ella, la verdad. —Su sonrisa estaba buscando problemas.

Dylan dio un un paso adelante y Maddie se precipitó con tal de evitar una posible pelea que acabase con una noche de enfermería improvisada en la cocina de su casa.

—Cállate ya Mario, sabes que no pienso ir contigo.

—Tú te lo pierdes, nena.

Ella puso los ojos en blanco, como solía hacer, aunque le costó esconder su sonrisa. Mario sabía exactamente qué decir para encender a su hermano. Y cuanto más absurdo era lo que decía, mejor le funcionaba. El problema era que cuanto más absurdo era lo que decía, más le divertía a Maddie también.

El surfero detectó su esfuerzo por ocultar su sonrisa y le guiñó un ojo. Estaba claro que se lo estaba pasando en grande. De hecho, si no estuviera empeñado en cabrear a su hermano, ella misma se habría reído ante su estúpido intento de ligar con ella.

Siempre le había caído bien, incluso después de separarse por la absurda rivalidad entre moteros y surferos. Pero era algo que tenía que olvidar si no quería que la tercera guerra mundial estallase en Plantío.

Jake, que había aparecido algo más tarde que ella, se acercó y le pasó su chaqueta en silencio. Lo miró extrañada ante su gesto para darle las gracias, pero él ya observaba fijamente a Mario con la misma cara de rabia que el resto de la banda.

Entonces se percató de que si había recogido su chaqueta olvidada era porque todo ese tiempo había estado vigilándola en la playa. En un instante se le pasaron las ganas de agradecérselo y recordó que seguía cabreada con él por seguirla. Se puso la chaqueta y fue a sentarse a la esquina del mirador por la que se había escabullido la primera vez. Sabiendo lo que se le avecinaba, le daban ganas de volver a desaparecer. Al menos en ese momento Jake estaría ocupado en caso de que empezase la pelea.

Por suerte, después de que unos se quedaran agusto soltando tonterías, y otros fueran calmando las aguas, todo quedó en amenazas estúpidas y miradas cargadas de odio. Parecía que la noche terminaría tranquila.

Lo primero que hizo Dylan cuando el último surfero desapareció de su vista, fue buscar a Maddie. Ella ya lo suponía, y por eso fue a esperar su regañina al lugar más alejado.

—Joder Maddie, ¿en que coño pensabas? —Una vez que Mario no estaba para desfogar su cabreo, le tocaba a ella aguantarlo.

Miró al horizonte. Podría soportar el cabreo de Dylan, pero no le apetecía discutir con él. No cuando acababa de recuperarle.

—Solo quería bajar un rato a la playa —dijo, sabiendo que no ayudaría en nada.

Tal y como esperaba, Dylan empezó a gritarle.

—¿A la playa en la que estaban ellos? ¿No hay más playas en Plantío? ¡No me jodas!

—Sí… —murmuró sin mirarle. Entendía que estuviera molesto, pero era su primer rato juntos tras su vuelta. ¿No valía más eso que cualquier gilipollez que Mario soltase por la boca? No era la primera vez, y no sería la última.

—Joder, ¿me estás escuchando? —Maddie finalmente lo miró—. No puedes ir por ahí con esa panda de…

—¡Lo siento! ¿Vale? —Llegados a ese punto le daba igual quien los estuviera mirando y escuchando. Posiblemente todos—. ¡Siento no estar tan pendiente de esta absurda rivalidad y no desearle la muerte a cada uno de los que no lleven una moto en este pueblo!

—¡Ellos te la desean a ti!

Maddie resopló, pero se contuvo en contestar. No servía de nada ponerse a gritar con Dylan. Y además, sabía que su hermano tenía razón. Esa rivalidad llevaba demasiado tiempo enquistada en Plantío y no mejoraba con los años.

—Me voy a casa —dijo finalmente bajándose de la barandilla.

Vio cómo su hermano pestañeaba ante sus palabras.

—Maddie…

Percibió culpabilidad en la forma en la que él dijo su nombre, pero no iba a permitírselo. Plantío era el hogar de su hermano y ella sabía que había unas normas que cumplir. Haber estado fuera no cambiaba nada.

Le cogió la mano en son de paz y acarició el tatuaje que sobresalía por la manga de su chaqueta: unas líneas que difuminaban las patas de un caballo galopando en su antebrazo.

—No pasa nada, estoy cansada. Te veo mañana —se despidió.

No quiso mirar a nadie antes de marcharse. Sabía que la mirarían con pena o con curiosidad, y lo cierto es que le daba igual. La noche no había salido como ella esperaba, pero rara vez lo hacía en Plantío.

III.
LOBO

Maddie había descansado como hacía tiempo no lo hacía. A pesar del frío del ambiente y del olor a humedad que sigilosamente se filtraba por las viejas ventanas de su dormitorio, había dormido del tirón. Ni siquiera recordaba haber escuchado a su hermano volver a casa, lo que le hizo preguntarse si realmente lo había hecho.

Sin embargo, a las siete de la mañana, como un reloj, no había encontrado la forma de volver a cerrar los ojos. Seguía con el horario de la universidad en el cuerpo y por más que lo intentase, su cabeza ya no paraba de dar vueltas, como ella en la cama.

Aún así, se acurrucó debajo de las mantas y se quedó mirando al techo, o a las ventanas, según tocase, recordando los eventos del día anterior.

Cuando llegaba al momento vivido en la playa empezaba a notar el enfado colándose en su cama. En primer lugar, por haber querido bajar a ver a los surferos en vez de quedarse con sus amigos, cabreando así a su hermano; y en segundo, por el nuevo amigo y vigilante de Dylan, que con dos frases había logrado sacarla de quicio.

Se levantó de la cama molesta, dispuesta a visitar a Marley. Hoy le tocaría a ella.

Entonces escuchó la puerta de la casa cerrarse. Miró rápidamente el móvil. Las nueve. Se quedó escuchando, intentando descubrir si Dylan volvía o se iba sin decir nada, cuando la puerta de su dormitorio se abrió.

Su hermano apareció tras ella.

—¿Qué haces despierta? —preguntó, al mismo que tiempo que Maddie le lanzaba otra pregunta.

—¿Vuelves ahora? —Tenía el ceño fruncido. Recordaba que su hermano solía aguantar más que ella las noches de fiesta, pero no tanto.

Entonces él levantó una bolsa de papel marrón que Maddie reconoció al instante. Sonrió y la cogió al vuelo cuando Dylan se la lanzó.

—Sabes que no tienes que pedirme perdón por nada, ¿no? Soy yo la que debería traer el bizcocho de Marley hoy.

Aquellos bizcochos caseros eran los favoritos de los dos hermanos y desde hacía tiempo se habían convertido en la prenda con la que pedirse perdón. De hecho, Maddie estaba segura de que sin ellos, algunas de sus discusiones habrían durado mucho más.

La panadería de Marley había sido colonizada por los surferos años atrás, pero la repostera siempre encontraba la forma de atender a Dylan y a Maddie cuando necesitaban sus bizcochos. Según ella, la comida curaba el corazón. Y sabiendo que también curaba la relación de los dos hermanos, siempre se aseguraba de hacerles llegar su bizcocho.

—Es que Mario me estaba tocando los cojones. —Su hermano se dejó caer en la cama y Maddie le imitó con una sonrisa.

—Suele hacerlo. —Se rio. El surfero siempre buscaba la forma de molestarle, y hacía ya

tiempo que se había percatado de lo bien que le funcionaba tirarle los trastos a Maddie. Únicamente lo hacía delante de él, y de la forma más vergonzosa que se le ocurría; y sin embargo, siempre tenía éxito.

Dylan golpeó la rodilla de su hermana con la suya.

—Anda vístete, que hoy tenemos lío —le dijo. Luego cogió la bolsa del bizcocho y se levantó para marcharse antes de que Maddie pudiera arrebatársela.

Cinco minutos más tarde ésta salía de su habitación. No tenía ni idea de dónde estaría su equipaje después de abandonarlo en la estación, pero por suerte aún quedaba algo de ropa en su armario. Se puso los vaqueros del día anterior, un top de tirantes que en el pasado fue negro y en aquel momento era ya de un gris desgastado, y su chaqueta vaquera favorita, con unos parches de rosas rojas sobre los bolsillos.

La había echado de menos en sus meses fuera, pero nunca se planteó sacarla de Plantío. Era donde debía estar.

Fue directa a la parte trasera de la casa, donde dejaban sus motos por la noche, sabiendo que su hermano estaría allí esperándola.

Cuando asomó por el lateral de la casa, Dylan estaba ya sobre su vehículo. Levantó su vista del móvil al verla aparecer y se quedó con la palabra en la boca al reconocer la chaqueta. Luego se aclaró la garganta y sonrió, pero no dijo nada.

Maddie sabía que estaba pensando en su madre, igual que había hecho ella al encontrar la prenda colgando en su armario. Pero como Dylan, tampoco dijo nada. Aquel día no iba a ponerse melancólica. Ya tuvo bastante de eso la noche anterior, y no acabó bien.

Mirando alrededor del jardín se dio cuenta de algo que faltaba.

—¡¿Se puede saber que has hecho con mi moto?! —Giró sobre sí misma nuevamente, enfadada, esperando encontrarla escondida bajo algún plástico. Pero el espacio no era tan grande. Su moto no estaba.

Dylan le hizo un gesto con la cabeza para que montara en la suya.

—Hoy vamos en la mía —le dijo.

Maddie se acercó y se subió detrás de él. Aprovechando que su hermano no estaba mirando, sonrió. Luego pasó sus brazos alrededor de su cintura, recordando no apretar tanto como con Harper; aunque por el tamaño de Dylan, no creía que pudiera presionar lo suficiente como para molestarle.

Se esforzó en sonar descontenta.

—¿Eso debería dejarme más tranquila?

Él arrancó la moto mientras se reía.

—Luego recogeremos la tuya.

—Como le hayas hecho algo… —Maddie le amenazó consiguiendo una nueva carcajada de su hermano. Sabía lo mucho que le gustaba que fuera de borde cuando en realidad no estaba ni siquiera enfadada.

—¿Estás lista? —le preguntó animado.

En cuanto sintió los brazos de Maddie estrechando su abrazo alrededor de su cintura, se puso en movimiento sin esperar otra respuesta.

Cruzaron las carreteras bajo la suave lluvia que había amanecido con ellos. Maddie tenía una vaga idea de a dónde la llevaba, y veinte minutos después, cruzando los caminos de tierra que tan bien conocía, supo que había acertado.

Los acantilados de Lobo rugían frente a ellos. El viento era fuerte y en seguida tuvo que

sujetar su pelo metiéndolo bajo el cuello de la chaqueta. Respecto a la fina lluvia, no tenían nada que hacer, pero tampoco les importaba.

—Me encanta este sitio —confesó con una medio sonrisa mientras iba a sentarse sobre una de las barandillas de madera colocadas para quitar el miedo a los visitantes.

Dylan se apoyó a su lado.

—A mí también —le dijo mirando al horizonte.

—Me hace sentir tan pequeña… Y los problemas también se hacen más pequeños aquí. —Se giró hacia su hermano, que le devolvió la mirada pero no la sonrisa—. Es como si lo que tuviera demasiada importancia ahí fuera, aquí perdiera todo el sentido.

Permanecieron en silencio durante un rato, escuchando las olas, el viento, y la lluvia contra su ropa.

Cuando Dylan volvió a hablar, su pelo castaño estaba ya empapado, y Maddie pudo seguir algunas gotas recorriendo su frente y su nariz.

—He venido mucho aquí estos meses —dijo sin mirarla.

Maddie respiró hondo, intentando controlar ese vacío que se había instalado en su pecho nueve meses atrás.

—¿Qué pasa, Dylan? —preguntó, sabiendo que la preocupación inundaba cada una de sus palabras, y que eso haría que él escondiera aún más lo que pasaba por su mente. Nunca había querido hacerle partícipe de sus problemas. Rara vez de su solución.

Lo máximo que le había permitido hacer era permanecer a su lado cuando más lo necesitaba.

Como esperaba, él se giró hacia ella con una gran sonrisa. Pasó uno de sus brazos alrededor de su cintura y la estrechó.

—Sólo echaba de menos a mi hermana pequeña.

—Ya, pues pensaba que no querías que viniera.

Dylan la observó con el ceño fruncido.

—Yo nunca he dicho eso.

—A veces olvidas que soy tu hermana. No sé qué ha pasado estos meses, pero sé que algo no está bien.

Su hermano suspiró mientras se pasaba la mano por el pelo, reacio a liberar la sonrisa que atentaba sus labios.

—Y aún así decides venir —un nuevo suspiro escapó de sus boca—. La valiente Maddie. Dejando todo atrás en busca de su destino… —Extendió la mano delante de ellos como si descubriera un mundo maravilloso frente a sus ojos—. Volviendo sólo para tocarme los cojones —le dio un leve empujón con el hombro.

Maddie se recostó en su hermano sin ganas de reír. Con lo grande que era, a pesar de estar subida sobre la barandilla, llegaba a su altura.

—Haces que suene emocionante.

Dylan la miró extrañado.

—¿No lo ha sido?

—Estudiar economía no produce tanta adrenalina como las carreteras de Plantío —Maddie bromeó sin mucha gana.

Aún así, su hermano se rio.

—Estoy seguro.

Después se quedaron en silencio, mirando cómo el agua luchaba contra unas rocas

impasibles. El viento seguía soplando y Maddie tuvo que sujetar algún mechón que se le había escapado de la chaqueta.

Resopló y se acurrucó aún más en los brazos de su hermano.

—Sabes que puedes contar conmigo, ya no soy una niña.

No esperaba ningún cambio en la respuesta de Dylan, pero quizá si se lo repetía una y otra vez, le podría entrar en su dura mollera que de verdad podía contar con ella. A lo mejor no era tan grande o tan fuerte como sus amigos de la banda, o incluso como la mayoría de las chicas del grupo, pero estaba segura de que nadie daría tanto como ella en caso de que la necesitasen.

El pecho de su hermano se movió bajo ella mientras se reía suavemente.

—Lo sé. Nunca lo fuiste, en realidad. —Dylan estrechó su abrazo, y se tomó un momento antes de seguir hablando—. Todo está bien, no te preocupes. Quería traerte a este lugar porque sé que te gusta tanto como a mí.

Tenía razón. Ese sitio era uno de los favoritos de Maddie desde que ella y Dylan lo encontraron varios años atrás. Ni siquiera estaban instaladas las barandillas de madera cuando ellos convirtieron los acantilados en su lugar de escape.

Aún recordaba aquella noche de tormenta. Dylan no había vuelto a casa para cenar y eso la tenía de los nervios, pues él siempre volvía cada noche, dejando sus problemas en la puerta de casa.

Pero esa vez no había sido capaz de hacerlo. No conseguía dejar sus problemas en la carretera y volver con Maddie. Y por tanto se quedó sobre la moto delante de su casa, bajo la lluvia. Cuando ella se dio cuenta, salió corriendo hacia él, y por más que él le gritase para que se metiera de vuelta en la casa antes de empaparse, ella no lo hizo.

Finalmente montó en la moto detrás de su hermano y se fueron de allí sin un rumbo fijo.

Terminaron cruzando unos caminos de tierra, escondidos casi en su totalidad por la alta hierba y llegaron a los acantilados.

Con el fuerte viento que soplaba se vieron obligados a apearse y se quedaron a resguardo bajo el faro durante toda la noche, en un silencio interrumpido por la tormenta, y llegado el momento, el castañeteo de dientes de Maddie.

No le preguntó por su problema aquella noche. No porque no quisiera saberlo, sino porque sabía que Dylan prefería no contárselo. Así que simplemente se quedó dormida en su abrazo, esperando que él pudiera sentirla cerca para hacerle entender que no estaba sólo.

Ese mismo silencio los envolvía en aquel momento. El silencio de problemas no compartidos. Y Maddie hizo lo mismo que aquella primera noche: acercarse a su hermano para que supiera que ella estaría siempre con él.

Pasado un rato sonó el móvil de Dylan y ella se movió para que pudiera sacarlo de su bolsillo.

—¿Nos vamos? —le preguntó a su hermana un momento después, guardando el móvil.

—¿Tengo opción? Tienes secuestrada mi moto.

Sin más, saltó de la barandilla y empezó el camino de vuelta a la moto.

Dylan no pudo esconder su sonrisa.

—Vamos a solucionar eso.



Cuando llegaron, Dylan aparcó la moto y Maddie no tardó en bajarse y acercarse al taller que tenían delante.

Encima de la puerta de garaje abierta, había un cartel como los de antes, colgando de dos anillas y moviéndose con el viento. Años atrás había mostrado el nombre de Brody, pero en aquel momento apenas podía leerse nada. Sin embargo, todo el mundo en Plantío sabía de quién era aquel taller.

—¿Qué pasa, Gran B? —Dylan saludó al señor mayor sentado en su silla de escritorio a la puerta del taller—. Mira quién se ha dignado a aparecer. —Movió la mano para señalar a Maddie, que estaba justo detrás de él.

Brody entrecerró los ojos mirándola, marcando aún más las arrugas alrededor de ellos.

—¿Maddie? ¿Eres tú? —preguntó no tanto por no reconocerla, sino por la incredulidad de volver a tenerla ante él.

Maddie se rio mientras le daba un abrazo. Había pasado demasiadas horas en el taller de Brody aprendiendo sobre motos como para creer que no la fuera a reconocer.

—No he estado tanto tiempo fuera, Brody.

—Los días son más largos sin chicas guapas como tú por aquí.

Ella se rio de nuevo.

—¡Cómo te gusta decir tonterías! —Echó un rápido vistazo al interior del taller, y los ojos se le abrieron como platos cuando vio la Triumph aparcada en un lateral. Estaba a medio tapar, pero Maddie sabía lo que estaba viendo. Se acercó corriendo a ella—. ¡Qué dices Brody! ¿De dónde has sacado esta belleza? —Quitó el plástico negro que tapaba la moto para poder verla bien y pasó su mano por las letras grabadas en plateado sobre el depósito.

Luego se agachó a ver la palabra Bonneville sobre la cubierta del motor y le pasó también la mano, como si así pudiera comprobar que no estaba alucinando—. ¡Es guapísima! —exclamó sin poder contener su sonrisa. Estaba dispuesta a conseguir que Brody le dejara montarla.

Sin embargo, su sonrisa y su determinación no tardaron en desaparecer.

—No está disponible —dijo una voz a su espalda. Cuando se levantó, encontró a Jake acercando su moto.

—¡¿Qué haces tú con mi moto?! —le preguntó con poca delicadeza. No solía hablar así a los miembros de la banda, pero en un día y medio, aquel motero ya la había molestado más de lo que debería.

Dylan se acercó a ellos para apaciguar su humor y le pasó el brazo por el hombro a Jake, haciendo ver a su hermana que todo estaba bien. A ella siempre le había parecido que su hermano era enorme, pero al lado de Jake, casi parecía una persona normal.

—Sólo te la hemos mejorado un poco —dijo su hermano mientras ella fruncía el ceño y cruzaba los brazos disconforme.

—Estaba perfecta como estaba.

—Vamos *Di* , ya lo verás cuando la pruebes —intentó convencerla.

—Jake es muy bueno con las motos, niña —Brody se había acercado para ver de qué iba la discusión.

Pero lo que más irritaba a Maddie era la sonrisa de Jake, que no había dicho nada aún y seguramente estaba esperando que Maddie le diera las gracias por haber toqueteado su moto.

—¿Qué le has hecho? —preguntó finalmente. Seguía con las cejas arrugadas, pero respiró hondo intentando controlar lo molesta que estaba.

Se arrepintió enseguida al ver la cara de Jake, que, antes de hablar, ya estaba disfrutando con lo que iba a decir.

—Aparte de limpiar toda la mierda que tenía —hizo una pausa esperando la reacción que Maddie consiguió reprimir—, te he cambiado las ruedas y te he puesto unas deportivas, te he cambiado la relación de engranajes por una de marchas cortas y te he mejorado el kit de admisión. Traducción, por si no has entendido —ensanchó su sonrisa—: Notarás que revoluciona más rápido y también te costará menos cambiar la inclinación.

Maddie abrió la boca para contestarle lo que seguramente hubiera sido una retahíla de insultos y gritos, pero Dylan conocía bien las caras de su hermana y se adelantó.

—Hemos cambiado varias piezas a fibra de carbono, para que pese menos —le explicó, dejando bien claro que no sólo Jake había trabajado en las mejoras de la moto.

Durante un momento no dijo nada, mirando la moto y pensando en lo que Jake y Dylan habían hecho con ella. La verdad es que sonaba bien, y si además pesaba menos, no iba a ser ella quien se quejase.

Finalmente exhaló en profundidad y con una nueva calma se acercó a su moto. La había echado muchísimo de menos.

Se agachó junto a ella y pasó las manos por las cubiertas de carbono que habían cambiado. Se veían bonitas también. Al final se convenció de que la que tenía enfrente seguía siendo su moto, sólo que un poco más atractiva.

Jake había recuperado su sonrisa de suficiencia viendo que Maddie estaba aceptando los cambios.

—Eso sí, intentaría cuidarla un poco más. No pienso volver a limpiar toda esa mierda.

Maddie se levantó y le dedicó a Jake una sonrisa. Si de algo estaba segura, era de que su moto no habría podido estar más limpia. Únicamente quería cabrearla, y no le iba a dejar.

—Vaya Jake, creo que debería felicitarte —dijo mientras se subía en la moto—. Todos tus esfuerzos por parecer un gilipollas están dando sus frutos. Enhorabuena. —Sonrió más mientras Dylan y Brody estallaban en risas a su lado.

Él sonrió y se acercó a Maddie haciendo aún más visible su diferencia de altura. Si intentaba intimidarla, ella no se lo permitió.

—Tienes una forma extraña de dar las gracias.

—Maddie siempre ha sido un poco protectora con su moto. Había el riesgo de que reaccionara así, tío. —Dylan le dio un puñetazo amigable en el brazo antes de seguir riéndose.

Ella puso los ojos en blanco mientras arrancaba la moto y sentía un leve cosquilleo en la tripa como el de quien espera algo con impaciencia.

—Algún día tendrás que explicarme cómo este imbécil puede caerte tan bien —dijo, y salió volando por las calles de Plantío, dispuesta a encontrar la carretera más larga para perderse en ella.

En seguida llegó a la vía que llevaba a la ciudad. Había dejado de llover, pero el suelo seguía húmedo. Algo bastante común en Plantío. Mientras conducía pensó que, si Dylan y Jake habían hecho bien su trabajo, el peso de la moto sería distinto; y eso, sumado al estado del asfalto y al tiempo que llevaba sin montarla, la obligó a ir con más cuidado.

Al menos al principio. Con cada curva iba haciéndose más a ella e iba subiendo la velocidad.

Como ocurría normalmente, había pocos coches en esa carretera y Maddie los adelantó sin problema. La gente prefería coger la autovía. Era más rápida y también más segura. Pero ella, al igual que el resto de moteros, prefería la carretera antigua, que a pesar de tener más baches de los que uno se podía llegar a quejar, tenía también curvas suficientes para sacar el máximo partido a sus vehículos.

De vez en cuando iba encontrando los desperfectos que tan bien conocía y los esquivaba rápidamente mejorando su nueva relación con la moto.

En una curva larga, Maddie se inclinó sin reducir la velocidad, sintiendo cómo por fin controlaba por completo el nuevo peso de la bestia bajo sus piernas. Sin embargo, ésta empezó a perder velocidad por su cuenta y, ante la tensión, Maddie presionó con más fuerza los nuevos reposapiés tratando de ajustar la inclinación. Fue entonces cuando se percató de que eran más pequeños que los anteriores. Su pie se escurrió y sin poder hacer nada para remediarlo, perdió el equilibrio y cayó.

No era la primera vez que Maddie se caía de una moto en marcha. Rodó sobre sí misma mientras intentaba frenar la velocidad de la inercia, y en cuanto consiguió parar, se levantó corriendo para salir de la carretera.

La respiración le iba a mil y veía su pecho moverse arriba y abajo. Pero estaba tan nerviosa que no sentía el aire arañando su garganta, entrando y saliendo con furia de su cuerpo.

Se quitó el casco enseguida ante la necesidad de respirar hondo y, aún de rodillas, consiguió que el aire por fin llegase a sus pulmones.

Su moto había ido a parar al lado de donde estaba, unos metros más allá; pero aún no tenía el ánimo para levantarse. En cambio se fijó en su chaqueta. La manga derecha había quedado destrozada.

Aparte de eso, ella estaba bien. Afortunadamente no había más vehículos en la carretera cuando su moto decidió abandonarla a su suerte, y había sido una caída limpia. Que su moto perdiera velocidad le había hecho caer, pero también que la caída no hubiera sido tan aparatosa.

Justo cuando empezaba a levantarse, intentando controlar el mareo que sentía, apareció otra moto que paró en el arcén a su altura.

Jake se quitó rápidamente el casco y Maddie pudo ver la preocupación en sus ojos.

—¡¿Estás bien?! —preguntó acercándose.

Olvidando de pronto su mareo fue andando hacia él más cabreada de lo que nunca se había sentido.

—¡Me has dado la moto sin gasolina! —Le dio un empujón cuando él se acercó, aunque por su inmovilidad parecía no haberlo notado en absoluto—. ¡¿Pretendías matarme?! —le gritó.

—¡Te has largado sin más! —contestó con el mismo volumen de voz que ella. Al ver que estaba lo suficientemente bien como para andar y contestarle enfadada, fué a recoger la moto caída. Ella se acercó rápidamente e intentó empujarlo una vez más, pero él sujetó su muñeca antes de que llegara a tocarlo.

Si no hubiera sido por el zumbido de sus oídos, estaba segura de que le había escuchado gruñir.

Parecía que intentaba rivalizar con el cabreo de Maddie desde su altura, pero ella llevaba lidiando con tipos como él desde que tenía diez años.

—Ni se te ocurra tocarla. Ya has hecho suficiente con mi moto —le dijo sin perder de

vista sus ojos, que no eran marrones como ella pensaba, sino de un color dorado más parecido al de la miel.

Jake soltó su mano y ella se dio la vuelta para levantar la moto. Era cierto que pesaba menos, pero cayó en la cuenta de que si volvía a la vida en Plantío, iba a necesitar trabajar un poco más los brazos. Los nueve meses sentada en un escritorio le habían hecho mella.

Aún así, no pidió ayuda y fue capaz de llevar la moto al arcén, donde le puso el caballete.

Jake se había acercado a ella. Había traído un bidón de gasolina que le enseñó en son de paz.

—¿Puedo? —preguntó.

Se dio cuenta de que no la miraba a ella, sino a su chaqueta destrozada. Entonces se movió y abrió la tapa del depósito dándole permiso. Mientras echaba el combustible, él parecía concentrado en algo, aunque si era simplemente en llenar el tanque de su moto, ella no podía saberlo.

—¿Por qué te gusta Dylan? —De pronto le asaltó la curiosidad. Sentía la necesidad de descubrir un poco más de la relación de Jake con su hermano. Y una conversación era su prenda de paz por haberla seguido con la gasolina.

Jake frunció por un momento el ceño mientras pensaba. Después le dio su respuesta.

—Es leal.

A Maddie le gustó lo que dijo. Le ayudaba a hacerse una idea mejor de cómo era Jake y de por qué Dylan quería mantenerlo cerca .

—¿Por qué le gustas tú? —preguntó luego, intentando sonar incrédula aunque sin mucho éxito.

Jake levantó la vista de la moto, haciendo que se arrepintiera de su pregunta en cuanto vio cómo ensanchaba la sonrisa.

—A eso prefiero que respondas tú, Maddie.

Intentó mantener a raya sus ojos, aunque estaba deseando ponerlos en blanco otra vez. Después le sonrió, como él hacía.

—Sólo mis amigos me llaman Maddie.

Jake extendió aún más su mueca.

—¿Y no lo somos? —preguntó.

—Ni te acercas a ello.

Se estaba divirtiendo tanto como él, pero no iba a dejar que lo viera.

Jake levantó el bidón, ya vacío, y se acercó a ella sin dejar de mirarla.

—Muy bien, Madison.

Sintió cómo su sonrisa flaqueaba por un segundo cuando él dijo su nombre tan lento como para ponerla nerviosa. No recordaba la última vez que la habían llamado así, y se dio cuenta de que no le disgustaba del todo.

Rápidamente recuperó su sonrisa.

—¿Has acabado? —le preguntó acercándose a él y aguantando su mirada.

No era ella a quien iba a poder intimidar. No dejó a los otros hacerlo cuando era una niña, y no iba a dejarle a él entonces.

Escuchó cómo se reía suavemente mientras daba un paso hacia atrás, dejándole espacio para acceder a su moto. Ella se subió, y se giró hacia Jake, que observaba cada uno de sus movimientos.

—Qué, ¿disfrutando de las vistas?

Éste se rio suavemente a pesar de la cara de enfado de Maddie, o quizás precisamente por ella.

—Mientras no me vea tu hermano…

Maddie arrancó la moto.

—No te confundas, Jake. Puedo partirte la cara igual que él —le avisó. Y aunque no estaba tan segura de lo que decía, no dejó que él lo notase.

—Lo tendré en cuenta —escuchó que él le decía mientras lo dejaba atrás con la moto.

IV.
DUDAS

Maddie se sentía libre y feliz como hacía tiempo no lo hacía. Había pasado las últimas horas en soledad, aunque eso no era una novedad para ella. Estaba más que acostumbrada, por mucho que Dylan y Harper siempre procurasen estar disponibles.

Su hermano pasaba las mañanas organizando y abasteciendo almacenes de distintas tiendas del pueblo, aprovechando también para usar algunos de ellos para sus trapicheos con los moteros. Luego, las tardes las dedicaba a la banda, haciendo todo lo que Maddie nunca podía saber.

Harper había empezado trabajando como ayudante del médico años atrás, con la intención de aprender todo lo necesario para socorrer a los del grupo cuando se metían en más problemas de los que debían. Pero en Plantío, más allá de las peleas entre surferos y moteros, había pocas urgencias que atender, y se dedicaba más a cuidar ancianos que a otra cosa.

Ambos habían encontrado una vida en Plantío que funcionaba a la perfección con sus obligaciones con la banda y a Maddie le encantaba, a la vez que lo envidiaba.

Seguía conduciendo hacia Celtos mientras se preguntaba si, de no haberse ido de Plantío, podría haber conseguido algo similar.

Nada más llegar a la ciudad buscó la primera gasolinera y se aseguró de llenar el depósito. El bidón de Jake le había permitido llegar hasta allí, pero no iba a jugársela más a su costa.

Visitó el puerto y rodeó la ciudad varias veces sobre su moto, sintiendo el viento contra su cuerpo y el olor del mar a su alrededor. Salvo los malditos reposapiés, demasiado pequeños, había conseguido hacerse con el vehículo a la perfección.

Después de unas horas, cuando le entró hambre, aparcó la moto y se acercó a una tienda 24h para comprar un sándwich y una Coca-Cola. Luego montó sobre la moto y subió a la zona más alta de la ciudad, donde se encontraba la ermita que tantos visitantes atraía.

Desde allí arriba podía ver toda la ciudad, incluído el puerto, el puente de entrada a la ciudad y la carretera por la que había venido, perdiéndose entre los bosques y montañas que rodeaban Celtos.

Se sentía pequeña ante la inmensidad de todo lo que divisaba desde el banco de piedra en el que estaba sentada. El sol caía en picado sobre ella, pero no hacía el suficiente calor como para hacerlo insoportable. Y en aquella calma solitaria comió, hipnotizada por el brillo que reflejaba el mar a lo lejos.

Cuando más tarde cogió su móvil para hacer una foto, vio que lo tenía hasta arriba de notificaciones. Dylan le había dejado un montón de llamadas perdidas y mensajes, todos con similar texto. Sólo tenía uno de Harper, y fue el que abrió. Al igual que su hermano, le preguntaba dónde estaba. Pero lo hacía una vez.

Hizo la foto, y se la mandó.

Harper vio su mensaje enseguida, y en unos segundos ya tenía su respuesta.

Harper: Sorry

Sabía lo que eso significaba, así que guardó el teléfono antes de que empezase a echar más humo con nuevos mensajes de su hermano.

Se terminó el sándwich y la Coca-Cola, y se subió a la moto, lista para volver. Antes de arrancar echó un vistazo a los mensajes de su hermano.

Dylan: Maddie, estás sin gasolina

Ese se lo había escrito antes de que Jake apareciese con el bidón.

Dylan: Eh, dónde estás?

Dylan: Maddie, estás bien?

Dylan: Joder, respóndeme.

Dylan: Maddie, contéstame de una puta vez. Dónde estás?

Dylan: Cógeme el teléfono!!

Y después de ver la foto en el móvil de Harper:

Dylan: Qué coño haces en Celtos? Y sola?!!

Dylan: Maddie, cógeme el teléfono joder!

Dylan: Vuelve a casa ya!!

Dylan: Si no vuelves te juro que mando a Jake a buscarte!

Maddie se rio ante el último mensaje. Parecía que Dylan sacaba la artillería pesada.

Maddie: Dios, ¿quieres calmarte? ¡Se te va la olla!

Contestó rápidamente a su hermano, aunque se sentía tentada de hacer ir a Jake sólo para descubrir que ella ya había vuelto a Plantío.

Dylan: Pues cógeme el puto teléfono!! Llevo horas intentando dar contigo!

Maddie: Ya vuelvo.

Escribió su último mensaje antes de ponerse el casco y guardar su teléfono.

Fue entonces cuando vio al motero que había al otro lado de la ermita. Estaba sentado sobre su moto con el casco aún puesto. Llevaba una sudadera negra con capucha y unas zapatillas de tela negras. La moto y el casco eran negros también.

La imagen de los cuatro chicos en la estación le asaltó en un segundo. No recordaba sus motos, pues apenas las había visto en la oscuridad de la noche, pero sabía que su vestimenta era tan poco colorida como la de aquel chico.

Se bajó la visera del casco para seguir observándole con disimulo. No podía ver sus ojos, pero por su postura parecía estar mirándola a ella. Probó a hacerle un gesto con la cabeza a modo de saludo en caso de que fuera otro motero en busca de las vistas y un rato tranquilo como ella, pero éste, en lugar de responder, se giró hacia el frente.

Después de un momento en el que intentó acallar la incomodidad repentina que sentía, arrancó la moto y empezó a moverse. Aquellos chicos sólo habían querido asustarla. Quizá éste pretendía lo mismo, aunque no se sentía con ganas de comprobarlo.

Decidió dar primero una vuelta lenta por las calles de Celtos.

Después de recorrer la ciudad y no tropezar más con aquel motero, relajó los brazos y se dispuso a regresar a casa cogiendo la carretera principal; la que daba al puente de la ciudad. Fue entonces cuando de nuevo lo encontró.

Permanecía recostado sobre su moto hasta que la vio. Entonces montó rápidamente mientras ella no dejaba de acercarse a su posición.

Podría ser una casualidad, o podría haber estado esperándola a la salida de la ciudad, la única que existía, sabiendo que tarde o temprano tendría que pasar por allí. Aún así, Maddie no frenó ni cambió de rumbo. Si quería volver a Plantío, tenía que pasar por allí. Pero algo en su interior la hizo acelerar más. Su pulso empezaba a aumentar según se acercaba al puente de la ciudad.

Cuando estaba a unos metros vio cómo se llevaba una mano a la espalda. No llegó a ver lo que hacía, pero tampoco esperó a descubrirlo. Para entonces, su pulso ya estaba descontrolado y retorcía el acelerador de su moto hasta que su mano resbalaba sobre él. Empezó a sortear coches sin volver la vista atrás. Algunos le pitaban, pero ella apenas se percataba de ello.

Únicamente oía el latir de su corazón en su cabeza y su respiración ahogada contra la espuma del casco. No lo había imaginado. Aquella persona había estado esperando a que saliera de Celtos.

Difícilmente escuchaba la moto detrás de ella, pero siguió avanzando a la máxima velocidad que podía, teniendo en cuenta los baches y curvas que llevaba sin esquivar desde hacía tanto tiempo.

Sabía que a lo largo del camino no podría deshacerse de él. Necesitaba llegar a Plantío cuanto antes, y siguió conduciendo a toda velocidad con ese objetivo en mente. En dos ocasiones estuvo a punto de perder el equilibrio debido a socavones nuevos para ella, pero su estado total de nervios la tenía alerta y pudo recomponerse rápidamente.

Cuando por fin vio a lo lejos la recta de Plantío, se permitió ser más optimista, pero no así reducir la velocidad. Detrás, su perseguidor sabía tan bien como ella que se le acaba el tiempo, y no tardó en escuchar estallidos. Nunca había oído disparos, salvo en las películas, pero estaba bastante segura de que era eso lo que escuchaba a su espalda.

Se agachó rápidamente sobre su moto mientras intentaba dominar la dirección a pesar del temblor en el que se había sumido de pronto todo su cuerpo.

Alcanzó la recta unos segundos después, y le pareció que la moto pasaba de largo tras ella, pero no se giró a comprobarlo. Estaba demasiado nerviosa y seguía temiendo por el control de su moto.

Continuó conduciendo sin bajar la velocidad, y sólo lo hizo cuando las calles aparecieron frente a ella. Empezó a recorrerlas tan rápido como sus recovecos y estrecheces le permitían. Llegó hasta el paseo marítimo, pasó por delante del taller de Brody, y finalmente aparcó en uno de los callejones que llevaban al *Entre Tiempos* .

Aparcó la moto y se quitó el casco rápidamente. Se estaba asfixiando, incapaz de hacer que el aire llegase correctamente a sus pulmones. Se quedaba sobre su pecho por culpa de los nervios.

Miró atrás, pretendiendo escuchar si la moto aún la seguía, pero entre su respiración

ahogada y su corazón bombeando contra sus oídos era incapaz de captar nada.

Se apoyó en su moto mientras le ponía el caballete a duras penas, y cuando finalmente consiguió que la moto se sostuviera sola, intentó alejarse.

Fue a girar por el callejón contiguo cuando alguien se chocó contra ella. Se asustó e intentó separarse, pero dos manos la tenían cogida de los brazos impidiendo su lucha.

—¡Madison, eh! ¡Soy yo! —Jake se erguía frente a ella. Alto, todo vestido de negro, tal y como su perseguidor.

—¡Suéltame! —le gritó asustada mientras daba unos pasos atrás. Consiguió hacerlo cuando él liberó sus brazos.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó uniendo las cejas.

Maddie no estaba segura de si su gesto era de cabreo o de preocupación, y se quedó mirándole sin poder esconder su miedo durante un momento mientras intentaba averiguarlo.

—¿Cómo sabías…? ¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó en cuanto su respiración se lo permitió.

—Te he visto pasar delante del taller. ¿Qué ocurre? —Él volvía a acercarse y ella a dar dos pasos atrás.

Se apoyó en la pared cuando no tuvo más espacio que recorrer y, ante su repentino retroceso, vio cómo Jake permanecía inmóvil pero sin dejar de mirarla.

Se maldijo por haber actuado de aquel modo. Tenía que controlarse. Si su hermano se enteraba de lo que había ocurrido, ya podía despedirse de sus vacaciones en Plantío.

Se pasó la mano por el pelo mientras respiraba hondo y se apartaba de la pared.

—No ocurre nada —afirmó al fin. Obviamente no engañaba a nadie, pero aún así él no dijo nada. Simplemente se quedó observándola como si la estudiara.

Maddie echó la vista atrás, nerviosa, evitando el escrutinio de Jake y temiendo encontrar a alguien más a su espalda.

—Tengo que irme —le dijo mientras se alejaba sin darle opción a responder.

Se alegró de que no intentara sonsacarle nada más sobre lo ocurrido.

No tardó en llegar al *Entre Tiempos* , uno de los bares más antiguos del pueblo. Había sido reformado hacía unos años y era el bar favorito de los moteros desde que Maddie recordaba.

Pudo ver a Harper a través de una de sus ventanas, esperándola. Pero aún estaba demasiado agitada para entrar. No tenía claro si quería compartir su percance con ella, así que pasó de largo y llegó al mirador en busca de algo de paz y calma que tan solo el mar le traía.

Lo vislumbraba a lo lejos tras la barandilla del mirador cuando alguien se interpuso de repente y, sin reparar en su presencia, chocó contra ella empujándola y haciéndole perder el equilibrio. No llegó a caer porque aquella persona la agarró hábilmente. Sin embargo, su móvil sí salió volando con el golpe.

Aquellos brazos que la sujetaban la ayudaron a recobrar rápidamente la estabilidad.

—¡Mierda! ¡Perdona! ¿Estás bien?

Maddie se irguió y encontró frente a ella a un chico que, por su aspecto, debía formar parte de la banda de Mario. De lejos siempre le habían parecido todos iguales y estaba segura de que los surferos pensarían lo mismo de ellos.

Pero de cerca, pudo confirmar que no había visto antes a aquel chico. Su pelo largo y rubio por las horas pasadas bajo el sol le rozaba levemente los hombros, y su ropa dejaba pocas dudas respecto a su bando: llevaba unas bermudas y una sudadera rosa pastel con la cremallera abierta. Ninguna camiseta debajo.

Pensó que ese color empolvado hacía resaltar sus ojos azules, especialmente junto al moreno de su piel.

—¿Estás bien? —le escuchó preguntar por segunda vez.

Ella pestañeó y frunció el ceño cuando se dio cuenta de las tonterías que danzaban en su cabeza.

—Sí —contestó tan seca como pudo.

—Lo siento mucho, no te había visto —le dijo, y viendo el móvil de Maddie en el suelo fue a por él.

Sin embargo ella, que ya había recobrado la compostura, se agachó más rápido para cogerlo.

—Deja, ya lo hago yo. —Su tono por fin denotaba el enfado que tenía porque ese desconocido casi la hiciera caer y le hubiera hecho tirar su móvil, pero más aún por las sandeces que su cabeza pensaba contra su voluntad cuando le miraba.

Optó por no volver a hacerlo y bajó la vista.

—Sí, perdona —se disculpó él una vez más.

—Eso ya lo has dicho —repuso molesta, concentrándose en su teléfono.

—Ya… —le escuchó decir. Luego no dijo nada más, y tampoco se movió.

Ante su silencio, Maddie falló en su empeño de no mirarle más y encontró que él la observaba con una sonrisa. Sintió cómo su cara se empezaba a relajar y se recordó fruncir el ceño.

—¿Algo más? —cruzó los brazos. Si el surfero de turno pretendía burlarse, lo iba a tener difícil con ella.

Pero él no dejaba de sonreír mientras la miraba.

—No. —Alzó las cejas, como si su mal humor fuera aún más divertido y se dio la vuelta para irse. Sólo que al final no lo hizo y volvió a girarse hacia ella—. En realidad… ¿te apetece tomar algo? Para disculparme… —Encogió sus hombros, como si no quisiera darle importancia.

Ella juntó las cejas un poco más. ¿Un surfero le estaba pidiendo salir?

Echó un vistazo a su alrededor, esperando encontrar a alguien observándolos ; estaba claro que todo debía ser una broma pesada de Mario y los suyos. Pero no vio a nadie.

De nuevo dirigió su mirada hacia el rubio frente a ella, mostrándole su gesto molesto. Parecía que de verdad estaba esperando su respuesta.

—Mejor paso —dijo finalmente mientras cruzaba los brazos delante de su pecho.

Él seguía sonriendo, como si de alguna forma le divirtiera que ella fuera borde con él, o al menos lo intentara.

—Vale —dijo finalmente, y cuando se dio la vuelta para marcharse, aquella vez sí lo hizo.

Maddie permaneció en su sitio, observando cómo aquel chico se alejaba. Se había quedado descolocada. No había dudas de que era un surfero, pero había sido agradable con ella, lo que hacía que algo normal resultase realmente extraño. Al menos en Plantío.

Otra vez sola, intentó recordar el choque, valorando si realmente podría haber sido fortuito, aunque lo que su cabeza parecía querer recordar eran sus brazos alrededor de ella, o esa sonrisa estúpida que no había dejado de mostrarle.

Su móvil empezó a vibrar en su mano y sacudió la cabeza antes de ponerse en movimiento. Al menos chocar con aquel surfero le había hecho olvidar lo ocurrido durante la tarde.

Enseguida llegó al *Entre Tiempos* . Harper la esperaba sentada en su esquina favorita con

dos cervezas sobre la mesa de madera. Le encantaba ese sitio porque desde los bancos empotrados bajo la ventana podía controlar tanto lo que ocurría fuera del bar como lo que pasaba dentro.

Así que, por supuesto, ya sabía que se acercaba y aguardaba con cara de disculpa.

—¡Hola traidora! —la saludó usando el apodo favorito de su amiga cuando estuvo lo bastante cerca.

—¡Perdona tía! Tu hermano me cogió el móvil antes de que me diera cuenta —intentó excusarse por los mensajes de Dylan tras ver su foto en Celtos.

Se rio mientras se sentaba a su lado. Luego puso el móvil frente a ellas y sacó un selfie.

Maddie: Ya puedes relajarte.

Mandó el mensaje junto a la foto, aunque ella apenas empezaba a hacer lo que a él le pedía.

Guardó el móvil y le dio un trago a la cerveza que Harper puso frente a ella.

—Bueno, ¿vas a decirme qué pasa? —Intentó indagar un poco antes de decidirse a contar nada.

Sin darle respuesta, su amiga se había encogido de hombros y miraba la cerveza en sus manos como si fuera lo más interesante que había visto nunca.

—Vamos, mi hermano siempre ha sido protector, pero no así. Casi me peta el móvil esta mañana —le recordó, comprobando si la culpabilidad haría hablar a su amiga.

Ésta se encogió de hombros otra vez antes de hablar.

—La cosa está chunga —admitió—. De hecho, me sorprende que te dejara volver.

Maddie frunció el ceño, pero intentó mantener la calma. Era obvio que la cosa estaba *chunga* . La habían disparado hacía unas horas. Se preguntó si algo similar le habría ocurrido a su amiga en los últimos meses, pero luego desechó la idea. De haber ocurrido, Harper se lo habría contado ya.

Se recostó sobre el respaldo de su asiento en un intento de parecer relajada y dio otro sorbo a su cerveza.

—Bueno, tampoco me dijo que no viniera.

—Ya, porque le habrías hecho mucho caso, ¿no?

—Exacto —sonrió Maddie mientras se llevaba el botellín a la boca. En lo referente a la psicología negativa, su hermano siempre había tenido las de perder. Pero, aunque Dylan había aprendido que era mejor no decirle lo que no quería que hiciera, Maddie siempre se las apañaba para hacer exactamente eso.

—Mario nunca se ha metido en nuestros asuntos, ni nosotros en los suyos… —Continuó con la conversación. Ni el chico de la moto ni el grupo de la estación parecían surferos. Pero las cosas habían podido cambiar en los últimos meses.

Su amiga negó con la cabeza.

—No sé mucho. Ya sabes que no me cuentan demasiado y yo prefiero no enterarme. Pero Jake y él tienen más salidas últimamente.

—¿Sólo con Jake? —Empezaba a preocuparle que ese nuevo miembro de la banda estuviera presente en todo. Y como solía ocurrirle desde que había vuelto a Plantío, las dudas por haberse ido la asaltaron. Si no lo hubiera hecho, quizás Dylan no hubiese necesitado contar con un desconocido.

Refrenó el sentimiento de culpabilidad, tan presente en su pecho desde hacía varios meses,

para seguir escuchando.

—No, el resto también. Fred, Colin… Pero con Jake es con quien más —agregó.

Maddie se quedó un momento callada antes de seguir con la pregunta que le rondaba la cabeza desde que le conoció.

—¿Es de fiar?

—Tu hermano se fía de él —respondió su amiga rápidamente.

Esa respuesta solía disipar todas las dudas, pero no lo hacía respecto a Jake.

—¿Y tú?

—Yo me fío de tu hermano.

Maddie suspiró.

—Ya… —Terminó la conversación sin mucho convencimiento. Al final todo se reducía a eso, el buen juicio de su hermano. Pero ¿y si se equivocaba? Necesitaba saber que él estaría a salvo, especialmente estando las cosas tan mal como Harper había admitido que estaban.

Su amiga la empujó con el hombro mostrándole su creciente sonrisa.

—Además ¿tú le has visto? La verdad es que me fiaría de todo lo que me dijera —le lanzó una mirada que Maddie conocía bien.

—¡Mira que eres burra! —le devolvió el empujón.

—¡Vamos! No me digas que no te has fijado en él. Todas lo hemos hecho. —Su amiga alzó una ceja, dejando bien claro que no la creería si lo negaba. Pero no estaba en sus planes alabar a Jake de ninguna forma.

—Sí, lo cierto es que me he fijado en lo psicótico que parece y en lo gilipollas que es.

Escuchó la risa de su amiga estallando y no pudo evitar unirse a ella.

—¿Y eso? —preguntó ésta cuando finalmente pudo hablar.

Maddie puso los ojos en blanco.

—Supongo que sus musculitos de machito alfa te habrán distraído a la hora de hablar con él, pero te lo confirmo: en el momento en que abre la boca es un gilipollas total.

—Pues no podría negarlo, la verdad. Cuando aparecen sus músculos sólo oigo blah-blah-blah . —Movió las manos abriéndolas y cerrándolas en un gesto que imitaba al motero hablando.

Estallaron en risas de nuevo, llamando la atención de los que se encontraban en el bar. Y continuaron así, riendo y hablando durante horas. Únicamente pararon cuando Dylan y Jake aparecieron por la puerta.

—¿Qué os pasa? —preguntó su hermano. Luchaba contra la sonrisa que le provocaba ver a Maddie feliz. Pero ella sabía que aún tenía pendiente regañarla por haberse ido sola a Celtos y por no haber respondido sus mensajes.

Ella, por su parte, puso la misma cara de pocos amigos que Jake mientras procuraba evitar su mirada analizadora. Estaba claro que no iba a pasar por alto su encuentro de aquella tarde. Pero lo único que le preocupaba era que se lo contase a su hermano, aunque a la vista de su buen humor, no parecía haberlo hecho por el momento.

—Nos poníamos al día —dijo Harper levantándose para ir al baño.

—¿Entonces sí ha sido divertida la universidad? —preguntó Dylan, y Maddie pudo notar la esperanza en sus palabras. Una esperanza que rompería en ese mismo instante.

—No.

Él sacudió la cabeza.

—Vete a por unas birras, anda —le pidió después.

Ella puso los ojos en blanco una vez más mientras se levantaba. Esa solía ser la forma amable que tenía su hermano de decirle que se perdiera un rato mientras hablaba con quienes estuvieran en la mesa. Pero si sólo se trataba de Jake, podían haberse quedado solos antes de sentarse con ellas.

Aún así, fué hasta la barra y se quedó con la boca abierta por un momento mientras el camarero se acercaba a ella.

—Pensaba que no querías tomar nada —le dijo.

Era el chico con el que había chocado antes de entrar al bar, y al parecer seguía sonriendo igual que lo había hecho antes.



V.
JUSTICIA

Maddie se quedó paralizada por un momento mientras miraba al surfero desconocido al otro lado de la barra. Sabía que no tenía que darle explicaciones por no haber querido salir con él, pero aún así respondió.

—Había quedado —contestó torpemente.

Él ensanchó aún más la sonrisa.

—Claro. ¿Cuatro cervezas? —Se movió por la barra colocando los vasos que aún sacaba del lavavajillas.

Ella le siguió con la mirada y se fijó en los tatuajes que comenzaban en el dorso de sus manos y se escondían debajo de su sudadera, en aquel momento abrochada hasta arriba.

—¿Surfer o biker? —le preguntó entrecerrando los ojos y haciendo que él se parara . Era obvio que era un surfero, pero le despistaba que fuera amable con ella y su sonrisa siempre presente.

—¿Qué?

—En este pueblo tienes que escoger bando —le reveló una verdad por todos conocida en Plantío—. ¿Cuál es el tuyo?

El chico se acercó y se apoyó en la barra que los separaba.

—Supongo que aún no me he decidido. ¿Tú en cuál estás?

Por un segundo se preguntó si sería realmente imposible hacer que dejara de sonreír. Luego se forzó a dejar de pensar en su sonrisa y se alejó un paso de la barra para que él pudiera ver cómo iba vestida. Hizo un gesto hacia su ropa y la falta de color en ella.

—Creo que es bastante obvio.

Él negó con la cabeza y apartó la mirada rápidamente.

—Me enseñaron que no hay que juzgar un libro por su portada —dijo él, concentrándose en su tarea.

—En este pueblo la portada es lo que hay, y el bando que escoges también. —Pretendía dar un tono de resignación a sus palabras, aunque le quedó más bien deprimido. Sin embargo, eso no afectó al chico que sonreía en frente de ella.

Observó cómo se apoyaba de lado en la barra y se secaba las manos.

—¿Y de qué bando parezco yo? —le preguntó divertido.

Maddie rio suavemente por la nariz.

—A juzgar por tu bronceado, tus tatuajes multicolor, tu ropa, tu pelo… Surfer de manual. —Encogió los hombros.

—Y aún así has preguntado. —La sonrisa del chico se expandió aún más y ella notó cómo sus labios también se curvaban, pero no dijo nada. Así que él continuó—. Me gusta surfear, pero no estoy en ninguna de vuestras bandas.

Según lo dijo, Maddie pensó que debía parecerle la misma chorrada que a ella el que hubiera dos bandas enemistadas sin siquiera recordar el por qué.

Entrecerró los ojos mientras le observaba.

—Llevas poco aquí. —No estaba segura de si estaba afirmando, o preguntando.

Él se rio suavemente.

—¿Y a ti?

—¿A mí qué? —Maddie pestañeó. Se había perdido en la conversación.

—Que si te gusta surfear —El chico dejó escapar otra risa mientras abría la nevera y cogía las cervezas que ella estaba esperando.

—Oh, em… Nunca lo he probado, la verdad.

Maddie siguió sus movimientos mientras buscaba el abridor en el mostrador, destapaba las cervezas y lanzaba las chapas a la basura con el gesto natural de quien lleva muchas encestadas a lo largo de los días. Cuando terminó, puso las bebidas ante ella y la miró con su brillante sonrisa.

—Eso tiene fácil solución.

Ella le devolvió el gesto y en cuanto se dio cuenta de que lo estaba haciendo, se aclaró la garganta y sacó un billete de diez euros del pantalón, poniéndolo sobre el mostrador. Él lo empujó de vuelta hacia su mano.

—A ésta invita la casa.

No estaba segura de querer que la invitase, pero le preocupaba seguir sonriendo como una tonta y que alguien la viera. Así que cogió los botellines y regresó a la mesa.

—Has conocido al camarero nuevo —dijo Dylan mientras ella tomaba asiento. No estaba segura de si era una pregunta o un apunte, así que no dijo nada—. ¿Qué hablabas con él? —siguió intentando sonsacarle mientras cogía una de las cervezas y se preparaba para dar el primer sorbo. Casi se bebió medio botellín de un trago bajo la mirada de Maddie.

Cuando lo dejó en la mesa, seguía esperando su respuesta. Se percató de que Jake también la esperaba.

—Le pedía vuestras bebidas, como tú amablemente me has ordenado —se dirigió a su hermano con algo de veneno en sus palabras.

Éste se rio y fue Jake quien respondió. Permanecía recostado en el respaldo de su asiento, mirándola aún como si la estudiase.

—Sonreía mucho para sólo haberle pedido unas cervezas —le dijo.

Maddie le mostró su mejor sonrisa forzada mientras le contestaba.

—Se llama ser agradable. Deberías probarlo alguna vez.

Luego cogió su botellín y empezó a beber de él dando la conversación por terminada. De hecho, nadie dijo nada más. Únicamente Dylan se rio otra vez.

Notó que durante el transcurso de la tarde no había prestado mucha atención a lo que el resto contaba. Harper le había llamado la atención más de una vez, si bien no las suficientes.

Mientras tanto, ella agradecía estar de espaldas al bar, porque sabía que en más de una ocasión se habría encontrado buscando los ojos azules que, sin ella saberlo, también la buscaban.

Empezaba a anochecer cuando Harper se levantó con intención de pedir otra ronda de

cervezas y algo de cena. Mientras lo hacía, algo en el exterior del bar captó su atención.

—Chicos —les llamó haciendo un gesto con la cabeza para que miraran fuera.

Todos se giraron al momento para encontrar a varios surferos tirando las motos de Dylan y Jake al suelo y dándoles patadas.

—¡No me jodas! —gritó Dylan mientras saltaba por encima de la mesa y corría a la entrada del bar. Jake le siguió rápidamente, y otros moteros que también estaban allí salieron detrás de ellos mientras Maddie suspiraba. Iba a ser una noche larga.

En cuanto les vieron salir del bar, los surferos salieron corriendo. Pero eso no impidió que Dylan y Jake les persiguieran. Unos minutos después, el segundo volvía con uno de los surferos revolviéndose contra él. Le tenía cogido con las manos atrás y por más que intentaba quitárselo de encima, él no se lo permitía.

Harper había salido al exterior sabiendo lo que se avecinaba, y Maddie iba a hacerlo cuando el camarero llegó con cuatro botellines en una bandeja.

—Supongo que debería cancelar el pedido —le dijo siguiendo la mirada de Maddie a través de la ventana. Los moteros empezaban a rodear al surfero y ella se veía incapaz de sofocar sus nervios. No le gustaba cuando Dylan impartía su *justicia* , pero quedarse al margen iba a machacar sus nervios igualmente.

Miró de nuevo al camarero mientras sacaba dinero de su bolsillo; el billete que antes no le había aceptado. Él dio un paso atrás.

—No te preocupes.

—¿A esta también invita la casa? —preguntó con un intento de sonrisa. Esa vez no se lo iba a permitir.

Le pareció que la cara de él se iluminaba ante su pregunta, pero bien podía estar imaginándoselo después de varias cervezas.

—No, a esta invito yo —dijo él.

—Puedo pagarlas —puso los ojos en blanco. Las bebidas ya estaban abiertas.

Su gesto provocó una risa suave en él mientras recogía los otros botellines vacíos.

—No lo dudo. Pero si quieres pagar, ésta ronda tiene un precio especial. —Encogió los hombros.

—No me digas. —Maddie había renunciado a controlar su sonrisa. Al menos de espaldas al bar nadie podría darse cuenta.

Se fijó en que él aún la observaba, quizás pensando su respuesta. Finalmente le dijo el precio:

—Cuesta un nombre. El tuyo.

Ante su comentario, frunció los labios nerviosa, intentando nuevamente ocultar su sonrisa. No estaba acostumbrada a que flirtearan con ella. No realmente, al menos. Mario solía hacerlo, pero para cabrear a su hermano. Pero en aquella ocasión Dylan no estaba cerca.

Decidió pagar el precio de la cerveza.

—Soy Maddie.

El chico le ofreció su mano curvando sus labios en una sonrisa más amplia.

—Tanner —se presentó. Cuando ella le cogió la mano, añadió— Un placer hacer negocios contigo, Maddie.

Se quedaron mirándose el uno al otro por un instante, y ella estaba segura de que el apretón de manos estaba durando más de lo que debería.

—Sólo mientras decides bando. —Y para su tristeza, lo decía en serio. Tanto si se

decantaba por los surferos como si lo hacía por los moteros, no se imaginaba que pudiera seguir acercándose a ella como lo había hecho aquella tarde.

—Entonces quizás tarde un tiempo —Tanner ladeó su cabeza.

Ella evitó su sonrisa una vez más y, suspirando, se dirigió a la puerta del bar para seguir a su hermano y sus amigos. Tocaba volver a la realidad de Plantío. La de las bandas y las peleas nocturnas.

Cuando salió del bar, había más de diez moteros rodeando al surfero. Jake seguía sujetándole con las manos a la espalda, y poco después le dio una patada en la parte trasera de las rodillas, haciéndole caer al suelo.

Maddie estaba lo suficientemente cerca como para ver el raspón que tenía en su cara y la sangre que caía de su ceja. Notaba cómo el surfero intentaba mantener una cara de enfado y rabia a pesar del miedo que sentía, y le preocupaba que el resto también pudiera verlo. Pero no podía reprocharle su reacción. Tenía a una docena de moteros cabreados a punto de echársele encima.

Dylan y Jake eran los únicos que estaban dentro del círculo junto con su víctima. Se preguntó quién sería el valiente que pegaría primero a alguien indefenso. Le daban ganas de gritar a su hermano que era un gilipollas y que la pelea entre bandas era una absurdez.

También sabía que nada de lo que dijera iba a servir para detenerlos. Si acaso, conseguiría cabrearlos aún más. Así que se mantuvo en silencio mirando, como el resto de los allí presentes.

Dylan estaba a punto de hablar cuando alguien silbó al otro lado de la plaza. Al buscar la procedencia de ese sonido, se encontró con la banda de surferos acercándose, con Mario a la cabeza. Daba la impresión de que acababa de salir del mar. Aún tenía el pelo empapado, y la chaqueta que parecía haberse puesto a toda prisa se iba oscureciendo según el agua iba calándola.

Cuando pasó por delante de Maddie le guiñó un ojo.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con una sonrisa.

Ella frunció los labios. Estaban a punto de dar una paliza a uno de los suyos y parecía que nada le afectaba.

Les observó mientras se acercaban al grupo de moteros que había cambiado de posición. Ya no estaban en círculo, sino que se habían colocado detrás de Jake, Dylan, y el surfero al que mantenían aún sujeto y arrodillado en el suelo. Jake tenía un pie sobre sus piernas para evitar que se moviera, mientras con una de sus manos le sujetaba por el pelo.

Se pararon enfrente, adoptando una posición similar. Maddie se esforzó por no resoplar. Parecía que competían por ver quién era la banda más dramática. El problema era que no se solían quedar en las apariencias.

—Vaya, Dylan. Este nivel de cobardía no lo esperaba ni de ti. ¿Doce contra uno? —Mario empezó la conversación.

—Sólo íbamos a darle lo que ha venido a buscar. Si te metes con mi moto, es que quieres guerra. Y como persona generosa que soy, yo se la concedo. —Cruzó los brazos, haciendo que parecieran aún más grandes en esa posición.

—Venga, ha sido una gamberrada, ¿no? —dijo Mario relajado, casi riéndose, provocando que Dylan se cabreara aún más, tal y como esperaba.

—¡Sabes que las motos no se tocan! Si tus chicos no lo saben, no es mi responsabilidad. Mantén a raya a tu banda. —Procuraba hablar calmado, pero solía costarle cuando estaba cerca de aquel surfero.

—Ya, el problema es que si las tablas se tocan, entiendo que las motos también. Es lo justo, amigo.

—Cuando toquemos las tablas, entonces lo hablamos si quieres, *amigo* —contestó furioso.

—Es lo que he venido a hacer. Os cargáis nuestras tablas, nos cargamos vuestras motos. Así se mantiene la paz en Plantío.

—¡Nosotros no hemos tocado tus tablas, gilipollas! —Dylan se estaba quedando sin paciencia y Maddie lo notaba—. Hemos pillado a este cabrón rajando mis ruedas. ¿A quién de los míos has visto joderte tu puta tabla?

Mario le mostró su mejor sonrisa. Le encantaba cuando conseguía sacar de quicio a Dylan. Luego se giró a su grupo.

—¿Quién ha visto lo de las tablas?

Nadie dijo nada y Mario empezó a reírse.

—¡No me jodáis! ¿Nadie ha visto nada? ¿Qué coño hacemos aquí entonces? —les gritó al final enfadado.

—La princesa motera estaba en el aparcamiento. Yo la vi —dijo una voz entre los surferos.

Maddie frunció el ceño mientras todos los allí presentes se giraban hacia ella. Tardó un segundo más que el resto en darse cuenta de que ella era la *princesa motera* . Fue a mirar a su hermano, segura de que se estaría poniendo rojo de ira. Contra ella, por haberse acercado al aparcamiento de los surferos, fastidiándole una vez más, y contra los surferos por sugerir que había tenido algo que ver.

Pero parecía ser Jake quien acaparaba toda la ira en su mirada.

La evitó en cuanto pudo, dirigiéndose a Mario.

—¡Yo no he hecho nada! —se defendió.

Él suspiró sonoramente.

—Ya lo sé, nena —le dijo pasándose la mano por el pelo, como si toda la situación le superara. Después de mirarla con algo de tristeza, se dirigió a Dylan —. Intenta no matarle, tenemos competición la semana que viene y está en el equipo.

Luego se marchó de vuelta a la playa, aunque sus seguidores tardaron un poco más en acompañar sus pasos. El surfero bajo los pies de Jake gritaba su nombre, pero él le ignoró mientras seguía caminando.

—¡Mario! —Fue Maddie quien le llamó esa vez. No podía dejar a su amigo abandonado. La situación en Plantío a veces le resultaba increíble. Su pacto de tolerancia era una locura más que no lograba entender.

Éste paró de andar, pero para cuando se giró, Dylan ya se había acercado a Maddie y la arrastraba del brazo fuera del alcance de los demás. La bronca de la noche estaba a punto de llegar.

—¡¿Qué coño haces?!

—¡No puede abandonarlo sin más! ¿Qué clase de amigo es? —preguntó enfadada.

—¡Es un surfero! —Dylan intentó continuar con los susurros mientras apretaba los dientes —. Y así arreglamos las cosas en Plantío. Tenían que habérselo pensado mejor antes de joderme la moto.

—Yo la arreglaré —intentó convencerle.

El grupo ya estaba atormentando al surfero que todavía esperaba su paliza. Le iban asustando y empujando mientras esperaban a que volviera Dylan.

—¿Dejar que tú pagues por un surfero? ¿Qué coño dices, Maddie?

—Quiero que acabes con esto. ¡Odio esta mierda! —le dijo, notando cómo el enfado iba

tiñendo sus palabras.

—Por eso ya no estás en Plantío.

—¡Estoy aquí! Déjalo por esta noche, por favor. Ha sido un error. Me vieron a mi y… —intentó desesperada antes de que su hermano la cortase.

—Sabes que no puedo hacerlo. Y harías bien en aprender tú también de todo esto. No deberías acercarte al aparcamiento del mirador —dijo Dylan apartando la mirada.

—¿Vais a pegarme una paliza a mi también? —le preguntó dolida. Pero su hermano estaba lejos de sentirse culpable.

—¡Debería! —siseó cabreado. Se quedó un momento en silencio esperando la respuesta de Maddie que nunca llegó, y luego se dio la vuelta y regresó al círculo de moteros. Todos seguían atemorizando o riéndose del surfero. Excepto Jake. Él permanecía a su lado, pero no le quitaba la vista de encima a ella.

Dylan ya se había acercado al grupo y, sin esperar ni avisar, le dio un puñetazo al surfero, descargando en su cara toda la rabia contenida. Jake seguía sosteniendo la mirada de Maddie hasta que tras el golpe ella frunció el ceño y miró al chico bajo sus pies, que volvía a erguirse a duras penas.

Jake era el siguiente, y allí seguirían hasta que aquel chico perdiera el conocimiento a base de golpes. Vio cómo el motero levantaba el brazo y luego hacía descender su puño hasta estrellarlo contra la cara de aquel chico. Éste perdió el conocimiento enseguida, cayendo al suelo rápidamente.

Se giró. No quería verlo.

A su espalda, algunos chicos abucheaban a Jake por haberles quitado la diversión. Maddie se alegró de que al menos no fuera a recibir más golpes aquella noche.

Empezó a caminar lo más lejos que pudo de allí. En momentos así, recordaba porqué no le había importado que su hermano la mandara fuera de Plantío.

VI.
ACECHADA

El sonido del mar era tan relajante como Maddie recordaba. Sentada sobre la barandilla del mirador, se perdía entre sus olas y la luz que reflejaba el agua.

A lo lejos escuchaba a la gente en la playa y a los surfistas haciendo ruido por encima de todos. Se iban animando unos a otros mientras cogían las pocas olas que el mar les ofrecía esa tarde. El resto permanecían sentados en sus tablas, mar adentro, mientras esperaban su turno. La marea estaba subiendo, y por eso aparecía de vez en cuando alguna ola que podían disfrutar. Por lo demás, el día parecía bastante tranquilo. Había poco viento, y las nubes habían dado algo de espacio al sol.

La temperatura era agradable, aunque no tan calurosa como un día de verano en cualquier otra parte. Maddie se había quitado su chaqueta vaquera y la llevaba atada a la cintura, siempre cerca de ella.

Sin duda era un clima perfecto para bajar a la playa, y por supuesto las de Plantío estaban llenas aquel día. Pero Dylan había salido del pueblo y no quería darle más motivos para preocuparse. Tampoco le importaba quedarse allí arriba. Ni siquiera sentía envidia de quienes estaban tumbados en la arena o paseando descalzos sintiendo el frío del mar alrededor de sus pies.

Estaba feliz en su asiento de piedra, mirando en la distancia.

De hecho, estaba tan absorta en los colores que tenía frente a ella, que no se percató cuando alguien apareció a su lado y le susurró al oído.

—¿Te gusta mirar al horizonte? ¿O es al mar?

Dio un respingo que casi la hizo caer de su sitio, y a duras penas sujetó el cuaderno que tenía en su regazo.

Se dio la vuelta y vio que quien le había susurrado al oído había sido Tanner, con su persistente sonrisa.

—¿Siempre tienes que asustarme? —le dijo enfadada, recobrando su postura sobre la barandilla.

Escuchó cómo éste se reía ligeramente a su espalda.

—No era mi intención.

Sabía que estaba mintiendo y le dirigió una mirada acusatoria al tiempo que alzaba una de sus cejas. Eso hizo reír de nuevo al surfero.

—Bueno, quizás un poco —admitió. Luego se sentó a su lado, pero dando la espalda al mar. Ese día había cambiado el rosa de su sudadera por un azul claro en una camiseta. También resaltaba sus ojos, pero Maddie no iba a pensar en ello.

—¿Qué haces? —le preguntó él mirando el cuaderno que sujetaba.

No se había dado cuenta hasta ese momento de que aún podía verse lo que estaba dibujando en él, y lo cerró rápidamente.

—Nada —dijo.

—¿Dibujas?

—Lo hacía —repuso molesta. Le preocupaba que él llegase a conocerla, a saber cosas de ella como que le encantaba dibujar; aunque aún no tenía muy claro el motivo. Seguramente tendría que ver con que ella era de los moteros y él acabaría con los surferos.

Como solía ocurrir, su respuesta cortante le hizo sonreír. Cuanto más se esforzaba por parecer borde, más grande extendía él su sonrisa.

—¿Puedo verlo? —preguntó.

La respuesta era obvia, pero en lugar de dársela, le hizo otra pregunta que no había dejado de rondar su cabeza desde que le conoció.

—¿Por qué eres tan majo?

Él rio brevemente.

—¿Eso es malo? —preguntó extrañado.

—Es raro.

Volvió a reír ante su respuesta.

—Creía que lo raro era lo contrario.

Maddie suspiró y evitó su sonrisa frunciendo los labios.

—No en Plantío.

Se quedó callada durante un momento, percatándose que era la segunda vez que Tanner coincidía con ella en la absurdez de una enemistad de la que nadie recordaba siquiera el motivo.

Después de considerarlo un momento le pasó el cuaderno, aunque vacilante. No estaba segura de por qué lo hacía. Quizá porque le gustaba que, a diferencia del resto, no estuviera obsesionado con una lucha estúpida entre bandas.

Él se lo quitó de las manos antes de que pudiera pensárselo dos veces. Le observó mientras pasaba las hojas de su cuaderno con cuidado, parando en algunas de ellas. Su cara no había modificado la posición curva de sus labios, así que Maddie imaginó que debía gustarle lo que veía.

A la gente siempre le gustaban sus dibujos, aunque lo que solían ver eran motivos de tatuajes, y no los paisajes a bolígrafo que tenía en aquellas páginas. Por eso mismo, aunque nunca le importaba la opinión de los demás, se sentía un poco nerviosa por conocer la de Tanner.

Absorto en los bocetos del cuaderno, él contestó a su comentario anterior.

—Si ser majo es raro en Plantío, a lo mejor deberías salir de aquí. Aunque creo que ya lo hiciste —dijo señalando algunos de sus antiguos dibujos. Los que había hecho meses atrás con unos paisajes muy distintos a los de su pueblo.

Maddie no sabía qué decir, ni qué significaba en realidad su comentario, así que recuperó rápidamente el cuaderno y lo dejó cerrado sobre su regazo.

Tanner la miró por un momento.

—Son muy bonitos —le dijo al fin.

Ella apartó su mirada. No quería sonreír como una tonta para él.

—Son garabatos —dijo vagamente.

—No crees eso. —Su tono denotaba incredulidad, y cuando ella encogió los hombros aún mirando al horizonte, él lo intentó otra vez—. Vamos, no puedes creer eso.

—¿Qué más te da? —preguntó ella de forma tajante. Empezaba a molestarle que estuviera tan pesado haciendo halagos de sus dibujos.

Por supuesto, dado que ella había contestado borde, él respondió riendo.

—¿Puedo invitarte hoy a tomar algo?

Maddie no entendía nada.

—¿Por qué insistes con eso? —le preguntó aún molesta.

—Yo creo que es obvio.

Maddie se giró y se bajó de la barandilla intentando ocultar el calor que le subía hasta las mejillas. Desde luego no estaba acostumbrada a que flirtearan con ella.

—Tengo que ir a comprar —dijo alejándose.

Dylan la había avisado de que volvería para cenar y quería preparar algo especial, pero por la mañana vio que las tareas del hogar no habían sido el fuerte de su hermano en los últimos meses. La nevera estaba vacía, y la despensa más de lo mismo.

Tampoco es que pasaran mucho tiempo en casa, pero esa noche al menos cenarían juntos y quizá pudiera sonsacar a su hermano algo más sobre la nueva situación de Plantío.

Maddie se había alejado dos pasos cuando Tanner apareció de nuevo a su lado.

—Entonces te acompaño —le dijo.

Ella se paró y le puso mala cara.

—No es buena idea que te vean conmigo. O a mí contigo.

Pensó en lo que diría su hermano, o cualquiera de la banda. Aunque Tanner le había dicho que no formaba parte de los surferos, su imagen dejaba pocas dudas de que no iba a ser muy bien recibido entre sus amigos.

Pero él parecía ignorarlo y siguió intentándolo.

—¿Por? Si soy un chico muy majo —dijo con toda naturalidad.

Maddie no pudo evitar reírse mientras cruzaba los brazos.

—Ya, por eso precisamente. —Le estaba costando mantener su papel de chica dura—. Además, se ve a la legua que eres surfero. —Le señaló de arriba a abajo y luego dejó el dedo a la altura del pecho, encima del dibujo de su camiseta. Sobre una tabla de surf y una ola, un texto decía *Surfer Life* . Lo leyó en voz alta sacudiendo la cabeza.

Estaba deseando saber qué excusa se le ocurría entonces al inagotable rubio que tenía delante.

Para empezar, él se rio mientras miraba a su vez el dibujo bajo su dedo.

—Vale. Bueno, eso tiene solución —dijo.

Se agachó, abrió su mochila y sacó una camiseta negra que pasó a Maddie para que le sujetara. Luego se quitó la que llevaba puesta descubriendo un torso bien tonificado que, bajo su ropa siempre ancha, ella sólo había intuido.

Cuando Tanner se hubo quitado la camiseta azul, vio que ella la miraba. Sonrió, pero no dijo nada. Ella subió la mirada de su cuerpo a su cara, y por más que le molestara la sonrisa de suficiencia que mostraba, no apartó los ojos. Tras tantos años con los moteros había aprendido a mantenerse firme, especialmente cuando intentaban hacérselo pasar mal.

—¿Tenías planeado disfrazarte de incógnito? —le preguntó secamente mientras le devolvía la camiseta negra aún en sus manos. Había recuperado su papel de borde, sobre todo porque le molestaba que hubiera conseguido ponerla nerviosa.

No es como si ese chico le gustase. Era guapo, sí, pero también muy pesado, y su sonrisa podía iluminar su rostro, pero estaba demasiado presente. Y lo peor: era un surfero.

—Se te siguen viendo todos los colorines de los brazos —agregó, intentando echar por tierra sus esfuerzos.

Mientras terminaba de colocarse la camiseta se acercó a ella.

—Puedes dejarme tu chaqueta —le propuso tirando del nudo en su cintura con el dedo índice. Ella le sujetó rápidamente por la muñeca.

Se dio cuenta del tono bajo que había usado y de su repentina cercanía, aunque intentó obviarlo.

—Si tocas mi chaqueta, estás muerto. —Sonrió, pero no vaciló. Hablaba muy en serio. Y el silencio que siguió le hizo comprender que su mensaje se había entregado satisfactoriamente.

Tanner dio un paso atrás con las manos en alto sin perder la diversión en su rostro.

—Muy bien. Entonces puedo poner cara de enfado, si crees que funcionará mejor. —Se estaba burlando de ella, y aún así consiguió hacerla reír.

Cuando se contuvo, le dio un empujón en el pecho para apartarle de su camino y siguió andando.

—¡Mira que eres pesado!

Él no tardó en alcanzarla, y finalmente Maddie se rindió y le permitió acompañarla.

El paseo hasta el supermercado no era largo y la conversación con Tanner nunca acababa. Siempre tenía alguna nueva pregunta o comentario con el que conseguir que Maddie pusiera los ojos en blanco. Y cada vez que intentaba ser borde, él se reía. Parecía imposible desanimarle.

Ya en el supermercado fueron recorriendo los pasillos juntos. Ella echaba productos en la cesta mientras él la seguía y hablaba.

—¿Por qué me parece que eres la única que pasa de ese rollo de las bandas? —le preguntó después de que la conversación se desviara hasta la rivalidad de Plantío.

Ella se rio suavemente pensando en lo acertado de su pregunta.

—Seguramente lo sea.

No recordaba que nadie se hubiera quejado de las peleas constantes, pero tampoco era algo que se pudiera hacer sin ofender a tu banda.

En el pasado había tenido alguna discusión sobre ello con su hermano, aunque procuraba mantener privadas sus opiniones al respecto. Pero al parecer, su postura era bastante obvia. Hasta Tanner, al que conocía de unos días, era consciente de su aversión a aquella disputa sin fin.

—Así que los surferos te caen bien —dio él por hecho.

—¿No te estarás refiriendo a ti? Sólo estoy empezando a tolerarte… —Sonrió antes de desaparecer por el pasillo conjunto.

Escuchó cómo Tanner se reía detrás de ella mientras la alcanzaba nuevamente. Entonces le dio una respuesta más amable.

—Mario me hace gracia. Sus esfuerzos por cabrear a mi hermano me parecen tan terriblemente cutres que me hacen reír. Y lo peor es que le funcionan. Pero estoy cansada de mirar siempre a mis espaldas, desconfiando… —Suspiró y siguió escudriñando las estanterías.

Cogió dos tarros de garbanzos precocinados y los echó a la cesta, que ya iba pesando.

—Parece una forma un poco difícil de vivir —repuso él a su lado mirando otros productos.

Ella juntó las cejas ante lo deprimente que sonaba su comentario. En realidad, su vida no era triste ni difícil. De hecho le gustaba, salvo por el inconveniente de tener que odiar a medio pueblo sin un motivo real.

—Es la que conozco —dijo sin darle importancia.

—Pero no es la que quieres. —Él se había girado hacia ella y Maddie tuvo que alzar la vista para mantenerle la mirada. Le sacaba algo más de una cabeza, y estando tan cerca era aún más notoria su diferencia de estatura. De pronto recordó el mar que había estado contemplando

minutos atrás y se preguntó si sería posible que él lo hubiera recogido y vertido en sus ojos.

Después de un momento más largo de lo necesario mirándose, se aclaró la garganta y siguió leyendo la etiqueta de las judías verdes que tenía en la mano, sin retener realmente nada.

—¿Y tú qué? ¿Cómo llegaste a aquí? —Prefería cambiar el foco de atención de la conversación.

Por el rabillo del ojo vio cómo Tanner encogía sus hombros.

—Estaba de paso y vi que necesitaban a alguien en el *Entre Tiempos* . Un poco de dinero nunca viene mal.

Ella no pudo reprimir su sonrisa.

—¿Eres un mochilero? —preguntó con interés. Pasaban muchos por allí, pero nunca había conocido a ninguno. El tipo de vida que llevaban siempre le había intrigado. No por cómo lo hacían, sino por el motivo que los llevaba a salir de casa sin nada más que una mochila y sus ganas de recorrer el mundo. Le recordaba a ese sueño nunca vivido de salir de Plantío sólo con la moto. Dylan le había hablado mucho de él cuando eran unos niños, pero en algún momento lo había dejado olvidado por el camino.

Tanner, sin embargo, tuvo que desilusionarla.

—No, no lo soy. Pero me gusta encontrar nuevas playas donde hacer surf.

Ella no dijo nada ante la decepción de su historia y siguió caminando hacia la caja. Allí les esperaba Irene, la dueña del supermercado, que conocía a Maddie desde que nació, y la saludó alegremente con un abrazo. Llevaba sin verla desde el verano anterior, como a la mayoría de personas del pueblo.

La tendera enseguida le preguntó por sus estudios y por su tiempo fuera de Plantío, pero ella intentó quitarse la conversación de encima con respuestas más bien vagas. Sobre todo cuando Tanner se acercó más a ella e Irene se percató de que iban juntos. Aunque no le preguntó nada sobre eso, Maddie pudo ver en sus ojos las ganas de hacerlo. Y algo le decía que en ese caso las respuestas vagas no serían suficiente.

Cogió las bolsas con su compra e ignoró a ambos caminando hacia la puerta. Tanner se puso a su altura rápidamente y, antes de que pudiera alcanzar la puerta, se acercó para avisarla.

—Creo que tu novio ha venido a por ti.

Maddie se giró hacia él confusa para descubrir que algo fuera de la tienda llamaba su atención. Justo enfrente de donde se encontraban, sobre su moto, Jake les observaba. Y su semblante era completamente diferente al de Tanner.

—Joder… —susurró parando sobre sus pasos. No había forma de esconderse. Él ya la había visto acompañada del surfero y no tenía más opción que seguir hacia delante. Sin embargo, aún no se movió—. No es mi novio —explicó.

Tanner la miró preocupado.

—¿Te están siguiendo?

—Vigilando, supongo. —Lo dijo como si fuera una simple molestia. Y realmente lo era, especialmente si iba a meterle en problemas con su hermano.

—Vaya, entonces sí que se toman en serio esta rivalidad. ¿Temen que puedas irte con un surfero en cualquier momento?

Maddie suspiró a su lado.

—Ya te dije que no era buena idea que nos vieran juntos. Mira, mejor nos separamos. —Echó a andar, pero Tanner la retuvo cogiéndola del brazo. Cuando ella se paró, él deslizó su mano hasta la muñeca, pero no bajó más, y Maddie se alegró de ello, porque Jake seguía fuera

observando cabreado.

—¿Podré volver a verte?

Se encogió de hombros. No era como si no fueran a verse más. Aunque dedujo que no era exactamente eso lo que le estaba preguntando.

—El pueblo es pequeño —dijo sin querer darle más esperanza. Sin albergarla tampoco para ella.

Se sorprendió a sí misma al entristecerse un poco por ello. Empezaba a coger el gusto a hablar con alguien que no estuviera obsesionado con las motos o el surf.

En cambio, Tanner sonrió frente a ella.

—Eso me vale —le dijo con su habitual alegría.

Maddie le devolvió la sonrisa y sin decir nada más salió de la tienda.

Una vez fuera, se encontró de frente con la mirada furiosa de Jake. No le dijo nada al verla, y parecía que iba a continuar así. Así que sin más, siguió su camino.



Ya había colocado toda la compra en la despensa y la nevera cuando, aburrida, miró el reloj. No tenía ni idea de cuándo llegaría su hermano a cenar, pues no había contestado a ninguno de sus mensajes en los que se lo preguntaba.

Le pareció que las nueve eran una buena hora para empezar a preparar la cena. De todas formas, una vez acabase, dejaría el horno encendido a baja temperatura para mantener la comida caliente en caso de que su hermano se retrasase .

Sacó la sartén, echó un poco de aceite, y empezó a cocinar unos sandwiches. Maddie nunca había sentido pasión por la cocina, y aunque le tocase a ella la mayoría de las veces, no había mejorado con los años. En los últimos meses sus compañeros de universidad le habían enseñado algo, pero esa noche iba a hacer los mismos sándwiches mixtos que siempre había preparado para su hermano. Estaba segura de que iba a encantarle el detalle. Siempre apreciaba cuando ella cocinaba para los dos.

En cambio, cuando le tocaba a él , el menú solía ser un bocadillo del *Entre Tiempos* o de algún otro bar.

Dejó los sándwiches dorándose mientras empezaba a preparar una ensalada césar con la salsa que su amiga Lizzy le había enseñado a hacer en sus primeros meses fuera de casa. No había encontrado los ingredientes exactos que ella utilizaba, y tanto la cocina como las sartenes y demás menaje eran un poco peor que los que tenía en la residencia universitaria, pero le pareció que el resultado era aceptable.

Quería preparar algo especial para su primera cena en familia desde que llegó. Maddie había podido comprobar, tal y como ya le había dicho Harper, que su hermano tenía más salidas que antes. Apenas estaba en casa, o ni siquiera en Plantío; y cuando volvía, únicamente le apetecía descansar o salir con los amigos.

No se lo reprochaba, pero ella también quería disfrutar un poco de él. Por eso esperaba con tantas ganas aquella noche.

No obstante, no todo sale como esperas en Plantío. Y ella lo recordó cuando vio a su

hermano cruzar la puerta, y a Jake detrás de él.

VII.
CONSECUENCIAS

El buen humor que Maddie había ido acumulando a lo largo del día iba a culminar con la cena con su hermano. Sin embargo, no contaba con que éste apareciese con Jake, estropeando sus planes.

Se asomó a la puerta de la cocina a saludarlo, y no pudo evitar fruncir el ceño cuando detrás de él apareció aquel invitado no esperado. Dylan no se percató de su gesto, y se acercó feliz a darle un beso antes de inspirar sonoramente a su lado, olfateando los sándwiches recién hechos.

—¡Nooooo! ¿Habías hecho cena ? —preguntó con un hilo de culpabilidad en la voz. Podía ver la respuesta a su pregunta sobre la encimera de la cocina: dos platos con un sándwich cada uno y una ensalada césar en el centro.

—Te mandé un mensaje —le dijo molesta, más por la visita sorpresa que porque su hermano fuera cargado con bolsas de la hamburguesería del pueblo.

Jake había pasado de largo, directo al salón, y Dylan le siguió mientras se disculpaba con ella.

—No estoy hecho a tenerte por aquí otra vez. Habíamos pillado del *Rincón.* —Puso las bolsas sobre la mesa del comedor.

—Si pasaras más tiempo aquí, podrías acostumbrarte —le dijo observando cómo sacaban toda la comida de las bolsas. Ya había contado cinco hamburguesas y seguían apareciendo más. Se preguntó cuántas planeaba comer cada uno.

Cuando Dylan le dedicó un gesto de remordimiento, ella intentó restarle importancia. Al menos tenía a su hermano allí, aunque fuera acompañado de Jake.

—No pasa nada, se los llevo a Jordan.

Su amigo siempre había alabado su comida, aunque estaba segura de que al principio lo hacía para reconfortarla ante sus pobres intentos. Pero con los sándwiches era sincero; le encantaban. Así que regresó a la cocina y los guardó en un tupper para acercárselos más tarde.

—A mi no me importaría probarlos. —Jake había aparecido en la cocina para coger unos vasos y Maddie dio un respingo cuando escuchó su voz detrás de ella. Le observó mientras se movía por la estancia con total soltura y encontraba los vasos como si conociera la casa a la perfección. Eso también le molestaba.

—Qué pena —le contestó fingiendo una sonrisa—. Para ti no había preparado.

Jake se apoyó en la encimera, justo a su lado.

—Vaya, con todo lo que compraste en el super… —le dijo con el claro objetivo de ponerla nerviosa.

Paró de moverse, con las manos aún sobre el envase de plástico. Los dos sabían de lo que estaba hablando, y de los problemas que podría causarle si decidía dar rienda suelta a su lengua.

Por si fuera poco, su hermano apareció por la puerta de la cocina.

—¿Has ido al super y todo? —Lo dijo en un tono conmovido, y parecía sentirse aún más culpable por no haberla avisado de que llevarían cena.

El corazón se le aceleró y se giró hacia Jake intentando descubrir si iba a delatarla o simplemente a pasárselo bien torturándola con desvelar su secreto. Luego se volvió a su hermano, esperando que hubiera escogido la segunda opción.

—Sí. La nevera estaba que daba pena.

Dylan se rio ante su comentario, pero no le quitó la razón. Maddie había comprobado la forma en que había abandonado la casa durante los últimos meses. En algún momento, incluso se había llegado a preguntar si realmente solía volver a casa a dormir. Supuso que nunca lo sabría.

Una vez terminó con los sándwiches, Jake con los vasos y Dylan con las servilletas y platos, se dirigieron hacia el salón. Los chicos ya habían dispuesto toda la comida sobre la mesa y se podían contar doce hamburguesas.

—Las damas primero —dijo Jake mientras se sentaba, al igual que hacían los demás.

Ella ignoró su comentario, indecisa sobre su intención de seguir fastidiándola, y echó un vistazo a las hamburguesas. Cogió la que tenía más cerca.

Enseguida se pusieron a comer e intentó proseguir con su plan para la noche.

—Bueno, ¿y cómo ha ido? Hoy fuiste solo, ¿no? —preguntó sin dejar de mirar su hamburguesa, disimulando su interés.

—Con Colin. —Su hermano estaba siendo escueto, sin perder tiempo de comer.

—¿Y a dónde habéis ido hoy? —intentó parecer casual mientras continuaba con sus preguntas. Hizo caso omiso a la sonrisa que elevaba las comisuras de Jake.

Estaba claro que había pillado lo que intentaba y descubrió que su hermano también cuando le contestó un simple —Maddie…— a modo de aviso.

Ella resopló, y no pudo contenerse.

—¿Por qué no puedes contarme nada?

Lo único que consiguió fue que su hermano se riera, molestándola aún más. La hacía parecer una niña enfadada por no recibir su caramelo, cuando en realidad estaba preocupada por él. Si en dos días habían intentado secuestrarla y matarla sobre una moto, ¿qué no le habría ocurrido a él en los últimos meses? Le aterraba pensar en todas las opciones. Quería y necesitaba formar parte de su vida, incluso con aquellas cosas que le ocultaba.

—No voy a meterte en mis problemas —dio por terminada esa conversación sin saber que esos problemas de los que hablaba, ya la habían alcanzado.

Maddie respiró hondo y se quedó callada mientras le contestaba en su cabeza. *Ya…, pero a Jake sí.*

A veces no entendía la falta de confianza de su hermano. Sabía que era una de las mejores moteras de la banda y, siendo su hermana, su lealtad estaba más que asegurada. Pero aún así, él prefería confiar en otros más que en ella.

Tampoco es que le estuviera pidiendo acompañarle a sus entregas de droga. Simplemente quería entender de qué iba todo y saber hasta qué punto debería preocuparse.

—¿Y tú qué? —La voz de su hermano cortó el discurso en su cabeza, haciendo que volviera a fijarse en los comensales que tenía enfrente.

—Nada, estuve en el mirador.

Lo dijo como si fuera algo normal y aburrido, aunque aquella tarde había sido algo diferente. Miró a Jake por un momento, preguntándose si iba a hacer algún comentario sobre eso también, pero éste sólo sonrió mientras miraba la comida en sus manos.

Sabía que estaba pensando algo. Posiblemente algún comentario que consiguiera incomodarla. Pero trató de ignorarle y mantener la calma.

Su hermano, en cambio, se mostró entusiasmado.

—¿Tienes algo nuevo? —preguntó.

Ella se encogió de hombros sin revelar nada. No le apetecía con Jake delante, pero al parecer a Dylan eso no le importaba.

—Tienes que enseñarle tus dibujos. Me encantan los que hace desde el mirador —comentó a su amigo con orgullo.

—Dylan… —le avisó. No quería hablar del tema en ese momento.

—¿Y se los enseñas a cualquiera? —preguntó Jake. Su sonrisa no había cambiado, pero entonces la observaba desafiante.

Podría haberse estado refiriendo a él, pero Maddie no tenía dudas de que hablaba de Tanner, a quien sí había mostrado sus bocetos. Así comprendió que su encuentro en el supermercado no había sido casual, sino que probablemente la habría estado vigilando durante toda la tarde.

Mientras los dos se taladraban con la mirada en silencio, su hermano se había quitado la chaqueta y, tirando del cuello de su camiseta, señaló a Jake un tatuaje bajo su clavícula. Era una rosa como las que ella llevaba en su chaqueta. Tenía los mismos detalles, como si estuviera bordada en su piel y no dibujada.

—Mira, es mi favorito. Lo hizo ella.

—Dylan, ya.

—¿Qué pasa? ¿No puedo hacer de hermano orgulloso? —Encogió los hombros antes de devolver el cuello de su camiseta a su posición natural. En realidad, nunca había ocultado lo mucho que admiraba sus dibujos.

—Para ya, ¿quieres?

Le molestaba que Jake supiera de su vida o sus aficiones cuando ella apenas lo conocía.

Algo parecido le había pasado con Tanner. Pero mientras que el surfero parecía sincero al ojear sus dibujos, con Jake sentía que su simple sonrisa ya la juzgaba.

Sus dibujos eran el lugar donde perderse cuando todo era difícil. No iba a dejar que él los ridiculizara. Estaba lista para saltar ante su opinión cuando sus palabras la paralizaron.

—Es muy bonito —le había dicho.

Alzó la vista hasta él y no le pareció que su sonrisa o su tono tuvieran un doble sentido. Sin embargo, no iba a fiarse aún.

El resto de la cena transcurrió con normalidad. Hablaron sobre motos, el pueblo, los planes para el verano… Por supuesto, Dylan no cayó en ninguno de los intentos de su hermana de saber más sobre los problemas que había en la banda.

Cada vez que se acercaba a conseguir algo de información, él sonreía mientras que Jake en cambio parecía molestarse cada vez más.

Cuando terminaron de cenar, empezaron a recoger todo. Dylan fue a darse una ducha y Maddie se escapó rápidamente a la cocina para evitar a Jake.

Dio un salto cuando un momento después lo vio apoyado en el marco de la puerta. Permanecía inmóvil, observando cada uno de sus movimientos. Por su gesto, le parecía que estaba otra vez enfadado, aunque empezaba a pensar que era su estado habitual, al menos cuando ella estaba delante.

Como ninguno dijo nada, siguió con sus tareas en silencio, haciendo lo posible por

ignorarlo.

—No deberías verte con ese chico —dijo él de pronto. Parecía calmado, aunque firme. Pero aquella tranquilidad con que pronunció sus palabras no tuvieron el mismo efecto en ella.

Frunció el ceño incluso antes de asimilarlas.

—¿Perdona? ¿Te crees mi hermano ahora? —Se giró, controlándose apenas para no gritarle. Había pasado por alto su obsesión por vigilarla, esperando que fuera cosa de Dylan, y no estaba en sus planes permitirle decirle qué hacer con su vida. Si no le gustaba, podía dejar de mirar.

Él abandonó el marco de la puerta y con una zancada se puso frente a ella, haciendo que tuviera que alzar la mirada para ver sus ojos castaños contemplándola. Lo hizo sin titubear.

—Madison, hablo en serio —le dijo.

—¡Yo también! —contestó con su mejor tono de enfado.

Se daba cuenta de lo cerca que se encontraban el uno del otro, pero si pretendía amedrentarla, no le iba a funcionar. Aunque no pudo contener los nervios paseándose por su tripa.

Seguramente tendría que ver con que cabreado daba bastante miedo. Más que los otros moteros a los que había tenido que sostener la mirada en el pasado. Se negaba a aceptar que tuviera que ver con que al estar tan cerca podía apreciar su olor, que le recordaba a la tierra mojada, la naturaleza y el frescor que tanto le gustaba de Plantío.

—No deberías juntarte con uno de los surferos. Ellos…

—¡Ni tú decirme lo que tengo que hacer! —le cortó rápidamente.

Se quedaron unos segundos mirándose enfadados en silencio antes de que Dylan se asomase por la puerta.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó inocente, viendo cómo se asesinaban con los ojos—. Estamos en el mismo bando, ¿no?

Pero, en lo referente a Jake, a ella le costaba recordarlo.

—¡Pues que se vaya a molestar a los del otro! —soltó Maddie furiosa. Después cogió la bolsa con los sándwiches para Jordan y se fue.

Se arrepintió nada más cerrar la puerta de su casa, pues los dejaba a solas, y Jake podría empezar a malmeter, pero, aún así, no dejó de andar.

No sabía realmente el motivo de su cabreo. Que no debía acercarse a los surferos era algo que cualquiera podría decirle. Ella misma lo sabía mejor que nadie. Pero que se lo dijera Jake le molestaba sobremanera. Tenía el don de irritarla siempre que estaba cerca.

Intentó sacarlo de su mente mientras se subía a la moto y se dirigía al mirador. Ya estaban allí todos los demás. No le apetecía ver a nadie, pero prefería eso a estar a solas y empezar a hacerse preguntas que no quería responder.

Una vez con sus amigos, le costó poco recuperar el buen humor. Sin Jake cerca era más fácil, aunque su hermano y él no tardaron en unirse al grupo.

Le preocupaba que en su ausencia le hubiera dicho algo sobre el motivo de la discusión, pero, de ser así, Dylan ya le habría echado una bronca nada más llegar. Nunca esperaba si se trataba de regañarla. Así que intuyó que no le había dicho nada.

Sin embargo, se fijó en que ninguno de los dos se había hablado ni mirado desde que se unieron a la fiesta, y mientras que Jake parecía más cabreado de lo normal, Dylan parecía distraído.

Sabía que era inútil preocuparse por ello. Ninguno le contaría nada. Pero eso únicamente

hacía crecer su intriga.

Pasado el rato, su mal humor y preocupación habían crecido bajo las conversaciones banales con la banda, y decidió ir a dar una vuelta en moto. No esperó a ver si a su hermano le parecía bien. Necesitaba un poco de carretera para olvidar que éste tenía confianza con todos salvo con ella.

Empezó a llover mientras atravesaba las calles de Plantío sobre su moto, pero no paró hasta que cruzó la gran recta que unía el pueblo con el resto de carreteras de la zona. Desde allí arriba se quedó mirando las luces de la noche y la lluvia cortando su trayectoria.

Se le estaba empapando el pelo, pero no le importaba. Como mucho se le rizaría un poco más.

No era igual que en los acantilados de Lobo, pero cuando veía el pueblo tan pequeño, quería pensar que sus problemas y sus preocupaciones también se reducían. Y así se quedó un rato más, mirando desde las sombras las luces naranjas que dibujaban su pueblo.

Entonces pasó un coche por la carretera detrás de ella y un escalofrío recorrió su espalda. El episodio que había vivido unos días antes le vino a la mente, sumiéndola nuevamente en el terror de verse perseguida.

Aún no había dicho nada sobre aquel motero a nadie. Sabía que Harper se preocuparía demasiado y Dylan hasta le prohibiría salir de casa. Incluso a ella le había costado salir al día siguiente. Pero su hermano le había asegurado que en Plantío estaba segura, y poco a poco había podido comprobarlo.

Aquel motero no se había aventurado a cruzar la recta cuando la perseguía. Por eso mismo, tampoco se había atrevido a avanzar más, y permanecía en lo alto de la carretera como límite de su pequeña libertad.

Finalmente, con una renovada calma decidió volver al mirador. La lluvia había espantado a la mayoría de moteros, y se fijó en que ni su hermano ni Jake estaban allí.

Antes de aparcar la moto escuchó unas voces a la vuelta de la esquina, y moviéndose en punto muerto se acercó a comprobar. Tal y como había imaginado, eran ellos dos.

—¡De momento va a ser así hasta que yo lo diga! —gritaba su hermano. Estaba claro que la actitud que les había visto al llegar tras la cena no había cambiado. Estaban discutiendo, y si no hubiera sido por el volumen al que hablaban, la lluvia habría borrado sus voces.

Se preguntó si llegarían a las manos, pero su hermano no era de meterse en peleas con los de su banda, por acalorada que fuera la discusión. Aunque, de nuevo, no podía asegurar nada sobre Jake.

—Joder Dylan, ¡estás cegado! —le dijo éste.

—¡Sí! ¡Mucho! —Dylan subió aún más el tono de voz—. Y voy a estarlo hasta que les pueda joder tanto como ellos nos están jodiendo a nosotros. Y así lo vamos a conseguir. Sé que puede hacerlo.

Se quedaron un momento en silencio mientras Maddie intentaba entender de qué o quién hablaban. Después Jake continuó con un tono algo más sosegado que le costó escuchar.

—¿Aunque te cueste todo? —preguntó.

Dylan tardó en responder, posiblemente pensando en su respuesta. Luego negó con la cabeza y habló también sosegado.

—No va a pasar nada.

Maddie sentía la curiosidad apoderándose de ella. Estaba pensando en bajar de la moto en silencio y acercarse para escuchar un poco más, cuando un grupo de ocho chicos pasó por su

lado, llamando su atención a la fuerza.

—¡Eh, guapa! ¿Nos das un paseo en tu moto? —dijo a voces uno de ellos mientras se acercaban entre risas.

—Vaya culo te hace, nena. —Maddie no pudo evitar poner los ojos en blanco ante el segundo comentario. Y algún otro dijo algo sobre *cabalgar,* pero ni siquiera intentó escuchar lo que decía.

Sencillamente pasó de ellos y se giró para continuar espiando la conversación entre Jake y Dylan. Pero ellos habían dejado sus diferencias a un lado y se acercaban a su posición, dirigiendo el enfado al grupo que ya la rodeaba.

No le sonaba la cara de ninguno, y no tenían pinta de surferos. Eran atléticos, aunque sus ropas anchas trataran de ocultarlo. Serían veraneantes, como los muchos que pasaban por allí cada año. Veraneantes con algunas bebidas de más, según parecía.

Fue a arrancar la moto para marcharse, pero uno de ellos la sujetó por el brazo.

—Eh, mi amigo te ha hecho una pregunta.

—¡No me toques! —le avisó ella.

—¿O qué, guapa? —Le apretó la muñeca y se acercó con una sonrisa de suficiencia. Se sentía muy seguro de sí mismo con todos sus amigos alrededor, amenazando a una chica. Sin embargo, no sabía que ella no se dejaba intimidar tan fácilmente.

Se soltó de su mano con un rápido movimiento.

—O te parto la cara, gilipollas —le dijo con fiereza, mostrándole que no estaba asustada. Los chicos alrededor empezaron a abuchearla a coro en tono de burla.

—Que tía dura eres, ¿no? —Todos se rieron.

Iba a contestarle con algún otro insulto cuando Jake apareció detrás de ella, profiriendo un gruñido desde su pecho. Dylan les alcanzó un momento después y se puso al otro lado de Maddie, pero ellos sólo parecían ver a Jake.

Tenía la vista clavada en el chico que la había cogido, y cuando ella alzó la mirada, le pareció ver un animal rabioso de la furia que desprendía. La lluvia rebotaba en su rostro sin que él cambiase el gesto.

—¿Y éste quién es? ¿Tu novio?

—Como si lo fuera. Ya os estáis largando —gruñó, y sonó a amenaza.

Seguramente era el alcohol de más el que daba seguridad a aquel grupo incluso delante de Jake, porque alguno se rio. El que parecía el cabecilla no hizo siquiera ademán de moverse. De hecho, fue a responder. Pero antes de que saliera una palabra de su boca, el puño de Jake le alcanzó cerrándosela.

—Te he avisado —dijo.

En menos de un segundo la pelea estaba servida.

El chico que se quedó sin poder hablar intentó devolver a Jake el favor de su puñetazo, aunque sin mucho acierto. Mientras tanto, otros de los amigos borrachos intentaron también alcanzar a Jake, pero Dylan los paró, consiguiendo que algún derechazo fuese directo a él.

Tocaban a cuatro borrachos por cada uno de ellos, y aunque Dylan y Jake eran más grandes y se encontraban más estables, no dejaban de estar en minoría.

Por suerte, Fred, Jordan y dos más que aún seguían por allí no tardaron en unirse dándoles un poco más de holgura en número.

Maddie se bajó de la moto observando la escena, que parecía moverse a cámara rápida a su alrededor. La lluvia tampoco ayudaba, haciendo que todo fuera aún más caótico.

En un momento dado, encontró a Jordan doblado sobre sí mismo. Le acababan de dar en la cara y vio cómo, aturdido, sacudía la cabeza sin poder fijar la vista.

Su agresor pretendía aprovechar la situación para volver a pegarle, pero ella se acercó con rapidez y arremetió contra él sin pensarlo. Le empujó con la fuerza de todo su cuerpo, y éste, al ver que tenía a una chica delante, se quedó quieto por un momento. Luego, cabreado, la apartó, metiéndole tal golpe en el pecho que la hizo caer.

Si había algún resquicio seco en su ropa, terminó completamente empapado cuando aterrizó en el suelo.

Para entonces, Jordan ya había recobrado la compostura y pretendía devolver alguno de los puñetazos que había recibido.

Maddie notó un brazo rodeándole la cintura y levantándola del suelo. Se removió contra él hasta que vio que era Jake quien la ayudaba a ponerse en pie.

Abrió la boca para agradecérselo, pero él habló primero.

—Vete de aquí —le instó. Y sin esperar a que pudiera contradecirle, volvió al grupo empujando a dos chicos que estaban sobre Fred.

Ella miró alrededor sin saber cómo parar aquello antes de que cualquiera acabara muy malherido. Entonces encontró a Tanner, al otro lado de la plaza. Había salido del bar ante el barullo, como muchos otros, y permanecía bajo la lluvia, empapándose, aún con su delantal negro puesto. Por su cara, parecía que estaba dudando entre acercarse o no.

Pero fué lo que vio detrás de él lo que le puso los pelos de punta.

—¡Dylan! —buscó a su hermano enseguida. Le siguió llamando hasta que éste empujó al oponente que tenía enfrente para ganar un segundo y encontrar su mirada.

Ella señaló al grupo de surferos que se acercaban corriendo hacia ellos a través de la lluvia.

Dylan hizo las cuentas tan rápido como ella.

—Joder, ¡nos vamos! ¡Ya! —gritó, y empezó a empujar a alguno de sus amigos para que se movieran.

Maddie subió a su moto pero no se movió. Miraba que todos pudieran salir de allí antes de que llegasen los surferos y la cosa se descontrolara aún más.

Vio a Jake acercándose a ella, pero entonces el primer chico al que golpeó le sujetó por la chaqueta y le hizo girar. Le dio en la cara haciendo que éste se revolviera olvidando que estaba sólo ante todo el grupo, y con más energúmenos acercándose.

—¡Jake! —le llamó Maddie.

Por cada golpe que entregaba, recibía dos o tres en distintas partes de su cuerpo, pero no cesaba.

—¡Joder, Jake! —le gritó de nuevo.

—¡Vete! —le respondió entre golpes.

Estaba viéndole consumirse entre todos ellos y aún no había llegado lo peor.

—¡Sin ti no me voy! —le gritó haciendo revolucionar la moto. El corazón se le iba a salir por la garganta. Hablaba en serio cuando decía que no se iba a mover de allí, pero sabía que no podría hacer mucho por ayudarlo. En el mejor de los casos, dar empujones y algún que otro puñetazo.

Desde luego no sería suficiente.

No tuvo tiempo de repetir su nombre a voces cuando él ya se estaba subiendo a la moto y le rodeaba la cintura con sus brazos, tal y como había hecho un momento antes durante la pelea.

Enseguida puso la moto en movimiento evitando que los alcanzaran. Giró bruscamente y se dirigió hacia el otro lado del mirador, rehuyendo a los surferos que ya habían aparecido. Por suerte, el callejón que buscaba estaba libre de coches aquella noche e iban a poder salir de allí sin problemas.

Llegaron a casa de Maddie en unos minutos. Seguramente había corrido de más debido a los nervios de lo sucedido, o a su preocupación por Jake, aunque eso no lo iba a reconocer. Pero le había visto recibir demasiados golpes al quedarse solo, y le preocupaba que, pasada la adrenalina del momento, pudiera incluso caerse de la moto.

Condujo muy atenta a su agarre alrededor de la cintura. Únicamente por ese motivo, se confirmó a sí misma. Pero él se mantuvo firme todo el trayecto, y cuando llegaron, bajó de la moto sin problema antes que ella.

Se quedó observándolo confusa al verlo tan resuelto. Incluso se empezó a preguntar si de verdad había visto tantos golpes alcanzándolo como recordaba.

Entraron en la casa, y Jake fue directo a la cocina a por un vaso de agua. Sirvió otro a Maddie sin preguntarle.

Nuevamente le molestó que se moviera con tanta soltura en su casa.

Luego él se sentó en una de las sillas de la cocina y, recostándose en el respaldo, cerró los ojos.

Permanecieron en silencio un tiempo. Incluso llegó a preguntarse si se habría dormido, aunque no había notado cambios en su respiración.

—Estás hecho una pena —le dijo, y tenía razón. Podía empezar a ver los golpes cogiendo forma en su cara.

Ante sus palabras, los labios de Jake se curvaron en una sonrisa, pero no dijo nada ni se movió.

Entonces ella se acercó al congelador y sacó un paquete de guisantes que había comprado esa misma tarde. Luego volvió a su sitio, frente a él.

—Toma. —Le mostró los guisantes esperando a que los cogiera.

Él abrió los ojos, los miró, y luego sonrió; pero no se movió a coger la bolsa.

—No pienso ponerte el hielo en el ojo. Si eres tan gilipollas de pegarte con otros, tendrás que lidiar tú con las consecuencias —dijo duramente.

La sonrisa de Jake se hizo más grande. Entonces se levantó y se acercó a ella, que le tendió la bolsa de guisantes dando un paso atrás, hasta donde la encimera le permitió moverse.

La verdad es que no entendía cómo los chicos de la plaza no le habían temido. Incluso sonriendo, con su tamaño y la cara magullada parecía amenazante. Pero cuanto más miedo tenía Maddie, mejor disimulaba, así que se quedó mirándole con una sonrisa.

—Lo siento, esto no es una película. No voy a ir corriendo a curar tu ojo morado por haber salvado mi honor.

Escuchó la risa suave de Jake que sonaba desde su pecho, como lo hacían en ocasiones sus gruñidos.

Le había cogido la bolsa de la mano y se la había puesto en el cuello. Aún corrían por él gotas de lluvia que bajaban desde su pelo castaño y se perdían en su camiseta empapada.

La contempló desde su altura y ella notó su corazón saltando contra su cuerpo. Todo en él le instaba a salir corriendo, pero no podía evitar preguntarse qué pasaría si se quedaba.

—No… —contestó él a algo que ya había olvidado. Su tono de voz era más bajo, provocando que su piel se le erizase con cada palabra—. Si esto fuera una película, ahora mismo

te estaría sentando en la encimera y besándote hasta que no recordases dónde estás. Con música de fondo —sonrió al añadir la última frase como toque final.

Maddie se dio cuenta de que tenía la boca abierta cuando él terminó de hablar, y de que había imaginado cada una de sus palabras de forma muy explícita. Le preocupó lo concreta que había sido su mente con los detalles: sus manos fuertes sosteniendo sus piernas, el calor de su cuerpo frente a ella y sus labios saboreando su boca sin control.

Fue al escucharle reír cuando se movió de su lado, intentando borrar aquellas imágenes de su cabeza.

—No sé qué tipo de pelis ves tú —le dijo lo más indiferente que fue capaz de mostrarse.

Jake la siguió con la mirada, y ella vio lo mucho que se estaba divirtiendo.

—¿Crepúsculo? —probó.

—Me da que no. —Intentó esconder su sonrisa sin mucho acierto. Le hacía gracia imaginar a Jake viendo aquella película.

Entonces se fijó en cómo su sonrisa se contraía en una fina línea.

—¿Por qué me has esperado? —preguntó. Era obvio que las bromas habían quedado atrás y el ambiente se tornó tan serio como él.

Ella encogió los hombros e hizo un gesto con la boca como para intentar restarle importancia al asunto.

—No se deja a nadie atrás.

Era cierto, pero no estaba segura de que fuera toda la verdad. Sin embargo, era la única que compartiría con él y que aceptaría en su fuero interno.

Jake sonrió antes de que pudiera pensar en nada más.

—A mi me da que empiezo a caerte bien —le dijo.

—Ni por un momento. —Sonrió muy segura de su respuesta.

La puerta de la casa se abrió con un golpe, y dejaron de mirarse para encontrar a Dylan entrando a la vez que gritaba el nombre de Maddie. Una vez la encontró, suspiró profundamente y se acercó a abrazarla.

—¿Estás bien? Te he visto en el suelo.

—Sí, no es nada —le quitó importancia. Aunque después de su breve conversación con Jake, sólo pensar en su brazo alrededor de su cintura cuando la ayudó a levantarse durante la pelea, hacía que le subiese un calor a sus mejillas que no lograba disipar.

Por suerte, su hermano la soltó y fue a comprobar cómo estaba su amigo.

—He vuelto a buscarte y no estabas. Fred me dijo que te quedaste atrás.

—Me trajo Madison. —No había dejado de mirarla.

Su hermano asintió y le quitó la bolsa de guisantes que aún sostenía sobre su cuello para ponérsela en la cara. Suspiró cuando notó el frío calmando sus golpes. Maddie no pudo evitar preguntarse cuántas veces habría vuelto a casa así en los últimos meses.

—Entonces, ¿ahora vais montando peleas sin motivo? —le preguntó, notando como el disgusto se iba extendiendo en ella. Ahora que sabía que todos estaban bien, podía echarles en cara lo absurdo de su reacción.

—Si buscan problemas con uno de los nuestros, lo buscan con todos —contestó Jake muy serio.

—No buscaban problemas; iban borrachos. Y podía encargarme yo de ellos.

—No lo estabas haciendo.

Maddie sintió que echaba por tierra sus continuos esfuerzos por demostrar a su hermano

que podía valerse por sí misma, y no aguanto más sin explotar.

—Porque no voy pegando a la gente por ser gilipollas. ¡Si no, ya tendrías la cara hecha un cromo! —le gritó.

Dylan, que los observaba en silencio, empezó a reírse ante su reacción. Jake se rio también.

—Apuesto a que sí —le concedió.

Viendo que los dos se lo tomaban a broma y su furia alcanzaba su pecho y sus manos sin control, salió de la cocina y luego de la casa dando un portazo.

Su hermano la llamó intentando detenerla, pero no le escuchó.

Aún le temblaban las manos mientras echaba a andar. Las metió en los bolsillos de su chaqueta. No para resguardarse de la lluvia, que nunca le molestaba, sino en un intento de controlar su enfado.

Necesitaba alejarse.

No paraba de dar vueltas a todo y, para su desgracia, no sólo a los eventos relacionados con la pelea, sino a lo que había ocurrido después en su cocina, y a lo que no había ocurrido pero su cabeza se había tomado la libertad de imaginar.

Siguió caminando mientras buscaba la forma de olvidarse de toda la locura en la que se habían vuelto las bandas con un único destino en mente.

Un minuto más tarde cruzaba la puerta bajo el cartel de *Entre tiempos* , y el olor a calor y a madera inundó sus sentidos. Tras la barra de bar encontró dos ojos azules que la miraban con preocupación, y que un momento después le regalaron una sonrisa.

VIII.
ESCONDIDA

Después de dar tres vueltas a Plantío, Maddie había confirmado que Jake la estaba siguiendo de nuevo. Aún no tenía claro si la vigilancia era idea de Dylan o si simplemente tenía una fijación con ella. De ser así, no tenía muy claro la naturaleza de ésta.

Tras la escena que tuvo lugar en la cocina hacía ya tres días, y que intentaba olvidar a toda costa, a veces se decantaba por la segunda opción: una fijación.

Luego comprobaba lo borde que era con ella y se le olvidaba. Tampoco es que ella le diera pie a ser más agradable. Estaba a la que saltaba con él en los pocos momentos que coincidían. Así que intentaba evitarle todo lo posible.

Pero al parecer él prefería no perderla de vista.

En cualquier caso, tenerle pegado le dificultaba quedar con Tanner, y sólo había conseguido hablar con él algún ratito en el *Entre Tiempos* . Al final, siempre aparecían Harper u otro motero por allí haciendo imposible que siguieran hablando con normalidad.

Se dijo para sí misma que aquella tarde sería distinta, y con esa idea aparcó la moto al lado del bar y cruzó su puerta.

Tanner la saludó con su habitual sonrisa. Después del ceño fruncido constante de Jake, la sonrisa del surfero incluso le agradaba.

Estaba limpiando unas mesas y le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara. Lo hizo, y se sentó mientras terminaba de limpiar.

—Te has dejado un poco aquí —le picó.

Él sonrió y volvió a pasar la bayeta por donde ella le había señalado, pero luego la amenazó.

—No me hagas mojarte con esta guarrería.

Maddie levantó las manos en gesto de rendición.

—Ahora te traigo una cerveza.

—¿Cuándo acaba tu turno? —preguntó antes de que se fuera.

Notó cómo él la observaba a su lado, pero lo único que ella veía era la moto de Jake pasando por delante de ellos. Desde luego sabía cómo ser molesto.

Por un instante estuvo tentada de salir dando voces diciéndole que dejara de seguirle. En su cabeza se veía genial. Pero no estaba en sus planes montar un número, y menos contra alguien de su banda.

—Acabo a las ocho, pero puedo pedirme algunas horas. Hoy está tranquilo. —Con un movimiento de cabeza señaló al bar, que no estaba en su mejor momento de afluencia.

—¿Puedo salir por detrás?

Escuchó cómo a su lado Tanner se reía.

—¿Y esa pregunta?

—¿Puedo? —le urgió. No tenía muy claro cómo llegar a su moto sin que Jake la alcanzara.

A lo mejor si conseguía que entrara allí…

—Maddie, ¿qué pasa? —le preguntó preocupado.

Entonces apartó la vista de la ventana y se fijó en él. Al ver su cara, sonrió para aliviar su preocupación.

—Nada, es que necesito salir de aquí, de todo lo de las bandas… Ya sabes.

—¿Y no puedes salir por la puerta?

Vio la respuesta sin que ella se la diera. Jake se encontraba aparcado al otro lado de la plaza mirando fijamente donde ellos estaban, tal y como había hecho días atrás en el supermercado.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó al fin el surfero.

Dos minutos más tarde Tanner había salido a limpiar las mesas de fuera mientras Maddie se escabullía por la puerta de la despensa, que daba a la parte trasera del bar. Se había acercado a hurtadillas lo suficiente para ver a Jake bajándose de la moto. Sonrió al ver cómo su cara de cabreo iba en aumento.

Había mandado un mensaje a su hermano diciendo que se encontraba mal y pidiéndole si podía mandar a alguien a buscarla al bar. Sabía que le mandaría a él. En los últimos días había comprobado lo que ya intuyó desde el principio: Jake se había convertido en su segundo, siendo la persona en la que más confiaba.

En cuanto observó cómo entraba en el bar, cogió su moto y empezó a moverla en punto muerto. Cuando llegó a la calle más cercana hizo una seña a Tanner, que se acercó rápidamente. Arrancó su moto y callejeó por Plantío hasta la recta de salida del pueblo. Pero en lugar de cogerla, se desvió por un camino más antiguo y que apenas se usaba desde hacía tiempo. Era raro ver algún vehículo transitando por allí.

Estaba lleno de curvas y, de su poco uso, la vegetación iba haciéndose con la calzada poco a poco.

Maddie sonrió al llegar a esa carretera. Cuando aún no tenía moto, era el camino que solía recorrer a pie para salir del pueblo, y llevaba años sin verlo.

Siguió moviéndose a través de ella, disfrutando de sus curvas, del silencio únicamente interrumpido por el motor bajo sus piernas, del pasado. Se percató de lo mucho que estaba disfrutando cuando el abrazo de Tanner se estrechó alrededor de su cintura. Sin embargo, no bajó la velocidad. Sabía que sólo podría sacarle unos segundos a Jake.

No tenía muy claro a dónde se dirigían hasta que pasó por delante de un pequeño claro entre los árboles que rodeaban la carretera a Celtos. Alguna vez se había perdido allí, escapando.

Paró el motor mientras se bajaban de la moto y en punto muerto la adentró más entre los árboles y arbustos. Sabía que era imposible que Jake los encontrase allí, pero no estaba de más ser precavidos.

—Nuestro primer sitio secreto —bromeó Tanner.

Ella apretó los labios para evitar una sonrisa nerviosa y le mandó callar.

Siguieron avanzando un poco más entre la maleza, y tras el último arbusto llegaron hasta un pequeño claro que acababa en una pendiente sin un fin conocido. Lo mejor de ese lugar no era el silencio, sino las vistas. Plantío quedaba oculto entre los árboles que descendían la pendiente, pero tras ellos podía verse el mar, brillando con el reflejo del sol. Al menos en los espacios que no estaban nublados. El cielo, por su parte, también presentaba una imagen preciosa. Nubes a distintas alturas y en distintos tonos de gris iban arremolinándose a lo largo de todo lo que la vista alcanzaba. Podían verse las zonas donde estaba lloviendo, a lo lejos, con nubes

escurriéndose hasta tocar la tierra.

—Espero que hayas traído tu cuaderno —le dijo Tanner, y ella deseó haberlo hecho.

Le siguió mientras cogía sitio sobre unas rocas colocadas frente al acantilado y se sentó a su lado. Permanecieron en silencio un largo rato antes de que él la empujara con su hombro.

—¿Sueles traer aquí a tus conquistas? Es un sitio muy romántico.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mira que eres tonto.

Le escuchó reírse a su lado.

—Así que soy el primero. —Se las dio de importante.

Maddie no sabía por qué, pero su corazón empezó a latir rápidamente. Quizá porque tenía razón, aunque no estaba pensando en tener una cita romántica cuando le llevó a ese lugar. Se levantó, temiendo que Tanner pudiera escuchar el rápido bombeo en su pecho.

Él, sujetándola por la muñeca, no la dejó alejarse.

—Es broma, es broma. Venga, siéntate.

Después de pensárselo un momento, respiró hondo y regresó a su lado.

—¿Cómo lo encontraste? —le preguntó. No la estaba mirando a ella , sino a la imagen que tenían frente a ellos.

Suspiró antes de dar su respuesta reticente.

—En una de esas veces en las que necesitaba escapar del pueblo. Al parecer me ocurre más de lo que recordaba.

Esa vez sí que se giró hacia ella.

—¿No te gusta el pueblo? ¿O es la gente?

—No, amo los dos. Me encantan —dijo rápidamente. De eso no tenía ninguna duda. Incluso le gustaba tener por allí a los surferos, a pesar de los problemas que les daban. En realidad, sabía que eran parte del encanto de Plantío—. Pero a veces... no sé —no pudo evitar añadir.

Tanner frunció el ceño. Algo bastante inusual en él.

—¿Pero ellos a ti no?

Se rio nerviosa ante su pregunta.

—Es una tontería.

—No lo es, si es importante para ti.

Se encogió de hombros mientras pensaba en su respuesta.

—No sé. A veces todo lo que pasa aquí es… demasiado. Otras veces siento que soy yo la que no es suficiente.

—Dudo que nadie piense eso.

Se alegró de no estar mirándole. Cuando decía cosas así, y por la forma en la que las decía, su corazón se aceleraba sin sentido. Al menos con el brillo hipnotizante sobre el mar podía calmar un poco sus nervios. No le gustaba que la viera inquieta. Siempre había aprendido a mantener la calma y no dejarse intimidar. Aunque este tipo de intimidación era distinta.

Siguió hablando, intentando acallar así su cabeza.

—Cuando estoy en la banda soy la hermana de Dylan. A veces pienso que el único que me conoce es él y, aún así, parece no hacerlo. No me ve como soy, sino como necesita que yo sea.

Él se mantuvo en silencio durante un momento, como si pensase en sus palabras. Luego respondió.

—Y tú intentas ser esa persona.

No estaba segura de si había hecho una pregunta o una afirmación. Tampoco estaba segura de qué responder a ello, así que después de un rato suspiró.

—Perdona, no quería ponerme en plan sentimental. Y no estoy mal, en realidad. Supongo que cuando estás frente a imágenes así, te da por ponerte melancólico o más profundo —señaló al mar, testigo de sus recurrentes pensamientos.

Él la empujó amistosamente con el hombro una vez más, ayudándola a quitarle hierro al asunto.

—Sobre todo si no tienes tu cuaderno cerca para dibujar.

—Sobre todo. —Se rio brevemente—. ¿Y tú qué? —añadió, intentando desviar la atención de sí misma.

Vio cómo se recostaba un poco en la piedra, apoyando los brazos detrás de ella.

—No tengo una historia profunda a mi espalda, la verdad. Simplemente me gusta el surf y las chicas guapas.

La sencillez en su respuesta la hizo reír.

—Vaya, ¿y has visto muchas por aquí? —Se arrepintió nada más preguntar.

—Sólo una —afirmó él.

Maddie evitó su mirada mientras intentaba sofocar el rubor de sus mejillas, pero pasar las manos por ellas no parecía suficiente. Y menos cuando él la observaba divertido a su lado, haciendo que sus nervios se disparasen .

—Háblame de tus tatuajes —le pidió buscando otro tema de conversación.

Siempre le había parecido que eran un álbum de la vida de la gente. Si no quería contarle nada sobre él, los dibujos en su piel lo harían.

Inevitablemente pensó en los que adornaban los brazos de Jake, preguntándose qué vida esconderían . No había podido descubrir nada hasta la fecha a través de ellos porque, o bien intentaba evitarle , o estaban lo suficientemente enfadados como para no mirarse, o él decía alguna idiotez para ponerla nerviosa. Lo que también terminaba con ella enfadada.

Tanner había empezado a hablar de los distintos dibujos que cubrían sus brazos y ella se obligó a escucharle, dejando a un lado cualquier pensamiento no deseado sobre Jake.

Empezó enseñándole un dibujo sencillo de unas olas que parecían más bien un dibujo egipcio. Fue su primer tatuaje, en la zona exterior del brazo. De ahí pasó hacia más olas y espuma de mar que cubrían su hombro y parecía salpicar su brazo hasta algo más abajo del codo. Es el tatuaje que más color le daba, con distintos tonos de turquesa.

Luego le señaló un tiburón escondido, mostrando su aleta sobre la superficie. Por cómo hablaba de él, supuso que se lo hizo tras una decepción, aunque no tenía claro si era de tipo amorosa, familiar, o de cualquier otro. Le explicó que con ese dibujo quería recordarse a sí mismo que todos pueden esconder un lado peligroso y oculto, pero que también solía venir con un aviso, como hacían los tiburones.

Se quedó mirándola para ver su reacción y, ante lo seria que se había puesto, empezó a reírse. Ella le dio un manotazo amistoso y le obligó a seguir con sus explicaciones.

Tenía algunos diseños hawaianos que estaba ya acostumbrada a ver entre los surferos.

Le llamó la atención una sirena sentada en una roca. No era como la de Copenhague, aunque a Maddie se lo recordó . Era un dibujo precioso, y con muchísimos detalles. Las escamas iban de un verde azulado al naranja y rojo. Su mirada estaba perdida en el infinito, y bajo su aleta translúcida podía vislumbrarse una calavera.

Se preguntó si la cara de la sirena habría sido un antiguo amor, pero él no dijo nada sobre

su rostro. Sólo que su tío, quien le enseñó a surfear, siempre le decía que el mar era como una sirena: bello y peligroso a partes iguales.

Bajo aquella sirena y por detrás, más olas rompían, quedando inmortalizadas en su piel.

Maddie continuó moviendo su dedo sobre su piel y llegó a una frase escrita con una fuente gruesa y tosca. *The waves know the truth* , rezaba.

Le miró esperando su explicación sin poder evitar una pequeña sonrisa curvando sus labios. Le gustaban los dibujos que había ido escogiendo a lo largo de los años y los significados que tenían para él. Con alguno incluso se sentía identificada, aunque ni se le pasaba por la cabeza tatuarse algo así en su cuerpo.

Su hermano la mataría. Y Jake. Incluso Harper. Todos ellos intentarían cortarle cualquier parte del cuerpo en la que tuviera algún dibujo surfero.

—Puedo esconder secretos a la gente, incluso a mí mismo. Pero nunca al mar. Cuando estoy allí —él siguió mirando el agua que bailaba en la distancia frente a ellos—, sólo soy yo. No digo nada, no busco nada. Sólo soy.

Maddie sintió cómo su sonrisa se ensanchaba y bajó la vista hacia el brazo extendido sobre su regazo antes de que él pudiera verla.

Encontró una pequeña paloma en su antebrazo. Era blanca, con sus alas extendidas y un hueso en el pico; pero entre todos los dibujos, pasaba desapercibida por su tamaño. No tendría más de dos centímetros.

—¿Y éste no te gusta? —le preguntó, habiéndose dado cuenta de cómo lo había evitado mientras hacía el repaso.

Lo miró mientras apartaba el brazo y lo frotaba involuntariamente como si así pudiera borrarlo.

—No es mi favorito.

Se fijó en que le había salido una pequeña línea entre sus cejas, y le causó más curiosidad.

—¿Una ex furiosa? —preguntó socarronamente.

—Pareces muy interesada en las mujeres que ha habido en mi vida —la acusó con una sonrisa imposiblemente amplia.

—¡De eso nada! —El calor subió repentinamente por su cuello, y se levantó antes de que se hiciera visible en sus mejillas. La velocidad de su corazón era algo que había dado por imposible en aquel momento.

Escuchó cómo Tanner se reía detrás de ella, lo que no ayudaba a calmarse. Entonces él se levantó y se acercó a ella.

—Venga, no te enfades. Si no fuera porque se ve claramente que no soportas a tu perro guardián, también te estaría preguntando por él —le dijo.

Se había quedado frente a ella y Maddie comprobó la altura que le sacaba. No era tan alto como Jake, pero sí lo suficiente como para hacerla levantar la mirada si quería ver su sonrisa.

No se atrevió a decir nada.

Él alargó sus manos hasta sus brazos y los fue recorriendo hacia abajo, hasta que alcanzó las de ella.

Maddie abrió la boca en un intento de conseguir así que el aire llegase a sus pulmones, que parecían no querer funcionar con normalidad. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, y lo peor era que lo estaba deseando.

Tanner se acercó, a pesar del poco espacio que había ya entre ellos. Luego soltó una de sus manos y la llevó al cuello de Maddie, escondiéndola bajo su pelo.

Ella intentó permanecer quieta, pero le preocupaba que pudiera notar su pulso descontrolado bajo su mano. Así que, finalmente se apartó.

—Creo que deberíamos irnos ya —dijo intentando darle fuerza a su voz. La misma que ella estaba perdiendo—. Jake estará hecho una furia —añadió, y los dos sonrieron ante la idea.

Pero él la retuvo cuando intentó darse la vuelta y volver a su moto.

—¿Vas a darme un beso? —le preguntó sin rodeos. Volvían a estar cerca. Demasiado.

Maddie quería reírse, pero sus nervios no la dejaron. Él, en cambio, parecía realmente cómodo y continuaba con su sonrisa presente.

—Todavía no sé si puedo fiarme de ti —le respondió.

—¿Y tu teléfono? —siguió intentándolo—. Para que me preguntes cada vez que una duda te haga desconfiar de mí.

Apretó los labios en una sonrisa ladeada.

—Supongo que eso si puedo dártelo.

—Algo es algo —se conformó él.

Se acercaron a la moto, y, con cada paso, Maddie se iba arrepintiendo de no haberse dejado llevar. Tampoco es que nadie fuera a saber si se besaba con él en mitad de la nada. Podía ser su secreto. Sabía que todos tenían secretos en la banda, aunque dudaba que alguno de ellos fuera un beso con un surfero. Ni siquiera Harper habría hecho algo así.

Se aclaró la garganta mientras cogía su móvil. Tenía un único mensaje, de su amiga, lo que le pareció raro si de verdad Jake había estado vigilándola y luego la había perdido de vista.

Harper: Dónde te has metido?! Jake está a punto de incendiar el pueblo porque no te encuentra.

Sonrió por un momento, imaginando la reacción del motero al descubrir que se había escapado. Luego se le pasó al comprender que no iba a poder responder a la pregunta de su amiga.

Una vez intercambiaron los números, guardó su teléfono y movieron la moto hasta el arcén de la carretera. Se subieron a ella, y cuando él la rodeó con su brazo, sintió una nueva punzada de arrepentimiento.

—¿Te pasa algo? —preguntó él divertido mientras movía el otro brazo alrededor de su cintura. Sabía que lo estaba haciendo lentamente de forma deliberada, pero ella no dijo nada y arrancó.

Iban cruzando los bosques mientras avanzaban en la carretera, y Maddie notó que se movía en automático pensando en el olor a sal y brisa marina que le llegaba desde el pasajero a su espalda. Con el viento de frente y aquel aroma, era como volar sobre el mar.

Sin embargo, esa sensación desapareció de repente cuando vio un montón de piezas y cristales rotos en la carretera, y delante de ella la moto de su hermano tirada. La reconocería a kilómetros de distancia.

Aparcó rápidamente y se bajaron. Sabía que Tanner estaba hablándole, preguntándole qué pasaba, pero ella no escuchaba nada. Tan solo un leve zumbido en sus oídos que se intensificó cuando vio el cuerpo de su hermano unos metros más adentrado en el bosque.

IX.
HALLADO

No recordaba haber aparcado la moto ni haberla apagado. Ni siquiera recordaba haberse bajado de ella. Sólo correr sin aliento hacia donde su hermano estaba tirado. Los pulmones le quemaban y no escuchaba nada a su alrededor salvo el latido de su corazón, que parecía gritar desde su pecho.

Llegó hasta él en lo que le pareció una eternidad. No se movía. Dudó antes de tocarle. El nudo en su garganta la estaba sofocando. Necesitaba saber que vivía, pero con sus nervios era incapaz de encontrar el pulso.

Tanner había aparecido a su lado poco después. Antes de acercarse había movido la moto de Dylan al arcén y las piezas rotas más grandes que había esparcidas por la calzada, para despejarla.

Maddie intentó de nuevo tomar el pulso a su hermano, pero era incapaz.

—¡Joder! —se quejó intentando calmar sus manos sin acierto. Se apoyó sobre el costado de Dylan e intentó sentir su respiración, pero al igual que con el pulso, sus nervios le impedían percibir nada más que su propio corazón desquiciado.

Tanner la movió suavemente, y estuvo a punto de pegarle antes de entender que lo que pretendía era ayudarla. Vio cómo sostenía la muñeca de su hermano y le confirmaba que seguía con vida.

—Está respirando, Maddie —intentó tranquilizarla.

Ante aquellas palabras, todo el aire de sus pulmones escapó en un momento y se dejó caer sobre sus talones. Tanner había cogido una de sus manos y la apretaba para hacerle saber que estaba a su lado, pero ella apenas podía notar nada.

Únicamente pensaba en el siguiente paso. Se puso de rodillas para sacar el móvil del bolsillo trasero. Intentó escribir un mensaje pero las manos aún le temblaban demasiado.

—Déjame —se ofreció él de nuevo.

Le pasó su móvil desbloqueado. Necesitaba que escribiera a Harper diciéndole dónde estaban y pidiéndole que trajese a todos.

Una vez lo hizo, se lo devolvió.

—Se pondrá bien —la animó. Si mentía o no, el tiempo lo diría; y para ella, estaba pasando demasiado lento.

No tardaron en escuchar un estruendo que, a oídos nuevos, podría parecer una tormenta acercándose. Pero ella sabía bien lo que ese sonido anunciaba en realidad, y cayó en la cuenta del riesgo que corría Tanner si se quedaba allí.

Le levantó de un tirón y le empujó.

—¡Tanner, tienes que irte! —le gritó mientras hacía que se moviera. Como mucho tendría un minuto para correr, a la velocidad a la que se acercaban las motos.

—¿Qué? No voy a dejarte aquí sola —se revolvió, a pesar de que ella seguía empujándole

bosque adentro.

—Si te ven aquí pensarán que has sido tú. Y explicar que en realidad estabas conmigo nos va a traer más problemas a los dos. ¡Por favor! —le urgió.

Él se quedó mirándola por un momento, y estaba apunto de rebatirla con una nueva idea, pero ella lo empujó de nuevo.

—Estaré bien. Son mi familia. Vete ya, por favor.

Él echó un vistazo detrás de ella y luego se enfocó en su cara. Alzó su mano para acariciarla levemente, aunque el pelo se quedó con la mayor parte del contacto.

—Hablamos luego, ¿vale? —le preguntó.

Pero en aquel momento, no podía pensar en eso.

—No dejes de correr. Si llegan a verte… —le apremió de nuevo.

Sintió cómo apretaba su mano suavemente antes de alejarse, y luego se quedó observando el pelo rubio que se perdía entre los árboles. Regresó junto a su hermano justo cuando Jake aparecía por la carretera. Había bajado de la moto apenas hubo parado el motor y se acercó hasta ellos en unas pocas zancadas.

La miró durante un segundo, pero fue suficiente para sentir su furia aplastándola. Sólo con su mirada podía saber lo muy cabreado que estaba con ella, y no podía reprochárselo . Pero su escapada con Tanner se le antojaba demasiado lejana en aquel momento.

—Respira y tiene pulso —le explicó.

Él no la miró. Se centró en Dylan, comprobando igualmente su pulso y respiración, y luego observó su cuerpo. Cuando tuvo claro que era seguro, lo movió de lado. Aún llevaba puesto el casco, pero no se lo quitó.

Llegó el resto de la banda a excepción de unos pocos. Harper había hecho bien su trabajo. Se acercaron a ellos preguntando qué había pasado, pero ni Jake ni ella hablaron.

—¿Has movido tú la moto? —Jake preguntó. Volvía a mirarla con furia.

Maddie no pudo evitar su gesto de confusión ante aquella pregunta. Ni siquiera había visto que la moto y las piezas rotas habían sido retiradas al arcén.

—Hay que asegurar la zona, para evitar más accidentes… —recitó insegura las normas ante accidentes. Las sabía bien, pero lo cierto era que en cuanto vio a su hermano tirado en el suelo no le importó ni la moto, ni la seguridad, ni nada.

—¡Joder Madison! —gritó frente a ella. Si no fuera porque sabía que era Jake a quien tenía delante, habría jurado que estaba viendo un animal salvaje. Sus ojos inundados de odio daban verdadero miedo.

Los moteros alrededor se quedaron mirando durante un momento antes de alejarse. Exactamente igual que cuando Dylan le iba a echar una bronca. Así que supuso que eso era lo que iba a ocurrir.

—¿Dónde coño estabas?

—¡¿Por qué te pones así conmigo?! ¡Yo no he tenido nada que ver con esto! —gritó a su vez.

—¿Seguro? —la estaba taladrando con su mirada.

—¡Claro que no! —contestó dolida. Jamás haría daño a su hermano. Ni siquiera había visto lo que había ocurrido. Lo había encontrado tirado en el suelo y había estado lo suficientemente nerviosa como para no poder hacer nada bien.

Él bajó su tono de voz haciendo que la piel de Maddie se le pusiera de gallina. Estaba claro que sabía cómo infundir temor.

—Si no tuviera que estar vigilando a la hermanita pequeña, podría haber venido con él. —Parecía que gruñía en vez de hablar.

—¡Pues deja de vigilarme! ¡No necesito que estés detrás de mí! —le espetó con valentía. Sus mejillas se volvían rojas del calor que emanaba n debido a su discusión. Todos estaban escuchándoles, pero en ese momento no le importaba.

Sin embargo, parecía que a él sí, pues se giró a comprobar el público que tenían. Cuando se volvió hacia ella, la furia seguía intacta, pero su volumen de voz había disminuido, revelando una voz aún más grave.

—¿Seguro? —preguntó de nuevo.

—¿Y eso qué significa? —Había dejado de darle sentido a su actitud, o de buscar una razón más allá de haberle fastidiado la tarde.

Él se aproximó, haciendo que Maddie tuviera que mirar hacia arriba. Y dado que ella no dio ningún paso atrás, se quedaron a escasos centímetros el uno del otro.

—Significa que no me fío de tí —le susurró a la cara—. No has dejado de mentir desde que llegaste.

—¡Yo no miento! —Se recordó que tenía que bajar el volumen si pretendía que su conversación fuera privada, tal y como él estaba intentando.

—Mentiste con tu hora de llegada —empezó a enumerar sus faltas.

—Eso no… —intentó explicarse, pero él no la dejó, continuando con su lista.

—Nada más llegar, lo primero que hiciste fue escabullirte a escondidas a la playa.

—¡Llevaba meses sin verla! —dijo rápidamente antes de que él la cortase de nuevo.

Entonces le vio sonreír, y Maddie ya conocía bien aquel gesto de suficiencia.

—¿Y tus quedadas con el rubito? ¿También llevabas meses sin verle?

Soltó todo el aire por la nariz, enfadada.

—No tengo que darte explicaciones de con quién salgo y con quién no.

—Sí, si es un surfero —su sonrisa había desaparecido de nuevo.

—¡No lo es! —estalló ella, consiguiendo que todos alrededor se quedaran en silencio.

Por ello Jake susurró aún más bajo.

—Vamos Madison, sólo hay que verlo. —Parecía muy calmado. Todo lo contrario que ella.

Se preguntó por qué no le habría dejado llamarla Maddie. Cada vez que usaba su nombre completo, y siempre lo hacía, los nervios recorrían como un rayo su columna.

Intentó centrarse de vuelta en la discusión con una extraña calma.

—No todo es lo que parece.

Según lo dijo, pensó en el tatuaje de tiburón de Tanner. Ahora veía cómo ese tatuaje le había recordado a Jake. Peligroso y misterioso. No sabía nada de él, y sin embargo era de ella de quién dudaba.

—En eso estamos de acuerdo —el enfado regresó a sus ojos.

—Yo soy leal a la banda. Nunca haría nada que los pusiera en peligro o les crease problemas.

Él se agachó para quedar a su altura.

—Y yo sigo sin fiarme de ti. —No dio ningún argumento más.

Maddie respiró hondo. Estaba cansada de una discusión que no iba a llevarles a ningún sitio.

—Muy bien. No me importa —mintió. Después de un momento en el que él no dijo nada

más, se dio la vuelta y caminó hacia el arcén.

La moto de su hermano seguía tirada. Estaba rayada por múltiples zonas, y algunas piezas estaban rotas y esparcidas detrás de ella. Vio los agujeros en el carenado, y el corazón empezó a desbocársele en el pecho. Eran disparos. Alguien había disparado a su hermano.

Se agachó a coger la moto intentando esconder sus crecientes nervios. Estaba segura de que no le habían dado, pues no había visto sangre. Pero eso no lo hacía menos terrorífico. Ella había recorrido aquella carretera poco antes que él. Y esa ruta aún permanecía en Plantío, por lo que la seguridad del pueblo no estaba tan garantizada como pensaba.

—¿Qué haces? —Jake se había acercado por detrás y la miraba con gesto molesto.

—Nada perjudicial para la banda, si tanto te preocupa. —Entrecerró los ojos para parecer más enfadada. No quería discutir de nuevo, pero teniéndole delante le entraban unas ganas tremendas, así que procuró concentrarse en la moto que llevaba entre las manos—. Habrá que llevarse la moto antes de que alguien llame a la policía. No sé en qué anda mi hermano, pero si hay disparos de por medio, me imagino que no querrá que la policía se entere.

Puso el caballete y, a su lado, Jake se agachó a revisar los desperfectos. Se había dibujado una línea entre sus cejas mientras pasaba la mano por encima de las marcas de la moto.

Cuando terminó de estudiarla, se encontró con su mirada, y ella la apartó rápidamente. No se había dado cuenta hasta ese momento de que había estado observándolo todo el rato.

—Puedes arrancarla. Le han dado sólo en las cubiertas. No han alcanzado el motor ni las ruedas —dijo él.

Maddie ignoró el escalofrío que le recorría el cuerpo al pensar que aquel motero de negro seguía por ahí, y que había conseguido alcanzar a su hermano. Se subió a la moto y se sintió pequeña sobre el vehículo, pues era bastante más grande que la suya. Aún así, pudo hacerse con ella. Sólo sería un viaje corto hasta el taller de Brody.

—Jordan, ¿me sigues y luego me subes a por mi moto? —preguntó a su amigo.

Se percató de cómo éste miraba a Jake antes de responder . Era evidente quién se quedaba al mando si Dylan no estaba, y eso no la tranquilizó en absoluto.

Salieron velozmente. Maddie aún sentía un nudo en su garganta que ni el viento en su cara ni la velocidad lograban hacer desaparecer. No le gustaba conducir la moto de su hermano. Nunca lo hacía. Y tampoco le gustaba haberle dejado atrás con los demás. Pero estar gritando a Jake no ayudaba a nadie. Tampoco a Dylan.

Al menos llevando la moto a Brody habría hecho por fin algo de provecho.

Llegaron enseguida, a pesar de que el camino se le hizo larguísimo. Su cabeza no había parado de dar vueltas a lo que podría haber ocurrido, o en qué se habría metido su hermano para recibir disparos. Nada tenía sentido.

Maldijo de nuevo los meses que pasó fuera de allí y se preguntó si, de haberse quedado, todo eso se habría evitado. El nudo de su garganta se intensificó junto con un dolor vacío en el pecho. Lo presionó con su mano, pero no era capaz de aliviarlo.

Al llegar al taller intentó moverse con rapidez, pero le parecía que sus sentidos estaban entumecidos y no era capaz de actuar con la velocidad que deseaba. Se preguntó si estaría entrando en shock, y se forzó a acallar su mente y a centrarse en su cuerpo.

Cuando Brody había visto que era Maddie quien conducía la moto, y no su hermano, se había levantado de su vieja silla y se había acercado a ella sin demora. Por suerte Jordan estaba más hábil en palabras y pudo explicarle lo sucedido. Con la sensación de ahogo, a ella le resultaba imposible hablar. Creía que si lo hacía se rompería.

Aparcó la moto estropeada dentro del taller. Sus manos no paraban de moverse nerviosas, y las aferró más fuerte al manillar mientras ponía el caballete con tan mal atino que casi se le cayó la moto encima.

—¡Maddie, eh! —Jordan estaba a su lado y la sujetó.

Ella lo miró. Su cara no dejaba dudas de lo preocupado que estaba, a pesar de su intento de sonrisa. Seguramente su propia cara también mostraría algo similar.

—Estoy bien, perdona. —Escondió sus manos temblorosas cerradas en puños —. Venga, vámonos. Brody, luego vengo a ver la moto contigo, ¿vale? —le dijo mostrando una seguridad que no sentía en ese momento.

—No te preocupes niña, yo la cuido. Venga, vete a por tu hermano.

Cuando ya estaba montada detrás de Jordan, éste se giró.

—¿Seguro que quieres volver? Puedo subir con otro y traer tu moto.

Ella lo abrazó rodeando su cintura.

—Sí, no te preocupes, vámonos ya —le pidió.

No tardaron en volver al lugar del accidente, aunque sólo podía reconocerlo por los cristales y piezas rotas en la calzada. No había nadie allí. Tampoco la moto de Maddie.

Jordan paró para mirar su móvil mientras ella se bajaba.

Al parecer, Dylan se había despertado y, aunque él había dicho que se encontraba bien, le habían convencido para ir al hospital. Habían dejado la moto de Maddie escondida y, una vez le indicó dónde, pudo encontrarla entre ramas y maleza.

—Jordan, prométeme que cuidarás de él.

—¿No vienes? —preguntó extrañado.

—No le pierdas de vista, por favor —fue su única respuesta. Arrancó la moto ya en el arcén y salió disparada hacia el pueblo. No quería pensar en lo que estaba haciendo, ni en cómo estaba abandonando a su hermano por su necesidad de saber.

Giró el acelerador cogiendo más velocidad. Temía tener tiempo para pensar, o no tenerlo para lo que estaba apunto de hacer. Temía también lo que podría encontrar.

Pero no saber, dejar que su hermano se jugara la vida solo; eso le daba aún más miedo. Y tanto si él quería, como si no, ella pretendía estar ahí.

Aparcó la moto en un callejón poco transitado, cerca de la vía principal del pueblo. Apenas lo recorrían quienes vivían en las casas de esa zona, por lo que era perfecto para esconder su moto. Dylan se lo enseñó hacía ya muchos años.

Notó cómo empezaba a chispear. Al parecer el tiempo había decidido amoldarse a sus sentimientos. Había dejado su chaqueta en casa esa tarde, así que las gotas se posaban en sus brazos dejando un pequeño hormigueo en ellos mientras lo hacían.

La droguería a la que se acercaba parecía cerrada, salvo por una tenue luz que se veía a través de los escaparates. Era uno de los locales más antiguos de Plantío, y pocas veces se veía a gente allí. Tampoco es que necesitase muchos clientes.

Marissa, la dueña, estaba sentada tras el mostrador, absorta en su móvil mientras fumaba un cigarro. Levantó la vista cuando la puerta hizo sonar una campanita al abrirse, y cambió su cara de aburrimiento por una sonrisa sincera.

—¡Maddie! ¡Mi conejita! Había oído que ya estabas por aquí y aún no has venido a visitarme. —Apagó el cigarro en el cenicero que tenía delante y se atusó su moño de pelo rubio, demasiado teñido, antes de abrazarla.

Ella le devolvió el abrazo y carraspeó para evitar las lágrimas que empezaban a formarse

en sus ojos. Debía centrarse.

—Perdona Marissa. Me manda Dylan, pero otro día vengo con más tiempo. Te lo prometo. —Se sintió culpable por mentirla, aunque se prometió a sí misma que sí se pasaría a visitarla otra tarde.

—Claro cariño, pasa —le hizo un gesto mientras volvía a sentarse y a encenderse el cigarro.

Se dirigió rápidamente a la trastienda y encontró las viejas cajas donde Dylan solía guardar sus secretos. Estaban enmohecidas y medio rotas. En ese almacén destartalado no llamaban mucho la atención.

Hacía años que su hermano no la llevaba a allí, pero ella nunca había perdido las ganas de descubrir los secretos que escondía. Sin embargo, en ese momento, con la caja en sus manos, no tenía tan claro el querer abrirla.

Finalmente lo hizo. Había revistas antiguas y guías de teléfono. Las sacó y descubrió lo que Dylan tenía escondido: una pistola y un teléfono.

Maddie se apartó de la caja asustada, sintiendo cómo el corazón empezaba a latir con fuerza dentro de ella. Aquello poco tenía que ver con bolsas de droga o piezas robadas.

Miró alrededor y encontró otra caja grande con guías de teléfono encima. Se acercó a ella y la abrió también. Dentro había dos mochilas. Cada una contenía ropa, dinero, teléfonos y DNIs falsos. Uno de su hermano, otro suyo; pero con nombres diferentes.

¿En qué estás metido?, se preguntó.

Dejó las mochilas como las había encontrado. Estaba claro que eran un seguro para escapar. Lo que no lograba entender era qué temía Dylan; y le preocupaba no enterarse a tiempo.

La habitación empezó a darle vueltas, y sabía que en esa ocasión no era por el polvo ni el olor a cerrado. Se arrodilló por un momento intentando controlar su respiración, que se había vuelto frenética con las imágenes que bailaban en su cabeza. Necesitaba calmarse si no quería terminar también ella en el hospital.

Cuando consiguió respirar hondo por primera vez, se forzó a moverse. Se asomó a la primera caja y cogió el móvil. Estaba apagado, y las contraseñas que Dylan solía utilizar no funcionaban. Se preguntó si había escogido una contraseña nueva adrede, para que ella no pudiera llegar a lo que sea que escondiera en él.

Dejó el teléfono y sujetó con miedo la pistola. Le sorprendió que, a pesar de cogerse con facilidad y sentirse sólida en su mano, pesaba más de lo que imaginaba.

Había visto suficientes capítulos de Castle para saber que no se ponía el dedo en el gatillo a menos que quisieras disparar.

La pistola se parecía a la típica que llevaban los policías en las películas. Conocía la ubicación del seguro, y se imaginaba cómo podía abrir el cargador para ver si estaba cargada, pero no se atrevió a tocar nada.

Finalmente la guardó en una bolsa, entre unas viejas toallas que encontró, y salió de allí con el corazón acelerado.

Marissa seguía sentada en el mostrador, fumándose un nuevo cigarro.

—Oye, Marissa. En estos meses, ¿Dylan ha pasado mucho por aquí?

La tendera apagó el cigarro otra vez, y se atusó su moño descolorido. Parecía pensar en la pregunta que le había hecho, pero contestó rápidamente.

—Quizás un poco más que de costumbre. Pero no traía nada, ni se llevaba nada. Se quedaba un rato dentro y luego salía. Yo creo que venía aquí a evadirse un poco de las

responsabilidades, ya sabes —encogió los hombros.

—Claro. Gracias *Missa* —le dijo cariñosamente, pero no le dió un abrazo como quería. Lo que llevaba en la bolsa parecía estar gritando su existencia, y estaba deseando salir corriendo de allí—. Vengo pronto, te lo prometo.

—Aquí te espero, coneja —se despidió la tendera con una sonrisa mientras cruzaba la puerta.

Una vez en la calle, se esforzó por actuar de manera natural mientras se acercaba a su moto. El chispeo se había tornado en lluvia, y eso facilitaba su vuelta a casa sin ser vista, pues había menos gente por la calle.

En el poco tiempo que había durado el trayecto se había calado por completo. Aparcó en la puerta de su casa y entró corriendo. La bolsa que llevaba bajo el brazo le pesaba demasiado. No sabía por qué la había cogido.

En un momento dado, había pensado en el miedo de que alguien armado pudiera dispararla de nuevo y alcanzarla, como habían hecho con su hermano. Cogió la pistola por temor, aunque tampoco es que fuera a hacer nada con ella. Le daba pavor sostenerla; mucho más pensar en utilizarla.

Estaba claro que lo que Dylan había dejado en Lobo era mucho más serio de lo que en un principio pensó. La amenaza había traspasado la frontera de Plantío.

Antes de que pudiera seguir pensando en ello, la puerta de su casa se abrió de golpe y alguien llamó su nombre. Metió la mano en la bolsa para coger la pistola, mientras el corazón le subía hasta la boca y se preguntaba si realmente sería capaz de usar el arma que sostenía en su mano.

Entonces reconoció la voz que la llamaba por segunda vez. Jordan seguía esperando su respuesta.

Fue corriendo a su armario para guardar la bolsa con las toallas y el secreto de su hermano en un doble fondo en el lateral de su armario.

Luego salió con prisa de la habitación y encontró a Jordan junto a Colin, cargando con su hermano. Éste andaba a duras penas. Parecía drogado mientras le dirigían hacia su dormitorio. Detrás de ellos entraron en la casa Jake y los demás.

Según vio a Maddie aparecer frente a él, recuperó su cara de cabreo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó, aunque sonaba más a demanda.

Pero al mismo tiempo ella preguntaba por su hermano.

—¿Cómo está? —Seguía a su hermano con la mirada mientras lo tumbaban en la cama.

Jake se había quedado detrás de ella, observando también.

—Te he hecho una pregunta —le gruñó.

—Y yo no pienso responderte, así que dime cómo está —le contestó ella dándose la vuelta. Se le encontró a apenas unos centímetros de distancia. Que su corazón estuviera loco ya no era una novedad aquella tarde, pero tenerlo tan cerca, mirándola a los ojos como si intentase descubrir sus más oscuros secretos, no ayudaba a calmarlo.

Se fijó en algunas gotas de lluvia que todavía le caían del pelo a la cara, y en otras que recorrían su rostro mientras juntaba aún más las cejas. Le escuchó gruñir de nuevo, pero ninguno dijo nada más.

Maddie se dio la vuelta.

—Jordan, dime, por favor.

Tal y como ocurrió en el bosque, éste miró a Jake antes de decir nada. Ella frunció los

labios intentando pasar por alto que ahora fuera Jake a quien acudían como líder. Dylan seguía allí, delante de todos.

—Maddie, está bien. Querían dejarle en observación, pero por sus cojones que no se quedaba. Pero, al menos en las pruebas, todo estaba bien. Creen que pudo quedarse k.o. por el shock, no por el golpe en sí. No le dolía la cabeza cuando se despertó, pero hay que estar atentos por si al despertar le doliera, o tuviera vómitos, mareos y no sé qué más dijo el médico. Si vemos algo raro, vamos.

—Vale. Pero ¿por qué está así ahora?

—Creo que eso es cosa de los calmantes. Se ha quedado grogui en el coche —la tranquilizó—. Que no le duela la cabeza es bueno, no te preocupes. Pero el resto del cuerpo… Se ha pegado una buena leche. No tiene nada roto, pero va a ser un moratón andante durante varios días.

Cuando Jordan terminó con su explicación, ella se acercó a la cama y se sentó al lado de Dylan mientras le daba las gracias por informarla. Sus amigos le estaban quitando las botas, y notó que estaban más relajados cuando bromeaban sobre el mal olor de sus pies. Sin embargo, ella no fue capaz de sonreír. Aún no había visto a su hermano bien y despierto después de encontrarle tirado en el bosque.

La imagen seguía aterrándola.

En ese momento parecía tranquilo. Seguramente gracias a los calmantes. Le pasó la mano por la cara, la frente y el pelo, llevándose los restos de lluvia que aún quedaban sobre él. Mientras lo hacía, anotaba en su mente ir a la mañana siguiente a comprar las medicinas que necesitase.

Se mantuvo sentada a su lado durante horas, aunque el tiempo no pasaba para ella. La cabeza le daba vueltas, repasando una y otra vez lo que había visto en el almacén de Marissa, lo que había visto en la carretera y lo que no era capaz de ver: el lío en el que Dylan estaba metido.

Cuando su respiración empezaba a acelerarse o le escocían los ojos porque se formaban lágrimas en ellos que se resistía a liberar, cogía la mano de su hermano y se la ponía en la parte interna de su brazo, donde escondía un tatuaje de un *skyline* de Plantío.

Aún no se lo había enseñado a nadie. Se lo hizo el primer mes fuera de casa. Le ayudaba a sentirse más cerca de su hogar y de su hermano; más a salvo y segura.

Quería que él se sintiera así.

Cuando se tranquilizaba, trazaba con su dedo los tatuajes de Dylan en una suave caricia, aunque él no parecía notarlo.

Después de varias horas, Jake finalmente habló. Sólo entonces comprendió que había estado allí todo el tiempo, sin decir nada.

—Deberías ir a cenar algo.

Su voz ya no parecía enfadada. Ella se giró levemente, pero no llegó a mirarle.

—Yo me quedo aquí —continuó él, como si supiera que ella iba a resistirse a dejar a su hermano solo.

Sin embargo, ella se levantó y, sin mirarle, salió de la habitación. Se sentía agotada y fría. Su pelo y su ropa se habían secado por completo, pero no había conseguido entrar en calor.

Una vez fuera se apoyó en la puerta de la habitación, y en el salón encontró a toda la banda hablando animadamente. Lo cierto era que hacían mucho ruido, pero no se había percatado antes de ello.

Harper y Sophie se acercaron rápidamente y le dieron un abrazo cada una. Ella miró a su

amiga, que sólo con su mirada ya sabía que le estaba preguntando por el ataque, pero negó disimuladamente con la cabeza. No sabía nada más.

—Ven, toma algo —le dijo—. Apuesto a que no has comido en todo el día.

Maddie suspiró mientras la seguía, dejándose llevar de la mano hasta la mesa del salón.

—Gracias.

No tenía hambre, pero no quería discutir. Ni siquiera le apetecía hablar, así que aceptó el plato que le habían preparado. Al parecer habían hecho salchichas para un regimiento.

Cogió su cena y se sentó en el reposabrazos del sofá junto a Fred, que estaba contando cómo había ligado con una chica dos noches atrás. Al parecer era guapísima, pero los otros dos chicos con los que hablaba no estaban tan de acuerdo, y pensaban que las cervezas le habían nublado el juicio.

Agradeció que nadie intentase hablar con ella, aunque las miradas de pena no eran mucho mejor. Al final cogió su plato intacto y volvió a la habitación.

Jake seguía de pie delante de la cama. No se inmutó cuando ella entró. Le dio el plato que llevaba en la mano, por si a él le entraba algo de comida, y se sentó en la cama sin esperar ninguna respuesta o comentario por su parte.

Siguieron en silencio durante largo rato, temiendo que alguno de los síntomas que el médico había enumerado pudiera cobrar vida. Parecía que estuvieran velándole en el silencio de la habitación. Sin embargo, en la cabeza de Maddie había demasiado ruido. Tanto que a veces no podía soportarlo y volvía a colocar la mano de su hermano sobre su tatuaje aún secreto.

—Se pondrá bien —dijo Jake detrás de ella.

Pensó en asentir, o en decirle que se fuera a descansar si quería, que se quedaba ella cuidando de su hermano. Pero ya había dejado claro que no se fiaba de ella, así que finalmente no dijo nada.

X.
PREOCUPADA

Habían pasado tres días desde el accidente de Dylan, y a Maddie aún le costaba salir de casa. Se percató al acercarse a la farmacia a por los calmantes de su hermano, el día después del ataque, de lo nerviosa que se encontraba. Había estado mirando a su alrededor, temiendo que alguien pudiera estar siguiéndola o incluso apuntándole con un arma sin ella saberlo.

El camino de vuelta lo hizo más rápido que nunca.

Su hermano, en cambio, había salido nada más despertarse a la mañana siguiente, ignorando las insistencias de Maddie de que tenía que descansar. Al parecer, cuando alguien te dispara, lo último que debes hacer es permanecer quieto. O bien contraatacas, o bien te defiendes mejor. Y le ponía de los nervios pensar que habría escogido la primera opción.

Dylan pasaba aún menos tiempo en casa, y eso hacía que sus preocupaciones se multiplicasen.

No le había contado nada de lo que había visto en el almacén de Marissa porque sabía que no se lo tomaría nada bien. Su hermano ya había dejado claro en más de una ocasión que no quería que ella participase en lo que fuera que andaba metido, y si le revelaba lo que había descubierto, sólo conseguiría que ocultase todo aún más.

Así que tuvo que intentar mantener la calma, y fingir que su única preocupación era su salud, o que tuviera un nuevo accidente.

Pero sus preocupaciones iban más allá, como que escondiera armas y seguramente las usara, que alguien hubiera intentado matarlos, o que hubiese un secreto tan grande entre ellos.

En los pocos ratos que le veía, él siempre intentaba animarla y se mostraba tranquilo; y ella se preguntaba si fingía por no asustarla, o si realmente lo estaba.

Pasados tres días de soledad en su casa, se estaba volviendo loca, y al fin decidió salir. Como su hermano había cogido su moto mientras le arreglaban la suya, tenía pocos lugares a donde ir.

Decidió pasarse por el taller de Brody, a ver cómo iba la reparación. Cuando llegó, se le cayó el alma a los pies.

—¿Aún no os habéis puesto con la moto? —Estaba tal y como la dejó, en una pared del taller.

El mecánico salió de detrás de un coche, limpiándose las manos en los pantalones.

—Hemos tenido lío, niña.

Ella puso un gesto de disgusto con la boca. El garaje estaba hasta arriba de vehículos y, mientras Dylan tuviese su moto, Brody podría dar prioridad a los clientes que sí le pagaban. Empezaba a entender porqué cuando regresó a Plantío tuvieron que hacer una primera parada en el taller.

—Esto va a ser un infierno… —murmuró Maddie.

—¿Qué va a ser un infierno? —Jake había aparecido desde detrás del segundo coche en el

que estaban trabajando.

—Mh, nada —contestó rápidamente. No quería quejarse delante de él y darle más motivos para reírse de ella. Le observó mientras se limpiaba las manos en un paño que luego dejó colgando de su bolsillo trasero.

Brody, riéndose a su lado, le hizo darse cuenta de que seguía mirando el pañuelo sucio de Jake, y se dio la vuelta para acercarse a la moto de su hermano. Percibió su corazón cogiendo ritmo cuando vio los dos agujeros de bala en las cubiertas.

—Creo que Maddie quiere recuperar su moto —dijo el dueño del taller.

—Aún no han llegado las piezas nuevas.

Después de un breve momento, se giró hacia él.

—¿Cuándo llegan? —preguntó.

—Esta semana.

—Puedo ir quitando lo estropeado —se ofreció. Necesitaba algo con lo que distraerse, y si además le ayudaba a recuperar su moto en menos tiempo, le parecía una buena idea.

Por el gesto torcido de Jake, supo que a él no se lo parecía tanto. Por un lado lo entendía. A ella tampoco le entusiasmaba tenerle cerca. Pero no le quedaba mucho más que hacer por allí, y su cabeza la estaba agotando.

—Déjala, chico. Sabe lo que hace. Pasó demasiadas horas aquí hasta que Dylan la dejó subirse a su primera moto —dijo Brody mientras volvía con su coche.

Jake se acercó y le pasó una llave inglesa que cogió de su bolsillo.

—Intenta no romper nada —le sonrió como siempre que esperaba enfadarla.

—Eso te lo dejo a ti. —Cogió la llave mientras veía cómo la sonrisa de él se ensanchaba.

Escuchó a Brody reírse desde detrás del coche, y se dio la vuelta para empezar a trabajar en la moto estropeada.

Tardó poco en desmontarla. Únicamente se le resistió un tornillo que había quedado aplastado y había perdido el dibujo. Entre el calor y el esfuerzo, Maddie había empezado a sudar, y se le había pegado el pelo al cuello. Cuando Jake la oyó resoplar por tercera vez, se acercó, y ella le dejó ayudarla a regañadientes.

Ver que a él también le costaba, la hizo sentir algo mejor. Al menos así no podría meterse con ella por no haberlo conseguido.

Mientras él trabajaba, Maddie lo observaba. Pudo fijarse más de cerca en los tatuajes de sus brazos, lo que no había podido hacer hasta entonces.

En su antebrazo encontró un león rugiendo, y su pelo fundiéndose con llamas a su alrededor. Sonrió pensando en lo mucho que se parecía a él cuando la miraba enfadado, que solía ser todo el tiempo. Encima de las llamas había un reloj de arena torcido. Subiendo por el brazo tenía un texto escrito con una caligrafía perfecta parecida a la de una máquina de escribir. *Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.* No sabía de dónde era ese texto, pero un escalofrío le recorrió la espalda.

Si todo en Jake daba miedo, sus tatuajes no se quedaban atrás.

Por debajo de la manga de su camiseta negra asomaba un ángel vestido como los soldados romanos, pero parecía que su piel se estuviese difuminando, y se podía ver el esqueleto por debajo. A su lado, en vertical, había una fecha en números romanos. Maddie arrugó las cejas cuando comprendió que sólo faltaban unos días para que la fecha cumpliera un año.

Se preguntó qué rememoraban esos números, y su primera suposición fue la muerte de alguien. Alguien a quien quería mucho, si dejaba aquella pérdida grabada en su piel.

Quizá su malhumor constante tendría que ver con ello. Con haber perdido a su gran amor hacía menos de un año.

Jake se levantó evitando que pudiera seguir examinando sus tatuajes disimuladamente, y notó su corazón saltando ante el miedo de que la hubiera pillado embobada observándolo.

Le entregó el tornillo difícil.

—De nada —dijo mostrando su sonrisa de suficiencia.

Ella entrecerró los ojos mientras le devolvía su sonrisa más falsa.

—Te cuesta mucho dar las gracias, ¿no? —se rio él levemente.

—Cuando pones esa cara de imbécil, sí.

Escuchó cómo volvía a reírse antes de regresar junto al coche en el que trabajaba.

Maddie terminó al poco tiempo de desmontar las cubiertas dañadas de la moto y se acercó hasta Jake. Se le había ocurrido que quizás el taller era la oportunidad perfecta para descubrir algo más sobre los secretos de su hermano.

No es que pensase que él fuera a revelárselos por las buenas, pero quizás se le podría escapar algo, o podría escuchar alguna información. Además, notaba que, entre motos y coches, parecía más relajado.

—¿Con qué estás ahora? —le preguntó, aunque sabía perfectamente que estaba reparando unos faros, a juzgar por los cables que tocaba desde el maletero del coche.

—No funcionan los faros —le confirmó.

Ni siquiera la había mirado cuando se acercó. Parecía no molestarle su presencia allí, y ella se quedó mientras pensaba qué otra cosa podría preguntar que diera pie a alguna conversación, y no a una respuesta seca, como era la especialidad de Jake.

Aunque intentaba parecer interesada en lo que él hacía, lo cierto era que su mirada pasaba de sus manos a sus brazos, intentando descubrir el significado de sus dibujos, lo que podían decir de él.

—Tengo curiosidad —Jake llamó de pronto su atención—. ¿Qué hacías aquí tanto tiempo como dijo Brody? ¿Traer cafés? —Le mostró esa sonrisa que esperaba una respuesta enfadada.

—Desmontaba coches y motos robadas para vender las piezas —dijo ella sin darle importancia. Sabía que a Jake podía contárselo, ya que era parte de la banda. Además, estaba segura de que también habría hecho esos trabajos desde que había llegado a Plantío.

Jake se quedó observándola, y ella no pudo discernir si lo que hacía era sonreír o fruncir el ceño de tan leves como fueron los movimientos en su rostro. Únicamente sentía su mirada taladrándola, como si con los ojos intentara conocerla mejor.

Sin embargo, no dijo nada.

—¿Qué? —preguntó ella cuando ya no pudo soportarlo más.

Entonces la sonrisa ganó al ceño, haciéndose perfectamente visible en su cara.

—Nada —contestó antes de seguir trabajando.



Aún no había conseguido nada de información. Jake siempre trabajaba en silencio, o al menos cuando ella estaba delante. Brody, en cambio, no dejaba de hablar de los clientes, de los coches y

de anécdotas del pasado.

Maddie, además, le daba pie a que siguiera con sus historias preguntándole por ellas, o pidiéndole que contara sus favoritas, las que llevaba años sin escuchar.

Estar allí le recordaba a sus inicios en la banda, cuando Dylan le tenía prohibido acercarse al grupo e intentó espantarla con horas de trabajo en el taller. Lo que no sabía por aquel entonces era que sólo estaba consiguiendo que su hermana se interesase aún más por las motos. Le salió mal la jugada, y siempre se lo reprochaba a Brody.

Al igual que hacía años atrás, a la hora de comer se acercaba a *Los viejos* , el restaurante más cercano al taller, y pedía para llevar.

Los primeros días, tan solo Brody aprovechaba su asistencia, pero finalmente Jake empezó a aceptar también su ayuda. Por el momento, acercándole herramientas, y siempre lanzándole alguna puya con la idea de hacerla rabiar. En general aguantaba bien, pero de vez en cuando le contestaba, consiguiendo que él se riera.

Estaba ayudándole a sujetar el parachoques de un Toyota cuando recibió un mensaje en su móvil. Lo sacó del bolsillo trasero y, sin abrirlo, lo leyó desde la notificación.

> **Tanner:** Empiezo a pensar que me has dado un número falso y estoy escribiendo a un tío gordo turco que come patatas fritas mientras se ríe de mis mensajes.

Se rio levemente. No había hablado con él desde el día del incidente con su hermano, y también había evitado pasar por delante del *Entre Tiempos* . Él, sin embargo, no había cesado en su intento de contactar con ella.

Nada más guardarlo en su bolsillo recibió otro mensaje, y sacó de nuevo el teléfono.

> ***Tanner:*** *Acabo de ver a tu hermano pasar por aquí. Me alegro de que esté mejor :)*

Se quedó mirando la pantalla pensando si responder o no. Finalmente dejó el móvil.

—¿No contestas? —preguntó Jake. Seguía concentrado en nivelar el parachoques antes de poner los tornillos.

Ella no respondió, así que él lo intentó otra vez.

—Hace días que no ves al rubito, ¿no?

Le miró confusa.

—¿Ahora quieres que salga con él? Porque hace nada me gritabas por hacerlo.

Jake dejó lo que estaba haciendo para girarse hacia ella.

—Sólo quiero saber si ese desgraciado te ha hecho algo para que no quieras hablar con él.

—Pues lo siento, no voy a darte motivos para que te pegues con él —le sonrió ampliamente.

—Bueno, algo se me ocurrirá.

Maddie puso los ojos en blanco. Estaba segura de que bromeaba, pero también de que, en el fondo, le encantaría hablar en serio.

Acababan de sujetar el parachoques cuando Dylan apareció por el taller.

—Eh, Maddie. ¿Qué haces aquí? —preguntó extrañado al verla agachada delante del coche. Jake ya se había puesto en pie en cuanto lo vio llegar.

—Intento recuperar mi moto —dijo ella, señalando al esqueleto de lo que un día fue la

moto de su hermano.

Él se rio.

—La estoy cuidando bien, te lo prometo —le aseguró.

Sin embargo, lejos de tranquilizarla, Maddie sintió un escalofrío recorriendo su columna al recordar todo lo que volvía a agobiarla cuando salía por la puerta del taller.

—No me lo recuerdes —le pidió.

Se preguntó qué cara estaría poniendo al ver a Jake estudiarla. Parecía preocupado, pero no podía asegurarlo; tanto él como su hermano salieron del taller a hablar antes de que pudiera confirmarlo.

Se alejaron lo suficiente como para que no pudiera escuchar nada, y sólo con sus movimientos no era capaz de adivinar de qué hablaban. Dylan comentaba algo y Jake asentía serio. En una de esas veces la pilló mirando, y ella fingió que estaba muy interesada en las herramientas que tenía delante.

Cuando acabaron de hablar, su hermano se despidió y Jake volvió al trabajo sin decir nada.

—¿Todo va bien? —no pudo evitar preguntarle. Esperaba que al menos a eso pudiera responder sinceramente.

—Sí —fue todo lo que dijo.

Le contestó con un —Vale —, pero no dijo nada más, ni él tampoco.

Siguieron poniendo los tornillos que faltaban para asegurar el parachoques turnándose el destornillador.

Cuando Jake estaba con el último, Maddie expresó lo que llevaba carcomiéndole desde el primer día.

—¿Jake?

Él dejó el tornillo a medio poner y vio cómo ella se concentraba en el nivel que tenía entre las manos.

—Si me hubiera quedado —continuó tras una breve pausa—, ¿habrías dejado de seguirme y habrías salido con Dylan? Cuando pasó… —dejó la frase sin acabar.

Jake suspiró a su lado.

—No. No debí haber dicho eso. Estaba cabreado —confesó.

—Vale —fue todo lo que dijo. Aún así, no era capaz de quitarse la culpabilidad de encima. Quizá con un poco más de tiempo.

—No fue culpa tuya, Madison —intentó él otra vez.

Ella sintió los nervios recorriendo la punta de sus dedos por un momento, como cada vez que la llamaba así. El modo en que lo hacía, era como si la conociera de una forma distinta.

Aún así, no dijo nada y siguió recogiendo las herramientas del suelo, intentando acallar la voz en su interior que seguía gritándole su remordimiento. Quizá no por lo del incidente en sí, pero sí por haberse ido meses atrás persiguiendo algo que no buscaba, y que seguramente había cambiado la vida de su hermano para mal.



El cielo tronó, y se iluminó por un segundo antes de volver a apagarse. Parecía furioso mientras

lanzaba la lluvia con fuerza, haciéndola resonar cuando chocaba contra el suelo, las paredes y las ventanas.

Maddie había alargado su vuelta a casa, esperando a que amainara un poco. Pero no parecía que fuera a ser pronto, y se acercaba la hora de cerrar. Más tarde, Jake le había revelado que estaba esperando una pieza nueva para la moto de su hermano, dándole la excusa perfecta para quedarse allí algo más.

Dylan ya le había dicho que esa noche no iría a casa, y ella había estado más nerviosa que de costumbre.

—Cuidado con la tormenta, chico —dijo Brody mientras se despedía.

—Sí, viejo. —Jake se rio, como si fuera un chiste privado.

Se quedaron recogiendo todo. Después de horas de trabajo, estaban ya cansados, pero el chico que les iba a traer la pieza aún no había llegado. Tras una breve llamada con Jake, descubrieron que se había perdido en el pueblo anterior, y por eso iba con tanto retraso.

El cielo tronó y se iluminó una vez más. Al apagarse, también se apagaron las luces del taller y se quedaron completamente a oscuras. Trabajando con Brody, ella ya sabía que era algo bastante normal cuando la tormenta era un poco mayor.

Dejó las herramientas que tenía en la mano sobre la mesa y se dirigió a la puerta del taller.

En la total oscuridad que les rodeaba no vio que Jake había tenido la misma idea que ella, y se chocaron. La peor parada fue Maddie, que del empujón casi cayó al suelo, si no fuera porque él la había sujetado rápidamente.

—Madison, ¿qué haces? —preguntó confuso.

Aún la sostenía entre sus brazos, y le contestó intentando olvidar lo aceleradas que se habían vuelto sus pulsaciones.

—¿Qué haces tú? ¡Voy a dar la luz! —casi gritó nerviosa.

—Ahora estás en mi taller. Voy yo —dijo él sin darle opción a replicar.

Según la soltó, ella refunfuñó.

—Vale.

Escuchó su risa en la oscuridad, aún enfrente de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó molesta.

—Nada. Te imaginaba poniendo los ojos en blanco —dijo, y luego siguió riéndose mientras salía del taller sin esperar su respuesta.

Maddie observó su silueta mientras salía por la puerta y la lluvia chocaba contra su figura.

Aprovechó su corta soledad para respirar hondo y darse mentalmente de tortas por cómo estaba actuando. Su corazón había decidido ir por su cuenta, latiendo a un ritmo frenético que no podía controlar. Su mente sólo quería pensar en los brazos de Jake alrededor de ella, o en su olor, que le parecía tan atrayente como peligroso, y que ya echaba de menos.

La luz no tardó en volver y él apareció por la puerta. Estaba totalmente calado. El agua caía de su pelo a su cara antes de que se pasara la mano por su cabeza haciendo que miles de gotitas saltaran en todas direcciones.

Su camiseta se le había pegado al cuerpo dejando poco espacio a la imaginación, y la lluvia aún recorría sus tatuajes cuando se paró frente a ella.

Sexy. Era la única palabra que sonaba continuamente en la cabeza de Maddie.

—¿Estás bien? —le preguntó él, y ella no se atrevió a mirar si tenía su sonrisa estúpida en la cara o no.

—Sí —mintió. —Te has empapado. —Intentó concentrarse en las herramientas que había

dejado en la mesa, aunque, siendo sincera con ella misma, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Ya. Con este calor la verdad es que no me importa. —Se había acercado a su lado y empezó a ayudarla a recoger las cosas.

—Ya —dijo ella nerviosa, y no habló de nuevo ni lo miró. Únicamente esperaba que no se quitase la camiseta, por empapada que estuviera, porque se veía capaz de desmayarse debido a los nervios.

Cada vez que sus manos entraban en su campo de visión, sentía su corazón empujándola a buscar más. Pero no se atrevió a alzar la mirada, molesta porque su cuerpo hubiera decidido negar lo que su cabeza ordenaba.

Agradeció cuando el repartidor por fin apareció por el taller, acabando con el silencio que se había impuesto entre ellos. No estaba segura de si era sólo cosa suya, ya que en realidad Jake había demostrado ser de pocas palabras en los días que había pasado junto a él.

Cuando el repartidor se marchó, él se acercó a ella abriendo el paquete. Sacó dos piezas negras de la caja, del tamaño de dos cartones de leche.

—¿Crees que le gustarán?

Tan solo tenía que mirar a Maddie para ver cómo le brillaban los ojos. Le había quitado los dos deflectores de las manos y los examinaba con admiración.

—Debería ponerlos en la mía, en pago a habérsela prestado todos estos días.

Escuchó a Jake reírse suavemente detrás de ella, consiguiendo que sus nervios cosquillearan la punta de sus dedos.

—Venga, te llevo a casa —le dijo cuando Maddie guardaba los deflectores de vuelta en la caja.

—No hace falta, puedo ir andando —casi se atragantó. Lo último que necesitaba en ese momento era pasar más tiempo cerca de él.

La lluvia seguía repicando en la entrada del taller.

—Está diluviando, Madison. —Cometió el error de alzar la vista para encontrarse con sus ojos más cerca de lo que esperaba. Entonces percibió su sonrisa—. Y prometo no meterme contigo.

Dos minutos más tarde Jake estaba cerrando la puerta del taller y ella le esperaba al lado de su moto. Seguía lloviendo con fuerza, y con lo que salpicaba del suelo comenzaba a empaparse.

Él se subió al vehículo y, después de respirar hondo, lo hizo ella también. Se preguntó si era la lluvia la que hacía que su perfume oliese aún mejor, o sólo el estar tan cerca de él.

Al menos sentada detrás no podría ver lo sonrojada que se estaba poniendo.

En cuanto rodeó su cintura con los brazos, él arrancó la moto y salieron bajo la lluvia.



Aquella noche, Maddie apenas pudo dormir. Su hermano no volvió, tal y como le avisó, aunque le había respondido a algún mensaje de todos los que ella le había mandado, dejándola medianamente tranquila. Con cada uno de ellos comprobaba que seguía vivo, pero su alarma

volvía hasta recibir el siguiente.

Por si no fuera suficiente, los pocos ratos en los que no pensaba en su hermano, su mente regresaba a aquella noche en el taller, cuando Jake la abrazó en la oscuridad evitando que cayera, o cuando lo hizo ella, sentada detrás de él en la moto. Se imaginaba haciéndolo nuevamente, y luego se daba la vuelta en la cama, molesta por pensar cosas así.

El sol no había empezado a despuntar en el horizonte cuando se dio por vencida. Salió de la cama y se preparó rápidamente para ir al taller. Llegó tan pronto que ni Brody ni Jake estaban aún por allí.

Se quedó esperando en el pretil de enfrente del taller y se le ocurrió una idea que la tuvo sonriendo durante todo el camino de vuelta a casa, a recoger algo que necesitaba.

Cuando regresó al taller, la puerta ya estaba abierta, pero no pasó.

Empezó a trepar por la ventana y el canalón que había al lado de la entrada, para llegar al cartel envejecido del taller. Estaba sujeto con dos anillas y bailaba con el poco viento que soplaba.

—¿Qué haces ahí arriba? —Jake se había acercado al oír el ruido que hacía Maddie.

—Creo que… es obvio —dijo ella con dificultad, mientras alcanzaba el cartel con una mano y con la otra seguía sujetándose del canalón. Se estaba estirando lo máximo posible, pero la anilla más lejana se resistía a soltarse.

—Te vas a matar. Bájate y lo cojo yo, Madison —le dijo.

Escuchó su tono enfadado, y se preguntó si también había algo de preocupación en sus palabras. Se habría reído, si no fuera porque, en realidad, estaba temiendo caerse. Hacerlo supondría darle la razón a Jake. El canalón no era tan seguro como parecía en un principio, y se movía cuando intentaba estirarse un poco más.

Al fin consiguió descolgar el cartel y empezó a bajar. Cuando pisó el suelo, sonrió a Jake, que la miraba desde su alta estatura con cara de pocos amigos. Intentó permanecer calmada, aunque ya notaba que su corazón no iba a atender demasiado a razones aquel día tampoco.

—No te pongas tan nervioso —se mofó de su preocupación.

—¿Ahora, además de desmontar motos vas destrozando locales? —le preguntó, y ella sabía que sólo quería picarla.

—Mira que eres tonto, Jake.

Pasó al taller mientras él la seguía.

—¿Qué vas a hacer con eso? —quiso saber, mirando cómo se sentaba en el sofá que tenían para descansar.

—Ya lo verás. —No pudo evitar sonreírle por la emoción que tenía, y al ver cómo él le devolvía la sonrisa, el calor comenzó a ascender por su cuello.

En seguida se centró en su tarea y Jake empezó a mover los coches con los que trabajaría.

Brody había seguido contando historias de las suyas, pero ese día Maddie permanecía concentrada en la pieza vieja y oxidada que tenía entre sus manos, y no participaba mucho de la conversación. De vez en cuando se encontraba mirando cómo Jake iba de un lado a otro del taller, sin saber que él también la observaba cuando no se daba cuenta.

Unas horas más tarde, la bolsa verde de *Los viejos* apareció delante de ella con la comida. Abrió la boca al percatarse de lo tarde que era, y se disculpó por no haberse encargado de ello como siempre, mientras Jake se sentaba a su lado. Pero él estaba mirando el cartel en su regazo, que volvía a recuperar su color.

—Apuesto a que cuando llegaste no sabías ni cómo se llamaba el taller —dijo feliz de que

eso fuera a cambiar.

Él se rio brevemente, confirmando lo que Maddie acababa de decir.

—Ahora todos podrán volver a verlo —anunció orgullosa.

Había modificado un poco el diseño, actualizándolo, pero respetando su esencia.

—¿Eso es lo que hacías en la universidad? —Jake le pasó uno de los bocatas de tortilla que había recogido.

—No. Estudiaba economía.

Notó cómo a su lado paraba de moverse al instante.

—¿Economía? —Se le había dibujado una línea tan profunda entre las cejas que se preguntó si se quedaría allí para siempre.

—¿Qué? —preguntó divertida ante su reacción.

—Nada. Es que no me pegas mucho estudiando economía —dijo lanzándole una mirada de reojo junto a una sonrisa ladeada.

—¿Por qué? ¿No me ves lo suficientemente inteligente? —Intentó hacerse la indignada, aunque su curiosidad era real.

—No es eso. Me parece aburrido. —Se encogió de hombros mientras lo decía.

No estaba segura, pero le parecía que podría ser algo parecido a un cumplido. Sin embargo, con Jake nunca podía fiarse; siempre encontraba la forma de reírse de ella. Se mantuvo en silencio por precaución, aunque parecía que a él le interesaba continuar con el tema.

—¿Te gusta? Tu carrera —le preguntó como si nada.

Fue ella quien se encogió de hombros en aquella ocasión.

—Tiene muchas salidas.

Jake se giró a ella con el ceño arrugado.

—¿Por qué estudias algo que no te gusta? —quiso saber extrañado.

—No he dicho que no me guste —trató de defenderse.

—Tampoco que sí.

Mantuvo su mirada durante un momento en el que se debatió entre tirarle el bocata a la cara y marcharse de allí, o ignorar lo que había dicho y que resonaba en su interior más de lo que ella quería reconocer.

Finalmente se concentró en la comida que tenía entre las manos, sin saber bien qué responder. Continuaron con su silencio hasta que Brody se unió a ellos. Al menos así pudo recobrar un poco el buen humor y olvidar todo lo relacionado con la universidad, que solía dejarle mal cuerpo.

Cuando terminaron de comer, Jake recogió todo para irse, como les había anunciado al inicio de la jornada. Dylan necesitaba que le acompañase, aunque no había dicho ni a dónde ni a qué.

Brody se llevaba bien con los chicos y nunca le ponía problemas si tenía que desaparecer algún día. Además, con la ayuda extra de Maddie en los últimos días, llevaba todos los trabajos muy adelantados.

Ella se acercó mientras Jake se ponía su chaqueta. Hacía mucho calor ese día, así que se imaginó que si se la ponía era porque iban a conducir a algún lugar lejano. Estarían fuera de Plantío.

—Oye, ¿es… es peligroso? —Únicamente pudo sacar un débil hilo de voz. Empezaba a agobiarle, no sólo el quedarse sola, sino la gravedad de lo que fuera que iban a hacer. Estar en la ignorancia hacía que su imaginación se disparase, y nunca en el buen camino.

—No, no tienes que preocuparte.

—Vale —dijo ella, esperando que estuviera siendo sincero, y sabiendo que iba a seguir inquieta de cualquier modo.

Jake se subió a la moto y arrancó antes de ponerse el casco.

—Oye Jake. —La miró—. Tened cuidado.

Se quedó contemplándola por un momento, y ella aguantó su mirada mientras el agujero en su corazón añadía un peso que no sabía cómo manejar.

—Cuidaré de tu hermano —le prometió.

—Vale —volvió a contestar ella.

Brody se había acercado a donde estaban.

—Cuidado con la tormenta, chico —le dijo.

Jake se rio mientras se ponía el casco.

—Sí, viejo.

Enseguida aceleró la moto y desapareció entre las calles. Maddie se había quedado con la vista fija en el último lugar donde había divisado su figura. Los nervios empezaban a asentarse en su tripa, así que decidió regresar al taller en busca de la poca paz que pudiera ofrecerle.

Brody trabajaba en una de las motos que les habían llevado el día anterior.

—¿Y tú por qué le dices lo de la tormenta? ¿No has visto el sol que hay? —le preguntó.

Él sólo se rio.

XI.
FIESTAS

La música estaba tronando con las canciones más repetitivas del verano cuando Harper y Maddie llegaron a la plaza. El pueblo lucía en su máximo esplendor ese fin de semana, pues celebraban sus fiestas, y el lugar estaba abarrotado de gente. Sobre todo, grupos de chavales de los pueblos colindantes, que venían a pillarse la borrachera de turno con la excusa de las fiestas.

El tiempo había respetado para la celebración y, salvo el frío y la humedad constantes en las noches de Plantío, parecía realmente una noche de verano.

Se notaba también lo especial de la velada en la vestimenta de la gente. Para sorpresa de Harper, Maddie no se había resistido a arreglarse aquella noche. Había elegido un vestido de tirantes granate, aunque con su chaqueta vaquera encima apenas se apreciaba. Su atuendo no era demasiado llamativo, pero, acostumbrada a los vaqueros, un vestido sencillo valía como ir arreglada.

Su amiga se empeñó en hacerle una raya del ojo como la suya y, dado que siempre había envidiado lo bien que quedaba en sus ojos, se lo permitió; aunque le pidió que fuera un poco más comedida.

Cuando llegaron a la plaza, encontraron a Sophie con cinco chicas más, amigas suyas. La mayoría solían quedar con ellos , y aunque le sonaba la cara de alguna, no había hablado con ellas aún.

Con la música a todo volumen, parecía que esa noche tampoco lo haría.

Según les había informado Sophie, los chicos llegarían más tarde; y tras una breve mirada con Harper, ya se imaginaba el motivo.

No llevaban mucho allí cuando el grupo de Mario apareció montando barullo en la plaza. Se les quedó mirando, sopesando qué parte se debía al alcohol que ya habrían tomado, y qué parte a que eran imbéciles. No estaba muy segura del porcentaje.

—Maddie, mi florecilla —Mario le gritó en la distancia mientras se acercaba.

No pudo evitar reírse ante el apodo estúpido que le había tocado aquella noche. Se preguntó si solía hacer listas de tonterías que decirle.

—¿Dónde está tu hermanito? —Le puso el brazo alrededor de los hombros.

—Tienes suerte de que no lo sepa.

Él se rio a su lado. Por el olor de su aliento, parecía ganar el porcentaje del alcohol.

—Me gustas demasiado, aunque no esté delante el sargento motero. —Alzó una de sus manos hasta su frente haciendo un saludo militar.

Ella se rio levemente mientras se deshacía de él.

—Mira que eres imbécil —le empujó.

—En serio, estás buenísima con ese vestido. ¿Te has puesto así para mí? —Fue a cogerla de la ropa, pero ella le dio un manotazo.

—Pírate ya, capullo —le soltó Harper, colocándose al lado de su amiga.

El surfero abrió la boca para contestar, pero la cara de Harper junto a ella le dijo que no era buena idea. Finalmente sonrió y le guiñó un ojo a Maddie, haciendo que ésta sonriera mientras sacudía la cabeza.

Esperó a que se marchara para pedirle al grupo que no comentasen nada de lo ocurrido a los chicos. Sólo les faltaba que encima empezaran una pelea por las gilipolleces que Mario le dijera borracho. Sabía que Harper estaría de acuerdo en ocultarlo.

Poco más tarde apareció delante de ellas un chico de algo más de un metro de altura. Aún debía ir al colegio, y estaba claro que se había echado una buena carrera, a juzgar por su respiración forzada. Sin embargo, se le olvidó el cansancio en cuanto Maddie lo miró.

—¿Eres Maddie? —preguntó esperanzado.

—Sí. —No pudo evitar fruncir el ceño ante el desconcierto.

—Es Brian. Dice que hay mucho lío, y que si puedes ir a ayudarle.

—¿Brian está aquí? —preguntó emocionada.

—Sí, está en el paseo —le explicó, esperando que le acompañara.

Ella se mordió el labio y miró a Harper, que le dio un pequeño empujón en dirección al paseo marítimo.

—Vete, yo aviso a tu hermano.

—Será un rato solamente —dijo, y sin pensárselo más se despidió.

En el paseo marítimo habían instalado distintos puestos de los pequeños negocios de los alrededores. No tuvieron que andar mucho hasta llegar al de Brian. Era un poco diferente de los típicos puestos que vendían pulseras, marcos de fotos o dulces. En el suyo había dos sillas, dos mesas, y todo un fondo empapelado de dibujos y fotos de tatuajes. En el centro, con letras en relieve y luces de neón, había un letrero que decía *Bold Ink* , y debajo el nombre de Brian.

Era difícil ver todo eso entre el mogollón de gente que esperaba su turno delante del puesto, pero por suerte, ella había tenido su guía particular.

—Dios Maddie, me salvas la vida. —Su amigo había dejado el dibujo que estaba haciendo sobre el hombro de una chica para abrazarla. Ella sonrió al descubrir que después de casi un año sin verle seguía exactamente igual. Su barba rubia podría ser un poco más larga, quizás, pero por lo demás, no había cambiado nada. Los tatuajes de sus brazos llegaban desde sus dedos hasta el cuello. Si tenía alguno nuevo, no sabía dónde habría encontrado el hueco para hacérselo. Llevaba su camiseta corporativa negra y le sonreía con los ojos verdes más alegres que Maddie conocía. No era mucho más alto que ella, pero sí más ancho.

—Veo que está siendo todo un éxito. —Entró rápidamente en el puesto.

—A ver si conseguimos alguno fijo para el estudio. Te pago lo que quieras, en serio, me salvas la vida. —Se estaba rascando la nuca nervioso.

—Anda, cállate y dime dónde me pongo. —Se giró para encontrar una silla donde sentarse.

Brian le explicó brevemente dónde tenía sus tintas de tatuajes y dónde colocarse, y enseguida hizo pasar a la primera chica de la fila. Quería un tatuaje de dos osos panda, y ella se puso manos a la obra sin dilación.

Dado que no estaban en un espacio preparado para tatuajes de verdad, ofrecían tatuajes temporales que duraban alrededor de una semana. Brian había descubierto años atrás que eran la forma perfecta de crear el gusanillo de los tatuajes a nuevos clientes. Y por eso nunca fallaba a su cita en distintas fiestas de los pueblos de alrededor.

De vez en cuando pedía ayuda a Maddie, cuando la cosa se descontrolaba, y ella siempre estaba contenta de poder ayudar. El mundo de los tatuajes le gustaba más de lo que su cuerpo

demostraba.

Al terminar cada uno de sus dibujos, había entablado amistad con cada cliente y recomendado a Brian más de lo que él le habría pedido.

Después de casi una hora, consiguieron reducir considerablemente la cola, a pesar de que aún más gente se había animado a dibujar su piel.

Cuando se levantó su último cliente, un chico de instituto al que le dibujó un Goku de espaldas en el hombro, se fijó en que alguien la observaba desde el pretil del paseo frente de ella. Casi se le cayó la botella de la que bebía al verle, y le molestó que los nervios bailaban en sus dedos de nuevo. Últimamente cada vez que estaba cerca de Jake le pasaba, y no era capaz de quitarse la imagen de la noche de tormenta en el taller.

—¿Quieres uno? —le preguntó mientras veía como se acercaba. La gente a su alrededor se movía para dejarle pasar sin que él tuviera que decir nada, y las chicas casi babeaban a su paso. Pero lo que le sorprendió fue que él no se percataba de nada, con su vista fija en ella al tiempo que cruzaba el paseo y se apoyaba en el lateral de la pequeña carpa.

—Sólo estoy mirando —dijo cruzando los brazos y haciendo que se vieran aún más grandes. Ella se forzó a dirigir la vista en otra dirección.

—Son de pega, si ves que no te atreves —intentó picarle con una sonrisa.

Escuchó la breve risa ante su provocación.

—Aún no sé si puedo fiarme de ti —dijo él.

—Prueba.

Se quedó escudriñándola un rato, y ella, incapaz de reprimir su sonrisa, vio cómo la de él se ensanchaba a su vez. Finalmente se sentó en la silla.

—¿Qué vas a querer? —le preguntó mientras limpiaba los pinceles en un papel. Cuando se giró se encontró con sus ojos dorados observándola, y se percató de lo cerca que estaban. Tanto como para percibir su aroma que la embriagaba. Había extendido su brazo derecho sobre la mesa.

Hasta ese momento no había tenido tiempo de estudiar los tatuajes de ese brazo, salvo la gran serpiente que se movía por él y que era imposible no ver .

—Lo que quieras me parece bien.

—Eso es demasiada confianza. ¿O es que este brazo es el de los dibujos que no te gustan? —preguntó con más curiosidad de la que iba a reconocer.

Escuchó su leve risa.

—Tu hermano dice que tus tatuajes son los mejores y, para mi desgracia, me fío de él.

Maddie entrecerró los ojos mientras pensaba en lo que había dicho. Cuando comprendió que llevaba más tiempo del debido mirándole, descendió la vista hacia el brazo que tenía delante. Aguantó la respiración mientras posaba sobre él su mano, y se maldecía por estar tan nerviosa. Con el resto de clientes no le había pasado.

Achacó los nervios a que era la primera vez que él parecía bajar la guardia y dejarle ver algo más. O a que era la única oportunidad que tenía de descubrir un poco más sobre él, a través de la tinta de su cuerpo.

Fue girando el brazo lentamente mientras estudiaba los dibujos y encontraba un hueco donde poder hacer el suyo.

Detrás de la serpiente aparecía un árbol seco y retorcido. Sus ramas sin hojas caían a los lados, enzarzadas con otras de espino que se movían alrededor de su brazo del mismo modo que lo hacía la serpiente.

Sobre él iban apareciendo huesos difuminados, y encima, tres calaveras, una sobre la otra. Al lado de ellas, una frase: *La muerte es segura, la hora es incierta* . Subiendo más por su brazo había un reloj de arena, como el de su otro brazo.

Se preguntó si todo tendría algún sentido, pero no era capaz de encontrarlo en aquel momento. Únicamente que le parecían muy apropiados para Jake. Tan solo verlos ya inspiraban miedo.

—¿Te parece bien aquí? —le preguntó. Al levantar la vista, se encontró con sus ojos de color miel estudiándola.

—Me parece bien.

Ni siquiera había mirado donde ella le señalaba, pero notaba los nervios acelerando su corazón, y quería ponerse a dibujar cuanto antes. Se aproximó un poco más a él, metiendo su pierna entre las suyas para poder estar más cerca, pero ni dijo nada ni le miró. Pensó que disculparse o explicarse, daría más importancia al hecho de que estuviesen tan pegados.

Se puso a dibujar en seguida. No tardó en pensar qué hacer y, como iba a ser algo temporal, se permitió ser libre con el diseño, tal y como él había aceptado.

Después de un rato en el que el dibujo ya iba cogiendo forma, Jake habló de nuevo. Maddie pensaba que la iba a regañar por lo que estaba haciendo, pero al parecer él aún no había mirado su propio brazo.

—¿Te has hecho tú tus tatuajes ? —le preguntó.

Ella paró un segundo su tarea, pero no levantó la vista. Sabía que estaban muy cerca, y no iba a ayudar a sus ya presentes nervios haciéndolo. Entrecerró los ojos mientras pensaba en qué ocasión habría visto Jake alguno de sus tatuajes, porque no estaban a la vista.

—Algunos sí. Depende del lugar. Pero todos son diseños míos.

—Ahora yo también tendré un diseño tuyo. —Lo dijo como si hablara de un gran privilegio, haciéndola reír.

Al final no pudo contenerse y le miró. Su sonrisa de suficiencia le hizo reír aún más.

—Bueno, no es original del todo. Y sólo lo tendrás durante una semana, si te duchas con la frecuencia normal.

Escuchó su risa suave, que nacía de su pecho, y ella volvió a sentir la punta de sus dedos hormigueando mientras terminaba el dibujo.

Dado que Jake aún no lo había visto, lo tapó rápidamente con su mano en cuanto acabó.

—¿Listo? —le preguntó impaciente.

Cuando él asintió, destapó el dibujo y vio la cara de Jake cambiando rápidamente con las cejas uniéndose.

—¿Qué coño me has hecho? —preguntó enfadado, aunque Maddie empezaba a vislumbrar una pequeña sonrisa curvando sus labios.

No pudo aguantar más y explotó en risas. La cara que estaba poniendo Jake no tenía desperdicio.

—¿No te gusta? Es un *gruñosito* —le explicó.

—¿Un qué? —No dejaba de mirar el oso enojado de su brazo con cara de confusión, por lo que ella se rio aún más.

—Un osito amoroso. El que siempre está enfadado, con su tormenta y todo en la tripita.

Jake se tomó un momento antes de suspirar y volver a la carga con el gesto que ponía cuando pretendía molestarla.

—¿Siempre vas pintando tu retrato en los brazos de la gente?

Maddie fingió sentirse ofendida, aunque no fue capaz de esconder su sonrisa. Le levantó de la silla y le empezó a empujar para que se fuera.

—Venga que se me acumula la gente. —No conseguía parar de reírse mientras lo hacía.

Pero antes de echarle por completo, él se dio la vuelta y se puso a su altura.

—Sabes que pienso devolvértela, ¿verdad, Madison? —Su sonrisa seguía ensanchándose .

—Quizás si no tuvieras un tatuaje de un oso amoroso en tu brazo, asustarías un poco más, Jake —se mofó—. No dejes que tus enemigos lo vean. —Lo empujó de nuevo, consiguiendo que finalmente se marchara mientras ella le seguía con la mirada.

Según se giró para volver al trabajo, se encontró con Harper, que la esperaba con una sonrisa perturbadora.

—Te he visto con tu último cliente —dijo, esperando la reacción de Maddie. Al ver que ésta no decía nada, continuó—. Se os ve muy bien juntos.

Las palabras de su amiga le estaban provocando un calor repentino que le subía por el cuello y que le resultaba difícil de controlar. Aún así, trató de mantener la calma.

—Sí, creo que hemos acordado una tregua. —Intentó sonar natural, porque sabía lo que su amiga intentaba, y era una conversación que no le apetecía tener.

Ya había pasado por lo de hacerse las ilusiones que su amiga le influía, y que siempre acababan con una decepción. Porque, después de todo, ella seguía siendo la hermana de Dylan. Y tampoco es que quisiera que ocurriera nada con Jake. La mitad de las veces no le soportaba, se recordó a sí misma.

Su amiga alzó las cejas mientras la miraba. Maddie sabía que debía permanecer callada, pero estaba siendo demasiado pasivo agresiva con su silencio.

—¿Qué? —preguntó al fin.

—Nada —contestó con una risa breve—. En realidad pensaba que tardaría menos en rendirse ante ti.

Ella suspiró sonoramente.

—Ni te voy a contestar —la avisó.

Al no contenerse, había despertado a la bestia. Ahora le quedaba aguantar de la mejor forma posible.

—¿Por eso te has puesto tan guapa hoy, *Di* ? —le preguntó.

—En realidad es porque eres una pesada.

—Tampoco es que hayas puesto mucha oposición a enseñar tus piernas esta noche. —Se rio mientras intentaba tocarle el culo por debajo del vestido. Ella se revolvió rápidamente.

—¿Ves como eres una pesada? —Le dio un empujón suave para deshacerse de ella.

Su amiga se lo estaba pasando genial a su costa y no paraba de reírse. Pero no iba a confesar que en realidad algo de razón sí tenía. Mientras se arreglaba para salir aquella noche, se había preguntado cómo reaccionaría Jake al verla; aunque se había forzado a desechar todas las ideas que le venían a la mente.

—Antes de que sigas con tus tonterías, te recuerdo que aquí soy la hermanita pequeña. Para él también —susurró la última frase mirando a su alrededor.

—Ya, pues no sé si debería mirar a una hermana como te mira a ti —le susurró de vuelta su amiga.

Ella puso los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza.

—¿Vas a querer un tatuaje o no? —la cortó secamente, esperando acabar por fin con la conversación.

Al parecer, los planes de Harper únicamente consistían en molestarla, y no en hacerse un tatuaje, así que la despachó rápidamente excusándose en que había mucha gente esperando su turno. En realidad, apenas quedaba gente, pues ya era tarde y habían hecho más dibujos de los que creían posibles en tan poco tiempo.

Brian discutió la parte de ganancias a repartir, pero ella de ningún modo quería cobrar nada. Había pasado demasiados meses sin dar rienda suelta a sus dibujos, y Brian le había regalado una oportunidad única.

—Muy bien, pero entonces te debo una enorme —le dijo mientras le daba un abrazo.

Antes de que se separaran de su abrazo, dos ojos azules a lo lejos se encontraron con los suyos. Dos ojos que había estado evitando los últimos días, y que aún no estaba preparada para enfrentar.

Aceptó rápidamente la propuesta de Brian y se escapó por detrás del puesto, directa al mirador donde estaría ya la banda. No miró atrás.

La música seguía tronando en la plaza, aunque el número de personas allí presentes era menor. Aún así, había más gente que la mayoría de noches.

Estaba terminando de cruzar la plaza cuando vio a Jake saliendo del callejón que había tras el hotel del mirador. Miraba hacia atrás, como controlando que nadie le estuviera siguiendo. Pero Maddie pudo ver cómo la gente del mirador, entre los que se encontraba su hermano, seguía bebiendo y charlando como si nada.

Sin pensarlo un segundo, empezó a caminar hacia las calles que cortaban la que Jake había tomado. La música iba bajando el volumen a medida que se alejaba de la fiesta.

Intentaba caminar normal para poder fingir sorpresa en caso de que se topase con él, pero su corazón acelerado no la ayuda ba con la tarea.

Llegaba al último callejón antes de la calle que había tomado Jake cuando escuchó unas voces. No podía verlos, pero la música había quedado lo suficientemente lejos como para poder entender lo que decían.

—¿Qué quieres ahora? —Era la voz de Jake, y parecía muy molesto.

—¿Has encontrado algo ya? —le respondió otra voz.

El corazón de Maddie dio un vuelco. Pudo reconocerla al instante, aunque, a juzgar por lo que oía, en ese momento Mario no iba tan afectado por el alcohol como al comienzo de la noche.

—Aún no. Sigo buscando —respondió Jake.

—¿Quizás estás perdiendo mucho tiempo con la hermanita? —Maddie se sintió temblar. ¿Estaban hablando de ella? Se forzó a concentrarse en lo que seguía diciendo el surfero—. Sí, yo también tengo mis fuentes. A ver, no te culpo, está muy buena. Si no fuera por Dylan… —Terminó la frase con una risa.

—Ella no tiene ni idea.

—Muy bien, pero se me está agotando la paciencia, Jake. No me gustaría que hubiera otro accidente como el de Dylan.

Llegados a ese punto, a Maddie le estaba costando escuchar. Intentaba concentrarse en lo que oía, y no en el cúmulo de pensamientos y revelaciones que se iban agolpando en su mente.

—Hago lo que puedo. Pero hacerlo sin levantar sospechas es bastante complicado. Y más después del puto ataque. Están ahora todos aún más atentos y no quiero que me vean venir.

Alguien suspiró. Supuso que era Mario.

—Muy bien. Seguiremos haciéndolo a tu manera. Llámame en cuanto descubras algo.

Escuchó unos pasos que se acercaban y reculó rápidamente al portal más cercano. Nada más

esconderse, pudo ver la sombra de Mario bajando la calle.

—¡Joder! —escuchó a Jake decir enfadado al cabo de un momento.

Se acercó de nuevo a la esquina, esperando oír algo más. Quizás una llamada de teléfono, o alguna otra conversación con él mismo que no consistiese en sólo palabrotas.

No oyó nada durante un rato, salvo las maldiciones que Jake iba soltando de vez en cuando mientras intentaba calmarse. Ella también trataba de hacerlo, pero sin conseguirlo. Su cabeza iba tan acelerada como su corazón.

Jake estaba jugando a dos bandas, y acababa de ser testigo de ello. Según Harper, la cosa estaba peor que antes, y aunque Mario nunca se había metido en sus asuntos, quizá con la ayuda de Jake había encontrado la forma de fastidiar definitivamente a su hermano.

La conversación se repetía una y otra vez en su cabeza. Mario buscaba algo, aunque no había podido descubrir el qué, y no era capaz de imaginar nada que tuviera su hermano y quisieran los surferos.

—Eh tío, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí sólo? —Dylan había aparecido en el callejón donde seguía Jake, cortando el hilo de sus pensamientos.

—Nada —respondió éste secamente. Por lo visto había conseguido calmarse tan poco como ella.

—¿Has visto a mi hermana? Creo que el surfero la estaba rondando.

Maddie frunció el ceño. ¿Se estaba refiriendo a Tanner? No le dio tiempo a pensar mucho más antes de que continuaran con la conversación.

—Pensaba que ya no se veía con él —respondió Jake.

No sabía muy bien qué cara estaba poniendo por su tono de voz, pero sí sabía que no estaba sonriendo. Nunca le había gustado que se viese con Tanner. Pero lo que llamó su atención fue que su hermano estaba al tanto y, sin embargo, no le había dicho nada.

—No sé —siguió Dylan—. La he perdido un momento, y a él tampoco le veo.

Escuchó a Jake chasquear la lengua.

—Joder. Ya voy. —Sonaba enfadado, y entonces pudo imaginar a la perfección su cara, más parecida a la del tatuaje de león de su brazo.

Escuchó unos pasos, y su corazón empezó a latir con fuerza ante el miedo de que pudieran descubrirla. Se dispuso a alejarse, pero Dylan hizo que parase sus pasos y contuviera la respiración cuando habló.

—Dime una cosa —se rio brevemente—. ¿Te molesta tener que seguirla, o que salga con él?

No pudo pensar en lo que quería decir su hermano, porque enseguida oyó un nuevo suspiro, y sabía que era de Jake.

—No me jodas Dylan. Es tu hermana —se quejó.

Escuchó cómo éste volvía a reírse, aunque a Maddie ya le costaba seguir el hilo de la conversación.

—Pues no te preocupes tanto, ¿quieres? —le respondió.

La respuesta de Jake fue un gruñido. Estaba segura de que era él, porque se había hecho a ellos cada vez que se enfadaba demasiado. Y cerca de ella solía hacerlo.

Enseguida regresó al portal que la había ocultado anteriormente y se quedó allí un rato. No estaba segura de si Dylan y Jake habían terminado de hablar, pero ella ya no escuchaba nada más. Sólo podía pensar en el peso que se había instalado en su pecho.

Le estaba costando respirar, como si tuviese un yunque encima que no dejase entrar el aire

a sus pulmones. La cabeza le empezaba a dar vueltas ante toda la información que había conseguido en los últimos minutos.

No sabía qué le preocupaba más: que Dylan supiese lo de Tanner y aún así le dejase salir con él sin haberle dicho nada, que Harper hubiera conseguido a su pesar hacerle ilusiones que de nuevo habían acabado en decepción con Jake, o que éste estuviera jugando a dos bandas traicionando a su hermano.

Desde luego, la última era la más peligrosa. Especialmente si habían llegado a un punto en el que había armas y disparos. Necesitaba hablar con Dylan cuanto antes, pero no en público.

Mientras tanto, no tenía muy claro qué hacer. Volver al mirador no era una opción, pues estaba demasiado preocupada y nerviosa como para ocultar todo. Especialmente a Harper.

También prefería evitar la mirada de Jake, que siempre parecía estudiarla. Esa noche podría encontrar algo si se fijaba bien.

Así que empezó el camino de vuelta a casa. Cruzó los callejones que llevaban a la plaza, aún llena de gente que bailaba y cantaba, ajenos a los problemas que aplastaban a Maddie.

Pasado el tumulto, siguió caminando con rapidez concentrada en sus pasos, en lugar de en el barullo que se seguía formando en su cabeza. Aún así, el silencio creciente de las calles no la estaba ayudando, y temía el momento en que llegase a casa y sólo pudiera esperar a su hermano.

De repente, un brazo salió de la nada y, agarrándola, la empujó fuera de la acera, detrás de una pequeña cabaña de madera solitaria que había al pie de la calzada.

Maddie se preparó para dar un puñetazo a su agresor, que la retenía contra la caseta, hasta que se dio cuenta de que era Tanner quien había tirado de ella.

—¡Soy yo! —Levantó una mano en rendición con su recurrente sonrisa, aunque con la otra seguía sujetando su brazo.

Bajó el puño rápidamente y cerró los ojos por un momento, intentando controlar sus nervios.

—¿Estás bien?

No.

—Sí —mintió—. Me has asustado, eso es todo.

—Parecía que estabas huyendo.

Ella no dijo nada; únicamente lo miró.

—O que me estabas evitando —la acusó aún sonriendo. Sabía que se estaba divirtiendo, como cuando ella había sido borde con él los primeros días. Sin embargo, cambió el gesto al entender que había dado con la tecla—. ¿Me has estado evitando? —preguntó, aunque los dos sabían bien la respuesta.

—No… —mintió de nuevo.

Tanner sonrió antes de que cambiara su respuesta.

—Sí —dijo al fin .

Al ver que no respondía, y sólo la miraba entrecerrando sus profundos ojos azules, continuó.

—Es que… Ésto… No deberíamos seguir viéndonos —concluyó.

Tanner arrugó el ceño de nuevo, pero no se separó ni un centímetro.

—¿Es lo que te han dicho? —preguntó.

Ella suspiró, aún nerviosa por todo lo que había pasado aquella noche.

—No. Pero esto no va a ninguna parte. —Sabía que tenía razón. Era el motivo por el que no había contestado sus mensajes y había evitado pasar por delante del *Entre Tiempos* los últimos

días.

Tanner bajó su mano hasta sostener la de Maddie. Con la otra, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ante sus gestos, su corazón demandó un mayor protagonismo saltando en su pecho. Debería moverse, alejarse, pero no lo hizo.

No se atrevía a levantar la vista hasta sus ojos por lo que pudieran ver en ella, y la dejó reposando en sus labios. Tampoco es que eso ayudara a calmar sus nervios.

—Estoy dispuesto a no unirme a los surferos aunque me hagan una oferta, si así puedo quedar contigo —le dijo él. No sabía en qué momento habían empezado a susurrar, aunque estando tan cerca el uno del otro, no era necesario alzar más la voz.

Trató de pensar en nuevas excusas, aunque se sentía caer en los labios que le sonreían. Se aclaró la garganta intentando centrarse.

—Aunque no estés en su grupo, eres uno de ellos. O eso es lo que todos ven.

Los labios de Tanner sonrieron aún más.

—Sólo quiero surfear. Si supieras como es, también querrías —se encogió de hombros.

Maddie no dijo nada. Había dejado de pensar cuando la mano de Tanner bajó desde su pelo hasta su cuello, envolviéndolo en calor.

—Estás guapísima hoy —susurró acercándose a ella un poco más.

No dijo nada. Tan solo subió sus manos hasta el bolsillo de la sudadera verde que Tanner había escogido esa noche. Debería empujarle , salir de allí, volver a su plan de esperar a su hermano en casa. Pero no se movió. No quería moverse. Quería esperar y ver qué sucedía. Ver si podía dejar de ser *la hermana* y ser sólo Maddie.

Su respiración se aceleraba en expectación.

Cuando Tanner posó su otra mano también en su cuello, sus sentidos ya estaban fuera de control. Todo parecía moverse a cámara lenta, excepto su corazón, desbocado en su pecho.

—Me está costando mucho no besarte, Maddie —murmuró contra sus labios.

Ante su nombre, alzó la mirada. Él estaba absorto en sus labios, y únicamente apartó la mirada un segundo en el que se encontró con sus ojos. En ese momento supo que estaba perdida.

Cuando él miró de nuevo sus labios, algo la atrapó, haciendo que recorriera el poco espacio que había entre los dos en busca del beso que le había pedido días atrás.

Sus labios se unieron con una urgencia que no sabía que tenía.

Sus manos subieron por su sudadera hasta la capucha que descansaba sobre sus hombros y, agarrándola, le acercó más a ella.

Las de él se movían alrededor de su cuerpo empujándola también hacia sí, pese a que no había espacio posible entre ellos.

Después de un largo beso que le supo a poco, apoyó la frente contra la del surfero, necesitando coger aire; pero en cuanto abrió la boca para respirar, los labios de él volvieron a chocar contra los suyos. Y ella se lo permitió, porque también quería más.

Sus lenguas se encontraron a medio camino mientras el cuerpo de Maddie se deshacía en pequeñas descargas a compasadas por las manos que la recorrían lentamente.

La boca Tanner atrapó de pronto su labio superior haciendo que se le escapase un pequeño gemido. Detuvo enseguida el beso, sintiendo cómo sus mejillas se tornaban rosas ante lo que acababa de hacer.

—No me dejes así, Maddie —suspiró en su oído.

—¿Así cómo? —preguntó apenas resollando.

—Habiendo probado tus labios. Me has hecho adicto desde el primer roce.

Sacudió la cabeza, pero no le impidió que volviera a besarla de nuevo, esa vez dulcemente.

Cuando acabó con sus labios, se trasladó a su cuello, dejando húmedos besos sobre él, cada vez más hambrientos.

Ella respiró hondo. No sabía si sonreír. Acababa de complicar todo mucho más, por si no tuviera suficientes preocupaciones. Se estaba metiendo en un lío al liarse con un surfero. Porque Tanner lo era, aunque no perteneciese a la banda de Mario por el momento.

Pero por otro lado, recordó que a Dylan no le había importado saber que salían juntos.

—¿Entonces? ¿Quieres probar a surfear? —le susurró entre besos que iba dejando al recorrer su cuello.

Maddie pensó su respuesta. Seguramente se arrepentiría, pero acababa de besar a un surfero. ¿Qué más daba ya?

—Vale —aceptó.

Percibió la sonrisa de Tanner contra su piel, y cuando se separó de ella, pudo verla. Sus ojos eran también de un azul más brillante. O quizá sus besos la habían nublado y empezaba a imaginarse cosas.

Se regalaron algunos más antes de decidir separarse y verse otro día; si bien, no los suficientes.

Cuando Tanner se alejó, dejándola sola al cobijo de la pequeña caseta de madera tras la que se habían ocultado, ella permaneció allí un poco más, intentando apaciguar los latidos en su pecho y los gritos en su cabeza.

Estaba haciendo mal, no tenía duda de ello. Pero cuanto mayor le parecía el lío en el que se estaba metiendo con Tanner, menos se acordaba de los verdaderos problemas que tenía en su vida.

Finalmente decidió salir y volver a enfrentarse a ellos. Sólo que no sabía que llegarían a ella tan pronto.

Según salió de su escondite, encontró dos ojos castaños que la observaban. Jake esperaba sobre su moto y, a juzgar por la profundidad de la línea entre sus dos cejas, debía saber lo que había estado haciendo allí, y con quién.

Después de un momento en el que ninguno de los dos dijo nada, ella se puso en marcha, rezando porque no la siguiera.

XII.
ENCUENTRO

Aquella noche, Dylan había vuelto tan tarde que, a pesar de que las mariposas en el estómago la tuvieron despierta hasta bien entrada la madrugada, en el momento en el que llegó a casa, Maddie ya había caído rendida.

La mañana siguiente, estuvo conteniéndose con dificultad durante horas para dejar dormir a su hermano un poco más, y cuando por fin se decidió a entrar en su habitación y contarle el secreto de Jake, llamaron a la puerta. Éste esperaba fuera con el desayuno en la mano.

Le abrió, y encontró frente a ella su habitual cara de enfado. Sin embargo, se dijo que no podría compararse con el que sentía ella por haberle descubierto traicionando a su hermano y a la banda.

Le dejó pasar para mantener las apariencias, pero no le saludó cuando lo hizo. Por suerte él tampoco tenía nada que decirle; o si lo tenía, se lo había guardado para sí mismo. Sabía que su cabreo se debía a lo que había visto al final de la noche, pero se alegró de que permaneciera tan callado como entonces. Al parecer, había esquivado la bronca por salir con Tanner.

Tampoco le dio tiempo a que se replanteara su silencio, pues en cuanto entró en la casa, ella desapareció en su habitación.

Se quedó apoyada en el marco, sin hacer ruido, intentando captar cualquier conversación entre Jake y su hermano, pero no escuchó nada salvo la puerta de la casa cerrándose un rato después.

Salió de su dormitorio para verse sola allí, sin apenas contener los nervios que volvían a apoderarse de ella. Había sido estúpida por haber esperado a hablar con él. Debió hacerlo nada más despertarse.

Jake iba aponérselo difícil, pues siempre estaba cerca de su hermano. Se prometió hacerlo antes de que acabase el día, en cuanto Dylan volviera a aparecer. Y con esa promesa, salió aquel día de casa.

No tenía muy claro qué hacer o a dónde ir, pero por lo visto sus pies sí. Unos minutos más tarde se sorprendió al encontrarse frente al *Entre Tiempos* . Sintió sus mejillas ruborizándose al recordar la noche anterior, pero no hizo ademán de entrar. En su lugar, puso en marcha sus pies y se movió hacia el otro lado de la plaza.

Apoyada en la vieja piedra que rodeaba el mirador, sacó su teléfono. Desde su altura pudo ver que Mario y sus amigos ya se habían recuperado de la resaca, y unos cuantos armaban lío en la playa. Los menos repuestos permanecían tumbados en la arena, durmiendo.

Tenían la música bien alta, molestando a todo el que pudieran.

Se concentró de nuevo en su móvil.

Maddie: ¿Comemos juntos?

Su hermano contestó rápido.

Dylan: Cena. Ten cuidado, *Di.*

Sintió cómo su pecho se hundía con un peso que no podía ver. Era él quien debía tener cuidado, y ella no había sido capaz de decírselo. Únicamente esperaba que cuando por fin lo hiciera, no fuera demasiado tarde.

Guardó su teléfono y siguió mirando a los surferos desde arriba. Una pareja había empezado a besarse como si no fueran a poder hacerlo durante el resto de su vida. Se sonrojó al recordar sus besos con Tanner la noche anterior, y rápido apartó la vista.

Los surferos empezaron a gritar y vitorear a la pareja, pero ella no volvió a mirar. Prefería centrarse en el mar y en sosegar el calor que recorría su cuerpo.

De pronto alguien se acercó por su espalda, y si no hubiera visto los brazos de Tanner posándose sobre la barandilla de piedra a ambos lados de su cuerpo, se habría revuelto con rapidez.

Antes de decir nada, él le dio un beso fugaz en el cuello que sólo alcanzó su pelo. Se vio incapaz de contener la sonrisa que ya había empezado a formarse en su cara.

—Buenos días —escuchó su susurro en el oído. Pudo imaginarse a la perfección la sonrisa que le estaría iluminando la cara. Seguramente muy parecida a la suya.

Se giró, y quedó atrapada entre sus brazos, que seguían enmarcándola , apoyados en la barandilla. Sus ojos azules bajaron su mirada a sus labios, y luego volvieron a subir. Las pulsaciones de Maddie se aceleraban con el recorrido de sus ojos.

Además, esa mañana le veía aún más atractivo. No sabía si era el efecto de sus besos, o las ganas de sumergirse en su boca. Quería que sus manos abandonasen la vieja piedra y jugasen con su pelo, como habían hecho bajo las estrellas hacía unas horas.

Deseaba perderse en Tanner y que sus problemas desapareciesen . Que su calor le hiciera olvidar la mirada fría de Jake cuando abrió la puerta esa mañana, o el peligro que corría su hermano a su lado cada minuto que ella no le advertía.

—¿Puedo besarte ya? —le preguntó recuperando su atención. No estaba susurrando, pero su voz era baja; posiblemente por la cercanía, o porque había descubierto el efecto que tenía en ella. De cualquier modo, su piel se erizó levemente ante la anticipación de sentir aquellos labios sobre los suyos.

—Has esperado mucho —le picó con malicia.

Por el contrario, la sonrisa de él se ensanchó.

—Se me ha hecho larguísimo —dijo contra su cuello.

Después de un breve momento en el que se esforzó por no cerrar los ojos, contestó con un hilo de voz.

—A mí también.

Ante sus palabras, Tanner olvidó su cuello, y sus ojos azules recorrieron su cara. Se centraron en su boca durante un momento, perdiéndola de vista mientras se lanzaba en busca del beso que guardaba.

Mantuvo sus labios presos, saboreando cada milímetro de ellos hasta que su lengua pidió entrar, dejando una pequeña descarga en su estómago cuando chocó contra la suya.

El calor de su cuerpo iba ascendiendo junto a las manos de él, de la cintura al cuello, sin que nada pudiera calmarlo. Sabía que necesitaba respirar, pero al mismo tiempo no quería abandonar aquellos labios.

La barandilla de piedra se le clavaba en la espalda mientras él la empujaba hacia atrás en un

intento vano de acercarse más a ella, a pesar de que no había milímetros que pudieran acortar. Y siguió devorándola con besos interminables mientras su corazón se aceleraba, mientras se perdía en él y su calor.

Gente en la playa empezó a vitorear nuevamente, pero esta vez parecían muchos más, y montaban más jaleo. Maddie se separó a regañadientes, y cuando miró hacia la playa, vio que era a ellos a quienes vitoreaban en ese momento.

Tanner se rio, pero no se separó. Escondió su cara en su pelo, haciendo que su risa retumbar a contra su cuello. Mientras tanto, las mejillas de Maddie empezaban a ponerse de color rosa, acordes al calor que llevaba sintiendo desde hacía un buen rato.

—Deberíamos irnos antes de que me pillen y me echen de la banda.

Recordó que su hermano en realidad sabía que salía con Tanner, y, sin embargo, no le había dicho nada. Pero no estaba segura de que los demás fueran tan comprensivos.

—¿Te la estás jugando por mi? —le preguntó, y parecía ilusionado, a juzgar por su cara.

—No te las des de importante —se rio.

—No, es sólo que hace que me gustes más —dijo mientras bajaba a su cuello y le dejaba algún que otro beso entre sus palabras.

Ella se rio otra vez y lo empujó, haciendo que parara.

—¡Mira que eres tonto!

Él sonreía, pero no dijo nada. Entonces ella le cogió de la mano y tiró de él.

—Venga, vámonos.

Aún cuando ya había conseguido que se moviera, él no soltó su mano. Entrelazó sus dedos con los de ella, y siguió caminando a su ritmo.

Intentó actuar con naturalidad, pese a aquel gesto y a que no se sentía tranquila en absoluto. Le llamaba la atención que él se comportase como si nada cuando la besaba o cuando la cogía de la mano. En cambio, ella notaba los nervios recorriendo su cuerpo a cada momento.

Pensó que se debía al temor de que alguien de la banda los viera.

Con su camiseta amarilla de dibujos hawaianos, no dejaba duda de su principal hobbie, y nadie la creería si dijera que no formaba parte del grupo de Mario.

Y aunque lo hicieran, aún era un surfero. Y los moteros debían odiar a los surferos.

Sin embargo, Tanner había evitado que Maddie lo hiciera con él.

Le observó un momento antes de que él le devolviera la mirada, y entonces dirigió la vista al frente. Desde luego parecía tan tranquilo como siempre; quizás más feliz. Y con la elección de colores de ese día, parecía aún más moreno y su pelo más rubio en contraste.

Sacudió la cabeza al percatarse de las tonterías que estaba pensando, y se centró en la dirección de sus pasos.

Estaban llegando a las afueras del pueblo. Varias casas en hilera se alzaban frente a ellos, y aunque siempre le había parecido que estaban abandonadas, se fijó en que en realidad sí había gente viviendo allí. Al menos la ropa tendida en los porches y las ventanas abiertas así lo demostraban.

—¿A dónde vamos? —le preguntó finalmente—. Creía que el surf se hacía en la playa.

Tanner sonrió a su lado y ella se preguntó, no por primera vez, si había algo que le hiciera borrar esa sonrisa, aunque no quería descubrirlo por el momento.

—Antes tengo que ver cómo vas de equilibrio —le dijo él.

Entrecerró los ojos ante su respuesta, pero no dijo nada más. Le siguió mientras cruzaban el puente techado de madera que salvaba un pequeño riachuelo en su búsqueda del mar. Antes de

salir por el otro lado, Tanner había aprovechado la breve intimidad de la estructura para robarle algún que otro beso, y ella le dejó.

Se acercaron después a una de las calles que salía del pueblo y daba a las casas de mayor lujo en Plantío. Había varios niños jugando con patines, monopatines y patinetes allí, dado que era una vía poco transitada por vehículos y muy ancha para practicar.

Entonces él soltó su mano y empezó a desabrochar los dos monopatines que llevaba en la mochila.

—¿Tu plan es dejarme en ridículo delante de niños de doce años?

Él sonrió mientras terminaba, y cuando dejó las dos tablas en el suelo, se olvidó de ellas. Se levantó y se acercó a Maddie. Poniendo las manos en sus caderas la aproximó a él y le dio un beso sin esperar su permiso. No lo necesitaba. Ella estaba deseando que lo hiciera.

Cuando alzó las manos para esconderlas en su pelo rubio él se separó, llevándose con él su respiración.

—En realidad mi plan era besarte toda la mañana, pero tú te empeñaste en surfear, y este es un paso previo.

Pestañeó mientras intentaba centrarse en la conversación.

—Yo me empeñé , ¿no? —finalmente pudo decir.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Has sido muy insistente —dijo, haciéndola reír.

Luego se subió sobre el monopatín y empezó rápidamente a explicarle lo básico para montar en él. Hizo alguna demostración, y ella prestó la máxima atención que pudo, aunque reconocía que le estaba costando centrarse. Cuando él se giraba y la sonreía , perdía el hilo de lo que le estaba explicando en ese momento.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó una de esas veces entre risas. Ella se puso roja figurándose qué cara estaría poniendo para que él se divirtiera así.

No tardó en empezar a practicar, y si no hubiera sido porque él había estado a su lado sujetándola, se habría caído en más de una ocasión. Enseguida los niños también se acercaron para mostrarle sus trucos, aunque ninguno le enseñaba tan bien como su profesor particular.

Tras unos intentos, empezó a soltarse, y no tardó mucho en ser capaz de moverse a lo largo de la calle por sí misma. Todos la animaban, y cuando vio cómo Tanner la observaba con admiración, no pudo evitar reírse.

Lo que peor llevaba era frenar. Solía salir disparada hacia delante cuando lo intentaba. En una de esas veces cayó directa a los brazos de Tanner, pero a ninguno de los dos pareció importarle. Él le dio un beso más corto de lo que ella quería. Uno que se quedaba a la puerta de sus labios, prometiendo más, dejándola con deseos de más.

—¡Eh! ¡Buscáos un hotel! —gritó alguien a su espalda.

Maddie se separó para encontrar a la banda de surferos acercándose. Habían aparcado sus coches y empezaban a montar sobre sus monopatines, directos hacia ellos. Contó más de diez.

No tenían tiempo para desaparecer de allí, así que se mantuvo quieta. A su lado, Tanner también permanecía inmóvil.

—¡No jodas! —Mario se emocionó cuando la reconoció—. ¿Qué haces aquí, princesa? ¿Te pasas a nuestro bando? —Se acercó a ella entusiasmado, obviando la existencia de Tanner.

—Más quisieras —contestó cruzando los brazos.

La miraba con su sonrisa más brillante, y ella hizo lo posible por no imitarla. Le preocupaba que fueran a tomarse la revancha por la paliza de la otra noche, aunque había hecho

lo posible por evitarla.

Mario se paró delante de ella sin haber perdido un ápice de diversión. Luego la miró de arriba a abajo, como si disfrutara cada centímetro de lo que veía.

Cuando llegó a sus ojos, Maddie levantaba sus cejas, esperando a que acabara su estudio. Escuchó cómo se reía al verla.

—Venga, a ver cómo lo haces —la picó.

—Ya, en tus sueños. —Se mantuvo en la misma posición.

—¿Te he hablado ya de mis sueños? La verdad es que se parecían un poco a esto, pero tú llevabas menos ropa. Eso seguro, nena.

Luego se fijó en Tanner, que seguía en silencio a su lado, y le dedicó una mirada de repulso.

—Y desde luego que éste no aparecía.

Se giró hacia el grupo de surferos que aguardaba a la espera de órdenes detrás de ellos. Entonces cuatro de ellos se acercaron.

Cuando se dio la vuelta hacia Mario, éste permanecía pegado a ella, y cogiéndola de la cintura, la separó de Tanner.

—Vamos cariño, si querías un poco de acción, sólo tenías que avisarme. Sabes que siempre estoy disponible para ti.

Le miró con cara de pocos amigos y, en cuanto pudo, lo empujó, consiguiendo que diera unos pasos atrás.

Él hizo como si nada y después se dirigió a Tanner.

—En cuanto a ti… —le dijo, y no fue hasta que dos surferos se pusieron delante de ella que no entendió lo que iba a pasar.

Mario se había acercado a Tanner rápidamente y, de pronto, le dio un puñetazo en la boca del estómago que le hizo doblarse sobre sí mismo. Empezó a toser mientras Maddie le gritaba e intentaba deshacerse de los dos surferos que le impedían el paso.

Entonces Mario le cogió del cuello y le ayudó a erguirse. Le pasó el brazo por los hombros y le acercó a sí.

—Cuando alguien te hace una oferta, lo inteligente es aceptarla. Tenerme esperando es una falta de respeto.

Ella seguía luchando contra los brazos que la retenían, intentando alcanzarlos.

Después de un momento, el jefe de los surferos silbó, y los que estaban alrededor de Maddie desaparecieron. Corrió hacia él sin pensarlo y le dio un empujón que apenas le movió del sitio. ¿Cuándo se había puesto así de fuerte? No recordaba que el año anterior fuera tan grande, aunque tampoco acostumbraba a estar cerca de él.

Entonces, él aprovechó para ponerle el brazo sobre los hombros, pero fue a Tanner a quien se dirigió.

—No es sólo la princesa de los moteros. Es la princesa de Plantío. ¿Estamos? —le avisó.

Maddie se zafó de él y le mandó a la mierda mientras éste se reía y le lanzaba un beso al aire. Después, todos se marcharon rápidamente de allí.

—¿Estás bien? —preguntó a Tanner nerviosa.

Se encontraba ya en pie, aunque rehuía sus ojos. Parecía cabreado, y no podía reprochárselo. Ella también lo estaba. No solía ver a Mario siendo tan gilipollas.

—Tanner —le llamó mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Fue entonces cuando él bajó la mirada. Le escuchó suspirar mientras intentaba recobrar su buen humor.

—No soy tan buen surfero. —Al fin sonrió.

—Será que le pareces tan guapo como a mí —intentó animarle mientras se sonrojaba.

Él se rio suavemente.

—En realidad creo que soy yo el que tiene más competencia —dijo, rodeándola con sus brazos.

Tras verle distraerse con sus labios, supo que iba a darle el beso que había estado esperando toda la tarde. Uno más largo, que empezaba en sus labios, pero terminaba en su lengua; y en sus manos recorriendo su cuerpo.

Pero una moto revolucionando a lo lejos le hizo volver a la realidad de la carretera. A juzgar por el sonido, el vehículo no se estaba acercando, pero únicamente cesó en su ruido cuando se separó de Tanner. Él la miraba extrañado ante su repentina quietud.

—¿Estás bien? —le preguntó antes de que ella le hiciera callar.

No escuchó más la moto, pero estaba segura de que no se lo había imaginado. Hacía unos minutos que Mario había desaparecido de allí y Jake los había encontrado después de una mañana tranquila. No se sorprendió, dada la deslealtad de la que fue testigo la noche anterior. Pero confirmar su comunicación con el jefe de los surferos, o incluso su amistad, le sentó igual de mal que haberla descubierto.

—¿Maddie? —intentó Tanner frente a ella una vez más.

—Espera, estoy pensando. —Miró a su alrededor sopesando las opciones. No tenía muy claro cuánto tiempo tendrían. Jake iba en moto, y ellos sólo tenían unos monopatines.

Tanner aguardó en silencio sin separarse de ella ni apartar la vista.

—¿Me sigues? —preguntó ella de repente, cogiendo su monopatín al tiempo que él cogía el suyo.

—Claro. ¿Dónde…? —intentó preguntar, pero ella ya le había cogido de la mano y tiraba de él de vuelta a la carretera.

—No hagas preguntas. ¡Date prisa!

XIII.
OLAS

Maddie únicamente soltó la mano de Tanner cuando la carretera empezó a descender frente a ellos. Se subió en el monopatín y se deslizó carretera abajo, esperando que él hiciera lo mismo detrás de ella.

Aún no tenía controlado lo de frenar, y cuesta abajo estaba cogiendo demasiada velocidad, pero no había tenido tiempo de pensar en ello. Sin embargo, Tanner percibió su problema y la adelantó para que pudiera ver cómo hacerlo.

Se agachó sobre su monopatín para coger la primera curva que se cerraba ante ellos, y Maddie trató de imitarlo. Se agachó sobre su tabla manteniendo el equilibrio, y se movió con la curva.

Cuando encontró una maleza lo suficientemente alta, llamó a Tanner con una voz y se bajó del monopatín. A la velocidad a la que iba, y sin controlar aún cómo frenar, salió disparada hacia delante y acabó rodando por la calzada.

Tanner no tardó en aparecer a su lado con los dos monopatines en la mano, preguntando preocupado si se encontraba bien. Pero ella estaba más que acostumbrada a caerse en movimiento. Se levantó corriendo y tiró de él hasta que ambos quedaron escondidos tras los arbustos.

Estaba segura de que, de ser físicamente posible, el corazón se le saldría por la garganta mientras se recostaban en la pequeña ladera que enmarcaba la carretera por la que habían bajado.

El surfero seguía preguntándole, pero ella no escuchaba nada. Le tapó la boca rápidamente con la mano mientras el sonido de una moto acelerando se aproximaba a su posición. Se recostó más para quedar bien escondida, y él siguió su ejemplo, aunque no dejó de mirarla, ni ella de presionar su boca.

La moto pasó de largo, y Maddie vio a Jake sobre ella. A la velocidad a la que iba, no pudo fijarse en su cara, pero tampoco pensaba asomarse. No necesitaba verle para saber que estaría cabreado. Y tampoco es que le importase lo que pudiera sentir hacia ella. No era más que un mentiroso.

Si podía ponérselo un poco más difícil, iba a hacerlo.

—¿Estás bien? —escuchó a Tanner susurrar a su lado. Había apartado la mano que cubría su boca, pero la mantenía sujeta bajo la suya.

—Sí —mintió. Lo cierto es que estaba muy nerviosa, y la culpabilidad por no haber hablado aún con su hermano seguía acechándola.

—Maddie, ¿qué te ocurre? —No había podido engañarle. Y con la forma abrupta en la que se movía su pecho mientras intentaba respirar con normalidad, lo entendía perfectamente—. Si es por el tío ese que te sigue… —empezó, pero ella le cortó.

—No, es que… —No tenía muy claro qué decirle. Aún no había compartido con él nada

sobre su hermano o la banda.

—Si quieres le digo algo —se ofreció él.

—¡No! —dijo al instante. Sabía que a Jake le encantaría pelearse con él, pero también que seguramente saldría ganando; y no iba a poner a Tanner en esa situación. Especialmente cuando Jake había vuelto todo más oscuro en Plantío, añadiendo armas a la ecuación. Sólo necesitaba hablar con su hermano para juntos detenerle y arreglar todo.

—Maddie, dime. Puedes confiar en mí. —Había movido su mano libre para ponerla sobre su cuello, y el calor que emanaba de ella empezaba a relajarla. Seguían aún tumbados sobre la hierba.

Se agachó sobre ella y posó sus labios en su boca.

Maddie se recostó aún más sobre la hierba mientras él alargaba su beso. Cuando se separó, se quedó mirándola hasta que ella por fin sonrió, haciendo que él también lo hiciera.

—No te beso sólo porque tengas los labios más apetecibles que he visto nunca —dijo Tanner mirándolos, y de nuevo los acarició levemente con los suyos—. Puedes confiar en mí. ¿Qué te preocupa? —volvió a preguntarle.

Ella finalmente suspiró.

—Es un rollo de mi hermano.

Él sonrió.

—Vale. No es que hablar del tío que seguramente quiera matarme si me conociera sea mi plan favorito, pero puedes contarme —la animó.

—No quiero aburrirte.

Eso le hizo reír.

—Estoy seguro de que eres capaz de hacer muchas cosas, como lanzarte del monopatín en una cuesta abajo sin frenar, pero te aseguro que aburrirme no es una de ellas.

—Mira que eres empalagoso —se rio, aunque en parte le gustaba.

—Contigo mucho. —Lo dijo en un susurro antes de depositar otro leve beso en sus labios —. Venga, dime. —Se separó recostándose también en la hierba a su lado.

Ella respiró hondo mientras intentaba pensar cómo hablarle de sus problemas. Normalmente se iba a Lobo, al mirador o a cualquier otro sitio a esperar a que sus problemas se hicieran pequeños. Nunca hablaba de ellos.

—Es que… No sé. Creo que mi hermano puede estar en algún lío.

Tanner la miraba sin decir nada, esperando que siguiera; y ella lo hizo. Le explicó cómo era la rivalidad entre las bandas, aunque de eso él ya sabía algo. Luego le explicó cómo todo parecía peor, lo agobiado que estaba siempre su hermano al que apenas veía, que cuando lo hallaron en la carretera, en realidad le habían disparado... Dudó antes de hablarle del arma que había encontrado, y al hacerlo, no le explicó mucho sobre ello. Únicamente que todo parecía peor desde que había vuelto de la universidad.

Se sentía aún más fuera de lugar, especialmente porque Dylan nunca quería compartir nada con ella.

—¿Por qué te mantiene al margen? ¿No se fía de ti? —le preguntó.

—No —respondió rápidamente—. Simplemente cree que así me protege. Pero no entender las cosas me está volviendo loca.

Escuchó cómo Tanner se reía por la nariz a su lado.

—Y aun así, tú pareces enterarte de todo, ¿no?

—Tengo mis métodos —dijo sonriendo ampliamente.

Él la atrajo hacia sí, haciendo que se apoyase en su pecho.

—Ya decía yo. ¿Y son métodos que pueden ponerme muy celoso?

—Claro que no —susurró, sin saber muy bien por qué.

—Te funcionarían a la perfección —le aseguró él con otro susurro.

—Como mucho contigo.

—A mí casi me tienes. —Buscó sus labios, pero ella se separó con gesto molesto.

—¿Casi?

Él se rio.

—Aún tengo que verte surfear —dijo apretando su abrazo alrededor de su cintura. Luego la acercó para besarla lentamente, haciendo que ambos se olvidasen del tiempo y del lugar en el que estaban.

Sólo se separó cuando necesitó recobrar el aire.

—Vayamos mañana —pidió, mirándole con expectación.

Él suspiró, pero no dijo nada. La observaba mientras su sonrisa iba curvando sus labios.

Ante su inexistente respuesta se rio.

—¿Qué? ¿No crees que pueda? Ya ves que lo he hecho bien con el monopatín.

—Sí, te has tirado en marcha con mucho estilo —se rio a su vez, y luego continuó—. En realidad, pretendía alargar estas citas un poco más. Especialmente si acaban así. —Se rió otra vez mientras veía cómo las mejillas de Maddie subían de color ante sus palabras.

—Pues hubieras avisado. Podría haberme caído un poco más —dijo antes de perderse de nuevo en uno de sus besos.



El día siguiente había amanecido soleado, pero el viento fuerte que soplaba estropeaba un día perfecto de playa. Sin embargo, era genial para surfear, o eso le había dicho Tanner en un mensaje.

Maddie aún no había podido hablar con su hermano. Ni siquiera habría sabido que pasó la noche en casa si no hubiera sido porque escuchó la puerta cerrándose mientras aún se desperezaba en la cama por la mañana.

Cuando salió corriendo de su habitación para buscarlo, sólo alcanzó a ver su moto y la de Jake alejándose en la distancia. De vuelta en la casa, encontró una bolsa de Marley's encima de la mesa del comedor.

Tenía uno de sus bizcochos dentro. Una disculpa por no haber aparecido a la hora de cenar, como le había prometido.

Mientras olía el desayuno recién horneado, se preguntó si realmente Dylan habría ido a por él, o si habría mandado a Jake a comprarlo. Se le quitaron las ganas de comerlo cuando pensó que la segunda opción era más plausible.

No tenía ningún mensaje suyo, así que no sabía si volvería a verle pronto. Y luego estaba el problema de librarse de Jake, que parecía más pegado a él que de costumbre. Seguramente el toque de atención de Mario era la causa.

No sabía hasta qué punto Jake había conseguido que Dylan confiase en él, así que aún se

mostraba reticente a dejarle un mensaje.

Cuando salió de casa poco después, estaba aún demasiado nerviosa, y no paró de andar hasta que llegó al *Entre Tiempos* . Dadas las horas que eran, todavía estaba cerrado. Le molestó percatarse de que cuando andaba sin rumbo, siempre terminaba allí. Por suerte, no había nadie alrededor para verlo.

Bajó la calle principal directa a una de las playas menos transitadas por los surferos, pues era tan abierta que apenas daba olas. No había mucha gente en la playa. Tan solo algunos veraneantes desesperados que buscaban disfrutar de los pocos días soleados que se daban en Plantío, a pesar del viento.

Fue hasta el final del paseo marítimo y allí bajó a la playa. Dejó sus zapatillas pegadas a unas piedras y bajó a la orilla. Empezó a pasear recorriendo la playa mientras su pelo revoloteaba descontrolado alrededor de su cara. Miraba su móvil, sin mensajes, una vez la cabeza empezaba a darle vueltas con todas sus preocupaciones.

Cuando ya había llegado a la mitad del recorrido, alguien se le acercó corriendo. No se dio cuenta hasta que ya estaba sobre ella. La cogió en brazos y la hizo girar en el aire. Si no fuera porque distinguía su aroma a brisa marina y sal a la perfección, se habría revuelto entre aquellos brazos. En cambio, dejó que Tanner la alzara.

Una vez la bajó de nuevo al suelo, se giró para encontrarse con él y su siempre presente sonrisa. Le devolvió otra igual antes de que él la ocultara bajo un rápido beso. Luego la miró, y cogiendo su cara entre sus manos le dio otro más largo, tomándose su tiempo en saborearla.

—Perdona, es que han sido muchas horas —bromeó.

Ella frunció los labios, pero no dijo nada. Sentía lo mismo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él—. Parecías concentrada hasta que he venido a molestarte, pero no aguantaba más. Tu pelo me estaba saludando, estoy seguro.

Maddie sonrió mientras sacudía levemente su cabeza e intentaba controlar la locura que era su melena contra el viento.

—Mira que eres tonto.

Él le dio un leve beso en los labios.

—Ya sabes que sí.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó ella. No habían quedado hasta más tarde, pero le alegraba que su cita con Tanner empezara antes. Eso significaba que antes podría olvidarse de sus problemas, al menos durante un tiempo.

—Estaba buscando a mi alumna favorita —dijo poniendo el brazo sobre sus hombros—. ¿Quieres empezar ya?

Caminaron juntos de vuelta a por las zapatillas de Maddie, que seguían junto a las piedras. Él no había soltado su mano en todo el trayecto, y jugueteaba con sus dedos.

—¿Sigues preocupada por tu hermano?

—Aún no he podido hablar con él —respondió. No había contado a Tanner el motivo de su preocupación, y no estaba segura de querer hacerlo.

—¿Pero no vivíais juntos? —le preguntó extrañado.

Ella suspiró.

—En teoría. Pero parece que últimamente es imposible verlo. Siempre está saliendo con la moto. Sale temprano y vuelve tarde.

—Seguro que pronto encuentras el momento, no te preocupes. —Su sonrisa seguía curvando sus labios mientras hablaba, y ella notaba cómo contagiaba la suya.

Al sentirse observado, le preguntó.

—¿He dicho algo malo?

—No. —Desvió la mirada de vuelta al mar, que siempre la calmaba.

Él la abrazó por la espalda y apoyó su mentón en el hombro de ella.

—Dime —insistió, pero ella no dijo nada. Así que lo intentó de nuevo mientras la forzaba a dar pasos directos al mar—. O me lo dices o te meto en esta agua congelada.

Maddie se rio en su abrazo, pero no dijo nada al tiempo que intentaba frenarle sin resultado. No fue hasta que sus zapatillas empezaron a empaparse con las olas que acercaba el mar, que se revolvió con verdadera fuerza entre sus brazos.

Sin embargo, él no dejaba de empujarla, y la obligó a rendirse rápidamente. Le costó un poco dejar de reír y que él le permitiera darse la vuelta para mirarle. El corazón saltó enloquecido en su pecho cuando lo hizo. Sólo le apetecía perderse en sus labios, en su pelo, en sus manos; y que todo lo demás dejara de ocurrir a su alrededor.

—¿Qué pasa, Maddie? —le preguntó, y parecía que su sonrisa desaparecía con sus palabras.

Ella en cambio sonrió más. Quizás para contrarrestar, o para acallar lo que su cabeza había estado gritando hasta que él apareció.

—Aparte de que eres imbécil… —empezó antes de robarle un ligero beso. Él seguía con sus brazos alrededor de ella, y los aflojó un poco cuando Maddie se separó para observar de nuevo el mar—. Pensaba que tú pareces un rayo de sol, y yo… un nubarrón —dijo sin enfrentarse a sus palabras, deseando que se las llevara la marea.

Poniendo una mano bajo su mentón la hizo girar hasta que pudo ver sus ojos. Su sonrisa continuaba intacta.

—A mi me encanta la lluvia —le dijo, y se acercó a sus labios sin llegar a tocarlos, esperando su respuesta.

—Entonces no te alejes demasiado.

Notó cómo la sonrisa de él se ensanchaba aún más.

—Hecho —le susurró.

Después de eso, no tenía muy claro quién había buscado los labios de quién, ni quién tenía más sed del otro. Se dejaron perder en su beso, en sus manos y en el viento que los envolvía.

Para cuando llegaron a la pequeña playa donde habían planeado practicar, el tiempo había empeorado un poco. La brisa seguía fuerte, pero el sol había desaparecido y una capa gris cubría el cielo.

Maddie y sus amigas solían ir a la playa escondida tras el muelle, hasta que los asuntos de Dylan se trasladaron a aquella zona y le prohibió acercarse de nuevo.

Estaba de los nervios mientras se acercaban, aunque trató de ocult arlo. Hasta que no vio el lugar despejado de motos no se quedó tranquila, y, aún así, empujó a Tanner para que cruzaran el muelle lo más rápido posible.

Éste confundió su estrés con las ganas de empezar a surfear, y se le veía más animado que nunca.

Sacó de su mochila unas camisetas de neopreno y le pasó una a Maddie. Le costó ponérsela, pues se le pegaba enseguida al cuerpo y quedaba muy ajustada. Cuando finalmente lo consiguió, Tanner la miraba fijamente mientras se vestía.

—¿Qué miras? —Intentó sonar borde, aunque no estaba muy segura de que el rubor de sus mejillas ayudara a su causa.

—Nada. Es sólo que no esperaba que te quedase tan bien —le dijo.

—Pues ya ves que sí. Deja de babear —contestó centrándose de nuevo en la cremallera de su camiseta, incapaz de llegar hasta ella. Escuchó a Tanner reírse mientras se acercaba a su espalda. Le apartó el pelo, y lo puso sobre su hombro.

—Lo intentaré —le prometió a la vez que le subía la cremallera.

Poco después, se estaban metiendo en el mar. Maddie aguantó la respiración al hacerlo, pues el neopreno no evitaba el frío mientras se metía en el agua, tal y como siempre había creído. Tanner le explicó que primero tenía que empaparse del agua fría, y luego se calentaría con su calor corporal.

No sabía si era por los nervios o por la forma en la que hablaba del *calor corporal* , pero la temperatura empezó a subirle rápidamente por el cuello. Siguió adentrándose en el mar para comprobar poco después que las explicaciones que le había dado eran ciertas.

Gracias al viento que soplaba y a lo cerrada que era la playa, no paraban de llegar olas, aunque Maddie agradeció que no fueran demasiado grandes. Que la playa fuera pequeña también significaba más riesgo de acabar contra las rocas. No sabía surfear, pero había pasado suficientes horas en el mirador viendo a Mario y sus amigos para saber cómo funcionaba todo.

Tanner empezó demostrándole cómo hacía algunos movimientos, y pronto la animó a intentarlo. Comenzó colocándose para coger las olas, y él le gritaba cuándo era el instante correcto en el que ponerse en pie sobre la tabla. Después de dos intentos, empezó a sentir por sí misma el momento en el que hacerlo, aunque no duraba mucho subida sobre la tabla.

Aún así, él parecía impresionado y entusiasmado. Cada vez que se acercaba para darle alguna indicación, aprovechaba para robarle algún beso y decirle lo mucho que le gustaba verla sobre la tabla.

El día seguía empeorando conforme pasaban las olas, pero a Maddie nunca le había importado el mal tiempo. Además, con el viento cada vez más fuerte, llegaban olas mejores y también mejoraba su equilibrio sobre la tabla.

Después de una nueva caída, tras casi conseguir una curva sobre una ola, comenzó a llover. Tanner le había acercado la tabla, y se apoyaron sobre ella mientras Maddie recuperaba el aliento y el agua los mecía incansablemente.

—Deberíamos dejarlo ya —dijo él mirando al horizonte que se escondía tras el mar.

Maddie se sentó sobre la tabla. Aún no quería salir de allí ni volver a enfrentarse a su vida.

—Pensaba que te gustaba la lluvia —le picó.

—Pero no cuando te pone en peligro. —Tiró de su mano haciendo que cayera al agua de nuevo. Luego la rodeó y la acercó hacia sí. Ella se sujetó colocando las piernas alrededor de su cintura, y sus brazos alrededor de su cuello. No se dio cuenta de que lo había hecho hasta que su corazón empezó a acelerarse y Tanner se lanzó a sus labios sin darle oportunidad de pensar mucho más.

Aún no llovía con fuerza, pero, conociendo el cielo de Plantío, sabía que no le quedaba mucho tiempo. Cuando la liberó de su beso, se separó rápidamente de él.

—El último intento —le prometió mientras se alejaba nadando con la tabla.

Tanner la llamó, pero ella no hizo caso. Siguió nadando y pasando por debajo de varias olas hasta que llegó al punto perfecto para pillar la siguiente. Se dio la vuelta, esperando la ola a su espalda, y empezó a acompañar al agua en su camino a la orilla.

Justo cuando empezaba a levantarse sobre la tabla, encontró a Jake mirándola desde el muelle. Estaba sentado sobre su moto, aunque en aquella ocasión no había considerado oportuno

revolucionarla para hacerle notar su presencia. En lugar de eso, observaba quieto, quizá en tensión, aunque no podía asegurarlo a tal distancia.

Era demasiado tarde si pretendía hacerla bajar de la tabla. Aún así, sintió una descarga en todo su cuerpo y los nervios hormigueando desde sus dedos a lo largo de toda su piel. Tenía el corazón muy acelerado, y no podía jurar que todo se debiera a la ola bajo sus pies.

Se concentró en su tarea, siguiendo los movimientos del agua con la tabla, buscando la ocasión perfecta para hacer un giro y seguir avanzando con la ola. Se estaba acercando demasiado al extremo de la playa, y sabía el riesgo que suponía. Tenía que girar rápido.

Si hubiera podido fijarse en sus manos, no tenía dudas de que estarían temblando. En aquel momento no podía escuchar nada. Ni las voces de Tanner llamándola, ni la moto de Jake acelerando. Únicamente el corazón palpitando fuerte en sus oídos, y el agua del mar chocando contra sí mismo al romper las olas.

Se acercaba peligrosamente a la pared de rocas que cerraba la playa, y sin pensarlo más, movió sus piernas haciendo girar la tabla con ellas. Sabía que no lo iba a conseguir, pero era la última oportunidad antes de que su mundo la aplastase de nuevo, con la ayuda de un Jake furioso que ya la esperaba.

Cayó al agua, medio derrotada, sin mantener el equilibrio.

Cuando asomó la cabeza por la superficie no vio a Jake, y por un segundo pensó que lo había imaginado. En el agua, Tanner la llamaba a voces mientras nadaba hacia ella. Parecía realmente preocupado, pero antes de que pudiera decirle que estaba bien, una ola la hundió con fuerza.

Ni siquiera tuvo tiempo de coger aire, y le entró agua por la nariz. Trató de nadar hacia la superficie, pero no tenía muy claro dónde se hallaba. Aún así, no dejó de mover los brazos y las piernas mientras el corazón le latía descontroladamente en el pecho. Estaba aterrada.

Caer de una moto le parecía un mejor plan en ese momento. Al menos sabía dónde estaba y cómo moverse. Bajo el agua estaba perdida.

Logró salir de nuevo a la superficie y coger algo de aire antes de que otra ola cayese sobre ella volviendo a hundirla. Esa vez consiguió no tragar agua, y tenía claro dónde estaba y hacia dónde nadar. Lo hizo más rápido que nunca, con el miedo moviendo su cuerpo, luchando contra una marea más fuerte que ella.

Cuando estaba a punto de salir a flote de nuevo, una corriente de agua la atrapó y la desplazó con fiereza. Lo siguiente que notó fueron sus piernas arañándose, y un fuerte golpe en el brazo y luego en la cabeza.

XIV.
LEALTAD

Se levantó asustada, tal y como se había ido. Su cuerpo se convulsionaba con arcadas mientras la garganta le ardía al devolver el agua fuera de su cuerpo.

Se tumbó de nuevo, agotada, sintiendo la lluvia golpeando su cuerpo. Escuchaba que alguien decía su nombre repetidamente, pero aún no era capaz de centrar su cabeza. Todo le daba vueltas. Y su cuello le dolía muchísimo, si bien no era lo único.

Cuando abrió los ojos, encontró a Tanner zarandeándola , aunque no se había dado cuenta hasta ese momento de que lo estaba haciendo.

Quería decirle que parara, pero estaba demasiado cansada y sólo pudo levantar una de sus manos para ponerla en su cara. No era capaz de distinguir si estaba preocupado o enfadado. Pero desde luego sí notó su alivio cuando por fin fijó los ojos en su mirada azul.

De repente, desapareció de su vista y fue a caer en la arena un poco más allá.

—¡Alejate de ella!

Maddie notó los nervios recorriendo su cuerpo antes incluso de reconocer la voz, dándole un chute de energía que no sabía que aún tenía. Se sentó rápidamente, y se arrepintió en ese mismo momento, cuando la cabeza empezó a darle vueltas.

—¡Jake! ¿Qué estás…? —empezó a preguntar, pero la imagen ante ella la dejó sin palabras.

Tanner se había levantado después del empujón que le había lanzado a unos metros de distancia, y el motero se acercaba a él dando grandes zancadas. Le cogió de la camiseta de neopreno y, sin esperar a decir o escuchar nada, le dio un puñetazo en la cara. El surfero cayó al suelo, aunque seguía consciente.

Maddie se levantó intentando obviar el mareo que tenía y se acercó a donde estaban.

—¡Jake! ¡Para! —Tiró de él antes de que pudiera dar otro puñetazo.

Cuando éste la vio colgando de su brazo la agarró y empezó a arrastrarla de vuelta a su moto.

—Te llevo a casa —masculló enfadado.

Una descarga eléctrica en forma de nervios recorrió su cuerpo. Jake cabreado daba mucho miedo, y en ese momento estaba mucho más que furioso. Le veía más descontrolado que nunca.

Aún así se revolvió, intentando liberarse.

—No pienso ir a ningún lado.

Él la acercó en un intento de parar su lucha.

—Nos vamos ahora mismo, Madison. —Tenía su cara a unos centímetros y, si no fuera por su malestar, estaba segura de que podía distinguir su aroma a la perfección.

Observó cómo un momento después desviaba su mirada hacia algo que había detrás de ella. La soltó y, pasando de largo, volvió a encontrarse con Tanner, a quien le dio otro puñetazo en la cara que lo dejó en el suelo.

—No te levantes, guaperas —le avisó.

—¿Pero tú de qué vas? —Maddie intentaba detenerle, pero nada le afectaba. Él seguía con la mirada fija en el surfero, esperando que no le hiciera caso y se levantara; esperando que le diera otro motivo para volver a descargar uno de sus puños en su cara.

Ni siquiera estaba segura de que pudiera sentir los golpes que le propinaba en el pecho, especialmente con el nivel de furia que desprendía.

Entonces él pareció percatarse nuevamente de que tenía a Maddie delante, y la cogió otra vez por la muñeca, tirando de ella de vuelta al muelle.

—Nos vamos.

—No pienso ir contigo —le gritó cabreada mientras luchaba en vano contra su mano.

Él frenó sus pasos y, girándose hacia ella, emitió un rugido desde su pecho. Maddie se quedó con la boca abierta, pero no dijo nada. No sabía hasta qué punto podía cabrear le más sin llegar a pagar las consecuencias.

—Como no vengas, le reviento la cara a tu novio —le avisó con palabras que parecían más bien rugidos.

Se quedó mirándole con cara de enfado, sopesando sus posibilidades. Pero él le dio rápidamente la solución.

—No me pruebes. Sabes que ganas no me faltan —le dijo sin perder un ápice de su cabreo.

Ella soltó el aire por la nariz y le dio un empujón en el pecho.

—¡Eres un gilipollas! —le gritó.

Luego fue hacia donde tenía sus zapatillas y su ropa en la arena, y recogió todo. Miró por un momento a Tanner, que seguía sentado en la orilla, sujetándose la cara donde había recibido ya dos puñetazos de Jake. Sabía que le dejaría marca durante varios días. Le contempló con gesto de disculpa y se fue hacia donde Jake había aparcado su moto, a la entrada de la playa, sin ni siquiera mirar a éste de refilón.

Cuando llegó hasta donde estaba el vehículo, empezó a ponerse los pantalones y las zapatillas. Él la esperó sentado en la moto.

Una vez terminó, se subió detrás de él.

—Sujétate —le ordenó.

Pero ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—Oblígame —le retó intentando igualar su enfado, aunque era más bien imposible.

Entonces le escuchó suspirar, o gruñir, no estaba segura de qué, y empezó a sonreír demasiado pronto pensando que se iba a dar por vencido con ella. En lugar de eso, la levantó de la moto y la sentó delante de él, de espaldas al manillar.

—¿Qué coño haces? —le gritó histérica.

Sin embargo, él parecía haber recuperado la calma y el buen humor, o eso creía por su sonrisa. La que solía poner cuando sabía que conseguía molestarla.

—Obligarte —dijo. Puso la moto en marcha, y en cuanto se movió, ella le rodeó el cuello con los brazos para no caerse.

—No te aguanto —susurró esperando que él lo oyera. Por la leve risa que sintió bajo su abrazo, sí lo hizo.

Llegaron a casa de Maddie enseguida, y ella se apeó de la moto sin decir ni una palabra. Haber pasado el viaje abrazada a Jake no la había ayudado en absoluto con su mareo, y estaba más nerviosa que nunca. Especialmente porque no le había disgustado tanto como quería.

Intentó recuperar su mal humor y entró dando grandes zancadas en la casa. Jake la seguía, y por lo visto también estaba dispuesto a recuperar su enfado.

—¿Qué coño llevas puesto? —le gritó mientras la seguía.

Ella respiraba fuertemente debido a los nervios que sentía. No sólo por el golpe en el mar y el susto que se había llevado, sino porque cuando aún estaba recuperándose, Jake había aparecido haciendo alarde de lo peligroso que era, intentando matar a Tanner a golpes. Estaba segura de que, si no le hubiera distraído, lo habría hecho.

—¿Y a ti qué te importa? —No iba a dejar que le echase el sermón. Era quien menos tenía que decirle.

—Joder, no me puedo creer que tenga que estar con esta mierda hoy —le escuchó decir para sí mismo mientras con el pulgar y el dedo corazón cerraba sus ojos. Luego la miró una vez más, y a la camiseta de neopreno que llevaba puesta—. Quítate eso, Madison —le dijo, y parecía una amenaza.

Ella se quedó muy quieta en su sitio, mirándole con todo el enfado que logró reunir. Habló tan calmada como pudo.

—Que te den.

—¿Ahora quieres ser uno de ellos? —él gritó.

Pensó en poner los ojos en blanco ante esa pregunta estúpida, pero el enfado que sentía era mayor. La acusaba de querer pasarse con los surferos cuando él claramente estaba trabajando con ellos y traicionando a su hermano.

—¿Y a ti qué te importa? —repitió su última respuesta.

—¡Joder! —Se acercó con dos zancadas, pero ella no se movió ni un centímetro. Después de tanto tiempo, había aprendido el arte de esconder el miedo quedándose completamente inmóvil—. Cámbiate antes de que te vea tu hermano —le señaló su habitación—. Muestra un poco de lealtad a tus amigos.

—¿A mi vas a hablarme de lealtad? —Dio un paso hacia él y sus caras se quedaron demasiado cerca. Podía ver la lluvia aún recorriendo su rostro. Intentó obviar los nervios que la atenazaban para seguir con la discusión—. Te escuché hablando con Mario la otra noche.

Vio cómo Jake fruncía el ceño frente a ella, y podía imaginarle pensando rápidamente qué excusa poner. Aún así, él no dejó de taladrarla con la mirada.

Como no decía nada, continuó.

—Sé que estás buscando algo para entregárselo. No pienso dejarte.

Acababa de terminar su amenaza cuando él reaccionó de una forma que no esperaba. La cogió de los brazos y la empujó contra la pared que tenía detrás. Su corazón se lanzó a la misma velocidad contra su pecho. Jake estaba tan cerca que podía descifrar su olor a lluvia y tierra mojada, y, para su desgracia, le encantaba.

Luego él miró sus labios, a centímetros de los suyos, haciendo que perdiera la poca fuerza que le quedaba; y susurró:

—Te daré un consejo. Si pillas al malo, no se lo digas. Espera a conseguir que se delate en presencia de alguien más.

Luego alzó la vista hasta sus ojos, y pudo ver cómo sonreía. Esa sonrisa no era buena. No era su sonrisa de suficiencia. Era una sonrisa peligrosa, y le daba miedo.

—¿Que me impide ahora matarte y acabar con mi problema?

Ante su pregunta, Maddie sintió todo su cuerpo temblando. Acababa de ver a Jake pegando dos puñetazos a Tanner con la intención de darle más, e incluso de acabar con él.

Únicamente tendría que mover un poco más arriba su antebrazo, que sujetaba sus hombros, para aplastar su cuello. Y sabía que no tenía nada que hacer contra su fuerza.

Cuando él se percató de lo que cruzaba su mente, apretó el agarre en su muñeca y el brazo sobre su pecho. Aunque no llegaba a hacerle daño, estaba consiguiendo que se asustara aún más.

—Dylan… —empezó a decir antes de que él la cortase .

—Dylan confía en mí, ya lo sabes. Y siempre podría echarle la culpa a tu novio. —Sonrió mientras hablaba calmado. Demasiado calmado para tranquilizarla.

—Harper, ella… —Estaba tan nerviosa que no sabía qué decir.

—Deja de darme nombres de más víctimas —le gruñó , y Maddie se calló al instante mientras intentaba aguantar su mirada.

Le vio recorrer su cara con los ojos y detenerse sobre su boca de nuevo. Aterrada, soltó el poco aire que le quedaba en los pulmones. Le preocupó lo que su mente empezaba a imaginar, incluso en aquella situación.

Su cabeza le daba vueltas y esa última mirada había terminado con sus nervios por completo.

Le vio hacer ademán de acercarse, pero enseguida se separó y la miró a los ojos. Ella alzó la vista desde sus labios demasiado tarde, y él se acercó a su oído.

—Si no respiras te vas a marear, Madison. Yo no soy el enemigo —le susurró, dejándola totalmente perdida. No sabía que había dejado de respirar hasta que Jake se separó unos pasos de ella. Aún así, siguió contra la pared mientras recuperaba el aire, por miedo a caerse.

Él seguía contemplándola con gesto molesto, y cruzó los brazos sobre su pecho; pero ella no se atrevió a mirar. Ya estaba lo suficientemente trastocada sin tener su imagen delante.

—Me escuchaste hablar con Mario porque le necesito . Ya sabes que alguien nos está puteando y quiero encontrar a quien lo hace.

Tardó más de lo que quiso en comprender lo que le había dicho, pero él esperó pacientemente.

—¿No son los surferos? —preguntó finalmente, con la poca voz que le quedaba. En realidad, sabía que no, a juzgar por los moteros de negro con los que se había cruzado a su llegada a Plantío, y el motero de Celtos. Pero no se imaginaba quién podría molestarlos si no eran Mario y sus amigos. No había nadie más en el pueblo con capacidad para hacerlo.

Él habló con tranquilidad, como si nada de lo que había pasado un minuto atrás hubiera ocurrido. Como si estar tan cerca de ella y contemplar su boca no hubiera acabado con sus nervios, del modo que sí hizo con los de Maddie.

—No parece su modus operandi —explicó.

—Quizás han cambiado de estrategia —insistió ella.

—No. Hay alguien más.

—Pero Mario amenazó con que habría más accidentes como el de Dylan. Le escuché.

Jake la miró molesto. Estaba claro que no le había gustado que le espiase, pero no iba a disculparse. No cuando, por fin, estaba consiguiendo algo de información.

—Lo que no quiere es que haya más accidentes. Ellos también están recibiendo ataques.

—Y no son nuestros… —Era más una afirmación que una pregunta.

—No. Del mismo grupo que nos ataca a nosotros.

—¿Cómo estás tan seguro?

Por un momento parecía que se estaba pensando su respuesta.

—Es todo lo que necesitas saber por ahora.

—¿Y ya está? —Pestañeó ante la forma tan tajante en la que había terminado la conversación. Le recordaba a Dylan cuando trataba de descubrir más sobre sus asuntos. Sólo que Jake había compartido la información de forma voluntaria.

—Ya está.

—Pero… —intentó.

Él la cortó rápidamente, y por su sonrisa sabía que iba a fastidiarla todo lo posible.

—Siempre puedes preguntar a tu hermano, aunque creo que te he dicho más de lo que él haría. Ahora ve a cambiarte —le ordenó, entonces con calma.

Maddie soltó todo el aire por la nariz, enfadada, y se fue a su habitación. Tardó un momento en moverse, una vez allí, mientras intentaba sosegar su corazón y su respiración. Sus manos todavía le temblaban, pero no veía cómo hacer que pararan. Así que empezó a desvestirse. Sin embargo, que no era capaz de llegar a la cremallera.

Después de unos minutos luchando, desistió y salió de su dormitorio.

Jake estaba sentado en el sofá con los ojos cerrados y los dedos corazón y pulgar sobre sus ojos, como si tuviera dolor de cabeza. El ceño era aún visible, y se hizo más profundo cuando vio que Maddie seguía con la camiseta de neopreno.

—Madison…

Por su gesto, volvía a enfadarse, y aunque le hacía gracia seguir molestándolo, se explicó antes de que comenzara otra vez su guerra. Prefería no discutir y evitar que se pusiera furioso con ella.

—No llego a la cremallera. —Se giró esperándole .

El sofá crujió a su espalda, y luego oyó los pasos que delataban a Jake acercándose. Estaba segura de que sus manos estarían temblando aún más, de comprobarlo. Se apartó ella misma el pelo empapado y lo puso sobre su hombro para que no tuviera que hacerlo él. No necesitaba más motivos para estar nerviosa.

Cuando lo sintió quieto detrás de ella, contuvo su respiración al máximo. Le parecía que hacía demasiado ruido en el silencio que se había instaurado entre los dos.

Él bajó su cremallera lentamente hasta su cintura. No tocó su piel en ningún momento. Estaba segura de ello porque, para su vergüenza, lo estaba deseando.

—¿Esperabas que lo hiciera ese rubito? —preguntó Jake en un susurro.

Maddie sintió su corazón dando un salto en su pecho ante sus palabras. La forma en que hablaba le erizaba la piel, y no quería.

Además, no había vuelto a pensar en Tanner desde que se había subido a la moto con Jake.

—¿Quién murió? —intentó cambiar de tema rápidamente. Ahora que parecían haber hecho las paces, lo que quería era conseguir más detalles sobre él.

Se giró y se encontró con la expresión adusta del motero.

—Hace un año. He visto tu tatuaje. Hoy cumple un año, ¿no? —Se refería a la fecha en números romanos que tenía en su brazo izquierdo. No le había pasado desapercibido cuando Jake se había quejado de tener problemas con ella *ese día* en concreto. En cuanto lo hizo, recordó el tatuaje de su brazo con la misma fecha, pero un año antes.

Esperó su respuesta mientras le aguantaba la mirada. Finalmente, él vació sus pulmones por la nariz, dándose por vencido.

—Mi hermano.

Maddie arrugó las cejas. Esperaba otra respuesta. Un abuelo, un amigo, su madre, incluso un amor del pasado. Nunca se le pasó por la cabeza que pudiera ser su hermano. Pensó en Dylan,

y en el dolor que podría estar sufriendo Jake. Tenía la boca abierta, sin saber bien qué decir por un momento. Luego extendió su mano y pasó los dedos sobre el tatuaje.

—Lo siento mucho —dijo finalmente con un hilo de voz.

Jake no habló. Miraba sus dedos pasar sobre aquella fecha marcada en su brazo.

Después, alzó su otro brazo, escondiendo la mano bajo el pelo de Maddie. Ella no se movió, a pesar de notar su piel activando la circulación justo donde él dejaba el calor de su mano. Sus dedos recorrieron lentamente su cuello, y luego subieron un poco más. Retiró su pelo, dejando la piel a la vista. Intentó controlarse y no dejarse llevar bajo su tacto, aunque era exactamente lo que quería. Abrió la boca para darle más acceso al poco aire que le llegaba a los pulmones mientras él seguía concentrado en ella, colocándole el pelo detrás de su hombro.

No pudo evitar alzar su mirada. Pero él no la observaba a ella. Parecía concentrado en algo, y Maddie no sabía en qué. Después de estudiar con detenimiento su cuello, siguió subiendo. Cuando llegó a su sien, el ceño de Jake era más bien profundo.

Hizo un gesto de dolor cuando le acarició levemente su piel. Aún no se había mirado tras el golpe, pero estaba segura de que chocar contra unas piedras debido a un mar colérico debía dejar alguna marca.

Percibía cómo le iba cambiando la cara según se iba enfadando más. Entonces se separó y movió su pelo para tapar lo que fuera que estaba viendo.

—Mi hermano se va a poner hecho una furia si lo ve —trató de restarle importancia antes de que él volviera a mirarla, haciendo que su corazón diera un vuelco.

No era la primera vez que le escondía golpes a su hermano. Siempre se mostraba sobreprotector con ella, y cuando veía que se había herido de alguna forma, acababa prohibiéndol e salir, o montando el lío en la banda.

Antes de que él pudiera pronunciar una palabra, oyeron una moto delante de la casa y Maddie se alejó rápidamente, desapareciendo en su habitación.

Según cerró la puerta, se apoyó en ella. Le dolía el pecho, aunque ya no era capaz de discernir el motivo tras todos los acontecimientos que había vivido en apenas una hora.

—Vaya día de mierda hace —escuchó a su hermano decir al entrar al salón. Y tras eso, como si despertara de un trance, empezó a cambiarse . Se quitó la camiseta de neopreno y se puso una granate de algodón. Salió de su dormitorio sin demora, por si así pudiera evitar que Jake la delatara.

Aún tenía el pelo mojado, pero, para su sorpresa, Dylan también; así que podría haberse debido a la lluvia. Mientras no se acercase y oliera la sal del mar en su piel y su pelo, no habría problema. Siempre que Jake quisiera mantener su secreto como tal.

—Eh, Maddie. ¿Qué haces aquí? —preguntó Dylan extrañado. Ella miró rápidamente a Jake, y él sonrió con esa sonrisa que detestaba. Estaba sentado en el sofá de nuevo, esperando su respuesta—. No estaréis liados —preguntó su hermano, como si pudiera ser una opción real.

—Ya, en sus sueños. —Maddie puso los ojos en blanco.

—Sabes que siempre he soñado a lo grande —replicó Jake divirtiéndose mientras Dylan se reía.

Ella suspiró.

—Joder, no os soporto. Me voy con Harper —anunció antes de salir por la puerta de la casa. Aún estaba lloviendo demasiado, y pensó en esperar antes de salir. Pero no podía seguir en la misma habitación que Jake. Ni siquiera en la misma casa.

Estaba segura de que no le aguantaba. Al menos la mayoría del tiempo. La sacaba de

quicio, e incluso llegaba a darle miedo a veces. Y a la vez soñaba con sus manos sobre su cuerpo. Y su boca…

Hundió la cabeza en sus brazos mientras intentaba dejar la mente en blanco. No estaba dispuesta a seguir con esos pensamientos.

—¿Qué hacía aquí? Pensaba que estaba con el surfero —escuchó a su hermano preguntar.

La humedad solía hinchar la puerta y ésta no siempre cerraba bien, pero ninguno se había dado cuenta. Se quedó sentada al lado de la entrada escuchando; esperando descubrir algo más.

Una vez más, su hermano confirmaba que sabía de su relación con Tanner, y que no le molestaba. No entendía entonces por qué Jake se mostraba tan enfadado con el tema.

—Tienes que hablar con ella —dijo éste.

No escuchó respuesta de su hermano, y Jake continuó hablando.

—Si no lo haces porque te preocupas por tu hermana, hazlo porque puede joderlo todo —insistió.

—Claro que me preocupo por ella. —Podía imaginarse a la perfección su cara sólo por el tono de voz.

—¿Entonces por qué no haces nada?

—Se implicaría demasiado. Así es mejor —dijo Dylan tajante.

Jake tardó un momento en responder.

—Joder, Dylan. Cuando esto acabe, ¿crees que va a volver a confiar en ti?

—Ese es mi problema —dijo su hermano finalmente.

—No esperes a que tu problema sea irreparable como el mío.

No escuchó nada más. Se mantuvo un rato a la espera mientras trataba de descifrar qué había querido decir Jake con su última frase, y se preguntó si tendría que ver con su hermano fallecido. Siendo además la fecha que era, posiblemente le tuviera aún más presente.

Luego Dylan anunció que se iba a duchar, y Maddie se escabulló rápidamente de allí. Seguía lloviendo, pero se había mojado lo suficiente ese día como para que eso le importara. Puso rumbo a casa de su amiga. Aún tenía que mirarse las heridas, aunque lo que de verdad temía era qué más podría descubrir Harper. Incluso cosas que no estaba dispuesta a aceptar ante nadie.

XV.
HISTORIAS

Al día siguiente, la tormenta que comenzó durante su aventura de surf había desaparecido sin dejar rastro en el cielo. Aún así, Maddie no tenía ninguna gana de levantarse de la cama. Su hermano había salido temprano, como siempre, y sólo lo había sabido al oír la puerta cerrándose.

Por su parte, ella continuaba dolorida . Le molestaba el cuello, la cabeza, y en general todo el cuerpo. Y su cansancio añadido por una noche de sueño entrecortado, no ayudaba a sentirse mejor.

Harper le había dado algunos paracetamoles, y ya necesitaba otro para que remitiera de nuevo el dolor.

El que se tomó al meterse en la cama le había ayudado a caer rendida, pero a mitad de la noche se despertó, y su cabeza decidió recordarle todo lo acontecido durante el día. Especialmente todo lo relacionado con Jake.

Cuando lo que recordaba tenía que ver con sus labios y sus brazos cerca de ella, más que con sus revelaciones en cuanto a su asociación con Mario, empezaba a sentir calor bajo las sábanas y se daba la vuelta enfadada.

Después de escuchar la puerta cerrarse aquella mañana, había mirado el móvil esperando encontrar un mensaje de su hermano. Tenía varios, pero ninguno suyo. Harper le preguntaba qué tal se encontraba, y Tanner le deseaba un buen día con más emojis de lo recomendado. Se rio levemente. No podía tener más razón cuando le dijo que era como un rayo de sol.

No contestó a ninguno mientras intentaba desperezarse y olvidarse de las imágenes y recuerdos del día anterior tras el accidente. Al menos el dolor le ayudaba a centrarse en otro tipo de recuerdos.

Al poco vibró su teléfono sobre la cama. Abrió el mensaje de su hermano enseguida, y según lo leyó se le iluminó la cara. Quizá el día no fuera tan malo, después de todo.

Se arregló rápidamente y salió de su casa sin ni siquiera desayunar.

—¡Maddie! —Brody la saludó feliz cuando llegó al taller—. Llevas días sin venir, niña —le reprochó con una sonrisa. Siguió trabajando en el capó de un coche mientras ella se acercaba.

—Sí Brody, perdona —se disculpó sinceramente.

Había faltado al taller desde las fiestas. No había querido ver a Jake después de pensar que trabajaba contra su hermano, y Tanner se había ocupado de que esa tarea no hubiera sido difícil.

El sonido de un capó cerrándose llamó su atención, y Jake apareció tras el maletero del coche en el que trabajaba. Se quedó mirándola por un momento, y ella consiguió saludar después de mitigar un poco sus nervios. Imágenes del día anterior, con él más cerca de lo habitual, llenaban su mente.

Mientras veía cómo se acercaba hasta su posición sin decir nada, aún con el gesto molesto, notó que se le paraba la respiración, y los nervios hacían palpitar su corazón en su garganta . Alzó la cabeza hacia él cuando paró delante de ella.

Aún no le había devuelto el saludo cuando levantó la mano y retiró el pelo de su sien. Maddie vió de refilón a Brody, que estaba concentrado en el coche que tenía delante. Cuando miró al motero, su cara seguía mostrando enfado.

Cogió levemente su brazo y lo hizo bajar. Entonces se encontró con su mirada.

—No es nada. Harper ya me lo miró —dijo ella.

Él hizo un sonido desde su pecho, parecido a un gruñido, y se apartó de ella. Su ceño seguía fruncido, aunque Maddie no estaba segura del motivo en aquel momento.

Se acercó a él lentamente. Estaba guardando las herramientas que llevaba en sus bolsillos, y las ponía en un cajón según su tamaño.

Mientras lo hacía, ella echó un vistazo alrededor y encontró su moto en uno de los laterales del taller.

—Veo que Dylan ya ha pasado a por su moto. Me mandó un mensaje —trató de entablar conversación, quizá para así conseguir algo sobre sus planes. Pero Jake no se lo iba a poner fácil. Según terminó con las herramientas, cogió su mochila y empezó a revisar lo que tenía en ella.

—¿Te vas? —intentó ella otra vez.

—Sí.

—¿Con Dylan? —preguntó.

Jake paró de organizar su mochila, pero aún no la miró.

—Hazme un favor, no vayas a la playa. Ya tengo bastante lío fuera —dijo masajeándose la parte posterior de su cuello.

—No iré —contestó rápidamente.

Él se giró para mirarla, y ella quedó atrapada en sus ojos de color miel. Una vez más , recuerdos del día anterior volaron por su mente, haciendo que se sonrojara.

—No he quedado con él —explicó.

Tras un momento sin decir nada, Jake se concentró nuevamente en su mochila. A ella le pareció ver un inicio de sonrisa en su rostro, pero tratándose de él, no podía estar segura.

—¿A dónde vais? —No se dio por vencida.

Sin embargo, se exponía a agotar la poca paciencia que pudiera conservar cerca de ella.

—Madison… —la avisó.

Ella siguió insistiendo.

—¿No hay nada que puedas decirme? Si sólo… Dime cómo puedo ayudar.

Su hermano pensaba que podía ayudar, aunque se negaba a decirle cómo, y ella había pensado en preguntar a Jake con el deseo en vano de que fuera tan abierto como el día anterior. Había conseguido más información en una tarde con él que en varios años con Dylan.

Ahora sabía que había alguien más en el pueblo entorpeciéndoles, y que no eran Mario y su banda.

La risa leve que escuchó le hizo concentrarse de nuevo en Jake.

—Puedes dejar de meterte en líos sólo para cabrearme —Le dedicó esa sonrisa que tanto pretendía molestarla.

Sabía que quería fastidiarla, y le entraron ganas de devolvérsela yendo a la playa. Pero en lugar de eso, intentó actuar de forma madura y calmada, haciéndole ver que podía contar con ella. El problema, y ella lo sabía, era que eso no dependía únicamente de él, sino de su hermano. Y éste era lo bastante cabezón como para no permitirle conseguir nada, por más que lo intentara.

—¿Y ya está? —preguntó sin poder ocultar su enfado—. ¿Me toca quedarme preocupada? —Sabía la respuesta incluso antes de escuchar a Jake suspirar a su lado.

Él la miró una vez más.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó.

Ella frunció los labios.

—La lista es larga —dijo sin poder evitar la sonrisa que curvaba su boca al acabar la frase.

Pudo ver cómo Jake imitaba su sonrisa y le cambiaba toda la cara al hacerlo. Estaba arrebatadoramente guapo.

En seguida se esforzó por borrar ese pensamiento de su mente.

—Ten cuidado, ¿vale? —le pidió él, recuperando la seriedad en sus facciones.

—Tú más. Vosotros… —se corrigió rápidamente.

—Cuidaré de tu hermano —le prometió mientras se movía hacia su moto.

Maddie se quedó quieta donde estaba, apoyada en la mesa de herramientas, mientras le seguía con la mirada. La preocupación empezó a anidar en su estómago, como un cosquilleo que iba añadiendo peso a su cuerpo con cada segundo.

Brody también había dejado de trabajar y miraba cómo Jake se subía en la moto.

—Cuidado con la tormenta, chico —le dijo, como cada vez que se marchaba.

Jake lo miró, y Maddie estaba segura de que le estaba sonriendo, aunque con el casco puesto no podía verlo con total claridad.

—Viejo —se despidió.

En seguida puso en marcha la moto, y después de mirarla durante un largo segundo, desapareció. Brody regresó al trabajo, pero a ella le costó un poco más darse cuenta de que tenía que moverse.

Se acercó al mecánico, que estaba canturreando mientras vertía anticongelante en uno de los depósitos del coche.

—¿Y tú por qué le dices eso de la tormenta? ¿No has visto el día que hace hoy? —preguntó. A veces Brody se comportaba como un lunático, aunque Maddie siempre había pensado que era por la edad.

Él se rio ante sus preguntas.

—Dime niña, ¿qué sabes de la rivalidad entre moteros y surferos?

Ella arrugó la frente. No entendía qué tenía que ver eso con la sonrisa de Brody en su cara, y con que el día fuera soleado y el mecánico alarmase de una tormenta.

Aún así respondió.

—Que es absurda, y que nadie sabe siquiera por qué existe —Se encogió de hombros. Sabía que con él podía ser sincera. Siempre bromeaba con que lo que ocurría en el taller se quedaba en el taller.

—Bueno, ser tan viejo te da la oportunidad de vivir algunas cosas —dijo mientras cerraba el depósito y se limpiaba las manos.

—¿Qué? ¿Tú sabes de dónde viene? —Maddie se acercó emocionada. Pensaba que era imposible que alguien supiera por qué se llevaban tan mal los surferos y los moteros. Para ella, era algo que simplemente existía, como el mar en la playa y la luna en la noche.

—Fue por una tormenta —cerró el capó.

Lo miró extrañada. Le parecía que Brody seguía con sus locuras.

—¿Qué quieres decir?

—Fue hace casi 70 años. Yo era un chavalín por aquella época, impresionado por las motos, claro. Aún era joven para que las mozas me impresionaran . Pero te aseguro, niña, que por aquel entonces había fiestas en la playa a las que acudían los moteros. Estos ojos lo han visto.

—¡No te creo! —exclamó ella, incapaz de contener su risa.

—Sí. Las que montaban en el pueblo eran legendarias. Ahora estos chavales sólo las montan con peleas.

Ella resopló.

—Ya… Bueno, ¿y cómo llegaron a enemistarse? ¿Crees que existe una solución? Si antes se llevaban bien… —Notaba cómo empezaba a emocionarse con la idea mientras se sentaba en una de las mesas móviles que tenía el mecánico al retortero.

—Tranquila niña —Brody se rio—. Verás, había una chica en el pueblo. Se llamaba Raina . Era un bombón, la verdad: rubia, con ojos azules, y una sonrisa… En el pueblo tenía a todos locos. Era surfista, y tenía un espíritu… Todos querían estar cerca de ella.

Maddie estuvo tentada de preguntarle si también le había conquistado a él, pero se contuvo para dejar que continuara con la historia.

—También había un chico, un motero. Se llamaba Gabe. No, Gale, creo. Él no era de por aquí , pero se quedó una temporada; y todos sabíamos que era por ella. Se enamoró, como todos los demás. Pero… —le dio emoción a la historia—. Ella también de él.

Maddie seguía atenta, evitando preguntar todo lo que se le venía a la cabeza.

—Eran la envidia de todos, y yo creo que ahí empezó un poco el lío. Los surfistas reprochaban a Raina que saliera con un motero, en lugar que con un surfero. Y a las moteras les llevaban los demonios viendo cómo una surfista conseguía lo que ellas no. Lo que es la envidia, ¿eh? —bromeó.

Maddie no se contuvo más.

—¿Entonces fue por una pareja? ¿Qué tiene que ver la tormenta? —Intentaba no perder el hilo en las historietas de Brody. Aunque ya tenía práctica en ello, no siempre era fácil.

Él la miró, pero no dijo nada, mirándola severamente y haciendo que se riera.

—Vale, vale. Continúa —le apremió.

—Bueno. A ellos dos no les afectaba lo que los demás dijesen. Estaban enamorados, claro. Y eso lo sabían todos. Y niña, cuando hay amor, las siglas nunca cuentan —le dijo, y le sonrió de una forma que le hizo preguntarse si quería decir algo más de lo que estaba diciendo.

Quizás Jake le hubiera hablado de Tanner. Se sonrojó ante el comentario, pero no dijo nada, esperando a que el mecánico continuara con la historia.

—No les importaba lo que los demás pensasen alrededor, y eso que a veces la gente pensaba muy alto. Y bueno, poco a poco la cosa se fue caldeando. Llegaron a meterse padres, incluso, y la situación llegó a afectar a todo el pueblo. Más o menos como hoy lo conoces.

Maddie se decepcionó. Cuando Brody empezó la historia, se había ilusionado pensando que quizá si alguien de los moteros y alguien de los surferos empezaban a salir juntos, podría aliviarse un poco la rivalidad absurda que dividía al pueblo. Pero acababa de confirmarle que eso era justo lo que había provocado la división.

Intentó reprimir la frustración y animó a Brody a que continuase.

—Entonces, hubo una tarde de tormenta. De las peores que se ha visto en Plantío. La empezamos a llamar “La tormenta” porque nadie había visto algo así antes, ¿sabes? No había nadie por la calle; incluso las tiendas cerraron antes esa tarde. Los bares estaban vacíos… Y al día siguiente, no había rastro de Raina ni de Gale. Habían desaparecido por completo.

Maddie frunció el ceño. No estaba entendiendo nada de la historia, pero no dijo nada.

—Sí niña, nadie más volvió a verlos —le explicó al ver su cara de desconcierto—. A los pocos días encontraron la moto de él, tirada en el bosque.

Y más tarde, el mar trajo la tabla de ella a la playa de arriba, la de los surferos —le explicó.

—¿Pero qué les pasó? ¿Murieron? —A lo mejor era una historia trágica, como la de Romeo y Julieta.

Brody se encogió de hombros.

—Hay quien dice que murieron en el mar, otros que en la carretera. Los románticos como yo creemos que se fugaron para evitar que la situación fuera a más con la rivalidad de sus amigos. Pero lo cierto es que nadie sabe realmente lo que ocurrió.

—¿No encontraron los cuerpos? —preguntó Maddie extrañada. Si hubieran muerto en el mar o en el bosque, tendrían que haberlos encontrado, aunque fuera con el tiempo.

—No, niña —le respondió.

—Pero si se fueron, ¿por qué la cosa sigue así?

—Bueno, no siempre un acto de amor es capaz de traer la paz. Los chicos no contaron con que sus familias se echarían la culpa unos a otros. Los moteros culparon a Raina de ahogar a Gale. Los surferos a Gale de matar a Raina con la moto. Y todos pensaban que la banda contraria estaba encubriendo sus muertes. Imagínate la de rumores e historias que empezaron a circular. Y todo fue empeorando el ambiente, claro.

Se quedó un momento en silencio, recordando la historia que estaba contando.

Maddie finalmente saltó.

—¡Pues vaya mierda de historia, Brody! —No sabía si reírse o enfadarse.

Él escogió lo primero.

—Pero si te he dado un final feliz, niña. ¿No os gustan las historias de amor a las chicas?

—¡De eso nada! El final feliz es el que tú has decidido imaginarte: que se fugaron enamorados. Pero bien pudieron ahogarse juntos en el mar, o caerse por uno de los acantilados de la carretera. Y al final aquí todos están a matarse en el pueblo.

No entendía cómo en la cabeza del mecánico eso podía ser un final feliz.

—Es cierto. Me temo que aún no habéis encontrado la forma de hacer que los dos bandos vuelvan a tratarse.

Le vino a la mente la noche de las fiestas, cuando encontró a Jake hablando con Mario. Habían demostrado que eran capaces de cooperar, a pesar de llevarse tan mal, si se les daba un objetivo común.

Luego pensó en Tanner, y en cómo la historia coincidía con ellos. Un surfero y una motera. Si él fuera de la banda de Mario y estuvieran juntos, quizás podrían unirlos , o al menos hacer que se tolerasen algo más.

Con Raina y Gale no había funcionado porque Raina era un bombón que tenía a todos enamorados en el pueblo. Pero quizá con ella podría funcionar. Aparte de Mario, nadie se había mostrado interesado en ella; y él lo hacía sólo por fastidiar a Dylan.

Después, imágenes de Jake pegando a Tanner en la playa le recordaron que era una idea imposible. Y si Tanner fuera de la banda de Mario, estaba segura de que Dylan ni en broma le dejaría salir con él.

—A lo mejor tendríamos que montar una de esas fiestas legendarias —dijo finalmente sin mucha esperanza.



Después de una vuelta corta, Maddie regresó a su casa a comer. Había echado de menos su moto, y una vez la hubo recuperado, tuvo que volver a hacerse con las mejoras que le hicieron en su ausencia. No tardó en conseguirlo.

Aún así, volvió pronto a casa. Seguía hecha polvo del día anterior, y la historia de Brody le había terminado de dar dolor de cabeza.

Su móvil sonó, distrayéndola por fin del barullo que enredaba su mente.

Tanner: ¿Nos vemos hoy?

No pudo evitar acordarse de Jake y de su promesa de no quedar con el surfero aquel día.

Le había parecido realmente cansado cuando le vio en el taller, y se preguntó si podría deberse a una mala noche, quizás pensando en el hermano que perdió.

Maddie: ¿Cómo está tu cara?

Hizo caso omiso a la pregunta inicial de él mientras le formulaba la suya. La última vez que le había visto, estaba tirado en la arena después de que Jake le pegase por partida doble.

Tanner: Sobrevivirá.

Maddie: Lo siento mucho.

Tanner: No fue culpa tuya.

Tanner: Entonces, ¿puedo verte hoy?

Le llegó su segundo mensaje antes de que pudiera contestar al primero.

Maddie: ¿Los golpes en tu cara no fueron lo suficientemente fuertes? Puede que no sea buena idea.

No estaba segura de no querer quedar con él. Al menos así conseguiría distraerse del peso que sentía en su estómago. Tanner la hacía reír y olvidarse de las bandas y de todo lo demás.

Tanner: Recibiría 1.000 más si así puedo verte.

Maddie: ¡Mira que eres empalagoso!

Le acusó rápidamente mientras sonreía a la pantalla, porque sabía lo que iba a contestar antes de que lo hiciese. Tanner ya le había demostrado que para él, ser empalagoso era una virtud.

Se rio al ver el emoji sonriente que llegó a su móvil. No había fallado en su predicción.

Maddie: Hoy no pensaba salir de casa.

Se guardó el motivo para sí misma. Si le preguntaba, podría responder que se debía al malestar después del accidente del día anterior. Pero no era la única razón.

Sin embargo, parecía que nada de lo que dijera frenaba a Tanner en su intención de verla .

Tanner: No es problema ;)

Se quedó mirando el móvil, pero no mandó ningún otro mensaje. Quería cumplir con Jake, y quizá así ganarse su confianza para que compartiese con ella más detalles de la vida secreta de su hermano.

Aunque hacer caso a Jake y Dylan era más duro de lo que podía parecer. Especialmente si haciéndolo, todos sus demonios la acechaban. Después de comer, estuvo dando vueltas por la casa en silencio, intentando poner en orden todo lo que había descubierto, y todo lo que no. Pero únicamente consiguió un dolor de cabeza mayor, y ninguna idea de cómo conseguir que la rivalidad entre moteros y surferos acabase, o de descubrir cómo ayudar a Dylan con lo que fuera que tenía entre manos.

Aún le daba vueltas a todo cuando sonó el timbre de su casa. Se quedó extrañada, porque no solía escuchar aquel sonido. Normalmente sólo iba a su casa gente de la banda, Harper sobre todo, y nunca llamaban. Pasaban directamente por la parte trasera que daba al salón.

Se acercó a la puerta, y vio por la mirilla una melena rubia y la sonrisa que siempre la acompañaba. Abrió.

—¿Tanner? ¿Qué haces aquí? —le preguntó. Ni siquiera sabía cómo había encontrado su casa, pero no llegó a preguntárselo.

—Quería verte —contestó él, como si fuera la respuesta obvia. Su sonrisa era tan brillante como siempre, pero Maddie intentó no fijarse en ella mientras le cogía del brazo y se le llevaba al jardín posterior de la casa. Él no opuso resistencia y la siguió sin decir nada más. Tan solo cambió el agarre de Maddie sobre él, cogiendo su mano y entrelazando sus dedos con los de ella.

Cuando llegaron, ella echó un rápido vistazo alrededor para comprobar que nadie los había visto. No entendía por qué estaba tan agobiada con ser descubierta. No es que se hubiese escondido antes, cuando se besaba con él en el mirador. Pero tenerle en casa era distinto, especialmente cuando había prometido a Jake que no quedaría con él.

La conversación de aquella mañana había conseguido crear un resquicio de culpabilidad en su pecho por encontrarse con el surfero. Sabía que no tenía sentido. No tenía que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a Jake, de con quién se veía. Y Tanner le gustaba. Le hacía reír y se sentía más ligera a su lado. Las preocupaciones solían desaparecer con él. Sin embargo, en ese momento, se estaban haciendo más pesadas.

—No deberías estar aquí. Si alguien te ve… —Realmente sólo pensaba en Jake, y en lo que ocurriría si los encontraba allí.

Seguramente supondría volver atrás en los pasos dados en su relación. Es decir, volver a perder la poca confianza que había conseguido ganarse.

Aún así, Tanner parecía obtuso a todos sus caóticos pensamientos.

Su pómulo rojo se mostraba enrojecido, cortesía de Jake. Levantó su mano y lo acarició suavemente, más para darle un calor cariñoso que para probar su dolor.

—Estás hecho un asco —le dijo con una pequeña sonrisa. La culpabilidad pesó un poco más en la boca de su estómago.

—Tú estás preciosa —dijo él dando un paso hacia ella, acortando el poco espacio que los separaba. Cogió el pelo que tenía sobre el hombro, y lo recorrió con su mano. Luego alzó su vista por encima de sus ojos, y Maddie supo lo que estaba mirando.

—También quería saber cómo estás. Te diste un buen golpe —dijo contemplando la herida de su sien. La rozó con el mismo cuidado con el que ella había recorrido sus heridas—. ¿Se ha

enfadado mucho tu hermano?

—No es nada —dijo ella. No pudo evitar recordar a Raina y Gale, de la historia de Brody. Después de la tormenta, ¿habrían acabado tan magullados como ellos dos? ¿Se habrían acariciado sus señales como estaban haciendo ellos?

—Tenía que haberte sacado a la fuerza —dijo Tanner rescatándola de los pensamientos sin sentido que inundaban su mente.

—No te hubiera dejado —contestó ella segura.

Tanner se rio levemente, haciéndole llegar el olor a menta de su aliento. Mezclado con el aroma a sal y brisa marina, provocó que su corazón latiera un poco más rápido.

—Eso es cierto —dijo él mientras jugaba con sus manos. Luego la capturó con su mirada—. ¿Puedo besarte ya, o sigues enfadada?

Maddie arrugó el gesto ante su pregunta.

—No estoy enfadada. Es que… —intentó explicarse, pero él la cortó rápidamente.

—Eso me vale —dijo, y acercó su boca a la de Maddie. La recorrió lentamente mientras hacía que el pulso de ella se acelerara. Sus manos subían por su cuello a la misma velocidad que el calor teñía sus mejillas de rosa.

Ella rodeó su cintura y lo empujó hacia sí en un intento de perderse aún más en su beso. Notó una breve risa escapando de los labios de Tanner mientras éste abría su boca y ella le permitía entrar en busca de su lengua, y de todos sus problemas con ella.

Se había olvidado de su hermano, de Jake, de Harper, de la historia de Brody. Sólo existía Tanner en su mundo, y eso la relajaba. Sonrió al darse cuenta de que no había nada más. Únicamente su lengua acelerando su corazón mientras recorría su boca.

Cuando estuvo saciado, se separó. Maddie pestañeó, no sabiendo qué decir o hacer. Se había perdido por completo en él.

—¿Ibas a decirme algo? —le preguntó el surfero con sorna, viendo lo confundida que estaba.

Tardó un momento en recordar lo que fuera que estaba diciendo antes de que él capturase sus labios y su mente. Cuando al fin lo recordó, se aclaró la garganta.

—Que no deberías estar aquí —repitió sin ninguna esperanza ni gana en aquel momento.

—Eso ya lo has dicho —se rio el.

—Y tú no escuchas —lo empujó sin intención de separarse en realidad. Por suerte él lo sabía, y le rodeó la cintura con sus brazos.

—Me resulta difícil prestar atención cuando te tengo delante —le dijo antes de besarla de nuevo.

—Vas a meterme en un lío —le avisó, y él se rio.

—Ya te dije que eso hace que me gustes aún más.

—Anda, cállate —puso los ojos en blanco ante las tonterías que empezaba a decir, y se puso de puntillas para besarle. Sin embargo, antes de alcanzar sus labios escuchó una voz llamándola. Se quedó congelada.

—¡Maddie! —gritó otra vez la voz, y ella entró en pánico. Harper la estaba llamando, lo que significaba que estaba en su casa y seguramente acercándose a la zona de atrás, justo donde ella y Tanner estaban besándose.

Lo empujó rápidamente, llevándole directo al muro que daba con el exterior. No era muy alto y podría treparlo sin problema.

Él intentó rebatir a Maddie, pero sólo conseguía que le mandara callar y siguiera

moviéndolo.

—¡Vete ya! —le susurró aterrada mientras esperaba sentado sobre el muro. Entonces se agachó rápidamente a robarle un beso, y después desapareció.

Cuando Maddie se giró para ir en busca de su amiga, se dio cuenta de que ya no era necesario. Harper estaba delante de ella con cara de disgusto.

—¡No me jodas!

XVI.
HERIDAS

—¡No me jodas! ¿Es con ese con el que te estás viendo?

Tanner acababa de saltar del muro para salir corriendo, cuando Harper apareció por detrás de la casa. Maddie se giró rápidamente y la encontró con una expresión de enfado y desconcierto. No se atrevió a volverse y verificar si Tanner realmente había desaparecido de su vista. Ya poco importaba. Por cómo se había referido a él, había reconocido a quien salía huyendo de su casa.

—Pensaba que era con Jake —su amiga continuó ante su silencio, y ella no pudo evitar torcer el gesto. ¿De verdad pensaba que se veía en secreto con Jake? ¿Hasta qué punto deliraba? Pero no la veía de humor como para reírse de sus estúpidas ideas, así que simplemente se quedó esperando la reprimenda que estaba por recibir.

—Maddie, ¡es un puto surfero! —le gritó. Notaba cómo empezaba a perder los papeles, y Maddie sabía que era mejor no llegar a eso, aunque no tenía muy claro cómo frenar la furia de su amiga. Normalmente iba dirigida a terceros, y no a ella.

—No lo es —dijo, y al percatarse de su mentira, rectificó—. Bueno, sí es un surfero, pero no está con Mario —intentó explicar antes de que Harper la cortara.

—¡Tienes que estar de coña! —Giró sobre sus talones para irse, pero Maddie corrió a detenerla. Tenía que explicárselo todo, antes de que decidiera ignorarla . Era muy buena con su pasividad.

—Harper, espera.

Cuando ésta la miró, parecía lanzarle fuego con los ojos.

—¿Por eso no me contabas nada? —inquirió.

Se quedó callada un momento, maldiciéndose por no haberse mantenido alejada de Tanner. Sabía que todo el mundo lo vería como un surfero, como un enemigo. Como ella misma le había visto al principio.

Ese era el verdadero motivo por el que no había contado nada, ni siquiera a su amiga. Sabía que no hacía nada malo, pero sí algo que estaba mal.

Al ver que no respondía, Harper lo intentó nuevamente.

—¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome?

—No es eso… —intentó explicarse. En muchas ocasiones se había dicho que, en realidad, no la mentía, sino que le ocultaba la verdad. Aún así, era la primera vez que lo hacía.

Harper era la persona que mejor la conocía, porque nunca había sentido la necesidad de ocultarle nada. Pero el caso de Tanner había sido distinto desde el principio. Sabía que sus prejuicios en cuanto a los surferos serían mayores que los suyos, pues tenía la rivalidad más presente en su vida.

Antes de que pudiera seguir pensando en cómo explicarle todo a su amiga, ella siguió cuestionándola .

—¿Cuánto tiempo llevas con él?

Era una pregunta fácil. Decidió entonces centrarse en sus preguntas, y quizá así podría explicarse poco a poco. Después de un breve momento respondió.

—Desde las fiestas.

Enseguida llegó otra pregunta.

—¿Por eso te fuiste sin decir nada?

En realidad el motivo no tenía nada que ver. Había desaparecido tras encontrar a Jake con Mario y sentir su mundo tambaleándose. Aquella noche no se vio capaz de volver al mirador y fingir que no había oído nada, y necesitaba pensar en todo lo ocurrido.

—Harper…

—Eres una puta traidora —le dijo antes de que pudiera acercarse a ella.

Solía llamarla así de broma, pero en ese momento sonaba demasiado cabreada. Y seguramente no se lo decía únicamente por haberla descubierto con un surfero, sino por haberla pillado guardando un secreto.

—Quería decírtelo… —empezó no muy segura.

—No me vengas con esas —la cortó rápidamente—. Si hubieras querido decírmelo, lo habrías hecho.

Estaba con los brazos cruzados, mirándola enfadada. Le recordaba a su hermano cuando le echaba la bronca, y se preguntó por qué en cambio a Dylan le parecía bien que saliera con Tanner.

A lo mejor él sabía que de verdad no pertenecía a la banda de Mario y a Harper le costaba creerlo, o quizá porque sabía que no duraría, pues en unos meses ella volvería a irse de allí, pensó con amargura.

—Es que tampoco sabía qué decir, ¿vale? —intentó excusarse.

Era cierto que no se había parado a pensar en su relación con Tanner. Simplemente le gustaba cómo calmaba sus nervios; y era tan diferente al mundo de las bandas, que se había convertido en una vía de escape a todo el estrés que le producía la ignorancia a la que su hermano la sumía.

Tampoco se había planteado lo que sentía por él o a dónde quería que fuera su relación. Por el momento, le bastaba con tenerle cerca cuando más lo necesitaba.

—¿Qué tal ”Me estoy viendo con un puto surfero”? O “Soy una traidora de mierda”. Es fácil —su amiga le dio varias ideas cortando el hilo de sus pensamientos.

Maddie se quedó callada con la esperanza de no seguir cabreándola, porque cada cosa que decía parecía encenderla aún más.

Después de que Harper la fulminase con la mirada otra vez, bajó la vista al suelo, y la mantuvo ahí.

—Joder —la escuchó decir. Luego la oyó suspirar, y notó que se acercaba a su posición.

Miró de refilón, y seguía con los brazos cruzados; pero no quiso alzar más la mirada.

—Pensaba que te gustaba Jake. —Después de un rato en silencio, Harper había recuperado su tono normal, pero no terminó de aproximarse.

Ella se encogió de hombros. Sabía que podía ser sincera con Harper, pero realmente no tenía muy claro qué pensar sobre Jake. Su relación había mejorado tras los días en el taller y, después de su aventura con el surf, creía que había conseguido mejorar su confianza en ella, ya que incluso le contó cosas que Dylan nunca le habría contado. Obviamente le parecía atractivo, pero por lo general se obligaba a olvidar ese detalle, porque era consciente de que no iría a

ninguna parte.

—No sé —dijo.

—Ya, pues yo sí lo sé.

Miró a su amiga. Esa discusión ya la habían tenido, y aunque por lo general intentaba evitar a toda costa las esperanzas que su amiga solía poner en amores no correspondidos, en ese momento prefería esa discusión a la que habían tenido inicialmente.

—No empieces, ¿vale? Jake sólo me ve como la hermana cargante, y tú lo sabes.

Harper se rio a su lado.

—La hermana cargante. Pues espera a que te vea con el surfero.

Alzó las cejas antes de confesar.

—Ya lo hizo. —Luego obvió la cara de sorpresa en el rostro de su amiga mientras seguía explicándole—. Le pegó dos puñetazos y se tiró gritándome toda la tarde. Estaba hecho una furia.

Se fijó en cómo el gesto de Harper cambiaba en unos segundos, y luego una explosión de risas retumbó contra las paredes de la casa a su espalda.

—Joder tía, es que sólo se te ocurre a ti. Eres una puta kamikaze —la acusó sin parar de reírse.

Maddie no pudo evitar contagiarse de su diversión. Además, le aliviaba que Harper hubiera pasado su fase de enfado.

—No te rías —le dijo—. Da bastante miedo cuando se cabrea. Y conmigo suele estarlo todo el rato.

—¿Por eso está tan obsesionado contigo? Me pregunta todos los días por ti; dónde estás.

—Ya, pues ya ves… No está interesado en mí. Tan solo en vigilar a la hermana cargante que se escapa con un surfero.

—Estás fatal, tía —dijo, dando por terminada la discusión que habían tenido.

Todavía seguía separada unos pasos, y Maddie se acercó acortándolos lentamente, esperando que su amiga se lo permitiese. Cuando llegó a su lado la abrazó, y después de soltar el aire por la nariz, ella le devolvió el abrazo rodeando su cintura.

—Lo siento mucho —le susurró sinceramente.

—Te perdono… —comenzó—, si me dices cómo es salir con un surfero. Por lo general siempre me ha parecido que sería insufrible, aunque hay que reconocer que algunos están para mojar el pan de Marley.

Maddie puso los ojos en blanco. Era obvio que su amiga empezaría con ese tipo de preguntas una vez calmadas las aguas. Lo peor era que no se las hacía sólo para pincharla , sino con intención de que respondiese realmente.

Se disponía a confesarle lo irritable que sería Tanner para ella cuando ruidos dentro de la casa llamaron su atención. Escucharon golpes, cosas rompiéndose y distintos gritos. La mayoría diciendo —¡Joder!—, y todos con la voz de su hermano.

Salieron corriendo hacia la puerta del salón, que aún permanecía abierta, y encontraron a Dylan cabreado tirando cosas al suelo y maldiciendo; pero lejos de estar peleándose con alguien, parecía que era consigo mismo. Cuando Maddie confirmó que estaba sólo en la habitación, empezó a gritarle a su vez, intentando que parara.

—¡Dylan!, ¿qué coño haces?

Éste se quedó quieto cuando encontró a las dos amigas delante de él, aunque podía verse cómo el cabreo le estaba consumiendo. Maddie no tuvo tiempo de acercarse cuando Harper ya

estaba frente a él, cogiéndole la cara e intentando hacer que se calmara.

Su camiseta estaba toda manchada, y no fue hasta que lo vio poner las manos sobre las caderas de Harper que se fijó en la sangre que recorría sus brazos.

Salió corriendo a la cocina en busca del botiquín mientras Harper le susurraba algo que conseguía calmarle . El corazón saltaba descontrolado en su pecho, e intentó convencerse a sí misma de que si fuera algo grave no estaría cabreado y tirando cosas por la casa, sino probablemente en el suelo. Esperó que así fuera, al menos.

Cuando llegó a la cocina, casi pegó un grito. Jake estaba apoyado en la nevera. Lo tenía de espaldas, pero de algún modo era capaz de reconocerlo incluso así. Lo que le preocupó era que parecía derrotado, apoyado en la puerta mientras miraba dentro.

—¡¿Jake?! —le llamó alarmada—. ¡¿Qué ha…?! ¿Estás bien? —No sabía muy bien qué preguntarle. Simplemente no le gustaba lo que veía, y no dejaba de preocuparse más a cada segundo que pasaba.

Cuando éste percibió su presencia, miró de refilón hacia atrás y luego se giró para coger una cerveza.

—Cuando me tome esta cerveza te digo —bromeó. Maddie no estaba para bromas.

Se fijó en las huellas de sangre que había dejado en la puerta de la nevera, y luego en él. Su camiseta era negra, pero aún así podía ver las zonas en las que estaba rota y empapada, y le aterraba pensar que sería de sangre. Sus brazos también mostraban pequeños ríos rojos cubriendo sus tatuajes, aunque menos que los de su hermano.

—Jake… —le cogió de la mano sin pensarlo. La descarga que recorrió su brazo desde su mano hasta su pecho le hizo darse cuenta de que lo había hecho, pero estaba tan aterrada que se forzó a olvidarlo—. Jake, estás sangrando —le dijo, aunque era del todo imposible que no lo supiera ya.

Había visto a su hermano sangrar en más de una ocasión, pero por lo general eran golpes en la nariz, las cejas, o algún raspón por caerse con la moto. Lo de ese día era distinto. Y le preocupaba aún más que Jake también hubiera salido herido. En su cabeza lo tenía por un ser inmortal, y estaba comprobando que no era de acero como solía hacer creer a los que le rodeaban.

—Sí. Hubo alguna complicación —dijo como si nada.

Ella tiró de su mano levemente y le empujó al salón. Luego fue corriendo a buscar el botiquín. De nuevo sola, sentía que el corazón se le iba a salir por la boca.

Cuando regresó al salón, Dylan y Jake estaban sentados en la mesa del comedor. Harper limpiaba las heridas de los brazos de su hermano. Le alivió ver que no parecía seguir sangrando. Su amiga se acercó a ella rápidamente y le quitó el botiquín de las manos. Empezó a sacar botellas blancas y gasas. Después siguió curándole mientras ella miraba.

Hacía tiempo que había perdido la esperanza en que los dos se enamoraran, pero aún así, le seguían encantando como pareja. Sin embargo, los dos tenían claro que eran mejor equipo como amigos que como algo más, y esa alternativa era suficiente para Maddie.

Los meses que estuvo fuera, le tranquilizaba saber que Dylan aún tenía a Harper para cuidarle. Y, como siempre demostraba, lo hacía a la perfección.

Estaba segura de que incluso conocía a su hermano mejor que ella misma.

Intentó frenar el camino de sus pensamientos, y Jake quitándose la camiseta le ayudó en su tarea. Le escuchó gruñir levemente mientras lo hacía, dejando a la vista unas alas negras que cubrían sus hombros. Luego hizo un revoltijo con su camiseta empapada y la dejó sobre su

pierna, evitando así manchar nada.

Maddie se acercó a por ella y la llevó al baño. Después de no saber muy bien qué hacer con la camiseta, la dejó en el lavabo, aunque estaba para tirarla directamente a la basura.

De vuelta en el salón, Jake se estaba curando a sí mismo. A diferencia de su hermano, él había salvado sus brazos, pero su torso se había llevado la peor parte. Intentaba llegar a su espalda, bajo las alas tatuadas en sus hombros. Tenía ahí un corte oblicuo del que salían caminos de sangre que iban directos a su cintura.

Se había quedado mirando aquel tatuaje que llegaba hasta el centro de su espalda, convirtiéndolo en un ángel caído, con las plumas oscuras en señal del peligro que todos sus dibujos siempre anunciaban.

—No es nada —dijo Jake cuando la encontró paralizada detrás de él.

Ella se aclaró la garganta, intentando olvidar el enredo que se le estaba formando en la tripa.

—Si quieres puedo ayudarte —le dijo no muy segura.

Él le pasó el trapo que sostenía en la mano. Harper había puesto una palangana con agua y jabón en la mesa, y Maddie lo mojó y luego lo escurrió .

Se le interrumpió la respiración mientras se acercaba. Él también parecía estar muy quieto, como si estuviera esperando sus movimientos.

Con su mano derecha se apoyó en una de sus alas, con la izquierda empezó a limpiar los caminos de sangre que se habían dibujado en su cuerpo.

Sintió cómo se movía bajo su mano y se recostaba un poco sobre la mesa, para facilitarle llegar a toda su espalda, y ella se concentró a duras penas en lo que estaba haciendo.

Se había olvidado de que Dylan y Harper estaban a su lado hasta que su amiga habló.

—¿Os han intentado apuñalar? —preguntó enfadada mientras echaba agua oxigenada en un poco de algodón que luego ponía sobre los cortes de Dylan. Éste contuvo el aire y las maldiciones que estaba deseando vociferar.

—Al menos no nos han disparado. Aunque habría sido más limpio —bromeó Jake. Sin embargo, aunque Dylan se rio, no tuvo el mismo efecto en Maddie, que sintió sus manos temblando ante las imágenes que su mente creaba sin control.

Se apartó de Jake, pero él le cogió su mano sobre el hombro.

—Es broma, tranquila —dijo como si intentara disculparse.

Maddie dejó la mano debajo de la suya, pero no era capaz de controlar el temblor ni su corazón palpitando enloquecido en su interior. No sabía en qué porcentaje se debía a la cantidad de heridas de guerra que habían traído, y en qué porcentaje al contacto de Jake sobre ella.

—¿Cómo quieres que esté tranquila? —dijo con un hilo de voz.

Él estrechó su mano, y ella deseó que pudiera hacerlo con su cuerpo entero. No estaba para nada tranquila, y ellos no estaban para nada bien, aunque siguieran vivos.

—¿Nos vais a decir qué ha pasado? —Harper cortó el hilo de sus pensamientos.

Cuando puso un poco más de agua oxigenada en uno de los cortes de Dylan, éste no pudo contenerse más y gritó una maldición.

De haber estado con otro humor, Maddie se habría reído. No tenía sentido que pudiera ir como si nada con cortes de navaja por su cuerpo, y que sin embargo no pudiera aguantar un poco de desinfectante.

—Pasa que si te dan mala fama, algunos cabrones intentan cambiar las condiciones cuando les toca pagar —dijo en un tono cabreado.

—¿Qué? ¿Quién está dando mala fama? —Harper volvió a preguntar.

—¡Ese puto fantasma! ¡Pienso encontrarle y…!

—¡Dylan! —Jake vociferó su nombre para que se tranquilizara.

Maddie dio un respingo ante su grito. Cruzó su mirada con la de su hermano durante un momento, y luego se concentró en su tarea, pero realmente no estaba haciendo nada. Pasaba el paño húmedo sobre la espalda ya limpia de Jake. Debía ponerse a desinfectar el corte, pero estaba distraída, y continuaba haciendo el mismo movimiento del paño sobre una de sus alas negras.

De pronto, la mano de Harper apareció sobre la suya. Ni siquiera había notado que se había acercado.

—¿Te ayudo? —le preguntó cogiendo el paño. En seguida se puso con el agua oxigenada.

Vio cómo Dylan, en lugar de observar a Harper, la miraba a ella con el ceño fruncido; y Jake, aunque de espaldas, también lo mostraba así. Pero en él solía ser constante cuando ella estaba cerca.

—Yo… Voy a… —intentó decir algo, pero lo único en lo que pensaba era en salir de la habitación. Se tocó el tatuaje de su brazo en un intento de calmarse, y rápidamente salió fuera de la casa por la puerta del salón, sin importarle el no haber dado ninguna explicación.

—¡Maddie! —su hermano la llamó, pero ella no detuvo sus pasos.

—¡Déjala sola, Dylan! —Harper la ayudó a conseguir un momento de paz mientras se apoyaba en la pared de la casa tratando de calmar sus nervios.

—¿Qué le pasa? —escuchó a su hermano preguntar.

—No puedes tenerla a ciegas y decirle que todo está bien, y luego pretender que no le afecte ver esto. ¡Venís hechos un cuadro! —les regañó.

—Sólo son unos cortes.

—No es lo que son, sino lo que podría haber sido.

Pero Maddie no quería escuchar más. Se alejó de la puerta y se sentó sobre unos palets que tenían abandonados en la parte trasera. Intentaba poner su mente en blanco, aunque nunca se le había dado bien.

No sabía cuánto tiempo había estado allí sola cuando Jake apareció a su lado. Llevaba puesta una camiseta de su hermano en color verde caqui que resaltaba aún más sus ojos dorados. Sin embargo, le veía raro con un color que no era el que vestía habitualmente.

Se había quedado de pie, mirándola con los brazos cruzados. De primeras, pensó que volvía a estar enfadado con ella, aunque en ese momento no podía recordar el motivo.

—¿Estás bien? —le preguntó él. Su voz no llegaba a ser un susurro, pero tenía el mismo efecto en su piel. Parecía estudiarla con la mirada.

Ella suspiró, sin intención de contestar a su pregunta.

—Te he dejado a medias, lo siento. Aunque Harper es mejor con las heridas que yo.

—No tienes que preocuparte por eso. —Se sentó a su lado, y Maddie tuvo que esforzarse para controlar su respiración mientras notaba el calor que emanaba de su cuerpo. Reprimió su deseo de apoyarse en él.

—No, claro —dijo, añadiéndolo mentalmente a la lista de cosas de las que todo el mundo le decía que no se tenía que preocupar, y aún así ella lo hacía—. ¿Te manda Harper? —preguntó curiosa. Su amiga se había ganado su desconfianza después de años de estratagemas para liarla con chicos.

—No, pero no deja que tu hermano se acerque.

—Ya… —se rio levemente.

—Madison, estamos bien. Esto no ha sido nada —quiso convencerla.

El sonido de su nombre en su boca hizo que su corazón diera un salto arrítmico, aunque intentó hacerle caso omiso concentrándose una vez más en sus miedos.

—Sí, porque decidieron llevar navajas en lugar de pistolas, ¿no?

—Contábamos con eso —le explicó.

Ella bufó.

—Si pretendías tranquilizarme, no lo estás consiguiendo. ¿Esto es lo que debo esperar cada vez que salgáis? ¿Que podáis volver heridos? ¿O que no lo hagáis? —Empezaba a notar cómo los nervios se apoderaban de ella al decir en voz alta lo que le carcomía en la cabeza desde que había visto a Dylan destrozando el salón.

—Eso no va a pasar —le aseguró Jake.

Ambos se habían girado para mirarse, y Maddie deseó perderse en sus ojos. Perderse y no volver a un mundo donde su hermano cada día se acercaba más a la muerte. Pero eso no iba a ocurrir. El mundo seguía alrededor de ellos.

—No prometas cosas que no puedas cumplir —dijo afligida.

—Madison —él la llamó, pero no dijo nada más. Estudiaba su cara, y cuando se paró por un momento en sus labios, ella quiso que no sólo los mirara. Cuando su corazón se aceleró descontrolado en su pecho, comprendió el camino que estaban siguiendo sus pensamientos y se levantó rápidamente de su asiento.

—No pasa nada. Yo… M e he puesto un poco nerviosa, nada más. Voy… Voy a ir a por algo de cena. Díselo a ellos. No tardaré. —Se alejó dando grandes zancadas sin mirar atrás.

Una vez sentada en su moto se percató del arrepentimiento que la apabullaba por haberse alejado; pero ya no había vuelta atrás.

De camino a la salida del pueblo no paraba de darle vueltas al motivo por el que su corazón iba a más velocidad que su moto. ¿Se habría apartado él, de acercarse ella? Había deseado probar sus labios, de eso ya no tenía duda. Ni de la electricidad que recorrió su cuerpo cuando puso sus manos sobre su espalda, o cuando se sentó tan cerca de ella.

Por suerte, llegó a la pizzería de la recta antes de que empezara a dolerle la cabeza. Procuró centrarse en la cena, y, una vez hecho el pedido, regresó a la linde del pueblo. Aún tenía veinte minutos para calmar su corazón, y desde allí arriba esperaba poder conseguirlo.

Apartó a Jake de sus pensamientos y se concentró en sus problemas. Cada vez que descubría algo nuevo, todo parecía mucho peor y se agobiaba aún más. Estaba claro que las peleas a puñetazos entre las bandas habían quedado atrás, y Dylan y los demás se enfrentaban a cosas mayores.

Se preguntó si sería mejor no saber y no querer saber. Quizás así estaría más tranquila. Disfrutando de la playa, dibujando, ayudando a Brian con los tatuajes, quedando con Tanner… Pero le resultaba imposible no querer saber y no preocuparse por su hermano. No se veía capaz de disfrutar de Plantío sabiendo que él podía correr peligro.

Y Harper tenía razón. Tampoco podía esperar estar bien y feliz, y que luego Dylan y Jake aparecieran heridos si las cosas se torcían .

No. Vivir al margen no era una opción. Aunque la dejase hecha polvo, no quería encontrarse un día a su hermano muerto sin ni siquiera saber el motivo.

Quería saber. Necesitaba saber hasta qué punto debería preocuparse.

XVII.
ENCERRONA

Habían pasado dos días desde que Dylan y Jake habían vuelto malheridos tras unas entregas que salieron peor de lo esperado. Maddie ya se había hecho a la idea de que la nueva vida de su hermano en Plantío era más peligrosa de lo que pensaba, pero aún así quería estar presente en ella y buscar la forma de ayudarle por más que él se negara.

Tras aquel día, Dylan se había mostrado más cuidadoso que de costumbre con no hablar delante de ella sobre todo lo referente a la banda y sus salidas, excepto aquella misma noche. Harper ya se había marchado, y su hermano parecía haberse olvidado de que ella continuaba aún con ellos cuando empezó a hablar de la próxima entrega que tendrían cerca de las antiguas vías del tren.

« Dylan, ya —le había cortado Jake enfadado».

«Yo también soy parte de la banda. ¿Por qué no iba a poder enterarme ? —había respondido ella».

Pero no recibió respuesta y su hermano no dijo nada más. Después de eso, no consiguió sacarle ninguna nueva información por más que lo intentó.

Seguía pensando en ello mientras Harper sacaba unas botellas de vino rosa en su casa. Los chicos habían salido por aquella entrega de la que habló Dylan y su amiga había insistido en hacer una quedada de chicas en su casa aquella tarde.

También estaban Sophie y tres amigas suyas: Bianca, Amanda y Teresa. Al fin había sido capaz de recordar sus nombres. Las tres parecían sacadas del mismo catálogo, vistiendo distintas prendas en negro, blanco y granate, todas ajustadas y lo más cortas posibles. Salvo Sophie, con el pelo rubio, el resto tenían largas melenas castañas peinadas del mismo modo: con raya al medio y ondas.

Una quedada de amigas, con chicas a las que apenas conocía, no era exactamente su plan favorito, pero no había conseguido librarse de la insistencia de Harper. Aún así, empezaba a convencerse de que podría pasarlo bien y relajarse, hasta que vio la mirada que compartieron Sophie y Teresa. La primera parecía nerviosa, y la segunda le estrechaba la mano rápidamente, justo cuando Harper abría una botella y se la pasaba a Amanda.

No tardó en comprender el motivo, pues ella se sentía del mismo modo. Eso le hizo preguntarse si en algún momento Colin habría vuelto a casa de la misma forma en que Jake y Dylan volvieron la última vez, ensangrentado y malherido.

—Eh, Sophie, todo va a ir bien. Sólo es una entrega. Han hecho cientos —intentó tranquilizarla. Después de tanto tiempo, ya debería estar más que acostumbrada a las salidas de la banda.

Pensó con tristeza que, seguramente, Sophie sabría más que ella misma, porque su novio sería más abierto con la información que su hermano.

Vio cómo ésta soltaba la mano de Teresa mientras le dedicaba una pequeña sonrisa.

—Eso espero —dijo, aunque no se la veía muy convencida.

—Vale, ¿por qué no dejamos de pensar en los líos de los chicos un rato? Quiero emborracharme tranquila y que Bianca nos cuente qué pasa entre Jamie y ella. Ese lío sí me interesa —dijo Harper mientras terminaba de repartir las botellas, una a cada chica.

Maddie cogió la suya, pero ignoró el comentario de su amiga.

—Sophie, ¿qué pasa? —insistió. No tenía sentido que estuviese tan intranquila por una entrega.

Si sabía más y estaba tan nerviosa, era que quizá algo no iba bien. Y con el esfuerzo constante de su hermano en ocultarle todo, no se fiaba.

—Nada, no importa —respondió intentando sonreír, aunque sin resultado.

—Claro que importa. ¿Qué ocurre? —preguntó otra vez. Si no se había rendido después de años con Dylan, no iba a hacerlo ahora con ella.

Vio cómo ésta le echaba un rápido vistazo a Harper, como si le pidiera permiso para continuar. Ésta se recostó en el sofá y dio un trago de su botella antes de responder.

—Vale, adiós a mi borrachera. —Hizo aspavientos con su mano dándole pie para que hablara.

—Sophie —la animó Maddie expectante. Estaba empezando a contagiarse de su agobio.

—Nada, es sólo que los chicos llevan días hablando de montar una encerrona para alguien que les está fastidiando últimamente —dijo, y pareció relajarse una vez lo soltó. Al menos así podría compartir la preocupación con el resto de chicas.

—El fantasma —dijeron Maddie y Harper al unísono.

Las cuatro chicas se giraron a mirarlas.

—¿Quién? —preguntó Teresa.

Harper fue quien respondió.

—Quienquiera que sea. Lo llaman así porque no saben quién es. Tú sigue —animó a Sophie moviendo su mano para que prosiguiera.

—Colin lleva días nervioso, y cuando Dylan ha pasado a buscarle hoy, hablaba de un cambio de planes; y no sé, he pensado que a lo mejor es que hoy van a hacer esa encerrona de la que hablaban. —Se cogía las manos en tensión mientras se explicaba .

—Dylan me dijo que sólo era una entrega —comentó Maddie sin mucha convicción.

—¿Y desde cuándo Dylan te cuenta las cosas? —preguntó Harper, dando en el clavo con lo que empezaba a turbar su mente.

Estaba claro que su hermano había sido más cuidadoso los últimos días con la información que soltaba. Incluso Jake se había opuesto a que supiera nada. El calor le subía por el cuello, fruto del enfado que empezaba a sentir.

Sophie sabía más que ella. Su hermano no sólo no le había contado la verdad, sino que le había mentido en su intento de ocult árs ela, y ella se lo había creído todo como una tonta. Sophie y sus amigas ahora lo sabían, y le molestaba que Jake también.

Por un momento se preguntó por qué seguía intentando formar parte de la banda cuando su hermano hacía todo lo posible por dejarla fuera. Al menos en dos meses volvería a la universidad y todo habría terminado. Se le revolvió el estómago al pensarlo.

Aún tenía dos meses.

—¿Dónde es la encerrona? —preguntó decidida.

—Espera, espera, espera. ¿Qué estás planeando? —Harper se había sentado en el sofá nerviosa. Conocía demasiado bien a su amiga.

—Quiero saber quien es el fantasma —contestó. Odiaba no saber las cosas y que su hermano siempre la dejase al margen. Tanto si quería como si no, iba a estar presente. Formaría parte de la banda. Se lo ganaría.

—No vamos a ir —la avisó Harper.

Ella hizo caso omiso a su amiga y siguió insistiendo.

—¿ Dónde es , Sophie?

—No digas nada, Sophie.

—Harper, no voy a quedarme de brazos cruzados. Si hace falta me recorro Plantío entero en la moto. —Empezaba a mostrar el enfado que la corroía por todo aquello.

Después de un breve momento mirándose, se dirigió otra vez a Sophie, esperando su respuesta. Ésta echó un rápido vistazo a Harper de nuevo, pero sin esperar a su permiso, respondió.

—No sé dónde iba a ser la encerrona. Sólo que la entrega iba a ser en el muelle. —Maddie frunció el ceño ante esa información, totalmente distinta a la que ella tenía—. Pero si han cambiado de planes… —Sophie dejó la frase sin acabar, y se encogió de hombros.

Maddie se levantó del sofá sin decir nada. Tenía los labios apretados del enfado. Lo que Sophie sabía no tenía que ver con lo que ella creía saber, y estaba segura de que Colin no mentía a su novia como Dylan hacía con ella.

—Maddie —la llamó su amiga.

No la miró mientras cogía su chaqueta y se disponía a salir del salón.

—Tendré cuidado.

—¡Joder, Maddie! —Harper la siguió y la sujetó del brazo antes de que llegase a la puerta de la casa.

Se giró, pero no iba a dejarse convencer.

—Mira, no puedo seguir a ciegas. Si Dylan no me quiere contar lo que pasa, pienso descubrirlo yo. Quédate con ellas, y si os enteráis de algo me escribes.

—No vas a ir sola.

—Si es una encerrona estarán todos allí. Y no voy a acercarme. Sólo quiero echar un vistazo.

—Maddie, no me jodas —su amiga parecía preocupada, pero no podía ceder. Quería saber qué pasaba. Si de verdad iban a coger al fantasma, quién era, y si Dylan le había mentido o había sido un malentendido de Sophie. Intentaba convencerse de que todo tendría una explicación, pero le dolía el corazón al pensar que en realidad, todo se reducía a que su hermano no confiaba en ella.

—No tardo , te lo prometo —dijo soltándose del agarre de su amiga.

—Como te pase algo, te juro que te mato —la avisó.

Ella se rio levemente.

—Me parece justo —aceptó.

—Luego Dylan me matará a mi.

—Aunque me torture, no pienso delatarte.

Harper la observó molesta. Su boca se había reducido a una fina línea mientras parecía sopesar sus opciones de retenerla.

—Te doy una hora. Si no sé nada de ti, escribo a tu hermano —dijo finalmente.

Ella respondió con un breve abrazo antes de salir por la puerta.

Una vez subida en la moto, todas las preguntas que había evitado responder en casa de su

amiga empezaron a pesarle. Si su hermano le había dicho que era en las vías del tren, a lo mejor esperaba que fuera allí. En cambio, no había dicho nada del muelle, así que sabía que era exactamente allí donde tenía que ir si quería descubrir algo.

No tardó en vislumbrar el faro desde la carretera alta por la que conducía. Antes de que el muelle se hubiera convertido en un lugar prohibido para ella, solía llegar cruzando la playa. Pero conocía el camino que iba por detrás del pueblo. Apenas estaba transitado y era perfecto para llegar hasta allí si no querías ser visto.

Desde lo alto del camino hizo un rápido barrido al lugar. No había nadie. Aún así, siguió adelante, pero apagó la moto y bajó en punto muerto, para no hacer ruido. Cuando se acercaba al final de la carretera, avistó tres personas entrando en la lonja abandonada. Estaba segura de que no formaban parte de la banda, y no sólo por cómo iban vestidos. La forma de moverse daba a entender que estaban entrando a hurtadillas.

Sintió el corazón parándosele por un instante. Si su hermano estaba dentro, los pillarían desprevenidos. A no ser que de verdad los estuvieran esperando. No podía arriesgarse a avisarlos.

Siguió bajando lo que le quedaba de carretera, y luego dejó su moto escondida tras unos cubos de basura sin hacer ruido. No oía nada, así que la reyerta aún no habría comenzado.

Se acercó al edificio por detrás, y cuando estaba a punto de alcanzar la puerta trasera, ésta se abrió.

Dio dos pasos atrás rápidamente y se escondió tras una barca que llevaba más de diez años abandonada allí. La cubierta estaba muy deteriorada, pero Maddie sabía que años atrás fue de un azul brillante. De ese color sólo quedaban las sombras.

—¿Estás seguro de que era hoy? No hay nadie por aquí —preguntó uno de los que acaban de salir del edificio.

Maddie sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Se mantuvo tan quieta como pudo mientras veía tres pares de pies alejarse hacia el muelle.

—Para mí que ese cabrón estaba más pendiente de llevarsela al huerto que de las entregas —se rio otro.

Según avanzaban, perdía sus voces, por lo que decidió moverse detrás de las barcas y coches aparcados allí. Se desplazó tan sigilosa como pudo, buscando el mejor lugar para seguir escuchando a aquellos hombres, esperando que se les escapara algún nombre o lugar. Cualquier información valdría para que su hermano la viera como alguien valiosa para la banda.

Estaba tan concentrada en recortar la distancia con aquellos tipos que no se percató de una cuerda cruzándose en su camino, y que arrastró con el pie. Con el movimiento hizo tambalearse unas cajas y cañas que había junto a uno de los coches, y, aunque pudo frenar la mayor parte de la caída, le fue imposible evitar el ruido que el resto hizo al estrellarse contra el asfalto.

Se encogió detrás del coche, esperando que aquellos hombres estuvieran lo suficientemente lejos como para haberlo escuchado, pero unos pasos le advirtieron de que no había sido así.

Se tiró al suelo para ver por dónde venían, y rápidamente se acuclilló, moviéndose en dirección contraria, para quedar oculta por el vehículo. Parecía que lo había evitado cuando algo detrás de ella frenó su movimiento.

Al girarse, vio a uno de ellos mirándola con una sonrisa macabra.

—¿Te has perdido, preciosa? —le preguntó divertido, y acto seguido se dispuso a cogerla.

Maddie se zafó de sus dedos, que sólo rozaron su chaqueta, y aunque cayó al suelo en el

rápido cambio de dirección, se levantó al instante mientras huía en dirección contraria.

Frente a ella se apostó otro de aquellos hombres, pero no frenó, convencida de que tenía espacio suficiente para esquivarlo. Para su sorpresa, él tampoco se movió, como si pretendiera dejarla pasar. Pero en cuanto pasó por su lado, le dio tal empujón que la mandó volando unos metros más allá, lanzándola contra el suelo.

Sus manos le ardían, magulladas al intentar frenar la caída, y sabía que su chaqueta habría sufrido también algún deterioro en el aterrizaje, pero no se paró a comprobarlo. Se levantó para seguir corriendo cuando una mano la cogió por la espalda.

Intentó liberarse, pero su chaqueta no tenía escapatoria. En un rápido movimiento pudo sacar los brazos de ella, pero en lugar de seguir huyendo, trató de recuperar la prenda. Sabía que era un error, pero el temor que se instaló en su estómago por perderla no le permitía olvidarla como si nada.

El hombre que luchaba con ella se percató de su intención, y con una leve risa gutural dio un tirón a la chaqueta, haciendo que Maddie, que aún no la había soltado, se aproximara a él.

En la periferia de su visión, divisó a los otros dos hombres alcanzándolos. Caminaban con la tranquilidad de saber que no tenía escapatoria. Para cuando decidió moverse, fue demasiado lenta, y el hombre frente a ella alargó la mano cogiéndola del pelo.

—¿Ya te marchas? —preguntó con la misma risa bronca que volvía a emanar de su pecho.

Maddie gruñó mientras trataba de deshacer el agarre de aquel hombre. Los nervios habían hecho desaparecer el dolor de sus tirones de pelo, y continuaba luchando, pero con el mismo pobre resultado.

Entonces le propinó un codazo en la boca del estómago, pero éste estaba tan duro que el golpe le rebotó, dejándole dolorido el cuello. Su opresor se quejó, pero únicamente liberó su melena para sujetarla del brazo.

—Me gustan salvajes. No te cortes —se rio mientras la acercaba aún más a él.

Ella siguió forcejeando, pero lo único que conseguía era hacerse más daño en la muñeca.

—¡Suéltame! —gritaba nerviosa.

Aquel hombre se reía, divirtiéndose con el temor que crecía en ella. No sabía cómo salir de allí, y los otros dos hombres ya se habían posicionado a ambos lados, mirándola con la misma diversión que el que la retenía.

—¿Esta es…? —dijo uno de ellos, dejando en el aire la pregunta.

El que aún la sujetaba le lanzó su chaqueta con la mano libre, haciendo que ambos sonrieran al contemplarla.

—Llámalo —fue todo lo que respondió su captor. Sabía que sus dedos dejarían marcas en su piel, pero apenas podía sentirlo debido al cosquilleo nervioso en el que se encontraba sumido todo su cuerpo.

No paró de resistirse mientras uno de los hombres hacía aquella llamada.

—Deja de moverte, preciosa. No vas a ir a ninguna parte —le dijo acercándola y cogiéndola con dureza de las mejillas—. Mejor reserva tus fuerzas —le aconsejó con una sonrisa que enseñaba unos dientes torcidos.

Ella lo miró con asco y apartó la cara de un tirón, librándose de la mano que apretaba su mandíbula. Luego intentó calmarse y recuperar la respiración. Quizá, si pensaba que no se movería de allí, la soltaría. Pero eso no ocurrió.

—Tenemos a la hermana —dijo el que estaba al teléfono.

Maddie se quedó escuchándole con la mente dividida. Por un lado, esperaba conseguir

algo de información; por el otro, necesitaba pensar en una escapatoria. Al final, lo único que estaba consiguiendo era un dolor de cabeza. Su brazo también empezaba a molestarle bajo los dedos de aquel hombre, que continuaban presionándola sin cuidado.

El que estaba al teléfono recuperó su atención. La miraba mientras hablaba.

—No, aún no ha llegado nadie. Sólo ella —se mantuvo en silencio mientras alguien al otro lado de la línea le decía algo. Luego contestó—. No, yo creo que no sabe nada —se quedó a la espera—. De acuerdo —dijo finalmente antes de colgar. Se metió el teléfono en el bolsillo y se acercó a ellos—. Tranquila, sólo vamos a hablar. Si tú te portas bien, nosotros también lo haremos, ¿entendido? —le dijo.

Luego hizo un gesto con la cabeza al tercero de ellos para que le acompañara.

—¿Tenéis algo para sujetarla? —les preguntó su captor antes de que se movieran.

—Sí, salgo todos los días con esposas en el bolsillo —se mofó el que había hablado por teléfono.

—Que te jodan —le respondió.

—Agárrala bien —le contestó él con gesto serio mientras se alejaban de allí.

El hombre que la tenía apresada levantó su brazo, enseñándole cómo la agarraba, y ella se movió molesta. Empezaba a dolerle de verdad. Se preguntó si se habría formado ya un moratón bajo sus grandes dedos.

Después permanecieron en silencio, observando cómo los otros dos recorrían el muelle buscando algún indicio de la entrega que aguardaban.

—¿A quién esperamos? —preguntó ella finalmente, resignada al menos a conseguir algo de información, pero sin mucho optimismo.

Él sonrió, haciendo que se arrepintiera de intentar comenzar una conversación.

—Esperamos la entrega de tu banda.

Maddie arrugó la frente. Seguían pensando que aquella entrega se produciría, pero no iba a decirles la verdad. De hacerlo, posiblemente se marcharían de allí, y no sabía los planes que tenían para ella.

—Si prometo quedarme quieta, ¿me soltarás? —preguntó de manera inocente.

El hombre a su lado se rio, pero apretó más su mano.

—No.

Ella se retorció una vez más bajo su agarre, incómoda.

—Al menos cambia de brazo. Me estás haciendo daño —se quejó tratando de quitárselo de encima sin conseguirlo.

Estaba perdiendo toda esperanza cuando algo a lo lejos llamó su atención. Contuvo la respiración mientras intentaba vislumbrar la melena rubia que bailaba con el viento. No estaba segura de si aquel era Tanner, pero prefería no dar pistas a su acompañante hasta confirmarlo. Aún así, con cada paso que aquella figura daba en su dirección, la poca fuerza que le quedaba tras la decepción de verse prisionera resurgía en su cuerpo.

El agarre sobre su brazo se apretó un poco más, y se dio cuenta de que había estado tirando cuando el hombre frente a ella la acercó de un empujón.

Fue entonces cuando las miradas de Tanner y de Maddie se cruzaron, y no pudo contener el grito que luchaba por salir de su pecho llamándolo. Enseguida su forcejeo para liberarse fue tan enérgico como al principio, mientras el surfero se acercaba a mayor velocidad hasta ellos.

—¡Eh! ¡Suéltala! —gritaba cabreado.

Aprovechando el momento de confusión de ver a Tanner frente a ellos, Maddie lanzó el

puño contra la cara de su captor, haciendo que éste soltara su brazo para defenderse. No llegó a evitar el golpe, aunque estaba segura de que no le habría molestado en lo más mínimo a pesar de que su mano temblaba de dolor.

Sin esperar, salió corriendo directa al surfero, que continuaba avanzando hacia su posición.

—¡Tanner! —le abrazó rápidamente y suspiró al sentir los brazos de él estrechándola de la misma forma.

No tardó en apartarse por miedo a que el hombre que la había retenido les persiguiera, y lo empujó para salir de allí sin mucho resultado. Si pretendía hacerse el héroe peleándose con aquel tipo, al que no dejaba de mirar, tenía las de perder, pues no sabía que había otros dos demasiado cerca.

Por suerte, su captor aún permanecía en su sitio, masajeándose el pómulo que ella le había agredido, sin ocultar su cara de cabreo.

Se giró hacia Tanner para suplicarle que se movieran mientras lo empujaba hacia atrás, pero él aún se mostraba reacio a alejarse. En lugar de eso, bajó la mirada hacia ella.

—¿Te están molestando mis amigos? —le preguntó con una sonrisa.

XVIII.
ENGAÑO

Maddie miraba confundida a Tanner, tratando de encontrar alguna pista de que lo que había escuchado era un error. No se había percatado de que su mano se cerraba alrededor de su brazo con una dureza inusual en él.

La risa sombría del surfero le dijo que algo no iba bien. Que no se movieran de allí, a pesar de que su captor se acercaba a ellos, era la confirmación.

—Has tardado, cabrón —le escuchó decir a su espalda con complicidad—. No para quieta ni un momento.

Se seguía masajeando la mandíbula que ella le había golpeado.

Una nueva risa de Tanner llamó su atención, haciendo que le contemplara con la confusión marcada en su rostro.

—Tanner… —ninguna otra palabra pudo salir de su boca. Trató de dar un paso atrás para alejarse, pero la mano del surfero no le permitió ningún movimiento.

—Dime, cariño —le contestó sonriendo como si todo estuviera bien. Como si no estuvieran allí o aquel hombre no hubiera amenazado con secuestrarla.

Encontró sus ojos estudiándola, esperando divertido su reacción. Pero se encontraba tan perdida que no sabía cómo actuar. Ni siquiera había tratado de liberar su brazo.

—¿Qué…? —intentó hablar de nuevo, sin conseguirlo. Su voz estaba temblando al igual que su cuerpo. El movimiento de su pecho empezaba a aumentar la velocidad, aunque el aire apenas pasaba entre sus dientes, mientras las preguntas en su cabeza se iban sucediendo con respuestas que no podía contestar.

Él estaba con ellos. Lo que en principio era una duda, apareció de pronto como una verdad, golpeándole como un rayo el pecho, y dejándola sin respiración durante un segundo.

Todo había sido un engaño.

Su estómago se encogió, como si de pronto soportara un peso inconcebible. Sus ojos le ardían por una rabia que no podía contener. Había estado jugando con ella, engañándola, y como una tonta se había creído todo.

Fue esa ira lo que la despertó y la empujó a luchar contra la mano que rodeaba su brazo, pero él reaccionó con rapidez, apretando los dedos sobre su piel con mayor fuerza.

Tiró de ella haciendo que se acercase un poco más. A esa distancia, podía oler la sal en su pelo, que aún se movía con el viento. Maddie frunció los labios mientras continuaba con sus intentos por alejarse. Tanner tenía otros planes.

Por cómo actuaba, parecía que nada de lo que había ocurrido en el muelle había sido real. La miraba con su siempre presente sonrisa, como si siguiera loco por ella. Y se mostraba tranquilo. Demasiado.

—¿Qué haces aquí, Maddie? ¿Tienes algo que ver con la entrega? —le preguntó con dulzura mientras la acercaba hacia él, poniendo la mano sobre su cuello y acariciándolo.

Ella se encogió al darse cuenta de que unas horas atrás habría disfrutado de su tacto. En aquel momento sólo le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda.

Antes de pensárselo dos veces, le propinó un puñetazo donde hacía unos días Jake le había dejado su propia firma.

Por un momento, le preocupó haberse roto la mano, especialmente después de haber pegado con el mismo puño al otro hombre un momento antes, pero se dijo que, de ser así, habría merecido la pena. Con el dolor punzante palpitando en su mano, se quedó mirándolo mientras él reaccionaba al golpe que acababa de llevarse. Vio cómo su cara borraba su sonrisa, torciéndose en un gesto severo.

Sin avisar, y en un rápido movimiento, él le devolvió el golpe con el reverso de su mano, haciéndola caer al suelo. La cabeza comenzó a darle vueltas, y la sacudió intentando recomponerse.

Aún no lo había conseguido cuando Tanner se agachó a su lado.

—¿Qué? ¿Te sientes más dura ahora? —le preguntó con su voz teñida de rabia.

Sonaba tan distinto al chico rubio, guapo y encantador que había conocido unas semanas atrás, que notó su sangre hirviendo.

—¡Que te den! —le gritó.

Él la calló rápidamente tirándole del pelo.

—¡¿Cuándo llegan?! ¡¿Dónde es la entrega?! No juegues conmigo, Maddie —le avisó haciendo muestra de un instantáneo cabreo.

—¿Como has hecho tú conmigo? —trató de zafarse de su agarre sin conseguirlo—. ¡Que te den, gilipollas! ¡No pienso decirte nada!

—Sabemos que la entrega sigue en pie. Habla ya —continuó él, con una furia cada vez mayor bañando sus palabras mientras la zarandeaba.

Se disponía a seguir con sus amenazas cuando los hombres que habían estado inspeccionando el muelle volvieron, y uno de ellos empezó a reírse.

—¿Qué pasa, que esa carita de bueno no te funciona? —se burló.

—Igual tienes que hacer algo más —dijo el otro—, porque con los besitos no has conseguido mucho, ¿eh? —Se rio, consiguiendo que los demás también lo hicieran.

Lejos de molestarle, parecía que aquellas burlas divertían a Tanner. Con una renovada calma, prosiguió con sus intentos de sonsacarle una información que en realidad no tenía.

—No os confundáis. Va de dura, pero estuvo a punto de caer ayer, ¿eh? —acabó la frase dirigiéndose a ella mientras le acariciaba la cara como había hecho el día anterior en su propia casa—. Si no fuera por tu amiga motera… —Sonrió, haciendo que Maddie sintiera una punzada en su interior.

Le preocupaba que sus palabras fueran ciertas. Siempre que Tanner había ido detrás de ella, al final se había dejado llevar. Empezaba a dolerle la tripa ante aquella revelación, y con gran esfuerzo se convenció de que en ese momento sólo podía permitirse buscar una salida.

—Sí, si siempre tienes excusas —dijo uno de los hombres a su espalda, dándole algo más de tiempo para recomponerse.

Sin embargo, Tanner no había levantado la vista de ella. Seguía concentrado en su rostro, como si así pudiera encontrar la forma en engañarla nuevamente y hacerla colaborar. Como si buscara la tecla que pudiera romperla del todo.

Se acercó aún más a ella, echándole su aliento mentolado mientras hablaba.

—Venga, Maddie. Tu hermano no te hace ni puto caso y tú estás siempre sola, como

ahora. ¿Por qué los proteges? Sólo queremos saber cómo hacen la entrega. Dímelo. Te prometo que nadie saldrá herido. Nadie lo sabrá —le pidió usando su voz en un susurro.

Su mano continuaba recorriendo su pelo, pero, por mucho que hablase de forma melosa, sintió aquellas palabras como un puñetazo en la boca del estómago. Se notaba temblando completamente, y lo único que sabía era que no quería pensar en si tenía razón o no. No quería pensar en nada, y no pensó en lo que hacía.

—Que te den, gilipollas. —Trató de pegarle, pero Tanner se movió con presteza, sujetándole el puño antes de que alcanzase su cara bronceada.

A pesar de que había intentado golpearle, él continuaba dedicándole una gran sonrisa. Maddie sintió nuevas náuseas al recordar lo mucho que le había gustado ver esos labios curvarse hacía sólo unas horas.

Su mente seguía torturándola por el engaño sufrido, cuando otro de los chicos se agachó también a su lado y le cogió la cara. Le estaba apretando tanto las mejillas que pensó que, si el otro hombre no le había dejado marcas antes, él sí lo haría.

—Contesta a lo que te pregunta, preciosa. ¿Cuándo llegan? —insistió.

Tanner se había erguido y la observaba de pie a su lado. Se preguntó cómo no se había dado cuenta de que era un mentiroso. En aquel momento, veía la sonrisa que le dedicaba y no podía parecerle más falsa.

Miró rápidamente a su alrededor y el pánico se coló en su cuerpo, congelándolo al percatarse de que no iba a recibir ayuda. No había una humanidad en Tanner a la que poder aferrarse. Él siempre la había mentido para llegar hasta donde estaban. Y la banda no se encontraba cerca. De haber sido allí la verdadera encerrona, no habrían dejado que Tanner ni ninguno de los otros le hubieran puesto la mano encima.

Estaba sola.

Aquella verdad la golpeó con la misma fuerza que lo había hecho la mano de Tanner.

—¿Qué? ¿No viene la caballería? —El surfero se rio a su lado. Las náuseas volvieron a bloquearle la garganta. Hacía sólo dos días le había encantado aquella risa. En ese momento, le parecía macabra—. ¿Qué os decía? Su hermano no le hace ni puto caso —dijo a sus compañeros. Luego se dirigió a ella—. Sabemos que están llevando a todos a las vías, y también que la entrega sigue adelante. Dime dónde descargan, Maddie.

—No pienso decirte una mierda —le espetó. Tampoco es que hubiera podido hacerlo de haber querido, pues al parecer estaba tan confundida como él.

—Llévala dentro. Un rato con nosotros seguro que le suelta la lengua —dijo el tercero de ellos.

En cuanto entendió lo que pretendían hacer, se levantó, evitando por poco un traspiés, y salió corriendo. Sólo pudo dar dos zancadas antes de que alguien la empujara por la espalda, lanzándola contra un montón de cajas de redes que tenían allí los pescadores de la zona.

Rebotó contra ellas, llevándose unas cuantas en su caída, pero al menos su costado no sufrió demasiado con el golpe. Empezaba a levantarse sobre sus manos cuando vio los pies de Tanner a su lado. Parecía tranquilo, como si esperara su siguiente movimiento, y ella se lo ofreció.

Cogió una de las cajas e intentó estamparla con todas sus fuerzas en su cabeza. Apenas le hizo nada, pues estaba hecha de redes casi en su totalidad y pudo frenarla sin esfuerzo, arrebatándosela de las manos mientras chasqueaba la lengua molesto.

Eso era para él. Una molestia. Ni siquiera una leve amenaza.

Trataba de acallar aquellos pensamientos que sólo la debilitarían, cuando él volvió a empujarla, con la ira desfigurando su rostro.

No le había costado nada hacer que cayera una vez más sobre el montón de cajas, mientras que ella sentía su corazón escapándosele por la boca. Se arrastró por el suelo, tratando de buscar una salida, mientras los pies de Tanner la perseguían.

Sus manos temblaban sobre el asfalto, y su visión se emborronaba con las lágrimas que inundaban sus ojos. Antes de que pudiera revolverse, él la cogió del pelo y tiró de ella para levantarla.

Maddie profirió un grito, fruto de la tensión más que del dolor. Intentó deshacer el agarre de sus dedos entre su pelo, pero sólo conseguía que él tirase con más fuerza mientras que tanto él como sus tres compañeros se reían.

—¡Suéltame, gilipollas! —le gritaba. No sabía cuánto más podría continuar luchando contra él sin que el miedo la inmovilizase.

Entonces Tanner la acercó hacia sí. Notó las náuseas regurgitando en su interior cuando su aliento a menta la alcanzó.

—Venga, venga. Vas a hacer que me sienta rechazado —le dijo con sorna. La sujetó por el cuello, apretando sus dedos contra su garganta. Su otra mano soltó su pelo para acariciarlo y apartarlo de su cara—. ¿No podemos hablarlo como dos personas adultas? Sólo quiero que me digas dónde y cómo hacen las entregas aquí. Luego, si te portas bien, dejaré que te vayas sin que esos tres te toquen un pelo. ¿Qué me dices? —Movió uno más de sus mechones.

Maddie aún resollaba, pensando en sus palabras. Aunque quisiera, no podía decirle nada. Pero intentó tomar el tiempo que le estaba dando, para calmarse y recobrar el aliento.

Los otros tres hombres seguían observando la escena en la distancia, riéndose y haciendo comentarios.

Miró a Tanner.

—¿Tenemos un trato? —preguntó él, apretando los dedos que aprisionaban su cuello mientras esperaba su respuesta.

Ella hizo un esfuerzo por calmarse.

Deslizó sus manos por su pecho y las subió lentamente hasta sus hombros. Vio cómo la boca de Tanner se curvaba en una sonrisa ante su movimiento, a la vez que aflojaba la presión de su mano.

—¿Me dejarás irme? —preguntó. No le interesaba la respuesta. La conocía bien, fueran cuales fueran las palabras que salieran de su boca. Sólo necesitaba un momento más para respirar y pensar en cómo salir de allí. Pero había poco que pensar. Sólo podía correr y correr.

Sujetó a Tanner por los hombros y se impulsó para darle un rodillazo en la entrepierna. Para su desgracia, él leyó sus gestos y se separó a tiempo. Luego la cogió de la rodilla y la levantó en el aire, lanzándola contra el suelo unos metros más allá. Aterrizó de espaldas, notando el duro cemento contra sus costillas, sus codos y su cabeza.

—¡Cómo quieras, zorra! —le escuchó gritar, volviendo a su estado de cabreo en un instante.

No se quedó a contestarle. Se levantó del suelo a toda prisa, ignorando el dolor palpitante en todo su cuerpo y el mareo que embotaba su cabeza, y no paró de correr hasta que uno de los hombres que esperaba apartado se interpuso en su camino.

—Por aquí no —le dijo esbozando una sonrisa que a Maddie le pareció asquerosa.

Antes de que pudiera dar la vuelta o pensar en otra salida, recibió un golpe en la parte

posterior de sus piernas que la hizo caer de rodillas.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó otro de ellos, que se había acercado.

—Creo que estábamos a punto de llevarla con nosotros —comentó el que le había cortado el paso, agachándose a su lado.

La cogió por los brazos para hacerla levantar. Trató de zafarse de su agarre y salir corriendo, pero la había cogido con fuerza y, por más que lo intentó, no pudo librarse de él.

Finalmente la atrajo hacia sí, inmovilizando sus brazos delante de ella. No dejó de intentar moverse, sin ser capaz de recordar los movimientos básicos de defensa personal.

Estaba aterrada, y en esa situación no valía con mantener la mirada.

Entonces, Tanner se acercó a ella y sacó de debajo de su camiseta una pistola. Asustada, intentó alejarse chocando contra el pecho de su captor. Cuando no pudo moverse hacia atrás, se quedó congelada viendo cómo Tanner se acercaba, acariciando la pistola en sus manos.

Le recordaba a la que encontró en el almacén de Marissa y había dejado olvidada en su habitación. Se maldijo por no haberse acordado de ella y haberla cogido. Aunque, en realidad, no se creía capaz de sostenerla frente a nadie, ni mucho menos de usarla.

—Ahora vas a hacerme caso, ¿verdad? —le preguntó el surfero con una sonrisa—. Sé buena chica —dijo mientras se seguía aproximando.

Se quedó tan quieta como pudo, sin dejar de mirarle a los ojos, sin dejar de temer el arma que tenía en sus manos.

La ignorancia en la que Dylan la tenía sumida le aseguraba no traicionar a su banda, pero eso no hizo que se tranquilizara.

Tanner estaba a unos centímetros de ella, y su aroma a brisa marina y menta le revolvió el estómago. Vio como dejaba de mirarle a los ojos y se concentraba en su boca. Trató de moverse, pero el chico que la tenía cogida no se lo permitió. Los otros, que observaban todo a unos pasos de distancia, se reían levemente. Tanner se acercó para besarla y ella giró su cabeza en el último momento, si bien no pudo evitar que la alcanzara en la comisura de los labios.

—¿Qué? ¿Ya no te gustan mis besos? —preguntó con sorna en un susurro. Su sonrisa socarrona le hizo sentir un nudo en el estómago.

—Eres un gilipollas —dijo con toda la furia que supo demostrar, susurrando entre sus dientes al igual que él.

—No decías eso ayer, ¿eh? —Recorrió su pelo con su mano, como solía hacer—. Me gustaba más cuando eras cariñosa, Maddie. —Se acercó a darle un beso en el cuello, y ella se movió intentando darle en la cara con el hombro.

No consiguió atinarle, pero sí cabrearle .

—Vamos, muévete —le ordenó dando una voz.

Le costaba entender que ese fuera el verdadero Tanner. Con su camiseta de surfero en tonos azules y lila, pero con el ceño fruncido y apuntándola con una pistola.

Sin embargo, aunque hubiera querido, no era capaz de moverse. Sus pies permanecían pegados al suelo. Le aterraba el arma que éste movía delante de ella.

—¡Que te muevas! —le gritó otra vez.

Ella se encogió mientras él alzaba la mano, apuntándola directamente .

Entonces, el tiempo pareció detenerse. Escuchó un estruendo. Para cuando entendió que era un disparo lo que había sonado, sus rodillas ya habían chocado contra el suelo. Debería haberle dolido, pero había dejado de sentir nada.

XIX.
CONFIANZA

Maddie seguía en el suelo, de rodillas, con el corazón latiendo fuertemente en sus oídos. Sus manos temblaban sobre sus piernas, pero no era capaz de percibirlo. El miedo había bloqueado sus sentidos por completo.

Tardó un largo momento en darse cuenta de que, tras sus latidos, podían oírse más disparos a su alrededor. Los tres hombres que acompañaban a Tanner habían salido huyendo cuando el primer tiro cruzó el aire.

Sabía que tenía que correr y esconderse, pero no era capaz de moverse. Sus piernas parecían pegadas al suelo. Entonces, el estruendo se detuvo, y le pareció que su respiración sonaba demasiado alta en el silencio que había quedado.

Miró asustada a su alrededor y encontró a Tanner en el suelo. Estaba tumbado boca arriba, con su pistola aún en su mano extendida y parte de su pelo cubriéndole la cara. Parecía dormido, pero cuando Maddie comprendió que no le estaba viendo dormir, se alejó de espaldas asustada, arrastrándose por el suelo. Su corazón se había vuelto loco en su pecho ante la imagen, aunque al menos seguía moviéndose.

Volvieron a sonar más disparos cuando su espalda chocó contra uno de los coches aparcados en el muelle, impidiendo que se alejase más.

De nuevo el estruendo cesó unos segundos después, y el silencio le pareció aún más aterrador. Se quedó inmóvil, sin hacer ningún ruido, intentando escuchar algo. Lo que fuera que pudiera darle indicios de qué estaba pasando. Se puso la mano sobre el pecho tratando de apaciguar su corazón, pues no la dejaba oír nada. Pero por más que apretase su mano contra él, éste no se calmaba, ni su mano dejaba de temblar.

Entonces oyó unos pasos que se acercaban. Se olvidó de su corazón y empezó a rodear el coche, aún gateando. Quienquiera que estuviera allí la estaba buscando, y ella no era capaz de mantener a raya su respiración. Miró rápidamente a su alrededor. El muelle seguía desierto. Nadie iba a ayudarla.

Seguía sola.

La pistola de Tanner había quedado demasiado lejos y no estaba segura de poder llegar hasta ella, ni de si se atrevería a usarla en caso de alcanzarla.

Pensó también en esconderse en las rocas que bajaban hasta el mar. Si tan sólo pudiera controlar el ruido que hacía al respirar. El aire entraba y salía con furia de sus pulmones delatando su posición. No podía pensar qué hacer. Estaba atrapada, incapaz de encontrar una salida.

Entonces alguien la alcanzó por detrás. La cogió del brazo para hacerla girar, y ella se zafó rápidamente sin poder contener un grito. Siguió arrastrándose por el suelo, alejándose de quien fuera que la estaba siguiendo, hasta que vio a Jake agachado frente a ella. Se quedó quieta al verlo, mientras su corazón comenzaba a correr alocado. Intentaba entender qué hacía allí. La

encerrona no era en el muelle. No había nadie allí, excepto Jake.

Cuando se fijó en su cara, ésta mostraba una gran línea entre sus cejas. Estaba cabreado. Podía notarlo por la forma en la que respiraba por su nariz, y porque hacía tiempo que había aprendido a leer sus caras.

Él abandonó sus ojos por un momento para estudiar el resto de su cuerpo rápidamente.

—Madison, ¿estás…? —Cuando trató de acercarse, ella se alejó más, haciéndole parar sobre sus pasos.

Permaneció quieto, con expresión molesta y observándola. Se mostraba muy enfadado, pero aún no había descubierto el motivo.

—¿Estás bien? —al fin preguntó él.

Ella no se movió ni contestó. Tampoco estaba segura de que ninguna palabra pudiera cruzar su garganta en aquel momento. Sólo miraba sus ojos dorados, esperando encontrar calma en ellos. Se alegraba de que fuera él quien la hubiese encontrado.

Ante su silencio, Jake empezó a acercarse lentamente. Ella no era capaz de moverse, ni tampoco quería hacerlo. Esperó a que él lo hiciera.

—Madison —la llamó, conteniendo el enojo en sus palabras. Pero ella seguía sin poder hablar—. ¿Estás herida? —le preguntó. Le parecía ver preocupación en su mirada. Quería decirle que estaba bien, pero no se veía en condiciones de contestar—. ¿Te han herido? —volvió a preguntarle nervioso mientras estudiaba, otra vez, su cuerpo con la mirada.

Ella negó con la cabeza, y escuchó cómo él soltaba el aire que había estado conteniendo.

—Todo ha acabado —le dijo mientras recorría el último espacio que los separaba y se quedaba agachado a su lado. Maddie estaba agotada por los nervios y, derrotada, apoyó su espalda en el coche que tenía detrás.

Él siguió hablando.

—Estás a salvo, ¿vale? —le dijo. Poniendo la mano bajo su barbilla le hizo mover la cabeza para que ella le mirase.

Maddie se percató de que había estado con la mirada perdida, posiblemente entrando en shock. Necesitaba hablar, moverse, o se quedaría de nuevo paralizada.

Entonces Jake la abrazó, rodeando su cintura con uno de sus brazos. Con el otro sujetó su cabeza

—Ven conmigo —le dijo.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos de forma automática, y sintió su corazón activándose. Pero en ese momento no era un latido agresivo contra su pecho, sino un baile rápido y controlado.

En un movimiento ágil, Jake la levantó del suelo, pero, una vez en pie, ella no deshizo su abrazo por miedo a caerse. Agradeció que él tampoco quisiera dejarla ir tan rápido. Su cuerpo temblaba por completo y no estaba segura de poder mantenerse en pie sin caerse.

Se quedaron quietos en aquel abrazo, dándole tiempo a la respiración de Maddie para calmarse. La mano de él permanecía escondida bajo su pelo, haciendo pequeños círculos en su cuello que lograban tranquilizarla.

—¿Estás bien? —susurró después de un tiempo.

No sabía cuánto llevaban así, pero sabía que tenían que moverse. Intentó recomponerse mientras se aclaraba la garganta. Él soltó su abrazo, y ella se apartó tan sólo un poco. Seguía sujetándose a su camiseta negra, no muy segura de su estabilidad. Él continuó a la espera.

Si hacía unos minutos el miedo la había dejado totalmente ciega a los sentidos, en ese

momento era todo lo contrario. Podía sentir su corazón y su respiración con un ritmo más relajado. También notaba la respiración de Jake bajo sus manos, con su pecho moviéndose arriba y abajo con ellas. Las manos de él continuaban sobre sus caderas, atentas a sujetarla si sus piernas decidían fallar.

—Siento haber tardado tanto —se lamentó Jake.

—¿Tardado? —No entendía de qué estaba hablando, aunque podía ser por el dolor de cabeza que empezaba a abotargarla.

Él levantó su mano, escondiéndola nuevamente bajo su pelo, y siguió dibujando círculos en su cuello con el pulgar. No pudo evitar cerrar los ojos ante su tacto, hasta que él habló.

—En teoría no debía intervenir, pero cuando he visto lo que ese desgraciado… —dejó la frase sin terminar, emitiendo un ligero gruñido desde su pecho que retumbó en las manos de Maddie—. Lo siento mucho —dijo al fin , volviendo a concentrarse en ella.

Maddie no entendía de qué estaba hablando, ni por qué se disculpaba después de haberla ayudado. Alzó la mirada buscando sus ojos dorados, pero antes de llegar a ellos, el cuerpo de Tanner en el suelo llamó su atención. Toda la paz que Jake había logrado instaurar en ella se fue al traste en ese momento.

Su cuerpo se tensó bajo los dedos de Jake, que en aquel momento eran incapaces de mantener su estrés a raya. Él debió percatarse de a dónde dirigía su atención, y enseguida puso una de sus manos bajo su mentón, moviendo su cabeza hacia él, para que dejara de mirarlo.

—No está muerto.

Intentó perderse en el dorado de sus ojos, pero sus palabras resonaban en su cabeza haciéndole preguntas que no sabía contestar. ¿Debería tranquilizarle que no estuviera muerto? ¿O debería desear que lo estuviera?

Jake, ajeno al enredo que se estaba formando en su mente, prosiguió hablando.

—Sólo le he dado en el hombro.

Ella se quedó mirándolo. No tenía muy claro qué se debía decir en esos casos. ¿Se debía agradecer que alguien hubiera disparado a alguien?

No sabía qué palabras usar, así que no usó ninguna. Sólo se perdió en sus ojos, viendo cómo, a cada segundo que pasaba, el ceño de Jake los iba oscureciendo más.

—¿Puedes moverte?

—Sí —contestó con un hilo de voz, no muy segura.

—Vale, vámonos. No tardará en llegar la policía. Ha habido demasiados disparos —explicó mientras la movía en dirección a la lonja abandonada. Su brazo seguía rodeando su cintura, y ella se alegró, pues no estaba convencida de poder caminar todavía.

Según se alejaban, no pudo evitarlo y se giró a ver el cuerpo de Tanner. Había aparecido un charco de sangre a su alrededor.

—No podemos dejarlo ahí —comentó, aunque no sabía muy bien por qué lo decía. Sólo sentía desprecio por la figura que yacía en el suelo. Había conseguido engañarla, reírse de ella, humillarla delante de sus amigos. La había utilizado para llegar a su hermano y a la banda. La había apuntado con un arma con la intención de secuestrarla.

Pero estaba tan agotada que no era capaz de hacer aflorar el cabreo que todo ello le producía.

Jake estrechó su abrazo alrededor de su cintura.

—La policía se encargará —dijo con voz dura y sin parar de andar.

—Jake —lo llamó ella, intentando hacer que parara. Al final lo consiguió, pero él no se

separó ni un centímetro. Se quedó mirándola por un momento, con el enfado reinando sus facciones. No sabía muy bien qué decirle. Pero si Tanner estaba vivo, no podían dejar que muriera.

—¿Después de lo que ha hecho? —preguntó él con una voz grave y oscura que daba muestra de la ira que volvía a recorrer su cuerpo.

—Somos moteros, no asesinos —contestó Maddie, sin saber bien de dónde salían esas palabras.

La bala habría sido de Jake, pero la culpa era suya, por haber aparecido allí. No podía morir. No podía convertirlos a los dos en asesinos.

Vio cómo la expresión de él permanecía imperturbable mientras la observaba, excepto porque sus ojos se entrecerraron levemente. Como si estudiara su rostro en busca de una verdad oculta que no pensaba revelar. Luego miró a Tanner mientras soltaba todo el aire por la nariz.

—Espérame aquí —dijo irritado.

Se acercó al surfero bajo la mirada de Maddie. Le dio una patada a su pistola, alejándola varios metros de él, y se agachó a cogerlo por los hombros. Lo arrastró hasta el coche más cercano, tras el que se había escondido unos minutos atrás, y apoyó su espalda en la rueda delantera. Luego se alejó hasta el montón de cajas de redes contra las que Tanner la había empotrado en su pelea. Las acercó hasta el surfero, y puso su brazo herido sobre ellas.

Una vez hecho esto, regresó hasta Maddie, y sin decir una palabra la cogió de la mano para salir de allí antes de ser vistos.

No tardó en llevarla a su casa. Cuando aparcó la moto, la tomó de la mano nuevamente para guiarla al interior, no sin antes mirarla con el ceño fruncido y comprobar que podía mantenerse en pie.

No soltó su mano hasta que estuvieron en la cocina. Luego se acercó al congelador y sacó una bolsa de guisantes mientras ella se sentaba en la encimera. Cuando se dio la vuelta, la miró preocupado por un momento, y luego sacó a relucir su mejor sonrisa. La que ponía cuando iba a meterse con ella. Al menos así sabía que no estaba tan molesto.

—¿Cómo era lo de… «si eres tan gilipollas como para pelearte con alguien…», y algo de las consecuencias? —empezó a decir mientras se acercaba, jugando con la bolsa de guisantes en sus manos. Estaba recordándole aquella vez en la cocina, a los pocos días de conocerse, tras el incidente con los veraneantes.

Intentó coger la bolsa, pero él fue más rápido y la alejó mientras se reía. Se quedó por un momento paralizada, sorprendida de lo mucho que le gustaba ese sonido. No era algo que soliera escuchar.

—Para —le avisó él—. Yo no soy tan cruel como tú. —Le dedicó su sonrisa de suficiencia.

—No, sólo has estado riéndote de mí, viendo cómo salía con un cabronazo sin decirme quien era en realidad —le espetó ella más enfadada de lo que pretendía. Se arrepintió de lo que había dicho en cuanto vio el gesto ceñudo de Jake—. Ahora es cuando dices «te lo dije» —se rindió encogiéndose de hombros.

Sin decir nada, él se concentró en ella y movió su pelo para dejarlo tras su hombro. Luego le colocó la bolsa de guisantes sobre la mejilla. Sintió el dolor del golpe que le había propinado Tanner en el muelle, antes de que los guisantes congelados entumecieran su piel.

—Nunca me he reído —contestó Jake.

Cuando alzó la vista, su cara volvía a estar seria. Miraba su mejilla magullada, y luego le vio recorrer su rostro hasta sus ojos.

Su corazón se aceleró mientras pensaba qué responder, y al final, en silencio, cogió la bolsa de guisantes para sujetarla contra su cara.

—¿Estás bien? —le preguntó él. Hablaba calmado, pero sabía que la rabia volvía a recorrer poco a poco sus venas. Lo podía notar en su respiración y en cómo se oscurecía su mirada.

Se negaba a creer que pudiera ser preocupación. Seguramente tendría que ver con el lío que había montado al acercarse al muelle. Aún así, le respondió:

—Sí, no es el primer puñetazo que me llevo.

Ante esa revelación, la cara de Jake cambió rápidamente. Una sonrisa pretendía curvar sus labios, aunque él se resistía.

—Ser hermana de Dylan a veces trae más problemas que ventajas. Y no me he hecho respetar sólo por ser su hermana. Hay cosas que se tiene que ganar uno mismo. Aunque de esto él no sabe mucho —sonrió orgullosa.

Le gustó ver que Jake, lejos de burlarse, la observaba con gesto de admiración.

—No sé si algún día dejarás de sorprenderme.

Maddie se ruborizó ante su comentario e intentó hacer caso omiso al insistente latido de su corazón.

—¿Por qué estabas en el muelle? —Era el momento de conseguir respuestas—. La encerrona no iba a ser ahí, ¿no? Sería en las vías…

Cortó su discurso cuando cayó en la cuenta: su hermano le había dicho que tenían una entrega en las vías con la intención de que Tanner lo supiera a través de ella.

Cerró las manos con fuerza, como si así pudiera controlar el calor que emanaba de ellas debido a la furia que empezaba a consumirla. Ése era el único motivo por el que le había hablado de aquella entrega. Porque pensaba que podría traicionar a la banda contándole todo a Tanner.

Mientras llegaba a aquella conclusión, Jake se había mantenido en silencio.

—¿Por qué no fuiste a las vías? ¿No querías atrapar a Tanner? Pensaba que le tenías ganas.

Se calló antes de seguir haciendo más preguntas, aunque su lista era larga. Él se rio suavemente antes de contestar.

—Alguien tenía que hacer creer al resto que la entrega seguía en pie en el muelle.

—Claro —dijo ella. Había escuchado a Tanner decir que la entrega iba a llevarse a cabo, y por eso él había ido al muelle.

No pudo seguir el hilo de sus pensamientos ni hacia dónde la conducían porque Jake siguió hablando.

—Además, nunca pensé que tú fueras el topo.

Ella alzó la vista confundida. Se detuvo por un momento en sus labios y notó cómo se le aceleraba el pulso. Estaban demasiado cerca, y eso siempre la ponía nerviosa. Cuando al fin alcanzó sus ojos castaños, éstos le devolvían la mirada.

—Ni por un momento —continuó él.

—Pero tú no te fías de mí —dijo con un hilo de voz. Se encontraban a escasos centímetros y no le pareció necesario elevar más la voz. Sus nervios tampoco se lo hubieran permitido.

Le escuchó reír levemente sin que la carcajada traspasase sus labios mientras le acariciaba la mejilla magullada. El hielo había conseguido mitigar el dolor, y se lamentó por no poder sentir los dedos de Jake contra su piel.

—No debería —dijo él.

Cuando consiguió alzar la mirada de sus labios, encontró que la de Jake estaba posada sobre los suyos. Se habían ido acercando lentamente, como dos imanes, sin darse cuenta de que lo

hacían.

—¿Entonces, el topo? —siguió preguntando, aunque en ese momento le interesaba más bien poco la respuesta. Se sentía caer en él, y no quería otra cosa.

Él acarició su mejilla mientras ella se molestaba por aún no sentir nada. Entonces él se apartó.

—Sigue en el grupo —dijo dando un paso hacia atrás.

Maddie pestañeó como si acabase de despertarse de un largo sueño y respiró hondo. Puso los guisantes sobre su mejilla, con la idea de, al menos, tapar el rubor de una de las dos.

Agradeció que la moto de su hermano sonase frente a la casa en aquel momento. Al poco, Dylan cruzaba la puerta hecho una furia. Se quedó quieto en el umbral de la cocina al ver a Maddie con la bolsa de guisantes en la cara.

—¿Maddie? ¿Estás bien? —preguntó preocupado. Le quitó la bolsa congelada y le miró la cara—. ¿Qué coño ha pasado? —preguntó esperando una respuesta de alguno de los dos.

—Estaba en el muelle. Hemos perdido a Tanner. —Jake había recuperado su seriedad, y, una vez más, parecía cabreado con el mundo.

Dylan devolvió los guisantes a su hermana antes de empezar a gritarle.

—¿Qué coño hacías tú en el muelle? ¡No me jodas! ¿Y qué ha pasado con Tanner? —dirigió su enfado a Jake.

—Tú… ¡Tú sabías lo de Tanner! —Su hermano acababa de confirmar que le esperaban a él en el muelle, o en las vías de tren. Todo este tiempo había sabido que era el fantasma, y aún así le había parecido bien que saliese con él.

Soltó la bolsa de guisantes, segura de que sería capaz de derretir el hielo sólo con el cabreo que empezaba a envolverla.

—Joder, Maddie, ¡claro que sé quien es! —le contestó enfadado.

Ella se bajó de la encimera y contestó a voces a su hermano. No iba a dejarle que encima le echara la culpa.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? ¡Nunca me cuentas nada!

Dylan no la contestó y dirigió su enfado hacia Jake.

—¿Me vas a contar qué coño ha pasado? ¡Vigilar y comprobar, joder! ¡Era fácil!

—Encontraron a Maddie, y la cosa se descontroló —dijo mirándola rápidamente.

—Joder, Maddie, ¡llevamos meses detrás de él! —Dylan se tapó los ojos rápidamente con la mano. Estaba muy cabreado, pero no más que ella—. ¿Qué coño hacías allí? ¿No estabas con Harper y Sophie? —le preguntó molesto.

Ella ignoró sus preguntas.

—¡¿Meses?! ¿Y no se te ocurrió… decirme nada? —Hizo una breve pausa para contener el dolor agudo que le oprimía la garganta—. Cuando veías que me iba con él… —…s *ólo era parte de tu plan.* No fue capaz de pronunciar las palabras. Ya le hacían suficiente daño sólo en su mente—. Joder, ¿por qué me contaste lo de las vías? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Su hermano se quedó en silencio mirándola. Maddie notaba sus ojos escociéndole por las lágrimas que luchaban por salir, pero se contuvo.

—Ya veo lo que confías en mí. ¡Eres un cabrón! —le gritó tirándole la bolsa de guisantes.

—Esto era importante, Maddie. ¡Nos están puteando por todos lados! —vociferó su hermano.

—¿Sí? Pues te lo mereces, ¡por gilipollas! —Le dio un empujón que no sirvió de nada, más que para cabrearla aún más, ya que no se movió ni medio centímetro—. ¡Eres un puto líder de

mierda! ¡Que te den! ¡Que os den a los dos! —le dijo también a Jake antes de salir por la puerta de la cocina.

—¡Maddie! —la llamó su hermano.

Ella se paró y se giró. Tenía que salir de allí cuanto antes si no quería que la vieran llorar.

—¡Cuando te dije que podías contar conmigo no me refería a usarme como lo hacía Tanner! —Sacudió su cabeza en desaprobación. Le dolía el pecho al pensar que su hermano se había comportado exactamente igual que el surfero. Todo lo que siempre le había pedido era su confianza, y nunca lo había conseguido.

Se fue hacia la puerta de la casa y gritó una última vez antes de desaparecer tras ella.

—¡Y no quiero un puto bizcocho mañana!

XX.
RESPUESTAS

Llevaba quince minutos caminando cuando vislumbró el muelle a lo lejos. Había varios coches de policía y una ambulancia, todos con las luces puestas mientras pintaban la lonja y el cemento del muelle de colores azul y naranja en su parpadeo.

Se ocultó entre la maleza para observar en la distancia. Su moto seguía allí abajo, escondida tras unos contenedores, y no era el momento de ir a buscarla. Así que se quedó mirando cómo la ambulancia metía a Tanner en el vehículo.

Varios agentes de policía estaban paseando por el muelle, seguramente en busca de alguna pista que pudiera esclarecer lo que había pasado allí. Algunos estaban junto al charco de sangre de Tanner, mirando luego alrededor, intentando adivinar el lugar desde el que habría sido disparado. Se alegró de haber convencido a Jake para que lo levantara, dificultando así la tarea de la policía. Mientras tanto, otros policías hablaban con gente del pueblo que, pasado el peligro, se había acercado a mirar.

Trató de recordar si alguien les había visto al salir de allí, pero sólo le venía a la mente el brazo de Jake rodeando su cintura, mirándola sin decir nada, únicamente comprobando que seguía de una pieza. Apenas lo estaba en ese momento.

Pasó más de media hora hasta que el muelle se vació y ella retomó su paseo hasta allí, atenta en todo momento a si alguien podría verla. Pero una vez los coches de policía y la ambulancia se fueron, no había mucho más que cotillear, y la gente también se había marchado.

Según llegó al muelle, se acercó a los contenedores, cogió rápidamente su moto, y aceleró sin mirar atrás.

Empezó a alejarse sin tener un rumbo fijo. Su cuerpo le pedía salir de Plantío, lo más lejos que pudiera; pero se obligó a evitar el camino a Celtos. Lobo también estaba descartado, puesto que sería el primer lugar donde su hermano la buscaría, y salir del pueblo no era una opción real después de todo lo que había ocurrido en las carreteras.

Finalmente dirigió su moto en busca del único rincón que había descubierto y guardado para ella sola hacía algunos años.

Sin embargo, cuando llegó, ya había alguien ahí.

Apagó el motor y bajó del vehículo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó secamente.

Jake estaba apoyado en su moto. No sonreía, pero, por una vez, no parecía enfadado con ella.

—Esperarte —dijo mientras le lanzaba su chaqueta vaquera.

Se contuvo de darle las gracias y se puso la cazadora enfadada.

—No quiero hablar contigo.

—Puedes gritarme, si lo prefieres.

—Eso me apetece más —dijo con toda la ira que fue capaz de mostrar.

En cambio, Jake le mostró su sonrisa de suficiencia.

—Adelante —la retó. Pero, aunque Maddie prefería gritarle a hablar, no estaba de humor.

Sacudió la cabeza levemente y pasó de largo por su lado, hacia el lugar donde solía sentarse a esperar que sus problemas se esfumasen. Por lo general no lo hacían, aunque al menos allí podía fingir que no existían.

Se sentó en la ladera con vistas a la playa de los surferos; lo suficientemente lejos de ella para que nadie pudiera verla desde allí.

Jake no tardó en acercarse y sentarse junto a ella, pero no dijo ni una palabra. Sólo la acompañó. Eso fue suficiente para que Maddie empezara a notar el hormigueo en sus dedos, fruto de los nervios que siempre aparecían cuando él estaba cerca.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le preguntó sin dejar de mirar el horizonte.

Él no dijo nada en un principio. Luego cogió su brazo con delicadeza y acarició el dibujo que Maddie tenía en la parte interna. El *skyline* que se había hecho al salir de Plantío unos meses atrás; el mismo que tenían enfrente. El hormigueo de su mano se había disparado hasta su brazo, siguiendo el movimiento de los dedos de Jake sobre él.

—He estado buscando este sitio desde que lo vi —dijo.

Maddie lo miró. Intentó recordar en qué ocasiones habría podido contemplar su tatuaje, pero lo cierto era que nunca se había percatado de que lo viera, y mucho menos durante el tiempo suficiente como para descubrir qué lugar era.

—¿Tienes memoria fotográfica? —le preguntó.

Él se rió levemente, pero no quiso contestar.

Cuando se percató de que había estado escudriñándolo durante más tiempo de lo normal, se concentró en la playa frente a ellos. Aunque eso no hizo que se olvidara de los dos ojos que le habían aguantado la mirada hasta hacía sólo unos segundos. El cielo empezaba a despedirse del sol con un color amarillento que se iba pareciendo a esos ojos.

—Sé que intentaste que Dylan me lo contara… —empezó en un intento de hablar de cualquier tema y conseguir así calmar sus nervios—. Os escuché el día del… surf… —No tenía tan claro si sacar ese tema era buena idea—. Aunque entonces no sabía de qué hablábais.

Sintió a Jake moviéndose a su lado.

—Quizá así tendríamos a Tanner aún —se excusó él.

Ella suspiró. *Encima me lo he cargado todo* , pensó. Cualquiera que fuera el plan de Dylan, se había ido al traste porque decidió ir por su cuenta y enfrentarse al fantasma sola. Sacudió la cabeza, obligándose a no seguir el camino de esos pensamientos.

—¿Cuál era vuestro plan? —preguntó, aunque no estaba convencida de querer saberlo.

—Tenerlo controlado y hacerle llegar la información que queríamos, cuando queríamos.

—A través de mí, engañándome —dijo dolida. Sabía que Jake no se fiaba de ella, o eso le había dicho en el pasado. Pero de su hermano no sólo no se lo esperaba, sino que le dolía aún más.

—No fue una buena idea.

Maddie se giró hacia él.

—¿Fue tuya? —Tampoco quería conocer la respuesta a esa pregunta. Sin embargo, el silencio de Jake fue suficiente para saber la verdad—. Fue de Dylan —se contestó ella misma con una pequeña risa de incredulidad.

—Oye, Dylan…

Ella le cortó antes de que pudiera decir nada más.

—Ni lo intentes, Jake. —Al mirarle sintió los nervios tomando su cuerpo. Se preguntó si su nombre dicho por ella tendría el mismo efecto que cuando él la llamaba Madison. Supuso que no—. Me ha utilizado, igual que Tanner. Aunque con él no te moleste tanto.

Escapó de su mirada y se fijó en el mar que rompía las olas bajo ellos.

—El hermano protector que, sin embargo, me lanza a los brazos del enemigo sólo para usarme de cebo. —Sacudió la cabeza. Aún le costaba creer que esa fuera la verdad. Esperaba que Jake le contara otra versión. Una que no tuviera que ver con la que había descubierto por casualidad.

Sin embargo, no lo hizo.

—Siempre te tuvo controlada.

—Ya. Supongo que debería alegrarme de que sólo cumplieras órdenes y no seas realmente un psicópata obsesionado conmigo. —Se rio, aunque no pudo ocultar el tono de tristeza que su risa transportaba.

Notó el dolor hundiéndose en su pecho, y se dio cuenta de que, en parte, eso era lo que había estado esperando. Que realmente hubiera alguna posibilidad de que simplemente estuviera celoso de Tanner, de que le gustara de algún modo. Sacudió la cabeza. No sabía por qué, pero en ese momento le estaba costando controlar sus pensamientos, o que éstos fueran normales.

Escogió otra pregunta de la que tampoco estaba segura de querer conocer la respuesta.

—¿Alguien más lo sabía? ¿Harper?

—No, sólo Dylan y yo.

No contestó. Simplemente apoyó la cabeza en sus rodillas mientras abrazaba su piernas, mirando al infinito y al cielo que le recordaba a los ojos que no habían dejado de observarla.

No sabía cuánto tiempo habían pasado allí en silencio cuando el móvil de Maddie empezó a vibrar. El sol ya se escondía tras el horizonte, y la gente iba despejando la playa. El teléfono siguió vibrando, pero ella no lo cogió. Sabía que sería su hermano, y aún no estaba de humor para hablar con él. La vibración paró finalmente, y empezó a sonar el móvil de Jake a su lado. Puso los ojos en blanco mientras él se reía levemente.

—Creo que tu hermano está preocupado —dijo mientras sacaba el teléfono de su chaqueta.

—¡No! —Maddie trató de quitarselo de las manos, pero él lo alejó y se rio suavemente mientras éste seguía sonando. Hizo ademán de descolgar, pero ella se abalanzó rápidamente—. ¡Jake, para! —Intentó cogerlo otra vez sin acierto. Si su hermano estaba preocupado, le estaba bien merecido. Y quería que siguiera así un rato más.

Sin embargo, en lugar de arrebatarle el móvil, sólo consiguió empujarle hacia atrás, haciéndole caer de espaldas. Él se agarró a su brazo provocando que le siguiera en su caída.

El móvil continuaba sonando a su lado, pero Maddie había dejado de oír nada. Se encontraba apoyada sobre el pecho de Jake, demasiado cerca de él. Estaba segura de que incluso podría sentir su corazón acelerándose a través de su camiseta.

Algo parecido a una descarga recorrió en un instante su cuerpo desde su costado cuando notó la mano de Jake en él, apretando suavemente su agarre por debajo de su camiseta.

Él sonrió, y Maddie supo que estaba en problemas. Estaba a punto de reírse de ella, y ella parecía haber olvidado incluso cómo respirar.

—¿Puedo al menos apagar el sonido? —preguntó divertido.

Fue cuando se percató de que el teléfono aún le vibraba en la mano.

—Sí, perdona… —Comenzó a incorporarse, y por un segundo creyó sentir que él la

retenía. Antes de quedarse mirando sus labios, volvió a moverse y se separó de él, esa vez con acierto. Se sentó, perdiendo su mirada en el infinito, intentando sofocar el rubor que le había subido a las mejillas.

Jake, a su lado, quitaba el sonido al móvil, y no dijo nada más. El de Maddie vibró de nuevo un momento después, y ella suspiró procurando ignorarlo.

Jake no había vuelto a decir nada. Sólo permanecía sentado junto a ella, mirando al mismo horizonte.

—No tienes que quedarte aquí, Jake —le ofreció.

—¿Quieres que me vaya?

Lo miró por un instante. El cielo sólo podía soñar con conseguir un tono dorado como el de sus ojos.

Dirigió su vista al frente mientras abrazaba sus propias piernas.

—No —se atrevió a decir.

—Bien. Además, no tengo a nadie más a quien seguir.

Después de un momento, se tumbó en la hierba intentando relajar los nervios y recordar por qué estaba allí. Con Jake cerca le costaba centrarse en cualquier cosa que no fuera él.

Él siguió su ejemplo y se tumbó también a su lado. Se quedaron ambos mirando al cielo que iba perdiendo su color a cada minuto que pasaba.

—No siempre estaba cumpliendo órdenes —le dijo de pronto. Se movió en su sitio para mirarla, pero ella no tuvo la valentía de devolverle la mirada—. A veces sólo era un psicópata detrás de ti —le concedió.

Maddie se rio suavemente en su sitio, sin querer pensar realmente en lo que le estaba diciendo. Ya había pasado por lo de hacerse ilusiones. Él sólo estaba allí para controlarla, igual que había hecho desde el día que se conocieron.

—Eso no deja muy bien a mi hermano —se giró entonces a mirarlo. No pudo evitar pensar que tumbado en la hierba parecía sacado de un sueño, y, ante ese pensamiento, percibió su pecho hundiéndose bajo el peso de las ilusiones frustradas.

—No, la verdad es que no —le dijo él, ajeno a la lucha de pensamientos que Maddie estaba viviendo. Se quedaron mirándose durante un largo rato hasta que a ella se le ocurrió un nuevo tema del que hablar.

—Cuéntame la historia de tu Triumph —le preguntó, recordando una de las muchas incógnitas que Jake despertaba en su cabeza, como la preciosa moto que permanecía tapada en el garaje de Brody. Nunca le había visto usarla.

Pero parecía que no era el tema indicado. Jake torció el gesto rápidamente y, después de apartar su mirada, se sentó, alejándose de ella.

—No tiene mucha historia —dijo.

Ella se incorporó a su vez. Su comportamiento era la prueba de que sí la tendría, como se imaginaba.

—¿Nunca la montas?

—No.

—¿Por qué?

Se quedó un rato en silencio, y Maddie no estaba segura de que fuera a contestarle.

—No es mía —dijo al final.

Él no había vuelto a mirarla desde que la conversación giró en torno a la moto. Trató de descubrir el motivo de su repentino cambio de humor, hasta que cayó en la cuenta. Le cogió el

brazo y lo apoyó en su regazo mientras buscaba la fecha dibujada con números romanos en él. Pasó los dedos por encima, como ya había hecho días atrás.

—Es… ¿Era de tu hermano? —preguntó con cautela.

No respondió. Sólo se giró para contemplarla, y cuando ella levantó la vista de la fecha, se encontró con sus ojos. No la estudiaban, como de costumbre. Sólo descansaban sobre ella.

Había una pequeña línea dibujada entre sus cejas, pero sabía que no era enfado. Era pesar.

Entonces cambió su expresión, y una pequeña sonrisa amenazó con curvar sus labios. Maddie se concentró en no bajar la vista a su boca, aunque le estaba costando demasiado; así que se abstrajo en los números de su tatuaje.

—Mi turno —dijo él.

No dijo nada, así que él continuó.

—¿Cuál es la verdadera Madison?

Frunció el ceño ante aquella pregunta, ya que no estaba segura de a qué se refería, y le dejó seguir explicándose.

—¿La de la estación o ésta?

Esperaba su sonrisa de suficiencia, pero se encontró con que él estaba serio. Realmente quería saber la respuesta.

—No puedo decírtelo —contestó.

Él cogió la mano que aún bailaba sobre su brazo y, tirando de ella, la hizo acercarse a unos centímetros de su cara.

—¿Me haces trampa, Madison? —le preguntó con un tono amenazador, aunque ella sabía que únicamente buscaba ponerla nerviosa. Y lo conseguía.

—No, yo… No sé la respuesta —admitió al fin.

Había pasado nueve meses alejada de Plantío, intentando ser quien debía ser, quien su hermano quería que fuera. El top de flores que le vió a su llegada era de la Maddie universitaria. En parte, también influenciada por su compañera de habitación, Lizz. No le había disgustado ser esa Maddie, aunque no estaba segura de ser aquella chica.

Había partes de su vida allí que había echado demasiado de menos para ser realmente ella.

Y, por otro lado, entre los moteros tampoco era capaz de encontrar su sitio, especialmente porque su hermano le ponía todas las trabas posibles para poder ser una más. Entendía por qué lo hacía, pero ella había dejado de ser una niña hacía tiempo, aunque él parecía no querer entenderlo.

—¿Temes que no le guste a tu hermano? ¿O que sí lo haga? —Jake aún sujetaba su mano, pasando su pulgar de un nudillo a otro mientras formulaba más de sus preguntas.

Se encontraban más cerca de lo normal, y Maddie empezaba a perder el hilo de su conversación. Bajó por un momento la mirada a sus labios, y cuando la alzó hasta sus ojos, se encontró que los de él se perdían así mismo en su boca.

Se separó levemente, tratando de disipar los nervios que hormigueaban por todo su cuerpo, no sólo sus dedos, y al hacerlo recuperó un poco del aire que le faltaba en los pulmones.

Luego se centró en el brazo de él, aún descansando en su regazo, y cuando él liberó su mano, continuó siguiendo los trazos de tinta que cubrían su piel. Pasó de la fecha al reloj de arena. Apenas quedaba arena que pudiera caer. El tiempo había terminado. Después subió hasta el soldado con alas, el que mostraba su esqueleto por debajo. Un ángel caído, o un soldado derrotado. Sabía que era un dibujo de muerte. Subió hasta el texto escrito en caligrafía perfecta. *Ya no habrá muerte* , decía la primera frase.

Habló sin pensar en lo que decía.

—Es tu hermano. Todo esto —dijo revisando rápidamente los dibujos y haciéndose cargo de sus palabras.

Cuando miró a Jake, volvía a tener una línea dibujada entre sus cejas. No dijo nada, y al cabo de un momento simplemente asintió.

Entonces se fijó en su otro brazo, moviéndose para poder ver mejor sus tatuajes. Él dejó que lo cogiera y siguiera recorriendo los dibujos con sus dedos. Lo hizo a lo largo de la serpiente que lo envolvía mientras lo giraba para ver cada uno de sus diseños. Los recordaba vagamente, pues cuando los observó en el puesto de Brian había estado demasiado nerviosa buscando un hueco donde dibujarle el osito gruñón.

Encontró el reloj de arena gemelo al del otro brazo, pero con una diferencia: en éste quedaba toda la arena por caer. Luego siguió hacia abajo las ramas de espino que se entrelazaban con la serpiente alrededor de su antebrazo hasta su muñeca.

Subiendo nuevamente, encima de su codo empezaban a aparecer los huesos y calaveras que se iban amontonando unos sobre otros, con algunas plumas negras en distintos sitios. Pero no encontró el cuervo del que procedían. Recordó entonces las alas que cubrían sus hombros. Las que descubrió la tarde en que él y Dylan volvieron magullados, con cortes por todo el cuerpo. Aquellas plumas pertenecían a sus propias alas. Estaba segura, pues había memorizado perfectamente su diseño.

Donde terminaban los dibujos y comenzaba su piel, pequeñas escamas sombreaban su brazo en distintas zonas. Se quedó quieta cuando llegó a esa parte. No sólo tenía un dibujo de una serpiente rodeando su brazo. Había convertido su piel en la piel de una serpiente.

—¿Eres tú? —preguntó confusa.

Cuando alzó la mirada se encontró con los ojos de Jake, pero no con sus palabras—. Es como tú te ves —continuó, aunque no estaba segura de que fuera una pregunta.

Él se mantuvo en su silencio mientras el peso que aplastaba su pecho se hacía mayor. Siempre le había parecido que Jake era peligroso, pero lo que veía en sus dibujos era distinto. Él se veía letal, como una serpiente, apilando calaveras. Como un cuervo en busca de cadáveres, o un ángel caído que prometía muerte.

Se preguntó si tendría algo que ver con el fallecimiento de su hermano. Si él habría sido responsable de algún modo. Creía que al menos él lo sentía así. Se había tatuado ambos brazos tras su muerte.

Cuando volvió a mirarlo, él había permanecido inmóvil. Continuaba observándola sin decir una palabra.

—No hace falta que hablemos de ello, si no quieres —dijo finalmente, rindiéndose a su mutismo. Si tenía razón en lo que estaba pensando, lo más seguro era que no quisiera hablar de su hermano, y menos con ella.

Y aunque deseaba saber más, conocerlo más, no quería hacerle pasar por algo que le hiciera daño.

—No quiero —dijo él. Entonces movió su brazo bajo la caricia de Maddie hasta que alcanzó su mano y la entrelazó con la suya. Ambos bajaron su mirada hasta ellas mientras Jake jugaba con sus nudillos de nuevo, y se quedaron en silencio durante un largo rato.

El sol había terminado de esconderse cuando Maddie habló, bajo las estrellas que los rodeaban.

—Antes, en mi casa, cuando te recordé que no confiabas en mí…

—Te dije que no debería —repitió él.

Ella sonrió.

—Eso quiere decir que lo haces. Que confías en mí, ¿verdad? —preguntó animada. Empezaba a formarse una idea en su cabeza, y necesitaba que Jake la siguiera.

—¿Es una pregunta trampa? —Él también había recuperado su sonrisa, haciendo reaparecer el hormigueo en los dedos de Maddie. Aunque el Jake del ceño fruncido seguía siendo más guapo de lo que nunca admitiría, estaba segura de que el Jake que sonreía podría meterla en todos los problemas que quisiera, de proponérselo.

—Ya sabes que sí —contestó ella sin poder contener una pequeña risa.

Jake suspiró antes de responder a su pregunta.

—Confío en ti, Madison, y en tu habilidad para meterme en líos —le dedicó otra de sus sonrisas, la que esperaba molestarla.

Sin embargo, no lo consiguió. Ella se levantó, y tiró de su mano hasta que él también se irguió a su lado.

—Bien. Vamos.

XXI.
OBLIGATORIO

Aparcaron sus motos frente al *Rincón* . Era el único restaurante que servía hamburguesas y platos rápidos para llevar dentro de Plantío, y además, todo casero. Desde hacía tiempo se había convertido en el lugar favorito de familias y jóvenes en el pueblo, dependiendo de la hora.

—Un poco triste para una primera cita. Te lo has currado poco —le picó Jake poniéndose a su altura con sus grandes zancadas.

Maddie notó una descarga de nervios recorriendo bruscamente su cuerpo.

—¡Esto no es una cita! —dijo más nerviosa de lo que pretendía, y consiguiendo que él se riera a su lado—. Además, aún me estoy pensando si perdonaros por haberme engañado, no te confundas —intentó salir airosa de la conversación.

Pero Jake decidió dedicarle una de sus sonrisas.

—Entonces me toca invitar a mi —dijo burlonamente.

Ella puso los ojos en blanco.

—No venimos a cenar —anunció pasando de largo por delante de la puerta.

Sin embargo, Jake se había detenido justo ahí.

—¿Y a qué venimos?

—Tengo que recoger una cosa —se encogió de hombros, como si fuera una respuesta obvia.

—Y no es la cena —repitió Jake, haciendo que no pudiera contener su risa. Desanduvo sus pasos y le empujó hacia el restaurante.

—Pide algo si tanta hambre tienes. Ahora entro yo.

Pero sin darle opción a separarse y seguir su camino, retuvo su mano aún sobre su pecho.

—¿A dónde vas? —preguntó. Luego echó un vistazo rápidamente alrededor antes de volver a centrarse en ella.

—¿No has dicho que confiabas en mí? —Apenas había distancia entre los dos, y cuando eso pasaba solía perder la concentración. Así que trató de olvidar lo cerca que estaban sus labios o la forma en que se curvaban.

—En realidad, he dicho que confiaba en tu habilidad para meterme en líos.

Respiró hondo, notando ese aroma a tierra húmeda y frescor que tanto le gustaba.

—Jake…

Él soltó su mano y dio un paso atrás.

—Tienes cinco minutos antes de que me convierta en un psicópata detrás de ti —la avisó.

Ella frunció los labios para evitar sonreír como una tonta, que era lo único que le apetecía.

—La mía con bacon —dijo antes de empujarlo levemente de vuelta al restaurante.

Sólo tardó tres minutos en recoger las llaves que había ido a buscar. Todavía le sobraban dos minutos, y se preguntó hasta qué punto Jake podría volverse un psicópata detrás de ella. Luego se forzó a recordar que, por muy bien que hubieran conseguido llevarse, él solo era el

perro guardián, vigilando siempre sus pasos.

Seguía pensando en ello cuando entró en el restaurante y lo encontró al lado del mostrador. No fue hasta que sus miradas se cruzaron, que Jake se apoyó sobre éste, algo más relajado.

Se acercó hasta donde estaba, tratando de obviar sus ojos persiguiéndola, y el rubor que despertaba con ello.

—Y me ha sobrado un minuto —dijo con suficiencia, intentando sonar como él siempre hacía—. ¿Cómo va mi cena? —preguntó después.

—¿Dónde estabas? —se interesó él a su vez.

No sabía si era preocupación, o simplemente el deseo de tenerla siempre controlada; de cumplir las órdenes de su hermano.

—Recogiendo algo —dijo únicamente. Se le pasó por la cabeza que quizá había sido una mala idea haber ido hasta allí. A lo mejor él sólo fingía interesarse por ella mientras no le diera problemas, y en cuanto se salía un poco de su control, volvían a la casilla de partida.

Entonces les entregaron las hamburguesas, y Jake cogió su mano para salir del restaurante. Sus dudas se disiparon. Estaba segura de que aquella idea le iba a gustar.

—¿Me sigues? —le preguntó mientras se ponía el casco. Él también se lo puso, y asintió a su lado.

Dejaron Plantío atrás mientras Jake la seguía con la moto. A medida que aumentaban la velocidad, también lo hacía el latido de su corazón, pero no quiso parar a preguntarse el motivo. No le había dicho que saldrían de Plantío, y no se habría planteado aquel plan de no haber ido con él. Condujo más rápido que de costumbre, con la imagen del motero de Celtos acechándola en su cabeza, mientras se obligaba a pensar que con Jake estaba segura.

Cuando llegaron a su destino, un callejón abandonado, aparcaron sus motos. Al mirar a Jake, vio que éste permanecía alerta vigilando alrededor, y casi dio un respingo cuando le cogió la mano.

—Ven —le condujo hasta la puerta que más tarde cruzaron. Podía imaginarse su ceño incluso en la total oscuridad en la que se encontraban.

Con lo que no contaba era con que le volvieran a la mente las imágenes del taller en la noche que la tormenta apagó la luz. Sus brazos chocando contra ella, y rodeándola.

Cuando se percató de cómo su respiración se estaba descontrolando, soltó su mano y se alejó.

—Espera aquí —dijo con el único hilo de voz que fue capaz de pronunciar.

No escuchó ningún paso detrás, y al encender las luces encontró a Jake en el mismo lugar donde le había dejado.

Entrecerraba los ojos mientras se hacía a la repentina luminosidad a su alrededor. Luego le observó girarse, contemplando el estudio en el que estaban.

Las paredes de color verde botella estaban llenas de dibujos en blanco y negro enmarcados. A un lado de la habitación había una camilla en cuero negro, y junto a ella dos taburetes con ruedas. Al otro lado, una silla alta tapizada en el mismo cuero negro que la camilla.

—El toque final —dijo Maddie mientras se colaba tras el mostrador y daba a un interruptor. Las letras sobre ella se iluminaron, mostrando el nombre del estudio de Brian: Bold ink.

—¿Habías estado ya aquí? —le preguntó expectante. Siempre le había encantado el estudio, y esperaba que a él también le gustase.

Cuando se giró hacia él, descubrió que no había dejado de mirarla.

—Lo tenía pendiente —dijo.

Se movió, intentando olvidar los nervios que recorrían su cuerpo. No se le pasaba por alto que estaban solos allí, pero se concentró en lo que habían ido a hacer.

—Te hiciste los tatuajes antes de llegar a Plantío —afirmó mientras sacaba las hamburguesas de la bolsa y las ponía en uno de los carritos con ruedas que Brian tenía por ahí. Había contado más de seis hamburguesas. Sonrió al comprobar que comprar más hamburguesas de las necesarias era algo que solía hacer.

Luego se sentó en una de las sillas con ruedas y esperó a que él terminara de rondar el estudio. Cuando lo hizo, se sentó en la otra silla y se acercó a ella.

No tardaron en ponerse a cenar.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó él después de un tiempo.

—Voy a hacerte un tatuaje. Uno de verdad.

—No pienso dejar que me hagas otro osito enfadado —repuso molesto, aunque no fue capaz de mantener su cara seria en cuanto Maddie empezó a reírse.

—Vamos, sé que en realidad te gustó. Seguro que fuiste corriendo a enseñárselo a Fred y Colin. Y Jordan dijo que te hacía más temible incluso—. Se encogió de hombros ante todas las mentiras que estaba diciendo mientras se reía.

Él extendió su pierna y movió la silla de ella, acercándola a la de él.

—Veo que has olvidado mi promesa —le dijo en un tono amenazador.

Sus piernas estaban entrelazadas, y las manos de él habían frenado el movimiento de su silla sujetando sus caderas.

—¿Qué promesa? —preguntó totalmente perdida. Sólo estaba segura de que seguía respirando porque su pecho se movía arriba y abajo en su esfuerzo.

Entonces él mostró una sonrisa que gritaba peligro mientras le susurraba.

—Que pienso devolvértela. Puede que tenga una o dos ideas para hacerte.

Tardó más tiempo del que debería en separarse, y lo hizo a regañadientes.

—No pienso dejar que me tatúes nada —fue capaz de decir.

—¿Qué? ¿No te fías de mí?

—Nunca me fiaría de ti —mintió, y frunció los labios escondiendo así su sonrisa.

—Vas a romper mi duro corazón.

—Ignoraba que tuvieras uno. —Llegados a ese punto, ninguno de los dos era capaz de esconder su buen humor.

—Siempre puedes dibujármelo —le ofreció.

No se le ocurrió qué más decir, así que sacudió la cabeza levemente y se concentró en la hamburguesa que tenía entre sus manos.

—Eres idiota.

Al cabo de un rato, fue Jake quien volvió a preguntar.

—Dime, ¿de qué va eso de los bizcochos? —Se refería a lo último que había dicho a Dylan antes de salir de su casa enfadada.

Maddie suspiró. Al menos había conseguido olvidarse de su hermano durante bastante tiempo.

—Significa paz —explicó.

—¿Tan buenos están?

Ella se rio suavemente.

—Supongo.

—Por eso Dylan me ha mandado a comprar tantos desde que llegaste.

Ante su confesión, se rio otra vez, aunque no pudo esconder más tarde la tristeza en su voz.

—En realidad no me comí ni uno.

—¿Qué? —Un repentino enfado cambió su cara—. ¿Sabes que me levantaba a las siete para recogerlos?

—La idea era que fuera él a por ellos —dijo, y después suspiró. El gesto carecía de valor si ni siquiera se tomaba los diez minutos que llevaba acercarse a Marley's a comprar el bizcocho.

En otro momento, le habría encantado meterse con Jake por hacerle madrugar y llevarle un desayuno que luego ni siquiera tomaría; pero, de repente, eso no le apetecía en lo más mínimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él al ver que su ánimo había cambiado.

—Es que Dylan… No sé. A veces me arrepiento de haberme ido —dijo mirando la hamburguesa entre sus manos.

—Está bajo mucha presión —intentó darle algo de cancha a su amigo.

—Ya lo sé. Y sé que yo no ayudo, pero… —se encogió de hombros—. Siento que desde que me fui lo he perdido aún más.

Jake se acercó a ella. Le puso la mano en la barbilla y la alzó para poder ver su cara.

—Todo volverá a la calma —le prometió.

Ella se encogió de hombros una vez más.

—No sé si nosotros también.

Jake se quedó callado durante un momento, pero no apartó su mirada.

Debería sentirse nerviosa tan cerca de él, y sin embargo, sólo quería caer en sus ojos.

Fue él quien habló entonces.

—¿Sabes? Tus ojos siempre se escapan a mi memoria fotográfica.

—¿Qué le pasa a mis ojos? —Pestañeó confusa.

—Cuando estoy seguro de que son azules, los veo verdes, o al revés. A veces me parecen grises.

Ella sonrió. Sus ojos eran algo que tenía en común con su madre, y le gustaba que se hubiera fijado en ese detalle. Su hermano los tenía parecidos, pero de un tono más oscuro.

—Has descubierto mi secreto —dijo, y disfrutó viendo el desconcierto en su cara—. Me cambian como a los vampiros. Cuando tengo hambre, se van volviendo azules —se rio suavemente—. Es por la luz —le explicó finalmente, tal y como su madre hizo con ella años atrás—. Yo tampoco sé bien de qué color son, si te sirve de consuelo. Me gusta pensar que se parecen al cielo de Plantío.

No sabía en qué momento había empezado a susurrar, o cuándo el foco de su atención había pasado de sus ojos a sus labios, ni cómo se habían ido acercando poco a poco.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, pero ella se encontraba aturdida por el hormigueo de sus nervios a lo largo de sus dedos y su cuerpo, y todo le parecía lento. Como su movimiento hacia él, o la mano de Jake pasando de su barbilla a su cuello.

—Ostras, ¡perdón!

La voz de Brian cruzó el estudio rompiendo su silencio mientras los miraba alarmado desde la puerta de la trastienda.

Todo el entumecimiento en el que Maddie se había sumido al dejarse perder entre las

manos de Jake, se esfumó en un instante cuando vio a su amigo al otro lado del estudio.

—¡¿Brian?! —preguntó nerviosa mientras se levantaba de su asiento.

—Pensaba que íbais a hacer unos tatus. —Tenía cara de incomodidad.

—Íbamos ahora a ello. Estábamos cenando antes. Éste es Jake —le presentó rápidamente.

—¿Jake? Dylan me ha hablado de ti —se acercó para estrecharle la mano—. ¿Ya sabéis lo que vais a haceros? Venía a ver si necesitabas ayuda —se dirigió a Maddie con cara de disculpa, lo que la puso aún más nerviosa.

—No, lo tengo controlado. —Era incapaz de hacer desaparecer el rubor de sus mejillas, y se alegró cuando Brian siguió hablando.

—¿Puedo? —su amigo se había acercado a Jake, deseando ver los diseños de sus brazos. Él los alzó, dándole permiso para inspeccionarlos, y Maddie sintió una punzada de envidia. A ella le había tomado demasiado tiempo poder estudiar cada uno de ellos, y Brian iba a poder hacerlo nada más conocerlo—. ¿Dónde te los hiciste? Están muy guapos. Usaron una M2 para esto, ¿verdad? ¿Unas Cheyenne?

Empezaba a desvariar con las herramientas de tatuajes mientras Maddie contenía la risa al ver la cara de desconcierto de Jake. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que le hablaban.

—Brian, no todo el mundo es tan friki como tú.

—Mira aquí el trazo. Es super nítido, y muy fino. ¿Qué tiene, un año?

—Algo menos —respondió Jake.

Maddie le dedicó una sonrisa de disculpa que él respondió con otra.

—Déjale ya, Brian —empujó levemente a su amigo alejándole de Jake—. ¿Quieres una hamburguesa? Jake ha traído todas las que había con bacon del *Rincón.* —Empujó el carrito hacia él.

—Nunca digo que no a una hamburguesa del *Rincón.* —Cogió una al azar y empezó a desenvolverla. —Eh Jake, ¿sabes ya lo que te vas a hacer y dónde?

En esa ocasión fue Maddie quien respondió.

—Es una sorpresa. En este brazo —sujetó el brazo en el que estaban todos los dibujos dedicados a su hermano.

Él se quedó contemplándola sin hablar, pero por su cara, no le había entusiasmado la idea.

Imaginando su reacción, Maddie no se había atrevido a girarse hacia él. Cuando por fin lo hizo, descubrió que no se equivocaba. Todavía no había dicho nada, pero su mirada empezaba a darle miedo.

Con la intención de persuadirle, recorrió su brazo hasta alcanzar su mano, y la apretó levemente.

—Confía en mí —le susurró.

Tampoco contestó a su petición. Permaneció inmóvil.

—Bueno, voy preparándote la silla —dijo Brian, aún incómodo.

Después de un momento, ella volvió a apretar su mano.

—¿Vamos? —Él no se movió.

Lo bueno era que tampoco se había negado. Al menos no de forma clara, aunque no estaba segura de estar convenciéndole.

—Te prometo que no va a ser un osito —intentó la vía del humor sin mucho acierto—. Vale. Si no te gusta, te dejo que me tatues lo que quieras donde quieras. Esas ideas que tenías… —dijo nerviosa. Empezaba a dudar de lo que iba a hacer—. Venga, ven —tiró de él, logrando que por fin se moviera.

Una vez consiguió que se sentara en la silla, comenzó a buscar las tintas que necesitaba para el tatuaje. Él se puso a mirar un catálogo de diseños que Brian había dejado sobre la silla, y ojeaba por encima los dibujos. Pasaba las páginas rápidamente, hasta que de repente se detuvo en una.

—Eh Brian, ¿tienes uno de estos tú? —Le enseñó la página en la que se había detenido. Había una paloma blanca con un hueso en el pico. Maddie puso su concentración en lo que hacía, aunque ella había visto ese dibujo antes, en el brazo de Tanner. Pero no iba a darle más motivos a Jake para meterse con ella. De esos siempre le sobraban.

—Qué va tío. No me hago esas cosas —contestó Brian riéndose.

—¿Te lo piden mucho? —siguió preguntando él.

Maddie no estaba segura de si de verdad le interesaba ese tatuaje, o si sabía que Tanner lo tenía y estaba esperando a que ella saltara para empezar su burla.

A lo mejor simplemente estaba nervioso por el tema del nuevo tatuaje, y hablaba de cualquier otra cosa que se le presentase. Aunque nunca había visto a Jake nervioso, así que no estaba segura de cómo actuaría en caso de estarlo.

—De vez en cuando. No sé qué le verán, la verdad —Brian seguía la conversación.

—¿Sabes si lo tiene alguien del pueblo? Para echarlo de una patada en el culo.

Brian se rio, y después se quedó pensando un momento.

—Creo que el último que me lo pidió fue un surferillo. Así con el pelo rubio. El típico, vamos.

—¿Estás listo? —Maddie preguntó en voz alta, esperando que dejasen de hablar del tema.

Notó los ojos de Jake sobre ella durante un momento, segura de que había notado lo nerviosa que se había puesto de repente. Pero no pensaba hablar de Tanner. Ya habían discutido demasiado por él, y todo para que finalmente resultase ser un cabrón.

—Espero no arrepentirme. —Jake movió su brazo ofreciéndoselo. Ella empezó a girarlo y a mirarlo lentamente, buscando el lugar perfecto para su diseño.

Se quedó congelada cuando llegó al león. Repasó las líneas de la cabellera que se fundían con las llamas a su alrededor. Allí, escondido entre tantas líneas, había otro tatuaje. Uno pequeño, que había intentado ocultar con la pelambrera del felino.

—¿Todo bien? —preguntó él haciéndole dar un respingo.

—¿Eh? Sí. Busco dónde hacerlo, perdona. —Siguió girando su brazo mientras intentaba concentrarse en su tarea.

Encontró un espacio detrás del ángel, junto a sus alas, y, tras confirmar con Jake, le hizo apoyar su brazo sobre un soporte para trabajar bien.

—Como sea otro oso… —dejó la amenaza en el aire antes de que ella empezase a dibujar.

—Te prometo que no —le aseguró intentando infundir algo de confianza en él.

Apoyó la aguja sobre su brazo, y enseguida empezó a notar cómo se relajaban sus hombros. Cuando dibujaba, se perdía entre las líneas que trazaba. Siempre le había parecido que los dibujos eran una puerta a todo el mundo infinito que le abría su mente. Y ella siempre decidía atravesar esa puerta.

En su concentración, no se daba cuenta de que Jake sólo la contemplaba a ella, olvidándose del dibujo.

Cuando terminó, se quedó mirando el diseño, estudiando cada línea y comprobando que todo era tal y como se lo había imaginado. Una vez quedó contenta con el resultado, dejó que una sonrisa se extendiera en su rostro. Luego depositó la aguja en el carrito, y se quitó los

guantes. Cogió de él una botella pequeña y roció un poco de solución sobre el nuevo dibujo de Jake, para limpiarlo. Con una toallita dio suaves golpes para secarlo y eliminar cualquier resto que pudiera infectarle el tatuaje.

Fue entonces cuando recordó que el brazo que acariciaba era el de Jake, y los ojos que no habían dejado de mirarla eran también los suyos.

—¿Estás listo? —preguntó antes de dejar que su respiración se acelerase. Estaba nerviosa, expectante, y sobre todo, aterrada. No por la represalia que Jake pudiera tener con ella si no le gustaba. Si no porque, de verdad, deseaba que sí le gustase.

Cuando alzó la vista, se encontró con la mirada dorada de Jake, que aún no la había abandonado.

—No sé si quiero verlo —dijo él, y no podía asegurar si lo decía en broma o no. Puede que las dos cosas.

—Venga —le animó levantando la gasa del dibujo.

Observó cómo Jake bajaba su mirada y se encontraba con una rosa bordada bajo las alas del ángel derrotado, de su hermano.

Era incapaz de descubrir qué pensaba. Su gesto no había cambiado, y contemplaba su nuevo tatuaje sin expresión alguna; sin decir nada.

—Es como las de mi chaqueta. Una por cada persona que se ha ido —le explicó.

Entonces él la miró, pero no dijo nada. A Maddie empezaron a entrarle los nervios.

Hasta ese momento había pensado que era una buena idea. Era un símbolo que en su banda habían empezado a usar todos, después de que Dylan y Harper le pidieran algunas flores como las que ella iba añadiendo a su chaqueta.

Cuando lo miró de nuevo, él estudiaba su cazadora con el ceño fruncido.

—Ésta es de mi madre —le indico una flor grande sobre el bolsillo izquierdo.

—Tienes demasiadas rosas en tu chaqueta.

—Una ya es demasiado —dijo ella mientras extendía un poco de ungüento sobre el nuevo tatuaje—. Esta vida, las motos… Supongo que somos masocas. Algunos no eran tan cercanos a mí, pero creí que también merecían su rosa, ¿sabes?

Jake bajó la vista hasta las manos de Maddie, que se movían suavemente sobre las nuevas líneas de su piel.

—Entonces, ¿te gusta? —preguntó, incapaz de contenerse más. No había dicho nada del tatuaje aún.

Contempló su mirada mientras pasaba de sus ojos a sus labios. Si un beso era su forma de decir que sí, entonces estaba deseando que respondiese a su pregunta.

—¿Chicos? ¿Estáis fugados o algo así? —Brian había aparecido desde la trastienda mirando su móvil, totalmente obtuso a lo que Maddie estaba empezando a desear más de lo que debería.

Pestañeó al verlo. Ni siquiera recordaba que siguiera allí.

Cuando vio que ella tenía cara de confusión, le enseñó su teléfono, aunque estaba demasiado lejos para que ella pudiera leer el mensaje que aparecía en la pantalla—. Dylan ha mandado un *obligatorio* para saber dónde estás, Maddie —explicó.

—Joder —dijo ella levantándose. No sabía si preocuparse o cabrearse, aunque la segunda opción le salía de una forma más natural, especialmente después de cómo habían acabado la discusión aquella tarde.

—Tengo que decirle… —intentó excusarse Brian.

—Sí, no te preocupes. Contéstale. Nosotros ya nos vamos. —Recogió rápidamente lo que había utilizado, aunque Brian insistió en que lo dejase todo donde estaba, y él se encargaría.

Cuando Dylan mandaba un *MRO* , Mensaje de Respuesta Obligatoria, todo el mundo se ponía a hacer aquello que él demandaba. En pocas ocasiones había mandado alguno para encontrar a Maddie.

Y cuando había descubierto que alguien sabía algo y no había contestado a su mensaje, las represalias habían sido terribles. Así había conseguido que todo el mundo se tomase en serio sus *obligatorios* .

Pero por muy bien que le funcionaran, Maddie no podía estar de acuerdo en las palizas que sus chicos daban a quienes no ayudaban, o los destrozos que hacían.

—Tú también deberías contestar —avisó a Jake.

Subieron rápidamente a sus motos con la intención de volver a Plantío cuanto antes.

—Eh, siento haberos interrumpido antes —le susurró Brian mientras le daba un abrazo.

—No digas tonterías. Es amigo de Dylan. Y escríbele ya. No quiero que tengas problemas por mi culpa —le dijo antes de ponerse el casco y prepararse para una discusión en su casa mayor que la que tuvo antes de marcharse.

XXII.
SUEÑOS

Era bien pasada la medianoche cuando aparcaron delante de su casa. El día le había parecido extremadamente largo, y todavía le quedaba algo con lo que lidiar, si bien esperaba hacerlo rápidamente. Las luces encendidas alumbraban el camino hasta la entrada, asegurándole que su hermano la esperaba en el interior, y se imaginaba que de no muy buen humor.

No tenía ganas de hablar con él. Tampoco sabía qué iba a decirle. Se sentía enfadada y dolida, y no le parecía que nada pudiera solucionarlo en aquel momento. Su idea era simplemente entrar para que la viera en casa y que de ese modo dejase todo el tema del *obligatorio* .

Jake seguía esperando sobre su moto. Podía intuir su nuevo tatuaje desde donde estaba, tapado con un film de plástico que lo protegía. Siguió recorriendo su cuerpo con la mirada, subiendo de su brazo a su hombro y su cuello, igual de fuertes. Luego por su mandíbula, sus labios y sus ojos, que le devolvían una mirada dorada y brillante a pesar de la oscuridad de la noche.

Había empezado a chispear, y las gotas dejaban un pequeño hormigueo en su piel, aunque dudaba que el cosquilleo de su tripa tuviera que ver con la lluvia.

—¿Quieres que pase contigo? —le preguntó él al ver que no se movía.

—No, no te preocupes, pero gracias —se negó. En realidad no tenía intención de discutir con su hermano. Esperaba poder pasar de largo y enfrentarse otro día a sus problemas. Por ese día, ya había tenido suficientes.

—Muy bien. Nos vemos mañana —dijo él, aunque tampoco se movió.

—Vale. Hasta mañana. —Tardó un momento en ponerse en marcha. Finalmente suspiró y bajó de la moto, dispuesta a entrar en su casa. Después de mirarlo más de lo que debería, y menos de lo que quería, no le quedaba otra.

La llave no estaba echada, y sólo tuvo que empujar levemente la puerta para que se abriera. No escuchó nada, pero había encontrado la moto de su hermano en la entrada. Sin duda estaba allí.

Cuando lo llamó, no contestó, pero tampoco hizo falta. Nada más entrar en el salón lo vio, sentado en el sofá. El cabreo que desprendía era simplemente visible.

Quizá pensaba regañarla por salir de Plantío, a pesar de haber ido con Jake. Se preguntó si el plan de aquella noche la metería también en problemas.

Luego se le ocurrió que quizá Brian le había contado lo que había visto en el estudio. Empezaba a ruborizarse cuando Dylan dio una patada a la mesa que había delante del sofá y la movió acercándola a Maddie. Sobre ella estaba la pistola que había cogido días atrás en el almacén de Marissa.

Al verla dio un paso atrás asustada, y luego se fijó en su hermano, que la taladraba con una mirada furiosa.

—¿Vas a explicarme qué coño hacía esto en tu armario? —Sus gruñidos no la asustaban tanto como los de Jake, pero sabía que debía ir con cuidado.

Se mantuvo en silencio, intentando recordar cuándo había hablado a su hermano del doble fondo de su armario. Pensaba que ese secreto era sólo suyo. Pero él se lo explicó rápidamente al ver su cara de confusión.

—¿Quién crees que ayudó a mamá a crear los escondites? —Seguía enfadado mientras hablaba de su madre.

—No quiero hablar contigo —intentó terminar con la discusión y dirigirse a su habitación. Sólo quería meterse en la cama y olvidar la tarde que había tenido, exceptuando quizá algunos momentos. Todos ellos con Jake.

Sin embargo, su hermano no iba a dejarlo estar y, dada su pasividad, empezó a gritarla.

—¡Maddie! ¿En qué coño pensabas? ¿Y si la necesitaba y resulta que no estaba en su sitio? Joder, ¡tienes que acabar con esto!

—No pienso hacerlo. Si tú estás dentro, yo también —respondió enfadada, sin saber de dónde salían sus palabras.

Su hermano se había levantado del sofá y seguía gritando.

—¿Y qué pensabas hacer con la pistola? ¿Matar a alguien? ¡Joder! ¡No sabes de qué va todo esto!

—¡Entonces cuéntamelo! —suplicó una vez más. Le parecía que siempre tenían la misma discusión y nunca eran capaces de ponerse de acuerdo.

—No.

—Dylan, estoy dentro. Ésta también es mi vida —trató de explicarle lo que no había querido entender durante años.

—Te irás a Manedo, estudiarás tu carrera y saldrás de aquí.

—¿Y si no es lo que quiero?

Dylan la miró furioso y respiró profundamente en un intento en vano de calmarse.

—Es lo mejor para ti y punto.

Sonaba como un hermano mayor responsable, y no soportaba cuando se ponía en ese plan. Aún menos cuando usaba esa frase para terminar siempre sus discusiones.

—¿Qué sabrás tú lo que es mejor para mí? Ni siquiera me conoces —le acusó sin pensar realmente lo que decía, y Dylan lo sabía.

—Maddie, ¡no me toques los cojones! ¡Esto tiene que acabar ya!

—¿O qué? —contestó retándolo—. No voy a irme. No voy a volver a la universidad. No me marcharé de nuevo —se atrevió a decir. Había querido decírselo desde hacía semanas, aunque esperaba poder hacerlo de una forma más civilizada y tranquila, porque sabía lo que iba a responder, estuvieran discutiendo o no. Habría preferido abordar ese tema en calma. Pero con el calor de la discusión, se le había escapado, y Dylan la miró con el mismo ceño que ella había imaginado cuando recreaba esa conversación en su cabeza.

—Me he partido el lomo para que puedas ir. No sabes lo que dices —se dio la vuelta, como si hubiera perdido la cabeza y no valiera la pena seguir discutiendo.

—¿Y pretendes que lo siga permitiendo? —preguntó. No sólo no había conseguido encontrar su sitio fuera de Plantío, sino que, sólo intentándolo, había metido a su hermano en más problemas sin haberlo sabido. No tenía muy claro cómo iba a ser capaz de perdonárselo algún día. Pero sí sabía que no iba a seguir dejando que todo se torciese más.

—No tienes que permitir nada. Te quiero fuera de aquí —le insistió.

—No vas a obligarme. Si quieres cumplir tu sueño, sal tú a por él.

Dylan siempre había querido recorrer el país sobre su moto. Antes de perder a su madre solía decir que cuando tuviera una moto sería libre; que podría ir a donde quisiera. Y, sin embargo, las circunstancias le habían retenido en Plantío.

Al principio se había culpado por ello, segura de que si había seguido allí había sido por tener que cuidarla. Pero ya no era lo único que le retenía. Estaban la banda o los negocios que tenía en el pueblo.

—No me jodas Maddie. Yo no puedo abandonarlos, pero tú…

—¿Abandonarlos? —repitió ella dolida—. ¿Piensas que yo te abandoné? —preguntó, aunque sabía la respuesta. Por mucho que su hermano lo negase en aquel momento, lo había sabido desde la noche en que cogió el autobús. Y no había necesitado que Harper la acusara de traidora por marcharse, cosa que hizo en más de una ocasión. Siempre había sabido que los abandonaba: a Plantío, a su hermano; y todo por un sueño que no era el suyo. Un sueño que nunca iba a poder cumplir.

—No quería decir eso —se excusó Dylan, acercándose a ella para intentar apaciguar la discusión.

—¿Entonces por qué iba a ser diferente contigo? —Procuró volver a centrarse en lo que estaban hablando y no en el vacío que sentía en su estómago.

—Es diferente.

—¿Por qué? —insistió ella.

—Porque aquí la gente cuenta conmigo —dijo Dylan, y suspiró un momento después—. No quería… —intentó volver a corregir lo que había dicho, pero ella le cortó.

—No, si es la verdad. Alguien tiene que sacarlos de sus marrones. ¿Pero qué pasa contigo? ¿Con tu vida?

Lo único que contestó su hermano fue un gruñido camuflado en un suspiro.

—No empezaste con las motos para esto —continuó ella.

—Maddie, la vida no es un sueño que cumplir.

Se quedó un momento pensando en las palabras de su hermano. Ella ni siquiera tenía un sueño, y él, que sí lo había tenido, lo había desechado por completo.

Al cabo de un rato fue ella quien suspiró y volvió a intentarlo de nuevo, sin mucha gana.

—Dylan. Me da miedo todo esto. Cada vez que pasa algo, te veo más cerca de la muerte. No puedes esperar que me quede a un lado. Eres todo lo que tengo.

—Por ese mismo motivo tú no puedes esperar que yo te arrastre a esto. —Su gesto recuperaba la furia que le había visto al entrar en la casa.

Volvían al punto de partida, y no sabía qué más decir. Era una discusión infinita.

—¿Eso dónde nos deja? —preguntó al cabo de un rato.

—Más o menos como al principio —repuso él molesto. Se imaginó que también estaría cansado de esa discusión.

—Entonces me voy a dormir.

Se dirigió a su habitación, pero Dylan le cogió la mano antes de que saliera del salón.

—Eh, aún podemos hablar, ¿no? ¿Dónde has estado?

—Como si no lo supieras —frunció los labios. Había mandado un *obligatorio* para saber dónde estaba, y sabía que, al menos, Brian le había contestado. Pero su hermano intentaba suavizar la situación, y ella se lo permitió.

Ni siquiera habían hablado del problema de Tanner. Todo había quedado atrás tras el

descubrimiento de la pistola en su armario. Pero no le apetecía rescatar esa otra discusión.

—Le he hecho un tatuaje a Jake —dijo finalmente en son de paz.

—¿Por su hermano?

Dylan había adivinado el tatuaje que Maddie había escogido aquella noche.

—Sí. ¿Le conociste?

—No. Vino a los pocos meses de perderlo.

Eso cuadraba con lo poco que había conseguido descubrir sobre Jake en las últimas semanas.

—¿Por qué está en la banda? —Era la primera vez que hablaban de él, y quería conseguir algo más, pero su hermano se encogió de hombros. —¿Dylan? Dime —le insistió.

Él suspiró, y luego añadió:

—Es un buen tío.

Maddie frunció el ceño. La gente no entraba en la banda por ser *buen tío* . Tenía que haber algo que pudiera ofrecer al grupo.

—¿Y qué más? —volvió a presionar.

Vio cómo su hermano se pasaba la mano por su pelo claro. Lo tenía un poco más largo que de costumbre y empezaba a ondularse en algunos puntos.

Se mostraba reticente a contestar, pero finalmente lo hizo.

—Sé que puedo contar con él. Podría encargarse de todo —añadió.

Le escudriñó mientras intentaba entender lo que quería decir, pero él mantuvo la cabeza gacha.

—Te refieres a si… — *mueres.* Sólo terminó la frase en su cabeza.

—He tenido que pensar en ello —confesó, y ella sabía que decía la verdad. En sólo unas semanas había encontrado unas mochilas preparadas para la fuga, armas, les habían atacado a ella y a su hermano en distintas ocasiones, y habían intentado secuestrarla a punta de pistola. Si ella había pensado en la muerte, él también lo habría hecho los meses atrás, sabiendo además de primera mano los desafíos a los que se enfrentaba.

La presión en su pecho aumentó, y los nervios recorrieron su cuerpo como una sombra que la engullía poco a poco. Sin embargo, se mostraba calmada.

—Claro —dijo, como si todo tuviera sentido, como si todo estuviera bien, como si el miedo no estuviera arrasando con todo en su interior—. Me voy a la cama —se despidió, y esa vez Dylan no la detuvo.

En cuanto cerró la puerta de su dormitorio, su respiración le recordó lo mal que se sentía. La calma que había podido mantener al despedirse de su hermano se había quedado en la puerta, convirtiéndola en un manojo de nervios.

Se quitó la chaqueta rápidamente y la tiró al suelo. No pudo deshacerse de más ropa antes de llegar a la cama y esconder su cara entre las almohadas. Esperaba que el sueño pudiera hacer que ese día terminara pronto, pero había demasiado rondando su cabeza como para que el cansancio pudiera hacer nada con ella.

Cuando al rato se dio por vencida, se sentó en la cama, y fue entonces cuando escuchó un portazo. Se acercó rápidamente a la ventana y encontró a Jake frente a la casa. En el mismo sitio donde le había dejado. Se preguntó si había estado esperándola todo ese tiempo, por si tuviera que entrar, en caso de que hubiera algún problema con Dylan.

Luego vio a su hermano acercándose a él y saludándolo de forma amistosa. Por supuesto todo lo que estaba imaginando eran exactamente eso, imaginaciones.

No la esperaba a ella, sino a Dylan. Éste había dejado claro los planes que tenía para Jake: sustituirlo si él no estaba. Ser su hermano cuando él faltase. Y se había permitido el lujo de fantasear con besos y caricias que no existían más que en su cabeza.

Pero cuando estaba con él, era incapaz de no imaginar esas cosas. Había tenido una tarde horrible, empezando por el descubrimiento de que Tanner sólo era un desgraciado que pretendía utilizarla mientras a su espalda se reía de ella. Le hervía la sangre sólo de pensarlo. Las cosas que dijo en el muelle... Esperaba que Jake no hubiera oído nada, pero se le había olvidado preguntárselo.

Se le olvidaba todo cuando estaba con él. Era como si entrase en una dimensión distinta donde sólo estaban ellos dos, y su corazón latiese más lento, por rápido que en realidad fuera. Sus problemas se mantenían delante de ella, pero no le parecían tan graves cuando estaba a su lado.

Y su mente volvía a él una y otra vez.

Iba a tener que hacer algo con eso, pero se prometió encargarse de ello otro día. Esa noche se permitiría pensar en él, y en cómo todo parecía distante cuando le hablaba; incluso cuando la miraba enfadado.

Se tumbó en la cama pensando en sus ojos dorados. La forma en que habían recorrido su rostro en busca de sus labios cuando le preguntó por su tatuaje. O cómo habían buscado algún indicio de malestar en su cuerpo cuando la encontró en el puerto.

Sus brazos alrededor de ella mientras la abrazaba y esperaba a que recobrara la compostura.

Si de verdad había imaginado todo, tenía un problema con su cabeza. Más le valdría usar esa imaginación para encontrar formas de ganarse la confianza de su hermano, que para soñar con una historia de amor que nunca tendría un final feliz.

Porque Dylan ya había puesto las cartas sobre la mesa, y a Jake le había tocado el papel de *Hermano 2* .

Si ya tenía problemas con el actual líder de la banda, no podía imaginarse cómo sería con Jake. Se rio suavemente cuando distintos escenarios transcurrieron en su cabeza.

Y pensando en él, finalmente cerró los ojos y el sueño triunfó.



Los días siguientes Maddie no tuvo ocasión de comprobar si lo que creía imaginarse era real o no. Jake estaba desaparecido.

No había encontrado ninguna excusa para acercarse al taller a verlo, y cuando por fin lo hizo, sólamente por aburrimiento, no estaba allí.

Por lo demás, su relación con Dylan pendía de un hilo y procuraba no encontrarse con él. Sabía que, si al final tenía que volver a Manedo a estudiar, se arrepentiría de no aprovechar cada rato con él. Pero, por el momento, le bastaba con no discutir más por cosas que no iban a tener arreglo.

Así que se pasaba la mayor parte del tiempo en su escondite, esperando, aunque jamás lo reconocería, a que Jake apareciera para hacerle compañía.

Sin embargo, la única compañía que había recibido durante aquella semana había sido la de algunas gaviotas y un gato perdido.

Únicamente salía de allí a la hora de comer, o para quedar con Harper cuando ella se lo pedía. Así que, en general, volvía a pasar los días sola.

Una de aquellas tardes, el calor había decidido hacer acto de presencia en Plantío, y Maddie cambió su escondite por el mirador. Se acercó a él con ganas de observar y, quizá, dibujar a las distintas personas que, en busca de un verano típico, llenaban la playa.

Aún no había apagado su moto cuando algo en el aparcamiento llamó su atención: una melena rubia. Antes de que se diera cuenta, su corazón había dado un salto, al igual que ella. Se escondió en el callejón detrás del hotel y se quedó observando.

Por un momento, le había parecido Tanner, aunque a la distancia a la que se encontraba, no podía estar totalmente segura. Tampoco estaba convencida de que recordase su forma de andar como para confirmar que fuera él.

Le siguió con la mirada mientras éste se subió a un coche con dos hombres más. Esperaba que sólo fueran unos surferos, pero la forma en la que se metieron todos en el vehículo, sin hablar y sin siquiera compartir una mirada, le dijo que había algo más.

Siguió el coche, dejando una distancia considerable. Cualquier vehículo era fácil de ver cuando no había tráfico. Así que sólo se acercaba cuando perdía al coche de vista al dar una curva.

Llegaron a una vieja fábrica. A juzgar por las ventanas rotas y las malas hierbas que la rodeaban, estaba abandonada. Había varios coches aparcados en el exterior, y se le aceleró el corazón cuando divisó la moto de su hermano entre los vehículos. A su lado se erguía la de Jake, y otras de sus amigos.

Los pasajeros del coche bajaron, y ella aguantó el aire cuando vio las armas que llevaban en sus manos.

Aún no había podido confirmar si se trataba de Tanner, pero en aquel momento ya no le importaba. Le preocupaba más que fueran a atacar a sus amigos.

Dejó la moto escondida en el camino y se acercó corriendo. En el silencio que reinaba, el sitio parecía desierto. Sin embargo, no podía ser así. Había demasiados vehículos aparcados.

Todavía no había escuchado nada, y no sabía si eso era bueno o no.

Siguió acercándose al edificio evitando el camino principal.

En cuanto lo alcanzó, lo rodeó mientras su corazón bombeaba desenfrenado en su pecho. Se topó con una verja cerrada. No tenía forma de llegar a la puerta trasera que divisaba desde allí, y no se atrevía a entrar por la principal.

Si Dylan estaba haciendo negocios con otra banda, no la querría allí. Y si era una trampa, como le había hecho creer Tanner, o quienquiera que se le pareciera, tampoco la querría allí. En definitiva, no debería estar allí, pero, ¿y si Dylan no sabía que habían aparecido tres personas más?

Escuchó unas voces que salían del edificio, y alzando la cabeza divisó una ventana rota. Se subió al contenedor que había pegado a la pared procurando no hacer ruido, y ascendió hasta la pasarela que rodeaba la fábrica. Estaba tan nerviosa que casi se tropezó con la barandilla, pero llegó a sujetarse contra la pared antes de hacerlo.

Respiró hondo antes de asomarse por la ventana, aunque lo que encontró la dejó sin la poca respiración que había conseguido controlar.

Dylan estaba en el centro de la nave, con un montón de cuerpos a sus pies. Cadáveres.

Personas muertas, sobre charcos de sangre que se extendían hasta los extremos de la planta.

El nudo que se formó instantáneamente en su garganta amenazaba con ahogarla. La imagen era demasiado macabra, y su hermano se encontraba en el centro.

Unos pasos más atrás, Jake y los demás se internaban en aquella pesadilla, si bien no llegó a ver a todos los de la banda.

Maddie se apartó de la ventana y encontró el hueco de una puerta unos pasos más a su derecha. Se acercó lentamente, esperando no hacer ruido al pisar sobre la pasarela metálica. Aún permanecía fuera del edificio, pero le preocupaba hacer cualquier sonido. Su respiración forzada se escuchaba demasiado alto para ella.

Según se acercaba, oyó a Dylan hablar, aunque no era capaz de entender lo que decía.

Cruzó el umbral de la puerta, y se escondió detrás de unas viejas cajas apiladas.

—¿Ese es Bill? —escuchó a Jake preguntar mientras su hermano se agachaba junto a uno de los cuerpos sin vida a sus pies.

Cuando Maddie se fijó en Jake, una figura en la pasarela que quedaba sobre él llamó su atención. Era uno de los hombres que había visto bajar del coche. El que había confundido con Tanner, aunque estando más cerca pudo reconocer que no era él.

Sin embargo, eso no hizo que se sintiera más tranquila. Se estaba asomando por la pasarela, moviendo su arma en dirección a Jake.

Sin pensarlo dos veces salió de detrás de las cajas.

—¡Jake! ¡Cuidado! —le gritó tan fuerte como pudo.

Y ese fue el momento en el que todo se descontroló. Dylan gritó su nombre al mismo tiempo que comenzaron a sonar disparos desde distintas zonas, sumiendo la vieja fábrica en un estruendo infinito. De repente, no veía a ninguno de los dos.

Se lanzó tras las cajas asustada mientras el terror la paralizaba. Las imágenes se mezclaban en su cabeza, y no era capaz de recordar quién había caído y quién se había cubierto a tiempo.

Cuando el eco de las balas cesó, seguía hecha un ovillo en el suelo, luchando por respirar. Le zumbaban los oídos, pero pudo escuchar la voz de Fred gritando desde el piso de abajo.

—¡Le han dado, joder!

—¡Yo voy a por Maddie! —alguien dijo después, pero ella no era capaz de escuchar nada más, salvo esas tres palabras repitiéndose en su cabeza: le han dado.

Sabía que abajo continuaban gritando, organizándose para salir de allí, aunque aquellas voces le parecían demasiado distantes. No dejaba de ver a Jake bajo la galería, mirándole con terror cuando ella le avisó. A Dylan a su lado, gritando su nombre sobre un manto de cadáveres. *Le han dado.*

XXIII.
SOLA

Su corazón galopaba con fuerza en su interior, como si no quisiera permanecer en su pecho. Ella no quería seguir teniéndolo en su pecho. Le aplastaba un dolor violento y agudo que no podía aguantar. Aquellas tres palabras en su cabeza se repetían con agresividad, mientras arrasaban todo en su interior. *Le han dado* . Había perdido a uno de los dos.

Seguía sofocada, luchando por no vomitar ante su angustia cuando alguien la cogió del brazo. Se revolvió rápidamente, más por instinto que por saber lo que realmente ocurría, apartando las manos que la sujetaban. Tardó demasiado en comprender que a quien había golpeado en la cara era a Colin.

Apenas podía ver nada con las lágrimas inundando sus ojos.

—¡Maddie, vamos, tenemos que irnos! —le urgió el motero.

Se percató de que ya no se oía ningún otro disparo. Todo había acabado. *Todo* . Una vez más, el dolor en su pecho la asfixiaba.

Colin tiró de sus manos, y, en ese momento, ella dejó que lo hiciera. La dirigió hasta el piso de abajo y cruzaron la planta evitando pisar la sangre de los allí caídos. Maddie necesitaba ver el cuerpo, saber quién había caído. Pero le aterraba mirar. ¿De verdad iban a irse y a dejarlos allí? A uno de los dos. *No se deja a nadie atrás.*

Se soltó de la mano de Colin, aunque aún no se atrevía a mirar.

—¡Maddie, vamos! —le gritó, intentando coger su mano otra vez. Pero ella dio un paso atrás.

—No podemos dejarlo aquí. ¡No se deja a nadie atraś! —chilló mientras de sus ojos no paraban de caer lágrimas.

—¿Dejar a quién? —preguntó entonces Colin extrañado, intentando de nuevo cogerla del brazo.

—A… a… —no era capaz de decir ninguno de sus nombres. Cayó de rodillas sin fuerza. No podía abandonarlos allí, a ninguno de los dos. Aunque viniera la policía, aunque la encontrase allí. No podía abandonarlos.

Colin la levantó del suelo.

—Maddie, no hemos dejado a nadie. Van todos a tu casa. Necesito que te levantes, ¡venga! ¡Tenemos que salir de aquí! —le instó.

Ella lo miró confusa, y cuando entendió sus palabras salió corriendo, apoyándose en él.

Según cruzaron la puerta de la fábrica pudo divisar varias motos alejándose velozmente.

—Maddie, ¿y tu moto? —Colin le preguntó a su lado. Se sentía tan entumecida que tardaba más de lo normal en dar sentido a lo que escuchaba.

—En el camino. La escondí… —No había terminado de hablar cuando él ya la dirigía hacia el punto que había indicado, y no le tomó tiempo encontrar su vehículo. La llevó hasta él, y la empujó para que se subiera rápidamente.

—¿Puedes conducir? —le preguntó, y viendo cómo seguía tardando en contestar le sujetó la cabeza entre sus manos—. ¡Maddie! —le gritó intentando captar su atención—. Eh, ¿puedes conducir?

Haciendo lo posible por concentrarse, frunció el ceño. Luego asintió lentamente. Cuando alzó la mirada, se fijó en que todos habían desaparecido de allí. Veía sus figuras alejándose por el camino.

Arrancó su moto de forma automática, y cuando empezó a moverse, Colin salió corriendo de vuelta a la fábrica a por su propia moto.

Una vez llegó a su altura, ella asintió con la cabeza haciéndole entender que podía continuar, y ambos aceleraron de camino a su casa.

Estaban llegando cuando unos cuantos de la banda se cruzaron en su camino. Seguramente volvían al viejo edificio a por la moto olvidada, la del caído, ya que había visto a Jordan llevar a alguien de paquete.

Aceleró aún más.

Nunca había conducido tan rápido como aquella vez. Había volado hasta su casa, y ni siquiera recordaba las curvas que había tomado. Sólo su deseo de que la aguja que marcaba la velocidad fuera más allá, pero ésta se resistía a seguir girando.

Cuando llegó por fin, encontró a todos fuera. Parecía una reunión de amigos, salvo por las caras largas. Todos se habían girado a mirarla; nadie la había saludado.

Dejó su moto rápidamente, sin recordar si había apagado el motor o no. Supuso que sí. Cruzó el camino hasta el porche sintiendo un barullo enorme en su cabeza, a pesar del silencio que había a su alrededor. Nadie hablaba, y cuando alguna mirada se cruzaba en su camino, rápidamente se desviaba con otro punto en el que enfocarse.

No paró de moverse hacia la casa. Se quedó congelada por un instante cuando vio la sangre que teñía los escalones. Notó su cuerpo acelerándose, y comenzó a correr hasta alcanzar la puerta, evitando pisar la sangre que marcaba el camino que habían seguido a su llegada.

Una vez abrió, se quedó paralizada. Sentía sus piernas temblando ante el torrente que arrastraba su cuerpo en una lucha encarnizada entre la paz de ver a Jake en pie, mirándola, y el cuerpo de su hermano tumbado en la mesa del comedor, aterrándola por completo.

Apenas pudo sostenerse contra el marco de la puerta mientras la calma que expandía su pecho se enfrentaba al nudo en su garganta, que ascendía y la asfixiaba.

Sabía que había más gente alrededor de su hermano. Seguramente uno de ellos fuera Saúl, el médico que a veces llevaban a casa para evitar que el hospital y la policía hicieran preguntas. Pero ella sólo veía a Dylan. Tumbado. Cubierto de sangre. Inconsciente. ¿Vivo? Eso esperaba.

Su corazón se retorció en su interior, amagando con romperse mientras la oscuridad recorría su cuerpo, dejándola entre tinieblas y silencio. No podía estar ocurriendo. Tenía que ser sólo una pesadilla. Una horrible.

En su cabeza sólo había una pregunta repitiéndose sin respuesta. *¿ Por qué no se mueve?*

No se percató de Harper junto a su hermano alzando su cabeza, ni cuando ésta llamó a Jake. Tampoco vio a éste moviéndose a grandes zancadas hacia su posición.

Solo pensaba en correr. En estar con su hermano e impedirle que se fuera. Pero dos brazos la habían rodeado y la separaban de él. Luchó contra ellos mientras la sacaban de la habitación y perdía de vista a Dylan.

—¡Suéltame Jake! ¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!

Seguía forcejeando en vano. El abrazo de él no se aflojó.

—Tranquila —dijo su voz grave. Hablaba calmado. Demasiado, teniendo en cuenta la situación y los gritos de Maddie.

—¡Suéltame! —repitió ella—. ¿Qué ha pasado? ¡Déjame verlo! —seguía intentándolo sin conseguir respuesta.

Jake la abrazó aún más fuerte. La tenía inmovilizada por completo. Su espalda estaba apoyada contra el pecho de él, y podía sentir su calor a través de la ropa.

Continuó moviéndose durante un momento, pero al final se quedó quieta, recostada en él. Él agachó su cabeza para apoyarla en su hombro.

Su respiración se debatía entre la calma que él le proporcionaba y el estrés de recordar a su hermano en la mesa del salón, inmóvil.

—¿Está…? —Su respiración se desbocó en un segundo. No podía pronunciarlo. Apenas podía pensarlo.

—No. No está muerto. Sigue luchando —dijo él calmado. Acarició levemente sus brazos antes de soltarlos al notarla más tranquila.

Ella se giró rápidamente.

—¡Hay que llevarlo al hospital! ¡Jake! Hay que… ¿Habéis llamado…? —Las palabras y preguntas se amontonaban en su mente, y no era capaz de terminar una sola frase.

Su cuerpo se movía sin control. El aire entraba y salía de su cuerpo con furia y, aún así, sentía que se ahogaba.

Jake se acercó una vez más y la abrazó sin darle opción a zafarse de él.

—Madison —la llamó. Quería escucharle, que su voz la calmase como solía hacer, pero no era capaz.

Se cogió a su camiseta temiendo caerse de no hacerlo. Empezaba a marearse. Por mucho que diera bocanadas, éstas se quedaban en su garganta. Un hormigueo le recorría todo el cuerpo con insistencia, llevándose con él sus fuerzas. Jake estrechó su abrazo y escondió su cara en el hueco de su cuello.

—Respira Madison, tranquilízate —le instó, aunque sin mucho resultado. —Va a ponerse bien.

Como si esas palabras la despertaran, trató de separarse, aunque él apenas le cedió unos centímetros.

—¡Eso no lo sabes! —le gritó. —¿Por qué no me dejas verlo? ¡Es mi hermano! Tengo que…

Intentaba empujarlo, pero no conseguía ganar nada de espacio.

Jake subió la mano al cuello de Maddie y comenzó a deslizar sus dedos suavemente sobre él, consiguiendo que dejara de moverse.

—Saúl necesita estar tranquilo para poder hacer bien su trabajo —le explicó con paciencia.

Notó cómo al terminar de hablar relajaba su abrazo alrededor de ella, al mismo tiempo que lo hacían sus propios jadeos. Se quedó mirándolo durante un breve momento, y luego lo empujó sin fuerza.

—No te aguanto cuando no puedo discutir contigo.

Él retuvo su mano sobre su pecho, y así ella pudo notar la breve risa que lo hizo vibrar.

Se quedaron en silencio mientras Maddie recobraba el ritmo de su respiración.

Cuando se hubo calmado, se alejó de él, notando que los nervios empezaban a ir en otra dirección. Dio unos pasos atrás, sin perder de vista la puerta del salón donde su hermano seguía

resistiendo, tal y como Jake le había dicho.

—Es terco como una mula. No va a terminar así. Nunca te dejaría sola —quiso animarla, aunque estaba lejos de tener éxito. En su cabeza, revivía la conversación que había tenido con él unos días atrás. Ya había dispuesto todo en caso de que llegase su final.

Sabía que no la dejaba sola, o eso pensaba él. Lo que no tenía tan claro era si Jake se quedaría en caso de que Dylan no estuviera. O incluso que ella pudiera seguir perteneciendo a la banda, o continuar en Plantío. Apenas lo hacía con Dylan, y Jake no había sido mucho más propenso a tenerla por allí.

Sacudió la cabeza levemente, intentando hacer desaparecer esos pensamientos.

—Jake, ¿qué ha ocurrido? —preguntó. Lo que había visto en aquella nave no tenía sentido, aunque tampoco tenía esperanza de conseguir realmente nada de información.

Por eso se sorprendió al escuchar su respuesta.

—Nos tendieron una emboscada.

Maddie se giró hacia él, y descubrió sus ojos dorados buscando su mirada.

—Cuando llegamos al punto de encuentro, los clientes ya estaban muertos. Y como viste, nosotros éramos los siguientes. Supongo que pretendían que pareciera una pelea entre nosotros y los de Bill.

Bill . Conocía ese nombre. Era uno de los compradores de Dylan desde hacía años. Y Jake había dicho que estaba muerto. Así, de pronto, su vida había terminado.

Se sujetó las manos cuando empezó a notarlas temblar.

Él había alzado la suya y había cogido un mechón de su pelo. Estaba distraído con él, mientras lo recorría con sus dedos. Se preguntó si le calmaría tanto como a ella, y se sorprendió deseando que así fuera.

—Gracias. Por tu aviso —dijo él de pronto.

Fue entonces cuando se fijó en lo cerca que estaban, y en las ganas que tenía de acercarse aún más.

—No debería haber estado allí.

Él soltó una risa breve.

—Si no hubiera sido por tu insistencia en desobedecer a tu hermano, la policía estaría ahora reconociendo mi cadáver en aquella nave.

Ella torció el gesto. Sólo de pensarlo notaba su pecho arrugándose como una carcasa podrida mientras subía y bajaba en un intento de mantener el aire circulando en su cuerpo.

—Eso no… —Se sujetó las manos con más fuerza, pero estaban fuera de control. Imaginarle sobre la montaña de cadáveres, con sus brazos y su cara cubiertos de sangre… ¿Y si no hubiera llegado a tiempo?

Necesitaba parar, calmarse; o tendría un ataque de ansiedad allí mismo.

—Madison, eh —alzó su barbilla sujetándola suavemente con sus gruesos dedos. Pero era demasiado tarde.

Le dio un manotazo mientras se separaba dando un paso atrás. El pecho empezaba a dolerle por la furia de sus bocanadas. Entonces Jake la envolvió en sus brazos sin darle opción a separarse. Tampoco quería hacerlo.

Uno de sus brazos rodeó su cintura mientras el otro subió hasta esconder su mano bajo su pelo, sujetándole el cuello. El hormigueo que estalló en aquel punto no tenía que ver con la sensación de ansiedad que entumecía sus manos.

—Estamos bien. Estamos bien, ¿vale? Tranquila —le susurró al oído mientras la mecía y

dejaba su aroma adherido a su pelo.

Sabía que hablaba de todos menos de su hermano. Su hermano no estaba bien. Permanecía en la mesa del comedor debatiéndose entre la muerte y la vida.

Hizo un esfuerzo por sacarlo de su cabeza mientras se concentraba en los dedos de Jake recorriendo su espalda, de arriba a abajo, y de vuelta hasta su cuello, donde dibujaba nuevos círculos invisibles sobre su piel, al tiempo que susurraba en su oído palabras de tranquilidad.

Quería mantener la compostura a pesar de la situación. Sólo necesitaba no imaginarse el peor de los finales de Jake o de su hermano para conseguirlo.

Intentó recordar a quién había visto en la entrada de la casa, pero sólo tenía imágenes de la sangre sobre los escalones del porche.

—¿Están los demás bien? —preguntó aturdida. Buscaba cambiar de tema y así mismo evitar las imágenes en su cabeza que la aterraban.

Los ojos de Jake volvieron a posarse en ella, insuflándole una calma que no creía poder sentir en ese momento.

—Sí. Dylan ha sido el peor parado.

Pero se negaba a pensar en su hermano. Apenas podía hacerlo.

Centrarse en Jake, en cambio, hablar con él, permanecer junto a él, le generaba una serenidad que no podía rechazar.

—¿Y tú? —Abandonó sus ojos a regañadientes para echar un rápido vistazo a su cuerpo en busca de algo que no quería ver. En más de una ocasión habían herido a Jake, y, sin embargo, siempre se había mostrado como si no le hubiera ocurrido nada.

—Yo estoy bien —poniendo la mano bajo su mentón le hizo alzar la cabeza para volver a posar sus ojos en los de ella. Como si los necesitase.

—Estás hecho una pena —reconoció con una pequeña sonrisa, y él se la devolvió—. ¿Qué te han hecho? Dímelo —inquirió, temiendo que le hubieran alcanzado a pesar de todo.

Después de un momento, liberó su mirada para que sus ojos volvieran a recorrer su cuerpo. Pero él le explicó antes de que pudiera preocuparse.

—La sangre es de tu hermano, de cargar con él. Sólo estoy cansado. —Vio cómo se pasaba la mano por la cabeza.

Su camiseta estaba llena de sangre, pero no era lo único; sus manos, sus brazos e incluso su cara también lo estaban. Le había dicho que no era suya, pero eso no mitigaba su preocupación.

Se le encogió el corazón al verle tan agotado. Era una imagen que odiaba. Le gustaba más cuando parecía de hierro, fuerte e impasible. Verlo vulnerable le causaba terror. Pensar que podría sufrir daño, como cualquier otro mortal.

—Ven —le cogió la mano y le hizo seguirla hasta donde tenían el tendedero con ropa colgada de esa mañana. Allí lo llevó hasta unos troncos que tenían apilados contra la pared para que se sentase, y luego cogió una camiseta de las que había colgadas. La mojó con la manguera que tenían junto a la pared de la casa y regresó junto a él.

Comenzó limpiando sus manos, aunque en un principio quiso hacerlo por sí mismo. Luego subió por sus brazos, liberando sus tatuajes de la capa rojiza que los cubría. Siguió con su cuello mientras intentaba imaginar de qué forma había cogido a su hermano para acabar totalmente lleno de su sangre. Seguramente lo cargaría sobre el hombro.

Evitó pensar en cuánta sangre habría perdido Dylan y se concentró en su tarea, moviendo la cabeza de Jake para llegar mejor a su cuello. Él había alzado sus manos y las mantenía

apoyadas en sus caderas. Las puntas de sus dedos se colaban bajo su camiseta, llevando el hormigueo desde sus dedos hasta la piel que él tocaba.

Abrió la boca para ayudar a que el aire llegase mejor a sus pulmones, sin mucho resultado.

Él mantenía los ojos cerrados, así que aprovechó para contemplarlo mientras pasaba lentamente la camiseta mojada por su cuello, eliminando los restos de una batalla perdida.

Cuando acabó con el cuello, le hizo alzar su cara para terminar de limpiarlo. Le vio abrir los ojos cuando puso su mano en su mejilla, y se esforzó en no devolverle la mirada, al menos hasta que finalizara. Empezaba a sentir nuevamente el cosquilleo en sus dedos.

—Ya está —apenas pudo decir cuando su cara estuvo limpia.

Se acercó al tendedero y cogió una camiseta de su hermano de color granate. Se la extendió.

—Puedes pasar a ducharte. Prometo no entrar como una loca al salón —le ofreció.

Él cogió la camiseta, pero no se movió.

—Luego me ducho —dijo, y, sin esperar, se quitó la suya para cambiarse.

Maddie desvió la mirada en cuanto se dio cuenta de que estaba con la boca abierta y que sus mejillas empezaban a teñirse del mismo color que la ropa que le había ofrecido a Jake.

—No voy a dejarte sola.

Se giró hacia él al escuchar esas palabras. Sabía que se refería sólo a ese momento, pero deseaba que fuera más allá. Que si Dylan la abandonaba, él nunca lo hiciera.

Volvió a mirar en dirección al salón. No se oía nada, y eso empezaba a disparar sus nervios.

—¿Estás bien? —Jake había terminado de vestirse, y la miraba visiblemente preocupado.

Ella negó con la cabeza, incapaz de seguir mintiendo.

Antes de que pudiera decir nada, él se acercó y la abrazó. Le llegó un leve aroma a su hermano desde la camiseta nueva que Jake se había puesto. Se agarró más fuerte a él, luchando contra las lágrimas que se formaban en sus ojos, deseando que la tranquilizara, como había hecho en las ocasiones anteriores.

Como si él pudiera escuchar sus pensamientos, movió sus manos lentamente alrededor de su espalda, y siguió recorriéndola con una de ellas hasta que alcanzó a su cuello.

Ella respiró profundo antes de sentir sus dedos dibujando círculos en su piel.

XXIV.
LENTO

No sabía cuánto tiempo habían pasado allí. A Maddie le tendría que parecer demasiado, pero le resultaba poco si pensaba en las manos de Jake. Le costaba mantener los ojos abiertos, mecida por los brazos de él, y agotada tras la adrenalina después de ver a Dylan en la mesa.

Jake no se movió ni una sóla vez incómodo a su lado, y ella se prometió que sólo se aprovecharía un rato más apoyada en él. Se habían sentado sobre los palets al fondo del jardín, y Jake había dejado de dibujar círculos en su cuello para hacerlo sobre su brazo.

Entonces la puerta del salón sonó al abrirse. Todo el cansancio que Maddie sentía, desapareció, con millones de pinchazos recorriéndole el cuerpo mientras se giraba con rapidez. Jordan estaba en la puerta, y les hizo un gesto con la cabeza para que se acercaran.

Salió corriendo hacia el salón, quedándose paralizada cuando vio la mesa del comedor. Estaba vacía. Dylan no estaba ahí, y Jordan ayudaba a otro chico a limpiar toda la sangre de la superficie. Demasiada sangre.

Intentó preguntarse qué significaba que su hermano no estuviera allí, pero el nudo en su garganta le impedía pensar. ¿Por qué nadie decía nada? Volvían a mirarla y a desviar la mirada con gesto de pena.

Jake la había alcanzado y, poniendo la mano en la parte baja de su espalda, empezó a empujarla con suavidad para que siguiera andando. Lo miró confundida, demasiado nerviosa para escucharle o entenderle.

Enseguida llegaron a la habitación de Dylan, y lo encontró sobre la cama. Le habían arropado hasta el pecho, pero aún podía ver las vendas que cubrían su hombro. Continuaba dormido.

Harper estaba a su lado cogiendo su mano, y en cuanto les oyó acercarse, la llamó.

—Ven, *Di.*

Una vez se acercó, le cedió su asiento y le entregó la mano de Dylan, que ella cogió temblorosamente.

—Harper… —No era capaz de formular ninguna pregunta. Sólo esperaba que ella le dijera algo.

Su amiga le acarició el pelo mientras seguía mirando a Dylan.

—Le han dado en el hombro y en el costado. Ha estado cerca.

Ella se quedó mirando a su hermano mientras trataba de respirar despacio. Continuaba dormido, aunque tenía una línea entre las cejas, seguramente fruto del dolor.

Luego se volvió a su amiga, intentando controlar las lágrimas en sus ojos; el miedo que sentía.

—Pero… —No sabía realmente qué preguntar, o qué quería saber. Y sin embargo, Harper le dio la respuesta que necesitaba.

—Se pondrá bien. Sólo le hace falta un poco de tiempo. —Sonrió levemente con un gesto

que no llegaba a sus ojos.

Se preguntó hasta qué punto su amiga estaría aterrada como ella, y, sin embargo, había mantenido la calma para ayudar al médico y para permanecer al lado de Dylan, mientras que ella había tenido que salir y esperar en la distancia.

Quizá irse a Manedo no era tan mala idea, si no era capaz de hacer nada bueno por su hermano cuando más lo necesitaba.

—Vale —aceptó, decidida a mantener la compostura al menos en ese momento, como Harper había estado haciendo. —¿Hay que comprar medicinas?

—Yo me encargo, Maddie —se ofreció Jordan desde la puerta. Se alegraba de que todos quisieran ayudar, pero entonces a ella no le quedaba otra tarea que hacer, más que quedarse allí pasiva.

—Vale —contestó con un nuevo intento de sonrisa.

Se centró en su hermano. Después de un tiempo, notó cómo, aún dormido, movía la mano para escapar de su agarre, y se percató de que estaba sujetándola con demasiada fuerza.

Pensaba que verlo tumbado, descansando, sanando y a salvo la tranquilizaría, pero no dejaba de imaginar los otros posibles finales al ataque de aquella tarde.

Sostuvo su mano y la colocó sobre su tatuaje, como ya había hecho en ocasiones anteriores.

Le preocupó tener razón en lo que le había dicho días atrás: cada vez lo veía más cerca de la muerte. Con cada nuevo ataque, volvía peor. Siendo así, no podía culparle porque no quisiera que formara parte de ese mundo, aunque tampoco era su decisión.

—Eh. —Jake se había agachado a su lado y había puesto la mano en su costado para llamar su atención, si bien en aquel momento sus dedos no alcanzaron a rozar su piel.

Maddie dio un respingo cuando su repentina presencia hizo desaparecer sus pensamientos. Del susto, había soltado la mano de Dylan, y volvió a sostenerla con delicadeza. La colocó sobre el pecho de su hermano, que subía y bajaba tan calmado como su respiración.

Luego se giró hacia Jake, que parecía estudiarla, quizá para saber si iba a perder la cabeza por fin o no. Alzó su mano hasta tocar el *skyline* de su lugar secreto esperando calmarse, y él siguió aquel movimiento con la mirada.

—¿Quieres salir de aquí? —le preguntó.

Quería salir, alejarse, respirar. Quería que Jake jugase con sus nudillos, o incluso que se riera de ella. Quería que todo volviera a la normalidad.

—No, yo... No puedo. Tengo que quedarme con él —dijo, no muy confiada.

—Estoy seguro de que Harper cuidará bien de él —le ofreció una sonrisa.

Cuando Maddie la miró, ésta permanecía apoyada en la pared del fondo, sin levantar los ojos de Dylan. Se la veía cansada y nerviosa, y aún así, sabía que su amiga cuidaría de él mejor que ella, llegado el caso.

—Quiero quedarme un poco más —insistió.

—Lo que necesites.

Se quedó observándolo durante un momento. Empezaba a entender por qué Dylan lo quería en su vida, y por qué Jordan y los demás lo buscaban cuando su hermano no estaba disponible. Hacía sentir a los demás que estaban acompañados, que él cuidaba de ellos, que se preocupaba por ellos. En la banda no sólo importaban los negocios. Eran una familia, y Jake se comportaba como tal.

Él había traído a Dylan cuando quizá otro lo hubiera dado por muerto. Había cargado con

él. Y luego había pasado la operación con ella fuera, en lugar de en el salón, porque así es como ayudaba a su hermano.

—Gracias, Jake —le dijo, y lo decía de verdad.

Al ver cómo arrugaba las cejas ante sus palabras, le hizo gracia pensar que quizá no solían apreciar su trabajo. O puede que sólo le sorprendiera viniendo de ella. Entonces él se separó un poco más.

—Voy a salir con los chicos. Estaré fuera si me necesitas.

Ella asintió, y se concentró de vuelta en su hermano. Nada más sentir que la mano de Jake se alejaba de su cuerpo, se arrepintió brevemente de su decisión. Sin embargo, sabía que no sólo ella lo necesitaría.

Pasadas unas horas, Dylan empezó a moverse en la cama. Se le veía incómodo, y Harper le dijo que seguramente fuera por el dolor. Le puso algo más de suero, y no tardó en ver a su hermano relajarse.

Poco más tarde cedió su sitio a su amiga, y vio cómo ésta en seguida cogía la mano de su hermano y le colocaba el pelo que acariciaba su frente.

Salió a estirar las piernas. La casa estaba limpia y recogida. No había ni rastro de toda la sangre que unas horas atrás cubría el salón como en una horrible pesadilla.

Al salir de la casa, se encontró con que todos se habían ido de allí. Excepto Jake. Estaba apoyado en la fachada de la casa, mirando al infinito. Le parecía estar viendo el anuncio de un perfume. Cuando la sintió aparecer, su mirada cambió de rumbo, directa hacia ella.

—¿Dónde están los demás? —Había empezado a llover, pero todos sabían que podían entrar en la casa. Siempre había sitio para ellos.

—Han salido a hacer rondas, a ver si encontramos algún coche de los que vimos.

Lo miró extrañada. Primero, porque se lo contara con total naturalidad, sin necesidad de luchar por algo de información como siempre le pasaba con su hermano. Segundo, porque él se hubiera quedado allí.

—¿Y tú no vas con ellos? —le preguntó.

—Te dije que estaría aquí si me necesitabas.

Maddie pestañeó. De todas las respuestas que imaginaba, esa no era una de ellas.

—Sí, bueno, pero es algo que se suele decir… —le quitó importancia. No era como si le hubiera hecho una promesa.

Pero al parecer, eso era justamente lo que había hecho.

—Yo lo digo en serio —le dijo.

No sabía muy bien qué responder, así que después de un momento, sólo dijo —Vale—.

Se acercó a él, buscando el punto en el infinito que él contemplaba un momento antes.

—Pero si tienes que irte… —se forzó a decir.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó, haciéndola fijarse en él.

Sus ojos parecían atraparla, como una fuerza que la abrazaba y la hacía querer acercarse aún más.

Negó levemente con la cabeza, y vio cómo los labios de él se curvaban en una sonrisa.

—Muy bien —le dijo. Cuando ella se hubo acercado lo suficiente, él cogió su mano y empezó a pasar el pulgar por sus nudillos. No estaba segura de si era algo que hacía para calmarla a ella, o a él mismo. Como fuera, no quería que parara.

—¿Cómo estás? —quiso saber él después.

Seguía lloviendo a su alrededor, y quizá fuera por el ritmo de la lluvia, su sonido, o la voz

grave de Jake que la envolvió cuando habló, que sintió su corazón apacible. Alzó la mirada desde sus manos y se encontró con sus ojos esperando una respuesta. Si seguían en el mismo mundo que sus problemas, ella lo había olvidado. Podía perderse sólo estando cerca de él.

—Bien —contestó, sin tener muy claro a qué.

Entonces Jake dejó sus nudillos y agarró su mano. Dando un pequeño tirón la acercó hacia él, quedándose ambos a escasos centímetros. Maddie sintió su respiración entrecortándose.

—No me gusta que me mientas —dijo suavemente, pero con firmeza.

Pensó entonces en lo que había dicho.

Habían intentado matar a su hermano, y casi lo habían conseguido. En realidad no estaba *bien* , pero al menos estaba entera.

Cuando se fijó en él, comprobó que sus ojos dorados no la habían abandonado.

—Sólo quiero que se despierte —dijo al cabo de un rato.

El aflojó el agarre sobre su mano.

—Lo hará. Cuando haya descansado. —Luego se separó de la pared y de ella, y Maddie notó que volvía a respirar—. Voy a ir a por algo de cena. ¿Quieres venir?

Ella miró la casa a su espalda.

—No quiero alejarme demasiado. —Estando allí no iba a ayudar a su hermano a sanar más rápido, pero se sentía culpable sólo de pensar en distanciarse.

—No te preocupes. Con bacon para ti —le dijo mientras se abrochaba la chaqueta. La buscó con la mirada para saber su respuesta, que recibió en forma de sonrisa.

Entonces, de una zancada, recortó el espacio que los separaba, y le dio un leve abrazo con sólo un brazo. Ella elevó su mano, posándola sobre su estómago, duro bajo su tacto. Estaba segura de que era la primera vez que lo hacía, y notó sus nervios punzando todo su cuerpo. Luego él le dio un rápido beso en la frente, dejándola completamente perdida.

—No tardo en volver —anunció mientras se iba.

Maddie se quedó en el porche mirando cómo él salía bajo la lluvia y, ya empapado, se subía en su moto. No estaba segura de si llegó a mirarla, pues iba con el casco puesto.

Después de que él desapareciera de su vista, aún tardó un rato en moverse de vuelta a su casa, lista para que la oscuridad volviera a arroparla, lista para luchar a duras penas contra ella.



Jake había vuelto media hora después con la cena. Demasiada cena, especialmente con el ánimo que los envolvía. Maddie no tenía gana alguna de comer, y sólo lo hizo ante la insistencia de Harper. Su amiga cenó lo justo, y sabía que lo había hecho para que así ella no tuviera excusa. Incluso Jake cenó menos que de costumbre, aunque más de lo que ella tomaría en un día normal.

Le parecía que la comida le sabía a paja; no la estaba disfrutando. Y lo sentía por Jake, que se había tomado la molestia de ir a por ella.

De vez en cuando iban llegando algunos de la banda a hablar con él, y Maddie insistía en que se llevasen algo del festín que descansaba abandonado en la mesa de café.

Ninguno había traído buenas noticias. Los coches habían desaparecido o estaban escondidos. A nadie ni siquiera le sonaba haber visto aquellos modelos que, al parecer, eran

demasiado comunes, lo que dificultaba la búsqueda por los alrededores.

Ella sólo había visto uno. El que había conducido el falso Tanner a la fábrica abandonada.

Intentaba pensar en un lugar en el que pudieran haber escondido tantos coches. Al menos seis, según había escuchado que uno de los chicos decía a Jake. Pero no era capaz de pensar en nada. Estaba cansada.

Sólo se le ocurrió que con el siguiente ataque quizá descubriesen algo más. Y ese pensamiento no dejó de perseguirla desde entonces. Habría otro ataque. Alguien les estaba persiguiendo, y no conseguían averiguar quién.

Únicamente sabían que no eran los surferos, que Tanner era parte de ese grupo enemigo, y que había alguien en su propia banda que les estaba traicionando. Cualquiera podía ser un enemigo. Cualquiera de los que iban a su casa a cenar e informar a Jake.

Cuando su respiración ya se mostraba demasiado agitada, era tarde para frenar esas ideas. Salió del salón buscando aliviar la presión que sentía en el pecho.

La lluvia sobre su piel y el aire libre ayudaron algo, pero al tratar de inspirar hondo, el oxígeno no pasó de su garganta.

—Madison.

Se giró rápidamente para encontrar a Jake observándola. Había salido bajo la lluvia, aunque el agua empapándole la ropa parecía importarle tan poco como a ella. Se mostraba preocupado, lo que no tenía sentido. No era a ella a quien habían atacado.

No quería ser un problema añadido. Sabía que Jake tenía en ese momento bastantes preocupaciones como para ser una más.

—No sé cómo lo hace Harper —dijo rápidamente, como si así explicase su pobre estado de nervios—. Yo… —no sabía realmente cómo continuar. Simplemente todo era demasiado, pero no iba a reconocerlo. No, si quería formar parte de ello. No iba a ser la pobre hermanita que no aguantaba un ataque. Aunque casi la dejase sola en el mundo.

Harper y Jake habían permanecido fuertes, y ella quería hacer lo mismo.

—Yo creo que es obvio cómo lo hace —Jake se cruzó de brazos, y Maddie tuvo el repentino deseo desesperado de que la rodeasen.

Se quedó en silencio mordiéndose el labio, intentando acallar las palabras que su mente gritaba. Jake arrugó las cejas al ver su indecisión, haciendo que algunas gotas de lluvia recorrieran su rostro.

Ella desvió la mirada. La presión en su pecho pesaba cada vez más.

Su hermano estaba en la cama después de haber sido acribillado a tiros. Tiros, con la intención de acabar con su vida. De terminarla, y casi conseguirlo. Y él había estado listo para morir. Había dispuesto todo.

Cuando sintió las manos de Jake sujetando sus brazos, el nudo de su estómago subió a su garganta. Regresó a sus ojos, y los encontró buscando el motivo de su malestar a través de la lluvia. Ella no esperó a que dijera su nombre otra vez.

—Haz lo que haces siempre —le suplicó—. Haz que todo pare, que vaya lento y no duela, que…

—Madison. —Frenó sus palabras llamándola.

Escuchó cómo después inspiró hondo, como si empezara a enfadarse y tratase de contenerse. Sus manos se cerraron más fuerte alrededor de sus brazos.

—Aunque sea mentira… —le imploró. Notaba su respiración perdiéndose una vez más bajo sus nervios. Si estaba llorando, la lluvia camuflaría sus lágrimas.

Él la miró, pero no dijo nada por un momento. Sólo se escuchaba el sonido de la lluvia contra los árboles y las plantas que rodeaban la casa, haciendo que todo oliese aún mejor.

—Sólo… —empezó diciendo. Luego comprendió lo que hacía. Lo que pedía—. Perdona, yo… —Echó unos pasos hacia atrás, pero él la retuvo cogiéndole la mano.

—Madison —la llamó, acercándose a ella. Dijo su nombre, como si supiera que así acallaría la tormenta en su cabeza. Tan calmado como siempre solía hacerlo, disfrutando de cada letra, del efecto que tenía sobre ella.

Por un segundo le alivió que no la estuviese mirando, sino a los nudillos que de nuevo recorría. Sentía su cara enrojeciendo a velocidades y tonos imposibles, tras lo que no había sido incapaz de contener: que quería más de él, que le necesitaba para sentirse bien. No para distraerse y olvidar sus problemas. Sino para poder con ellos.

El alivio de no sentir su mirada sobre ella se desvaneció en cuanto temió ver su sonrisa de suficiencia. Pero ésta no apareció.

Estaba tan cerca que tuvo que alzar la vista para poder mirarlo, y encontró que los ojos de él habían abandonado sus manos para centrarse en ella. Su mandíbula estaba tensa mientras recorría cada detalle de su cara.

No podía distanciarse más, porque el muro de su jardín anunciaba el fin del espacio de su casa elevándose tras su espalda. Pero él parecía ignorar su agitación cuando continuó hablando.

—No deberías pedirme esas cosas —la avisó.

Su voz sonaba tan grave que retumbaba en su pecho, haciendo que las palabras atravesasen su piel y anidasen en su interior. Si era una advertencia, no quería escucharla. Pero se mantuvo en silencio, escapando de su mirada.

Su corazón había echado a correr sin ninguna meta en concreto, más que dejarla rendida ante él. Y sin embargo, cada movimiento se sentía lento.

Su mano recorriéndola mientras rodeaba su cintura y buscaba un resquicio bajo su camiseta en el que posarse. La otra ascendiendo sin prisa desde su cadera a su cuello, cubriéndolo con el calor de sus dedos.

El frío y la lluvia a su alrededor habían desaparecido. Sólo estaba Jake.

Sabía que sus ojos no la habían abandonado, pero no se atrevió a comprobarlo.

Los dedos que acariciaban su cuello se deslizaron hasta su barbilla, elevándola para poder ver su rostro. Su pulgar descansaba bajo su labio inferior, moviéndose tan lentamente que apenas parecía hacerlo.

Cuando lo miró, su ojos estaban fijos en su boca, y no pudo contener el cosquilleo que subía por sus piernas y llegaba al centro de su estómago, tirando de él. Su respiración estaba agitada y descontrolada, y no estaba del todo segura de que el aire llegase a sus pulmones.

Entreabrió los labios, ahogada, y notó la mandíbula de Jake tensándose ante ese leve movimiento.

—¿Qué pasa si lo consigues, Madison? —sus ojos de pronto la observaban. Tenía una fina línea dibujada entre sus cejas.

Maddie no pudo darle una respuesta, pues no sabía lo que ocurriría de conseguirlo, pero deseaba averiguarlo.

Se mantuvo muy quieta, temiendo incluso respirar, mientras el deseo crecía entre los dos, aislándolos del viento y la lluvia en el tacto de sus cuerpos.

Por suerte, Jake no esperó a su respuesta y, como si una fuerza invisible lo guiara, descendió lentamente.

—No deberías pedirme esas cosas —susurró contra sus labios, envolviéndola y deshaciéndola en sus palabras.

Acortó la distancia hasta su boca, y la besó.

En el momento en que sus labios se rozaron, el tiempo pareció detenerse. Los nervios cubrieron en un instante todo su cuerpo, centímetro a centímetro. Una llama ardiendo por sus venas que apagaba sus sentidos por un momento, para después encender todo a su paso y hacerlo explotar como la pólvora.

Todo era calma y caos a la vez. Su boca se movía dulcemente sobre la suya, pero el hambre que despertaba en ella era enloquecedor.

Alzó sus manos, recorriendo el torso de Jake, de la tripa a su pecho. Él movió la que tenía bajo su barbilla, deslizándola de vuelta a su cuello, subiendo un poco más detrás de su oreja, y haciendo que un escalofrío recorriera con velocidad su columna.

Se agarró a su camiseta. Se sentía sedienta, como si hubiera pasado décadas bajo el sol más sofocante y él fuera agua. Se había convertido en una necesidad que jamás pensó que podría tener, que no sabía cómo aliviar.

Sus labios no eran suficientes. Quería más de él. Quería su respiración, su aroma, sus manos recorriendo su cuerpo. Quería tenerle más cerca. Tiró de su camiseta hacia ella, y él se movió como le demandaba.

Podía sentir el peso de su cuerpo sobre ella, pero, lejos de asfixiarla, su pecho parecía ensancharse bajo él.

Entonces soltó su ropa y sus manos buscaron su cuello, y, mientras que su respiración se desbocaba sólo por sentir su piel ardiendo bajo sus dedos, él dejó escapar un leve gruñido, dando a entender que había sentido lo mismo que ella por su tacto.

Entonces su beso terminó demasiado pronto. Él apoyó su frente sobre la de ella. No sabía cómo sus respiraciones se habían vuelto tan frenéticas, pero sus pechos subían y bajaban sin control.

Abandonó entonces su cuello para sujetarse a su camiseta otra vez, dejando sus nudillos blancos. Pero no se atrevía a soltarlo. Creía que si lo hacía se caería al suelo, o peor, que él se marcharía.

Entonces la vio: su sonrisa. La que le prometía problemas. Y ella sonrió a su vez.

—¿Así de lento? —preguntó él en un susurro, haciendo alusión a las peticiones de Maddie unos minutos antes.

En un instante se había puesto roja, pero el color de sus mejillas era lo que menos le importaba en aquel momento.

—En realidad, creo que mi corazón va demasiado rápido —se lamentó vagamente. Echó la cabeza atrás, agotada, y deseando volver a sentir su beso arropando sus labios. Se preguntó si podría convertirse en una obsesión tan rápido.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, se acercó y los rozó lentamente con los suyos.

—Entonces quizá debería esforzarme más —susurró sobre su boca.

Miró por un segundo sus ojos, y supo lo que estaba a punto de ocurrir. Sólo deseaba no estar soñando. Deseaba que fuera real. Porque si era un sueño, necesitaba encontrar la forma de no despertar nunca.

—Deberías —le recomendó justo antes de que aquellos labios que anhelaba sellasen los suyos. En un primer momento, sólo los presionaron, llevando un candor que iba de su corazón a

todo su cuerpo. Cuando ese calor llegó a sus dedos, éstos abandonaron la camiseta de Jake para perderse tras su cuello, y subir por él hasta la parte de atrás de su cabeza.

Sintió su cuerpo acercándose más, atraído por la misma fuerza que la arrastraba a ella. Con el mismo hambre y necesidad que la inundaban.

Cuando se percató de que no había más espacio que recorrer entre los dos por más que elevase sus pies en puntillas, alzó sus piernas rodeando su cintura.

Ante su movimiento, otro gruñido retumbó en el pecho de él, pero no le permitió que parara de besarla esa vez. En lugar de eso, separó sus labios, invitándole a tomar más de ella. Sintió su vacilación durante un segundo, antes de que su lengua entrase en su boca, haciéndola suya. Maddie le dejó conquistar ese territorio sin ninguna oposición.

Había perdido la noción de sus brazos por el baile frenético de su lengua, saboreando la suya. Cuando se alejaba un poco, en seguida volvía a recuperar el espacio perdido. Luego intentaba recorrer su labio inferior, pero apenas se separaba, ella volvía a demandar toda su atención.

No fue hasta que el hormigueo llegó a su cara y su boca que se tomó un descanso. Sentía que iba a desmayarse, y se preguntó si un beso podría hacer eso posible. Pero notaba su cara entumecida por los nervios y el deseo.

Al no poder continuar con su boca, él siguió conquistando su cuello, lo que no la ayudaba a recobrar la pobre respiración que conseguía mantener estable.

Se agarró un poco más fuerte a él, y fué entonces cuando Jake se dio cuenta.

Abandonó su piel para mirarla, y su cara, en ese momento relajada, contrajo rápidamente las cejas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella tenía la cabeza apoyada en el muro de piedra, y el resto de su cuerpo contra el suyo, sin ánimo de cambiar eso en ningún momento. Se rio brevemente.

—No puedes preguntarme eso ahora —le acusó.

Escuchó la leve risa de Jake enfrente y abrió los ojos. No podía creer lo que veía. A Jake tan cerca de ella, y sin intención de moverse. Sosteniéndola en sus manos. Mirando sus labios, esperando el momento de volver a saborearlos. Riéndose ante su comentario.

—Vale —accedió él, y luego le dio un rápido beso en la mejilla, y otro en el cuello, antes de permitirle moverse.

A regañadientes, bajó sus piernas al suelo. Si quería recobrar su respiración, mejor sería poner algo de espacio entre ellos. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin volver a buscar sus labios. Pero sus manos se resistían a abandonarle.

—¿Qué tal el tatuaje? —le preguntó mientras miraba la flor bordada que le había dibujado unos días atrás. Se veía bien. Le quitó el film protector, sorprendida de que aún permaneciese en perfecto estado.

Sin embargo, Jake no miraba su tatuaje, sino a ella. Mientras, movía su pelo poniéndolo detrás de su hombro, dejando a la vista el cuello. Maddie podía ver el hambre en él, oscureciendo sus ojos dorados.

—No me dijiste si te gustó —intentó concentrarse en la conversación.

Su comentario llamó la atención de Jake.

—Creo que estaba a punto de hacerlo cuando Brian nos interrumpió.

Maddie notó su corazón dando un pequeño salto a destiempo. Recordaba perfectamente ese momento, porque había fantaseado con un beso de Jake como respuesta a su pregunta. Eso

fue antes de que Brian los sorprendiera en el estudio.

—¿Y no vas a decírmelo? —Se preguntó si la respuesta que esperó en aquel momento sería la que le daría ahora. Su respiración había mejorado un poco, y se sentía preparada para un segundo asalto, a pesar de que Jake no había dejado de acariciar su cuello desde que lo liberara de su melena.

—¿De verdad quieres saberlo? —Había bajado su tono de voz, haciendo que sonara incluso más grave.

Cuando su mirada se posó sobre sus ojos, sintió las palabras abandonando su cuerpo y, en su lugar, sólo se vio capaz de asentir.

Eso hizo que la boca de Jake se curvara en una sonrisa, y Maddie se preguntó si tendría escapatoria. No la imaginaba.

Él se acercó a su boca, pero no le permitió besarla. En lugar de eso, fue recorriendo su labio inferior, dando pequeños mordiscos que disparaban sus nervios en todas direcciones. Cuando hubo terminado, pasó su lengua sobre sus labios antes de perderse en su beso. Para cuando se lo permitió, ella ya estaba completamente perdida.

—Pensaba que era lo mejor sobre mi piel —hizo una pequeña pausa—, hasta ahora —susurró contra su boca.

Escuchó su risa breve mientras se separaba y movía la nariz a lo largo del hueco entre el cuello y su mandíbula. Ella aún no había sido capaz de moverse o contestar algo. Cualquier cosa.

Más tarde, aún con su cabeza y su cuerpo bullendo, se sentaron sobre los palets que descansaban en el jardín. A pesar de que seguía lloviendo, en ese momento lo hacía de manera más suave, y a Maddie no le parecía mal para templar sus nervios.

Se giró hacia la casa, inquieta, preguntándose si Harper habría visto todo. Le costaba percatarse del mundo alrededor de ellos cuando estaban juntos, y cuando él la había besado, todo había desaparecido por completo en su cabeza. Sin embargo, su amiga seguía allí, en el interior, y su hermano malherido también.

El brazo de Jake la rodeó.

—Se pondrá bien —le aseguró, malinterpretando su nerviosismo.

Pero ya era hora de que volviese a centrarse en los asuntos que tenía delante.

—La muerte no es problema para él —dijo, a su pesar, muy en serio.

—Te tiene en su vida. Claro que lo es —le aseguró él.

Pero, en realidad, Dylan ya había preparado todo. La muerte no era realmente un problema para él. Quizá un inconveniente. Uno que había logrado solventar con todos sus preparativos. Si sabía que ella estaría bien, Maddie estaba segura de que no le importaría. Y eso la aterraba.

Necesitaba moverse, empezar a resolver todo el lío en el que Dylan se había metido. Encontrar al topo, desvelar al grupo que los estaba boicoteando, conseguir su sitio en la banda…

Miró a Jake.

—Jake, tú… —No estaba muy segura de lo que iba a decir, pero necesitaba hacer algo.

Él sólo le devolvió la mirada, esperando a que terminara la frase.

—¿Me enseñarías a disparar? —finalmente preguntó.

Contra todo pronóstico, su petición sólo hizo que Jake sonriera. Incluso después de un momento, se rio levemente.

—Pareces empeñada en que tu hermano me mate —sentenció.

XXV.
CANSANCIO

Los días siguientes fueron agotadores para todos. Las patrullas buscando alguna pista sobre los atacantes se alargaban hasta entrada la noche. El tiempo parecía ir más lento, y el cansancio hacía mella en todos los miembros de la banda.

Harper apenas salía del dormitorio de Dylan, salvo cuando Maddie la obligaba a darse un respiro. Ella tampoco tenía mucho que hacer, más que cuidar de su hermano, que se iba recuperando poco a poco.

Jake tuvo que convencerlo de que se quedase en la cama una vez se despertó, pues pretendía unirse a las patrullas en cuanto abrió los ojos.

Después de eso, apenas había sacado tiempo para pasarse a verlos. Pasaba las mañanas en el taller de Brody, y las tardes con la banda. Maddie hubiera preferido que en lugar de dejar allí a Fred por seguridad, hubiera sido él mismo quién se quedase vigilando.

Cuando llegaba por la noche, llevaba la cena para los tres y, sólo si Maddie preguntaba, él les contaba las novedades sobre su búsqueda, que resultaba ser nula cada día.

Después de la cena, Harper volvía siempre al dormitorio de Dylan, y Jake y ella se quedaban en el salón. Aprovechaban el poco rato juntos para demostrarse lo mucho que se habían echado de menos durante el día.

Maddie siempre esperaba con ansia el momento en que Harper desaparecía tras la puerta de Dylan, sabiendo que podría disfrutar de los labios de Jake sobre los suyos.

Todo el pesar que la atormentaba durante el día, desaparecía con sólo un momento a su lado, y tenía claro que él lo sabía. Sólo se preguntaba si también lo sentiría así.

Luego, él solía quedarse dormido a su lado mientras hablaban. Ponía el brazo sobre sus hombros mientras Maddie le contaba lo poco que había hecho durante el día. No podía evitar preguntarse si el dormirse a su lado se debía al cansancio extremo, o si se sentía tan relajado que se quedaba frito. Prefería pensar que era la segunda opción, mientras se acurrucaba más bajo su brazo.

Aprovechaba esos momentos para perderse en los dibujos de su piel y recorrerlos con las yemas de sus dedos. Le gustaban mucho sus diseños, pero no tanto que fueran un reflejo de cómo él se veía. No entendía qué podía haber ocurrido con su hermano para que esos tatuajes le definieran.

Cuando dejaba de mover los dedos sobre su brazo, perdida en sus pensamientos, Jake se movía a su lado, como si le faltase algo.

Una de esas noches, el sueño cerraba también sus ojos y no se percató de que Harper abría la puerta del dormitorio. Para cuando quiso incorporarse, ya los había visto juntos en el sofá. Maddie intentó zafarse de su brazo, pero él, todavía dormido, no estaba por la labor de separarse.

Finalmente desistió mientras su amiga la miraba de pie a su lado.

—Por mí no te preocupes. Sabía que sólo duraría soltero hasta que volvieras a Plantío —le

susurró con una sonrisa enorme.

Maddie puso los ojos en blanco, como si su amiga estuviera diciendo tonterías, aunque le alegraba verla sonreír nuevamente. Finalmente consiguió levantarse del sofá y la siguió hasta la cocina.

—¿Cómo está Dylan?

—Bien. Sin novedad —contestó mientras se preparaba un vaso de agua.

—¿Y tú? Deberías descansar, Harper. No has parado ni un día. —Cogió su mano mientras veía cómo ésta se apoyaba agotada en la encimera.

—Creo que, ahora mismo, me dormiría hasta de pie —bromeó sin ganas.

—Vete a mi cama. Yo me quedo con él —le ofreció. Sabía que no la sacaría de esa casa hasta que Dylan estuviera en pie, aunque si fuera por él, ya habría salido de allí días atrás. De hecho, lo había intentado.

Se alegraba de que Harper y Jake le hicieran entrar en razón cuando ella no lo conseguía.

Se fijó de nuevo en su amiga, que tenía la vista perdida. Se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Te despierto cuando venga el médico, ¿vale? —intentó convencerla.

Pero no recibió respuesta. La veía tan agotada que le dolía. Y por más que ella se quedase allí también para hacer relevos, Harper apenas abandonaba la habitación de su hermano. La había visto dormirse sobre su regazo en alguna ocasión, incapaz de soportar más su agotamiento.

—Venga, vete a dormir. Coge un pijama de mi armario y métete en la cama. Es una orden —se esforzó en sonar firme. Harper la sonrió y, después de darle un beso en la mejilla, salió de la cocina para cumplir sus órdenes.

Ella salió poco después, pero antes de dirigirse a la habitación de Dylan, se distrajo con Jake en el sofá. Se había cruzado de brazos, pero seguía dormido. No pudo evitar sonreír ante la imagen. Parecía tan tranquilo… Su ceño estaba relajado, y todo su cuerpo se movía con su respiración calmada.

Le parecía incluso adorable, y ese pensamiento le sorprendió, ya que *adorable* era una palabra que nunca habría imaginado asociar a Jake.

Finalmente fue al dormitorio de su hermano. Toda la paz que Jake reflejaba en sus facciones mientras dormía, desaparecía en él. Le partía el alma verle sufrir incluso durmiendo.

Habían pasado varios días desde que lo atacasen, y aún no habían conseguido nada.

Las trampas que Dylan y Jake habían preparado no habían destapado al topo. La banda era una familia, y todos hablaban con todos.

Tampoco habían incidido demasiado en eso, para no crear la duda entre el grupo, pero Maddie no podía dejar de mirar a cada miembro de la banda preguntándose cuál de ellos estaba intentando matar a su hermano.

La única pista que les quedaba en ese momento eran seis coches que no eran capaces de encontrar. No los habían visto aparcados por las calles, ni en movimiento, así que Maddie supuso que debían estar guardados en algún lugar con capacidad para tantos coches.

Sacó su móvil del bolsillo y empezó a buscar con el mapa lugares así de grandes. Naves, garajes, parkings…

Estaba tan concentrada en su tarea que no se percató de Jake acercándose por su espalda hasta que éste le dio un rápido beso en el cuello. Dio un respingo por la sorpresa, y sin intención de calmar la repentina velocidad de su corazón, él posó otro largo beso en el mismo punto. Luego susurró contra su piel.

—¿Te toca el turno ahora?

Le costó un momento coger el aire para poder responder.

—Harper está k.o. La he mandado a dormir.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó él. Le hacía esa pregunta cada día, y luego la miraba como si la estudiara. Como si pretendiera encontrar la mentira en sus palabras.

Ver esa mirada sobre ella le hizo sonreír. Había tirado de su mano hasta hacerla levantar y había envuelto su cintura con los brazos. Ella puso los suyos alrededor de su cuello.

—Bien —dijo, y luego añadió apenada—. Deberías irte a dormir también. Estás agotado, Jake. —Su rostro seguía mostrando dureza, pero no podía evitar ver las sombras bajo ellos.

Él suspiró, demostrando que las palabras de Maddie eran ciertas.

—Entre el taller y la banda… —dijo mientras se pasaba la mano por la cabeza.

—¿Puedo… puedo ayudarte en algo? —preguntó indecisa. Imaginaba la respuesta, pero aún así lo intentó. No le gustaba nada verlo de aquel modo, y quizá habría alguna tarea que pudiera encomendarle, aunque fuera simple.

Pensó en el tiempo que su hermano tuvo que pasar así antes de que Jake llegara a la banda y lo apoyara.

Entonces él se agachó y la cogió en brazos antes de que pudiera revolverse. Se sujetó sobre sus hombros mientras la alzaba, y luego le rodeó la cintura con sus piernas.

Jake no tardó en acercarse a su boca y robarle un beso.

—Ya lo haces —le dijo, como si no le afectase besar a Maddie. En cambio ella se sentía en una nube, y no porque él la tuviera cogida.

Lo observaba con detenimiento desde su nueva altura.

—Puedo hacer más que besarte —le dijo, aunque en ese momento era lo único que le apetecía. Se agachó levemente en busca de sus labios, pero le mantuvo esperando pacientemente.

—Lo sé, pero es lo que más me apetece —susurró él. Tenía sus manos alrededor de sus muslos, y los apretó ligeramente mientras ella le entregaba el beso que estaba esperando.

Si ya el cosquilleo en su tripa enloquecía cuando Jake la besaba, sentir sus manos sobre sus piernas despertaba un deseo desquiciante en ella. Besarlo era, desde luego, insuficiente.

Sus manos se aferraban a él con fuerza, procurando sentirlo más. Lo necesitaba más cerca. Era como si su existencia dependiera de sus labios de repente, y ya sólo había vacío a su alrededor.

Abrió su boca para recibirlo, y su estómago se volvió loco, disparando sus nervios en todas direcciones, cuando su lengua hizo su aparición.

Podría vivir en ese beso para siempre. No le importaba respirar, sólo seguir enredada en sus labios, sintiendo su hambre de ella.

Cuando lo notó apretando el agarre sobre sus piernas, un gemido se le escurrió de los labios. Entonces él se apartó tan rápido como ella se sonrojó.

No había dicho nada, pero cuando alzó la vista para mirarlo, lo encontró observando a su hermano con el ceño fruncido. Fue incapaz de contener una pequeña risilla al verlo, lo que hizo que Jake volviera a fijarse en ella.

—Si te pilla mi hermano te mata —le picó.

Pero él no la miraba a los ojos, sino que permanecía absorto en sus labios. Le dio un beso lento que sólo interrumpió para decir:

—Me gusta el riesgo, Madison.

Luego volvió a cubrir sus labios con otro beso igual de lento, buscando recorrer cada

milímetro.

—Además, yo le caigo bien —dijo después con confianza, y ella no pudo evitar reírse ante su gesto de suficiencia. Había odiado esa sonrisa cada vez que aparecía, y se daba cuenta de que en realidad siempre había deseado que lo hiciera.

—No sé si tanto.

Él sonrió ante su comentario. Luego, sin perderla de vista, movió su mano hasta el bolsillo trasero de su pantalón y cogió de él un papel blanco, arrugado, con las esquinas azuladas por el desteñido del pantalón. Puso el papel delante de Maddie, esperando que lo cogiera.

Ella lo hizo mientras se bajaba de su abrazo y volvía a poner los pies en el suelo. Al abrirlo encontró una lista de números y letras. Seis matrículas. A su lado, modelos de coches.

—Son todos robados, así que la matrícula no nos dice nada. Pero si los ves… La policía también los está buscando.

Cuando terminó de hablar, su boca estaba curvada en una sonrisa, espejo de la que Maddie dibujaba en su cara. Aunque aquella mueca no hacía justicia a la felicidad que sentía en ese momento, simplemente porque Jake contase con ella al igual que con el resto de la banda. Sentía que podía saltar, correr y gritar. En lugar de eso, lo besó, si bien apenas podía cerrar la boca de la sonrisa que flexionaba sus labios.

—¿Y qué hay de mis clases de tiro? —preguntó entonces, intentando aprovechar la buena predisposición de Jake en aquel momento.

Él llevaba un rato distraído con el cuello de Maddie, recorriéndolo con su boca, y se rio levemente ante su emoción.

—Poco a poco. No quieras estresarme —su voz acarició su piel antes de volver a perderse en ella.



A la mañana siguiente, Harper se había levantado antes de que el médico llegase. Se pasaba cada varios días a comprobar que las heridas seguían limpias y libres de infecciones, cosa que no preocupaba a nadie, porque su amiga era lo suficientemente buena con ello. Aún así, apenas había podido dormir unas cuantas horas, preocupada por Dylan. Pero éste mejoraba cada día, y sólo permanecía en la cama porque tanto Harper como Jake lo habían obligado.

Esa mañana, Maddie salió pronto de casa. Aún no había amanecido y no había dormido mucho más que su amiga, sentada en el suelo de la habitación. Jake se había marchado a su casa poco después de que le diera aquel papel con las matrículas que estaban buscando, para que Maddie pudiera descansar. No obstante, ella se había pasado el resto de la noche dando vueltas a todo lo que podía hacer para encontrar al topo.

Después de un tiempo, llegó a la conclusión de que no tenía ni idea, pero se le ocurrió otra cosa que podría ayudar a Jake.

Cuando llegó al taller de Brody, el sol aún permanecía escondido y el dueño del taller abría la puerta. Sabía que no se opondría a un par de manos extra, y de ese modo Jake podría terminar antes su jornada.

Cuando éste llegó, unas horas más tarde, se quedó extrañado al verla agachada delante de

un Chevrolet Kalos.

—¿Qué haces aquí?

Se levantó rápidamente, sin poder contener la sonrisa que cubrió su rostro en cuanto lo vio. Su cara de confusión le gustaba aún más, pero evitó reírse de ella.

Sólo encogió los hombros e hizo ademán de volver al trabajo.

—Me aburro en casa. —No era una mentira, pero tampoco era el motivo por el que estaba allí.

—¿Y te pones a trabajar? —Se acercó a ella, viendo cómo colocaba los faros del coche en su sitio mientras se encogía de hombros otra vez como respuesta.

Jake había demostrado ser especialista en encontrar sus mentiras con sólo mirarla, y cuanto menos contacto tuviesen, más probabilidad de éxito tendría en su engaño.

Cuando terminó con el faro, se irguió, y lo encontró preguntando a Brody con la mirada.

—Eh, nunca digo que no a un poco de ayuda extra; y la niña sabe lo que hace.

Cuando Jake la observó de nuevo, ella mostraba su mejor sonrisa.

—He terminado las luces de éste, y las matrículas y guardabarros de esos de allí —alzó el brazo para señalar dos coches aparcados fuera del taller. Pero en lugar de mirar a donde señalaba, él cogió su mano y la empujó hacia sí, quedando retenida en su abrazo.

—¿Y qué queda para mí?

Maddie estaba esperando su beso de buenos días, pero él parecía distraído colocando unos mechones de su pelo detrás del hombro.

—Tú puedes… traer el desayuno —intentó concentrarse en su pregunta, y no en la mano de Jake rozando su cuello.

Su sonrisa se ensanchó cuando la miró, y ella sintió el grito de peligro que siempre rodeaba a Jake, intensificado en ese momento. Su cuerpo le pedía dar un paso atrás. Pero cuanto más aterrador era lo que tenía enfrente, más quieta había aprendido a quedarse. Y en parte quería conocer el peligro que le ofrecía.

—Ya. La verdad es que un poco de hambre sí que tengo. —La acercó hacia sí con las manos en su cintura. Por cómo la miraba, parecía que hablaba de forma literal.

No esperó más a besarlo.

Cuando después le escudriñó, aún podía ver el cansancio en su cara.

—Luego puedes descansar un poco más —le ofreció. Ese había sido su plan desde el principio.

—No tienes que cuidar de mi.

—No lo hago —mintió rápidamente—. Sólo paso el rato con Brody. Ya te he dicho que en casa me aburro —intentó zafarse de su abrazo. Se sentía incómoda sabiendo que la estaba descubriendo. Pero él no la dejó alejarse.

La observaba con detenimiento, y Maddie sabía que no se estaba tragando nada. Sin embargo, en lugar de reprochárselo, se agachó en busca de sus labios y los recorrió lentamente.

—¿Café? —preguntó contra su boca al terminar, aunque a ella le pareció más bien un ronroneo.

Todavía sentía el estómago pesado, debido a los nervios que le provocaba estar tan cerca de él.

—Cola cao —dijo, quizá más tarde de lo que debería. Pero, una vez más, le costaba concentrarse.

Su petición hizo sonreír a Jake, que la contemplaba como si acabara de descubrirla.

—Muy bien. —Luego llamó a Brody, haciéndole la misma pregunta.

—Sí chico, y bien cargadito. Este cuadro me está trayendo de cabeza.



Ese día terminaron el trabajo pronto. La mano extra de Maddie se notaba, y hasta Brody pensó en cerrar un poco antes aquel día.

Se sentía orgullosa. No podía ayudar mucho en la banda, pero al menos así, Jake descansaría un poco más.

Sin embargo, los planes de él eran bien distintos.

—¿Alguna pista sobre las matrículas? —le preguntó mientras le rodeaba la cintura con sus brazos. Ella colocaba las herramientas de vuelta a su sitio, y evitó a duras penas que no se le cayese la llave inglesa que tenía en la mano.

—Sólo me diste la lista anoche. —Dejó la herramienta sobre la mesa, y se giró para mirarlo.

Lo vio con las cejas elevadas, dando a entender que esperaba otra respuesta. No pudo evitar reírse.

—En realidad, tengo algunas ideas —confesó, y luego frunció los labios evitando la sonrisa que pretendía aparecer en su cara.

Había encontrado algunos garajes y naves que podrían guardar tantos coches y que no estaban demasiado alejados.

Él se agachó para susurrarle: —Soy todo oídos —y luego continuó bajando para darle un beso en el cuello. Pero una vez lo hizo, no se separó. Parecía como si intentara hipnotizarla sólo con su voz y su abrazo. Como si así fuera a entregarle todas sus ideas.

—En realidad, prefiero enseñártelo —propuso ella, concentrándose para no perderse en su boca. No iba a desaprovechar esa ocasión para involucrarse en la banda.

Él la miró y, por la forma en la que sus cejas se unían, estaba claro que no le había parecido muy buena idea.

—Son sólo algunos almacenes y sitios donde creo que pueden esconder tantos coches. Podemos ir a echar un vistazo —trató de convencerlo. La cara de él no había cambiado, así que le daba la impresión de que no estaba dando resultado—. Sería únicamente echar un vistazo —repitió, como si así pudiera sonarle mejor .

Jake miró al fondo del garaje, donde Brody seguía trabajando en uno de sus coches. Entonces lo oyó gruñir. Un gruñido que retumbaba en su pecho y denotaba lo molesto que estaba. Ella se quedó callada.

—Sólo echar un vistazo —dijo él, repitiendo sus palabras y volviendo a capturar sus ojos grises.

Se ocupó de cerrar rápidamente la boca ante la sorpresa de que aceptara, y se mordió el labio inferior tratando de contener la sonrisa de victoria mientras asentía con la cabeza.

—Y harás todo lo que yo te diga —le avisó él.

Maddie pestañeó, pero antes de que pudiera quejarse, él siguió estableciendo sus condiciones.

—Si digo que nos vamos, nos vamos. Si digo que voy solo, voy solo. ¿Entendido? —le exigió.

Pensó en los dos requisitos que le estaba imponiendo. No le gustaba ninguno, pero era lo mejor que tenía. Así que asintió solemnemente con la cabeza.

Al segundo, Jake se agachó para robarle un rápido beso de su boca.

—Entonces, vamos —dijo animado.

Terminaron de recoger todo enseguida y se subieron a sus motos. El día estaba nublado, pero no parecía que fuera a ir a peor. Aún así, Brody avisó a Jake como siempre lo hacía, aunque en esa ocasión ambos parecían más serios, o quizás preocupados.

—Cuidado con la tormenta, chico.

—Lo sé, viejo. —Lo dijo en un tono que Maddie no pudo determinar. Entre aburrido y resignado.

Arrancaron las motos mientras Maddie se preguntaba por qué a ella no le decía nada.

Finalmente salieron. Ella delante, y él siguiéndola. Se dirigieron al primer almacén de su lista. Cuando se iban acercando a cualquiera de los lugares que Maddie tenía pensado, le hacía una seña a Jake, y él se ponía a su altura, o delante. Aparcaban a cierta distancia, y se acercaban con cuidado de no ser vistos ni escuchados.

Hicieron esto para los tres primeros lugares que Maddie sopesó, en los que no encontraron nada. Cuando llegaron al cuarto, Jake ni siquiera esperó a su señal. Se cruzó en su camino de forma peligrosa, haciéndole frenar rápidamente.

Su primer impulso fue gritarle , pero estaban demasiado cerca como para revelar su localización en caso de que aquella dirección fuera la correcta. No era un almacén, ni una nave, sino una casa abandonada. Llevaba años sin recibir la visita de sus dueños, y los niños en el pueblo bromeaban con que estaba encantada.

Maddie nunca había creído eso, pero sí que había algo especial en ella.

De todas formas, al margen de todo, le pareció un lugar lo bastante grande para guardar tantos coches; y si encima estaba abandonada, y perdida a las afueras del pueblo, se convertía en el lugar perfecto para albergar los trapicheos de una banda criminal.

Cuando se fijó en Jake, él mantenía la vista clavada en la casa.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Giró su cabeza hacia ella, como si acabara de recordar que estaba allí.

—¿Jake? —No entendía qué pasaba. No era como si aquel sitio estuviera encantado de verdad.

—Nos vamos —dijo él, y movió su moto para colocarla en el sentido contrario esperando que ella hiciera lo mismo. Pero Maddie no se movió.

En lugar de eso preguntó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Vamos —le contestó con rudeza, dando por zanjada la conversación.

Ella insistió.

—Pero podemos echar un vistazo. Sólo mirar, como dijimos. —Le dedicó una sonrisa tímida, sabiendo que de repente él no estaba de humor. De hecho, en lugar de sonreír de vuelta, él gruñó.

—He dicho que nos vamos. No quiero que te acerques a esa casa —le avisó.

No entendía nada. Ni siquiera se habían aproximado demasiado.

—No está encantada —dijo, como si esa pudiera ser la razón por la que no quería que se

dirigiera a allí. Pero si realmente era ese el motivo, no llegó a saberlo.

Jake giró el manillar de Maddie para cambiar la dirección de su moto haciéndole perder el equilibrio. Se tuvo que sujetar a su brazo para no caer.

Antes de que pudiera continuar con sus intentos de convencerlo, él se apartó y miró al frente, esperando que ella se pusiera en movimiento. Estaba claro que no iba a escuchar nada más.

Echó un último vistazo a la vieja casa, pero no vio nada raro. Seguía pareciendo abandonada, y los alrededores también.

Finalmente puso su moto en marcha y comenzó su regreso al pueblo, pensando en que hablaría del tema con Jake en otra ocasión, cuando estuviera más tranquilo. Estaba claro que conocía aquel lugar, aunque no compartiera la razón por la que no quería que se acercasen a allí, ni siquiera a mirar.

Sin embargo, los siguientes días le había resultado aún más difícil poder hablar con él. Apenas visitaba a Dylan unos minutos, y nunca coincidía con ella. Lo sabía por Harper, que le informaba de ello.

Tampoco se había pasado por el taller, y las pocas veces que contestaba a sus mensajes lo hacía sin dar pie a una conversación, ni muchos detalles.

Nada tenía sentido para ella.

Pero aunque él la estuviera evitando para no tener que darle explicaciones, conocería la verdad. Ya había decidido que no iba a quedarse de brazos cruzados mientras los demás daban su vida por la banda. De un modo u otro, descubriría qué se escondía allí.

XXVI.
ABANDONADA

Maddie cerró el cajón. Era el tercero en el que miraba, y aún no había encontrado el arma que Dylan le quitó. El que anteriormente ella le había sustraído del almacén de Marissa. Continuó rebuscando por la habitación, temiendo que la hubiera guardado en algún escondite secreto, dado que ella no conocía ninguno aparte del de su propio armario. Aunque su hermano ya le había reconocido que su madre, junto a él, creó varios más por la casa.

Había esperado hasta que Dylan se levantase de la cama para poder entrar en su habitación a rebuscar. Si bien, no estaba tan segura de que ese fuera el verdadero motivo de retrasar su excursión, pues podría haberla adelantado sin tener que llevar el arma. Tampoco es que tuviera idea de cómo utilizarla, o si lo iba a hacer. Seguramente no.

Lo cierto era que había estado dando unos días más a Jake para aparecer y poder preguntarle sobre la casa abandonada. Pero él seguía escabulléndose.

Abrió otro cajón, sin fortuna tampoco. Cuando hubo terminado con la cómoda, siguió con el armario y, después de rebuscar con cuidado de dejar todo tal y como se lo encontraba, por fin la encontró dentro de una caja de zapatos.

Apartó la mano rápidamente al tocarla. Estaba tan fría como la recordaba. Sus pulsaciones aumentaron mientras su cabeza intentaba pensar en lo que estaba haciendo, y a la vez rechazar esos pensamientos.

La sostuvo con cuidado. La impresión fue la misma que la primera vez. Le aterraba el peligro que desprendía un simple objeto de metal, y el poder que contenía.

—¿Qué haces?

Maddie dio un respingo cuando escuchó la voz de Harper desde la puerta del dormitorio. Sin embargo, no se giró al momento. En un segundo, el corazón comenzó a latirle descontrolado en el pecho. Escondió rápidamente la pistola en su chaqueta, y fue entonces cuando se dio la vuelta.

Estaba segura de que tenía la cara totalmente roja por los nervios, pero, si era así, su amiga no dijo nada. Únicamente se quedó mirándola con el gesto torcido y los brazos cruzados.

—Tengo que ir a un sitio —dijo intentando sonar calmada mientras cerraba el armario de su hermano.

—¿A estas horas?¿Qué vas a hacer? —insistió su amiga.

—Sólo quiero ver una cosa. —Pasó de largo por delante de ella, saliendo del dormitorio.

—¿Como lo del muelle?

—Harper, por favor. —No sabía qué le pedía exactamente a su amiga. Que dejase las preguntas, o quizás las acusaciones. El día que fue al muelle había sido sincera; sólo quería mirar. Pero la situación se descontroló un poco. Por eso mismo, al menos aquella vez llevaba un arma, en caso de que la cosa se torciera de un modo similar.

—No vas a ir sola, ¿no? ¿Has llamado a Jake?

Se quedó paralizada ante aquella pregunta. Obviamente, Harper se había percatado de que llevaban días sin verse. Siempre se daba cuenta de esas cosas, aunque hubiera estado absorta con Dylan.

Por eso mismo, era consciente de que pretendía enterarse de lo que hubiera podido ocurrir entre ellos.

El problema era que ni siquiera ella lo sabía.

—¿Maddie?

—No, no voy con él. Y no le digas nada. —Intentó echar a andar, dejando en un rincón de su mente cualquier duda que la reacción de Jake ante la casa *encantada* pudiera hacerle surgir.

Su amiga la cogió de la mano parando sus pasos.

—¿Qué pasa Maddie?

—Nada, sólo quiero ver una cosa. No quiero molestar a Jake para esto. Está trabajando mucho con Dylan así… —Dijo la verdad, aunque sonaba a mentira—. Te juro que no es nada —trató de tranquilizarla.

—Vale, pues voy contigo.

—¿Qué? —Se quedó extrañada mientras veía cómo su amiga se acercaba a la entrada de la casa a por su chaqueta.

—No pienso dejar que te metas en más líos tú sola.

—Harper…

Ésta se giró para mirarla por fin.

—Según tú no es nada. Sólo vas a ver una cosa, ¿no?

Maddie se mordió el labio levemente antes de contestar. No veía la forma de librarse de su amiga, al menos por el momento.

—Sí —respondió.

—Pues vamos. —Fue Harper quien tiró de su brazo para sacarla de la casa.

Salieron cada una con su moto. Chispeaba un poco, pero el agua que caía no llegaba a molestar. Antes de alcanzar el punto donde Jake y ella pararon la última vez, Maddie hizo frenar a Harper, que la seguía de cerca.

—Estamos en medio de la nada —se quejó ésta, y cuando vio a lo lejos la casa que Maddie observaba, preguntó —¿La casa encantada? ¿Es allí a donde vamos?

—Sólo quiero echar un vistazo. Va a ser rápido. —Luego se giró, buscando el mejor sitio donde esconder sus motos. Una vez lo hicieron, pidió a su amiga que esperase allí.

—¿No te he dicho que voy contigo?

—¿Y de qué sirve que vengas si nos cogen a las dos? —preguntó sin pensar en lo que decía, ni la reacción que provocaría. Pero si había peligro allí, prefería que Harper permaneciera a salvo.

—¿Si nos cogen? ¿Qué coño hay en la casa, Maddie? —preguntó alarmada.

Ella tomó aire antes de intentar tranquilizarla.

—Nada —dijo, esperando equivocarse.

—¡No me toques los cojones!

Maddie no pudo evitar reírse suavemente ante la reacción desmesurada de su amiga.

—Harper, ¿quieres tranquilizarte? —volvió a intentar—. No sé lo que hay. Es lo que quiero ver. Quiero ver si hay alguien, y si están allí los coches de los que atacaron a Dylan.

Estaba segura de poder reconocer esos coches en cualquier situación. Se había aprendido las matrículas, los modelos y los colores. Únicamente le faltaba cruzarse con ellos.

—¡No me jodas! Maddie, ¿qué hacemos aquí solas? —Estaba claro que su amiga no veía la excursión del mismo modo.

Entendía el terror que tenía, pues era quien había ayudado a su hermano a no morir. Sabía lo peligrosa que esa banda extraña era, pero no podía dejar que su miedo la frenara. Estaba decidida a ayudar a sus amigos.

—No estamos solas, ¿vale? Estamos juntas. Y sólo voy a mirar —se intentó convencer también a ella misma. *Sólo mirar.*

—¿Y si ves algo? —preguntó Harper.

Pensó en su contestación, buscando las palabras correctas para calmarla.

—Entonces nos vamos y se lo contamos a Dylan. —Era un buen plan. El único que debía seguir. *Sólo mirar.*

Su amiga se giró de nuevo a la casa mientras meditaba las respuestas que había recibido.

—¿Juras que no vas a hacer ninguna gilipollez, *Di* ? —inquirió otra vez, no muy segura.

—Que sí. Mira que eres pesada —dijo la última frase con una sonrisa antes de darle un rápido beso en la mejilla.

Después de eso, respiró hondo y se encaminó hacia la vieja casa de color mostaza que quedaba medio escondida bajo la carretera. La pintura estaba desconchada a lo largo de toda la fachada, y las contraventanas verdes apenas mantenían el color. Estaban cerradas, pero eso no significaba que no hubiera nadie allí.

Siguió caminando con premura, pues su amiga le había dado media hora antes de alertar a los demás.

Avanzó atenta a cualquier ruido que pudiera avisarla de peligro, pero todo estaba muy tranquilo. Solamente escuchaba el repiquetear de la lluvia contra las plantas a su alrededor.

La hierba estaba muy alta, como ya había visto el día en que se acercó con Jake. Antes de seguir andando por la carretera, miró de refilón delante de la casa para comprobar que no había ningún camino de vegetación aplastada hasta la entrada.

Cuando pudo, giró a la derecha. A partir de ese punto, Harper ya no podría verla. Empezaba a inquietarse, seguramente por los propios nervios de su amiga. Palmeó la pistola que tenía en el bolsillo de su chaqueta para asegurarse de que seguía ahí, pero no la sacó.

Al llegar a la entrada lateral de la casa, se quedó escondida tras el muro.

La puerta que un día protegía aquella vivienda, llevaba años apoyada en la pared lateral. Una valla antigua y oxidada, signo de los años mejores que habría vivido aquel lugar.

De pronto, el corazón empezó a latirle con fuerza. Delante de ella, tenía la prueba que había ido a buscar. La hierba, que alcanzaba su estatura y la sobrepasaba, se extendía aplastada ante ella por el paso de coches.

Echó un rápido vistazo a las ventanas que divisaba desde su posición. Todas estaban igual de cerradas que las de la fachada principal, aunque el color parecía mantenerse algo mejor.

Se paró a escuchar, pero no oyó sonido alguno.

Las plantas pisoteadas en el camino lateral de entrada a la casa era razón suficiente para que Dylan y la banda fueran a investigar, incluso con Jake oponiéndose. Pero quería saber por qué éste se había negado con tanta dureza a echar un vistazo.

Respiró hondo y empezó a acercarse. Esperaba que la creciente oscuridad del final del día pudiera ocultarla en caso de que alguien estuviera mirando. Y también que el ruido de la lluvia, cada vez más insistente, borrase sus pasos y mitigase el sonido que hacía con cada uno de ellos.

Llegó hasta la fachada, y esperó un momento antes de asomarse por una pequeña ventana

que quedaba a su altura. Todo estaba tan oscuro como había visto desde lejos. Se dijo que si hubiera alguien en esa habitación, al menos habría alguna luz.

Se acercó a la puerta doble de entrada e intentó abrirla a pesar del gran candado que la cerraba. No había forma de pasar por ahí.

Regresó a la ventana. Estaba vieja y estropeada por la humedad. Desde fuera podía ver el tope que tenía y que le impedía abrirla. Debía ser una ventana tan vieja como la casa, por lo que el sistema de seguridad no era muy avanzado. Sólo un taco de madera que giraba para sujetar la hoja o liberarla.

Miró a su alrededor en busca de algo que pudiera usar para mover aquel tope. Encontró un palo estrecho unos pasos más allá, y se puso a trabajar en su tarea. Sostuvo la ventana hacia fuera mientras metía el palo por la estrecha rendija que la madera roída dejaba libre. Después de un rato, consiguió moverlo lo suficiente para que la hoja se abriera.

Cuando fue a asomarse, varias sombras se cernieron sobre ella. Se echó hacia atrás con rapidez, sintiendo que el corazón se le salía por la boca. Tardó un segundo en comprender que eran murciélagos. Pero aún así, las manos no dejaban de temblarle por el susto.

Respiró hondo unas cuantas veces más, y volvió a intentarlo.

Estaba todo oscuro. El sol se había ocultado ya, así que no contaba con su luz para poder ver.

Miró hacia atrás, confirmando que no había nadie que pudiera descubrirla, y sacó el móvil para encender la linterna. Antes de hacerlo, se asomó para comprobar que no había luz alguna, ni movimiento, ni ruido al otro lado del muro.

Cuando activó la linterna, se encontró con una habitación que parecía a medio hacer. El suelo era de tierra, como si no lo hubieran solado nunca. Las paredes eran de la misma piedra que los muros de la casa, y el techo lo componían vigas de madera antigua. Más bien eran troncos brutos. Ni siquiera habían sido cortados rectos.

Al fondo había unas escaleras de piedra que iban de lado a lado de la habitación y, más adelante, otras de madera que parecían llevar al piso de arriba. Se veía que eran un añadido más moderno.

Según barría el espacio con la linterna, alguna sombra se movía. Con la noche ya cubriendo el cielo, los murciélagos iban despertando. Maddie se esforzó en mantener sus nervios a raya mientras seguía inspeccionando la estancia.

Había varias sillas viejas a un lado, y una mesa igual de antigua al otro lado de la habitación.

Pero no había nada más.

Se asomó un poco más por la pequeña ventana buscando la entrada de esa estancia. Se abría a su izquierda.

Si los coches que buscaban estaban escondidos en aquella casa, no podía verlos desde donde se encontraba.

Sopesó si colarse en el lugar. Parecía que no había nadie, aunque podía estar equivocada. El móvil vibró en su bolsillo.

Harper: *¿Estás bien?*

Harper: *¿Qué pasa?*

Harper: *Por qué tardas tanto?!*

Dejó visto los mensajes y se guardó el móvil en el pantalón. Se sentó sobre la ventana y se deslizó dentro de la casa. No había calculado bien la distancia hasta el suelo y, en cuanto lo alcanzó, cayó de bruces sobre la tierra. Se sacudió rápidamente, esperando no haber hecho demasiado ruido.

Luego cogió una de las viejas sillas y la puso bajo la ventana. Distintas sombras la iban rodeando de vez en cuando mientras los murciélagos escapaban de la habitación por la entrada o por la ventana. La idea de tranquilizarse le parecía demasiado lejana, y controlar el temblor de sus manos imposible .

Respiró hondo una vez más y se dirigió a la entrada de la habitación. Al cruzarla, encontró a su izquierda la puerta doble que daba al exterior, la que no había podido abrir. Al otro lado se abría un gran patio de piedra. Estaba todo recubierto de hierbas y musgo. Se imaginaba lo bonito que debía ser ese patio durante el día, rodeado de columnas y arcos de piedra, y con el verde de la vegetación luchando contra el triste gris de la piedra.

La lluvia caía con fuerza, aunque el sonido quedaba amortiguado por la vegetación que cubría el suelo.

Alzando la vista, vio varios murciélagos que daban vueltas alrededor del patio. Pasaban por delante de varias ventanas que, supuso, darían al interior de la casa. No parecían en mucho mejor estado que el resto de las que había visto.

Se fijó en el patio. Era tan grande como para albergar seis coches, e incluso más. Sin embargo, estaba vacío. Era una casa abandonada. No había rastro de vida por allí, salvo la hierba aplastada en la entrada, que quizá podría deberse a alguien que se acercara para mantener la casa.

Intentó no sucumbir a su decepción mientras seguía buscando el motivo por el que Jake no había querido que se acerca ra.

Alrededor del patio encontró otras puertas. Una estaba tapiada con piedras tan antiguas como los muros de la casa. Otra era únicamente el marco, sin puerta que la cerrase. Maddie se acercó a ella, y varios murciélagos salieron al exterior en cuanto vieron la luz de su linterna. Se agachó rápidamente, asustada.

Entonces su teléfono vibró en su mano, haciéndole dar un respingo. Lo ignoró, y se asomó por el hueco de la puerta. No había nada. Sólo algunas vigas caídas.

Después se acercó a la tercera puerta, de madera. Estaba cerrada con un candado. Tiró de él, esperando que el óxido y la antigüedad lo hubieran estropeado, pero no era el caso. Si de verdad era antiguo, se había mantenido a la perfección.

No había salida.

Se giró, para ver qué opciones tenía. No había nada que probase que los coches habían estado allí, o que hubiera gente viviendo en la casa. Realmente parecía abandonada.

Su móvil comenzó a vibrar.

Harper: Maddie!! Responde ya!

Era el último de los veintiún mensajes que su amiga le había mandado.

Maddie: Ya voy

Respondió resignada, y deshizo sus pasos hasta la primera habitación, por donde había entrado en la casa. Subiéndose a la silla, se coló por la ventana. La dejó cerrada ayudándose del palo que cogió anteriormente y salió rápidamente de allí.

Cuando llegó a donde Harper la esperaba, apenas pudo verla, pues se abalanzó rápidamente sobre ella envolviéndola en un fuerte abrazo.

—Joder, ¡qué puto susto me has dado tía! ¿Por qué no contestabas? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Sí, para. —Intentó deshacerse de su amiga, pero sólo consiguió que la abrazara más fuerte.

—¡ Para tú ! —le espetó de vuelta—. ¿Sabes que casi me da un infarto? Y tu hermano lleva un rato preguntando dónde estamos.

Lo sabía. También había recibido más mensajes de los necesarios de Dylan haciéndole la misma pregunta.

—Vámonos, venga —dijo secamente mientras se acercaba donde habían dejado las motos escondidas.

—¿Qué has visto? —Harper la seguía de cerca sin saber que esa pregunta le estaba molestando más de lo que debería.

—Nada, vámonos.

—Me estás asustando, Maddie —insistió, sin preguntarle esa vez.

Ella suspiró molesta.

—¡Es que no hay nada! Está todo a oscuras, no hay coches… ¡No lo entiendo! —Su frustración iba creciendo según reconocía que había fallado estrepitosamente en su búsqueda. Esperaba encontrar los coches para ayudar a la banda, pero, sobre todo, para comprender por qué Jake llevaba varios días evitándola . Si no era porque los coches estaban allí, tendría que haber otro motivo, y no había encontrado más que murciélagos, musgo y muebles viejos.

Sólo le quedaba pensar que se había imaginado todo, y que la casa no tenía nada que ver con la repentina desaparición del motero.

—¿Qué no entiendes? —Harper la devolvió a la realidad.

Se lo pensó un momento antes de responder.

—Jake no quería que viniera —confesó al fin, sabiendo que era una mala idea hacerlo.

Su amiga alzó las cejas.

—¿Y tú vas y vienes? —preguntó demasiado alto.

Respondió encogiéndose de hombros. Sabía cómo lo vería su amiga: como una cabezonería sin sentido. Harper se fiaba sin problema de Dylan, pero a ella le habían mentido demasiadas veces, aunque fuera por su bien, y le costaba entregar su confianza ciegamente.

—Joder, se te está yendo la olla, Maddie —la acusó mientras se subía a su moto.

—Es que ha estado distante desde que propuse mirar aquí —trató de defenderse sin mucha gana. No pudo evitar preguntarse cuánta razón tendría su amiga. Quizá se había imaginado todo. De todas formas, lo descubriría en unos minutos, cuando se reunieran con el resto.

—Estáis como cabras. Vámonos ya —dijo Harper enfadada mientras arrancaba la moto y, poco después, se alejaba.

Antes de seguirla, miró de nuevo a la casa, aceptando que realmente estaba abandonada.



Aparcaron sus motos bajo el espacio techado a la entrada del pueblo. Los días de lluvia cambiaban el mirador de cada noche por el aparcamiento a la entrada del pueblo. Tenía una zona techada donde dejaban sus motos, y al lado un edificio municipal con una terraza abierta y también cubierta, lo suficientemente amplia para toda la banda. Era su lugar de reunión cuando la lluvia caía con fuerza.

Subió las escaleras hasta la terraza detrás de su amiga, y sus ojos recayeron rápidamente sobre Jake. Estaba apoyado en una de las barandillas, y después de recorrer su figura de arriba a abajo, y seguramente preguntarse por qué estaba completamente empapada, le devolvió la mirada. Ella terminó de subir las escaleras esperando que su corazón volviera a funcionar con normalidad, y lo hizo en cuanto él la ignoró sin decir nada ni hacer ningún gesto hacia ella. En su lugar, se giró hacia las personas que hablaban con él, entre ellos su hermano.

—¿Estás bien? —No había sido la única en percatarse de la indiferencia de Jake al verla. Harper la escudriñaba preocupada, a pesar de que las últimas palabras que le había dedicado antes de salir a la carretera habían sido de cabreo absoluto.

—Sí. Voy a por cerveza —dijo, fingiendo el mismo desinterés que había recibido. Pasó de largo, hasta donde Jordan y otros cuantos hablaban con litronas en la mano.

—Joder, ¡venís caladas! ¿Dónde habéis estado? —preguntó éste cuando la vio llegar.

Harper se había movido hasta otro grupo y hablaba con uno de los chicos nuevos. Por la forma en la que se movían y se miraban, estaba claro cómo terminarían la noche.

—Perdiendo el tiempo —contestó molesta. Sus palabras eran más reales de lo que le habría gustado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Jordan.

Maddie le quitó la botella de la mano.

—Que necesito una cerveza —dijo, y después bebió un largo trago. Jordan no tardó en quitarle la botella, y ella se acercó a por una del montón que había en el centro de la terraza.

Girándose a mirar a todos alrededor, comprobó el buen ánimo que había. Seguían sin saber nada de quien estaba intentando matar a su hermano, pero se los veía relajados. Era la primera noche que Dylan volvía con el grupo, y eso también significaba no tener que estar de patrulla en una búsqueda tan inútil como la suya.

No había visto a Dylan en todo el día. En cuanto Harper y el médico le dieron permiso para levantarse, no tardó en salir de casa. Iba con el brazo izquierdo en cabestrillo, aún recuperándose del hombro herido. Apenas llegaba la luz de las farolas hasta su rostro, pero pudo advertir su cara de cansancio. Por supuesto, no se quejaría ni diría nada al respecto. *Al menos sigue entero* , se consoló.

Cuando buscó a Jake con su mirada, él hablaba con una chica. Bueno, más bien la escuchaba, o parecía hacerlo. A Maddie no le sonaban ni ella ni el grupo que hablaba también con su hermano, y se imaginó que sería algún grupo de vacaciones buscando el rollo de verano.

Sentía cómo le hervía la sangre sólo al verlos . Estaba claro lo que ella intentaba, y en cambio no estaba tan segura de lo que le pasaba por la cabeza a él. Su cara parecía forjada en acero, impasible como siempre, y no era capaz de descubrir ninguna emoción en ella.

Cogió su botella y se fue a una esquina de la terraza, con la idea de no descargar su repentino mal humor con ninguno de sus amigos. Se apoyó en la barandilla y bebió de su cerveza, con la mirada perdida en el horizonte.

Apenas podía ver nada con la lluvia, que parecía una cortina de luces escondiendo la playa a lo lejos. Tampoco podía oír mucho entre el repicar de la lluvia y las voces de todos los moteros

que, encerradas en aquella terraza cubierta, se amplificaban.

Sin embargo, pudo percibir a lo lejos a los surferos. Estaban escondidos en el pequeño puente de madera, resguardándose de la lluvia. Torció el gesto al recordar la última vez que lo cruzó, entre besos de Tanner.

Sacudió la cabeza para deshacerse de ese recuerdo.

Pensó en cambio que le hacía gracia cómo ni el mal tiempo ni la lluvia impedían nunca a nadie de Plantío salir.

Estaba segura de que los surferos hacían tanto ruido como ellos, aunque desde su altura no podía oírlos. Sólo les veía reírse, empujarse y beber.

Mario tonteaba con una chica, y Maddie sonrió mientras probaba a adivinar qué apodo estúpido le habría puesto. El último que le había dedicado a ella había sido *florecilla,* en las fiestas del pueblo, y de eso hacía ya semanas.

Recordó entonces la conversación que escuchó entre Jake y él. Al principio le había parecido que el surfero buscaba información, pero Jake le contó que lo que en realidad buscaba era a quien los atacaba; la misma persona o banda que a ellos.

Se quedó indagando sobre qué motivo podría tener alguien para atacar a las dos bandas de Plantío, descartando a la policía, que no lo haría de la forma en que habían sido atacados. A ellos se les veía venir de lejos, gracias a la burocracia que siempre les paraba los pies.

Nada de lo que ocurría tenía sentido, y notó cómo empezaba a dolerle la cabeza, fruto de la concentración. O quizá fuera efecto de la cerveza. Apenas había hablado aquella noche, por lo que seguramente habría bebido más de la cuenta.

Se irguió abandonando la barandilla. Tenía que bajar a hablar con Mario. Seguro que él podría darle alguna otra pista, y por suerte a ella no parecía odiarla tanto como a su hermano o a Jake. Quizá podría conseguir algo que fuera de utilidad para los suyos.

Se giró a echar un rápido vistazo para asegurarse de que nadie la viese mientras se acercaba a las escaleras, pero los ojos dorados que había estado buscando al inicio de la noche, por fin decidían devolverle la mirada.

Parecía como si Jake supiera en qué pensaba incluso antes de que tuviera la idea. No había hecho ni dicho nada que diera a entender que iba a bajar a hablar con los surferos, pero algo le decía que, de alguna forma, ya lo sabía. Su cara de enfado y casi rabia así se lo demostraba.

Resopló evitando sus ojos y aún así bajó las escaleras, aunque fue en dirección contraria al puente.

—¿Te vas ya? —No había escuchado cómo la seguía, pero cuando se volvió, encontró a Jake empapándose bajo la lluvia, al igual que ella.

XXVII.
LLAMAS

Jake la miraba bajo la lluvia, impasible, como si no notase que el agua caía sobre él, como si no le importase. Esperaba la respuesta de Maddie, y ella estaba decidida a que no le gustase lo que iba a escuchar, tal y como no le había gustado a ella su desdén durante toda la noche, después de días evitándola .

—Vaya, me sorprende que lo hayas notado. Se te veía muy ocupado ignorándome —le dijo, y luego siguió caminando mientras rodeaba el edificio donde el resto de la banda seguía reunida. No estaba de humor para coger la moto, y prefirió darse un paseo.

Según giró la esquina del bloque, Jake la agarró de la muñeca y la hizo girar de vuelta a él. En ese momento, el chaparrón apenas llegaba hasta ellos, resguardados junto a la pared.

Al encontrarse frente a él, pensó que podría evaporar el agua de la lluvia sobre su brazo, únicamente del enfado que tenía. Había desaparecido varios días sin decir nada, luego la había ignorado durante toda la noche, y ahora pretendía hacer como si nada de eso hubiera ocurrido. Lo peor de todo era que ella misma quería hacer como si nada de eso hubiera ocurrido.

Él ya pasaba el pulgar por sus nudillos, como si los hubiera echado de menos. Ella lo había echado de menos.

La contemplaba desde su altura, y entonces su sonrisa apareció. La que prometía problemas. Y ella estaba deseando que llegaran.

—No tienes ni idea. No te he perdido de vista —le dijo él, y luego se agachó en busca de sus labios. Le dejó un pequeño beso, y luego otro, y más mientras Maddie sentía su respiración acelerándose. Se lo estaba poniendo realmente difícil para seguir enfadada con él cuando deseaba besarlo con tantas ganas.

Finalmente cedió a su calor y, agarrándolo de la camiseta, lo acercó hacia ella mientras buscaba con su boca llenar el vacío que había sentido desde que le había visto en aquella terraza. No sabía si había sido la tormenta empapándolo, la noche, o que por fin parecían tener un descanso con las tareas de la banda, pero Jake estaba especialmente guapo. Y la miraba con unos ojos que en cualquier otra situación le habrían asustado. En ese momento, sólo la encendían aún más.

—A duras penas he podido contenerme para acercarme a ti —le susurró él antes de volver a su boca.

Al resguardo de la lluvia, permanecía pegada a la pared, sin escapatoria. Y no quería huir. Lo que de verdad anhelaba era perderse allí, en él, en sus besos, en sus manos. Pero aún seguía sin entender su desaparición de los días anteriores.

—¿Vas a decirme qué pasa?

Sintió el aire que expulsó por la nariz acariciándole la piel antes de erguirse frente a ella. Luego una de sus manos rodeó su cintura mientras la otra se posaba sobre su cara con suavidad.

Lo miró molesta cuando le pareció que iba a despedirse.

—No es buena idea que nos vean juntos —dijo él.

Pestañeó ante lo que acababa de oír.

—¿Qué? —No sabía por qué, pero de repente sentía un nudo en el estómago. Parecido al miedo que había sentido en la casa abandonada, sólo que el que sentía en ese instante llegaba a ser doloroso—. ¿Tienes miedo de mi hermano? —preguntó, afligida porque fuera como el resto de chicos, acobardados por las amenazas de Dylan.

Él sonrió y, para su desgracia, le encantaba cuando lo hacía. En ese momento no debería.

—No deja de ser mi jefe —le dijo mientras se reía sin gana—. Eres la hermana de Dylan —continuó, ajeno al peso que sus palabras añadían a la boca del estómago de Maddie.

Esas mismas palabras que siempre le habían dicho otros chicos. Sin embargo, Jake añadió algo nuevo para ella:

—No voy a ponerte otra diana en la espalda.

Quiso dar un paso atrás mientras pensaba en lo que acababa de escuchar, pero al estar pegada a la pared, sólo pudo alejar la cabeza unos centímetros.

Era cierto que por ser la hermana del jefe de la banda siempre había tenido más problemas que el resto, e inevitablemente corría más peligro dada la situación. Sabía que por eso Dylan estaba obsesionado con que saliera de allí y con protegerla.

—¿Así que has decidido que tengo que esconderme? ¿Yo no tengo nada que decir? —preguntó dolida. Quería mantener sus ojos fijos en los de él, pero le preocupaba que empezasen a humedecerse. Necesitaba salir de allí antes de que eso ocurriera.

Sin embargo, Jake no dejó que se marchara. Tenía otros planes para ella. Se agachó hasta esconder su cara bajo su pelo, y luego le besó lentamente el cuello, haciendo que se le pusiera la carne de gallina.

—Me tomo tu vida muy en serio —susurró contra su piel.

Ella lo empujó sin ocultar su enfado, a pesar de que su deseo iba en la dirección opuesta. No quería tener esa discusión, y no quería tenerla con Jake; especialmente cuando volvía a tenerlo a su lado.

—Suenas como mi hermano —le dijo, y no era un cumplido.

—Madison… —Lo observó mientras se pasaba la mano por la cabeza, haciendo salpicar diminutas gotitas de lluvia al hacerlo.

—¿Qué? —preguntó enfadada.

Clavó la mirada en ella durante un largo momento.

—Es que… —Su expresión iba cambiando mientras decidía la excusa que darle—. Entiendo su preocupación y… la comparto.

La rabia empezó a recorrer su cuerpo como una chispa dispuesta a arrasar todo, que en cualquier momento podría prender. Se estaba comportando como su hermano. Después de engañarla, haciéndole sentir que podía ser una más, que podía ayudar a la banda. Al final había cedido a la obsesión de Dylan.

Si Jake no la tuviera contra la pared, estaba segura de que estaría temblando de la furia que sentía. Temía no poder aguantar las lágrimas en sus ojos, que solían aparecer cuando perdía los nervios.

—No hago nada malo, y no tengo miedo. No voy a esconderme —le avisó. Según lo dijo, supo que entonces dependería de él. De que, incluso así, decidiera seguir a su lado.

No sabía si quería escuchar su respuesta, o si estaba preparada para hacerlo.

El agujero en su pecho pesaba demasiado, ahogándola . Y a pesar de ello, se mantuvo tan

quieta que apenas parecía respirar.

—No te importaba con el rubito —dijo él.

De un golpe, expulsó el poco aire que quedaba en sus pulmones cuando escuchó esas palabras, como si hubiera recibido un puñetazo directo en la boca del estómago. Entonces lo empujó con todas sus fuerzas. Sabía que no era suficiente para moverlo, pero él dio un paso atrás de todos modos.

—¡Eres un gilipollas! —le gritó.

Tanner la había engañado. Solamente estuvo con ella para conseguir información de la banda. Incluso se había reído de ella por lo tonta que había sido al caer tan fácil y rápido en su mentira. Y Jake lo había sabido todo ese tiempo, sin decirle nada.

Tenía ganas de pegarle, como las había tenido de pegar al surfero cuando se enteró de la farsa. No le importaba que Jake le sacase dos cabezas. Y no le importaba que tuviera razón.

Era cierto que se había escondido con Tanner, y, de hecho, había sido idea suya. En parte porque sabía que estaba mal salir con un surfero, aunque no fuera de la banda de Mario; y en parte porque, cada vez que Jake la veía con él, le echaba una bronca peor que las de su hermano.

Pero que sacara el tema en aquel momento era la gota que colmaba el vaso.

Después de lo ocurrido con Tanner, se había sentido demasiado estúpida. En ese momento, Jake acababa de confirmarle que lo había sido.

Se alejó de la pared sin un rumbo fijo, siguiendo sus pasos cabreados.

Él intentó cogerle la mano para evitar que se moviera, pero la apartó antes de que buscase sus nudillos.

—Vale, perdona… No tenía que haber dicho eso.

—No, ¡claro que no! ¡Que te den! —le gritó mientras seguía andando.

—¡Madison! ¿A dónde vas? —Se acercó a ella y mantuvo el ritmo de sus pasos.

—¡No lo sé! —gritó exasperada sin mirarlo y sin parar.

Él la cogió de la mano, y no le dio opción a zafarse. Entonces la movió de vuelta al cobijo del edificio, pegándola contra la pared.

—Ven aquí, ¿quieres? Estás muy guapa cuando te enfadas —dijo recorriendo su cara con la mirada.

Pero ella estaba lejos de mitigar su cabreo. Sabía lo que estaba intentando, y le molestaba que tenía todas las de perder frente a él. Aún así, hizo el esfuerzo de mantenerse firme. Al menos un poco más.

—¡Entonces debo estar preciosa!

Y apareció de nuevo aquella sonrisa. Ella frunció los labios rápidamente. Se maldecía en su interior por el cosquilleo que le producía la forma en que la contemplaba.

—La verdad es que sí —confirmó él, comenzando a agacharse. Le repateaba lo bien que se lo estaba pasando a su costa.

—Pues tú estás muy gilipollas —le dijo, aunque falló en su intento de parecer irritada. Había perdido la fuerza en su voz.

La sonrisa de él se ensanchó más.

—Tú sigue… —la avisó divertido, y luego ninguno dijo nada más, perdiéndose en el beso que compartieron.

El agujero en el pecho que había sentido unos minutos atrás, se convirtió de pronto en un estallido continuo de nervios que iban deslizándose por su estómago, sus piernas, sus brazos, hasta la punta de los dedos que buscaban el cuerpo de Jake y lo exploraban centímetro a

centímetro.

Las manos de él subieron de su cintura a sus costados, empujándola suavemente hacia él; y ella se dejó arrastrar.

El calor que la sofocaba en aquel momento no se parecía en nada al del enfado con el que habían comenzado su conversación. Estaba segura de que las manos de Jake, que habían encontrado un hueco bajo su camiseta, le quemaban la piel. Y ella, gustosa, se habría dejado reducir a cenizas sólo por seguir sintiéndole recorrer su cuerpo.

Cuando necesitaron un poco de aire se separaron, aunque hubiera preferido ahogarse que volver a echar de menos su boca.

Entonces le escuchó resoplar, y el temor apagó los fuegos artificiales de su pecho. La observaba con rostro triste. Estudiaba su cara con la mirada, a la vez que trazaba cada facción con su pulgar.

Luego lo pasó por su labio inferior, haciendo que su presión volviera a subir en apenas un segundo, pero de ahí pasó a su mejilla y a su sien. Cerró los ojos, perdiéndose en su tacto.

Cuando los abrió, él abandonó su concentración buscando su mirada. Una vez más , le parecía que iba a despedirse. Tras la pasión que acababan de compartir, le resultaba inconcebible separarse de él. Deseaba que a él le ocurriera lo mismo.

—¿ Soy un error? —apenas pudo contener las palabras escapándose de su boca. El miedo se convirtió en una oscuridad que engullía todo en su interior. Se quedó tan quieta que no parecía viva; más bien una estatua.

No estaba segura de qué expresión tenía Jake, si de pena o de enfado. Puede que un poco de ambas. Después de un momento, vio cómo cogía uno de los mechones de su pelo y se distraía con él.

—Eres una… complicación. —Colocó el pelo detrás de su hombro. Luego regresó a sus ojos grises—. Pero nunca serías un error, Madison.

Cuando se agachó a besarla, ella dejó su boca a su disposición, aún incapaz de moverse.

Una complicación.

Ni siquiera sabía lo que significaba eso.

A duras penas se mantuvo en pie mientras él recorría sus labios con la lengua, tan lento que escasamente avanzaba. Y sin embargo, su presión subía veloz mientras aguardaba por más.

Cuando terminó de humedecer su labio inferior, lo cubrió con un beso lento, y después apoyó su frente sobre la de ella.

—Una gran complicación.

Escondió sus manos bajo la camiseta de él. Le sentía ardiendo contra sus fríos dedos, pero si le molestaba, él no se movió. Siguió recorriendo sus costados hasta llegar a su espalda, rodeando su cintura.

—Pues tú eres un gilipollas —susurró.

Le encantó ver cómo la sonrisa de él volvía a su cara. Estaba segura de que su cara apenada encabezaría la lista de las tres cosas que menos le gustaban.

Entonces escuchó la breve risa que emanaba de su pecho.

—Lo sé —respondió.

No dijeron nada más. Permanecieron quietos, sintiendo las manos del otro bajo la ropa, dibujando figuras sin sentido sobre la piel.

Maddie no sabía qué enloquecía más sus nervios, si las manos de Jake acariciando su cuerpo, o sus propias manos recorriendo la espalda de Jake.

Se sentía vulnerable. Sólo sus palabras en forma de despedida habían bastado para arrastrarla a la desesperación. No quería pensar en lo que sentía por él. No sabía si sería capaz de describirlo. Simplemente sabía que se perdía junto a él de formas que nunca antes le habían ocurrido, y quería seguir haciéndolo.

Abandonó su espalda y sacó sus manos de debajo de la camiseta. Sintió el frío de la noche alrededor de ellas, dándose cuenta de cómo habían permanecido calientes con su tacto. Entonces las posó sobre su tripa, evitando enfrascarse en la dureza de su abdomen contra sus dedos, incluso con la ropa de por medio.

—No quiero esconderme —susurró.

La casa abandonada no le había dado tanto miedo como esperar su respuesta.

Después de un momento, le escuchó suspirar sobre ella, haciendo bailar algunos mechones de su pelo al liberar el aire de su pecho.

—Vale —accedió.

Luego se agachó a sellar su nuevo acuerdo con un beso lento, acorde al aletargamiento que estaban sufriendo el uno junto al otro. Sin embargo, pronto el deseo fue despertando en su interior, y el beso se tornó más frenético.

Las manos de él subieron por su espalda hasta sus hombros, y volvieron a bajar recorriendo cada milímetro de piel hasta que la sujetaron con fuerza por la cintura. Una fuerza que, lejos de hacerle daño, despertaba un ardor intenso que le ascendía por las piernas sin un rumbo fijo.

Ella había subido sus manos hasta su cuello y, en lugar de rodearlo, lo sujetó entre sus dedos, apretando suavemente, buscando conseguir aquel mismo calor que las de él le hacían sentir en la cintura.

Se alzaba de puntillas, desesperada por seguir bebiendo de su boca, cuando él bajó sus manos a sus muslos. Un jadeo escapó de sus labios al sentirlos rodeados, antes de que con un rápido movimiento la elevara en el aire. La empujó hasta la pared, y volvió a buscar su boca mientras ella lo envolvía con las piernas.

No estaba segura de recordar cómo respirar correctamente. Apenas podía resollar . Ni siquiera sabía dónde estaban. Sólo que lo necesitaba más cerca, sin nada que se interpusiera entre ellos; ni siquiera una camiseta. Tiró de ella, y notó en él ese mismo deseo cuando sus manos abandonaron sus piernas para arrebatarle la chaqueta.

Apoyada contra la pared no necesitaba su agarre, aunque hacía un poco difícil la tarea de quitarle la cazadora. Entonces, él se separó como un rayo, llevándose un gemido de los labios de Maddie.

Intentó centrarse ante el repentino mareo que sentía, y se fijó en la cara de enfado de Jake. Le vio rebuscar en su bolsillo y sacar la pistola que había guardado ahí al comienzo de la noche.

Con reticencia, deshizo el abrazo de sus piernas alrededor de su cuerpo y puso los pies en el suelo, aunque a su cabeza aún le costaba enfocar su atención.

—Joder, ¿qué es esto? —preguntó él mientras miraba la pistola en sus manos. Hizo unos movimientos con ella, y sonaron algunos clicks.

Ella intentó cogerla, pero él se movió hacia atrás más rápido. Se percató de cómo esos dos pasos de distancia afectaban a su corazón.

—Creo que es obvio —dijo intentando calmarse sin demasiado acierto.

Pero Jake parecía totalmente ajeno a lo que acababan de compartir. Su cara mostraba un cabreo absoluto de repente. Estaba segura de que se estaba conteniendo para no ponerse a gritar.

—¿Qué haces con esto, Madison?

No le dio tiempo a contestar antes de que siguiera echándole la bronca.

—¡Joder! ¡Has ido con esto en la chaqueta sin ponerle el seguro! —Empezaba a subir el volumen de su voz.

—Yo no… —Estaba totalmente perdida. No entendía cómo podía cambiar tan rápido de humor. Ella aún sentía el roce de sus labios, y él parecía echar humo por la cabeza.

—¿No qué? ¿No querías matarte? —le preguntó exasperado.

Se encogió de hombros.

—Sabía que había un seguro, pero pensaba que ya estaría puesto. No he tocado nada.

—¿Y cómo ibas a usarla?

—No iba a hacerlo. —Para su desgracia, era la verdad. Nunca se había visto capaz de recurrir a ella. Sólo la había llevado por si la cosa se torcía en la casa encantada como lo había hecho en el muelle. Pero no estaba segura de ser capaz de apretar el gatillo dado el momento.

—¿Entonces para que la coges? —Vio cómo se llevaba la mano a la cara y presionaba sus ojos con el pulgar y el índice.

Se tomó un momento para responder y, ante su silencio, él volvió a concentrarse en ella.

—He ido a la casa abandonada —confesó finalmente, segura de la reprimenda que estaba por llegar. Pero no se arrepentía de haberlo hecho. Si él no quería ayudarla, ella iba a seguir en su búsqueda. Iba a ser útil para la banda y encontrar su sitio en ella. Aunque Jake, Dylan o cualquier otro se opusiesen .

—¿A la que te dije que no fueras? —le preguntó, apenas manteniendo el control.

—Sí…

Notó cómo las aletas de la nariz se le abrían y, aunque pensaba que era fruto de la rabia, le pareció vislumbrar terror en su rostro.

—No te preocupes, no había nada. Sólo un montón de murciélagos —dijo en un esfuerzo por calmarl o. No había sido para tanto, al fin y al cabo.

—¡¿Te has metido en la casa?! —le gritó.

Maddie se asustó ante su repentina furia, pero no dio un paso atrás, y mantuvo su postura sin revelar el miedo que le daba Jake cuando se cabreaba de verdad.

—Quería comprobar qué había.

Vio cómo él resoplaba y otra vez se pasaba la mano por la cabeza, nervioso. Más gotitas salieron disparadas en todas direcciones. Seguía lloviendo a su alrededor, aunque junto a la pared apenas llegaba el agua. Tan solo las salpicaduras de la lluvia estrellándose contra el suelo.

Se había olvidado de ello hasta ese momento.

—¡Joder, Madison! —gritó él de nuevo antes de soltar todo el aire de sus pulmones en un frustrado intento de serenarse. El volumen de su voz denotaba que no lo había conseguido. Se acercó a ella de forma amenazante y la cogió de los brazos—. No quiero que vuelvas hacer algo así, ¿me oyes? ¿Ha ido alguien contigo? —preguntó.

—No necesito a nadie. Puedo hacerlo perfectamente sola. —No iba a delatar a su amiga.

Se deshizo de sus manos, que continuaban agarrándola. Cuando lo miró, Jake seguía perdiendo los nervios e intentando controlarlos al mismo tiempo. Mantuvo sus ojos cerrados con el pulgar y el índice por un largo momento.

—Lo sé muy bien —dijo tan calmado como pudo—. Pero no quiero que lo hagas. Antes de hacer algo así, me llamas.

No habló el chico con el que se enrollaba, o el amigo de su hermano, sino el jefe de la

banda. Entendía que el resto lo siguiera casi ciegamente. Su tono denotaba que era mejor obedecer sus órdenes, y no sólo por tu propio bien, sino por el del grupo.

—Quizá si no hubieras desaparecido de repente, podría haberte dicho algo.

—Me llamas igualmente —insistió; su cara volvía a recuperar la rabia que hacía un momento había conseguido controlar.

—¿Para que me lo impidas como el día que salimos juntos?

—¡Sí! —rugió.

Ella, lejos de amilanarse por su estruendosa voz, dio un paso adelante alzando la vista debido a su diferencia de estatura. Tenía el ceño tan fruncido como él.

—Pues no vas a impedirme nada. Puedes ayudarme, o puedes apartarte —le dijo con toda la rabia que esa conversación hacía crecer también en su interior.

Escuchó el aire moviéndose hasta los pulmones de Jake mientras respiraba hondo, cabreado frente a ella. No sabía cuánto más podría enfadarle sin llegar a ver consecuencias. Desde luego, las regañinas de Dylan le parecían insignificantes al lado de las de él.

Éste abrió la boca con lo que, seguro, serían más voces a un volumen demasiado alto, pero el sonido de distintos disparos en la lejanía lo interrumpió.

En menos de un segundo se había colocado delante de ella, protegiéndola de lo que fuera que estaba ocurriendo. Cuando se quiso dar cuenta del cambio de posiciones, sólo podía ver su espalda cubriendo toda su visión.

Sus hombros estaban en tensión y su cuerpo alerta, con el arma que le había sacado del bolsillo en la mano, apuntando a nada en particular.

Se percató entonces de que todo había quedado en silencio. Sólo se escuchaba la lluvia insistente sobre el suelo, las plantas y las ventanas de los edificios. Las voces de la terraza habían cesado, y la música, tanto de sus amigos como de los surferos, había desaparecido.

Dos disparos más cruzaron el aire y Maddie se agarró a la camiseta de Jake asustada. Le vino a la mente la primera vez que escuchó algo así. Como si estuviera delante de ellos, el motero de Celtos apareció en su cabeza, apuntándola nuevamente.

Apretó aún más la camiseta negra entre sus dedos, volviendo sus nudillos blancos al hacerlo. No había contado nada de aquel episodio a nadie, enterrándolo en lo más hondo de su recuerdo, aunque en ocasiones se empeñaba en regresar y volver a asustarla.

Sin embargo, envuelta en Jake, se veía capaz de enfrentar esos recuerdos. Incluso de enfrentar al mismísimo motero si aparecía frente a ellos.

Antes de que pudiera preguntar nada, Dylan se acercó por detrás. Jake abandonó su posición de alerta y se dirigió a su hermano. Le tendió la pistola que éste cogió rápidamente con su mano libre. Aún así, sacó la otra de su cabestrillo y movió la pistola haciendo sonar su mecanismo como había hecho Jake anteriormente.

—Quédate con ella. Vamos nosotros.

Maddie se giró para descubrir que Colin, Fred y Jordan permanecían detrás de ellos, esperando instrucciones. Dylan asintió, y los cuatro salieron corriendo en busca del autor de los disparos.

—Joder, *Di* . ¿Me explicas qué coño haces con esto otra vez? —le preguntó su hermano, una vez los cuatro moteros desaparecieron.

Ella apenas era capaz de escuchar el murmullo de su voz. Jake estaba corriendo directo hacia el peligro. Se suponía que debía ir en dirección contraria.

Se dispuso a salir detrás de él, pero Dylan la agarró fuertemente del brazo.

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó enfadado.

—Quiero ver que están bien.

—Si yo soy capaz de quedarme aquí, tú también puedes.

Poco después aparecieron Harper y Sophie, la segunda tan nerviosa como ella, aunque parecía disimularlo mejor.

Pasados unos minutos, regresó Colin, y Sophie no tardó en echársele a los brazos.

—Dylan, tienes que verlo. —Cuando éste miró a Maddie y Harper, Colin le confirmó que era seguro para ellas también.

Sin esperar a su hermano o su confirmación, salió corriendo. No tenía claro a dónde debía ir, pero al llegar a la calle principal lo vio. En contraste con la oscuridad de la noche pudo vislumbrar un fuego brillante que desprendía una torre de humo de varios metros de altura.

Siguió corriendo hasta que alcanzó a Jake, de pie, frente al local de Marissa en llamas.

XXVIII.
CENIZAS

Cuando Maddie llegó a la tienda de Marissa, el fuego ya había conquistado el espacio por completo. Jake permanecía de pie, observando cómo el establecimiento ardía. En cuanto llegó a su lado, él cogió su mano rápidamente, como si pensara que pudiera hacer alguna tontería.

Fue entonces cuando vio a Fred dentro de la tienda, ayudando a la tendera, que tosía sin parar. Quiso correr hacia ellos, pero Jake la tenía bien sujeta. No soltó su mano hasta que salieron por la puerta, y entonces ella corrió en busca de su amiga.

Seguía tosiendo mientras lagrimones dejaban surcos en sus arrugadas mejillas, manchadas de humo y ceniza.

La ayudó a sostenerse al igual que hacía Fred al otro lado, y la alejaron del fuego tan rápido como pudieron, llevándola hacia el edificio de enfrente para que se pudiera sentar en la repisa de una de las ventanas.

—Marissa, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —Vio cómo le temblaban las manos e intentó sostenerlas con cariño. Se había colocado frente a ella para que no tuviera que ver su local en llamas.

La tendera seguía llorando y murmurando algo que Maddie no era capaz de descifrar.

—Tranquila, estás bien. Todo saldrá bien, tranquila —le repetía sujetando con más fuerza sus temblorosas manos.

Ella negaba con la cabeza mientras más lágrimas caían por sus mejillas.

—No he podido. Lo siento. No he podido… —Parecía ahogarse en su pena y en sus palabras mientras la miraba con desesperación.

Maddie abrió la boca para calmarla otra vez cuando estalló una explosión dentro del edificio. Su corazón saltó descontrolado contra su cuerpo mientras corría a abrazar a Marissa en un intento de protegerla. No estaba segura de si había gritado ella, o lo había hecho la tendera. Más explosiones se sucedieron después, subiendo de volumen e intensidad.

Intentó mantener el porte mientras la sujetaba, aunque no podía evitar su corazón desbocado y los nervios arremetiendo contra cada centímetro de su piel.

Sin duda, los productos de limpieza y demás que Marissa vendía en la tienda habían jugado un papel importante en aquel desenlace. Quizá por eso Jake se había asegurado de retenerla hasta que todos salieron de allí.

Miró hacia atrás preocupada, buscándole, pero él se mantenía en el mismo punto, de pie, como si nada le hubiera perturbado. Delante de la tienda brillaban todos los cristales rotos. No quedaba ninguno en pie. Pero le alivió ver que tampoco estaban cerca de donde Jake se encontraba.

El lugar se había vaciado de vecinos curiosos, que volvían a sus casas asustados, vestidos aún en pijama.

Marissa sollozó a un volumen aún mayor, fruto del estrés y del miedo por el estruendo que

su tienda, destruyéndose por completo, había producido.

—Marissa, tranquila. Todo irá bien —Maddie seguía intentando calmarla mientras la abrazaba, sabiendo que era una tarea imposible. Pero necesitaba que respirase para poder hablar y que le contase lo ocurrido.

Ella, sin embargo, seguía negando con la cabeza, y volvía a mirarla desesperada.

—No he podido. Lo siento… Mi tienda…

Maddie la abrazó de nuevo mientras la arrullaba.

En ese momento, llegó Dylan en su moto. Aparcó, y después de un rápido vistazo al edificio y una mirada compartida con Jake, se acercó a ellas.

Tenía cara de pocos amigos, y su tono de voz era similar

—¿Qué ha pasado? —preguntó fríamente.

Maddie iba a regañarle por hablar así a Marissa, especialmente viendo el pobre estado de sus nervios, cuando ésta empezó a sollozar más fuerte.

—No he podido… No he podido. Ellos han… prendido fuego… a todo... Mi tienda… Me… me… —Se sorbió la nariz sin dejar de llorar. Le costaba hablar mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos y moqueaba —. Me iban a disparar Dylan, lo… lo siento mucho… cariño.

—¿Quién ha hecho esto? —Se había agachado a la altura de Marissa, pero seguía sin controlar su mal humor.

Más sollozos acompañaron las palabras de la tendera.

—Iban… Iban a matarme. Eso dijeron. Vinieron… Vinieron con pistolas, apuntándome… No pude detenerlos… —Cada vez sollozaba más alto, y su respiración estaba totalmente descontrolada. Maddie temía que le fuera a dar un ataque. Especialmente sabiendo que Marissa no tenía la mejor salud, debido a sus hábitos.

—Rompieron todo. Y empezaron a prender fuego… Y yo no he podido detenerlos —repetía entre toses y sollozos.

—Marissa, quién lo hizo. ¿Les has visto la cara? —insistió Dylan, cada vez más cabreado.

Ella negó con la cabeza, llorando.

—¡Joder! ¡Tienes que haber visto algo! —La cogió de los brazos zarandeándola .

Maddie, horrorizada, le dio un empujón a su hermano haciendo que se apartara.

—¿Qué coño haces? ¡¿No ves cómo está?!

—¡No me toques! —Su hermano parecía fuera de sí, pero eso no era excusa para que tratara a Marissa de aquel modo. Por gritarla y tratarla mal no iba a hacer que le contase más. Lo que necesitaba era relajarse, si es que eso era posible dada la situación.

—¡Aléjate ahora mismo! —le gritó interponiéndose entre ellos dos.

Jake se había acercado después de escuchar los gritos, y sujetaba a Dylan por el hombro. Pero antes de que se lo llevara lejos, Marissa había respirado hondo y, con una extraña calma, empezó a hablar.

Aún sollozaba y tosía, y las manos le temblaban, pero estaba claro el esfuerzo que hacía por recobrar la compostura.

—Dylan, había… un coche. Un… no sé, creo que era un Citroen. De estos familiares. Era plateado. No sé el modelo. —Maddie sí lo sabía. Tenía que ser el Citroen Xantia de la lista de coches que Jake le había pasado. Se la había aprendido de memoria—. Luego… llegaron tan rápido… —Paró de hablar mientras se sorbía la nariz y revisionaba lo ocurrido en la noche—. Eran cuatro, con máscaras blancas, y empezaron a gritarme. Cariño, lo siento mucho, de verdad. Yo no he podido… Mi tienda…

—¡Ssssh! —Maddie se agachó a su altura—. Tranquila. Todo está bien. Cálmate.

Cuando alzó su vista hacia Dylan, lo encontró en una conversación sin palabras con Jake. Luego éste se fue sin decir nada y se subió sobre la moto de su hermano. Antes de arrancar, miró a Maddie por un instante, y rápidamente se puso en marcha.

Para cuando ella soltó las manos de Marissa y se levantó corriendo llamándolo, Jake ya era una pequeña mancha al final de la calle principal.

En ese momento llegó Harper con té y agua. Había ido a su casa a prepararlo, y se lo ofreció a la tendera. Maddie pensó que ella necesitaría también un poco. Estaba al borde de los nervios.

—¿A dónde ha ido? —preguntó a su hermano, que contemplaba furioso el fuego que crepitaba ante ellos. La lluvia, al menos, evitaba que fuera a más, pero dentro del local todo estaba perdido.

—¡Dylan! —insistió.

—Ahora no, Maddie. No estoy para tus gilipolleces. —Nunca le había visto tan cabreado. Aunque sospechaba que realmente ella no era el motivo de su enfado.

Harper se había acercado y tiraba de su mano para que volviera a su lado.

—Jake estará bien —le susurró.

Quería creerla, pero sabía que no era de acero, al contrario de lo que todo el mundo pensaba. Había visto demasiadas de sus heridas.

Volvieron a donde Marissa esperaba y lloraba. Se había arropado con una manta que Harper había traído, y ésta la acunó en sus brazos, dejándola medio dormida a los pocos minutos.

Pensaba que su amiga tenía la vista perdida en el horizonte, pero observaba a su hermano dar vueltas delante del edificio en llamas, aún con la pistola en la mano.

Algunos chicos de la banda se acercaban a él, y después de compartir algunas palabras se marchaban.

Maddie se sentó en el suelo agotada. Se preguntó si el peso que sentía en su estómago podría deberse a haber inhalado humo, aunque temía que la razón de su malestar fuera otra cosa.

—Este lugar era uno de los puntos fuertes de tu hermano, y era secreto. Pocos lo conocíamos. Están yendo a por todas —dijo Harper de repente. Las dos habían estado observando a Dylan todo ese tiempo. Cuando Maddie dirigió la mirada a su amiga, ella continuaba haciéndolo.

Pensó en sus palabras. No había duda de que cada vez se acercaban más a su hermano. Esa noche no sólo habían atacado uno de sus escondites secretos, sino, a juzgar por las mochilas con DNIs falsos que encontró allí, también la vía de escape que había preparado para ellos.

Lo peor era que, por el camino, habían atacado a inocentes como Marissa.

Cada uno de los temores que iban apareciendo mientras pensaba en todo ello, hacían más pesado el agujero de su pecho.

No paró de preocuparse hasta que vio a Jake volver sobre la moto de su hermano. Él la buscó rápidamente con la mirada, como si necesitara saber que estaba bien, y sólo cuando lo hizo, fue a hablar con Dylan.

Aquella noche, Marissa se quedó a dormir con Harper, y Maddie regresó sola a casa. Apenas pudo pegar ojo, preocupada por cómo todo iba sucediendo y oscureciéndose en Plantío. En los escasos momentos que había conseguido descansar, poco después se levantaba asustada, soñando con el humo negro de las llamas ahogándola sin que nadie fuera a ayudarla.

Aún no había amanecido cuando desistió de intentar descansar y salió de casa. No tenía ni idea de si Dylan había vuelto o no. Tampoco esperaba verlo durante el día. Y después del humor

que demostró tener la noche anterior, ni se molestó en dejarle un mensaje.

Salió a la calle y fue directa al local de Marissa. Algunos vecinos que pasaban por allí comentaban lo que podría haber ocurrido. Nadie sabía nada en realidad.

Unas bandas policiales cruzaban las puertas y ventanas sin cristales del local. Seguía saliendo humo por ellas, aunque el fuego parecía derrotado, si bien se había llevado por delante toda la tienda. Maddie se acercó al local, y vislumbró partes del techo caídas.

Todo estaba negro. De abajo a arriba. Y el olor era insoportable. Una mezcla de humo y químicos.

Echó un rápido vistazo hacia atrás para comprobar que no había ojos que la siguieran, y se coló en el interior.

El calor allí era difícil de soportar.

Fue directamente al almacén trasero, y encontró dos montones de ceniza en el centro de la habitación. Todo lo que había en las estanterías metálicas estaba carbonizado. No sabía cuántos, de todo aquello, serían secretos de Dylan.

Se agachó frente a los montones de ceniza, y vio algo de plástico asomando entre los restos. Tiró de ello, y encontró uno de los DNIs falsos que su hermano había preparado para su huída. Estaba negro por las esquinas, y abombado y derretido debido al extremo calor del incendio.

Removió entre el polvo gris hasta que encontró el segundo DNI, con su foto aún visible. Supuso que una vez llegaron los bomberos y la policía, aún no habían tenido ocasión de colarse y llevarse todo lo que pudiera incriminar a la banda. O quizá pensaron que todo habría quedado totalmente calcinado.

—¡Señorita! ¡No puede estar aquí! —una voz a su espalda le hizo dar un salto—. Está en el escenario de un crimen. Debe salir inmediatamente —continuó la voz.

Antes de levantarse guardó los DNIs en su zapatilla. Luego se dispuso a salir del almacén.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó.

Se fijó en el chico que tenía enfrente. Alto, delgado, con traje de chaqueta oscuro y la corbata algo suelta. Seguramente estaba pasando demasiado calor, a pesar del frío de la mañana, debido a las brasas aún encendidas en el suelo de la tienda. Tendría la misma edad que su hermano, y el pelo unos tonos más oscuros y rizado .

—Le he hecho una pregunta —insistió mientras la seguía fuera del local. Pero ella sabía que con la policía era mejor no hablar, así que siguió caminando en silencio. Cuando salió del local y se adentró en la calle principal, respiró aliviada al ver que había dejado de seguirla.

Sin embargo, el policía decidió no darse por vencido.

—¡Espera! ¡Perdona! —Maddie sólo dejó de andar cuando se puso delante de ella. Lo miró, pero continuó con su silencio.

—¿Eres amiga de la dueña? —le preguntó. No obtuvo respuesta—. Intento descubrir qué ha ocurrido.

Ella seguía sin abrir la boca.

—¿Me entiendes? —preguntó él entonces, entrecerrando los ojos.

Lo miró extrañada ante su pregunta. A lo mejor se pensaba que era una extranjera perdida, pero por cómo había torcido el gesto, le había hecho comprender que, efectivamente, sí le entendía.

Dándose cuenta de que no iba a hablar con él, el policía rebuscó en su chaqueta y sacó una tarjeta que le extendió en seguida.

Tyler Sawner Philleis
Inspector Jefe de Sección
Unidad de Delincuencia Especializada y Violencia.

Debajo había un teléfono y un email.

Maddie seguía con cara seria mientras lo leía. *Delincuencia especializada y violencia* . Había ido a parar al pueblo adecuado.

Cuando lo miró, él buscaba sus ojos; y al encontrarlos, le sonrió. Ella, en cambio, no le devolvió la sonrisa y siguió su camino mientras se guardaba la tarjeta en la chaqueta.



El resto del día había pasado lentamente para Maddie. Demasiado lento.

Después de salir del local de Marissa, fue a casa de Harper, a ver si necesitaban algo. La dueña de la droguería había conseguido dormir tras dos tilas.

En cambio, Harper apenas había podido pegar ojo en toda la noche, al igual que Maddie; aunque se imaginaba que los motivos de preocupación de su amiga no eran exactamente los mismos. Si bien había estado preocupada por su hermano, era Jake quien le había venido una y otra vez a la cabeza.

Con Dylan recuperándose, parecía que el peso de la banda recaía sobre él, y, con ello, también los peligros.

Una vez la tendera despertó, se dirigió junto con Harper al local, donde Maddie sabía que los estaría esperando aquel policía. Al menos así, su amiga podría controlar lo que Marissa contase, de forma que no incriminase a su hermano de alguna forma.

Ella, por el contrario, no sabía qué hacer con su tiempo para distraerse, y dejar de agobiarse y preocuparse por Jake y Dylan.

Pasó la mayor parte del día en su escondite, el de su tatuaje, viendo cómo el agua chocaba contra las rocas de la playa. Aquel día hacía mucho viento, pero al menos no llovía. Su pelo se cruzaba en su visión, moviéndose incesantemente, pero no se molestaba en apartarlo.

Le aliviaba sentirse hipnotizada por la espuma de mar que aparecía contra las rocas y luego volvía al agua, dejando un pequeño murmullo junto al viento, moviéndose a cámara lenta.

En un día de viento como aquel, las olas eran enormes, pero apenas había surferos montándolas . La marea estaba demasiado baja para ello.

Cuando empezó a anochecer y la gente se marchaba de la playa, Maddie decidió moverse también. Se sentía entumecida, con las piernas y brazos helados. Subió a su moto sin ningún rumbo fijo, y no paró hasta que llegó a la recta de salida del pueblo. Aparcó la moto a la altura del pequeño puente sobre el río que cruzaba la carretera, y se sentó en el pretil esperando a que Jake apareciese.

Era ya bien entrada la noche cuando al fin se presentó y aparcó junto a su moto. Sin embargo, ella estaba tan perdida en sus pensamientos y sus preocupaciones que no se percató de ello hasta que él habló.

—¿Madison? ¿Qué haces aquí? —le pareció intranquilo.

Escuchar su voz de nuevo la despertó, y casi se tiró del pretil en el que estaba sentada. Fue

corriendo hacia él y saltó a sus brazos. Rodeó su cuello con sus brazos, y su cintura con sus piernas, mientras él la cogía con rapidez. Luego se quedó un momento en silencio, escondiendo la cara en su cuello, y disfrutando de su aroma. Lo había echado de menos más de lo que pensaba.

No sabía exactamente cómo describirlo. Sólo que lo necesitaba cerca, que se bañaría en él, y que lo quería sobre su piel. Le dio un pequeño beso bajo la mandíbula después de aspirar nuevamente. Era como si todo el estrés y el miedo que había pasado durante el día se disiparan , deshaciéndose en humo, escurriéndose por sus hombros y sus brazos, relajándola .

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió, aunque se sentía tan apacible que no estaba segura de poder hablar. Trató de bajarse de su altura, para evitar preocuparle , pero él la sujetó con más firmeza. Se alegró de que no quisiera dejarla marchar.

—¿Qué ocurre? —volvió a intentar .

Entonces ella se separó a regañadientes de su cuello.

—Te esperaba —susurró.

Vio cómo escudriñaba su cara entrecerrando los ojos por un momento. Luego sonrió, y chocó su nariz con la de ella.

—Aquí me tienes.

Ella imitó su sonrisa.

—Sí.

Entonces él se acercó y posó un suave beso sobre sus labios. Cuando terminó, Maddie sintió que se le iba todo el aire de los pulmones.

—Dime, ¿qué pasa? —preguntó una vez más. Se daba cuenta de lo bien que la conocía y de lo mucho que debía esforzarse siempre para engañarlo. Pero no era el caso en ese momento. Había pasado un día horrible, preocupada por todo lo que había estado ocurriendo últimamente en Plantío, por su hermano, por Jake, por no ser capaz de ayudar en lo más mínimo. Pero a su lado todo desaparecía.

—Nada… Ahora todo está bien —sonrió con sinceridad.

Vio cómo los labios de Jake se curvaban en una sonrisa similar a la suya antes de perderse en un nuevo beso.

—Eso pienso yo —dijo él, y regresó a su boca. Sus besos se volvieron más hambrientos, reconociendo que el tiempo que habían estado separados había sido también horrible para él—. Joder, te he echado de menos —jadeó antes de subir una de sus manos a su cuello para acercarla más a él mientras recorría su boca con su lengua.

Maddie sintió que en su pecho explotaban luces de colores al recibir su húmedo beso que devolvió del mismo modo. Retorciéndose en un hambre que sabía que nada podría saciar.

Jake se movió con ella aún en brazos y la sentó sobre el pretil donde lo había estado esperando, sin dejar de besarla. Sus manos recorrían su cuerpo, de sus piernas a sus costados y su espalda. Cuando las subió por su cuello y escondió los dedos bajo su pelo, Maddie no pudo contener un gemido.

Entonces pasó un coche pitándolos y gritando algo, aunque no pudieron entender qué. Maddie se echó hacia atrás. Estaba segura de que tendría las mejillas rosadas, a juzgar por el calor que emanaba de ellas. Pero no era nada comparado con el que desprendía el resto de su cuerpo.

Se mordió el labio en un intento de serenarse y enfriarse, concentrada en recuperar el ritmo

de su corazón, aunque no era fácil con Jake besándole el cuello lentamente. Muy lentamente.

Se agarró a su camiseta con desesperación y él paró en su recorrido, notando que necesitaba una pausa.

—No acabamos la conversación de ayer —le ofreció un cambio de tema.

Maddie suspiró. Volver a la vida real era lo último que deseaba en ese momento, pero, aún así, hizo un esfuerzo. Tardó poco en recordar de lo que hablaba, y cuando lo hizo, pudo contestar. Sin duda no quería volver a la vida real.

—Ya te dije que no soy una cobarde —lo separó empujándolo levemente para poder mirarlo—. Si no me vas a ayudar, haré las cosas sola, pero no voy a quedarme a un lado mientras los demás trabajáis y os la jugáis. —Sabía que tenía que sonar decidida, pero estaba algo afectada como para empezar una discusión en aquel instante.

Jake alzó su mano y pasó el reverso de ella por su cara, de la sien a la barbilla.

—Sé que eres capaz de hacerlo sola. La cosa es que no tienes por qué —buscó sus ojos.

—Sí, si no quieres ayudarme —dijo apenada. No quería volver a lo mismo.

Entonces él le dedicó su sonrisa. La que le hacía perder la cabeza.

—Lo haré —dijo, y a Maddie le costó concentrarse de nuevo. Estaban demasiado cerca para pensar correctamente, y su sonrisa tenía efectos incontrolables en ella.

—¿Y por qué no querías que fuera a la casa?

Esa pregunta lo hizo suspirar. Apoyó su frente sobre la de ella, y, tras un momento, respondió, aunque no a su pregunta.

—Sólo prométeme que me llamarás, aunque no me necesites. No tienes que hacer nada sola. Ya no, Madison.

Pestañeó ante sus palabras.

—Vale —fue lo único capaz de decir después de un rato.

Se percató de que había evitado la pregunta sobre la casa abandonada, pero quería pasarlo por alto. Le bastaba con que quisiera estar con ella, e incluso trabajar con ella para ayudar a la banda. Era más de lo que esperaba, si era sincera consigo misma.

Después de eso, no tardaron en subir a sus motos y dirigirse al mirador, donde el resto de la banda esperaba.

Habían solucionado una parte de su discusión del día anterior, pero había otra que aún quedaba en el aire. Aunque Jake había accedido a no esconderse, temía que hubiera sido sólo por el calor de la situación, y que, llegado el momento, sucumbiera a las amenazas de Dylan.

Aparcó intentando ahuyentar esos pensamientos de su mente sin demasiada eficacia.

—Respecto a la otra parte de la conversación… —comenzó él mientras se acercaba. Vio cómo curvaba su boca en una sonrisa, la que anunciaba problemas—. ¿Te quedan guisantes en tu casa?

Maddie se mostró confusa. Si ya de por sí le costaba concentrarse cerca de él, hablando de repente de guisantes se sentía totalmente perdida.

—¿Guisantes?

—Congelados.

No entendía nada.

—Sí, tengo en casa. ¿Por? —preguntó desorientada.

Él no había dejado de sonreír mientras le robaba un beso de sus labios. Quizá más largo de lo que debería, pero siempre más corto de lo que ella deseaba.

—Quizá los necesite en un rato —susurró contra su boca. Le robó otro pequeño beso, y

cuando se irguió, le pasó el brazo por los hombros. Ella lo miró sin entender su repentina felicidad mientras seguía sus pasos.

Tardó un momento en advertir que el ruido a su alrededor había cesado. Cuando echó un vistazo, encontró a todos, sin excepción, mirándolos .

Incluso Dylan, que había pasado su cerveza al amigo que tenía al lado, y se acercaba a ellos con una cara de cabreo similar a la de la noche anterior.

XXIX.
APUESTA

Parecía que, de pronto, el tiempo se hubiera parado. Todos en el mirador habían dejado de hablar. Se habían quedado paralizados, con los ojos puestos en Maddie y Jake. El único que se movía era Dylan, acercándose a ellos con el enfado visible en su cara.

Miró a su hermana rápidamente de arriba a abajo, y luego se dirigió a Jake.

—Vamos.

—¿Ahora? —preguntó él.

—Sí —respondió mientras se ponía en marcha, pasando de largo por su lado.

Jake apretó el hombro de Maddie antes de retirar el brazo con el que la rodeaba, y se dispuso a seguir a su hermano mientras suspiraba.

—¡Dylan, espera! —Maddie intentó detenerlo. No iba a dejar que se pegasen. Era absurdo que siguiera amenazando a los chicos que pudieran estar interesados en ella. Especialmente a Jake, si se había ganado su confianza en tan poco tiempo.

Cuando Dylan se giró, la miraba serio , pero no dijo nada. Únicamente fruncía sus cejas.

—¡¿Qué vas a hacer?! —preguntó aterrada. No sabía cómo sería capaz de pararlo. Cuando a su hermano se le metía algo en la cabeza, era imposible apearlo de ahí.

Fue Jake quien trató de tranquilizarla.

—No es nada, Madison. —Parecía tan solemne como Dylan; como si aceptara su destino.

Mientras decía esas palabras, le vino a la mente un flashazo de sus tatuajes. La serpiente y los espinos con los que se identificaba, con los que cargaba cada día. Aún no sabía qué había ocurrido con su hermano para verse de ese modo, pero no era así para ella. No iba a dejarle aceptar un castigo que no merecía.

Si Dylan quería pegar a alguien, tendría que ser a ella, pues era quien había decidido no esconderse.

—¡Claro que lo es! —contestó. Luego se acercó a su hermano—. ¡No puedes ir pegando y amenazando a los chicos con los que quiero estar! ¡A Jake, no! —puntualizó. Se metería en la pelea si hacía falta.

Su hermano pasó de tener la frente arrugada a elevar sus cejas hasta no poder más. Luego sonrió y se rio levemente antes de acercarse.

—En realidad, sí que puedo, porque eres mi hermana y yo te protejo, pero…

—¡Pues no quiero que lo hagas! ¡No así! —le espetó sin dejar que terminara de hablar.

Su hermano se rio.

—Madison —Jake intentó hacerla parar. Pero a ella se le rompía el corazón viéndole asumir el castigo que Dylan había impuesto por estar con ella.

Por eso, cuando Dylan habló, sólo pudo pestañear.

—No te preocupes, hermanita. No voy a pegarle —le confirmó.

—¿Entonces?

Fue Jake quien respondió con una sonrisa ladeada. No se había percatado de cuándo había aparecido en su cara.

—Es una entrega. La estábamos esperando —le explicó.

Maddie abrió la boca, pero en ese momento fue incapaz de decir nada. La cara se le debía estar tornando roja de la vergüenza.

Dylan seguía riendo mientras se acercaba a ella y le daba un abrazo con un único brazo. Se agachó lo suficiente para hablarle en bajo al oído.

—Nunca pegaría a alguien con quien quisieras estar de verdad. A no ser que fuera un gilipollas, claro. Pero ya te dije que Jake me gusta, ¿no? —Se separó para ver la cara de su hermana, y ella pudo comprobar cómo se contenía la risa a duras penas—. Volvemos en un rato —le dijo, y se alejó en busca de su moto.

Cuando se giró hacia Jake, éste mostraba su sonrisa de suficiencia. En cambio, Maddie notaba que el tono rojizo de su rostro se había mantenido del mismo color, aunque el motivo había pasado de la vergüenza al enfado.

—¡¿Tú lo sabías?! —le preguntó enfadada.

El se rio burlonamente.

—Me has dejado decir todo eso y lo sabías. ¡Te mereces que te hubiera partido la cara en realidad! —Lo único que consiguió fue que Jake se riese aún más.

—No piensas eso de verdad. Ahora sé que no —dijo para molestarla. Cuando fue a empujarlo, la sujetó rápidamente por las muñecas y, abriendo sus brazos, la acercó a él—. Dime, ¿ibas a meterte en la pelea? —le preguntó—. Parecía que ibas a hacerlo.

Estaba demasiado guapo cuando se reía de ella, con su sonrisa socarrona iluminando su cara. Y eso le repateaba aún más.

—¡Eres imbécil! —le dijo, intentando empujarlo sin conseguirlo. Él la atrajo hacia él y, liberando una de sus manos, la llevó hasta su cintura, buscando su piel bajo la camiseta. No le pasó inadvertido ese movimiento, haciendo que mantuviera el aliento cuando los dedos de Jake bailaron contra su piel.

Alzó la vista, y observó cómo su sonrisa se convertía en una línea fina.

—Luego te veo —dijo, bajando la mirada de sus ojos a sus labios. Se agachó y los alcanzó, envolviéndolos con su boca.

Posó la otra mano también sobre su cintura, y un segundo después, Maddie tenía sus brazos rodeándole el cuello.

Le encantaban sus besos, pero no cuando eran de despedida.

—¡No te pases mamón! ¡Sigue siendo mi hermana! —gritó Dylan desde su moto, haciendo que ella se separara a regañadientes.

Notó sus manos alejándose con reticencia de su cintura.

—Tened cuidado, por favor —le susurró.

—Cuidaré de tu hermano —dijo, como siempre que ella se mostraba agobiada ante una de sus partidas. Se preguntó si es que en realidad pensaba que únicamente era Dylan quien le preocupaba. No era así.

Cuando se hubieron marchado, Maddie no tuvo otra opción más que darse la vuelta y seguir caminando hasta el mirador, donde la mayoría aún seguían observándola. Fue al grupo donde estaba Harper con Jordan y otros amigos: Lisa, Trevor y Sam.

Intentó coger la cerveza de Jordan, como siempre solía hacer al llegar al grupo, pero esa vez él la apartó.

—¡De eso nada! Acabas de hacerme perder cuarenta pavos —dijo molesto.

Maddie lo miró confusa.

—¿Qué? ¿Yo?

—Yo en cambio acabo de ganar una buena pasta —exclamó Harper ilusionada mientras le enseñaba un fajo de billetes.

—¿De qué va esto? —preguntó. No entendía nada, y fue Lisa quien le dio la respuesta.

—Han apostado a ver cuánto tardábais en liaros, y… la reacción de Dylan.

—¿En serio, Harper? —Puso los ojos en blanco. No sabía ni por qué se molestaba en preguntar. Las pocas apuestas que habían hecho las había ganado siempre su amiga.

—¿Qué? Si mi único don es conocerte como la palma de mi mano, tengo que aprovecharlo. Empezó a abanicarse con los billetes.

—¡ Yo he perdido por unos días! —se lamentó Sam.

—Y no te olvides de la reacción de Dylan —le recordó Lisa.

—Joder, pensaba que le iba a soltar una buena galleta. ¡Nuestro jefe se está ablandando!

Maddie puso los ojos en blanco una vez más ante el comentario de Jordan, y luego decidió alejarse.

—Prefiero no saber los detalles de vuestras absurdas apuestas. —Se acercó a la bolsa verde con litronas en el centro de la plaza.

Harper la acompañó enseguida.

—Eh, no te has enfadado, ¿no? —le preguntó, aunque los labios apretados de Maddie, evitando una sonrisa, eran respuesta suficiente.

—Creo que no podría enfadarme ni aunque quisiera. Hoy no.

—Ooh, ¡el amor! —la pinchó.

Ella trató de hacerla callar con un empujón.

—¡Mira que eres tonta!

Su amiga se rio sin gana.

—Al menos a una de las dos le va bien —suspiró. No estaba segura de si se refería a su hermano. Nunca perdía la esperanza de que algún día se enamoraran. Desde siempre le había parecido que hacían demasiada buena pareja. Pero ellos le habían demostrado una y otra vez que no era algo en lo que pensasen. Y Harper se lo dejó claro cuando siguió lamentándose.

— Yo hace dos días me enrollé con Adam, y hoy parece que ni me conoce; pero ya te digo yo que sí. Me sé hasta el último tatuaje que tiene en su cuerpo. Joder, menuda noche, te lo juro, *Di* . Y luego, ¡puff! Como si no me conociera. A veces me dan ganas de matarlos a todos. ¡Qué a gusto viviría sin hombres!

Maddie se rio.

—Venga, ¡no podrías vivir sin ellos! —la acusó, y sabía que tenía razón.

—Ya, la verdad es que no. Estoy enganchada a sus… —Hizo un gesto con su mano mientras Maddie sacudía la cabeza.

—¡Harper! ¡Ponte a beber, anda! —le pasó su litrona recién abierta. Cuando su amiga se ponía en modo obscen o se volvía imposible.

Ésta le cogió la botella, y después de darle un trago se la devolvió.

—Soy insaciable, eso es lo que me pasa. Debería ponerme a dieta de tíos.

Maddie volvió a reírse.

—Entonces sí que me animo a las apuestas. ¡En tu contra! —la picó. Una Harper astenia de chicos se le antojaba imposible.

—¡Se supone que una amiga debe apostar a favor! —se quejó ésta.

—Ya, pero yo prefiero no perder mi dinero —se rio.

Su amiga suspiró a su lado. Al mirarla, entendió que todas las bromas eran una fachada que ocultaban una preocupación verdadera. No sabía si impulsada por el alcohol, o por una inquietud real.

—Joder… ¿tan mala tía soy? La otra noche no lo parecía. —Cogió la botella de las manos de Maddie de nuevo y dio otro trago, esa vez más largo.

Ella le arrebató la litrona rápidamente. No iba a permitirle ahoga r sus penas en cerveza, y menos por un tío con el que sólo había estado una vez.

—¡Claro que no! Si Adam con sus estúpidos tatuajes no es capaz de ver lo genial que eres, es que es gilipollas, y tú estás mejor sin él.

Algo en lo que dijo hizo a Harper reír levemente, pero aún sin gana .

—Ya… La verdad es que algunos de sus tatuajes sí son estúpidos. Como el logotipo de Nike. ¿Quién coño se hace un tatuaje de un logotipo? ¿Pretende ser una valla publicitaria?

Las dos amigas estallaron en risas, y continuaron riéndose mientras hacían bromas de los tatuajes más locos que Harper recordaba haber visto en los chicos de la banda. Siempre había sido muy observadora. Por eso también solía ganar todas las apuestas que hacían.

Se alegró de que, aunque fuera por un rato, olvidase la decepción del amor y pudiese pasárselo bien a su lado. No solía mostrarse decepcionada o de bajón, y cuando lo hacía, a Maddie le preocupaba doblemente.

Mientras seguían riendo, pasaron los surferos por delante del mirador, camino de la playa. El ambiente cambió en un segundo, volviéndose tenso. Incluso vio a algunos de su banda llevándose la mano a la espalda. Los nervios recorrieron rápidamente su cuerpo al darse cuenta de que estarían empuñando sus armas.

Cuando se fijó en los surferos, se encontró con los ojos de Mario, que no habían dejado de observarla. Al recibir su mirada de vuelta, le guiñó un ojo y luego prosiguió su camino.

Recordó entonces que había querido hablar con él la noche anterior, pero su plan se vio torcido por la perspicacia de Jake. Intentó mitigar el calor que le producía recordar lo que había pasado después de que el motero la siguiera, para centrarse en su tarea. En ese momento, ni Jake ni Dylan estaban allí para detenerla. Tenía que bajar a hablar con Mario.

Cogió a Harper del brazo y se la llevó a su esquina del mirador.

—Harper, necesito que me cubras —susurró sentándose en el pretil de piedra.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su amiga confusa, aunque ya podía ver sus intenciones, y por ello arrugó el entrecejo.

—Tengo que bajar a la playa.

—Y una mierda. ¿Con los surferos? —la cogió de la muñeca para sujetarla mientras mantenía a duras penas su voz baja.

—Tengo que hablar con Mario —explicó mientras intentaba soltarse.

—¡Maddie, no!

—¡Por favor! Es importante. Sólo tardo un rato, te lo prometo —se esforzó por convencerla, aunque no le estaba dando resultado. Si Harper aún no había alzado la voz alarmando a todos, eso ya era un triunfo. Pero necesitaba bajar cuanto antes. El tiempo corría, y no sabía cuándo volverían Jake y Dylan de su salida.

—¡Que no vas a bajar con ellos, y menos sola! —le avisó su amiga. Después de Dylan, quien menos tragaba a los surferos, especialmente a Mario, era Harper. Bajar acompañada por

ella no era una opción.

—Sabes que le caigo bien a Mario. No me va a pasar nada.

—¡Ese tío es un gilipollas! —saltó su amiga en cuanto escuchó aquel nombre, aguantando a duras penas sus ganas de gritar.

No pudo evitar reírse ante su reacción. Eran realmente como el agua y el aceite.

—Por eso voy a bajar sola —le explicó echando un paso hacia atrás cuando el enfado instantáneo de Harper le hizo olvidar su agarre sobre su muñeca.

—¡Que no, Maddie! —intentó cogerla una vez más, pero ella se alejó más rápido.

Luego se agazapó entre los arbustos, lista para marcharse.

—Puedes verme desde aquí. No tardo .

—¡Maddie! ¡Maddie! —la llamó en susurros.

—¡Ssh! Vigila que nadie me vea. No quiero una guerra civil en Plantío. —Y sin esperar respuesta, empezó a descender por la ladera.

—¡Pues no bajes! —dijo su amiga, aunque ya la había perdido de vista.

No tardó en llegar a la playa. Se conocía bien el camino de descenso, por todas las veces en que se había escabullido. Además, solía hacerlo de noche, cuando quedaban en el mirador y necesitaba un respiro, así que, aunque apenas podía ver nada, no tenía ningún problema para bajar.

Cuando pisó la arena, recordó la primera vez que se había escapado aquel verano. Jake la había seguido sin hacer ningún ruido, sin perderse ninguno de sus movimientos. Eso seguía siendo así, pensó, recordando la noche anterior en la terraza. Sin embargo, cuando se giró en ese momento, no había nadie que la siguiera. Estaba sola.

Examinó al grupo de gente en la playa y cerró las manos en dos puños tratando de controlar los nervios. Solamente tenía que localizar a Mario. Era una tarea sencilla.

Echó un rápido vistazo al mirador y encontró a Harper siguiendo sus pasos nerviosa. Después, comenzó a acercarse al grupo de surferos que estaba de fiesta en la playa.

No tardó en alcanzarlos, a pesar de lo difícil que era andar sobre la arena de la playa. A medida que se aproximaba, poco a poco todos se giraban, extrañados por su presencia. Los cuchicheos también se incrementaban.

—¿Y ésta qué hace aquí? —Algunos otros le preguntaban mientras se reían—. ¿Te has perdido, motera?

Siguió avanzando sin perder de vista su objetivo. Mario se encontraba enfrente de ella, enrollándose con una chica con más ganas de las que debería tener en público. Se detuvo delante de ellos, esperando a que percibieran su presencia y parasen.

Él la vio enseguida, pero no dejó de besar a la chica mientras fijaba la vista en Maddie, que desvió rápidamente su mirada. Fue la chica quien se apartó cuando ella carraspeó y le dedicó su mejor cara de pocos amigos.

—Maddie —dijo Mario mientras se limpiaba la boca.

Hizo un esfuerzo por no poner los ojos en blanco, y se le ocurrió que a lo mejor Harper tenía razón y era sólo un gilipollas.

—Tenemos que hablar —dijo en cambio. Cuanto antes empezase, antes terminaría y podría comenzar a olvidar lo que había visto.

—Claro abejita, contigo cuando quieras, ya lo sabes —le dedicó su gran sonrisa. Brillaba demasiado en contraste con su piel y la oscuridad de la noche.

Finalmente, Maddie no pudo contenerse y puso los ojos en blanco mientras le cogía de la

mano y le apartaba del grupo. Detrás de ella escuchó a alguna chica quejarse de su presencia.

—¿De qué va esa? —La hostilidad de los surferos era palpable, pero al menos Mario sonreía frente a ella cuando se detuvieron lo suficientemente alejados del grupo.

—¿Qué te trae al inframundo de los surferos? —preguntó curioso.

—Quiero saber qué pasa con el atacante fantasma. Qué habéis descubierto —fue directa al grano.

Mario entrecerró los ojos mientras la miraba.

—Creía que tu hermano te mantenía al margen.

—Y así es, pero estoy harta de hacerme a un lado. Dime qué sabéis. Estáis trabajando juntos, ¿no?

Mario encogió los hombros y cruzó los brazos sobre su pecho. Eran más grandes de lo que recordaba, o quizá fuera la escasa luz de la luna.

—Jake me pasa información de vez en cuando —dijo, aunque no especificó qué información.

—Quiero saber qué te ha dicho —insistió.

Mario se rio a su lado, y sabía que no iba por buen camino.

—Ay mariposita , pero ya sabes que toda información tiene un precio. —Dio un paso hacia ella, y ella dio otro hacia atrás, manteniendo la distancia con el surfero.

—¿Qué precio? —preguntó, aunque temía estar entendiendo demasiado bien su lenguaje no verbal.

Él se rio levemente, acercándose de nuevo.

—Bueno, si dejaras de alejarte te lo diría. —Luego puso sus manos sobre sus caderas, y ella las apartó rápidamente.

—No seas tonto. Hablo en serio.

Escuchó cómo él volvía a reírse suavemente, mientras cruzaba los brazos.

—Yo también.

—Te estabas liando con una tía hace dos minutos. —Cuando señaló al grupo, descubrió que todos estaban observándolos.

—Ya, pero no eras tú. —Su sonrisa era tan amplia que se preguntó si no le dolía la cara con ese gesto. Estaba claro que se lo estaba pasando muy bien a su costa, pero no iba a mostrarse nerviosa delante de él.

—Mario —dijo intentando recuperar la seriedad.

—Maddie —contestó él.

Después de un momento respiró hondo, viendo que su conversación no llegaba a ningún lado.

—La princesa motera sería una buena adición a mi lista. Venga, ¿qué estarías dispuesta a darme a cambio de todo lo que sé?

Ante aquella pregunta, no pudo evitar reír por la nariz mientras sacudía la cabeza levemente.

—¿Por qué no me sorprende que tengas una lista? Antes quiero saber qué información tienes; para darte un precio justo —intentó, devolviéndole la sonrisa.

Al surfero le divirtió su propuesta.

—Se te da muy bien tentarme, pajarito. Casi me dan ganas de contarte todo lo del atacante fantasma y los infiltrados en vuestra banda.

Maddie frunció el ceño.

—¿Infiltrados? ¿Varios? —preguntó mientras le subía la presión. Pensaba que estaban buscando a una persona, no a un grupo. Por eso les estaba costando tanto encontrarlo. Si tendían la trampa a una sola persona, otros podrían avisarle de ello.

—Unos cuantos, sí —le confirmó Mario—. ¿No ves que ahora somos menos? En nuestro caso es más fácil verlo, claro.

—¿Y en nuestra banda? ¿Sabes quienes son? ¿Lo sabe Dylan? —preguntó agobiada de repente.

El surfero sonrió una vez más al darse cuenta de que iba ganando la partida. Se acercó a ella.

—Aún no me has pagado.

Entendió que mostrarse tan ansiosa por la información no la ayudaba, e hizo un esfuerzo por calmarse. Luego dio un paso hacia Mario, probando otra táctica para convencerlo. Siempre se habían llevado bien, y después de separarse por las bandas, lo que más le gustaba a él era tontear con ella para molestar a su hermano.

—¿No te vale con decírmelo sabiendo que mi hermano no quiere que lo sepa?

Mario posó las manos en sus caderas otra vez, y ella se contuvo para no apartarlas. Tenía que conseguir algo más.

Él se rio ante aquella idea, y viendo que sus movimientos no eran rechazados, se acercó un poco más, bajando la voz.

—Eres buena negociante, pero no pienso decirte cómo descubrirlos por menos de un beso.

—¿Dylan sabe como hacerlo? —Si su hermano sabía cómo descubrirlos, no necesitaba aquella información. Le bastaba con hablar con él para que se lo dijese, y así ella podría ayudar a encontrarlos.

Se intentó apartar cuando vio al surfero concentrado en sus labios, pero él no cedió.

—¡Mario! —le llamó la atención.

Como un resorte, su mirada se posó sobre sus ojos grises, sonriendo al percatarse de lo cerca que estaban.

—Son tan arrogantes como para ir anunciándolo . Sólo había que mirar bien —le susurró al oído. Y luego se abstrajo con sus labios mientras se agachaba sobre ellos—. Y ahora, quiero mi pago, estrellita.

Maddie intentó apartar las manos de Mario de su cintura, pero no se dejó, apretando más su agarre y acercándola a él. Con velocidad, le puso la mano bajo la barbilla para empujar su cabeza hacia arriba y salir de allí.

Para cuando lo consiguió, ya era demasiado tarde. Una sombra enfurecida se erguía frente a ellos y había visto todo.

—¡Suéltala! —bramó Jake.

XXX.
MADISON

Maddie sintió un sudor frío recorriendo su espalda al escuchar la voz enfurecida de Jake. No tenía muy claro cuánto habría visto, pero esperaba que al menos lo suficiente para no malinterpretar nada.

Mario apenas se había apartado mientras ella buscaba a Jake en la oscuridad. No tardó en encontrar la sombra que se acercaba hacia su posición a pasos agigantados. Le costaba verle bien la cara debido a la poca luz que la luna entregaba, pero eso no hacía que su figura acercándose diera menos miedo.

—¡Jake! —lo llamó. En cuanto pudo vislumbrar su mirada, comprobó que él la ignoraba por completo. Su foco estaba en el jefe de los surferos, que esperaba detrás de ella—. Jake, ¡para! —intentó. Pero el fuego que corría por sus venas parecía cegarle de cualquier cosa que no fuera Mario.

Llegó hasta él y enseguida le cogió de su chaqueta entreabierta. Lo alzó hasta ponerlo a su altura, haciendo que se sostuviera a duras penas de puntillas.

—¿Qué coño crees que haces, Mario? —le rugió.

Sus palabras no sonaban habladas, ni siquiera gritadas. Eran gruñidos que bien podrían haber salido de la boca de un animal salvaje.

Antes de recibir una respuesta, empujó al surfero con tal fuerza que éste tuvo que dar varios pasos atrás, aunque no llegó a caer al suelo.

—¡Jake, para! —gritó Maddie llegando hasta él. Trató de frenarlo poniendo las manos en su pecho, pero él aún no la miraba—. ¡Sólo estábamos hablando!

—¡Y una mierda! ¡No él! —le señaló amagando con alcanzarlo otra vez. En ese momento las manos de Maddie sobre su cuerpo parecían tener algún poder. Al menos había conseguido que hablase con ella, aunque no fuera de mucha ayuda.

—Siendo honestos, princesita, tiene razón —el surfero empezó a malmeter mientras esbozaba su mejor sonrisa.

—¡Mario, cállate! —le ordenó. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y únicamente esperaba que Jake se concentrase en ella y no entrase al trapo.

Pero el surfero no se dio por vencido.

—Ya te dije que si pudiera yo también me la tiraría. Si no fuera por tener que lidiar luego con Dylan. Tiene que ser un coñazo de cuñado —dijo, y después se rio.

Antes de que se diera cuenta, el pecho de Jake había desaparecido bajo sus manos, y su enorme figura cruzaba el espacio hasta Mario. Sin dudar ni un segundo, elevó su brazo derecho haciendo caer el puño directamente en su cara.

Maddie no tuvo tiempo ni de gritar. Sólo pudo seguir con la mirada sus movimientos hasta que el cuerpo del surfero cayó al suelo. Jake lo observaba desde su altura, su tórax subiendo y bajando con el ritmo de su respiración. No por el esfuerzo físico, sino por la furia que le

incendiaba por dentro. Podía verse cómo se contenía para no lanzarse sobre él y seguir pegándole.

Mario, a su vez, aprovechó el tiempo entregado para levantarse. Se tocó la mejilla y luego se miró la mano ensangrentada. Con un único puñetazo, Jake había conseguido abrirle una brecha en la cara.

El surfero se rio al ver la sangre en sus dedos, pero la seriedad de su cara denotaba que se le estaba acabando la diversión.

—Esa me la merecía —aceptó—, pero ya te estás largando. —En ese momento, sacó una pistola de la cintura de su pantalón. No apuntó directamente a Jake, esperando que enseñarla fuera aviso suficiente.

Maddie dio un paso atrás asustada. No era la primera pistola que veía en Plantío, pero no dejaban de aterrarla. Sin embargo, parecía no perturbar al motero.

Éste agarró la pistola con rapidez y la retorció en la mano de Mario.

—¿Crees que me asusta tu puta pistola? —Se la arrebató y la lanzó unos metros más allá. Luego se concentró en él, cogiéndole una vez más de la chaqueta—. Como te vuelva a ver cerca de ella… —comenzó.

Maddie casi no podía oírle, a pesar de que estaba a unos pasos de distancia. La rabia que emanaba de Jake transformaba sus palabras en gruñidos apenas entendibles desde donde se encontraba.

Estaba segura de que si Mario no salía corriendo en ese momento, era porque Jake lo estaba sujetando.

—Claro, mi arma no. ¿Y las suyas? —el surfero habló lo suficientemente alto para que todos le escucharan mientras movía la cabeza señalando en dirección a Maddie.

Cuando ésta se giró, comprendió que la fiesta en la playa había terminado. Todos se habían acercado y estaban rodeándolos. Según su jefe terminó de hablar, sacaron sus armas y las colocaron en dirección a Jake.

—¡Mario! —gritó ella. Su cuerpo se mostraba paralizado, aunque su corazón bombeaba descontrolado en su pecho. Le espantaba que tantas armas estuvieran apuntando a Jake.

Sin embargo, él, no sólo no había soltado la chaqueta del surfero, sino que en ese momento lo alzaba aún más, acercándolo a su cara mientras lo miraba con una furia incontrolable.

—¿Y si cambian de objetivo? —probó Mario nuevamente.

Las armas abandonaron a Jake y se dirigieron en un instante a Maddie. Con más de veinte armas apuntándola, no entendía cómo podía sentirse más relajada; pero mientras no se dirigieran a Jake, lo estaba.

—¡Mario, para ya! —le gritó enfadada. Sabía que no iba a hacer nada, salvo poner a prueba a Jake. Pero, en ese momento, él comenzó a soltar la chaqueta lentamente.

Una vez Mario puso los pies en la arena y se separó dos pasos, sonrió ampliamente. Casi era lo único que se veía en la noche, su brillante sonrisa.

Se acercó a por su pistola y se la colocó en el pantalón mientras hablaba de forma casual.

—No es conveniente que bajes aquí solo, Jake. Y menos que me amenaces —dijo, y fue una sentencia.

Acto seguido, todos los chicos que había allí empezaron a rodearlo. Habían guardado sus armas en sus pantalones, pero eso no tranquilizaba a Maddie, que veía cómo se acercaban y lo acorralaban.

Iban cerrando el círculo alrededor de Jake con miedo, paso a paso, mientras él se giraba a

comprobar con lo que tenía que lidiar.

—Mario, ¡para esto!

Nada más decirlo, la mano cerrada de Jake cruzó el aire descargando un puñetazo sobre la cara de uno de los surferos, haciéndolo caer de espaldas al suelo. Un segundo después empezaron a pegarle entre varios.

—¡Mario! —intentó Maddie una vez más, hasta que uno de los chicos la sujetó de los antebrazos.

—Quieta aquí, princesa —la avisó.

Ella se revolvió con rabia sin poder deshacerse de su agarre.

—¡Que te jodan! —le gritó, y después le dio un rodillazo en la entrepierna, consiguiendo liberarse. Fue corriendo a Mario sin perder de vista a Jake, que recibía al menos tres golpes por uno que conseguía dar. Lo que no entendía era cómo aún seguía en pie.

—¡Mario, haz que paren, por favor! —le suplicó.

Él ni siquiera la miró cuando respondió, concentrado en la paliza que sus chicos estaban disfrutando.

—Ha venido por su cuenta y riesgo. La playa es nuestro territorio —dijo vagamente.

—¡No me jodas!, ¿en serio? —preguntó Maddie incrédula. Ella también lo había hecho, pero no había tenido el mismo recibimiento.

Fue entonces cuando Mario volvió su mirada hacia ella.

—En serio, gatita. —Luego fue a acariciar su pelo, pero ella le dio un manotazo enfadada.

Se acercó rápidamente al tumulto de gente para intentar ayudar a Jake. No conseguía demasiado, apenas alcanzándolos cuando pretendía darles puñetazos en la cara. Así que se dedicó a empujarlos y alejarlos de él cuanto podía para ofrecerle un poco de espacio y tiempo.

Eso tuvo como consecuencia que recibiera varios golpes en la cara y en los brazos.

Al menos, cuando se ponía delante de los surferos, éstos se lo pensaban y podía conseguir unos segundos más. Luego la empujaban como si fuera una molestia. Pero no desistió.

Estaba consiguiendo llegar hasta él cuando vio cómo uno de los chicos le proporcionó un puñetazo en el costado que lo hizo doblarse. Otro aprovechó ese momento para hacer volar su puño directo a su cara. Y un tercero no tardó en darle otro puñetazo de nuevo en el costado que ya tenía magullado.

Maddie notaba su corazón desgarrándose. Estaban acabando con él. Necesitaba alcanzarlo y darle unos segundos.

—¡Jake! —lo llamó, aunque no tenía esperanza de que pudiera escucharla. Continuó empujando cuerpos con una fuerza que no creía capaz—. ¡Jake! —siguió llamándolo mientras sus ojos se inundaban en lágrimas. Necesitaba llegar a él. Si no podía frenar ninguno de los golpes, lo protegería con su cuerpo. Sólo necesitaba acercarse más y ponerse delante de él. Recibir algunos de los golpes que estaban acabando con él para que así pudiera recuperarse y salir de allí.

Justo cuando casi alcanzaba a tocar su hombro, una mano se cerró alrededor de su cuello por detrás.

—Para ya, princesa, o te harás daño —le dijo alguien.

Llegados a ese punto, no sentía dolor, aunque estaba segura de que las manos de aquel chico dejarían marcas en su piel.

—¡Que te den, gilipollas! —le gritó mientras se preparaba para darle un puñetazo en la cara. Echó su brazo hacia atrás, pero antes de que pudiera descargarlo en la cara del surfero que

la sujetaba, otro brazo apareció por delante de ella dando el golpe.

El chico la soltó y ella cayó al suelo. Miró hacia arriba esperando ver a Jake, pero era su hermano quien se había unido a la pelea e iba quitándole de encima a la gente.

Cuando la vio tirada en la arena, la cogió del brazo y la levantó de un tirón. No pudo ni darle las gracias ya que en cuanto lo miró, éste ya estaba pegando a otros chicos, alejándolos de ellos.

En poco tiempo habían conseguido separarse por completo, dejando a más de uno en el suelo.

—¡¿En serio tocas a mi hermana y pretendes que te deje con vida?! —gritó Dylan a Mario, que no había dejado de mirar toda la acción. Seguía sonriendo desde donde estaba.

Maddie tiró del brazo de su hermano, sabiendo que los surferos querían un segundo asalto. Seguían en minoría y Jake ya había recibido demasiados golpes.

—¡Dylan! ¡Vámonos! —le instó.

Cuando consiguió que su hermano diera un paso atrás, Mario decidió responderle.

—Dylan, Dylan… —dijo con retintín—. Claro que sí. Tú me dejas con vida, y yo os perdono por ser tan idiotas como para bajar aquí solos. Me lo he pasado bien, pero aquí acaba todo. Vamos, largaos ya. Tú también, palomita —se dirigió a Maddie.

Ella suspiró. No se lo estaba poniendo nada fácil. Su hermano saltó en cuanto escuchó el nuevo apodo estúpido que el surfero había escogido para ella.

—¡Dylan! —le sujetó a duras penas.

Escuchó a Mario reírse, pero cuando lo miró para increparlo, no era a su hermano a quien éste miraba, sino detrás de ellos. Se giró rápidamente para ver que el resto de la banda se acercaba corriendo hacia ellos.

—Dylan, vámonos. No quieras tener una batalla campal ahora. Tenemos problemas peores —trató de convencerlo, y luego observó a Jake, que al igual que su hermano, seguía mirando con furia al grupo de surferos sedientos de pelea.

—Escúchala hermanito —se mofó Mario. Luego habló con seriedad—. Largaos de nuestra playa.

—Dylan. —Al no recibir respuesta, se acercó a Jake—. Jake, por favor —le suplicó.

Su voz agonizante hizo que bajara la vista hasta ella. No supo bien qué habría visto en su cara, pero de repente pareció más cabreado aún, y, cogiéndola de la muñeca, tiró de ella en dirección al mirador.

—Vámonos —fue lo único que dijo.

Casi no podía seguir sus grandes zancadas. De vez en cuando tenía que dar pequeñas carreras para no tropezar y caer arrastrada por él.

Dylan los seguía pegado, andando de espaldas, sin perder de vista a la banda que se quedaba en la playa.

Maddie intentó soltar el agarre de Jake sobre su muñeca para darle la mano, pero él no estaba por la labor. La sujetaba de forma fuerte e implacable, aunque no le hacía daño como sí se lo habían hecho los surferos.

Se cruzaron con la banda de moteros que corría hacia la playa, y él siguió andando sin decir nada salvo gruñir. Todos se apartaron rápidamente, dejándoles pasar.

En cuanto subieron de vuelta al mirador, Harper fue corriendo hasta ellos. Jake no había frenado sus pasos, así que se puso a la altura de Maddie mientras andaba y se disculpaba.

—Lo siento, *Di* . Te perdí de vista, y me entró el miedo, y…

—No pasa nada, Harper —la tranquilizó sinceramente. Sabía que tenía que haber hecho caso a su amiga. Al final, apenas había conseguido nada. Ni siquiera Mario le había dicho cómo descubrir a los infiltrados. Tan solo que había que fijarse correctamente.

—¿Estás bien? —su amiga seguía mostrándose nerviosa.

—Sí, no te preocupes —contestó sin pensar realmente en lo que decía. Sus palabras fluían como un acto reflejo a esa pregunta, pero lo cierto era que empezaban a palpitarle los distintos golpes que había recibido en la playa.

Se preguntó cómo debía sentir Jake los suyos. En ese momento, él le devolvió la mirada. Con el cabreo que demostraba tener, supuso que aún no se habría percatado de si le dolía algo.

Detrás del enfado de su rostro, había intentado encontrar la mentira en las palabras que intercambiaba con Harper. No supo muy bien lo que había descubierto.

—Vas conmigo —le anunció mientras llegaban al aparcamiento.

—Tengo mi moto allí… —Señaló su vehículo a un metro de dónde estaban.

La respuesta de Jake surgió en forma de gruñido mientras la acercaba hacia sí, y supo al instante que no había discusión posible.

—Yo te la llevo, Maddie. —Sin duda, Harper se sentía culpable por todo el lío que se había formado. Ya hablaría con ella cuando tuviera tiempo.

En ese momento, sólo siguió a Jake.

Cuando llegaron a su casa, la llevó directamente a la cocina. No había dicho ni una palabra desde que regresaron de la playa. Ni siquiera la había mirado. Parecía que estuviera perdido en sus pensamientos, controlando a duras penas la ira que recorría su cuerpo.

Ya en la cocina, soltó su muñeca. La había cogido al aparcar la moto para empujarla al interior de la casa. Rodeó su cintura con un brazo y la sentó en la encimera. Maddie sintió su respiración entrecortándose, pero enseguida Jake desapareció de su lado tras el frigorífico.

Cogió la bolsa de guisantes por la que le había preguntado al comenzar la noche y se puso frente a ella. No le devolvía la mirada, sino que estudiaba su rostro buscando marcas de los golpes que había recibido aquella noche.

Luego colocó la bolsa sobre el lado derecho de su cara, aunque bien podría haberla puesto cubriendo todo su cuerpo. Se notaba agotada y dolorida, y no tener a Jake la estaba drenando aún más. Si por ella fuera, se ahogaría en una bañera de guisantes congelados.

—Suerte que al final sí tenía guisantes, ¿no? —intentó que volviera a hablarle, sin resultado alguno. Lo único que escuchaba de Jake era su respiración tosca y profunda mientras reprimía su cabreo.

—Jake… —volvió a probar.

Él siguió sin dirigirle una palabra. Luego cogió las solapas de su chaqueta y empezó a deslizarla por su brazos. Pareció quedarse inmóvil por un momento mientras la línea entre sus cejas se pronunciaba aún más. Siguió su mirada hasta sus brazos y se dio cuenta de que algunos golpes ya comenzaban a coger color en su piel.

—Jake, no es nada, estoy bien —mintió. Lo cierto era que el simple roce de la chaqueta sobre sus moratones la había quemado, pero no necesitaba darle más motivos para estar enfadado.

Él no se había movido. Únicamente su pecho lo hacía, subiendo y bajando con furia a medida que su respiración se iba acelerando.

Maddie le cogió una mano para colocarla alrededor de la suya, poniendo el pulgar sobre sus nudillos. Fue entonces cuando él le devolvió la mirada.

Cogía aire profundamente y luego lo soltaba. Pero si pretendía relajarse con ello, no lo estaba consiguiendo.

—¡¿No habíamos quedado en que antes de hacer gilipolleces me ibas a llamar?! —bramó por fin, incapaz de controlar su furia.

En ese momento, se escuchó la puerta de la casa. Sería su hermano, aunque no llegó a confirmarlo ya que no pasó a la cocina. Esperaría a que Jake terminase su bronca para empezar él con la suya.

Ella no dijo nada.

—¡Joder Madison! Casi me vuelvo loco cuando Harper me ha dicho que estabas en la playa —siguió hablando a un volumen alto. Su mano había abandonado la de ella y se movía sobre su cabeza, mostrando lo nervioso que estaba.

—No corro peligro con Mario —intentó explicarle.

—¡Hay más gente, además de Mario! —rugió.

No dijo nada. Lo cierto era que tenía razón. Había sido estúpido bajar sola a la playa, pero no había visto otra forma de hacerlo.

Jake seguía tronando frente a ella.

—¡Joder! ¡Un día de estos vas a hacer que te maten!

—No pretendía que pasara esto —dijo pausadamente. Aún así, no era capaz de insuflar calma en la cocina. Parecía que estuvieran todos los fogones ardiendo y nada hacía que bajase la temperatura.

—¡No puedes meterte en la boca del lobo así! ¡Joder! ¡En la playa de los surferos en plena noche! ¡¿Qué coño te pasa?! —le gritó.

—Sólo quería hablar con Mario —intentó explicarse.

Él siguió gritando.

—¡Esto no es como hace un año! La gente está muy nerviosa. ¡Todo el mundo va con armas! Y la mayoría sabe usarlas igual que tú.

Maddie agachó la cabeza. No quería seguir cabreándolo de ese modo, y no veía la forma de apaciguarl o. Pero aunque no dijera nada, el discurso de él seguía cogiendo volumen.

—¡Joder! Y ese cabrón… Cada vez que pienso en si hubiera llegado un poco más tarde… ¡Se me va la cabeza, joder! —Apoyó las manos en la encimera, dejando a Maddie entre sus brazos. Sujetó la encimera con tanta fuerza que parecía capaz de deshacerla entre sus manos.

—No ha pasado nada. Puedo manejarlo —le dijo alzando sus manos hasta posarlas en los brazos de él.

Pero si Jake la escuchó, no dio señales de ello.

—Debería volver a partirle la cara —siguió diciendo. Sus palabras quedaban escondidas en gruñidos ferales.

—Prefiero que te quedes aquí conmigo —susurró mientras movía sus manos sobre los dibujos de sus brazos.

Entonces él la miró. La furia que desprendían sus ojos podía traspasarla.

—¿Ahora quieres estar conmigo? —le rugió.

Le devolvió la mirada dolida. ¿Acaso él pensaba que le había traicionado? No sabía cuánto había visto ni cuánto podía haber malinterpretado. Pero todo lo había hecho en un intento de ayudarle, aunque, al parecer, no había encontrado la forma apropiada. Lo comprendió tras el lío que se había montado.

Quería ser más útil que arreglar coches o esperar sentada mientras él se jugaba la vida.

Agachó la cabeza sin responder y ambos se mantuvieron en silencio. Después de un rato, Jake empezó a soltar palabrotas, seguramente luchando contra su discurso interior.

Aguardó en silencio mientras esperaba a que se calmara por sí mismo. Le molestaba no ser capaz de conseguirlo ella.

Continuó escuchando cómo Jake alternaba maldiciones con gruñidos mientras se movía alrededor de la cocina. Luego paró, pero ella siguió sin decir nada ni alzar la mirada. Sólo alcanzaba a ver sus pies quietos frente a ella.

—¡¿Vas a decir algo?! —preguntó al final. Su enfado parecía intacto.

Ella negó con la cabeza, pero no la levantó.

Se hizo el silencio entre los dos, y luego él se acercó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó. Su voz había cambiado por completo, mostrando preocupación; y solamente por eso dejó que alzara su rostro sujetando su barbilla hasta alcanzar sus ojos—. ¿Estás bien? —le preguntó otra vez. Su ceño continuaba arrugado, pero no era el cabreo lo que lo tenía así en ese momento.

Se aventuró a hablar, sabiendo que volvería a estropear todo.

—Cada cosa que digo lo empeora.

Jake respiró hondo, soltando el aire con ganas. Se quedó en silencio un momento sin perder de vista sus ojos, y luego habló.

—Inténtalo —le pidió.

Ella movió sus manos para coger las de él. Las llevó hasta sus muslos sobre la encimera y las colocó cubriéndolos. Luego abrió las piernas para que él se pudiera acercar. La forma en la que su respiración pasaba entrecortada hasta sus pulmones poco tenía que ver con los nervios de verlo tan enfadado unos minutos antes.

En ese momento, se mostraba totalmente apacible. Parecía que todo volvía a girar en torno a ellos, su calma, sus latidos.

—Cuando hablaste de la encimera, aquella vez… Me lo imaginaba distinto a… hoy —dijo no muy segura.

Él se había acercado mientras hablaba, y recorría su cuello acariciándolo con la nariz.

—¿Así que te imaginabas enrollándote conmigo? —le preguntó. No podía ver su sonrisa mientras lo hacía, pero se la imaginaba a la perfección, y eso la hizo sonreír también.

—Nunca —mintió.

Él abandonó su cuello dejando la piel de gallina por donde pasaba, y con su nariz chocó la suya rápidamente. Luego descansó su frente contra la de ella.

—No me gusta cuando me mientes, Madison —susurró.

Pensó que por fin podrían terminar la discusión con un beso, pero él se separó rápidamente, privandola de ello. Volvía a recorrer su cara con la mirada, posando sus ojos sobre el golpe que aún palpitaba en su mejilla.

—¿Cómo está? —le preguntó.

Maddie se frotó la mejilla.

—No es nada. Apuesto a que tú estás peor.

Vio cómo subía una de sus manos hasta su costado.

—Algún derechazo sí que me he llevado —confesó, y ella sabía exactamente de qué puñetazo hablaba. Lo recordaba como si estuviera ocurriendo delante de ella en ese mismo momento.

Entendía el enfado de Jake al ver sus heridas. Ella sentía ese mismo calor al recordar al

desgraciado que lo había hecho doblarse.

—Déjame ver —le pidió, tirando de su camiseta.

Él cogió sus manos y las colocó alrededor de su cintura. Luego puso las suyas alrededor de la de ella mientras se reía.

—Hay otras formas más sutiles de pedirme que me desnude —bromeó.

—¡Mira que eres tonto! Si no iniciaras una pelea cada vez que un chico me habla… —empezó a quejarse.

—Intento controlarme.

—Pues no se te da muy bien.

Él volvió a ponerse serio mientras se acercaba a su rostro lentamente.

—No puedes culparme. Has hecho que me obsesione contigo, Madison. —Luego acercó los labios a los suyos, pero si llegó a rozarlos, no estaba segura. Sólo percibía sus nervios cosquilleando su cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

—¿Por qué me sigues llamando así? —susurró, sin fuerza para elevar más la voz.

Escuchó la risa de Jake emanando desde su pecho.

— Revocaste mi derecho a llamarte Maddie cuando nos conocimos. ¿Lo has olvidado?

—Bueno, creo que las cosas han cambiado.

Eso hizo sonreír a Jake. Y era su sonrisa favorita, la que anunciaba lo que estaba por decir. Pero aún así, deseaba que se metiera con ella, que volviera a desearla y a olvidarse de lo que había ocurrido aquella noche.

—Así es —comenzó él—. Pero me di cuenta de lo nerviosa que te ponías cuando te llamaba por tu nombre. Lo sigues haciendo, Madison. —Su voz se convirtió en un ronroneo al nombrarla, mientras recorría su cuello y luego posaba los labios sobre su piel, dejando un leve beso antes de continuar—. Tus mejillas se ponen rosas y cierras tus manos una o dos veces —explicó.

No se había percatado de ello hasta que en ese momento se fijó en que, de hecho, sus manos estaban cerradas en dos puños.

Luego fue recorriendo su cara, dejando pequeños besos en el camino.

—Y cuando lo hago así de cerca, abres tu boca para respirar, Madison. —Volvió a susurrar su nombre sobre su piel, y ella se vio incapaz de contradecirlo. Había separado sus labios sin poder evitarlo, por la necesidad de conseguir que algo de aire llegara a sus pulmones.

Jake aprovechó ese momento para introducir la lengua en su boca en un beso ansioso y desesperado. Toda la energía que Maddie había perdido en la noche se vio concentrada en su pecho, como un chute de adrenalina que la impulsaba a obtener más de Jake.

Subió sus manos hasta la parte de detrás de su cabeza mientras seguía moviendo su lengua en busca de la de él, con la necesidad de saborearlo, de deleitarse en lo que él podía ofrecerle.

Las manos de él se cerraban alrededor de sus muslos, haciendo que nuevas descargas de deseo recorrieran su cuerpo subiendo por sus piernas.

No quería parar. Deseaba morir en ese beso; que nunca se acabara. Había perdido su chaqueta hacía tiempo, reprimiendo el dolor de la tela vaquera rozando sus heridas. No tenía tiempo para ellas.

Tiró de la camiseta de Jake, deseando perderla sin dejar de besarlo. Entonces él movió sus manos debajo de la suya en busca de su cuerpo. Se preguntó si lo sentiría tan caliente como ella sentía arder su piel.

No pudo evitar echar la cabeza hacia atrás con un gemido mientras él seguía moviendo sus

dedos por su cintura y su espalda. Liberado de su beso, buscó su cuello, y lo mordió leve pero lentamente, haciendo que Maddie perdiera la cordura y otro gemido se le escapara de la garganta.

Luego fué él quien suspiró y se separó, dándole una tregua.

Después de respirar hondo, Maddie se maldijo por no haberse controlado lo suficiente. De ese modo podría seguir perdida en su beso y sus manos.

Cuando lo miró, se fijó en la sonrisa ladeada que mostró antes de hablar.

—Me gusta llamarte Madison —confesó.

No tenía ninguna duda de que a ella también le encantaba que la llamase así, a pesar de arrebatarle por completo el control de su cuerpo cuando lo hacía.

Aún intentaba apaciguar el calor que subía por sus piernas cuando vio la cara de Jake cambiando. Mantenía la sonrisa ladeada, pero ésta se iba ensanchando en su rostro.

—¿Qué? —preguntó. No tenía muy claro si debía preocuparle su mirada.

Sin contestarle, él se acercó lentamente, y aunque no la había llamado por su nombre en ese momento, el efecto de su aroma alrededor de ella era el mismo. Posó los labios sobre los suyos, humedeciéndolos lentamente, como si pretendiera hipnotizarla.

Luego pasó su lengua por ellos tan despacio, que Maddie se planteó si sólo querría castigarla por haber bajado a la playa. Primero el labio inferior, luego el superior, dejando un reguero de hormigueos que subían desde su tripa hasta cada centímetro de piel que él acariciaba.

Cuando suspiró, esperando que por fin su lengua recorriera su boca, él se apartó.

—Ven conmigo —susurró.

Sin decir nada más tiró de su mano haciéndola bajar de la encimera, y ella lo siguió.

XXXI.
DIBUJO

La noche y las estrellas los cubrían mientras se alejaban de la casa en silencio. Ni siquiera se habían despedido de Dylan al marcharse, pero su hermano era lo último en lo que Maddie pensaba.

Había seguido a Jake sin decir nada, concentrada en su mano rodeando la suya, dándole un calor que unos minutos antes había estado recorriendo su cuerpo.

Tardó un rato en percatarse de que no le había dicho a dónde iban, aunque podía hacerse una idea por la dirección que estaban tomando.

Cada paso que daban los alejaba de la luz de las farolas. Habían dejado atrás el camino, y el olor a naturaleza y humedad los envolvía, rodeados de la más absoluta negrura.

No tardaron en adentrarse en el bosque, y siguieron andando hasta que perdieron de vista toda luz y dejaron de escuchar los coches que atravesaban la carretera más cercana. Lo único que oían en la noche eran grillos, búhos y su propia respiración.

Cuando pararon de moverse, Jake se puso frente a Maddie, y ella miró alrededor. No había nada especial allí. Estaban en mitad del bosque, con grandes eucaliptos alzándose sobre ellos.

La poca luz de la luna que se colaba entre las hojas de los árboles le permitía ver su cara, pero en aquella penumbra e intimidad, su respiración empezaba a entrecortarse. Especialmente cuando él sacó un arma de su pantalón y la puso delante de ella.

No pudo evitar dar un paso atrás, y cuando lo miró, comprobó que estaba tan serio como lo había estado unos minutos antes en la cocina.

—¿Vas a matarme y a enterrar mi cuerpo en el bosque? —preguntó, aunque sus nervios le impidieron sonar divertida.

Jake entrecerró los ojos mientras la miraba. Luego la luna desveló su sonrisa ladeada. La que tanto gustaba a Maddie.

—Me ahorraría muchos problemas —dijo estrechando su mano y empujándola hacia él.

La contemplaba como si esperase una respuesta de ella, y, a juzgar por su sonrisa, sabía qué clase de respuesta esperaba. Pero estaba bastante ocupada intentando funcionar como una persona normal controlando el deseo que su cercanía despertaba en ella.

Ajeno a su pobre estado de nervios, Jake le mostró de nuevo la pistola, únicamente iluminada por la luz blanca que los árboles permitían a la luna entregar. Empezó a explicarle sus distintas partes y cómo funcionaba. También le enseñó dónde estaba el seguro y cómo ponerlo y quitarlo, y le habló de los otros seguros que llevaba el arma integrados.

Cuando aún estaba con su explicación, se interrumpió al ver la cara de confusión de Maddie.

—Querías aprender a disparar, ¿no? —le preguntó.

—Sí.

—Así, cuando se te acerque algún gilipollas sabré que estás bien. —Colocó su pelo detrás

de su hombro, distraído.

A pesar de su sonrisa socarrona, había aparecido una línea entre sus cejas, similar a la que sus palabras habían dibujado en su frente. No pensaba disparar a Mario, por muy insoportable que se pusiera.

—¿Por qué no la sacaste antes? En la playa —le preguntó. Podía haber amenazado a Mario enseñándole el arma, como él había intentado hacer con Jake, aunque sin resultado.

—No iba a empezar un tiroteo contigo allí —dijo él, como si no entendiera su pregunta.

A Maddie le pareció que en realidad, era una respuesta bastante obvia. Sacar un arma podría llevar a usarla, y no podía imaginarse qué habría pasado si alguien hubiera disparado una contra Jake.

Las manos empezaban a temblarle a medida que las imágenes se sucedían en su cabeza, y se alegró de que Jake siguiera centrado en la improvisada clase nocturna.

—¿Lista? —Le ofreció la pistola.

Ella negó con la cabeza, pestañeando para hacer desaparecer sus incipientes lágrimas.

Entonces Jake agarró su mano, y, con delicadeza, la puso sobre el arma. Maddie respiró muy lentamente.

—Ya la has cogido antes —la quiso tranquilizar.

Inspiró profundo y luego cerró la mano sobre ella. Le ponía nerviosa tenerlo enfrente mientras la sostenía, y se relajó en cierta medida cuando se colocó detrás de ella. No obstante, empezaba a entender que calmarse no iba a ser tarea fácil.

—Sólo tienes que apretar el gatillo —le susurró.

Sabía la teoría, pero disparar un arma le imponía demasiado. Aunque no tuviera delante a nadie a quien herir. Las imágenes que acababa de expulsar de su cabeza volvieron en menos de un segundo al imaginarse a sí misma con un arma en la playa. ¿Qué habría pasado si ella hubiera levantado la pistola que le quitó a su hermano? Con un disparo, la vida termina en un instante. Sin vuelta atrás.

Sacudió la cabeza intentando controlar esos pensamientos, y se concentró en la tarea. Jake había dicho que solamente tenía que apretar el gatillo, y eso hizo.

Un impulso recorrió su brazo a la vez que un fogonazo iluminaba, por un instante, todo a su alrededor y un estruendo ensordecedor los envolvía, dejando silencio a su paso. Maddie se movió hacia atrás, chocando contra el torso de Jake.

El arma le parecía más pesada en su mano, y notaba sus pulsaciones acelerándose a lo largo de su cuerpo locamente.

Tardó un rato en percibir las manos de Jake en su cintura, buscando su piel bajo su camiseta. Cuando lo hizo, dio una bocanada de aire, pero no se movió. Fue él quien la soltó para ponerse a su lado. Cogió sus manos y las colocó sobre la pistola.

—Sujetala así —dijo. Luego movió sus brazos alzando sus codos. A Maddie le estaba costando respirar con normalidad, entre su cercanía y la naturaleza de la tarea que estaban realizando. Era la primera vez que disparaba un arma, y le había parecido tan fácil como aterrador.

Jake se colocó detrás de ella y puso sus manos sobre las de Maddie. Tuvo que hacer un mayor esfuerzo para dominar el temblor mientras él colocaba el índice sobre su dedo, y, sin previo aviso, le hacía apretar el gatillo.

La noche volvió a quedar en silencio salvo por la respiración pesada de Maddie.

—¿Lo has notado? —le preguntó él.

Ella asintió, aunque lo único que percibía realmente era el cuerpo de Jake alrededor del suyo. Tampoco quería notar otra cosa. Sólo su calor en la fría noche.

—Cuando dispares, la pistola te echará para atrás. Por eso es importante que coloques bien los pies para mantener el equilibrio —susurró en su oído, y acto seguido empujó uno de sus pies con el suyo, haciendo que abriese un poco más las piernas—. Otra vez —le dijo.

Hasta que no se apartó de ella levemente, no se percató de que tenía que moverse.

Disparó una vez más y notó cómo la sacudida era menor, aunque seguía llegando a sus brazos. Siguió intentándolo, sintiendo cómo cada disparo parecía enloquecer a su corazón. No se detuvo hasta que el arma dejó de funcionar. Para entonces, Maddie sólo podía jadear.

Jake se puso frente a ella, quitándole la pistola de las manos. Con un rápido movimiento, sacó una pieza de ésta.

—Este es el cargador. —Se lo mostró—. Cada uno tiene quince balas. Sacas el que hay y pones el nuevo. —Le enseñó cómo hacerlo, pero Maddie hacía tiempo que había dejado de escuchar, y miraba las sombras de su cara, pensando que ojalá la luna le permitiera ver más.

—¿Entendido? —Jake dirigió sus ojos hacia ella.

Ella los evitó volviendo a escudriñar el arma que le tendía, comprendiendo que no había escuchado nada.

—Mh… —musitó. Giró la pistola en su mano sin saber qué hacer.

Las manos de Jake la ayudaron.

—Así —susurró.

Volvió a mirarlo. ¿Por qué susurraba? Debería estar prestando atención, no imaginando el sabor de sus labios. Y él no se lo estaba poniendo nada fácil. Se preguntó si lo hacía a propósito.

—Madison —la llamó.

Clavó la vista en él, percatándose de lo distraída que estaba.

—Si me sigues mirando así vamos a terminar la clase ahora mismo —le advirtió con una mirada intensa. En cuanto vio cómo sus ojos dorados bajaban a sus labios, ella se concentró rápidamente en la pistola.

—Mh-mh —fue todo lo que dijo, observándola aún en sus manos. Pasó un rato sin hacer nada con ella hasta que finalmente dio un paso hacia él, que se mantuvo quieto, a la espera.

—Querías aprender a disparar —le recordó.

Ella alzó su mirada. Lo que en ese momento quería era muy diferente.



Aquella noche, su hermano no le había echado la bronca como ella esperaba. Debió pensar que con la de Jake ya había tenido suficiente. No sabía cuánto habría oído mientras estaban en la cocina, pero era imposible que no hubiese escuchado las voces que éste le profirió.

Se alegró de que sus reprimendas no fueran un añadido a las de su hermano. Le gustaban más las reconciliaciones con él que los bizcochos que pudiera traerle Dylan, por muy ricos que los horneara Marley.

Especialmente cuando incluían una clase de disparo infructuosa por el deseo entre ambos. Sólo de pensar cómo sus besos la habían lanzado contra el eucalipto más cercano, le subía un

calor por el cuello que ni el viento que soplaba a su espalda hacía decrecer.

Maldijo entonces la lluvia que la noche anterior se atrevió a sofocar su pasión, obligándolos a volver a casa.

Una vez en el porche, al que llegaron completamente empapados, Jake le había hecho prometer que no volveria a hacer nada estúpido, y menos sola. Esperaba de verdad cumplir su promesa. Por mucho que le gustasen sus reconciliaciones, detestaba decepcionarlo, como si así fallara a la banda, o su propósito de poder formar parte de ella activamente.

Aún pensaba en eso mientras garabateaba su cuaderno desde su colina secreta. Cuando se dio cuenta, había terminado de dibujar una serpiente con espinos, parecida a la que recorría el brazo de Jake.

Se quedó mirando el dibujo mientras la ansiedad iba haciéndose con su cuerpo. Jake y Dylan habían salido aquella mañana, como el resto de la banda, siguiendo alguna pista. Alguien había visto uno de los coches y habían partido rápidamente en su busca.

Le preocupaba lo que pudieran encontrar, y cómo reaccionarían ante ello. Ya había comprendido hacía tiempo que ninguno de los dos tenía miedo a la muerte. Dylan había dejado todo preparado para cuando eso ocurriera, y los tatuajes de Jake le hacían entender que morir únicamente sería un castigo merecido a lo que fuera que hubiera ocurrido con su hermano.

Se había quedado tan quieta, paralizada por sus pensamientos, que una gaviota se posó a su lado, quizá creyendo que era una estatua. Pasó lentamente la página en su cuaderno para comenzar un nuevo dibujo, y el ave se separó dando algunos saltos, pero permaneció en la ladera junto a ella.

Deslizó el lápiz sobre la página, plasmando líneas que iban cogiendo la forma del pájaro ante ella. Sin embargo, poco a poco fue perdiendo el parecido con la gaviota, y tornándose en una paloma. Le vino a la mente el último apodo que Mario le había puesto la noche anterior: palomita.

De pronto, el lápiz cayó de su mano. Su mente empezó a correr a tal velocidad que empezaba a marearse. Se levantó de la hierba a duras penas, haciendo que la gaviota saliera volando de allí.

En menos de tres minutos estaba aporreando la puerta de Harper, y seguía haciéndolo insistentemente. Ni siquiera cuando escuchó cómo giraba la llave dejó de hacerlo.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó ésta preocupada. Maddie se mostraba demasiado nerviosa mientras cruzaba la puerta y se dirigía al salón.

—¡Tenemos que hablar! —dio una voz, esperando que su amiga la siguiera.

Harper cerró la puerta tras ella.

—Sí, claro. ¿Estás bien? —preguntó otra vez sin obtener respuesta.

Maddie se encontraba de rodillas en el suelo, apoyada sobre la mesa de café, dibujando en su cuaderno.

—Este dibujo… —dijo, antes de concentrarse en sus garabatos. Sentía sus manos temblando mientras intentaba dar forma al dibujo. Aún no se veía lo que estaba haciendo, pero a ella ya le parecía un trabajo horrible, así que arrancó la hoja y volvió a empezar.

—Maddie, ¿quieres calmarte? ¿Qué pasa? —le insistió su amiga. Se había fijado en cómo le temblaban las manos, y en cómo no era capaz de dibujar lo que tenía en la mente.

—¡Espera un momento! —pidió más alto de lo que debería, fruto del estrés que sentía en aquel momento. Se esforzó en hacer el boceto con rapidez, pero su mano temblaba demasiado, y tuvo que respirar profundamente para no volver a estropearlo.

Finalmente apareció sobre la hoja la figura que había estado rondando su cabeza desde hacía unos minutos. Una paloma con las alas extendidas y un hueso en el pico. El mismo tatuaje que había visto en el brazo de Tanner semanas atrás. Cogió el cuaderno y lo puso delante de Harper para que pudiera verlo.

—¡Este dibujo! ¿Se lo has visto a alguien? Dices que conoces los tatuajes de todos —preguntó ansiosa.

—De casi todos. No soy tan golfa —se quejó ella, obtusa a la preocupación de Maddie.

—Harper, ¡es importante! —la urgió, acercándole el cuaderno a la cara.

—Vale, déjame ver. —No tardó en darle la respuesta que esperaba—. Éste se lo hace mucha gente ahora. No sé por qué. Es lo más cutre que he visto en mi vida —le devolvió el cuaderno.

Maddie notó cómo su corazón chocaba con fuerza contra su pecho. *Mucha gente* . Eso concordaba con lo que Mario había dicho sobre tener *varios* infiltrados en la banda.

—¿Cuánta gente? ¿Quiénes? —preguntó aterrada. Pero no dio tiempo a su amiga a contestar—. ¡Tenemos que hablar con Dylan! —Arrancó la hoja del cuaderno y cogió la mano de su amiga para hacerla levantar del sofá.

— *Di* , ¿qué pasa? Me estás asustando —intentó conseguir alguna explicación, pero cuando abrió la boca para hablar, empezó a sonar una alarma, retumbando contra las paredes del salón.

—¡Joder! —Harper se asustó y se acercó corriendo a la mesa del comedor, donde tenía su móvil. Cuando miró a Maddie, su cara estaba descompuesta.

—¿Qué es eso? —Se había acercado hasta su posición, pero al quitarle el teléfono de las manos, comprobó que no aparecía ningún mensaje, sino una campana moviéndose insistentemente.

—Problemas —contestó su amiga. Acto seguido, cogió su mano y tiró de ella para salir de la casa apresuradamente—. Vamos a tu casa, ¡rápido!

—Harper, ¿qué ocurre? —le gritó mientras se acercaban a su moto.

—No lo sé. Pero si suena así es que es algo grave. Nos reunimos todos en tu casa, venga.

Sin hacer más preguntas, se subió detrás de su amiga. Estaban a unos minutos andando, pero Harper parecía realmente preocupada, y ella empezaba a contagiarse de su agobio, imaginando qué les habría ocurrido esta vez a Jake o a Dylan. ¿Mandaron una alarma cuando dispararon a Dylan? ¿Sería esto peor?

Al llegar a su casa, ya estaban allí casi todos. Se encontraban delante del porche, apoyados en sus vehículos. Nadie decía una palabra. Pasaban la mirada de un lado a otro, intentando adivinar, como ella, qué había ocurrido.

Se relajó en parte cuando vio a Jake delante de la puerta, hablando con Colin. Al menos sabía que él estaba bien. Sin embargo, a juzgar por sus rostros, Harper se había quedado corta diciendo que era algo grave.

Fue a acercarse a ellos, pero su amiga la frenó cogiéndola de la mano.

—Espérate, *Di* —le dijo sin poder ocultar su cara de preocupación.

Se quedó quieta, como su amiga le había pedido, sin perder de vista a Jake. A la distancia a la que se encontraba no era capaz de escuchar nada de lo que decían, pero no cesaba en su intento.

Cuando terminaron su conversación, Colin regresó junto al resto de moteros y Jake se quedó sólo delante de la casa. Podía verlo preocupado, y cuando decidió acercarse a él, éste le lanzó una mirada que le heló la sangre. Algo iba muy mal.

Se detuvo en su sitio. Luego la mirada de Jake abandonó su rostro y se dirigió al resto de los allí presentes.

En cuanto se puso frente a todos, se hizo el silencio de los pocos murmullos que se escuchaban. Maddie recorrió el espacio con su mirada, buscando a su hermano. No estaba por ninguna parte, y su corazón empezó a latir con fuerza a la vez que sus ojos seguían el movimiento de Jake.

Se preguntó si no iban a esperarlo, mientras trataba de ignorar lo que atemorizaba realmente a su corazón. ¿Se trataba de un motín? No se permitió pensar en otra posibilidad.

Observó a su alrededor. Todos estaban pendientes de Jake.

Y entonces habló.

—Se han llevado a Dylan.

Sus ojos la buscaron, pero ella había perdido el foco, luchando contra el vacío de su pecho y su corazón paralizado.

XXXII.
SECRETO

El tiempo se había detenido.

Maddie sabía que a su alrededor todo se movía, incluso su corazón, pero ella lo sentía bloqueado en su pecho desde el momento en que Jake había anunciado que su hermano había desaparecido. Que aquellos que habían estado intentando matarlo, se lo habían llevado.

Sus peores temores comenzaron a inundar su mente. Preguntas e imágenes que había evitado hasta entonces la ahogaban, sumiéndola en un vacío desolador.

Alguien cogió su mano, pero ella no sentía nada. Ni su tacto contra su cuerpo, ni la fuerza del agarre alrededor de sus dedos. Giró su cabeza. Ni siquiera pensaba en lo que estaba haciendo. Sus ojos no enfocaban a su amiga llamándola a su lado. No oía nada.

Estaba entrando en shock, y no sabía si quería salir de él. Salir significaba que su hermano había sido secuestrado. Que podría encontrarlo muerto en cualquier carretera.

La nada le parecía menos asfixiante que esos pensamientos.

Lo habían raptado. Eso significaba que seguía con vida. ¿Para qué? ¿Para torturarlo? ¿Estarían haciéndolo en ese momento? Golpeándolo hasta que sus huesos se hundieran en la tierra. Haciéndole gritar, machacando su piel hasta deshacerla a base de golpes.

No podía seguir pensando en ello. Sentía que moría por dentro. Quería haber podido ayudarle. Haber conseguido algo que les permitiese ganar, vencer a sus captores.

Pero no había conseguido nada.

De hacer algo, sólo podría gritar y llorar. Y no parecía suficiente para calmar su agonía. Así que no lo hizo.

Giró la cabeza sin contestar a lo que fuera que Harper estuviera diciendo, y miró al frente. Jake continuaba de pie, en el porche de la casa. La miraba con el ceño fruncido. No sabía si estaba enfadado con ella, o quizás con la situación.

A lo mejor había hecho algo estúpido que le hubiera molestado. Pero su cuerpo no respondía, y no podría haberlo hecho de haber querido.

La gente hablaba a su alrededor, pero ella apenas escuchaba un murmullo. Tenía los oídos embotados. Incluso la voz de Harper a su lado parecía un eco lejano.

Estaba segura de que su presión se había disparado a pesar de la calma que paralizaba su cuerpo.

Quizá la mirada de Jake portaba preocupación. Por ella, o por su hermano. Si era así, no la quería. No quería su pena. No quería su aflicción. Quería salvar a Dylan. Necesitaba salvarlo. Tenerlo de vuelta.

Debía volver en sí, centrarse, hacer algo útil por una vez.

Bajó la vista hasta su mano, sujeta aún por la de su amiga. Se centró en el agarre de Harper sobre ella, y en la otra mano que recorría su espalda de arriba a abajo en leves caricias incesantes. Si se concentraba, podría sentirlas en su piel.

Después de un gran esfuerzo y empeño, consiguió volver al presente, donde Jake contaba los detalles de lo ocurrido.

Dylan había salido tras un chivatazo de un coche avistado. Adam le acompañaba.

En cuanto nombró a ese motero, Maddie miró a su amiga. Era el chico por el que había estado deprimida unas noches atrás. Se preguntó si le habría visto un tatuaje de paloma en el cuerpo.

Harper lo sabría, pero en ese momento no fue capaz de abrir la boca para preguntar. Se estaba ahogando y necesitaba toda su concentración para permanecer delante del porche de su casa y no perderse en su cabeza.

Jake seguía explicando lo ocurrido. Había aparecido un coche de repente, el Megane azul. Maddie lo catalogó como el tercero de la lista que él le había dado.

Dylan había caído al suelo, Adam no. Alguien salió del coche y los forzó a subirse en él.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó uno de los chicos.

Jake se volvió hacia él.

—Colin los seguía.

—¿Cómo que los seguía? —preguntó otro. Maddie frunció el ceño ante aquellas preguntas. ¿Qué más daba eso? No obstante, el ambiente comenzaba a caldearse a pesar de la lluvia que ya caía sobre ellos. Algunos parecían mostrarse muy molestos ante esa información.

—Llevan intentando matar a Dylan demasiado tiempo. No iba a dejarlo ir sin más.

Maddie se fijó en él. Estaba muy cabreado, y, a pesar de ello, lo veía contenerse. No estaba segura del motivo. Quizá era algo que el puesto de jefe de la banda te obligaba a hacer: mantener la calma en todo momento.

Sintió como si alguien le diera un golpe en el estómago ante ese pensamiento. Se maldijo por pensar que Jake era el nuevo jefe. Dylan seguía vivo. Tenía que seguir vivo. Jake no era el nuevo jefe.

Buscó otro pensamiento que la ayudara a nublar el anterior. Jake había puesto a Colin a seguir a su hermano. ¿Lo hizo para protegerl o? ¿O para tenerlo vigilado, como opinaban los demás?

A su alrededor, la discusión continuaba.

—¿Sin más? Iba con Adam. No iba sólo —contestó alguien.

—¿Nos estás poniendo seguimiento? —preguntó un tercero sin intención de ocultar su cabreo.

Jake obvió la pregunta de éste último, pues la respuesta ya la sabían todos.

—Iba con Adam, sí. Y mirad cómo ha acabado. No sabríamos que se lo han llevado si Colin no los hubiera seguido.

Los moteros parecían enfadarse más y más. Los murmullos iban subiendo de volumen, al igual que las palabrotas y los desaires en sus movimientos.

Entonces Harper liberó la mano de Maddie y se movió al lado de Jake, delante de todos.

—¡¿A quién coño le importa eso?! ¡Se han llevado a Adam y a Dylan! —preguntó a voces haciendo que todos guardaran silencio. Luego se giró hacia Jake—. ¿Qué vamos a hacer?

Tras observarla durante un momento, éste retomó el mando de la reunión.

—Lo único que podemos hacer, buscarlos. Hablad con vuestros contactos, con todo el mundo. Iban en un Megane azul claro. La última vez que los han visto fue en la carretera antigua, camino a Celtos. Pero pueden haber vuelto. Id en pareja. Si veis algo raro escribís al grupo.

Todos parecían conformes con sus instrucciones. Salvo Maddie. Ninguna de sus salidas anteriores habían dado su fruto. ¿Por qué iba a darlo esa vez? Necesitaban hacer algo más, pero no sabía el qué.

Mientras se devanaba los sesos, Jake estaba nombrando parejas y asignándoles una zona. Estos partían en cuanto recibían sus instrucciones.

Las últimas tres parejas las formaban los más antiguos en la banda, como Colin y Fred. Habló con todos ellos en voz baja. Cuando terminó, asintieron y salieron rápidamente con sus motos.

Una vez sus siluetas desaparecieron en la carretera, Jake se acercó a donde estaban Harper y Maddie. Se dirigió primero a su amiga.

—Harper, tú quédate aquí. Seguramente vengan Sophie y las demás. Os necesito aquí por si pasa algo. En principio no hace falta que llamemos al médico, pero mantén el móvil encendido.

—No te preocupes. Sé cual es mi trabajo.

—Espero que no tengas trabajo hoy —suspiró Jake mientras pasaba la mano por su cabeza. Cuando Maddie elevó su mirada hacia él, vio la preocupación arrugando su rostro.

Se centró en su amiga cuando ésta le apretó la mano levemente, antes de salir caminando hacia su casa.

Luego se giró hacia Jake, que llevaba un rato observándola. No había dicho nada aún, y ella no le dejó que hablara.

—Yo no pienso quedarme aquí —dijo enfadada. Si su idea era imponerle esa tarea, pensaba desobedecer, por muy jefe de la banda que se sintiera en ese momento. Nada iba a hacer que se quedase en casa. Ni siquiera su promesa de no hacer nada estúpido.

Él respiró hondo antes de contestar.

—Tú vienes conmigo —le dijo, y echó a andar hacia su moto. Maddie tardó un momento en procesar que realmente le permitía acompañarle en una misión.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras lo alcanzaba dando una pequeña carrera.

—A buscar a tu hermano. —Era la respuesta obvia, pero no había contestado con condescendencia.

—¿Sabes dónde está?

Habían llegado hasta la moto, pero Jake se paró antes de montar, al escuchar su pregunta. Se giró y se acercó a Maddie.

Cogió su cara entre sus manos, y ella pudo sentir cómo sus dedos se movían para esconderse bajo su pelo, dejando un reguero de cosquilleos en su piel. Sus ojos no dejaban de estudiarla, y pudo ver su cara afligida, aunque no entendía bien su gesto. Parecía mirarla como si se despidiera de ella. Sin embargo, ya le había dicho que iban a ir juntos.

Antes de que ninguno pudiera decir nada, él se agachó a darle un beso. Posó sus labios sobre su boca por un momento, y luego cogió su labio inferior entre los suyos. Maddie sintió una descarga recorriendo su cuerpo, bajando por su columna vertebral, y dispersándose por sus extremidades.

A pesar de que quería devolverle el beso y perderse en él, solamente pudo recibirlo. Estaba demasiado nerviosa por la situación como para actuar de forma adecuada.

—Vamos —dijo él ya sobre la moto, esperando a que Maddie montase detrás.

Arrancó en cuanto sus brazos le rodearon la cintura.

Mientras cruzaban las calles de Plantío, ella iba girando la cabeza en busca del coche que

había hecho desaparecer a su hermano, sin ningún resultado. Iban demasiado rápido para apenas ver nada, y la lluvia complicaba la tarea aún más.

Pensó que quizá esa no era la zona que se había asignado para buscar a Dylan. A la velocidad a la que iban, no podrían encontrar nada.

Seguían cruzando el pueblo cuando recordó que no había terminado su conversación con Harper sobre los tatuajes. Tampoco le había preguntado sobre Adam. Y luego se le ocurrió que, aparte de su amiga, también Brian podría saber todas las personas que se habían hecho ese diseño.

Apretó su agarre alrededor del torso de Jake cuando se dio cuenta de que esa misma idea ya la había tenido él. La noche que habían pasado en su estudio, él h abía preguntado al tatuador sobre ese dibujo. En su momento pensó que se lo había visto a Tanner y que únicamente quería meterse con ella. Ahora veía que estaba siguiendo las mismas pistas, sólo que con bastante tiempo de antelación.

Entonces, un recuerdo de aquella noche hizo saltar su corazón. Sus manos comenzaron a temblar mientras deshacía el abrazo alrededor de Jake.

Él giró la cabeza, pero no alcanzaba a verla.

Se sujetó a su camiseta por detrás, y pudo notar la pistola que tenía medio escondida en el pantalón.

Su respiración empezaba a acelerarse y su pecho a moverse abruptamente por el esfuerzo de continuar respirando.

Aún no sabía con seguridad a dónde iban, pero conocía el camino. La casa abandonada aparecería en cualquier momento en el horizonte, y Maddie sintió el miedo recorriendo su cuerpo. Sabía que cuanto más miedo tenía, más quieta debía mantener se. Sólo que, en ese momento, no podía permanecer quieta. Tenía que moverse, como si el temor no atenazara su cuerpo.

Soltó la camiseta de Jake y cogió su pistola de un movimiento . Luego lo empujó hacia un lado, consiguiendo que los dos cayeran de la moto y ésta saliera disparada hacia delante, perdiéndose en el bosque de eucaliptos que bordeaba la carretera.

Habían echado a rodar, y se alegró de haberse puesto su chaqueta aquella tarde. Sin embargo, no pudo evitar la calzada raspando su cuerpo y quemando su piel en distintos puntos.

—¡Madison! —Jake se había levantado antes que ella e iba corriendo hacia donde se encontraba.

Se levantó con rapidez, haciendo caso omiso del dolor que hundía su cuerpo contra el suelo. Tan pronto como hubo puesto los dos pies en firme, alzó sus brazos, apuntando a Jake con la pistola que le había arrebatado.

El paró sus pasos de inmediato, y su cara de preocupación cambió por un ceño fruncido por la confusión.

—¿Qué coño haces? —le gritó.

Ella aún tardó un momento en hablar, mientras recuperaba el aliento.

—¿Qué…? ¿Qué has hecho con mi hermano? —preguntó al fin.

—¿Qué? ¡Madison! —la llamó, pero ella no podía escuchar su nombre en su boca. Le dolía demasiado.

—¡Callate! —gritó nerviosa.

Vio cómo él daba dos pasos hacia su posición y ella mantuvo la distancia entre los dos dando otros tantos pasos hacia atrás.

—¡No te acerques a mi! —le avisó.

Pero Jake no se detuvo, y tampoco el enfado que contraía su cara.

—¡Baja el arma! ¡No sabes manejarla!

—¡Deja de acercarte, Jake! ¡Sé apretar un gatillo!

Fue entonces cuando él dejó de moverse, aunque había conseguido acercarse algo más.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Qué has hecho con él? —volvió a preguntar.

Él la miraba confundido.

—¿Por qué piensas que yo tengo algo que ver?

Las manos de Maddie temblaban. Podía verlas moviéndose frente a ella, aunque hacía el esfuerzo de mantenerse firme.

—He visto tu tatuaje. Debajo del león. Lo vi en el estudio de Brian. Tú… Tú también tienes la paloma con el hueso —dijo recordando aquel dibujo en su piel, bajo la pelambrera del felino.

Observó como Jake alzaba su brazo izquierdo, el que contenía los dibujos de su hermano; donde ella había visto ese tatuaje escondido. Luego se rio suavemente mientras se acercaba más a ella.

—¡Para, Jake! —le pidió, y aunque él obedeció nuevamente, no retrocedió los pasos que había recortado hasta ella.

Maddie siguió hablando.

—No lo niegues, conozco los tatuajes. Pude verlo aunque te hubieras dibujado otro encima.

Esperaba estar equivocada. Habérselo imaginado todo. Deseaba que él se defendiera, que le dijera que estaba confundida, o loca.

Sin embargo, lo que ella quería estaba lejos de la realidad.

—No lo niego —aceptó Jake.

Esas tres palabras hicieron que el corazón de Maddie chocara duramente contra su pecho. Él era el topo. Él era quien había intentado matar a su hermano.

Sentía sus piernas fallar y su energía desaparecer, rindiéndose a su único deseo de caer, hundirse en el suelo y dejar a su corazón morir en la desolación.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó él, pisando los últimos trozos de corazón roto que Maddie había dejado olvidados.

Esa conversación no podía ser real. La presión que aplastaba su pecho apenas dejaba pasar el aire a sus pulmones.

—Tanner… tenía uno. Y tú… preguntaste por él a Brian...

No podía perder tiempo en eso. Tenía que centrarse en salvar a Dylan. Alzó el arma, que había ido cayendo en altura junto con su fuerza.

—Quiero… Quiero que sueltes a mi hermano.

Jake se rio frente a ella mostrando la sonrisa ladeada que tanto gustaba a Maddie. En ese momento le dolía verla frente a ella.

—No lo tengo yo —confesó tranquilamente.

—¡Eres uno de ellos! —gritó nerviosa. —Haz que lo liberen o si no… —le amenazó sin nada en concreto.

Él dio los dos últimos pasos que los separaban. La pistola que Maddie tenía entre sus manos descansaba en ese momento sobre el pecho de Jake. Le costó demasiado no apartar sus manos por el miedo a dispararle.

—¿Vas a dispararme, Madison? —preguntó en un susurro. Apenas podía escucharle con el ruido de la lluvia chocando contra las plantas y la calzada. Pero la reacción de su piel poniéndose de gallina era suficiente aviso.

—¡No me llames así! —le gritó. Cada vez que decía su nombre se hundía más el agujero que sentía en su estómago.

Entonces una sonrisa cubrió la cara de Jake. Aquella que anunciaba complicaciones.

—Se me acaban los nombres contigo —su sonrisa se ensanchó aún más—. Además, ya habíamos quedado en que me gustaba llamarte así, ¿recuerdas?

Sí, lo recordaba. Recordaba cómo la había engañado, haciéndole creer que la deseaba de verdad. Al igual que había hecho Tanner aquel verano.

—Si hubieras prestado atención la otra noche, sabrías que, para que funcione tu amenaza, deberías quitar el seguro —susurró frente a ella, devolviéndola al momento.

Se echó hacia atrás mirando el arma, y en un momento ésta desapareció de sus manos, volviendo a ser sujetada por Jake.

En lugar de tratar de recuperarla, salió corriendo por la carretera.

Fue capaz de dar cinco pasos antes de que él la cogiera por la muñeca y la empujase de nuevo hacia él.

Luchó contra su agarre sin mucho éxito.

—¡Suéltame! —le gritó mientras lo empujaba. Pero sus dedos no se aflojaban.

—No puedo hacer eso —dijo él.

—¡Suéltame, cabrón! —seguía gritando. Él cogió su otra mano, impidiendo aún más sus movimientos. Entonces intentó darle un rodillazo en la entrepierna, pero él se giró en el momento oportuno, esquivando el golpe. Cuando le devolvió la mirada, pudo ver la rabia haciéndose con sus facciones.

No le importaba. Ella también estaba cabreada.

Con un rápido gesto, la hizo girar, de manera que la espalda de ella quedaba apoyada en su pecho, quedando inmovilizado todo su cuerpo. Pero no dejó de intentar escabullirse. Se movía de lado a lado, a pesar de que sus brazos la rodeaban con fuerza. Había deseado ese abrazo demasiado tiempo, pero no podía perderse en él en aquel momento.

En una de esas maniobras, consiguió rodear una de las piernas de Jake con la suya y, empujándola, le hizo perder el equilibrio.

Ambos cayeron al suelo, él quedando encima de ella, haciéndole imposible moverse bajo su peso.

Jake había liberado uno de sus brazos para frenarlos en su caída, y mientras se recomponía, ella trató de reptar por el suelo. Pudo avanzar unos centímetros antes de que Jake la hiciera girar de cara a él, quedando de nuevo aplastada por su cuerpo.

Su rostro, demasiado cerca del suyo, enmarcado por la lluvia y la oscuridad de la tarde, le parecía demasiado atractivo. Y no podía permitirse pensar en ello.

Él la miraba molesto mientras estudiaba su cara. No sabía si iba a decir algo, y no esperó a que lo hiciera.

—¿Cuál es tu plan? ¿Matarnos a los dos juntos? ¿Quedarte con la banda? —Siguió con su intento de zafarse de él, pero si bien sus brazos a ambos lados no la aprisionaban , su cuerpo sobre ella sí lo hacía.

Lo peor era que dificultaba su respiración, pero no estaba segura de que todo tuviera que ver con el peso que tenía que aguantar.

Cuando abrió la boca para evitar el ahogo, se fijó en la sonrisa que empezaba a curvar los labios de Jake.

—¡Que te jodan! —le gritó, y acto seguido lanzó su cabeza con fuerza contra la cara de él.

El dolor que empezó a palpitar en su frente le hizo comprender que no había sido una gran decisión.

Sintió la mano de Jake rodeando su cuello y haciéndola parar en su movimiento. Cuando abrió los ojos y vio los suyos, escuchó su gruñido. Pudo sentirlo reverberando en su pecho, apoyado sobre el de ella.

—¿Quieres parar? ¡Te vas a hacer daño! —rugió.

—¡Como si te importara! —le gritó mientras seguía intentando empujarl o. No se movía ni un centímetro, y no se le ocurría qué más hacer para salir de allí. Tenían que levantarse—. Si cae Dylan tu eres el segundo, ¿no? ¿Era tu plan desde el principio? ¿O sólo quieres acabar con la banda? —Entonces movió uno de sus brazos libres para darle un puñetazo en la cara.

Habría gritado de dolor si hubiera tenido más aire en sus pulmones.

La rabia que emanaba de Jake empezaba a ser palpable. A pesar del miedo que sabía que daba su sola presencia, ella nunca lo había temido. Aunque fuera salvaje, siempre se había sentido segura junto a él.

Ahora sabía que todo era una mentira, y no sabía las consecuencias reales que podría tener cabrearl o una vez destapado su engaño.

Él cogió sus manos antes de que pudiera intentar pegarle de nuevo y las sujetó por encima de su cabeza. Un nuevo gruñido hizo entender a Maddie que no había sido buena idea pegarle.

Cuando alzó su mirada a los ojos dorados de Jake, éstos recorrieron lentamente su rostro, deteniéndose en sus labios.

El deseo que recorría su cuerpo cada vez que lo veía concentrado en su boca no había desaparecido a pesar de la situación. La lluvia sobre ellos no hacía descender el calor que la envolvía estando tan cerca de él.

Echó la cabeza hacia atrás, maldiciéndose por anhelar tanto su boca. No podía desearlo. Iba a matar a su hermano. Posiblemente a ella también. Y había conseguido engañarla hasta tal punto que no podía controlar lo que sentía cerca de él, incluso sabiendo que había estado mintiendo desde el principio.

Vio cómo se acercaba a sus labios, su cabeza descendiendo hacia ella. Tenía que apartarse, pero no lo hacía. Tenía que querer hacerlo . No lo hacía.

Solo podía pensar en su boca buscando la suya. En el hormigueo recorriendo su cuerpo hasta sus piernas. Subiendo de nuevo a su pecho y sus manos.

Ya pensaba que no podía aguantar más la expectación, cuando los ojos de Jake volvieron a buscarla y ella respiró a duras penas. Sin dejar de mirarla, sacó algo de su bolsillo y luego se concentró en sus manos, sobre su cabeza.

Ella apenas podía enfocarse en su respiración. Los labios de él quedaban demasiado cerca, y empezaba a marearse.

Cuando él volvió a ella, su sonrisa se había transformado en una línea fina.

—Sabes demasiado, Madison —la acusó molesto.

Luego se levantó, y tiró de sus manos para hacerla levantar también. Había rodeado sus muñecas con una brida de plástico, limitando su movimiento. Trató de liberarse, pero lo único que consiguió fue que el plástico se hundiera en su piel, haciéndole daño.

Jake empezó a caminar tirando de ella en dirección a la casa abandonada, y ella no detuvo

sus intentos de escapar, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad de conseguirlo. Pero rendirse era una opción peor.

Después de un rato en el que apenas pudieron avanzar por los intentos inútiles de Maddie de huir, Jake la hizo parar sujetando la brida que rodeaba sus manos.

—Joder, ¿quieres parar de una vez? No voy a dejar que te vayas —dijo exasperado.

Ella tiró de sus manos, intentando liberarse con el mismo resultado que las veces anteriores.

—Pues yo no te lo voy a poner fácil. ¡Te odio! —le espetó.

Esa última frase hizo sonreír a Jake, y se arrepintió al momento de haberla dicho.

—Vamos, los dos sabemos que no me odias —dijo, y luego acercó su cara mientras susurraba—. No lo parecía hace un momento, cuando estabas esperando a que te besara.

Maddie aguantó la respiración esperando no reaccionar a su provocación. Pero lo cierto era que tenía razón. No lo odiaba tanto como a sí misma por desearlo.

Escuchó su risa frente a ella, devolviéndola a la realidad. Luego Jake se agachó y la cogió en brazos, cargándola sobre su hombro.

—Eres un gilipollas —susurró. Sabía que le había oído porque notó su cuerpo vibrando por su risa bajo ella.

No volvieron a decir nada, y Maddie se mantuvo quieta mientras cargaba con ella.

Sólo él habló cuando pasaron por delante de su moto, tirada bajo el árbol contra el que había chocado, y al que no había sobrevivido.

—Por cierto, me debes una moto —le dijo.

XXXIII.
MENTIRA

Tardaron unos minutos en llegar a la casa abandonada. Maddie se preguntaba por qué se dirigían hacia allí. Ella ya había entrado, y no había visto nada ni a nadie. Aquella casa estaba realmente abandonada.

En cuanto se aproximaron a la entrada, Jake la bajó de su hombro. Para su propia sorpresa, no intentó correr. La curiosidad podía con ella. Aún así, la sujetaba del brazo, por si acaso.

—Mantente callada —le advirtió.

—¡Que te jodan! —respondió tan cabreada como pudo.

Entonces él la acercó de un tirón, dejando sus caras a centímetros de distancia, y le gruñó.

—¡Hablo en serio! Aquí no todos tienen mi paciencia .

¿Todos? La casa estaba vacía.

Sin soltarla, dio tres golpes en la puerta con la otra mano, y ambos esperaron en silencio.

Al cabo de unos segundos, pudieron oír el ruido de varias cerraduras. Alguien estaba abriendo. Maddie dio un paso atrás, pero apenas pudo separarse, retenida por Jake.

Finalmente la puerta se abrió y apareció un hombre tras ella. Portaba un arma que poco tenía que ver con la pistola que le había arrebatado a Jake en la carretera. Era un fusil, mucho más grande. Descansaba sobre sus manos mientras los apuntaba con ella.

Cuando vio a Jake, bajó el arma.

—No me jodas —susurró para sí mismo. Luego abrió más la puerta, pero Jake aún no se movió.

—Dile a Taube que traigo un regalo —empujó levemente a Maddie delante de él para que aquel hombre la viera.

Éste se apartó, dejándolos pasar. Al cruzar el umbral, entraron en una habitación amplia con distintos sofás y sillones, aún cubiertos con sábanas. En ellos había varios hombres sentados, todos con sus armas en la mano, o lo suficientemente cerca como para cogerlas si fuera necesario.

—No… No lo entiendo. No había nadie —dijo Maddie con un hilo de voz.

Jake había estudiado la habitación rápidamente, y luego no había perdido de vista a Maddie.

—Por suerte, justo cuando viniste, no.

Apareció otro hombre igualmente armado con un fusil colgado del hombro.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Se dirigía a Jake, que lo miraba con la misma cara de pocos amigos.

—Arreglar vuestra mierda. Como siempre, Soren —le sonrió con malicia. Usó la misma sonrisa que solía dedicarle a ella cuando pretendía molestarla—. Dile a Taube que quiero verlo —le pidió.

Por más que intentaba recordar, a Maddie no le sonaba de nada ese nombre.

—Xavier está ocupado. Con el hermano… —Sonrió a Maddie cuando terminó la frase.

Se le revolvió el estómago al instante.

—¿Dylan? —La voz le tembló. Miró a su alrededor, pero no veía rastro de él por ninguna parte. Sólo más hombres armados que la observaban desde sus asientos.

—Sí, guapita —le contestó Soren. Levantó la mano para tocarle la cara, pero Jake le agarró la muñeca antes de que pudiera hacerlo. Su expresión denotaba furia. Estaba claro que ese hombre no le gustaba en absoluto.

—No tengo todo el día. Ve a por él —le instó. Luego soltó su mano con desdén.

El hombre lo miró desafiante, pero no dijo nada. Después, observó a Maddie con una sonrisa, como si algo le pareciera divertido, y se esfumó por el mismo lugar por el que había llegado.

Permanecieron allí de pie, esperando varios minutos hasta que otro hombre apareció por el pasillo. Supuso que aquel sería Taube, al notar cómo Jake se erguía a su lado al verlo.

Llevaba unos pantalones de vestir gris claro y una camisa blanca remangada hasta el codo, dejando al descubierto unos brazos musculados . No era tan alto como Jake, pero su complexión era similar. Su piel era oscura, como la de los surferos, fruto de demasiado sol o de autobronceador.

Iba limpiándose con una toalla que anteriormente habría sido blanca. En ese momento parecía roja, cubierta de la sangre que limpiaba de sus brazos. No tenía tatuajes sobre ellos, pero sí alguno que le subía por el cuello.

Cuando el hombre alzó la vista y los vio frente a él, su cara se iluminó. Sin embargo, a pesar de su sonrisa, no dejaba de insuflar miedo.

Maddie se movió hacia atrás chocando contra el pecho de Jake, que la sujetaba por la cintura.

Notó cómo apartaba su mano enseguida, y se maldijo porque eso le afectara. Era él quien la había llevado hasta allí. No iba a salvarla, ni a protegerla. Si había llegado hasta la boca del lobo era por él. Y parecía que ese lobo quería comer.

Sin decir nada, les hizo una seña con la cabeza para que lo acompañaran, y lo siguieron hasta una habitación contigua. No había nadie allí. Tan solo unos sofás, y un extenso bar a un lado de la habitación. Al fondo se erigía una larga ventana con cortinas blancas y delante de ella unos muebles tapados con sábanas.

—Reconozco que no creía a Soren cuando me ha dicho que estabas aquí. Al parecer el hijo pródigo ha vuelto —dijo Taube. Seguía limpiándose las manos, aún teñidas de rojo.

—Vas a dejarte los nudillos para nada —le avisó Jake.

Él se rio levemente mientras seguía concentrado en su tarea.

—Oh, no te preocupes, no es mía. —Luego observó a Maddie de arriba a abajo con su sonrisa intacta mientras ella temblaba. La sangre era de Dylan. El corazón le dio un vuelco mientras llegaba a esa conclusión.

Tenía un nudo en la garganta y su respiración no dejaba de acelerarse. Le parecía estar dentro de una pesadilla de la que no podía escapar. Mientras tanto, la conversación seguía a su alrededor.

—No va a hablar.

Taube se rio, y a Maddie se le pusieron los pelos de punta.

—Apuesto a que tú tienes un plan mejor. —Le dirigió una mirada de curiosidad.

Él asintió, y luego empujó suavemente a Maddie, acercándola a él.

—Su hermana —dijo, como si eso pudiera explicar todo.

Al parecer, lo hizo, pues el hombre que tenía enfrente curvó sus labios en una sonrisa. Sin embargo, lejos de parecer amigable, Maddie sintió náuseas al ver su mueca. Era más bien peligroso. Pero no del tipo de peligro que Jake le había inspirado siempre. Era algo peor. No era salvaje, sino sibilino.

—Ya veo —dijo mirándola de arriba a abajo otra vez; esa vez tomándose su tiempo en hacerlo mientras Maddie se iba incomodando a cada segundo—. ¿Este es tu regalo? —preguntó finalmente.

Maddie vio cómo Jake asentía a su lado sin decir ni una palabra. Podía imaginar su cuerpo a punto de temblar por la rabia. Se preguntó si el hombre que tenían delante también lo estaría notando. Se preguntó también el motivo de su rabia.

Aquel hombre, sin embargo, parecía divertirse con su propio chiste cuando se rio. Lanzó la toalla a un lado de la puerta y se acercó a ella.

—¿Así que tú vas a ayudarme, preciosa? No nos han presentado. Soy Taube, el asesino de tu hermano —se presentó.

Maddie se alejó de él, chocando de nuevo contra Jake, que seguía detrás de ella. Las piernas le fallaron, y notó cómo él la sujetaba por la cintura para evitar que cayera. Su corazón chocaba furioso contra su pecho a un ritmo indeterminado. Era como si se hubiera descontrolado y no supiera que tenía que seguir bombeando sangre a todo su cuerpo.

Su hermano estaba muerto, y, sin embargo, no podía creerlo. De ser así lo habría sabido, como esas conexiones entre gemelos. No podía ser. Había venido a salvarle. No podía haber fallado antes de intentarlo.

La falta de aire estaba asfixiándola al tiempo que Jake apretaba sus dedos contra su cintura y Taube se reía frente a ella.

—Tranquila, preciosa —le dijo éste último—. Aún no ha ocurrido.

Entonces lo miró aterrada. No entendía nada de lo que estaba diciendo. Jake seguía apretando sus manos contra ella hasta que pudo recuperar el equilibrio. Luego las apartó.

—No pongas esa cara —siguió Taube—. Después de todo este tiempo, pensaba que ya lo imaginabas, ¿no? En algún momento tiene que ocurrir. Únicamente necesito que comparta algunas cosas conmigo antes de dejarle descansar. Ya sabes…

El nudo en su garganta se estrechó hasta el punto de ahogarla. ¿Aún no estaba muerto? Pero lo estaría si no hacía nada. Tenía enfrente al hombre que había intentado matar a su hermano, y que casi lo había conseguido en más de una ocasión. Miró a Jake asustada, pero éste no le devolvía la mirada. Seguía concentrado en Taube, quien empezó a reírse como un loco de repente.

—Vaya Jake, la has hecho buena, ¿eh? Mírala. —Le cogió la cara por las mejillas con fuerza, esperando a que Jake bajara sus ojos hasta ella. Lo hizo, con su ya habitual gesto de enfado. Se dio cuenta de cómo la había engañado todo el tiempo atrás. No había nada de ese deseo que le había demostrado unas horas antes. No había nada. Sus ojos dorados la miraban como quien mira a un insecto que se mueve por el suelo.

Taube continuó riendo.

—Te sigue mirando toda enamorada. Como si fueras a salvarla. —La soltó y se alejó de ellos riendo—. ¿No le has contado como casi matas a su hermano tú mismo, en tu primera semana con nosotros? ¿O el propósito en tu vida? Por lo que decidiste renunciar a todo.

Jake continuaba mirándola impasible, y sólo cuando empezó a notar el dolor de sus ojos

reprimiendo las lágrimas, ella apartó la vista. Cada palabra de Taube la atravesaba como una daga en el pecho y el estómago.

—Ya veo… bueno. ¿Quieres una copa, Jake? —le ofreció, como si no acabara de devastar a Maddie por diversión.

Él no contestó. Aún la contemplaba, observando cómo lágrimas silenciosas caían por sus mejillas.

—Muy bien. Para mi entonces. —Se sirvió una copa del bar que había dispuesto en uno de los laterales de la estancia—. A ver, en realidad ya sé que partiéndole la cara no voy a conseguir mucho, pero uno tiene que divertirse, ¿no? Es muy duro tu hermano —se dirigió en ese momento a Maddie, pero ella no le devolvió la mirada.

Había decidido concentrarse en sus manos, que temblaban unidas por la brida de plástico que Jake le había puesto alrededor.

—Pero es cierto que me estoy dejando los nudillos. Os agradezco que me obliguéis a tomarme este respiro, chicos —continuó Taube antes de beber de su copa.

Se hizo el silencio en la habitación. Jake apenas había hablado, y ella no tenía nada que decir. Sólo quería ver a su hermano. Aunque fuera una última vez, aunque no tuviera forma de salir de allí.

—Bueno, dime: ¿por qué has vuelto ahora, Jake? Hace meses que espero noticias tuyas —preguntó Taube con tono serio.

Ella escuchaba en silencio mientras cada palabra parecía hundirla aún más en su desesperación. Si Jake no siguiera sujetándola junto a él, habría caído al suelo tiempo atrás. Aún así, él parecía no percatarse de su presencia, o del pobre estado de sus nervios. Si lo hacía, parecía no importarle.

—En realidad, llevas meses jodiéndome y haciéndome jugar a polis con Dylan y sus amigos. Si me hubieras dejado, como te dije, te habría traído toda la información mucho antes. Lo único que has hecho es conseguir que él desconfíe más.

Taube se rio, poniendo los pelos de punta a Maddie con aquel sonido.

—Soy un poco impaciente. Culpa mía. —Volvió a reírse y se acercó a ellos—. Aunque esperaba que estar al borde de la muerte le hiciera darle la información a su segundo. A ti. —Se quedó escudriñando a Jake, como si pudiera encontrar la respuesta que buscaba mirándole .

Se dio por vencido cuando no descubrió nada, y sonrió antes de beber de su vaso.

—Pero eso no contesta mi pregunta, Jake. ¿Por qué has vuelto *ahora* ? —puso especial énfasis en la última palabra.

—Me has dado la oportunidad de acabar con esto de una vez. Pero va a necesitar un pequeño empujón.

—Así que crees que la chica hablará. Tanner también lo creía.

Alzó la cabeza como un resorte en cuanto escuchó aquel nombre. Eso hizo sonreír a Taube.

—Sí, el surfero del que te enamoraste, preciosa. Me han dicho que andas un poco desesperada por encontrar el amor. Caes fácilmente, ¿no? —Se rio antes de dar otro trago—. ¿Crees que también podrías enamorarte de mí? —Pasó su mano por su mejilla, y ella se apartó con brusquedad.

—Ella no sabe nada —le informó Jake secamente.

—¿Entonces?

—Hará que él hable.

Taube se rio de nuevo. Cada vez que escuchaba su risa, Maddie sentía náuseas.

—Claro —contestó animado.

—¿Está abajo? —preguntó Jake, y Taube asintió.

Movió a Maddie frente a él para que comenzase a andar, pero se paró antes de cruzar la puerta.

—¿Cuánto tiempo lleva Adam con nosotros? —preguntó.

Con nosotros. Maddie notó cómo su estómago se encogía al igual que si le hubieran dado un puñetazo. No se dobló sobre sí misma porque él continuaba sujetándola.

Taube se rio.

—¿Cuándo lo descubriste? —preguntó a su vez curioso.

—Sospechaba hace semanas. Lo confirmé esta tarde. No es que seáis muy sutiles. Aunque se ha escondido bien —concedió.

Eso hizo sonreír a Taube.

—Ha aprendido del mejor, claro. Lleva cuatro meses. —Levantó la copa hacia él a modo de despedida.

Jake no contestó y se dirigió a la entrada de la habitación con Maddie, donde esperaba Soren. Pero Taube quiso dejar claro algo, antes de que se marcharan.

—Recuerda, Jake: quiero todo. Sólo entonces te daré al asesino de tu hermano.

Maddie abrió los ojos al mismo tiempo que Jake apretaba el agarre alrededor de su brazo.

—¿Por eso lo haces? ¿Por tu hermano? ¡Jake! Por favor…

Las palabras se quedaron en el aire cuando la mano de Soren abofeteó su cara.

—Hablarás cuando te digamos, zorra.

Volvió a mirar al frente, sosteniendo las manos contra su mejilla, para ver que Jake agarraba a aquel hombre por la pechera y descargaba tres brutales puñetazos en su cara. Éste había perdido el conocimiento con el primer golpe, y sólo se mantenía en pie porque Jake seguía sujetándolo. Después lo soltó , dejando que cayera al suelo.

—No me gusta que toquen mis cosas —dijo aún de espaldas a Taube, con una furia desmedida tiñendo sus palabras.

Éste se rio, pero no contestó.

Luego Jake cogió a Maddie y la empujó fuera de la habitación.

Caminaron por la casa, cruzándose con más hombres igual de armados que los primeros. Todos miraban con curiosidad, pero nadie decía nada. El aura de furia que Jake desprendía era suficiente para hacerles callar.

Llegaron a un descansillo con una puerta de madera. Allí, dos hombres se levantaron al verlos aparecer, pero no se acercaron, igual de intimidados que el resto. Jake abrió la puerta y juntos bajaron las escaleras de madera que había tras ella.

Al llegar a los dos últimos escalones, Maddie pudo ver el patio de piedra que ya conocía. Se veía tan verde como se lo había imaginado la última vez que estuvo allí, aunque en ese momento no estaba vacío. Reconoció los seis coches de su lista, y alguno más. Cruzaron el espacio mientras la lluvia caía sobre ellos. Normalmente ésta solía relajarla, pero sus manos no habían dejado de temblar desde que entró en aquella casa.

De pronto, un grito cruzó el aire. Los latidos de su corazón perdieron el control mientras intentaba echar a correr hacia su hermano sin conseguirlo. Jake la sujetaba con fuerza junto a él.

—Estate quieta —le siseó entre dientes.

Avanzaron caminando hasta el final del patio en silencio, aunque ella deseaba soltarle

algún improperio. Pero las palabras se quedaban atascadas en su garganta mientras los alaridos de su hermano embotaban sus oídos.

Vio la puerta que daba al exterior de la casa y luego giraron a la habitación que ya conocía, por la que se había colado días atrás. En ese momento, tampoco estaba vacía.

En el centro de la estancia encontraron una figura de espaldas. Se movía con insistencia, descargando puñetazos sobre alguien que permanecía frente a él. Cuando se apartó, pudo ver a su hermano atado a una silla, demasiado ensangrentado para ser fácilmente reconocido.

—¡Dylan! —gritó Maddie, luchando contra la mano de Jake que le impedía acercarse.

El hombre delante de él sonrió al verla, y luego volvió a concentrarse en su hermano, dándole más puñetazos y sin dejarle apenas tiempo para recuperar el aire entre uno y otro.

—¡Para! ¡Para! ¡Por favor! —gritó ella. Casi no podía ver nada, con las lágrimas emborronando su visión en un instante. Necesitaba soltarse. Tiró aún más fuerte, pero Jake parecía enfadarse con cada uno de sus movimientos y la sujetaba con más fuerza.

—¿Maddie? —la llamó Dylan. Ella se había quedado paralizada al oír su voz. Parecía perdido, agotado. Entonces su hermano vio a Jake a su lado. Enseguida sacó toda la energía que aún quedaba renqueante en su cuerpo para luchar contra la silla que lo aprisionaba, sin resultado alguno—. ¡Tú! —comenzó a gritarle—. ¡Suéltala, hijo de puta! ¡No la toques!

Recibió un puñetazo del hombre que aún se encontraba frente a él, haciéndolo callar.

—Creo que no estás en condiciones de ordenar nada, *jefe* —dijo Jake, recreándose en la última palabra con sorna.

Ella había dejado de tirar y le suplicaba ayuda.

—Jake, por favor, por favor… —Las lágrimas seguían recorriendo su rostro.

Él la movió hasta un lateral de la habitación.

—Mantente callada —le repitió con furia. Luego limpió las lágrimas que se habían quedado en su mejilla, en ese momento enrojecida por el golpe que había recibido en el piso superior.

Giró su cabeza, pero no su cuerpo, que continuaba sujetando a Maddie.

—¡Eh! Tómate un respiro. Me toca a mí —dijo al hombre que seguía con Dylan.

Éste se irguió, feliz de tomarse un descanso.

—Lo quiere despierto —le advirtió.

—Eso no depende de mí, ¿no? —Jake mostró una sonrisa forzada consiguiendo que el otro hombre se riera a su vez.

—Cierra la puerta. Quiero un poco de intimidad con mi chica —dijo cogiendo la cara de Maddie por sus mejillas. Ella se revolvió sin poder soltarse de su agarre, mientras Dylan gritaba y el otro hombre salía de la habitación riendo.

En cuanto escuchó el sonido de la puerta cerrándose, soltó a Maddie.

—¡No la toques, cabrón! Te juro que voy a matarte. Como la toques… —gritó Dylan desde la silla, mientras trataba de liberarse. Pero Jake parecía ignorarl o. La contemplaba a ella, aún con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Lo miró extrañada. Seguía enfadado, pero su voz había perdido la furia que había mostrado unos segundos atrás.

En el centro de la habitación, su hermano seguía forcejeando contra las bridas que sujetaban sus muñecas y tobillos a la silla.

Jake le hizo girar la cabeza para que volviera a concentrarse en él.

—¡Madison! ¡Eh!

—¡Hijo de puta! ¡Apártate de ella! —seguían llegando los gritos de Dylan desde el centro de la habitación.

Cuando se fijó en sus manos, éstas estaban sobre las de Jake y seguían temblando, pero ya no estaban unidas por el plástico. Jake lo había cortado y acariciaba las marcas en sus muñecas.

Se separó rápidamente y le dio un puñetazo en la cara. Sintió sus huesos rompiéndose con el golpe, pero aún así, intentó darle una segunda vez. En esa ocasión, Jake fue más rápido y sujetó su mano antes de que alcanzara su destino. Gruñó a Maddie, enfadado.

Trató de sacar su mano del agarre de Jake, pero él no se lo permitió. En su lugar, la hizo girar sobre sí misma, apoyando su espalda en su pecho, y, sujetando sus manos, las cruzó, inmovilizándola como lo había hecho anteriormente en la carretera.

—¡Suéltame! —gritó ella sin dejar de moverse.

Pero su esfuerzo parecía inútil. Jake apoyó su cabeza en el hombro de ella, haciendo que se le pusiera la piel de gallina.

—Madison —susurró. Se había quedado quieta al escucharle. Su voz seguía teniendo el mismo efecto de siempre en ella. No podía dejar que la controlara así, y sin embargo, no pudo moverse. Tampoco es que él le hubiera dejado hacerlo, de haberlo intentado—. Pretendo ayudaros —siguió diciendo él.

Su hermano continuaba gritando desde la silla, y no estaba segura de que realmente hubiera escuchado esas palabras. Volvió su cabeza para mirarlo y encontró que sus cejas se relajaban adoptando un semblante más sereno.

—Estaría bien que dejaras de pegarme —le pidió con una sonrisa ladeada. Luego abrió sus manos, levantando lentamente los dedos de sus muñecas, y separando los brazos que la aprisionaban poco a poco.

Las pulsaciones de Maddie aumentaban sin control.

—Tú… No. —Empezaba a marearse. No era capaz de hablar mientras veía a Jake acercarse a la puerta y echar el cerrojo—. Ellos… te conocen… —dijo con un hilo de voz. No entendía nada. Taube le conocía bien. Había revelado quién era en realidad.

—Es una larga historia, pero ahora no tenemos tiempo. Taube no es muy paciente, que digamos —siguió hablando mientras cortaba las bridas que rodeaban las piernas y manos de Dylan. Éste se había quedado quieto mientras lo hacía, pero en cuanto se vio liberado, cogió a Jake de la camiseta y empezó a cargar contra él.

Lo empotró con dureza contra la pared de piedra mientras asestaba distintos puñetazos en su cara.

Jake pudo parar uno de ellos, sosteniendo la mano de Dylan en tensión, sin dejarle avanzar ni retroceder.

—He venido a por ti, ¡joder! —siseó cabreado entre sus dientes.

—¡Que te jodan, traidor! —le gritó. Liberó su puño y probó otra vez, pero Jake le frenó una vez más.

—Hay que sacarla de aquí —dijo, y sus ojos por un momento se posaron en Maddie, que observaba todo confundida.

—¡Cabrón! ¡Tú la has traído! —Dylan seguía gritando mientras soltaba la camiseta de Jake y con su mano libre le daba otro puñetazo en la tripa.

Jake le cogió del cuello, pero no lo atacó.

—¡Escúchame! No van a darme más de diez minutos. ¡Hay que sacarla ya!

La única contestación de Dylan fue otro puñetazo en el costado que hizo a Jake caer de rodillas.

—¡Hijo de puta! —le gritó mientras lo veía encogerse en el suelo.

Cuando Jake alzó la vista hasta Maddie, ella lo contemplaba preocupada, pero no se movió ni dijo nada. Estaba hecha un lío. Fue su hermano quien le cogió de la mano y le instó a moverse.

—Vamos. —La movió hasta la puerta de aquella habitación.

—¡Por ahí no! —exclamó Jake, aún recuperando el aliento.

—¡Que te jodan! —bramó Dylan.

—Joder, ¡¿quieres escucharme?! Aunque sólo sea porque conozco este sitio. ¡Si quieres sacarla de aquí y salvarla escúchame! —le suplicó aún desde el suelo.

Dylan paró sus pasos y después de mirar por un momento a su hermana, se giró hacia él.

Éste se levantó quejándose de su golpe. Maddie no se movió al verlo, pero no pudo evitar fruncir el ceño. No podía seguir preocupada por él. Por un traidor. Tenía que frenar aquellos pensamientos.

Él se había acercado a ella para cogerle la mano, y, aunque se había echado hacia atrás evitando su contacto, él no vaciló. La llevó hasta la ventana por la que se había deslizado dentro de esa misma habitación unos días atrás.

—Te colaste por aquí, ¿no? Cruza la carretera y métete en el río —le indicó mientras abría la ventana.

Dylan había preguntado de qué estaba hablando, pero ambos hicieron caso omiso a sus dudas.

—¿Y vosotros? —Maddie había entendido a la perfección que ella iría sola, pero no estaba por la labor.

—La ventana es pequeña. Lo sacaré por otro lado —le aseguró.

—No voy a irme sin vosotros.

—Estaremos bien si tú lo estás —dijo colocando su pelo detrás de su oreja y luego de su hombro. Cada gesto que tenía hacia ella le dolía. Se preguntó si recibir una puñalada se sentiría igual que sacar el cuchillo de la herida. A ella así se lo parecía.

—Jake, no —dijo sin saber muy bien por qué. No quería separarse de él, a pesar de todo. Miró a Dylan en busca de ayuda. No quería ir sola, ni dejarlos a su suerte. No quería salvarse mientras ellos se quedaban allí.

Pero su hermano nunca había atendido a sus deseos.

—Hazle caso y sal de aquí —fue todo lo que dijo.

Jake siguió dándole indicaciones, y ella tuvo que poner todo su empeño en concentrarse para entender lo que le decía.

—El río baja hasta la entrada del pueblo. Es el que cruza el puente de madera. Corre a tu escondite. —Cogió su brazo y pasó el pulgar por su tatuaje lentamente. Ella elevó la mirada para encontrar sus ojos dorados estudiándola, consiguiendo que su respiración se acelerase.

Luego él alzó su mano y la puso sobre su cuello. No debería querer su tacto. Era un traidor.

—Luego iremos a por ti —prometió, y ella solamente deseaba que cumpliera su palabra.

Sin embargo, no tuvo ocasión de decir nada. En seguida Jake se agachó ante ella y la cogió por las piernas, alzándola para que llegase hasta la ventana. Se agarró al alféizar y trepó para colar sus piernas por el hueco de la abertura. Luego se asomó para verlos desde arriba.

—No dejes de correr, Madison —le dijo.

Su corazón se rompía. Se estaba despidiendo. Siempre lo había notado en su voz cuando lo hacía. Aquel tono que tanto odiaba.

Por más que quería, no era capaz de decir nada. El miedo tenía bloqueada su garganta.

— *Di* —la llamó su hermano, instándola a marcharse.

Eso fue lo que hizo.

XXXIV.
SALIDA

Maddie corrió sin mirar atrás. Cruzó el camino que llevaba al exterior de la casa y el umbral de la entrada. La puerta de metal que un día cerraba el paso, seguía apoyada en el muro de piedra.

Atravesó la carretera y encontró el puente que cruzaba el río del que Jake le había hablado. Se alzaba medio metro sobre el riachuelo, y saltó en él para ocultar su rastro, como Jake le había dicho. Continuó corriendo en dirección al pueblo, a pesar de la dificultad que el agua le ponía.

El río apenas tenía tres metros de ancho, y su profundidad iba cambiando según la zona, aunque nunca la cubría más alto de sus rodillas.

Los pulmones le quemaban, pero no se atrevía a parar. Jake le había dicho que corriese, y sus palabras eran lo único que tenía en mente mientras lo hacía.

No estaba segura de dónde se encontraba, y sólo se ubicó cuando vislumbró por encima de ella una de las carreteras que daban a la recta de entrada del pueblo.

Veinte minutos más tarde, había cruzado Plantío y subía la ladera hasta su escondite. Cuando llegó, se tiró agotada sobre el césped.

Le dolía el pecho con cada respiración. Sin embargo, después de un largo rato descansando, no sabía hasta qué punto su estado se debía únicamente a la carrera. La ansiedad por haberlos abandonado en aquella casa hacía temblar todo su cuerpo.

No había dejado de llover, y el cielo se mostraba tan oscuro como su ánimo. Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos sin que pudiera hacer nada por controlarlas. Tampoco se molestó en hacerlo.

Se quitó la chaqueta ante su dificultad para respirar, pero no era la lluvia o la falta de aire lo que le ahogaba, sino sus pensamientos. Sabía que necesitaba parar y, sin embargo, imágenes de Jake, de Taube y de su hermano en aquella silla, le cortaban la respiración.

Nunca había sido buena dejando la mente en blanco, pero en aquel momento se tornaba una tarea absolutamente imposible. Especialmente en lo que se refería a Jake. Cada vez que le venía a la cabeza una imagen suya, le producía una opresión en el pecho que la asfixiaba más. Era un traidor. Les había mentido a todos. Y sin embargo, seguía preocupándose por él. Porque volviera con vida.

Se intentó convencer de que era porque había prometido sacar a su hermano de allí.

Luego se preguntó la validez que tendrían sus promesas, ahora que sabía que llevaba meses mintiendo a todos.

Se arrodilló sobre la hierba, intentando controlarse, pero empezaba a darse cuenta de que no era capaz de borrarlo de su mente.

No quería estar preocupada por él y, sin embargo, se encontraba deseando que pudiera salir con vida de aquella casa. Lo imaginaba atado en una silla como a su hermano. Con alguien delante de él pegándole sin cesar. Sentía que se ahogaba.

¿Tendría razón Taube? ¿Se había enamorado?

Le iba a explotar la cabeza.

Intentó concentrarse en su respiración, en lo que podía ver y percibir en aquel momento. Cosas tangibles que la ayudaran a enfocarse. Su pelo moviéndose con el viento, las gotas de lluvia bañando su rostro, la chaqueta arrugada a su lado.

Después de un tiempo, consiguió recuperarse y se tiró rendida en la hierba. Miraba las estrellas que aparecían en el cielo a medida que éste se oscurecía. Cuando volvía la ansiedad, se ponía a contarlas o a buscar constelaciones, esperando en silencio a que Jake y su hermano encontraran el camino a ella.

Fue después de anochecer, cuando una sombra cortó el horizonte a su derecha. Solamente una. Subía con determinación la ladera hacia donde se encontraba.

Esperó escondida entre la hierba hasta que pudo confirmar quien se acercaba. Una punzada le atravesó el pecho cuando reconoció a Jake andando frente a ella, y apenas pudo moverse hasta que éste alcanzó su posición.

—Madison… —empezó, y sin saber cómo, ella despertó y se alejó de él.

—¿Y Dylan? —preguntó enseguida, aterrada por la respuesta que pudiera darle. Pero aún así necesitaba saberlo. El nudo en su garganta era casi palpable.

Las cejas de Jake se habían unido en su frente, sólo separadas por una profunda línea.

—No lo he conseguido —dijo derrotado. Podía ver la culpabilidad de una promesa rota en su gesto. Pero lo que su fracaso denotaba era mucho peor.

—No has… No… —Apenas podía abrir los ojos. Se dejó caer sobre la hierba húmeda. Jake había intentado sostenerla, pero la distancia que había puesto entre los dos se lo había impedido. Sin embargo, se agachó a su lado y cogió sus manos.

—Lo sacaré de allí, te lo prometo. Sólo necesito un poco más de tiempo.

Maddie levantó la mirada hasta sus ojos dorados y los observaba intensamente mientras acallaba el ruido de su cabeza.

—¿Está… vivo? —preguntó agobiada. Casi le dolía arrancar aquellas palabras de su boca, pero no se veía capaz de soportar otra respuesta negativa.

—Sí, sí —dijo él enseguida, disculpándose con la mirada por haberla asustado. Alzó la mano para sostener su cara, pero ella se contrajo. Entonces retiró el brazo sin decir nada—. Nos pillaron antes de que pudiéramos salir. Él sigue allí.

Expulsó todo el aire de sus pulmones ante el alivio instantáneo. De pronto, abandonó el suelo que había embadurnado su ropa y se dispuso a marchar por donde Jake había llegado.

—Tengo que volver a por él —pensó en voz alta.

Sin embargo, Jake se había levantado a la misma velocidad que ella y se interpuso en su camino. Tuvo que mirar hacia arriba para verlo cuando él habló, y al hacerlo encontró un enfado en su rostro acorde al tono de sus palabras.

—La casa está sitiada. Sería un suicidio.

Intentó esquivarlo y pasar por su lado sin intención de escucharlo, pero él se movió cortándole de nuevo el paso. Volvió a intentarlo, y consiguió el mismo resultado.

Entonces lo empujó cabreada, y al ver que no se inmutaba, siguió haciéndolo. No sabía hasta qué punto era la necesidad de buscar a su hermano, o el dolor en su interior, lo que la movía a golpearlo. ¿Por qué ni siquiera se lo impedía?

—¡No me importa! —exclamó. A pesar de sus continuos empujones, él permanecía inmóvil, mirándola desde su altura—. No podemos… ¡No puede quedarse allí!

Jake finalmente apresó sus manos antes de que pudieran golpearle una vez más en el

pecho, y ella se revolvió con violencia.

—Madison, ¡es imposible! —intentó hacerla entrar en razón, pero ella no iba a permitírselo.

Lanzó sus manos hacia atrás con fiereza para deshacerse de su tacto.

—¡No me toques! —le gritó, aunque algo dentro de ella sabía que era exactamente lo contrario a lo que quería. Y sin embargo, seguía intentando deshacerse de él. Tenía que hacerlo.

—¡No voy a dejarte ir! —rugió de vuelta, dando un paso hacia ella y haciendo que retrocediera.

—No has tenido problema en llevarme tú mismo esta tarde —le recordó con dureza.

Vio cómo Jake apretaba la mandíbula, si bien, por un momento, no dijo nada. Sólo escuchó uno de sus gruñidos resonando desde su pecho. Luego lo escuchó soltar todo el aire por la nariz, en un intento de tranquilizarse.

—Quería sacar a Dylan de allí y no ha funcionado. No lo habría hecho de haber tenido otra opción —explicó.

—¿Y qué propones? ¿Dejarlo allí a su suerte?

—No. Lo sacaré de allí. Sólo necesito pensar cómo hacerlo.

—Supongo que debería fiarme de tu palabra, si es que valiera algo para mí —repuso tan fríamente como pudo.

Ambos se quedaron callados, lamentando las palabras de Maddie. Sus ojos no abandonaban los de Jake y, a su vez, no quería que los de él la abandonaran. Estaba cabreada, sobre todo con ella misma. Con esa parte que se alegraba de que al menos Jake hubiera podido escapar, de que siguiera con vida. A su lado. Y sabía que debía acallar esa parte, porque era un traidor y no sabía hasta qué punto podía, o debía, confiar en él.

Después de un buen rato en el que ninguno de los dos habló, finalmente fue Jake quien propuso ponerse en marcha.

Hicieron el camino en silencio. Maddie se movía de forma mecánica mientras su cabeza volaba hasta Jake, que caminaba detrás de ella. Cuando alguna vez se giraba, enseguida encontraba sus ojos dorados devolviéndole la mirada.

Se volvía rápidamente sin decir nada, preguntándose por qué le buscaba, por qué él la observaba, por qué ninguno decía nada. Luego continuaba avanzando en silencio.

Estaban a pocos metros de su casa cuando tres coches pasaron volando por la carretera contigua. Maddie estiró el cuello para ver de quién se trataba, pero antes de atisbar nada, Jake la empujó al suelo. Había puesto sus brazos alrededor de ella, aunque aún no llegaba a entender de qué pretendía protegerla.

Fue entonces cuando vio los tres coches parados delante del porche. Un momento después, el estruendo de disparos rugió en el aire, iluminando el exterior de la casa con los distintos fogonazos que se sucedían. Maddie se encogió por el miedo mientras el abrazo de Jake se estrechaba alrededor de ella, reconfortándola .

Los disparos cesaron y pudieron escuchar risas. Varios hombres salían de los coches.

—Vamos a ver si hemos tenido premio —dijo uno de los atacantes mientras todos se acercaban a la casa con sus armas en la mano.

—Jake, ¡suéltame! ¡Tengo que llegar a la casa! —Intentó luchar contra su peso sin resultado.

—¡¿Estás de coña?! ¡Estamos desarmados! ¡Y son más de nueve! No sueñes con que me voy a mover — gruñó sobre ella.

Sabía que tenía razón, pero debían hacer algo.

—¡Harper está dentro!

Se quedaron quietos mirando las sombras que se aproximaban a la casa. Si su amiga estaba allí y había sobrevivido a ese primer ataque, estaría vendida igualmente.

Le molestaba reconocer que Jake tenía razón. A pesar de todo, no podían enfrentarse a nueve hombres armados. Ni siquiera sabía en qué estado se encontraba él después de salir huyendo de la casa. Aparte de la paliza que intentó darle Dylan, supuso que escapar de allí no tuvo que ser fácil.

Giró un poco la cabeza para poder echar un vistazo a sus brazos. Era imposible ver nada en la oscuridad de la noche, pero, de todos modos, quiso cerciorarse de que no había regueros de sangre recorriéndolos.

Se dijo que de ser así, se habría dado cuenta nada más verlo, pero la tarde se le antojaba borrosa debido a los nervios y el estrés que se había ido sucediendo ante cada nuevo acontecimiento.

Estaba respirando sobre el brazo de Jake y se apoyó en él, hipnotizada por el olor a humedad y eucalipto que siempre desprendía. No debería sentirse relajada a su lado, y menos en la situación que estaban. Unos asesinos buscaban el cuerpo de su amiga en su casa acribillada a tiros. Intentó obviar el dolor en su pecho al pensar que a quien en realidad buscaban era a Jake, y que, de no ser porque habían tardado en volver, sería él quien estaría atrapado sin salida en aquella casa.

Entonces abrió los ojos tanto que se le podrían desorbitar, mientras una idea se formaba en su mente.

Trató de levantarse, pero el peso de Jake sobre ella se lo impidió.

—Ya te he dicho que no vamos a ir —le dijo Jake molesto ante su insistencia.

—¡Levántate! —gruñó mientras intentaba deshacerse de su enorme peso. No quería moverse de allí, pero no podía dejar que el calor de su cuerpo la adormeciera mientras su amiga podría seguir con vida—. No voy a ir a la casa. Hay una salida que da al desagüe abandonado. Harper la conocía. Quizá…

No había terminado la frase cuando Jake se levantó y tiró de su mano. Empezaron a correr en dirección contraria a la casa. Maddie se preguntó si lo hacía sólo por alejarla de allí, o si realmente la creía y quería salvar a su amiga. Pero el motivo no importaba, así que continuó corriendo tan rápido como pudo, procurando no quedarse atrás.

Los espacios ocultos en los armarios no eran los únicos secretos que su casa guardaba. Hacía años que habían encontrado un pasadizo que iba desde la despensa hasta el canal de desagüe abandonado del pueblo.

Estaba segura de que Harper lo conocía. Se había fugado con ella demasiadas veces a través de él cuando Dylan la obligaba a quedarse en casa.

Llegaron rápidamente a la enorme zanja abandonada y no pararon de correr hasta que alcanzaron una caseta de puertas metálicas con el símbolo de alto voltaje en ellas. Maddie intentó abrirlas, pero estaban cerradas con un candado. De pronto, escuchó los golpes que provenían de las puertas.

—¡Harper! ¡Harper! —chilló, luchando contra el temblor de sus piernas al saber que su amiga seguía viva—. ¡Estamos aquí! ¡Tranquila! ¡Ya te sacamos!

Buscó algo con lo que poder romper el candado, sin éxito.

Entonces, Jake se acercó, y con dos impactos de la empuñadura de su pistola hizo caer el

candado al suelo. La puerta se abrió de golpe y Harper salió corriendo asustada. Fue a parar a los brazos de Maddie, y ambas se precipitaron al suelo. Su amiga la abrazaba asustada, escondiendo su cara en su cuello, sin ser capaz de controlar sus nervios.

—Han empezado… Han empezado a disparar…Y yo…

Podía notarse la necesidad que tenía de llorar, aunque ninguna lágrima salió de sus ojos.

—Tranquila, estás bien, ¿vale? Ya estás a salvo, Harper —le dijo mientras recorría su espalda con ambas manos, tratando de tranquilizarla.

Ella quiso levantarse, pero los nervios la entorpecían, y Maddie frenó su movimiento.

—Tranquila. Primero respira, ¿vale?

Su amiga la obedeció.

—Estoy un poco mareada —dijo en un leve susurro.

Fue entonces cuando Maddie notó algo húmedo bajo su abrazo. Alzó la mano, y la descubrió empapada y oscura. Separó a su amiga con delicadeza, y encontró su brazo envuelto en el mismo líquido rojo.

Jake había visto todo y, cuando se miraron y él asintió, Maddie pudo notar los nervios haciéndose con todo su cuerpo. Harper todavía no era consciente de que la habían disparado.

—Hay que buscar al médico —anunció.

Jake a su lado se negó.

—Lo tendrán vigilado.

—Pues… ¿con Marissa? —preguntó, mientras abrazaba a su amiga con un brazo. Harper permanecía apoyada en su hombro, quedándose adormilada.

Él negó con la cabeza ante su propuesta.

—¿Marley? —probó una vez más, diciendo todos los nombres que le venían a la mente. Tenía que haber alguien en ese pueblo que les pudiera ayudar—. ¡Mario! No nos buscarán con él.

Sin embargo, aunque tuviera razón, la idea estaba lejos de convencer a Jake. De hecho, estaba segura de que Harper también se negaría de estar más pendiente de la conversación.

—La dejaría desangrándose antes que ayudarnos —gruñó Jake.

—No, si me dejas ir a mí.

Jake dio un paso hacia ella, aunque no consiguió intimidarla.

—Ya hemos pasado por eso —dijo mientras el cabreo iba creciendo dentro de él ante el recuerdo de su última visita a la playa.

—Sí, antes de saber que eras un puto mentiroso —respondió con tanta crueldad y frialdad como había recibido en las últimas horas.

Harper se desperezó algo al notar la tensión en el ambiente.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

Maddie ignoró su pregunta y se levantó con la idea de dirigirse en busca del surfero.

—Iré a hablar con él —anunció, pero Jake la agarró de la muñeca.

—De eso nada —la sujetó con fuerza.

—¡Se está desangrando! —señaló a Harper con su mano libre. En ese momento, su amiga permanecía tumbada en el suelo, manteniendo a duras penas los ojos abiertos.

—Déjame pensar —intentó conseguir algo de margen.

Ella tiró de su mano. Había pasado demasiado tiempo luchando contra él, y no podía más. Por fin tenía algo útil que hacer, e iba a aferrarse a ello.

—No voy a dejar que se desangre, Jake.

Podía ver cómo sus ojos se movían mientras pensaba en las posibilidades que tenían. A la vez, sus cejas se iban uniendo y su mandíbula tensando.

—Jake —lo llamó. No tenían más tiempo.

La miró con esa mirada que a veces encontraba en él. Como si necesitase el gris de sus ojos para templarse.

—Vamos a casa de Colin —dijo al fin.

Maddie lo pensó por un momento, pero le pareció bien. Había pocos miembros en la banda con quien jugársela, y él era uno de ellos. Aunque, en ese momento, la confianza parecía algo muy caro.

Vio cómo Jake se agachaba para coger a Harper en sus brazos.

—Puede haber alguna posibilidad de que esté con *La Paloma* … —quiso avisarla, expresando en palabras los temores que ella misma tenía.

—Colin está bien —murmuró Harper encogiéndose contra el cuerpo de Jake—. No tiene ninguna paloma.

Maddie se acercó a ella corriendo.

—¿Qué has dicho? Harper. —La movió con cuidado, intentando que volviera en sí.

—No tiene tu dibujo.

—¿Estás segura? —le insistió.

—Pregunté a Sophie cuando me abandonaste esta tarde, puta traidora.

Maddie sonrió. Su amiga no perdía la oportunidad de meterse con ella, aunque estuviera a punto de perder el conocimiento.

Decidieron entonces que irían a casa de Colin, y comenzaron el camino en silencio. De vez en cuando notaba la mirada de Jake sobre ella, a pesar de que era ella quien debería estar preocupada por él. Aún no habían podido hablar de lo ocurrido en la casa después de que se marchara, y le preocupaba que estuviera ocultando nuevas heridas, como solía hacer. Puede que no lo hiciera a propósito, pero tenía la costumbre de no darles la importancia que debían. Como si creyera que cada golpe era un castigo merecido.

—Podemos parar, si lo necesitas —se aventuró a decir. Intentó sonar fría, pero la sonrisa que estiraba poco a poco las comisuras de Jake le dijo que no había tenido éxito.

—No tienes que preocuparte por mí —contestó él.

—Sólo me preocupa que no puedas con Harper —esa vez sí consiguió sonar tan borde como esperaba.

Jake se rio levemente a su lado, y por un momento no dejó de mirarla.

—La salvaremos —le aseguró. Luego acomodó a Harper en sus brazos mientras ésta se quejaba con un leve gruñido y arrugaba sus cejas.

Continuaron en silencio. Únicamente se escuchaban los quejidos de Harper de vez en cuando, lo que ponía aún más en tensión a Maddie.

Al llegar a la casa de Colin, vieron una segunda moto en la entrada. Evitando la luz de las farolas, se dirigieron a la parte trasera de la casa. Desde allí, Jake pudo comprobar la situación. Rocky, uno de los últimos en llegar a la banda, estaba en el salón con él, tomándose una cerveza.

Harper ya les había confirmado durante el trayecto quienes tenían una paloma tatuada, y él tenía una en la espalda.

—Los están vigilando a todos. Por si acudimos a ellos —comentó Jake, una vez tendió a Harper sobre la hierba húmeda. Aunque no había dicho nada en todo el trayecto, Maddie podía ver lo agotado que estaba. Era su turno de moverse. Y debía hacerlo rápido, pues su amiga había

dejado de responder.

Se acercó a la casa sin dar explicaciones, pero Jake la paró antes de que pudiera alcanzar la puerta de la cocina.

—¿Qué coño haces? —le preguntó enojado.

Ella trató de esquivarle imitando su malestar.

—Voy a colarme a por el botiquín. Harper necesita que la curen ya.

—Esperaremos a que Rocky se vaya.

—¡No puede esperar! Ha perdido el conocimiento y ninguno somos médicos. Hay que hacerlo ya.

—No voy a ponerte en peligro. No otra vez —dijo él sin perder un ápice de su enfado.

Maddie sintió el corazón dándole un vuelco. ¿Seguía preocupándose por ella? Todo lo que había hecho era por encontrar al asesino de su hermano, nada más. Pero llegados a ese punto, no tenía muy claro qué debía sentir.

—No necesito tu ayuda —le siseó .

Él se rio a su lado.

—Nunca la has necesitado, ¿no?

Maddie frunció el ceño y lo miró por un momento. Aquellas palabras no podían haber sido más erróneas, ni más dolorosas. ¿Acaso pensaba que lo que ella sentía por él era tan falso como sus propios sentimientos?

—Jake… —susurró. No se le ocurría qué más hacer. Entonces vio cómo él se acercaba a ella, llamado por su voz, y sin pensárselo dos veces, cruzó el poco espacio que les separaba. Fundió sus labios con los de él en un beso apasionado que ambos habían esperado con demasiado anhelo. Las manos de él subieron a su cuello, haciendo que tuviera que concentrarse en reprimir el gemido que subía por su garganta.

Entonces se separó de repente y salió corriendo hacia la casa. Pudo dar dos pasos antes de que Jake la cogiera del brazo y la acercase a él nuevamente, a pesar de sus intentos por escapar.

Cuando alzó la vista, lo encontró mirándola con la sonrisa de suficiencia que le gustaba y detestaba a partes iguales. En ese momento, hacía que su estómago se encogiera.

—¿Besándome para confundirme? —la acusó divertido.

No tenía nada de divertido para ella.

—Todos lo hacéis conmigo. Aunque supongo que soy la única tonta que se lo traga… —dijo más triste de lo que pretendía. Ni siquiera intentó zafarse de la mano alrededor de su brazo. Tras sus palabras, había notado cómo estrechaba sus dedos sobre su piel, e iba a resultar inútil deshacerse de él.

Vio cómo el cabreo tomaba posesión de sus facciones.

— *Todos* implica demasiada gente —gruñó.

—Oh, no te preocupes. Me refería sólo a *todos* los traidores gilipollas. —Se alegró de poder sonar cabreada en ese momento.

Pero obtuvo el efecto contrario al buscado en Jake. Su sonrisa se curvó, y luego se rio levemente.

Ella seguía luchando contra su mano.

—Dejame, Jake. Harper lo necesita —le suplicó.

—Iré yo —le ofreció.

—Eres demasiado grande. Te aseguro que Rocky no me verá. Y conozco la casa de Colin al dedillo. Sé dónde tiene el botiquín.

Él se mostró molesto, y por eso sabía que lo estaba convenciendo, a pesar de sus deseos por retenerla fuera de peligro.

—Quédate cerca, ¿vale? —le pidió. En parte para tranquilizarl o; en parte porque lo necesitaba, a pesar de lo que él creía, aunque fuera para saber que podía hacer las cosas sola.

Jake abrió la mano que sujetaba su brazo e instantáneamente el corazón de Maddie empezó a bombear con más furia. Le tocaba entrar en la casa.

Abrió la puerta trasera que daba a la cocina en absoluto silencio. Le había dicho a Jake que sabía dónde tenía el botiquín, pero llevaba años sin ir a aquella casa. Esperaba que no lo hubiera cambiado de sitio.

Se acercó agachada a la entrada de la cocina. Necesitaba llegar al mueble del descansillo. El único problema era que daba al salón, que en aquel momento tenía la puerta abierta. Avanzó agazapada hasta el mueble y allí encontró el botiquín.

Cogió la caja de mimbre sin hacer ruido y, cuando giró sobre sus rodillas para volver a la cocina, se encontró con los ojos de Colin. Rocky aún estaba de espaldas, comentando algo sobre el partido de fútbol que tenían puesto en la televisión mientras bebía cerveza. Como si fuera su amigo de verdad. Salvo que no lo era, y únicamente estaba allí para vigilarlo y entorpecerlos más.

Movió rápidamente el dedo índice sobre sus labios, pidiéndole a Colin que guardara silencio; y aunque éste frunció el ceño, no dijo nada.

Ella volvió a salir por la cocina, cerrando la puerta con cuidado. Las piernas le desfallecían del miedo que había pasado, pero tenía que sacar el botiquín de la casa. Corrió hasta Harper, y entonces se permitió desplomarse a su lado.

Se alegró de que Jake estuviera allí con ellas, haciéndose cargo de su amiga, porque lo máximo que Maddie había curado en su vida habían sido cortes y golpes. Los disparos quedaban fuera de su alcance, y el estado de Harper le preocupaba.

Mientras él trabajaba, ella observaba. Le acercaba lo que necesitase en el momento, y luego acariciaba la frente de su amiga, que se debatía entre el sueño y la consciencia.

Jake no tardó en curarla. Al parecer la bala había salido de su cuerpo, lo que facilitó su tarea. Mientras Maddie colocaba la última banda alrededor de su brazo, se oyó una moto arrancando en la entrada de la casa, y luego perdiéndose en la distancia. Colin no tardó en aparecer en el jardín.

—¿Qué coño ha pasado?



Dos horas después, estaban en la cocina explicando la situación a los pocos moteros de los que sabían seguro que no formaban parte de *La Paloma* : Chris, Nathan, Lisa, Jordan, Fred y Colin.

Maddie preparaba algo de cena, aunque sabía que no sería capaz de tomar nada en aquel momento. Pero su amiga necesitaba comer, y seguro que Jake estaría hambriento también.

—Taube quiere acabar con la banda, y Dylan es su única baza —les explicaba él.

Jordan fue el primero en hacer la pregunta obvia.

—¿Qué información quiere?

Todos se giraron hacia Jake, esperando su respuesta. Éste suspiró antes de hablar.

—Quiere saber cómo llega la mercancía. La policía para cada uno de sus envíos, por más cambios que ha hecho . Tampoco consigue poner en nómina a ninguno. Quiere nuestra vía —se encogió de hombros.

Fred lo miraba frunciendo el ceño.

—Pero sabes eso desde hace meses —pensó en voz alta.

—Sí.

Maddie había dejado de moverse mientras esperaba, al igual que temía, aquella respuesta de Jake. Pero Fred había confirmado que conocía esa información desde hacía tiempo y que no la había compartido con Taube.

Debería alegrarse, ir corriendo hacia él y rodearle con sus brazos. Era lo que quería y, sin embargo, no lo hacía. ¿Qué más secretos les habría ocultado? ¿De verdad lo conocía?

—Eh, ¿todo bien? —Harper cubría su mano con la suya.

Ella se volvió para fijarse en su amiga.

—¿Cómo estás? —Le acarició con suavidad el brazo, ignorando su pregunta.

Vio cómo hacía amago de moverlo, pero luego se lo pensó mejor.

—Me duele un huevo. No sé cómo coño aguantan estos bestias cuando vienen hechos una pena.

Maddie rio por la nariz sin ganas.

—Ni yo… —dijo, aunque su mente volvía a volar hacia todas las dudas que iban formando un lío cada vez mayor en su cabeza.

— *Di* … —empezó Harper, pero ella sabía lo que estaba a punto de decir, y la cortó rápidamente.

No quería que empezara a liarla con ideas sobre el amor, o sobre que Jake sentía algo por ella, algo real. No sabía si podía creer eso, y prefería no enfrentarse a ello.

—Voy a salir —repuso antes de dejar que su amiga continuase hablando.

Cogió su chaqueta y salió de la casa. No pretendía alejarse, sólo tomar un poco el aire . Se quedó apoyada en la puerta de la cocina. Desde ahí podía intuir las motos escondidas para que ningún posible vigilante supiera que varios moteros se habían reunido. ¿Hasta cuándo podría durar aquella situación?

Empezaba a sentir que se asfixiaba. Para desesperación de Maddie, había dejado de llover y apenas corría el viento. El aire estaba tan quieto como el que apenas parecía entrar y salir de sus pulmones.

No conseguía aliviar la presión en el pecho. Se quitó la chaqueta mientras daba bocanadas. Era demasiado. Todo era demasiado.

Y no eran ni Taube, ni su amiga, ni su hermano aún cautivo. Todo su mundo se había desmoronado cuando Jake había confirmado su mentira. Se había permitido sentirse segura con él, y había resultado ser un engaño.

Lo peor era que no conseguía cambiar sus sentimientos hacia él. Y los nuevos, a raíz de su revelación, tiraban de ella en dirección contraria, partiéndola en dos, desgarrándola en su interior. Era demasiado, y no sabía cómo lidiar con ello.

Lo que estaba bien, lo que debía ser, lo que era. Todo había dejado de tener sentido, y sólo podía seguir a ciegas, o hundirse entre las dudas y el dolor.

—Madison.

XXXV.
CONFESIÓN

La voz que tanto anhelaba y deseaba, que debía odiar, la llamaba. Y ella no sabía qué responder.

Al parecer, sus nervios sí.

—¡Déjame! —dijo antes de salir al jardín bajo la oscuridad de la noche.

—¿Podemos hablar?— Jake se encontraba a menor distancia de lo que esperaba.

Sí

—¡No! —gritó más para ella que para él.

Se había podido alejar unos cuantos metros de la casa cuando la mano de él alcanzó la suya, y ella se vio incapaz de apartarla. Estaba cansada de luchar, de huir. Prefería hacerlo contra cualquier otro enemigo que contra él. Dejó que tirase de su mano y la hiciera girar sobre sus talones, quedándose uno frente al otro.

—¿Estás bien? —finalmente preguntó él en un susurro. No sabía si lo hacía adrede, o si simplemente el estar tan cerca lo empujaba a no alzar su voz, consiguiendo meterse bajo su piel.

Pero esa pregunta la irritó lo suficiente como para no dejarse engatusar.

—¡¿Cómo quieres que lo esté?! —gritó mientras daba un paso atrás—. ¿Te haces una idea…? ¿Te haces una idea de por lo que me has hecho pasar? Sin contar las mentiras de todos estos meses. ¡No! ¡No estoy bien! ¡Tienen a mi hermano secuestrado! Y eso, si aún sigue con vida. Porque te marchaste sin él. Porque me convenciste para marcharme sin él —le acusó. Aquellas palabras salieron como llama ardiente de su boca, y se arrepintió nada más decirlas. Aún así, no dejó que el fuego se apagase—. ¡Eres un gilipollas! ¡Y un mentiroso! ¡Y…!

Cuando se quedó sin palabras, impotente, él habló. Pero lejos del enfado de Maddie, su tono parecía triste.

—Era la única forma, Madison. —La miraba con una intensidad que le dolía, pero ella se forzó a seguir con su cabreo.

—¿Y no me lo podías haber dicho? ¡De verdad creía…! —El nudo en su garganta volvía a ahogarla—. ¿Tienes idea de por lo que me has hecho pasar? ¿Qué coño pretendías?

—Madison, si hubieran sospechado de ti, o incluso de mí... No podía correr ese riesgo. Siento haberte metido así en esto… —Puso su mano sobre su mejilla, la que Soren había abofeteado en la casa.

Ella lo apartó con un golpe furioso, a pesar de lo mucho que deseaba su tacto.

—¡Nos has estado mintiendo! ¡Durante meses! —Antes de que pudiera responder, continuó preguntando con furia—. ¿Por qué piensan que sigues con ellos?

Él encogió los hombros.

—No cerré esa puerta al irme. Pensé que quizá en algún momento lo necesitaría, como hoy.

Maddie no dijo nada a eso y él aprovechó su silencio para explicarse.

—Entré en *La Paloma* hace algo más de un año. Mi hermano Danny había aparecido

muerto y Taube me aseguró que sabía quién lo había hecho. Me dijo que, si le ayudaba a acabar con tu hermano, él me diría quién de la banda había sido. Fue lo que estuve intentando. Durante un tiempo. Luego conocí mejor a Dylan.

Sus ojos seguían bañando el rostro de Maddie mientras hablaba.

—Mientras, estuve investigando la muerte de Danny en el grupo. Nadie había visto u oído hablar de él. Tampoco la forma de trabajar de tu hermano me cuadraba...

—Taube te estaba utilizando —finalizó Maddie. De engaños sabía un rato. Aquel hombre sólo había utilizado la muerte de su hermano para conseguir su ayuda y destruir la banda de moteros.

—No pretendo que sientas lástima por mí —dijo Jake, y ella se cruzó de brazos enfadada.

—Bien, porque no lo hago —mintió.

Escuchó su risa suave y supo que no lo había engañado. Quizá tenía razón y fingir no era lo suyo. En ese caso, había sido mejor no comparti r su plan con ella. Pero eso no hacía que las mentiras doliesen menos.

Él continuó con su explicación.

—Dejé los ataques, pero seguían llegando más. Descubrí a algunos de *La Paloma* que se habían infiltrado igual que yo, y empecé a ayudar a tu hermano contra ellos. Pero tenía que seguir con mis dos tapaderas: de cara a *La Paloma* , y de cara a nuestra banda.

Nuestra banda .

—¿Por qué nunca dijiste nada? —insistió, obviando cómo esas palabras le oprimían la boca del estómago con un golpe seco.

—¿Que había sido un traidor? Me habrían echado y habrían perdido mi ayuda. Por no hablar de la paliza que me habría dado tu hermano. Similar a la de hoy —se tocó la mandíbula que ya empezaba a mostrar un tono oscuro bajo su incipiente barba.

Maddie contuvo sus ganas de alzar la mano hasta ella para comprobar que estaba bien.

—Ahora saben que estoy con vosotros.

Aún no tenía muy claro cómo había escapado de allí, pero no era posible que pudiera mantener su tapadera después de aquello.

—¿Lo estás? ¿De nuestro lado? —preguntó sin saber qué haría con su respuesta.

—Claro que sí. Lo único que he hecho estos meses ha sido ayudaros, Madison.

Abrió sus manos en cuanto la mirada de él bajó hasta ellas. No iba a dejarle comprobar lo mucho que aún le afectaba su voz, ni la forma en la que decía su nombre, aunque su respiración movía su pecho arriba y abajo. Él alzó su mano, colocando su melena detrás del hombro, y luego la deslizó bajo su pelo. Estudiaba su rostro como si quisiera recordar hasta el último centímetro antes de aceptar la despedida.

Después preguntó.

—¿Quieres que me vaya?

Aquella pregunta la atravesó, llevándose la poca calma que había conseguido reunir. Odiaba cuando se despedía. No podía imaginarlo lejos. No quería imaginarlo lejos.

—¡No puedes hacerme esa pregunta!

—¿Por qué no? —Se mostró curioso, pero no lo suficientemente valiente como para sacar a relucir su sonrisa. Aún así, podía ver cómo su boca deseaba curvarse mientras esperaba su respuesta.

Si pretendía ponerla nerviosa, lo estaba consiguiendo. Pero a Jake siempre se le había dado bien.

—Porque… Porque… —dio otro paso atrás. No podía estar tan cerca de él. Debería seguir enfadada. ¿Por qué no lo lograba? No por el motivo adecuado, al menos.

Cuando lo miró, él continuaba a la espera.

—¡Porque debería querer que te largaras! —dijo luchando contra sus propias palabras.

Y allí estaba, por fin, su sonrisa. Al verla, su corazón se hundió más en su pecho, cogiendo carrerilla para latir locamente en su interior.

—¿Y no es así? —Dio un paso hacia ella.

—¡Cállate! —Había dejado de pensar. Fue a quitarse la chaqueta, pero se percató de que no la llevaba puesta. Únicamente un top de tirantes cubría su cuerpo y, aún así, se asfixiaba. Se tocó el cuello como si buscara una cuerda que lo aprisionara, pero allí no había nada. Tan solo su miedo.

A confiar en él, a no poder hacerlo más.

Antes de que pudiera darse cuenta, Jake se había acercado y la sujetaba por los hombros.

—¿Puedes tranquilizarte? —le pidió, aunque sonaba más bien como una orden.

Elevó la mirada hasta que encontró la suya.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Todo esto es culpa tuya! —le reprochó.

Él no contestó. En lugar de eso, la envolvió con sus grandes brazos. No creía que pudiera liberarse de él, pero tampoco estaba segura de querer hacerlo. Bajo aquellos dibujos que teñían su piel, por fin podía respirar.

Su aroma chocó contra su nariz, embriagándola y relajando sus músculos como una droga blanda.

—Respira —le pidió. Luego movió uno de sus brazos para esconder su mano bajo el pelo de Maddie, buscando su cuello, en el que empezó a dibujar pequeños círculos con las yemas de sus dedos.

Hizo caso a sus instrucciones y respiró. Por primera vez en todo el día, podía hacerlo.

Cuando pensaba que no debería estar tan tranquila a su lado, su lucha interior comenzaba, partiéndola en dos. Se agarró a su camiseta con fuerza volviendo sus nudillos blancos en el proceso.

Era un traidor. Lo había confesado. La había estado engañando.

Y, sin embargo, algo en ella se revelaba contra aquella verdad, a pesar de que no debería hacerlo.

Notó cómo él apoyaba el mentón sobre su cabeza, y luego se giraba para que fuera su mejilla lo que apoyaba sobre ella.

—¿Mejor? —le escuchó preguntar.

Debía ser una pregunta retórica. Era imposible que no hubiera notado lo reconfortante que era para ella. Al menos cuando conseguía ignorar su lucha interior.

Aún así, asintió levemente con la cabeza.

Pasó un rato sin que ninguno de los dos se moviera. Luego ella se apartó y torció el gesto al desprenderse de su aroma. La mano de él continuaba escondida bajo su pelo, reacia a abandonar su piel, y él esperaba en silencio.

Maddie alzó sus ojos grises hasta encontrar los de él. Se mordió el labio inferior, intentando contener el cosquilleo que ya le llegaba hasta los dedos. Y cuando vio sus ojos descender hasta su boca, algo en ella estalló. De pronto, su mano tiraba de su camiseta negra, y los labios de él no tardaron en alcanzar los suyos en un beso intenso y desesperado. El que había evitado durante lo que le parecía demasiado tiempo.

Su pecho se deshacía en deseo mientras saboreaba de nuevo su boca; las manos de él cubrían su cuerpo con la misma necesidad. Sus dedos la presionaban a cada segundo de forma leve, sujetándola como si temiera que pudiera marcharse, haciendo que Maddie jadeara contra sus labios cada vez que los sentía recorriendo su cuerpo.

Entonces, Jake se agachó frente a ella para coger sus piernas y elevarla a su altura sin dejar de besarla. Sus piernas habían rodeado su cintura, como si tuvieran vida propia, y sus manos se deslizaban por su cuello, sintiendo cómo su piel calentaba hasta el más pequeño recoveco de su ser.

—Pensaba que ya no querías nada conmigo. —Abandonó sus labios por un segundo, dejando que Maddie sintiera la sonrisa en sus palabras.

—Es lo que estaba intentando —se lamentó ella. Pero se le pasó cuando lo vio sonreír de lado.

—¿Y qué ha pasado? —la provocó acercándose a su boca, pero parando antes de alcanzarla.

—Mira que eres idiota —le susurró, y luego cayó de lleno en su beso.

Había echado de menos sus manos vagando por su cuerpo, su boca saboreándola, su lengua bailando con la suya. Pensar que no volvería a tener sus besos había sumido su cuerpo en una agonía sin saberlo.

Después de todo lo vivido aquel día, le parecía demasiado tiempo alejado de él.

Fue entonces cuando los recuerdos de aquella tarde empezaron a asaltar su mente. Cómo la había llevado hasta la casa sin decirle nada. Cómo la había protegido de Soren cuando intentó tocarla, pero no cuando Taube lo hizo.

Se había sentido indefensa, vendida, traicionada.

El aire renqueaba en sus pulmones mientras se aferraba a la camiseta de Jake. Cuando retiró sus labios, él bajó a su cuello, incapaz de refrenar la sed de ella.

Sin embargo, no tardó en notar que Maddie se ahogaba frente a él. Se separó preocupado, buscando en su mirada el motivo de su asfixia.

—Eh, ¿qué ocurre? —le preguntó.

Ninguno quería separarse, pero ella necesitaba espacio. Aún así, en lugar de soltar sus piernas, él se sentó en el suelo, en el arcén del camino que llevaba a la casa de Colin, dejando a Maddie sobre su regazo. Ella aún mantenía las piernas alrededor de él y estaba también empeñada en no moverlas de ahí.

—Creo… —paró de hablar cuando sintió un dolor en su pecho. Un dolor que sabía que no podría sanar con medicina, pues era fruto de la comprensión—. Creo que Taube tenía razón.

Jake intentó hacer que lo mirara poniendo la mano bajo su barbilla y alzando su cabeza. Pero no podía. Aunque él buscase sus ojos.

—Madison, te aseguro que no.

—No sobre ti. Sobre mí —dijo con un hilo de voz.

Él esperó mientras su rostro iba mostrando preocupación.

Cuando por fin pudo mirarlo, comprendió lo que estaba a punto de decir.

—Jake, yo… —respiró hondo—. Me… Me he enamorado de ti —confesó. Si alguna vez le arrancaran el corazón del pecho, estaba segura de que el dolor sería similar a lo que sentía en aquel momento.

No sabía si él también estaba enamorado de ella. No sabía si le creería en caso de decirle que sí. Pero eso no cambiaba sus sentimientos. Y le daba demasiado miedo.

—Yo… —continuó antes de que él pudiera decir nada. Antes de que ella pudiera pensar en lo que estaba diciendo—. En algún momento te entregué mi corazón, no sé cuando. Y ahora sé que puedes romperlo. Si quisieras. Y aún así no puedo alejarme de ti.

Estaba tan vendida como lo había estado en la casa abandonada.

Sus brazos seguían rodeando el cuello de Jake y sus dedos jugando con su pelo. Era incapaz de mirar sus ojos, así que se concentró en su boca.

La mano de él subió hasta su mejilla, donde una lágrima cosquilleaba su piel mientras caía.

—No te alejes —le pidió él. Luego se acercó lentamente a sus labios, humedeciéndolos con los suyos. Cuando hubo terminado, se separó apenas unos milímetros para hablar—. Tu corazón está a salvo conmigo, Madison.

Las dudas recorrieron su cuerpo como una descarga que la entumecía.

—No puedo alejarme de ti, no puedo dejar de pensar en ti o de preocuparme por ti. Aunque lo intente. Aunque hayas sido un gilipollas y nos hayas mentido —le miró—. Es como si… mi corazón ya no fuera mío.

Él frunció el ceño ante sus palabras.

—No lo digas triste —le pidió.

Ella se rio levemente.

—Es que debería mandarte a tomar por culo —le confesó intentando mostrar algo de rabia sin apenas conseguirlo. Sabía que era lo que debía hacer, pero luchar contra su deseo por él había drenado ya toda su energía.

Él se rio ante su cambio de humor.

—En eso estamos de acuerdo —le dijo volviendo a caer en su boca—. Siempre puedes volver a pegarme, si te hace sentir mejor —le ofreció mientras recorría su cuello con la nariz—. Puedo soportar algún golpe más.

—¡Te lo merecerías!

Él recorrió el espacio hasta su boca, besándola lentamente.

—Soy todo tuyo, Madison. Úsame como mejor te convenga.

Se dejó perder en su beso hasta que una nueva duda amenazó con asfixiarla.

—Jake, lo que dijo Taube… —No tenía muy claro qué pregunta intentaba hacerle.

—Fue verdad, durante un tiempo… —Estaba distraído con su pelo mientras hablaba, colocándolo detrás de su oreja, y después de su hombro—. Pero hoy no lo es.

—Pero tu propósito…

—Sigo queriendo acabar con el asesino de mi hermano —confirmó él, endureciendo sus facciones.

—¿Sabes quién es? —Hizo caso omiso al miedo que atenazaba su corazón. Él seguía obsesionado con cumplir su venganza, después de todo. Lo entendía, pero se preguntaba qué lugar quedaba para ella entonces.

—No sé si Taube apretó el gatillo, pero estoy seguro de que él dio la orden.

—¿Por qué? —preguntó. Aún no sabía el motivo por el que Jake se sentía tan mal por la muerte de su hermano, hasta el punto de considerarse una serpiente, o algo similar, como demostraban sus tatuajes. Tampoco conocía el motivo por el que Taube había decidido acabar su relación con Danny, el hermano de Jake.

Éste encogió los hombros frente a ella.

—Puede que no llegue a saberlo nunca.

Bajó su mirada hasta los dibujos de sus brazos, que acariciaba lentamente. Luego, apartó sus manos.

—Madison —la llamó como si le doliera el vacío que dejaban sus dedos sobre su piel.

—Te ayudaremos con tu propósito —contestó. Eso sí podrían hacerlo. Acabar con Taube era salvar a su familia. Aunque luego no hubiera nada más para ella, podría trabajar con eso por el momento.

Él puso su mano bajo su mentón, haciéndole mover su cara hacia él. Pero en lugar de buscar sus ojos, se detuvo en su mejilla. Al verlo molesto se preguntó si se vería enrojecida, o magullada. No había tenido tiempo de comprobarlo durante la noche.

—Debí haberlo parado antes de que te tocara —masculló con rabia.

—Ya lo hiciste pagar —intentó quitarle importancia.

—Si sigue respirando, no pagó lo suficiente.

No sabía qué decir, así que no dijo nada mientras Jake cogía su mano y pasaba el pulgar por sus nudillos lentamente.

—Madison… Tuve un propósito y renuncié a todo por él. Me perdí a mí mismo en la promesa de vengar a mi hermano. Es la verdad. Eso no puedo cambiarlo.

Aguardó mientras él daba voz a sus miedos.

—Pero siento que fue hace una vida. O incluso varias. —Abandonó sus nudillos para empujar su barbilla hacia arriba de nuevo y poder encontrar sus ojos—. Nada de lo que he vivido contigo ha sido una mentira.

—Nunca quisiste hablarme de la casa. —No podía creer nada de lo que dijera. No, si las dudas seguían acechándola.

—No sabía cómo hacerlo sin delatarme, sin alejarte. Intenté que no tuvieras que lidiar con ello. Creo que yo mismo no quería lidiar con ello.

—Es que… Cuanto más pienso en todo, más dudas me aparecen. Sabías quién atacaba a mi hermano y nunca lo dijiste.

—Los buscaba igual que vosotros.

—¡Pero tú sabías que estaban en la casa! ¿Por qué lo escondiste? —Notaba como su voz se alzaba con vida propia en la desesperación por entender todo.

—No siempre usan la casa. Tú misma lo has comprobado. Tampoco tenía toda la información. Y de saber que estaban ahí, ¿qué? ¿Qué crees que hubiera pasado si hubiéramos ido todos a allí? Tu hermano no es un asesino, ellos sí.

Las cejas de Jake estaban tan unidas como las suyas. Podía entender su punto de vista, aunque no hacía que le doliese menos.

—He estado buscando la forma de acabar con Xavier que no implicara matar a nadie. Aunque te aseguro que ganas no me faltan. Mientras tanto, hacía lo posible por proteger a tu hermano y a la banda.

—¿Y cómo acabas con alguien como él?

Jake suspiró tumbándose sobre la hierba húmeda.

—Es lo que aún intento averiguar.

Maddie se tumbó a su lado, apoyando la cabeza sobre su brazo, que él movió para acercarla más. Se mantuvieron así en silencio, mirando las sombras que la luna dibujaba en sus rostros.

—Gracias por salvarme. Antes, en la casa —dijo ella en un susurro, pasado un rato.

—Tú no tienes que darme las gracias. No me debes nada.

—Bueno, en realidad creo que te debo una moto —bromeó, aunque era cierto.

Pero Jake no parecía reírse con la broma. Al revés, la miraba con intensidad, entrecerrando los ojos como si algo le molestara.

—¿Qué? —preguntó confusa. No entendía qué ocurría y, entonces, él se movió, apartando el brazo de debajo de su cabeza. De ese modo, quedó totalmente recostada sobre la hierba, mientras que él, apoyado sobre unos de sus codos, parecía reírse sobre ella.

—No pongas esa cara de sorpresa.

Sus labios fruncidos le hicieron entender que realmente no sabía de qué hablaba, así que continuó mientras ella recorría su pecho con sus manos.

—No has salido de mi cabeza desde el día en que te vi en la estación. Con tu camiseta de flores y las pinzas en tu pelo. Creo que entonces no lo supe, pero desde ese momento… —Por primera vez desde que lo conocía, Jake se mostraba turbado, y no sabía qué hacer para tranquilizarlo, más que seguir recorriendo su cuerpo con los dedos—. Dices que tu corazón no es tuyo —continuó—. El mío… —la miraba con tal intensidad que parecía haber ahogado sus propias palabras.

Ella había dejado de respirar, temerosa de que algún ruido le impidiera escucharlo mientras él continuaba.

—Sabía que te protegería de todo. Necesitaba hacerlo —dijo, y lo hizo de tal forma que, si la estaba simplemente engatusando, no era capaz de discernirlo.

Entonces él empezó a acariciar su frente, y el nacimiento del pelo sobre ella. Hablaba calmado, haciendo que el tiempo se detuviera con sus palabras mientras su sonrisa se asentaba en su rostro.

—Luego mi propósito cambió, y yo no me di cuenta. Ya apenas pensaba en mi hermano. En cambio tú estabas siempre presente. —Se fijó en sus ojos grises—. Cada vez que me mirabas, o cada vez que intentabas aguantar tu sonrisa a mi lado, cuando frunces así los labios… —Se había distraído con ellos, y, sin poder contenerse, bajó a aprisionarlos entre los suyos con un beso lento.

—Joder Madison, es como si me hicieras recuperar una parte de mí que no recordaba tener. Como si la vida fuera algo más. Y esa parte ya era tuya en el momento en que la traías de vuelta —susurró contra sus labios.

Ella negó con la cabeza.

—No me mientas. Al principio no me tragabas. Ni siquiera te fiabas de mí.

Él rio suavemente, desarmándola.

—Porque sabía desde el inicio lo que ibas a hacerme. Sólo tuve que verte una vez para saberlo. Creo que tu amiga Harper lo sospechaba incluso antes.

—¿Lo que iba a hacer? No hice… —intentó defenderse, pero Jake la cortó rápidamente.

—Madison —habló entonces con seriedad—. Eres tú quien puede romper mi corazón, si es que sigo teniendo uno —confesó.

Eso nunca va a pasar, fue lo único que cruzó la mente de Maddie. Simplemente pensar en ello le ponía la piel de gallina. Eso, y las manos de Jake acariciándola mientras seguía hablando.

—Pensar que yo… Créeme, jamás hubiera… —Su mandíbula estaba tan tensa, que Maddie pensó que podría ser el motivo de que dejara de hablar. Sin embargo, era otra cosa lo que lo estaba destrozando—. Siento mucho…

Antes de que terminara la frase, Maddie subió sus manos hasta el cuello de su camiseta y lo hizo descender de nuevo, esperando otro beso lento que hiciera derretir todo a su alrededor.

Sus preocupaciones, sus miedos, el tiempo.

Cuando sus labios le dieron algo de espacio, apenas susurró.

— Siempre he pensado que no te importaba morir.

—Y no me importaba —confesó, haciendo que el peso en el estómago de Maddie volviera a dejarla sin aire—. En mi cabeza solamente entraba vengar a Danny.

Hablaba en pasado.

—¿Sigue siendo así? —Contuvo el aliento, aterrada por su respuesta.

Él la miró a los ojos, y poco a poco las comisuras de su boca fueron expandiéndose, dando paso a una sonrisa. Era como si, de pronto, entendiera algo. Antes de hablar le entregó un suave beso, y apenas se separó para contestar su pregunta.

—Ahora sólo pienso en volver a tu lado.

Maddie cerró sus manos alrededor de su camiseta negra. Lo acercó hacia sí, sabiendo que importaba si quería creerle o no. No importaba si todo había sido una mentira.

Lo que sentía cuando estaba con él era tan cierto como su cuerpo bajo sus manos, y ella únicamente deseaba tenerle cerca.

—No dejes de hacerlo —le suplicó.

Entonces él regresó a sus labios, sellándolos como sellaba su promesa.

El sonido de sus móviles los interrumpió poco después, demandando su presencia de vuelta en la casa, y a regañadientes aceptaron regresar a la realidad que los rodeaba.

Estaban llegando a la linde de la casa cuando Jake la paró de repente, cogiéndola de la cintura. Esperaba que la atrajese hacia él para besarla de nuevo, pero parecía tener otros planes. De pronto su cara volvía a parecer impasible y seria.

Se sonrojó al ver lo poco creativa que eran sus ideas, siempre esperando un beso más, un abrazo más, un roce más. Mientras, Jake se había llevado la mano a la espalda, y, un segundo después, ponía delante de ella su pistola.

Sin pensarlo, dio un paso atrás. Después de todo lo vivido, aún le seguía aterrando ver armas tan de cerca. Puede que por ese mismo motivo.

—¿Ahora es cuando me amenazas si cuento algo de lo que me has dicho? —le preguntó, sin ser capaz de sonar divertida. Le costaba con aquella pistola delante.

Jake se aproximó aún con gesto serio, deteniéndose frente a ella y cruzando los brazos. Ella tuvo que elevar su mirada para encontrar los ojos dorados que la observaban. Fue entonces cuando él dejó aflorar su sonrisa ladeada. La que prometía meterse con ella.

—De los dos, ¿quién es el único que ha apuntado al otro con un arma?

Maddie trató de contener sus labios, que se morían por curvarse, así que los apretó mientras lo miraba entrecerrando sus ojos.

—Te lo merecías —le acusó, haciendo que la mueca de él se expandiera aún más. Era su forma de darle la razón.

—Si vamos a hacerlo, necesito que aprendas —le dijo ofreciéndole el arma. Ella la contempló en su mano por un momento, y después extendió su brazo para cogerla.

Jake la sujetó por la barbilla y la miró fijamente.

—Esta vez estate atenta —le advirtió, sin saber que sólo con ese movimiento a Maddie le iba a costar mucho más concentrarse.

Por suerte, no tardó en aprender a cargar y descargar el arma; lo que le intentó enseñar en su última clase. Tuvo que deshacerse de los recuerdos de aquella noche, que empezaban a llenar su mente, para conseguir hacer todo con soltura, y entonces sí avanzaron de vuelta a la casa.

No volvieron a decir nada. Jake había cogido su mano y ella la había acomodado dentro de sus dedos. Se preguntaba qué pensamientos cruzaban su mente en aquel silencio, mientras que en la suya bailaban los ecos de su reconciliación.

Una vez cruzaron el umbral de la puerta, todos en la cocina giraron sus cabezas para observarlos. Maddie decidió evitar a Harper y sus sonrisas burlonas, aunque las de Jordan no eran mejor opción.

Se dirigió junto a Jake al centro del grupo.

—¿Todo bien? —preguntó su amiga haciendo que el rubor tiñera levemente sus mejillas.

Obviando su pregunta, encontró los ojos de Jake observándola desde su estatura. Éste apretó su mano antes de alejarse de ella y ponerse junto al resto de moteros.

—Hemos perdido la ventaja que alguna vez tuvimos con Jake, aunque no lo supiéramos —le concedió. Luego volvió a mirar a sus amigos—. Ellos han ido a por todas. Es nuestro turno. —Tomó aire antes de hablar mientras reunía el valor que sabía que iba a necesitar—. Vamos a por Dylan.

XXXVI.
PLANES

En la teoría, la idea era sencilla: rescatar a su hermano. Era la mayor baza de *La Paloma* para conseguir sus planes, y el tiempo corría en su contra. Bien porque Dylan no aguantase más y hablase, cosa que Maddie imaginaba imposible; bien porque ellos se hartasen y decidiesen acabar con el juego. De cualquier modo, con cada segundo que pasaba se volvía una tarea más difícil, pues el cerco se iba estrechando y cada vez estaban más acorralados, con menos amigos y menos recursos.

—¿Cómo nos enfrentamos con una banda entera? —preguntó Jordan.

—Además, nos estarán esperando —apostilló Fred a su lado. Era el que peor cara ponía a toda esa idea.

Maddie aún pensaba en la respuesta, y Jake, a su lado, parecía hacer lo mismo, entrecerrando los ojos con la mirada perdida. Se preguntaba qué recuerdos estaría rememorando que pudieran ayudarlos.

Fue Harper la que llamó la atención de todo el grupo, que todavía permanecía en silencio ante aquellas preguntas sin respuesta.

—¡Eso no puede importarnos! Hay que rescatar a Dylan —y Maddie sabía que tenía razón. Pero Jake no había podido hacerlo, aun conociendo a *La Paloma* y aquel lugar, y no se le ocurría nada que pudieran hacer ellos para mejorar la situación.

Al menos Jordan a su lado seguía manteniendo el buen humor.

—¿Piensas hacerlo con el brazo así? —le preguntó levantando una ceja y mostrándole su gran sonrisa blanca.

Harper le devolvió la mueca.

—Si quieres, puedes probarme con el otro —levantó su brazo sano, enseñándole el dedo corazón mientras le sacaba la lengua.

Jordan se rio, levantando las manos a modo de rendición.

Maddie quiso sonreír, pero los nervios la tenían bloqueada. Después de aquel intercambio, volvió a centrarse en Jake, que aún no había dicho nada. Cogió su mano y le colocó el pulgar sobre sus nudillos, como él solía hacer. Sólo entonces su mirada descendió hasta sus ojos. Estuvo tentada de perderse en ellos. Deseaba sumergirse en el oro que la observaba. Pero no podía permitírselo en ese momento. Se prometió hacerlo cuando todo aquello acabara. Cuando su hermano estuviera seguro, de vuelta con ellos.

—¿Seguirá en la casa? —preguntó con voz tenue. Los ojos de Jake no la habían abandonado, y le costaba recordar que había más gente a su alrededor.

Por suerte, al menos uno de los dos mantenía la compostura.

—No creo, aunque nos esperarán allí.

Fred seguía con los brazos cruzados y la cara constreñida.

—Entonces ya sabemos a dónde no tenemos que ir.

—¿Y a dónde sí? —quiso saber Lisa, al igual que el resto de los allí reunidos.

—Conozco algunos de sus almacenes —dijo Jake ante el silencio de todos—. Seguramente tengan dinero, además de droga.

—La droga es dinero —sonrió Colin.

—Podemos forrarnos a su costa —Jordan empezó a frotarse las manos.

Pero nada de eso le importaba a Maddie, y estaba segura de que a Harper tampoco, a juzgar por su nerviosismo.

—¿Lo habrán llevado allí? —preguntó. Necesitaban un sitio al que dirigirse, donde empezar la búsqueda.

—Es la única opción —dijo Jake aún con el ceño fruncido. Miraba al suelo, pero su cabeza estaba en otra parte, mientras repasaba toda la información sobre *La Paloma* que pudiera compartir—. Aunque Taube nos espere en la casa, no dejaría nuestro premio allí.

—¿Y no habrá puesto vigilancia a los almacenes? —preguntó Fred.

Jake suspiró y se pasó la mano por la cara. Maddie pudo ver lo cansado que estaba, y sin embargo no le había pedido ni un minuto desde que se encontraron en la colina tras la huida.

—Puede que sí—le escuchó decir.

Ella apretó los dedos de su mano.

—Tendremos que ir con cuidado —dijo, pero no podía permitirse no intentarlo. Haría lo posible por rescatar a su hermano. Tan solo esperaba no perder a Jake en el intento.

—Entonces rescatamos a Dylan y nos forramos con la pasta que les birlemos. Por mi bien —dijo Jordan. Y el resto comenzaron a reírse y a animarse con la idea. Excepto Maddie.

—¡No! Si nos lo llevamos, luego irán a por nosotros. Somos pocos, y tenemos demasiados infiltrados. Apenas tenemos una oportunidad ahora.

Todos la miraban, pero ninguno discutió sus palabras, así que ella continuó.

—No les daremos la oportunidad de recuperarse. Todo desaparece. El dinero, las drogas… Lo que encontremos. Acabaremos con ellos.

—No puedes acabar con una banda así en una noche —repuso Fred, y ella sabía que tenía razón. Aún así, no se dio por vencida.

—Bueno, pues arrasaremos lo que encontremos.

Todos parecieron conformes.

—¿Y Taube? —quiso saber Chris.

Para eso no tenía una respuesta, y temió las palabras de Jake antes de que salieran de su boca.

—Él es mío —avisó. Si había llegado el momento de acabar con quien asesinó a su hermano, esa oportunidad sería suya, y ahora todos lo sabían.

Cerró los ojos preocupada. No quería ver la determinación en su mirada. Le había dicho que sólo pensaba en volver con ella, pero si hacía cosas que se lo pudieran impedir, como perseguir a Taube, no podría asegurar su promesa.

Imágenes de aquel hombre inundaron entonces su mente. Lo visualizaba limpiándose las manos de sangre después de pegar a Jake, mostrando aquella sonrisa sibilina, o riéndose como un maníaco sin control.

Se agarró a su top, como si éste le apretase demasiado a pesar de ser de tirantes. Por suerte la conversación continuó, demandando su atención y liberando su cabeza de aquellas imágenes.

—Lo primero es encontrar a Dylan —Harper se había acercado a ella y le puso la mano sobre el hombro, tranquilizándola. La miraba intensamente, como si quisiera insuflarle la calma

que estaba necesitando. Ella asintió, diciéndose que se preocuparía más adelante de todo lo demás.

En media hora ya estaban en movimiento. Jordan, Fred, Chris y Nathan habían ido a por armas a distintos almacenes secretos que tenían por el pueblo. Colin traía chalecos antibalas de su garaje, y Jake y ella daban forma a los equipos y al plan de ataque, con la poca información que tenían.

Le recordó a la tarde en que habían salido a buscar los coches de *La Paloma* . Jake estaba atento a sus ideas y la miraba como si de alguna forma estuviera orgulloso de ella. En aquel momento, era él quien disponía de toda la información, pero aún así, la escuchaba con atención.

Habían terminado de explicar el plan a todos cuando Colin informó de que saldría un rato antes de partir, para llevar a su novia Sophie y a Harper a un lugar seguro.

Al mismo tiempo, Jake cogía uno de los chalecos de la mesa y empezaba a colocarlo sobre Maddie. Lo observó mientras lo hacía, concentrado en su tarea de sacar su pelo ondulado de debajo del chaleco.

—¿Te parece bien que vaya? —le preguntó extrañada. En cierto modo, esperaba una reacción similar a la que habría tenido su hermano de saber lo que estaban planeando.

—Prefiero no perderte de vista —le dijo después de un momento, y luego sus ojos dorados capturaron los suyos—. Además, no es como si hubiera conseguido frenarte las veces anteriores, ¿no? Así al menos no tendré que preguntarme qué locura estarás haciendo —dijo tirando de una de las cintas del chaleco de forma dramática para que se acercase a él. No pudo evitar sonreír, al igual que él hacía.

—Vaya, me ha salido el novio controlador —dijo sin pensar. Cuando estaba con él, solía ocurrirle demasiado a menudo.

Y fue cuando divisó la amplia sonrisa que crecía en su rostro que reparó en sus palabras.

—Perdona, quería decir…

—Creo que está muy claro lo que querías decir, y no tienes que disculparte —dijo al borde de la risa. Luego se agachó delante de ella y la cogió en volandas por las piernas. Ella rápidamente las colocó alrededor de su cintura, facilitando su abrazo. Jake le dio un rápido beso que ella alargó sin dejar que se alejara—. Me gusta cómo suena —confesó él.

—¿Lo de controlador? —intentó picarle, aunque los nervios la tenían demasiado alterada.

—Eso también —dijo Jake antes de demandar sus labios. Cuando terminó con el beso la bajó, y con los pies en la tierra, también literalmente, pudo pensar en todo lo que estaba apunto de ocurrir sin poder evitar la sensación de ansiedad en la boca del estómago.

Jake la miraba preocupado.

—¿Tienes miedo?

No sabía si buscaba la excusa para conseguir que se arrepintiera, pero no iba a permitírselo.

—No voy a echarme atrás —le avisó evitando su mirada.

Escuchó su risa leve frente a ella. Entonces él la cogió por la barbilla, impidiendo que se escapara.

—Es bueno tener miedo, te mantiene alerta —le explicó.

Después de un momento confesó.

—Vale, entonces estoy cagada.

Jake se rio, haciendo que el sonido vibrara en el pecho de Maddie. Enseguida un calor recorrió su cuerpo, eliminando todas las dudas y el frío que la envolvía.

—¿Tú tienes miedo? —preguntó curiosa. Estaba segura de que la respuesta sería no.

Él no contestó enseguida, sino que se quedó jugando con su cabello un rato antes de colocarlo detrás de su hombro.

—No lo había tenido hasta ahora —admitió.

Sintió el estómago encogiéndose.

—No puedo quedarme atrás.

Vio su esfuerzo por sonreír, y su fracaso. Entonces, se acercó a ella, robándole un beso que se quedó en su boca. Luego apoyó su frente sobre la de ella y, después de un momento en el que parecía haber recobrado el buen humor, se separó.

—Estás increíblemente sexy con este chaleco —le dijo, su sonrisa anunciadora de problemas adornando sus labios.

—Yo me veo rara —repuso sonriendo a su vez.

Él tiró de su chaleco, acercandola a él.

—Estás segura, y viva; y quiero que siga siendo así mañana.

—¿Tú no te pones uno? —le preguntó fijándose en que su cuerpo aún estaba demasiado accesible.

—Sí. No soy de acero —bromeó mientras Maddie recordaba las veces que se había cuestionado aquella afirmación.

—Entonces, el plan… —Había memorizado todo, pero estaba tan nerviosa que necesitaba volver a recordarlo una última vez.

—Rescatamos a tu hermano y desmantelamos los almacenes por el camino —le explicó —. Entramos, destrozamos, salimos. Con suerte habrá pocos hombres vigilando y los pillaremos desprevenidos. Es improbable que esperen un ataque esta misma noche, después de todo lo que ha pasado.

Ella asintió lentamente. Jake parecía bastante entero, aunque aún no había compartido nada de lo ocurrido en la casa.

—¿Va a… morir gente? —Miraba sus manos antes de que Jake las cogiera y recorriera sus nudillos con el pulgar.

—Tú no tienes que preocuparte por eso. Estarás a salvo. Haré lo que haga falta para asegurarme de que sea así.

Ella siguió hablando con un hilo de voz.

—También te quiero a ti a salvo. Tienes que volver a mi, ¿recuerdas?

Una de sus manos abandonó las suyas para posarse sobre su cuello, irradiando calor en cada milímetro de piel que tocaba.

—Te aseguro que no pienso en otra cosa —le dijo.

Luego cogió el arma que habían usado en el bosque y se la entregó.

—Venga, enséñame cómo lo haces.

Maddie estuvo manipulando el arma sin descanso hasta que Harper se acercó a ellos.

— *Di*... —Entonces, Jake se alejó para darles un momento—. ¿Estás segura de esto? —preguntó preocupada mientras le entregaba su chaqueta vaquera.

Ella la tomó.

—No puedo quedarme atrás.

—Nunca has podido —dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Ayudó a Maddie a ponerse la cazadora sobre el chaleco y le colocó el cuello—. No mueras hoy, *Di* —le pidió.

Maddie la abrazó fuerte.

—Esto no es una despedida —dijo, temiendo que sí lo fuera.

Su amiga no dijo nada más y siguió a Colin fuera de la casa.



La noche se había vuelto oscura y cerrada según se habían ido acercando al primer almacén de la lista. Se habían separado en dos grupos para abarcar más ataques, teniendo en cuenta que, según Jake, únicamente pasaban la noche en los almacenes dos o tres personas.

Maddie, Jake, Fred y Jordan avanzaron con sus motos en punto muerto cuando se encontraron a unos metros del almacén, a las afueras de Plantío. No había nadie por la calle, pero, aún así, se movieron con cautela.

A medida que se acercaban, le costaba no fijarse en Jake. Antes de salir en su misión habían pasado a recoger sus motos. La suya la esperaba en casa de Harper, donde la dejó antes de que todo se torciera aquella tarde.

La de Jake yacía en el bosque, aplastada contra un árbol cerca de la casa abandonada, por lo que tuvieron que ir al taller de Brody a recoger la Triumph escondida bajo la lona de plástico. La que nunca montaba. La que perteneció a su hermano.

Nadie había percibido la rigidez de su cuerpo cuando pasó su pierna por el asiento, o cuando puso las manos sobre el manillar. Ella sí.

Sin embargo, se movía sobre la moto como si siempre lo hubiera hecho. Y Maddie lo encontraba especialmente atractivo sobre ella.

Se esforzó por no perderse en su silueta recortada por la luna y miró a su alrededor. Avistó un coche que había aparcado en el exterior de la nave. Era uno de los de la lista. Enseguida los nervios empezaron a martillear su cuerpo. Había gente allí.

Jake iba en cabeza, mostrándoles el camino, y ella lo seguía dando pequeñas bocanadas, temiendo que cualquier ruido pudiera alertar de su presencia, incluso su respiración. Su intento de calmar los nervios había resultado ser en vano, pero Jake le había dicho que la mantendrían alerta. Estaba comprobando que era cierto.

Se acercaron al edificio y subieron por unas escaleras de incendio con sigilo. Eran metálicas, por lo que tuvieron que poner mayor cuidado en no hacer ruido al moverse por ellas.

Alcanzaron una ventana que Jordan pudo abrir después de unos minutos.

Jake cogió la mano de Maddie, presionándola levemente.

—Pégate a mí, ¿vale? —le pidió, y ella asintió. Un momento después, los cuatro se colaban por la ventana.

Aterrizaron en una pequeña habitación. La única luz que entraba se filtraba por la puerta entreabierta. Maddie se acercó a Jake, obedeciendo su única orden.

De pronto, el haz que iluminaba la habitación parpadeó debido a una sombra que pasó por delante. Todos se quedaron congelados y sólo Jake se movió. Se asomó a la puerta para ojear rápidamente el lugar. Cuando regresó a la estancia, les hizo señas.

Maddie no estaba muy familiarizada con ellas, pero le pareció entender que había dos hombres en el piso de abajo y uno en el piso de arriba. El que había pasado por delante de ellos un momento antes.

Luego, les hizo a todos una señal para esconderse y Maddie, aunque un segundo más tarde, también lo hizo. Cuando se hubo ocultado tras una estantería llena de cajas, Jake hizo algunos ruidos en la pared, buscando llamar la atención de quien hacía guardia en el piso de arriba.

Aquello funcionó, pues, unos segundos más tarde, aquel hombre abría lentamente la puerta, bañando todo con la luz amarilla del exterior. Maddie pudo ver desde su escondite cómo se fijaba en la ventana abierta por la que habían entrado, pero, antes de poder moverse o decir nada, Jake se había abalanzado sobre él, rodeando su cuello con el brazo.

Fred se había acercado al mismo tiempo y le arrebataba el arma de las manos. Jordan había estado apuntándole todo ese tiempo, y Fred, después de guardarse su arma, hizo lo mismo.

Unos segundos después, el hombre perdía el conocimiento bajo el abrazo de Jake y cayó al suelo cuando éste lo dejó lentamente, evitando hacer ruido. Lo acercó arrastrando hasta el radiador que había bajo la ventana, y luego buscó a Maddie con la mirada.

—Espósalo —le pidió. Ella sentía el corazón a mil en su pecho, bombeando descontrolado, y seguramente haciendo que sus manos temblasen.

Sin embargo, no pensaba dejar que eso le afectase. Se acercó al cuerpo inconsciente mientras Jake sacaba unas bridas de su pantalón; iguales a las que había puesto alrededor de sus muñecas unas horas antes.

Cuando las cogió, él aprovechó para agarrarle la mano también. Luchó para seguir entera y no desmoronarse ante su tacto.

—Estoy bien —mintió, sin importarle que Jake la descubriese en su engaño. Puso las bridas alrededor de las manos de aquel hombre y luego las enganchó al radiador.

Una vez terminó, él escondió su mano bajo su pelo, dibujando pequeños círculos. Cuando la miró, le sostuvo su mirada un momento.

—Vamos —dijo él mientras se levantaba.

Bajaron las escaleras en silencio. Eran abiertas, y si alguno de los dos hombres que estaban abajo se giraba, podrían verlos; y peor aún, estarían vendidos, sin escapatoria ni escondite.

—¡Eh, Craig! —gritó uno de ellos desde el sofá destartalado en el que estaban recostados. Tenían los móviles en sus manos, pero las armas estaban demasiado cerca como para no ser una amenaza.

Ante su grito, los cuatro se pararon, y sólo reanudaron el camino cuando la conversación siguió.

—¿Qué coño hace arriba? —preguntó el primero a su compañero.

—Yo qué sé. Estará pidiéndole la cena a su madre —contestó el segundo mientras se reía, aún ensimismado en su móvil.

—Voy a ver. —El primero se levantó cogiendo su arma. Jordan aún estaba terminando de bajar los escalones cuando aquel hombre lo vio. Permanecieron quietos durante el breve segundo en el que ambos entendieron lo que estaba pasando.

Para cuando el hombre alzó su arma, Jordan ya estaba agachado detrás de una mesa. Pero eso no impidió que aquel hombre disparara en su dirección. En décimas de segundo, su compañero estaba también disparando en la misma dirección, y Jordan y Fred devolvían el fuego.

Jake había arrastrado a Maddie a un lado de la planta, escondiéndola detrás de unos armarios. Cuando supo que estaba a salvo la miró y, sin decir nada más, regresó agachado al

tiroteo que estaba teniendo lugar allí, buscando el mejor sitio desde el que abatir a sus enemigos.

Mientras se movía, no lo perdió de vista. Se encontraba tan nerviosa que el estruendo de los disparos parecía un murmullo en sus oídos. Solamente podía mirar a Jake y suplicar que no le ocurriera nada.

Entonces algo interrumpió su visión. Uno de los hombres de *La Paloma* se había movido hasta donde ella estaba. Vio cómo se acomodaba contra las cajas que tenía delante mientras apuntaba a Jordan, a unos pasos de él, que aún no se había percatado de la posición de aquel hombre.

Sin pensar en lo que hacía, se lanzó en su dirección para impedirle disparar. Su arma abrió fuego, pero falló en su objetivo gracias al empujón que le había dado. Éste se giró furioso apuntándola, pero se quedó paralizado cuando vio a Maddie agachada frente a él. Para cuando quiso reaccionar, una bala atravesó su brazo. Empezaba a gritar cuando Jake se abalanzó sobre él con fiereza, lanzándolo contra la pared.

Del golpe perdió el arma. Intentó cogerla, pero Maddie se precipitó hacia ella con la intención de arrebatársela. En ese momento, distraído con Maddie, Jake le cogió del cuello de la camiseta y descargó un brutal puñetazo en su cara.

Éste trató de dar una patada a Jake para defenderse, pero él lo cogió por el pie y, tirando de él, lo lanzó de nuevo contra la pared. Una vez en el suelo, aún aturdido, Jake le dio otro puñetazo dejándole por fin k.o.

Maddie miró alrededor buscando al segundo hombre, pero estaba a punto de correr la misma suerte que el primero. Había caído al suelo, sujetándose la pierna en la que había sido disparado. Jordan daba una patada a su arma para alejarla de su alcance y Fred le daba otra en la cabeza, dejándolo sin conocimiento.

La respiración de Maddie estaba totalmente descontrolada. Entraba y salía de su pecho con furia, quemando su garganta a su paso. Aún así, se mantuvo tan quieta como pudo.

Tanto Fred como Jake desplazaban los cuerpos bajo una ventana con otro largo radiador y ella se acercó sin decir nada. Mientras Fred cogía los móviles y los ojeaba, Maddie sacó de su bolsillo las bridas que aún le quedaban y los esposó al radiador. Notaba a Jake observando sus movimientos, por lo que se concentró con más ahínco en su tarea.

Hasta que no terminó, no se permitió buscarlo con la mirada. Y cuando lo hizo, recorrió rápidamente su cuerpo en busca de heridas, hasta por fin dejarse caer en sus ojos.

—¡Joder, mira lo que tienen aquí! Nos haríamos de oro —Jordan llamó su atención. Estaba abriendo el plástico que recubría fajos de billetes amontonados en un pallet.

Jake le pasó un mechero.

—Buscad algo para prender.

Ella se había alejado, abriendo todas las puertas de aquel almacén, pero ninguna le llevaba a su hermano. Les informó rápidamente de que no se encontraba allí, a la vez que luchaba por no desmoronarse. Sólo era el primer almacén. Jake sabía de varios más en los que buscar.

Mandó un mensaje a Colin para informarles de que la búsqueda continuaba, y lidió contra la misma desazón cuando éste le confirmó que ellos tampoco habían encontrado a Dylan por el momento.

Poco más tarde, tanto la droga como el dinero ardían dentro del almacén y ellos se alejaban sobre sus motos.

No tardaron en llegar al segundo almacén de la lista. Actuaron como hicieron con el anterior. Se acercaron en punto muerto y aparcaron las motos a cierta distancia. La poca

tranquilidad que Maddie había recobrado al cruzar la carretera empezaba a disiparse con cada paso que daban hacia el edificio.

Jake había cogido su mano y subía y bajaba los nudillos de Maddie con su pulgar. Aún no había decidido si hacía eso para tranquilizarla a ella, o porque le calmaba a él. Cualquiera de las dos opciones le parecía válida, así que no pensó en preguntarle. Alzó la vista hasta él, y cuando éste se sintió observado, se la devolvió. Pero ninguno dijo nada.

Estaba segura de que ambos podían sentir la misma preocupación y determinación por seguir adelante.

Pararon cuando llegaron a la esquina del edificio que rodeaban, desde donde podrían ver la entrada del almacén objetivo.

Había dos hombres en la puerta, con sus caras iluminadas por los cigarrillos que fumaban. Cuando Maddie pudo verlos, dio un paso hacia atrás, chocando contra el pecho de Jake, que se encontraba a su espalda.

Al levantar la mirada hasta él, atisbó su cara de preocupación.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó confuso.

Ella negó rápidamente.

—Son los hombres del muelle —le informó. Los que habían intentado atemorizarla y secuestrarla unas semanas atrás.

Jake sonrió mientras la acercaba por la cintura y se agachaba para susurrarle al oído:

—Entonces ya sabemos que son unos gallinas.

Maddie frunció sus labios en una sonrisa. Estaba intentando tranquilizarla a pesar de la situación. Seguía cuidándola y protegiéndola, y, si no hubiera estado tan nerviosa, le habría besado en ese mismo momento. En su lugar, se quedó contemplándolo totalmente ensimismada y enamorada, sabiendo que era imposible que le pudiera gustar más.

Ese mismo deseo reinaba en la mirada de Jake cuando abandonó sus ojos para concentrarse en sus labios. No había dicho su nombre, pero su respiración se aceleraba como si así fuera. Necesitaba concentrarse.

Parecía que él hubiera escuchado sus pensamientos, o quizás tenido los mismos, al apretar su mano levemente antes de recorrer sus nudillos una última vez.

—Vamos —dijo, y sacando el arma del pantalón comenzó a acercarse sigilosamente a la entrada del almacén.

Una vez estuvieron lo suficientemente cerca, los sorprendieron con la misma eficacia que en el anterior asalto. Jake se encargó de uno de ellos, asestando contra él tal golpe que apenas tuvo tiempo de reaccionar. Jordan y Fred se encargaron del segundo arrebatándole el arma y evitando que pudiera gritar y avisar a los que pudieran estar dentro.

Cuando hubieron inmovilizado a ambos, Jake dirigió al grupo por un callejón donde había una entrada lateral.

Maddie sentía que se le iba a salir el corazón a cada segundo que pasaba.

Entraron en el edificio, y se escondió rápidamente siguiendo las instrucciones de Jake. Luego él, Fred y Jordan se acercaron a los dos hombres que vigilaban el espacio.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Jake salió de entre las sombras asestando un rodillazo en el pecho del primer enemigo. Éste salió disparado, seguramente perdiendo todo el aire que tuviera en sus pulmones. Pero antes de que Jake pudiera dejarle inconsciente, empezaron a producirse disparos, obligándole a cubrirse y dando tiempo a que su contrincante se recuperara.

Jordan y Fred habían intentado atacar del mismo modo a su oponente, sujetándolo y

arrebatándole el arma, pero este había sido más rápido y, una vez disparó, tuvieron que ocultarse.

Maddie observaba todo aterrada, temiendo que hubieran dado a alguno de sus amigos. Le tranquilizó en cierto modo ver que los tres aún defendían sus posiciones.

Intentó centrarse, pensando en la forma de ayudarlos, pero, aunque sacase su pistola, no iba a ser de mucha ayuda con eso. El tema de apuntar aún no lo había practicado. Como mucho, podría disparar al aire para atraer su atención, pero no estaba segura de no poner a los otros en peligro.

Se anotó mentalmente que tendría que pedirle más clases a Jake. Quizá de día y sin distracciones.

Sacudió la cabeza mientras hacía un esfuerzo por concentrarse en el caos que ocurría a su alrededor. Habían venido a por Dylan, o si no, a destruir el dinero y la mercancía. A lo mejor, si ella pudiera encargarse de eso mientras los demás se disparaban, podrían salir de allí antes de que los tiros alertasen a la policía, o alguno acabase herido. Sin embargo, se fijó en que no había ni rastro de la droga ni del dinero por allí.

Echó un vistazo alrededor. El único sitio donde quizá podría estar su hermano era en una habitación que había al fondo de la planta baja.

Buscó a Jake con la mirada para comprobar que seguía bien antes de marcharse, y se encontró con que sus ojos llevaban un rato observándola. No dijo nada, pero sabía que conocía sus planes. Asintió levemente con la cabeza y se levantó para seguir disparando. Maddie salió corriendo, agachada, esperando llegar a aquella puerta antes de que una bala la alcanzara.

Se pegó a la pared en cuanto cruzó su umbral, y mientras recobraba el aire, se fijó en aquel espacio. No era tan grande como el que acababa de abandonar. Había una especie de despacho con una mesa de escritorio y una silla a un lado, y al otro puertas para camiones que daban al exterior. En el centro de la estancia se erigian dos pallets precintados con plástico negro y delante de ellos, una silla con un persona en ella.

Maddie se quedó paralizada al verlo. Había encontrado a Dylan. Lo que no sabía era su estado.

Se acercó corriendo a él, casi lanzándose a sus pies cuando sus piernas ya no pudieron sostenerla más. Se le había formado un nudo instantáneo en la garganta que apenas la dejaba respirar, y, aunque sus ojos se estaban acostumbrando a la tenue oscuridad de aquella estancia, las lágrimas apenas le permitían ver nada.

—Dylan —le movió con cuidado la rodilla mientras su nombre le ardía al pronunciarlo. Tenía la cabeza ladeada, apoyada en su propio hombro. Fue a sostenerla, esperando que despertara mientras seguía repitiendo su nombre en un susurro agonizante.

Entonces su hermano frunció el ceño, como si su voz le molestara. Maddie no pudo contener su llanto al ver que seguía con vida.

Comenzó a tirar con furia de las bridas que aplastaban su cuerpo contra aquella silla, aunque sólo conseguía clavárselas en los dedos. Se levantó y se dirigió corriendo al escritorio que había allí, en busca de algo que pudiera ayudarle a cortar aquellos plásticos. Acababa de encontrar un abrecartas cuando alguien le arrebató la pistola de su espalda y le puso el brazo alrededor del cuello, demasiado fuerte para poder moverse.

—Hola preciosa. ¿Me has echado de menos?

Los nervios de Maddie golpearon su cuerpo en cuanto escuchó la voz de Tanner susurrando en su oído.

Por supuesto, él no esperó a su respuesta y, como si apenas ofreciera resistencia, comenzó

a arrastrarla de vuelta a la nave principal, donde aún retumbaban disparos. No tardaron en silenciarse en cuanto Tanner y Maddie aparecieron por la puerta. Éste apartó por un momento el arma de su cara para disparar al aire.

—Vamos a calmarnos un poco, ¿eh? —dijo divertido.

Todos se habían quedado quietos, escondidos aún tras los objetos que cubrían su posición. Únicamente Jake permanecía de pie sin perder de vista a Tanner, a pesar de que Maddie deseaba que le regalara su mirada.

El surfero hundió la pistola en su mejilla, haciendo que sus pulsaciones se descontrolasen.

—¡¿Cómo coño la traes aquí?! ¿Estás loco? —gritó a Jake. Luego se rio, y algo en su risa le recordó a Taube—. Joder Jake —continuó con sorna—. ¡Pensaba que te gustaba de verdad! ¡Que la querías!

Ella se movió bajo su brazo intentando liberar un poco su garganta.

—¡Jake! ¡Dylan está aquí! —expulsó las palabras de su boca en un grito ahogado antes de que Tanner aplastará aún más el arma contra su mejilla.

—Para, *amor* —le dijo con más brusquedad de lo que sus palabras pretendían demostrar—. Lo cierto es que estoy celoso, ¿eh? Cuando te enteraste de lo mío, te faltó tiempo para querer matarme. En cambio, aún estás con él, a pesar de que su engaño fue más largo y de que intentó matar a tu hermano. Aquí seguís, juntitos.

Jake permanecía impasible, sin mover un sólo músculo de su cuerpo, sin levantar los ojos de Tanner, al que miraba con un odio que podía palparse cruzando el ambiente.

El surfero se rio al ver cómo su rostro se iba transformando con la rabia.

—Esa misma cara es la que ponías cada vez que le metía la lengua en su preciosa boca, ¿eh? —La cogió de las mejillas y alzó su cara para poder verla—. ¿Lo has echado de menos? —le preguntó.

—¡Me das asco! —Maddie le dijo a duras penas, sin poder mover bien su mandíbula.

Él colocó el brazo alrededor de su cuello, apretándolo un poco más.

—Creo que no entiendes quién tiene el poder aquí, preciosa. Mira, tu chico sí lo entiende. Por eso está con el rabo entre las piernas —se rio de su chiste mientras a Maddie se le revolvía el estómago.

Tanner siempre había sido objeto de la furia de Jake, y le preocupaba hasta qué punto podía provocarlo y conseguir que se desconcentrase lo suficiente como para acabar con él.

Por suerte, cambió rápidamente de tema.

—Dime, ¿cómo tenéis los cojones de venir a nuestra propia casa? ¿No has tenido suficiente con la paliza de hoy? —preguntó cabreado.

Si esperaba realmente una respuesta o no, Maddie no lo sabía. Aún así, se la dio.

—Vamos a acabar con vosotros —dijo con tanta rabia como pudo concentrar.

—Maddie —Jordan la llamó, quizá esperando que se callara para no seguir enfureciendo al surfero, o quizás por miedo a que revelara sus planes. De cualquier modo, ella no dijo nada más.

Tanner, en cambio, se reía sobre ella, echándole su aliento que poco tenía que ver con la menta, el mar y la sal que la embriagó los primeros días de conocerle. En aquel momento olía a alcohol y tabaco, y le repugnaban los dos aromas.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? No sois asesinos, ¿no? No me matasteis aquel día en el muelle —dijo. Al ver que nadie contestaba, ni siquiera Maddie, continuó un poco más irritado, susurrando al oído sólo para ella—. Supongo que en eso nos diferenciamos. Yo sí lo soy,

preciosa. —Entonces separó el arma de su cara y lo dirigió a Jake. Empezó a disparar y se olvidó del brazo que tenía alrededor del cuello de Maddie. Ella aprovechó la ocasión para escapar, pero en lugar de alejarse y esconderse, se lanzó a por su pistola, que aún disparaba hacia Jake.

Tanner se deshizo de ella y tiró de su pelo con brusquedad, obligándola a dar dos pasos atrás hasta que chocó contra su pecho. Por más que intentaba salir de allí, el agarre que mantenía sobre su pelo no se soltaba. Entonces decidió echar la cabeza hacia atrás en un rápido movimiento, golpeándole la nariz.

Consiguió separarse de él mientras éste se tocaba la cara, en aquel momento cubierta de sangre, y con más cayendo por su boca y su camiseta.

—¡Puta! —le gritó mientras alzaba el arma hacia ella.

No podía hacer nada. Sólo buscar a Jake con la mirada, sumergirse en sus ojos, si iba a ser la última vez que los vería.

Entonces lo oyó. El disparo ahogando el ruido a su alrededor. Haciendo desaparecer todo a su paso. Incluidos los ojos dorados que la miraban aterrados.

XXXVII.
ENTREGA

El vacío se cernía sobre Maddie. Se extendía desde su pecho a todo su cuerpo, arañando en su camino por atrapar más de ella. No había nada a su alrededor. Sólo el fuego que recorría su interior desde el centro de su ser, incendiando cada uno de sus nervios a su paso. Un fuego que la asfixiaba y la hundía más en la penumbra, sin tener nada a lo que agarrarse para no caer.

Llegó un olor que se coló hasta sus pulmones cuando el aire no era capaz de hacerlo. Le gustaba, era lo único que sabía. Quería quedarse allí, bañada en ese aroma que le transmitía paz. No identificaba el olor a tierra mojada o a frescor. Un olor que siempre venía con algo más. Con un beso. Sus manos echaban algo en falta cuando ese aroma llegaba a ella. Pero no era capaz de recordar el qué.

Y siguió cayendo, perdida en las sombras mientras algo la movía y una voz a lo lejos clamaba un nombre. Si se centraba, quizá podría escucharlo bien. Después se percató de que el nombre que esa voz gritaba era el suyo.

—¡Madison!

Abrió sus ojos de pronto. Era a ella a quien llamaban. Era Jake quien lo hacía, agachado a su lado, mirando sus ojos como si los hubiera perdido en algún momento. Como si temiera perderlos de nuevo.

Quería saber por qué sus cejas estaban tan juntas mientras la contemplaba. Quería preguntarle el motivo de su enfado. Pero en cuanto abrió la boca, notó la falta de aire que la asfixiaba. Un peso insoportable la aplastaba y no la dejaba respirar.

Se tocó el pecho en un intento vano de quitar esa carga, pero no había nada allí. Únicamente su cuerpo, ardiendo bajo sus dedos.

—Me ahogo… —intentó decir. Sus ojos se abrían en terror. ¿Iba a morir así? ¿Ahogándose por nada? ¿Por qué Jake no lo impedía?

—Madison —la llamó, consiguiendo atraer su atención. No estaba calmado. Podía notarlo, a pesar de su esfuerzo por parecerlo. Sabía que tras esa fachada se alzaba la preocupación—. Tranquila, estás bien —le dijo.

Pero era mentira. Tenía que serlo. Se estaba ahogando. No conseguía respirar. Y cada movimiento de su pecho en el intento le quemaba como una llama viva en su interior.

Se sujetó a la camiseta de Jake y él cubrió su mano con cuidado.

—Madison —repitió. Con su otra mano sujetó su cara, para que se enfocara en él y sólo en él—. Respira. Estás bien. Tienes que tranquilizarte —le pidió.

Le costó un rato conseguir hacer lo que decía. Se quedó mirando sus ojos por miedo a que el abandonarlos volviera a sumirla en la asfixia. Y poco a poco fue calmando su respiración, consiguiendo que algo de aire pasara más allá de su garganta, a pesar del dolor que le producía.

—Tanner —dijo según la imagen del surfero llegó a su cabeza. El recuerdo de él disparándola. Abandonó la camiseta de Jake para tocarse la suya, buscando el chaleco que ya no

estaba.

—Madison, mírame —fue toda la respuesta que le dio, sujetando con fuerza su cara—. Joder, mírame, ¿vale?

Siguió respirando con fuerza mientras se calmaba, haciendo lo que Jake le pedía, a pesar de que el dolor no le permitía concentrarse. Cerró los ojos durante un segundo, como si así pudiera hacer que éste mitigase.

—Te han disparado en el pecho, pero el chaleco te ha salvado —Jake le explicó. Acariciaba su cara con el pulgar mientras la sujetaba sin dejar espacio a que se moviera y perdiera de vista sus ojos.

Ella volvió a tocarse el pecho donde más le dolía, donde debía llevar puesto el chaleco.

—Duele mucho —se quejó, evitando las lágrimas que luchaban por liberarse de sus ojos.

—Lo sé. Por eso tienes que tranquilizarte, ¿vale? Respira despacio.

Ella asintió. Siempre había tenido predilección por saltarse las reglas de Jake, pero sabía que si las incumplía en ese momento, se haría daño a sí misma, y también se lo haría a él. Se mostraba muy preocupado, y ella les había querido acompañar para ayudarlos, no para ser un problema más.

—Estoy aquí contigo —le dijo bajando la mano de su cara al cuello, que recorría con la yema de sus dedos.

—¿Tú estás bien? —le preguntó, estudiando su rostro con la mirada. Necesitaba saber que no tenía más motivos por los que preocuparse.

—Salvo por el susto que me has dado, todo bien —le dijo—. Vamos a tener que reforzar tus clases de lucha, ¿vale? —bromeó.

Pero ella seguía inquieta ante la falta de información.

—¿Y Tanner? —preguntó, aquel nombre ardiendo en su garganta.

—No volverá a molestarnos —fue todo lo que dijo, mientras su cara se volvía impasible. No mostraba ninguna emoción aparte de la furia que ese nombre siempre le había provocado.

No estaba segura de lo que significaba que *no volvería a molestarlos* . Posiblemente lo peor: que estaba muerto.

Se movió incómoda en su sitio, con ganas de sentarse. Apenas tuvo que hacer esfuerzo, pues Jake la levantó con cuidado en cuanto vio sus intenciones.

El pecho seguía doliéndole demasiado, y sentada, sus pulmones parecían arrugarse, dificultándole la respiración.

Jake la observaba tenso. Había apartado el pelo de su cara para poder verla mejor.

—Estoy bien —le aseguró, sabiendo que no engañaba a nadie. La expresión de cabreo que iba haciéndose con el rostro de Jake era prueba suficiente.

—Lo siento. Sólo quería ayudar. No miré… —cortó su discurso al recordar que había encontrado a Dylan, pero Jake seguía concentrado en ella.

—No has hecho nada mal — la cortó. —Salvo jugarte la vida. Tenía que haberte enseñado algo más. Tenía que haberte protegido mejor. No debí dejarte ir sola. —La contemplaba con una intensidad en la mirada que dejaba al descubierto su dolor.

No tuvo tiempo de contestarle cuando su hermano apareció por la puerta. Éste escaneó el almacén rápidamente y cuando posó los ojos sobre Maddie, corrió hasta ella.

—¡Maddie! Joder, ¿estás bien? —Se agachó a su lado y la abrazó.

Ella gimió de dolor al notar sus huesos aplastados bajo su fuerza. Cuando abrió los ojos, pudo ver a Jake al borde del colapso, decidiendo si quitárselo de encima o no.

—Creo que eso debería preguntártelo yo a ti —se separó con delicadeza.

—A mi no me han disparado —le dijo. Y aunque se alegraba de que así fuera, lo que le había ocurrido a su hermano se le antojaba mucho peor.

Al ver el aspecto que tenía, su estómago se encogió. Estaba todo cubierto de sangre. Una capa de rojo oscuro ocultaba su cara y teñía su camiseta, que horas antes había sido verde. Sus pómulos se habían inflamado, y tenía cortes en ellos y en sus cejas, fruto de los golpes que llevaba recibiendo todo el día. Casi le costaba reconocerlo. Y sin embargo, su energía parecía intacta.

Se preguntaba cómo era capaz de mantenerse en pie, de preocuparse por ella como lo hacía.

—No, sólo llevan todo el día pegándote una paliza —le dijo—. Cuando te he visto, yo… —el nudo de su garganta apareció otra vez ante los recuerdos.

Entonces los hombros de su hermano se relajaron, y cuando éste habló, lo hizo con ternura.

—Eh. Qué estoy bien, ¿vale? Tranquila. —Después de estrechar levemente su abrazo, la miró sin ocultar el miedo que sentía—. Joder, *Di* —la estrechó contra sí una vez más.

Pero, aunque su gesto debía sesogarlo, la respiración de su hermano se volvía más dura y pesada.

Finalmente se levantó, y, pese a que no atisbó a ver su cara, sus puños cerrados le daban una pista de lo que le ocurría.

Jake se levantó a su vez.

—Dylan —le llamó ante su silencio.

Éste se giró con la rabia escrita en su rostro. Maddie le vio cerrar con mayor fuerza el puño, que quedaba a su altura, y antes de que pudiera pararlo o avisar a Jake, su hermano lo lanzó contra su cara.

—¿No ibas a cuidarla? ¿Qué coño hace ella aquí? —le gritó cabreado.

Maddie se levantó corriendo, haciendo caso omiso al dolor palpitante de su pecho.

—¡Dylan! ¡Para! —Trató de llegar a él, pero el fuerte mareo que sintió casi le hizo dar un traspiés. Jordan se había acercado a sujetarla a tiempo y la miraba con la misma preocupación que el resto.

Su hermano se acercó a ella, aunque no era capaz de remitir su cabreo y mantuvo cierta distancia.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —bramó señalándola.

Ella soltó la mano de Jordan y se acercó hasta su hermano.

—Estoy bien, ¿vale?

—¿Estás bien? Joder, ¿te has visto? —le dijo tirando de su camiseta. Cuando Maddie miró abajo, pudo ver el gran moratón que cubría la mayor parte de su pecho hasta alcanzar la base del cuello. A pesar de haber llevado el chaleco antibalas, la fuerza del disparo había dejado marcas en su cuerpo.

En ese momento, entendió la rabia de Jake mientras la contemplaba; incluso la de su hermano, que seguía acorralándolo.

—Puto traidor. ¡Debí matarte en la casa! —Lo empujó con fuerza.

Maddie veía cómo Jake apenas se defendía de los golpes de su hermano. Se acercó rápidamente a ellos, interponiéndose entre los dos.

—¡Dylan, para! Fui yo quien decidió venir aquí —le dijo con determinación.

—¿Y qué coño crees que haces aquí? ¡Esto no es un juego! —Llegados a ese punto, era incapaz de refrenar sus gritos, y Maddie alzó también su voz.

—¿Crees que no lo sé? ¡He visto cómo te daban una paliza delante de mis ojos!

—¿Y venías buscando la tuya? —Se acercó a ella con furia, hasta que sus caras quedaron a centímetros de distancia. Pero Maddie no se movió de su sitio.

—¡Venía a por tí, gilipollas! —Lo empujó para alejarlo. Sin embargo, él volvió a la carga, señalándola, pero sin llegar a tocarla.

—¡No te quiero aquí! ¡No quiero que vengas a por mí! —le gritaba.

Maddie hizo caso omiso del dolor en su pecho. Si se debía a las palabras de su hermano, o al disparo, no quiso discernirlo.

—No me importa lo que quieras. Soy parte de la banda, igual que todos —dijo, sintiendo como sus mejillas se tornaban rosas por la vergüenza de decir esas palabras en alto. Había estado expuesta al peligro como los demás desde el primer día allí. O incluso más, debido a su temeridad.

Pero le preocupaba que nadie más la creyera parte del grupo. Puede que ni siquiera ella lo hiciera realmente. Aún así, quería hacerlo, y por ello no se echó atrás. Era donde quería estar.

Su hermano, por el contrario, no estaba por la labor de ceder. Cambió su tono de voz a uno más bajo e intimidante.

—Aquí cada uno tiene su lugar. El tuyo ni siquiera está en esta banda. —Fue tan cruel como pudo, esperando acabar con la idea de Maddie de formar parte del grupo.

Sus palabras dieron en el blanco, provocando que soltara el aire que contenía y se ahogara en su incapacidad de recuperarlo. Su cuerpo reaccionaba a cámara rápida, y tuvo que poner todo su empeño en hablar lento, con una calma que no sentía en absoluto.

—Que tú nunca hayas sido capaz de verme como parte de esta vida, no significa que no lo sea.

—¡Ni siquiera sabes disparar! —gruñó.

—¡Sí que sé! —repuso ella rápidamente. Haber aprendido unas horas antes a cargar y descargar un arma no podía considerarse saber disparar, pero no iba a delatarse. Únicamente esperaba que Jake tampoco lo hiciera.

Las cejas de Dylan se unieron al tiempo que comprendía sus palabras. Entonces se giró hacia Jake, que, al igual que el resto de la banda, había estado atento a la discusión por si debía intervenir.

—¡¿Estás de coña?!

Maddie hizo una mueca evitando su sonrisa al ver la de Jake aparecer mientras se encogía de hombros ante su hermano.

—Pensé que era mejor que estuviera preparada, dadas las circunstancias…

Dylan respiró profundamente y Maddie vio cómo el cabreo recorría nuevamente su cuerpo.

—Yo se lo pedí —repuso ella con toda la tranquilidad que consiguió reunir, tratando de quitar el foco sobre Jake.

Éste se había acercado, poniendo su mano sobre su cintura. Le gustó la muestra de apoyo, aunque se lamentó de que sus dedos no buscaran su piel bajo la camiseta.

Dylan los observó, pasando su mirada del uno al otro. Luego exhaló todo el aire en su interior manteniendo la mirada con su hermana.

—Me tienes hasta los cojones con lo de querer entrar en la banda —le gritó, perdiendo la

compostura.

—¡Pues deja de impedírmelo! —Cada alarido que daba hacía que su pecho ardiese en dolor, y se preguntó si su hermano lo sabría, puesto que no contestó nada más.

Cuando parecía que empezaba a calmarse, el recorrido de sus ojos sobre su pecho teñido de morado bastaba para que su respiración volviera a endurecerse.

Por suerte, un teléfono sonando los distrajo. Todos observaron a Dylan mientras lo cogía del suelo. Maddie no quiso asomarse tras las cajas que lo ocultaban, pero se imaginaba que lo habría cogido del pantalón de Tanner.

Entonces su hermano respiró por la nariz, enfadado, soltando todo el aire que tenía en su interior. Jake se acercó a él y le quitó el móvil de las manos, poniendo la misma cara que Dylan un momento antes.

Maddie también se aproximó para ver el motivo de su disgusto.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras Jake le mostraba la pantalla.

Desconocido: Peruxa. 3am

—¿Qué significa? —Era incapaz de descifrar el mensaje, o el motivo que les había disgustado tanto.

—Tienen una nueva entrega. Y seguirán llegando más. —Su hermano de pronto parecía derrotado, y no sólo por la cantidad de heridas que cubrían su rostro. Aunque le hubieran rescatado, *La Paloma* seguía funcionando, y volvería a por ellos.

—Seguiremos desmantelándolas —sugirió Jordan.

—Ya tenemos nuestras propias movidas como para estar pendientes de las de Taube.

—Tenemos que quitarlo de en medio —sugirió Fred.

Maddie giró su cabeza hacia Jake. Sabía lo que las palabras de su amigo en realidad querían decir, y lo observó asustada.

Pudo discernir el enfado en su rostro, y, después de un momento, éste le devolvió la mirada. Su ceño seguía igual de contraído. Ninguno veía otra opción.

—Jake… —Quería decirle algo, lo que fuera. Que lo entendía, que lo comprendía si debía hacerlo, que lo apoyaría. Pero él se alejó de su lado antes de que pudiera decir nada.

Después de ver cómo se alejaba, fue a sentarse sobre una mesa destrozada con la que se habían ocultado durante el tiroteo. Fred estaba apoyado sobre ella, limpiándose una herida con su propia camiseta.

Jordan no tardó en acercarse a ellos con un montón de papeles encima. Tenía varios golpes en la cara, y su nariz mostraba aún sangre que no se había llegado a limpiar por completo.

Después de un rato revisando todo lo que había traído, empezó a revolver los papeles, ofuscado.

—Joder, ¡no hay nada! —Dio un puñetazo en la mesa.

—¿Qué estás buscando? —inquirió Maddie.

—Yo que sé, algo... Jake no conoce todos los almacenes. Intento encontrar alguno más, pero no veo nada. Sólo esta mierda que no sé ni qué coño significa.

Maddie cogió la hoja de la que se quejaba. Había varias columnas con números.

—Son asientos contables —dijo.

Jordan alzó la mirada, elevando las cejas en señal de confusión. Tal vez porque hubiera entendido lo que era esa hoja, o por hablarle de economía en aquella situación. Por su sonrisa,

sabía que estaba a punto de meterse con ella.

—¿Qué? Es lo que he estado haciendo fuera —se excusó. Al menos tantos meses luchando con la asignatura de contabilidad se notaban en algo.

Aún así, Jordan no dejó pasar la oportunidad.

—No me vengas en plan friki —se rio mientras ella ponía los ojos en blanco con el inicio de una sonrisa. Luego se concentró otra vez en los papeles que había traído.

En aquel momento, miraba un mapa del pueblo y las afueras.

—Estos memos tienen unas rutas de mierda. Normal que les paren todo. Les falta parar en comisaría para anunciar sus planes. —Al no ver ninguna señal que sugiriera un nuevo almacén, siguió con más documentos.

Maddie había cogido otro también. Era una lista con fechas y números.

—¿Y estos qué son? —se preguntó en voz alta. Las palabras que leía no tenían ningún sentido.

Fred le echó un rápido vistazo.

—Parecen nombres en clave. ¿Pueden ser clientes?

—¡Eso es, Fred! —Sus ojos comenzaron a moverse mientras intentaba organizar sus pensamientos. Ojeó todos los folios que Jordan había llevado. Ahí estaban todos sus registros. Lo que había entrado y salido del almacén, en qué fecha, cuánto dinero o mercancía.

—¡Podemos pararlos! —Maddie no pudo evitar reírse de la felicidad instantánea que inundó su cuerpo, aunque paró rápidamente, incapaz de soportar el dolor de su pecho.

Salió corriendo hacia la habitación contigua de la nave. Allí estaba Dylan, rociando los pallets con una botella de whisky que había cogido del escritorio. Chris, Nathan, Colin y Lisa hablaban con Jake mientras éste les contaba todo lo sucedido. Estaban también magullados, pero se alegró de ver que nada parecía demasiado grave.

—¡Dylan, para! —gritó mientras se acercaba. La carrera, junto con su alarido, le dio una descarga de dolor que casi le hizo caer al suelo; pero la urgencia ayudó a que lo olvidara pronto —. ¡Dylan! ¡No lo quemes!

Sin embargo, su hermano no paró de vaciar la botella sobre los pallets.

—¿No te he dicho que no pienso seguir escuchándote? —dijo sin ni siquiera mirarla.

Ella se acercó hasta él, poniéndose delante para evitar que continuara.

—¡Sé como acabar con Taube! Hay que detener la entrega de esta noche.

—Lo dices como si fuera fácil. Esos conductores no paran por nada.

—Entonces tendremos que hacerles parar —dijo Jake, que se había acercado hasta ellos a la vez que Jordan, Fred y los demás.

—No sólo eso —dijo Maddie. Si querían acabar con su banda, iban a tener que hacer algo más que detener el camión.

—Estarán todos esperando —recordó Jordan, buscando los puntos débiles de su plan.

—Lo haremos antes —contestó ella. Tenían que hacer que el camión frenara en mitad de la carretera. Antes de llegar al punto de entrega.

—Pues ya vamos tarde —apuntó Fred mirándose el reloj.

Dylan suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó.

Evitó sonreír ante el cambio de actitud de su hermano, y posó la mirada en Jake, en busca del coraje que siempre insuflaba en ella.

—Primero tengo que hacer una llamada —dijo buscando su chaqueta.

XXXVIII.
FIN

Media hora más tarde, Jordan, Jake y Maddie conducían por la carretera que llevaba a Celtos. La antigua, llena de curvas y baches, que pasaba por delante de la fábrica abandonada *Peruxa* ; donde tendría lugar la entrega en unos minutos.

Había empezado a llover y no tardaría en llegar la tormenta. Los nervios atenazaron el cuerpo de Maddie. Al menos así el dolor del pecho parecía mitigar levemente.

El resto de la banda había ido a la fábrica, vigilándola de cerca. Sin intervenir. Sólo preparados por si ellos no conseguían parar la entrega antes.

Cuando llegaron al final de la carretera pararon, esperando poder vislumbrar el camión que debían frenar.

Mientras aguardaban, Maddie se distraía observando a Jake sobre la moto de su hermano. Tenía que convencerlo para usarla más a menudo. Era una imagen que no quería convertir en sólo un recuerdo.

Se mordía el labio inferior, perdida en el calor de sus pensamientos, cuando percibió que Jake se tensaba bajo su mirada.

El camión que estaban esperando había aparecido tomando la rotonda y mostrando en su movimiento el nombre de *Peruxa* en su costado.

—¿Estás lista? —le preguntó Jake.

—Cuidado con la tormenta —le avisó ella con una sonrisa, deseándole suerte de la misma forma que Brody lo hacía antes de sus salidas.

Éste se rio y se acercó a besarla.

—Demasiado tarde —le dijo—. Vamos. —Se puso el casco y esperó a que Maddie y Jordan también lo hicieran.

Salieron rápidamente detrás del camión y no tardaron en alcanzarlo. Empezaron Jordan y Maddie, poniéndose delante de él, intentando hacer que frenara, pero sin resultado. El conductor tocó la bocina y siguió bajando la carretera a la misma velocidad.

Esos conductores no paran por nada, recordó lo que había dicho su hermano.

Jake se acercó entonces a la puerta del conductor, tratando de llegar hasta ella. Pero éste, viendo las intenciones de los tres moteros, sacó un arma por la ventana y empezó a disparar, al igual que su copiloto. Jordan y Maddie se dispersaron al oír los tiros.

El camión los adelantó rápidamente y siguió su camino. Los tres continuaron detrás de él mientras pensaban su siguiente movimiento.

Jake trató de acercarse nuevamente a la cabina del camión, pero en cuanto se ponía a su lado, éste comenzaba a hacer eses para lanzarlo fuera de la carretera. Esto empeoraba cuando aparecían coches que iban en dirección contraria, hacía Celtos.

Maddie hacía tiempo que había dejado de sentir el dolor de su pecho, concentrada en no caer de su moto mientras pensaba cómo hacer parar el vehículo.

Continuaban sonando disparos cada vez que Jake se aproximaba a la cabina del conductor,

mientras Jordan y ella seguían todo de cerca. En una de esas ocasiones, el tráiler dio un frenazo brusco. Maddie a duras penas pudo esquivarlo, pero Jordan no tuvo esa suerte. Después de estamparse contra el camión, su moto cayó al suelo, arrastrándolo varios metros en la caída.

Maddie dio la vuelta para acercarse a él, y se percató de que había estado conteniendo el aliento cuando expulsó todo el aire al verlo moverse y levantarse del suelo. Paró a su lado, pero él no la dejó apearse. Movía sus brazos indicándole que siguiera con la persecución.

Luego lo vio levantar su moto, totalmente inservible. La rueda delantera había quedado retorcida con el golpe y la caída. Pero al menos él estaba bien, y en pie.

—¡Ve! Llamaré a Colin para que venga a por mí —le gritó contrariado.

Ella asintió, y sin darle más respuesta, regresó a la carretera. No tardó en alcanzar el camión. Jake continuaba con sus intentos de asaltarlo, pero una única moto poco tenía que hacer contra un camión tráiler.

Colocada a la cola, sacó la pistola de su cinturilla. Los nervios apenas le permitían moverse bien con ella en la mano. Quitó el seguro con dificultad y empezó a disparar hacia el vehículo, intentando acertarle las ruedas.

Ante el sonido de los disparos, los pasajeros del camión volvieron a sacar sus armas. En ese instante, Maddie consiguió dar a una de las ruedas, provocando que el vehículo diera tumbos y empujara a Jake en su movimiento. Por suerte, éste se separó con agilidad y pudo mantener el equilibrio sobre la moto.

Pero el camión continuó sin más problema. *No paran por nada.*

Maddie pensaba que iba a morir ahogada por los nervios. Aceleró la moto rápidamente, pasando de largo al camión y a Jake. Le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera, y él lo hizo.

Pararon unos kilómetros más adelante, y ella se quitó el casco, asfixiándose. Cuando Jake llegó a su lado, hizo lo mismo.

—¡Joder! Aunque consigamos pararlos… —comenzó él.

—No vale con eso, Jake. —Necesitaban conseguir más, y se les acababa la carretera. El desvío a *Peruxa* no quedaba lejos de donde estaban. Se volvió nerviosa hacia él, formando una idea en su cabeza que no quería pensar demasiado—. Llevas todo, ¿verdad? Cuando el camión se detenga, tienes que abrir las puertas y dejarlo a la vista —le recordó.

— *Tenemos* —la corrigió él mientras la miraba con el ceño fruncido.

Ella asintió.

—Último intento —dijo. Luego lo miró intensamente—. Jake…

—Eh, me lo dices luego. —Cogió su mano helada por la lluvia y el viento, y la calentó mientras acariciaba sus dedos—. Vamos a conseguirlo —la animó.

Ella asintió una vez más. Luego se puso el casco y aceleró su moto.

Jake salió detrás, pero en cuanto pudo ver las luces del camión a lo lejos, no dejó que la alcanzara. Aceleró la moto más y más.

Vamos a conseguirlo. Repetía las últimas palabras de Jake una y otra vez en su cabeza. Acabarían con Taube. Su familia sería tan libre como él.

Vamos a conseguirlo.

La luz del camión empezaba a bañarla, cegándola, y éste tocó el claxon, pero no hizo amago de frenar. Tampoco Maddie.

Giró el acelerador de la moto para darle más gas mientras levantaba su rueda delantera, y luego la soltó, lanzándola hacia la cabina del camión, y tirándose al suelo.

El tiempo pareció detenerse ante ella, aunque era muy consciente de que todo ocurría a gran velocidad a su alrededor. La moto salió disparada hacia el camión mientras ella caía de espaldas sobre la carretera mojada. Escuchó el sonido del metal arrugándose tras el golpe, y el de los frenos del camión resbalando en la vieja carretera.

Intentó ponerse en pie mientras el miedo y el dolor entumecían su cuerpo. *Vamos a conseguirlo.* No se permitió pensar en otra cosa. A pesar de que el tráiler había cogido la delantera a la cabina del conductor y se arrastraba carretera abajo, directo hacia donde se encontraba, sin nada que pudiera pararlo.

De pronto, una fuerza tiró de ella por la cintura y la alejó de allí justo en el momento en que el camión llegaba a su posición. Cuando bajó las manos, encontró el brazo de Jake rodeándola. Aplastando su cuerpo, pero salvándola.

Tan pronto se agarró a él, el tráiler alcanzó su moto, empujándola hacia delante y haciendo que Jake perdiese su control. Cayeron de lado y salieron impulsados hacia el bosque de eucaliptos que delimitaba la carretera.

Notaba su cuerpo rompiéndose como las ramas y hojas que quedaban bajo ellos, preguntándose cuánto más dolor podría soportar aquella noche.

Una vez la inercia paró por fin su movimiento, Jake se encontraba encima de ella y sus brazos la rodeaban con fuerza.

Se irguió, mirándola asustado.

—¡Madison! —gritó su nombre a pesar de estar a su lado. Sin embargo, lo agradeció, pues sus oídos zumbaban por los nervios y la caída, y estaba segura de que no podría oírlo de otro modo—. ¡Joder! ¿Estás bien? ¿Qué coño ha sido eso? —le preguntó, todavía gritando. No era capaz de distinguir la furia de la preocupación en su rostro y su voz.

—Íbamos a conseguirlo —dijo ella recobrando el aire e intentando olvidar el dolor que le suponía respirar.

—A conseguirlo, no a morir en el intento, ¡joder! ¿Acaso quieres matarte? —le dio un abrazo que por poco la aplasta, pero no se quejó. Se agarró a él con la poca fuerza que le quedaba mientras recuperaba el aliento.

—No vuelvas a hacer algo así, ¿me oyes? Te lo prohíbo, joder —escuchó que le decía al oído.

Ella asintió, aunque en su fuero interno sabía que lo volvería a hacer si así podía ayudarlo. Jake necesitaba acabar con Taube, y esa era la forma de conseguirlo sin convertirlo en un asesino. También era la forma de acabar con su cártel y proteger a la banda.

—Jake, el camión —trató de centrarse en lo que tenían que hacer. Detrás de él, el tráiler por fin había descarrilado en mitad de la carretera. Al parecer, había dado varias vueltas, aunque sus puertas aún permanecían cerradas. La cabina del conductor estaba aplastada y la moto de Maddie había quedado reducida a pequeñas piezas incrustadas en el salpicadero.

Ambos se levantaron y se acercaron a la carretera, pero antes de llegar a ella, varios disparos se cruzaron en su dirección. Se escondieron rápidamente tras los árboles, que eran demasiado estrechos para esconderlos, y entonces se tiraron al suelo.

Jake se echó la mano a la espalda, pero había perdido su pistola en el transcurso del accidente. Acercó a Maddie hacia sí tirando de su pantalón y le sacó el arma mientras le daba un beso que a ella le supo a poco.

—Yo me encargo —le dijo, dando a entender que no debía moverse de allí.

Maddie esperó mientras Jake disparaba y se alejaba. Ni siquiera había podido discutirlo

con él. Sus pulmones apenas podían seguirle el ritmo, así que aprovechó ese tiempo para recobrar el aliento sin demasiado éxito.

Poco después, los disparos cesaron y Jake regresó hasta donde ella aguardaba.

—Despejado.

La ayudó a levantarse, y ambos se acercaron hasta el camión.

Vio al conductor y al copiloto tirados en el suelo, sobre charcos de su propia sangre. No sabía si seguirían con vida o no, pero no iba a parar a comprobarlo.

Se esforzó en olvidar esas imágenes mientras Jake tiraba de ella hacia la puerta del camión. Había quedado destrozada con el golpe, a pesar de ser de acero, y les costó poder abrirlas. Cuando lo consiguieron, Maddie comprobó que allí dentro estaba lo que necesitaban, y lo que Taube estaba esperando. Kilos y kilos de droga.

Entró rápidamente y empezó a sacar paquetes prensados. Los lanzaba fuera, consiguiendo que algunos se rompiesen contra el asfalto.

Cuando hubo sacado suficientes, dejó también a la vista los papeles que había traído Jake. Luego se acercó a él, que la esperaba apoyado en la puerta del camión.

—¿Jake? —lo llamó preocupada. La miraba con ceño fruncido, que no era raro en él, pero había algo más en su gesto que no lograba entender.

Sin decir nada, tiró de ella y la besó con pasión. Primero dejando el beso en sus labios, luego buscando saborear toda su boca con la lengua. Terminó arrastrando su labio inferior entre sus dientes.

Sin embargo, Maddie percibía que algo no estaba bien, y la forma en la que Jake exhaló el aire cuando hubo terminado de secuestrar su boca fue lo que puso sus nervios de punta.

—¿Estás bien? —le preguntó, tratando de descifrar su expresión sin ningún resultado.

Él aún la miraba sonriendo mientras acariciaba su cuello.

—Sí.

Se acercó a él poniendo su mano en su torso mientras le preguntaba.

—¿Qué pasa? —Fue cuando notó su camiseta húmeda. Al bajar la mirada, su mano estaba bañada en rojo. Él cayó de rodillas en ese mismo instante.

—¡Jake! —exclamó. Los nervios se hicieron con sus manos mientras comprendía que le habían disparado en el costado. Tenían que moverse. Tenían que buscar a Harper o al médico—. Joder, ¡Jake! ¡Escúchame, por favor! —Era importante que no se desmayara. Ella no podría moverlo sola.

—Sólo necesito un minuto —dijo él, su voz claramente debilitada.

—Tenemos que salir de aquí, por favor. —Intentaba hacer que se levantara sin conseguirlo —. Apóyate en mí, ¿vale? Sigue conmigo. —Era incapaz de hacer que se moviera.

En ese momento, llegaron Colin y Jordan.

—¡¿Estáis bien?! —gritaron preocupados a destiempo en cuanto bajaron de la moto.

—La policía ya está avisada. No van a tardar en llegar —les informó Jordan.

—¡Han dado a Jake! Necesito llevarlo hasta su moto, Jordan, y la mía… —dirigió su mirada hasta la larga pieza metálica incrustada en la cabina del conductor. Su amigo se movió sin decir nada más. Había que eliminar tantas pruebas como pudieran de su presencia allí.

Colin ya estaba al lado de Jake y lo ayudaba a levantarse. Ella salió corriendo a por su moto, tirada en el bosque, suplicando porque estuviera entera. Cuando consiguió levantarla la arrancó, y se acercó rápidamente a donde Colin y Jake esperaban.

Éste último se subió detrás de ella, y la rodeó con sus brazos.

—No podéis ir al hospital. Llevaré a Harper en cuanto salgamos de aquí —le recordó Colin.

Ella asintió y aceleró la moto.

—No me sueltes —le dijo a Jake mientras apretaba sus manos. Luego puso las suyas sobre el manillar—. Jake, no me sueltes —suplicó.

Sintió su abrazo más fuerte, y se concentró en él mientras volaba a través de la carretera. La moto le quedaba demasiado grande, pero no iba a dejar que la dominase. Necesitaban llegar a un lugar seguro, aunque en ese momento no se le ocurría ninguno.

Aminoró un poco cuando llegó a la entrada del pueblo, pensando a dónde dirigirse.

—Ve por detrás de la plaza —le susurró Jake, que había permanecido apoyado en su hombro durante todo el trayecto.

Movió el vehículo sin preguntar. Según iban pasando las calles, él le indicaba a dónde ir, y no pararon hasta que una casa de piedra antigua se erigió sobre ellos.

Aparcó rápidamente, y Jake la dirigió hasta la entrada mientras ella lo miraba preocupada y extrañada.

—¿Qué? ¿Esperabas que viviera en el taller de Brody? —le dijo divertido, aunque la sonrisa se quedó fría en sus labios. Estaba demasiado cansado como para conseguir que alcanzara sus ojos.

—Vamos —le dijo ella soportando todo el peso que podía bajo su brazo.

Abrió la puerta con las llaves que Jake le dio y lo ayudó a pasar al interior. No pudo determinar el aroma que la embriagó al cruzar el umbral, pero le recordaba a Jake y todo su cuerpo lo disfrutó.

—¿Deberíamos llamar al médico? —le preguntó mientras cerraba la puerta y buscaba el interruptor de la luz. Sabía que Colin le había dicho que traería a Harper, pero no sabía cuánto tardaría, y le agobiaba verlo tan mal.

No tuvo tiempo de escuchar su respuesta, pues una voz grave y gutural surgió de entre las sombras con una rabia apenas contenida.

—¿Qué pasa Jake? ¿Te han herido?

Maddie encendió la luz justo a tiempo para ver cómo Taube lanzaba un puñetazo en el costado de Jake, como si supiera dónde le habían disparado. Éste cayó de rodillas al suelo gimiendo de dolor.

—Oh vaya, ¿os he jodido la noche? —le preguntó cabreado mientras lo cogía del pelo y luego le pegaba dos brutales puñetazos en la cara.

Pero no dejó que cayera al suelo derrotado. Le seguía agarrando por el pelo, obligándole a mirarlo.

—¿Qué pasa Jake? ¿Ya no tienes ganas de joderme? —Lanzó otro puñetazo en su costado moviendo todo su cuerpo al hacerlo para asestar con mayor fuerza.

Jake apoyó las manos en el suelo mientras recobraba el aire tras el golpe. Ella no esperó y se abalanzó sobre Taube.

—¡Déjalo! —le gritó intentando darle en la cara. Únicamente le alcanzó una vez, pero fue suficiente para irritarlo aún más.

Sin decir nada, le metió un empujón que la lanzó a través de la habitación contra los muebles de la cocina.

Cuando volvió a mirar la escena, Taube descargaba un nuevo puñetazo en la cabeza de Jake, que seguía arrodillado en el suelo. Su estómago se encogió, arrugándose en su interior

mientras sentía aquel golpe como si lo hubiera recibido ella misma.

Se esforzó por levantarse. Necesitaba hacer algo. Aunque sólo fuera darle tiempo. Pero con cada movimiento que intentaba, el dolor la ahogaba.

Taube se movió delante de él.

—Estoy indeciso —le dijo—. No sé si acabar contigo primero, o con ella. —Luego se rio como si hubiera relatado el mejor chiste de su vida.

Con lo que no contaba era con la rabia de Jake cuando la nombró. Se había levantado del suelo como un animal herido y le había placado con todas sus fuerzas. Lo empotró contra la pared, y luego ambos cayeron al suelo; Jake sobre él, mientras le asestaba golpes en la cabeza.

Pero Taube sólo tuvo que arremeter una vez contra su costado para quitárselo de encima.

Jake acabó tirado en el suelo, intentando levantarse y olvidar el dolor que lo inmovilizaba.

—Quizá debería dejarte ver cómo acabo con ella, ya que no te dejé hacerlo con tu hermano —dijo Taube con una tranquilidad siniestra. Se acercó a la encimera donde Maddie había aterrizado un momento antes y sacó un cuchillo de su soporte—. Ven, preciosa —le dijo mostrándole su sonrisa más aterradora.

Ella empezó a moverse alrededor de la casa, que no conocía, por lo que iba improvisando a cada segundo arrojándole todo lo que encontraba en el camino. Pero nada lo detenía. Conseguía esquivar todo, desviándolo lejos de él y rompiéndolo en el camino.

Finalmente la alcanzó, y antes de que pudiera tirarle una lámpara que tenía en la mano, le asestó una patada en el pecho que la dejó sin respiración mientras la lanzaba contra la pared.

Aún estaba desplomándose cuando él la cogió del pelo y tiró de ella.

Jake había conseguido levantarse de nuevo y empujó a Taube. Éste se revolvió, golpeándole en la cara y, cuando Jake cayó al suelo, se lanzó sobre él con el cuchillo aún en la mano.

Taube intentaba hacerlo bajar hasta el cuello de Jake mientras él frenaba su movimiento. Maddie se arrastró hasta donde estaban y empezó a tirar del brazo de Taube para separar el cuchillo de la garganta de Jake. No sabía de dónde había sacado la fuerza para seguir en pie. Seguramente rebosaba más adrenalina que si se la hubieran inyectado.

Fue entonces cuando Jake movió una de sus piernas para alejar a Maddie.

—¡Vete, Madison! —le pidió entre dientes.

Se quedó un segundo paralizada, pensando en lo que acababa de decir. Taube seguía bajando el cuchillo y le cortaba el brazo mientras él iba perdiendo fuerza.

No iba a marcharse. *No se deja a nadie atrás* . Era la primera regla de la banda.

Miró alrededor y encontró la lámpara que no había conseguido lanzar contra Taube. La cogió y la rompió en su cabeza.

Éste, contrariado, se olvidó de Jake y movió el cuchillo directo hacia Maddie, clavándoselo en el muslo.

Dio un alarido que no pudo escuchar cuando un calambre extremo recorrió todo su cuerpo en milésimas de segundo. Su pierna perdió toda la fuerza mientras una ráfaga de frío y fuego inundaba su cuerpo.

Cayó hacia atrás, quedando apoyada en la puerta de la casa. Después del dolor agudo e intenso que paralizó su pierna, le siguió el calor y la pesadez. No podía moverla, y sentía su corazón palpitando en ella mientras veía la sangre brotar de la herida.

Buscó con la mirada a Jake, que parecía enloquecido por la furia y la rabia mientras asestaba puñetazos en la cara de Taube. Pero aún así, no era capaz de acabar con él.

Estaba aún arrodillado sobre su cuerpo cuando lo sujetó del cuello, intentando ahogarlo o al menos paralizarlo mientras Taube hacía lo mismo con él, con la intención de separarlo y escapar de su agarre.

Entonces pudo ver cómo Jake buscaba a su alrededor algo que pudiera usar como arma.

Sin pensárselo dos veces, se sujetó la pierna para sacar el cuchillo de ella.

—¡No, Madison! —gritó él aterrorizado mientras lo hacía.

Pero era demasiado tarde. La fría hoja del cuchillo había salido de su cuerpo con facilidad, aumentando la sensación de calor que entumecía su pierna.

Le lanzó el cuchillo como pudo, y cuando Jake lo agarró, no tardó en levantarlo y hundirlo en el pecho de Taube. Lo hizo con tanta fuerza que quedó a su vez clavado en el suelo.

No esperó a que dejara de moverse y salió corriendo hacia Maddie. Se quitó la camiseta y la hizo jirones en un momento. Después rodeó su pierna con la tela, e hizo un nudo apretando con fuerza.

—¡¿Qué coño has hecho?! ¡Nunca te saques el arma de la herida! —le reprochaba él.

Sin embargo, ella apenas podía retener sus palabras. Empezaba a marearse.

—No pasa nada, Jake. No me duele. Tenías que ganar, por Danny y por ti. —Recorrió sus brazos mientras Jake seguía trabajando en el torniquete—. Ahora todo está bien —le dijo.

Pero él no parecía escucharla.

—Cógeme —le ordenó mientras pasaba su brazo alrededor de su cintura.

—Toma. —Ella le pasó la tarjeta del policía que aún llevaba en la chaqueta—. Con esto termina todo. Lo está buscando —le dijo, mirando el cuerpo de Taube frente a ellos.

Jake hizo caso omiso, centrándose en ella.

—Madison, sujétate joder —masculló mientras la cogía en brazos.

No llegó a notar la lluvia que caía sobre ellos cuando salieron de la casa.

—No te preocupes, Jake. Estoy bien. No me duele —murmuró antes de caer en la oscuridad.

XXXIX.
TORMENTA

Una sensación de caída la envolvía. Su cuerpo se hundía, y no era capaz de levantarlo. Parecía hechizado por una pesadez que no podía contrarrestar.

Entonces lo notó. Un calor en su mano, producido por otra alrededor de ella; y sus nudillos siendo acariciados por un dedo que los recorría una y otra vez, sin descanso.

Su boca se movió en una sonrisa incluso antes de entender el motivo.

Intentó abrir los ojos, luchando contra la gravedad que la incitaba a mantenerlos cerrados; pero le resultaba imposible. Quería ver quién acariciaba su mano, quien la sostenía y la recorría con la suavidad del agua sobre su piel.

—¿Jake? —sus labios susurraron, sin saber de dónde salía ese nombre.

La caricia sobre sus manos paró en ese momento, convirtiéndose en un agarre algo más fuerte. Luego sintió algo húmedo sobre el dorso de su mano. Un beso.

—Estoy aquí, Madison —una voz dijo a su lado.

Sus labios sonrieron más, aún sin saber por qué. Con esa voz llegó algo de fuerza a su cuerpo, como una luz que la iluminaba desde el centro de su corazón.

Finalmente sus párpados cedieron y lo vio frente a ella. La energía y la luz que había sentido no tenían nada que ver con la que recorrió su cuerpo tan pronto sus ojos lo alcanzaron. Un calor que la envolvía y la mecía mientras estudiaba las facciones que había temido no volver a ver.

Él la observaba con nerviosismo.

—¿Estás bien? —fue ella quien preguntó. Adoraba su ceño fruncido, siempre listo para regañarla por algo; pero no le gustaba verlo preocupado.

Él acercó su boca al dorso de su mano y contestó contra su piel.

—Ahora sí. —Luego la besó, y dejó la mano sobre su regazo.

Maddie miró por primera vez a su alrededor. Se encontraba tumbada en una habitación demasiado blanca para ser relajante.

Junto a ella, había una pantalla con cables que iban hasta su mano izquierda.

Observó a Jake a su lado. Se alegró de que estuviera sentado en su cama, donde aún podía sentir el calor de su cuerpo contra el suyo.

—Pensaba que no podíamos ir al hospital —dejó una pregunta implícita en lo que creía que era una afirmación.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó él sin molestarse en esconder su tono inquieto, y obviando la duda de Maddie.

—Bien —mintió. Lo cierto era que bajo todo el entumecimiento en el que estaba sumido su cuerpo, sentía un dolor continuo en cada centímetro de su piel. El dolor punzante que la atacaba desde la pierna era un caso aparte.

Pero al menos había conseguido que Jake sonriera a su lado. Vio cómo se agachaba hasta

su oído y le susurraba.

—Ya sabes que no me gusta cuando me mientes. —Luego acercó sus labios en busca de los de ella, dejando un suave beso sobre ellos.

Cuando se separó, Maddie se lamentó por encontrarse tan mal. Aquel beso había sido insuficiente y ni siquiera se había podido mover para pedir más.

Se fijó entonces en su pelo sucio. Como mucho se había lavado la cara, pero poco más.

—Estás hecho una pena —le dijo frunciendo los labios. Seguía pareciéndole guapísimo, pero le preocupaba que ni siquiera hubieran tratado sus heridas.

No le dio tiempo a preguntar sobre su bienestar antes de que él respondiera.

—No tanto como tú. —Su sonrisa movió algo en Maddie.

Se rio hasta que el dolor en su pecho le hizo comprender que era algo que debía evitar. Puso la mano sobre él, recordando lo acontecido en las últimas horas. Al menos en las que estaba consciente. El brazo de Tanner rodeando su cuello, las sombras de Taube persiguiéndola en casa de Jake, y luego sobre él, intentando matarlo. Su corazón comenzó a acelerarse.

No llegó a verse el pecho teñido de morado por la bata que la envolvía, pero recordaba su color oscuro a la perfección. La asfixia que había sentido al respirar ya no estaba allí, aunque el dolor continuaba presente.

—¿Por qué estás en pie? —le preguntó, y sin darle tiempo a responder preguntó otra vez —. ¿Cuánto he dormido? —Él seguía con la misma ropa. ¿Acaso no le habían curado? Pero, al menos, no parecía mareado como cuando descubrió su disparo en la carretera.

Intentó ponerse en pie mientras su pulso cogía carrerilla. Entonces Jake la sostuvo por los brazos para impedir su movimiento y volvió a recostarla en la cama.

—Solo unas horas, Madison. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Te han visto? ¿Estás bien? ¿Y qué pasa con Taube? Jake…

Con cada pregunta que hacía, el ceño de él se marcaba más y sus manos rodeando sus brazos estrechaban su agarre.

—Madison, para un poco, ¿vale? —le pidió usando su nombre como arma contra ella.

Pero no hacía efecto contra su angustia en aquel momento.

—¡Pues dime qué ha pasado! —le contestó en una súplica que estaba lejos de parecer relajada.

—Lo haría si te tranquilizaras. Estás volviendo loco el cacharro este. —Su voz calmada la embriagaba. Sonaba como si estuviera a punto de reírse, y le encantaba cuando alcanzaba ese tono.

Había movido su cabeza hacia el monitor al otro lado de la cama, y ella lo miró a su vez, observando cómo sus pulsaciones iban dibujando líneas en la pantalla.

La mano de Jake apretando la suya levemente, recuperó su atención.

—Estoy bien, ¿vale? Harper me echó un ojo durante tu operación —le explicó.

Sus hombros se relajaron ante aquellas palabras. Era lo único que necesitaba saber.

Estaba a punto de lanzar otra tanda de preguntas cuando alguien llamó a la puerta. Intentó levantarse, pero la imagen de Jake molesto frente a ella le hizo pensárselo. Eso, y el dolor de todo su cuerpo.

—¿ *Di* ? —Reconoció la voz de su amiga en el susurro que llegó desde la entrada. Después vio su figura entrando en la habitación, seguida de la de su hermano.

No tuvo tiempo de decir nada antes de que Harper se abalanzase sobre ella, dándole un abrazo que apenas la dejaba respirar.

— *Di* , ¿cómo estás? ¡Qué susto nos has dado! —le decía apretando su brazo sano alrededor de su cuerpo.

Trató de aguantar cuanto pudo, pero finalmente necesitó separarla. Al apartarse, encontró a su hermano mostrando la misma preocupación que había teñido el rostro de Jake y de su amiga al verla sobre la cama.

—Estoy bien —le aseguró—. ¿Y los demás? —preguntó a su hermano, como si fuera una disculpa por haber corrido tanto peligro. Si, al menos, el resto no habían salido tan mal parados, podría alegrarse.

—Cosas leves —dijo Dylan sin mucha emoción en sus palabras.

—Vale —fue todo lo que respondió. Jake movió su mano dentro de la suya, y así se percató de que aún la apretaba.

Harper puso el foco sobre ella nuevamente, entendiendo de la conversación no hablada entre los dos hermanos, en la que ambos se sentían culpables por motivos diferentes.

—¿Cómo te encuentras, *Di* ?

Maddie miró a Jake por un momento, sabiendo que esperaría una respuesta distinta al *estoy bien* que le había asegurado a él.

—Al parecer, hecha una pena —bromeó, y se contuvo de gruñir cuando intentó mover su pierna frente a ella—. ¿Han dicho si sobreviviré? —preguntó tan seria como pudo.

—¡Eres tontísima! —le reprochó su amiga.

Antes de que pudiera responder, tres golpes resonaron en la puerta.

Ninguno de los que estaban allí esperaba aquella visita. De nuevo vestido con un traje de chaqueta, y la corbata igual de desabrochada que el día que lo conoció, Tyler se presentó con una sonrisa como policía inspector.

Jake se levantó en ese momento de la cama, si bien se mantuvo al lado de Maddie. Nadie lo saludó.

—¿Madison? —preguntó el policía centrándose en ella y alargando su mano para que la pudiera estrechar.

Ella no se movió. Únicamente hundió sus manos en la cama.

El inspector retiró la mano rápidamente, aunque su cara amigable seguía brillando en su joven rostro.

—Pensé que después de todo por fin podría escuchar tu voz en directo —sonrió.

Maddie notó cómo Jake cerraba sus manos en dos puños a los lados de su cuerpo.

—Jake… —le llamó para que mantuviera la calma.

Tyler comprendió lo que su comentario había despertado en el ambiente e intentó explicarse.

—Es sólo que cuando la conocí ni siquiera me saludó. —Al ver que ninguno de los presentes decía nada, continuó—. Me preguntaba si podríamos hablar a solas —sugirió, tocándose el nudo de la corbata y deshaciéndolo un poco más.

Jake gruñó ante su pregunta. Estaba claro que no pensaba moverse de allí.

—Conocen nuestro acuerdo —le informó. Al menos la mayoría. Recordó que Harper era la única que no había estado presente cuando encontraron las pruebas en el almacén de Taube y habían planeado el ataque al camión. Pero se mantenía inmóvil escuchando, por lo que alguien la habría puesto al tanto, o quizá fingía para no tener que salir de allí.

—Encontramos el camión con la droga fuera, como nos prometiste, y suficientes papeles como para avanzar con la investigación. Lo que encontramos bastaría para meterlo en la cárcel,

pero también nos abre la puerta a nuevos registros y una investigación mayor.

Maddie no dijo nada y Tyler continuó.

—Encontramos a los conductores, pero todo está arreglado. Por lo que a nosotros respecta, el trato está cumplido.

Eso significaba que todo lo que apuntase a su banda en la caza de Taube se perdería, a cambio de todas las pruebas que ellos les consiguieron y que, de forma legal, la policía nunca habría podido recabar. De esa forma, también les quitarían de encima a *La Paloma* y todo su negocio.

Solo le quedaba una duda por resolver. Algo que no había incluído en el trato, pues quedaba fuera de lo ocurrido en la carretera.

—¿Y Taube?

Imágenes del ataque en casa de Jake volaron rápidamente por su mente. Se mantuvo tan quieta como pudo, pero el monitor a su izquierda delataba la velocidad que cogían sus pulsaciones.

Pensó en desconectar el cable que iba a su dedo, pero Jake puso la mano sobre su cuello, en la parte posterior, y ese gesto fue suficiente para que se calmara, relativamente.

—Lo encontramos en tu casa —se dirigió a Jake.

—¿Y los cargos de su agresor? —preguntó ella con cautela. Percibió cómo el movimiento de los dedos sobre su piel paraba por un momento.

Todos allí estaban al tanto de quién había acabado con Taube y el motivo por el que Maddie había llegado al hospital. Pero otra cosa era decirlo en voz alta delante de un policía. Sabía cuándo mantenerse callada.

—Entre nosotros, se lo merecía por meterse en la boca del lobo, ¿no? —Tyler sonrió intentando conseguir la simpatía de todos, pero la aversión que tenían hacia los policías lo convertía en una tarea imposible.

Se aclaró la garganta tirando de su corbata.

—Sé que nuestro acuerdo inicial no incluía a Taube, pero ese acuerdo tan solo lo conocíamos tú y yo. Lo añadiré para que no tengáis problemas. En lo que a mi respecta, todo está bien —quiso asegurar el inspector.

Maddie asintió levemente.

—¿Lo han cogido con vida? —preguntó un momento después. Jake no había querido contestar a sus preguntas, pero esperaba que Tyler sí lo hiciera.

Notó la mirada de Jake sobre ella al hacer esa pregunta, pero no se dejó distraer.

—Ha tenido una operación más larga que la tuya; pero sí, continúa con vida. Aún tiene que enfrentarse a la justicia.

A su lado, Dylan se cruzó de brazos ante aquella palabra. Su hermano nunca había creído en la justicia salvo cuando se trataba del ojo por ojo.

Volvió a centrarse en la conversación.

—¿Cree que irá a la cárcel? —seguía siendo la única que hacía preguntas.

—Bueno, con la gente como él nunca se sabe… El poder es difícil de encerrar. Pero hay demasiadas pruebas como para no considerarlo.

Maddie se quedó en silencio, sopesando sus palabras. No había pensado en eso cuando planeó el golpe con sus amigos. Quizá todo lo que habían hecho no serviría de nada. Únicamente les quedaba esperar.

Abandonó su esperanza de que haber acabado con varios de sus almacenes y su mercancía

le causase los suficientes problemas como para no volver a ser peligroso.

Tyler recuperó su atención.

—Aún no me habéis dicho por qué estaba en tu casa —preguntó directamente a Jake.

—No —fue todo lo que éste dijo. Su cara no había cambiado desde que el inspector había aparecido, y éste fue lo suficientemente inteligente como para saber que no conseguiría mucho más de él.

Después de agradecerles por algo que no llegó a concretar, salió de la habitación.



—Con cuidado —dijo Jake mientras se agachaba frente a Maddie y la cogía en brazos. Ella le rodeó rápidamente la cintura con sus piernas, obviando el pequeño calambre que recorrió su cuerpo desde la cicatriz de su muslo.

Aún llevaba la herida vendada, pero Jake la sujetaba con la suficiente delicadeza como para olvidarla.

—Creo que me gusta esto de no poder andar —dijo mientras rodeaba el cuello de Jake con sus brazos.

Éste cruzaba la calle desde su moto hasta su casa sin esfuerzo. Como si apenas estuviera sosteniendo una pluma.

—Eso es porque no sabes lo que haríamos si pudieras —le dijo antes de darle un pequeño mordisco en el cuello.

Lo máximo que pudo hacer Maddie fue toser y ponerse roja ante su comentario, provocando que Jake se riera con ganas.

La apoyó contra la puerta de su casa mientras sacaba las llaves de su bolsillo, y ella tuvo que contener el gemido que subía por su garganta. Sin embargo, él parecía enfocado en su tarea, y no en el calor que recorría el cuerpo de Maddie al estar tan cerca el uno del otro.

Le hizo girar la cabeza para que volviera a concentrarse en ella. Después de sonreírle, le entregó el beso que con tantas ganas esperaba.

Cuando ella por fin lo liberó, él consiguió meter la llave en la cerradura y abrir la puerta.

—¿Seguro que no te importa que me quede en tu casa? —preguntó por enésima vez desde que le dieron el alta en el hospital.

Jake se rio levemente con una vibración de su pecho que más bien le parecía un ronroneo que la atrapaba.

—Había planeado destrozar más la tuya para que no tuvieras opción, pero me alegro de que no haya sido necesario —contestó a su pregunta mientras cerraba tras ellos.

Luego, sin esperar más, ambos se dejaron perder en sus labios con la urgencia de quien no tiene tiempo, o de quien lo encuentra después de haberlo perdido.

Sus manos se buscaban en el laberinto de sus cuerpos, dejando libre el deseo que les incitaba a acercarse más, a sentir más, a recorrer al otro en una caza incesante. Una lucha que a su vez era baile, anhelo, pasión y devoción. Un incendio que recorría sus cuerpos sin que ninguno tuviera intención de apagarlo, sino avivarlo con cada toque; deseando arder en las llamas que los envolvían y desaparecer en ellas.

Horas después, el tiempo había pasado desapercibido para ellos. Lo único en lo que se centraban era en el tacto del otro sobre su piel.

En el sofá tumbados, perdidos aún en el tiempo que tenían disponible ante ellos sin una banda que intentara matar a sus amigos, y sin mentiras que los distanciasen, Maddie recorría los dibujos de Jake con sus dedos mientras él acariciaba su pelo.

—Aún no me has contado lo que pasó con tu hermano —susurró. No vio necesario alzar más la voz. Estrechados en un abrazo donde su piel era lo único que los separaba, casi sentía que las palabras eran innecesarias para entenderse. Lo habían sido unos momentos antes.

Cuando dirigió la vista hacia Jake, se encontró con que éste la observaba sin decir nada.

—¿Por qué te hiciste estos dibujos? ¿Qué hiciste tan mal como para que ésta sea la imagen que tienes de ti mismo? —pidió saber.

Él respiró hondo. Maddie pudo notarlo por su pecho elevándose bajo su abrazo. Sin embargo, ninguna palabra salió de su boca.

—No hace falta que hablemos de ello si no quieres —le ofreció. No era la primera vez que preguntaba a Jake sobre ellos, y aún no había conseguido ninguna respuesta. Esperaba que, una vez destapado su engaño, no hubiera más secretos entre ellos. Pero no contaba con aquellas cosas que, sin ser secreto, pudieran ser difíciles de compartir.

—No quiero —dijo él.

—Vale —contestó, abrazándolo una vez más. No le importaba no saberlo, no conocer todo su pasado. Le importaba quién era Jake en ese momento.

La mano bajo su barbilla hizo que alzase la mirada hasta él.

—Pero tampoco quiero que haya nada en mi vida que no conozcas —le dijo antes de acercarse y esconder su boca en un beso lento.

Cuando dejó ir sus labios, suspiró. Luego habló lentamente, como si cada palabra le doliera al ser pronunciada.

—Danny y yo nos quedamos solos muy jóvenes. Yo tenía diecinueve y él dieciséis. Encontré un trabajo en el ayuntamiento de nuestro pueblo. Necesitaba algo para que no se lo llevasen a una casa de acogida o a saber qué familia le pudiera adoptar.

Paró de hablar cuando vio la mirada confusa de Maddie.

—¿Qué? —le preguntó contagiándose de la sonrisa que mostraba en su cara.

—Intento imaginarte trabajando en un ayuntamiento. ¿Ibas con traje cada día? —intentó picarlo, teniendo éxito en su objetivo.

Jake bajó su mano hasta su cintura y apretó los dedos haciéndole cosquillas.

—Sólo con camisa.

Maddie se apoyó sobre su brazo para poder ver bien su cara.

—Creo que necesito ver eso —le dijo, y se daba cuenta de que su necesidad era mayor de lo que había podido expresar con sus palabras.

—Te dejaré verlo cuando vuelvas a ponerte tu top de flores —contestó él con sorna.

—Te tomo la palabra —susurró antes de dejar un pequeño beso en sus labios—. ¿Y qué pasó? —le animó a seguir contándole su historia.

—Por acortar, yo no ganaba mucho dinero y Danny empezó a hacer trapicheos para conseguir lo que nos faltaba. —Tomó aire antes de continuar, como si volver a recordar todo aquello le costara. Maddie apretó suavemente los dedos en su abrazo, para que no se perdiera en sus recuerdos y siguiera con ella.

—Cada vez se metía en movidas más gordas, pero conseguía traer pasta, así que yo no

hacía nada. Al final, Taube lo engatusó hace unos años. Yo me enteré del tipo de trabajos que hacía para él y le pedí que lo dejara, pero para entonces nuestra relación era ya bastante… difícil.

Entendía lo complicado que estaba siendo para él contarle todo aquello. Sus palabras estaban teñidas de culpabilidad.

—Antes de morir, vino a hablar conmigo. Tenía problemas… pero yo no quise escucharlo. No mientras siguiera con aquella banda, haciendo las cosas que hacía. Yo no ganaba demasiado, pero al menos mi conciencia estaba tranquila.

—Cuando vino a hablar conmigo le dije las cosas más crueles y horribles que jamás pensé. Las últimas que le dije. —Echó su cabeza hacia atrás, perdiendo su mirada en el techo de la habitación.

Ella recorría la piel de serpiente de su brazo en silencio, dándole el tiempo que necesitaba para hablar.

—Me estaba pidiendo ayuda —continuó. —Y yo sólo lo ataqué. Lo eché de mi vida cuando necesitaba volver.

Maddie esperaba escuchar su voz rompiéndose, tal y como ella lo sentía en su interior. Sin embargo, se mostraba enfadado. Y estaba segura de que su cabreo era contra él mismo. Había pasado el último año culpándose de la muerte de su hermano y castigándose por ella.

—Jake, no lo sabías —intentó convencerle.

—Tampoco le di opción a explicármelo —contestó con rudeza, decidido a no dejar que nadie sintiera lástima por él.

Aún así, ella no se rindió. Cogió su cara entre sus dos manos.

—Eh, no puedes culparte por cómo actuaste en aquel momento, sabiendo lo que sabes ahora. Cuando él fue a hablar contigo sólo podías ver una pequeña parte, y actuaste como creías conveniente con lo poco que sabías. Querías que dejase la banda de Taube, y eso era bueno. No deberías castigarte por ello.

Él se quedó en silencio por un momento, pensando en lo que le había dicho. Luego, como si recitase una frase que se había repetido mil veces, contestó.

—No tienes que lamentarte por mi.

Ante su respuesta, no pudo evitar sonreír. Jake podía reconocer cuándo mentía, pero ella también había desarrollado una habilidad para descubrir lo que ocurría debajo de su fachada, aunque a veces se le antojaba complicado.

—No lo hago —le dijo. Luego siguió recorriendo sus tatuajes—. Y adoro cada centímetro de tu piel. *Pero* —separó esta palabra para darle énfasis mientras se sentaba encima de su tripa desnuda—. Si tuviera que hacer los diseños de tus brazos, escogería algo muy distinto—. Se estiró hasta alcanzar un bolígrafo de la mesa frente al sofá y empezó a dibujar sobre su pecho—. Por ejemplo, te dibujaría un *gruñosito* —dijo mientras las líneas que marcaba con el bolígrafo cosquilleaban la piel de Jake.

No podía evitar su sonrisa a medida que el oso gruñón aparecía en su pecho con unos simples trazos. Sin embargo, el foco de atención de él no estaba puesto en el dibujo, sino en la dibujante. Apartó el pelo que caía sobre su cara para verla bien, aprovechando para dejar su mano escondida bajo él, buscando el calor de su cuello.

Su piel se puso de gallina bajo su tacto y tuvo que concentrarse para seguir con el dibujo.

—Te cambiaría los espinos por un árbol fuerte y vivo —cogió entonces su brazo y empezó a pintar sobre las ramas de espino que lo rodeaban, convirtiéndolas en nudos de una madera robusta con algunas hojas adornando.

—Y la serpiente, por… un tejón meloso.

La cara de Jake cambió completamente en un segundo, juntando tanto las cejas que Maddie pensó que no podría volver a cambiar de expresión nunca más.

—¿Un tejón meloso? —preguntó confuso.

Seguramente no habría oído hablar de él en su vida. Ella lo conocía por las tonterías que Marissa le contaba de los animales asociados al alma de cada uno. A lo largo de los años había aprendido mucho sobre distintos animales.

No pudo evitar reírse al ver la cara de Jake.

—Es el animal más valiente que existe y aunque le encanta la miel, cuando tiene hambre es capaz de cazar leones —le explicó.

Jake se movió rápidamente en su sitio para morderle el cuello levemente.

—Puede que sí vaya conmigo —se rio—. ¿Me explicas cómo sabes eso?

—Cosas de Marissa —dijo sin darle más importancia.

Jake la acercó hacia él para poder besarla. Luego la rodeó con sus brazos y en un movimiento la tumbó, quedando sobre ella.

—Vale, ahora me toca a mí. —Le quitó el bolígrafo de la mano, pero cuando fue a pintar se quedó paralizado. El morado de su pecho había empezado a remitir después de varios días, pero aún se podía ver el recuerdo del disparo de Tanner. Empezaba a cambiar la felicidad de su rostro por algo más cercano a la furia, y Maddie rápidamente le hizo alzar su cabeza para que la mirara a los ojos.

Después de observarla durante un momento, y de entender lo que le decía sin palabras, se agachó a besarla. Luego recorrió su mandíbula con pequeños besos que iban incendiando la piel de Maddie a su paso.

Bajó por su cuello y llegó hasta la mancha morada que teñía su pecho. Besaba cada milímetro de su piel como si así pudiera sanarla. Lo hacía, en cierto modo, aunque no lo supiera.

—Creo que se pinta con el boli, no con los labios —sólo pudo susurrar.

Él alzó su mirada hacia ella con una sonrisa ladeada.

—Probaba una nueva forma de hacerlo —dijo mientras ella reía bajo su cuerpo.

Se apoyó en uno de sus brazos y, sin pensar demasiado, empezó a dibujar líneas sobre el tórax de Maddie. Algunas seguían las venas visibles que se escapaban de su moratón. Otras cruzaban su pecho de lado a lado con líneas irregulares.

Ella, al igual que había hecho él momentos antes, lo miraba a él y su cara de concentración mientras dibujaba sobre su cuerpo. Luego bajó la vista , y arrugó la frente.

—¿Qué es? —preguntó extrañada. Únicamente veía líneas que se cortaban unas con otras, con esquinas puntiagudas y sin un final claro.

Él se quedó observando el dibujo un poco más, como si no entendiera por qué Maddie no lo veía claramente.

—Una tormenta —dijo volviendo a sus ojos grises.

Ella se rio molesta.

—¿Así es como me ves? ¿Como una tormenta? —Supuso que era la forma de vengarse por el osito gruñón, aunque la cara de Jake no mostraba la sonrisa que buscaba molestarla, lo que la dejó un poco descolocada.

— *La* tormenta —le corrigió. Como si no hubiera más. Sólo ella.

Aún así, Maddie entrecerró los ojos mientras lo miraba, quizás esperando una disculpa o una aclaración que mitigase el insulto.

Él se rio entendiendo su gesto, y escondió su cara en el cuello de Maddie mientras intentaba desarmarla con besos.

—¿Cómo no ibas a serlo? Llegaste volviendo todo patas arriba. Poniéndome nervioso con cada atisbo de ti, con cada palabra, con cada movimiento. No era capaz de controlar quién era, o lo que hacía. Estabas en mi cabeza todo el maldito tiempo.

La miró una vez más.

—Cuando hay tormenta es el peor momento para subirse a la moto, o surfear las olas, ¿no? Pues tú… Joder, contigo sólo quería arriesgarme a lo que más miedo me daba: pensar qué habría después. De mi venganza, de *La Paloma* … —Respiró hondo—. El día que te vi supe que cambiarías todo, que arrasarías con todo. Y por supuesto no me decepcionaste. Nunca lo haces.

—Aunque Brody me advertía, creo que sabía tan bien como yo que esa tormenta me alcanzaría. Cuando se despedía de mí cada mañana… —Sonrió—. Tú eres esa tormenta, Madison.

Ella abrió la boca, aunque por un momento no se le ocurría qué contestar. Recordaba las veces que el mecánico le había advertido, incluso cuando el sol se mostraba radiante sobre ellos. Y recordaba cómo Jake se reía con sus avisos, como si realmente no tuviera nada que hacer.

Según los recuerdos inundaban su mente, su sonrisa se iba curvando en su cara.

—Entonces, ¿te gusta mi dibujo, *Tormenta* ? —le susurró acercando su cara.

Ella asintió, aún incapaz de decir nada.

—Apuesto a que no me esperabas tan romántico —se mofó, y ella se rio a su vez.

—Eres idiota. —De la forma más atractiva y arrolladora que había conocido.

—Soy un *gruñosito* , un tejón, un idiota, o lo que tú quieras.

—Eres mi calma tras la tormenta —susurró contra su boca.

Luego lo besó. Sintiendo aquella tormenta que veía en ella, la que él despertaba en su interior. Y la calma que al final dejaba a su paso.

EPÍLOGO

—¿No crees que te estás pasando?

La voz de Jake llegó desde el lateral de la cocina, donde estaba apoyado contra la nevera, sin levantar la mirada de Maddie. Ella paró de moverse y, dando un paso atrás, se fijó en todo lo que había estado preparando durante las últimas dos horas.

La encimera estaba hasta arriba de bolsas con sándwiches, botellas de agua y una bolsa extra con chucherías para Harper.

—Puede que un poco —torció el gesto mirando su trabajo—. Pero la carretera da siempre hambre, y son muchos, y… —No se le ocurrieron más excusas para dar sentido a la cantidad ingente de comida que había preparado, más allá del vacío que crecía en su interior a medida que se acercaba la hora.

Jake se aproximó a ella y la abrazó por detrás.

—¿Estás bien? —susurró contra su cuello.

Después de tres meses juntos, Maddie se había acostumbrado a escuchar esa pregunta. Pensó que dejaría de hacérsela una vez se recuperase de la pierna, pero él seguía lanzándosela de vez en cuando. Especialmente cuando algo era difícil para ella, como si pudiera sentirlo y quisiera que lo compartiera con él.

Igual que se había acostumbrado a escuchar esa pregunta, se había acostumbrado a tener que pensar su respuesta cuidadosamente, pues Jake siempre quería la verdad, no una respuesta vaga para salir del paso. Y con su capacidad para descubrir sus mentiras, había tenido que desistir finalmente de esconderle cualquier cosa.

Se tomó un momento antes de girarse sobre sus talones y rodearle el cuello con los brazos.

—En realidad, sí. Me alegro por Dylan. Es lo que siempre ha querido. Y que ya no tenga que cuidar de mí, le va a dar aún más libertad.

Sonaba a respuesta convincente. Casi para ella también. De hecho, era la verdad, salvo por el pequeño peso que crecía sobre la boca de su estómago.

—Nunca has necesitado que te cuidase —le recordó Jake mientras colocaba mechones de su pelo tras el hombro.

Sabía que tenía razón, pero al mismo tiempo siempre había entendido la necesidad de su hermano de protegerla, aunque a veces la expresase de manera obsesiva o desmesurada.

—Creo que eso no se lo hacía más fácil. Después de todo, estábamos solos —intentó darle un poco de crédito.

—No será así nunca más.

Puede que hubiera crecido sin necesidad de que nadie la cuidase, pero le encantaba la predisposición de Jake a hacerlo.

—Lo sé —confirmó con una sonrisa.

Él contemplaba sus labios curvados de una manera que hacía que su corazón se acelerara en su pecho, y la sonrisa que él ensanchaba en su cara mostraba que sabía lo que estaba consiguiendo.

Alzó una de sus manos para acariciar la cara de Maddie, recorriendo su frente, la sien, la mejilla y luego su cuello. Su otra mano tomó el relevo desde el otro lado de su cuello, moviéndose por su hombro y bajando por su brazo.

—¿Te echo una mano? —le preguntó, sus intenciones presentes en su rostro.

Maddie se esforzó por mantener los ojos abiertos a pesar de lo que el tacto de Jake conseguía hacer sobre su piel.

—¿Dónde? —Intentó sonar divertida, pero el gemido escondido en su pregunta no la ayudó a conseguirlo.

Aún así, él se rio levemente, aunque por motivos distintos. Movió la primera mano alcanzando su espalda y recorriéndola lentamente bajo su top mientras escondía su cara en el hueco de su cuello.

—Donde tú quieras —respondió contra su piel.

El calor empezaba a ser demasiado sofocante, y estaba segura de que en cuestión de segundos olvidaría cómo respirar.

Contra su propia voluntad se separó, aunque la encimera detrás de ella no le permitía crear demasiado espacio entre los dos.

—En realidad, sólo me queda meter todo en bolsas para llevarlo. —Trató de sonar tan centrada como debería, esperando que Jake la ayudara en su pobre intento.

Su suspiro dejaba claro que no era la respuesta que buscaba. Tampoco lo era para ella.

—Esperaba una tarea más creativa, viniendo de una artista —la picó, y luego se puso a su lado mientras ambos envolvían los sándwiches y los metían en bolsas junto con las botellas de agua.

Maddie separó las bolsas de Dylan y Harper, metiendo un sobre en cada bolsa y las chucherías de su amiga en una de ellas. La mirada de Jake seguía sus movimientos mientras cerraba las bolsas cuidadosamente.

—Me alegro de que Harper vaya con él —dijo.

—¿A pesar de perder a tu amiga?

Ella se encogió de hombros.

—No es para siempre. Además, sé que conoce y quiere a Dylan tanto como yo. Me tranquiliza que permanezca a su lado.

—Creo que hay poco que pueda separar a esos dos. Algún día se darán cuenta —Jake se rio.

Ella en cambio suspiró.

—Dejé de soñar con eso hace ya tiempo. Pero, al menos, habrá alguien que le meta un poco de sensatez en su dura cabeza. Y tendré a una espía en la sombra que me pueda contar todo. —Sonrió mientras cogía unas cuantas bolsas en sus manos.

—Recuérdame por qué confío en ti —bromeó él, provocando la risa de Maddie.

Unos minutos después, llegaban al mirador sobre la moto de Jake. La imagen frente a ellos era demasiado extraña. Aquel lugar únicamente se llenaba de moteros cuando caía el sol. En ese momento, éste se alzaba por su derecha.

—¡Eh, Maddie! ¿Has traído regalos de despedida? —gritó Jordan en cuanto la vio bajar de la moto con bolsas en las manos.

Sin hacerle esperar, se acercó con una sonrisa que no creía ser capaz de mostrar. Pero su amigo solía hacerlo fácil.

—Por supuesto. Te he preparado el mejor sándwich que vas a comer en mucho tiempo,

hasta que decidas volver —bromeó mientras le pasaba una de las bolsas.

—Eso es jugar sucio. Voy a querer darme la vuelta esta misma noche.

Ella se rio y le dio un abrazo que él pronto le devolvió.

—Os voy a echar de menos —le dijo, y era verdad. Aún no terminaba de creerse que casi toda la banda fuera a irse del pueblo en un viaje indefinido. El vacío en su estómago le recordó que era verdad.

—Aún puedes apuntarte —intentó convencerla mientras echaba un vistazo al interior de la bolsa. Pero sus palabras tendrían el mismo efecto que en las semanas anteriores.

Maddie miró a su hermano hablando con Jake. Seguramente le estaría dando alguna instrucción o amenazándolo si no la trataba bien, aunque incluso Dylan sabía que no era necesario.

Se esforzó en hacer una foto mental de la imagen. Dylan y Jake hablando casualmente. Incluso bromeando, por la sonrisa que podía ver en sus caras. También echaría de menos eso.

Pero su hermano por fin iba a salir a la carretera, a conocer el país sobre dos ruedas. El sueño que siempre había tenido desde que puso los ojos en una moto. Se alegraba de que, después de todo, se lanzara a vivirlo, y de que tantos amigos quisieran acompañarlo. Era un sueño que siempre había querido compartir con su banda.

—De momento quiero seguir aquí un poco más —dijo cuando se percató de que Jordan aún esperaba su respuesta.

Fred se había acercado a reclamar su propia bolsa.

—Tranquila, te quitaremos a Dylan de encima el tiempo que necesites.

Ella lo abrazó antes de dársela.

—Que no sea demasiado —pidió.

Siguió repartiendo bolsas entre todos los que estaban allí. Cuando terminó, se acercó a Dylan. Aún hablaba con Jake, y ella se quedó a su lado, observándolos, pero sin escuchar nada de lo que decían. Estaba concentrada en retener las lágrimas que amenazaban con abandonar sus ojos.

Luego su hermano se giró hacia ella, mirándola sin decir nada. Se preguntó si la culpabilidad de abandonarla le carcomía por dentro. Se puso a hablar rápidamente para que no pudiera hacerlo.

—¿Llevas todo? ¿El cepillo de dientes? ¿Una toalla? ¿Botiquín? —Empezó a enumerar tantas cosas como recordaba.

Él no contestó. En vez de eso se rio, y luego la abrazó con un brazo—. ¿Recuerdas que soy el hermano mayor? —preguntó sobre su cabeza.

—Eso no significa que no pueda preocuparme por ti —dijo contra su pecho sin querer alejarse de él. Al menos durante un ratito más.

—Claro que no. Siempre lo has hecho. Y sí, llevo todo. —La separó para que pudiera ver su sonrisa cariñosa—. Sólo me faltan los sándwiches que has ido repartiendo a todos menos a mí —la acusó.

Ella se acercó a su moto para guardar en el maletero la bolsa que le había preparado. Aprovechó que no podía ver su cara para confesarle lo que entristecía su corazón.

—Te voy a echar mucho de menos, Dylan.

Quizá no habían tenido la mejor de las relaciones durante los últimos meses, y apenas se habían visto por distintos problemas con la banda. Pero eran familia y se querían. Y sabía que no tenerlo cerca iba a ser más duro de lo que podría parecerle en un principio.

No le preocupaba no verlo a diario, sino perder la posibilidad de hacerlo. Tenerlo cerca, saber que estaba bien. Esperaba que, cumpliendo su sueño, de verdad lo estuviera.

Dylan se aproximó a ella y le dio un abrazo que amenazaba con romperle las costillas. Luego le despeinó el pelo.

—Aprovecha para meterte en todos los problemas que puedas. No voy a poder detenerte.

—Nunca lo has hecho —le recordó Harper, que se había acercado hasta ellos.

Maddie se alejó de su hermano para caer en los brazos de su amiga, y aunque su abrazo era más suave, la envolvía más.

Su perfume de jazmín y vainilla voló hasta su nariz. También lo extrañaría. Se esforzó por dejar de pensar en todo lo que echaría de menos cuando se hubieran ido.

Luego se separó de ella y buscó su mirada. Recordó la escena que vivieron un año atrás, cuando era Maddie la que dejaba Plantío.

Y ese mismo recuerdo debió asaltar a Harper cuando le dijo:

—Ahora sabes lo que se siente, traidora.

No había dejado de llamarla así desde que supo que había hecho un trato con la policía, pero sabía que no se lo echaba en cara realmente. También sabía que su amiga la echaría de menos igual que ella.

Se rio levemente, ocultando su tristeza mientras le entregaba su bolsa.

—También te he puesto chuches —dijo.

—¿Fresas? —preguntó Harper.

Ella asintió.

—¿Y nubes?

—Por supuesto.

Entonces fue su amiga quien sonrió con algo de tristeza en la mirada.

—No esperaba menos. —Volvió a abrazarla.

—Cuida de todos, y cuídate tú. No dejes que acaben contigo —le pidió; como si esa idea fuera posible. Ella misma se rio.

—Creo que podré manejarlos —le aseguró Harper.

—¿Nos vamos o qué? —Jordan gritó de repente al grupo.

Maddie dio unos pasos atrás mientras todos se subían a sus motos. Su amiga lo hizo después de meter su bolsa en el maletero. Luego, uno a uno se iban poniendo los cascos, y ella iba perdiendo de vista sus miradas.

Jake se acercó por detrás y extendió sus brazos alrededor de sus hombros, haciendo que sintiera la pena un poco más liviana. Como si, sujetándola, pudiera sostener también el sentimiento de soledad que se le venía encima.

Encontró la mirada de su hermano sobre una sonrisa que iluminaba su cara. Luego éste le guiñó un ojo y desapareció bajo su casco. Ella sonrió a su vez.

No había engañado a Jake cuando le había preguntado aquella mañana. Su hermano estaba feliz y ella compartía su felicidad. ¿Lo echaría de menos? Sí. ¿Los dos estarían bien? También.

Dylan arrancó la moto y se puso en marcha movilizando a los otros seis moteros que se habían unido a su viaje. No tenían un destino fijo. Tan solo la carretera que se abría ante ellos.

Unos segundos después, desaparecían tras la última curva que se podía ver desde el mirador, llevándose con ellos el estruendo que no volverían a escuchar en mucho tiempo por el pueblo.

Maddie se había quedado mirando al infinito, a aquella calle que había engullido a su

hermano durante quién sabía cuánto tiempo.

Colin, Sophie y los pocos moteros que se habían quedado, se fueron dispersando. El grupo había bajado mucho desde que desmantelaron *La Paloma* ; y con la partida de Dylan y los demás, apenas quedaba banda.

Sacudió su cabeza ante aquellos pensamientos. Siempre habría banda, aunque estuvieran al otro lado del país.

Se agarró a los brazos de Jake que aún la rodeaban, esperando en silencio a que ella estuviera preparada para seguir adelante. Ante su tacto, la abrazó más fuerte.

Pasado un rato le preguntó:

—¿Nos movemos? Aún hay tiempo antes de que Brian abra el estudio.

Maddie había aceptado por fin la oferta del tatuador, y pasaba las mañanas y algunas tardes en su local, disfrutando de un trabajo lejos de sus estudios de economía y cerca de sus dibujos. Un trabajo real que la hacía verdaderamente feliz.

Cuando asintió, Jake la cogió de la mano y se dirigieron a la Triumph que aún conducía. Una vez montados en ella, rodeó su cintura con los brazos. Le encantaba montar en su moto y conducir las carreteras de Plantío, pero había desarrollado una afición por ir de paquete con Jake, sobre todo porque así podía ponerle las manos encima.

Olvidando el vacío de su pecho, se perdieron en las carreteras y luego en unos caminos de tierra.

No mucho después, llegaron a los acantilados de Lobo. Empezaba a chispear, pero ni a Jake ni a Maddie les importaba nunca la lluvia sobre ellos. En cuanto aparcó la moto, cogió su mano.

Se acercaron juntos al mirador, sin hablar, únicamente sintiendo las gotas de agua sobre ellos y sus dedos entrelazados.

Maddie se sentó sobre la barandilla de forma automática, como solía hacer cuando iba a allí con su hermano. Él la abrazó por detrás y ella se recostó en su pecho.

Se quedaron así durante un tiempo, mirando cómo el mar chocaba contras las rocas que emergían de él. La espuma aparecía sobre ellas moviéndose a cámara lenta, cayendo y disolviéndose contra su dura superficie. El viento a su alrededor creaba sonidos que los iba meciendo, y Maddie se acurrucó aún más en su abrazo.

El vacío que había dejado su hermano no se hacía tan pesado cuando se centraba en los brazos que la sostenían, arropándola de la lluvia, del viento, de sus pensamientos.

Una pequeña sonrisa empezó a curvar sus labios. Lo cierto era que había soñado con un momento así durante demasiado tiempo. Todo estaba bien. Tenía una vida en Plantío y su hermano recorría el mundo con su moto. Además, Jake estaba a su lado, lo que hacía que todo fuera aún mejor.

Como si despertara de un trance, se movió bajo su abrazo para girarse hacia él. Su sonrisa era para entonces incontenible.

Se fijó en las pequeñas gotas que se habían ido posando sobre su pelo, aunque no llegaban a fundirse en él. Encontró algunas también sobre sus pestañas. Y un poco más abajo, sus ojos dorados le devolvían la mirada mientras su boca imitaba su sonrisa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó entonces Maddie.

Él la miró extrañado por un momento, como si intentara determinar si se había equivocado al conducir hasta los acantilados.

—Sé que este sitio era importante para vosotros.

—¿Te lo contó él?

Jake cogió su mano y se la llevó a su boca para besarla.

—No, pero olvidas que una vez fui el enemigo. Vigilaros era parte de mi trabajo.

Ella torció el gesto. No le gustaba recordar esa parte de su pasado. Por mucho que él se viera como un villano, sólo había sido engañado. Nunca había sido realmente el malo que creía ser.

—Pero dejaste de serlo antes de que yo llegara —respondió confusa.

—Es cierto. Pero entonces me obsesioné contigo, lo que me llevaba a hacer lo mismo, básicamente —se rio.

Ante su confesión, frunció sus labios para evitar su sonrisa, aunque le sirvió de poco. Lo cierto era que esa parte de su pasado le gustaba más.

Luego se giró para echar un vistazo rápido a su alrededor y suspiró.

—Veníamos aquí cuando había problemas y no queríamos hablar de ellos. Para sentir el apoyo del otro. Ya no necesito venir aquí —dijo, comprendiendo lo ciertas que eran sus palabras.

—¿Y si aparecen problemas? —preguntó Jake contemplando las manos de Maddie en las suyas. Sus pulgares recorrían lentamente sus nudillos, y ella sabía que la había hecho adicta a esa caricia.

Aún así, las apartó para ponerlas alrededor de su cuello. Lo empujó hacia ella y luego le rodeó la cintura con sus piernas. Él se acercó gustosamente, moviendo sus manos a lo largo de sus piernas, que lo atrapaban en su abrazo favorito.

—Entonces será a ti a quien busque. Y da igual que sea aquí, en Celtos, en el taller o en casa. Ahora tú eres mi lugar. —Tenía unas ganas irremediables de besarlo, pero él se acercaba lentamente mientras disfrutaba de sus palabras.

Antes de alcanzar sus labios susurró contra ellos.

—Y tú el mío. Arrasado y todo, *Tormenta* .

Le gustaba demasiado cuando la llamaba así. Incluso más que cuando usaba su nombre completo. Porque era un nombre sólo para él. Uno que únicamente usaba cuando estaban solos. Y era el recordatorio de lo mucho que ella le afectaba, le atraía y le gustaba.

Por fin sus labios acortaron los milímetros que les separaban y pudo sentirlos sobre los suyos. Acariciándolos en su húmedo beso y luego abriéndolos en busca de más.

Pero antes de continuar, Jake se separó, dejando a Maddie sin aliento. No llegaba a ver su sonrisa, pero la podía sentir.

—Por cierto, ¿has dicho en *nuestra* casa? —preguntó haciendo énfasis en la palabra *nuestra.*

Maddie sintió su corazón parándose un segundo, y su cabeza empezó a correr entre pensamientos de lamentación y nervios.

En realidad era la casa de Jake, pero después de más de tres meses viviendo juntos, ella la sentía como suya. La casa de su madre había sido reparada, pero siempre habían encontrado alguna excusa para que no volviera a mudarse. Después de un tiempo, dejaron de pretender que lo haría.

Maddie había visto la casa de Jake durante unos minutos en los que ambos habían luchado por su vida contra Taube, pero estaba segura de que tras sus días en el hospital, él se había esforzado en hacer su casa más cómoda para ella. Incluyendo una despensa llena de su comida favorita y decorándola con ayuda Harper. Su amiga nunca lo confirmó, aunque sus preguntas sobre cojines y colores le dieron la pista.

Aquella casa se había convertido rápidamente en su refugio. Con la excusa de su pierna malherida habían pasado mucho tiempo encerrados entre sus paredes, disfrutando el uno del otro, riendo, comiendo, hablando, bromeando, amándose…

Sin darse cuenta, habían creado un hogar.

Así que asintió, aún así nerviosa, por si él no lo veía del mismo modo. Apenas pudo pronunciar un —Sí— con un hilo de voz.

Le aterraba que la sonrisa de Jake desapareciera, pero, en lugar de eso, se ensanchó aún más antes de buscar su boca de nuevo, con un hambre apenas controlable.

—Me gusta demasiado cómo suena —dijo entre besos, provocando la risa de Maddie. Pero ni eso le impidió seguir besándola cuello abajo.

—Cada palabra que digo te encanta como suena —se quejó ella mientras se reía.

—Debe ser cosa de esta boca, *Tormenta.* —Y sin más la besó. Con un beso feliz, cálido e interminable. Un beso que buscaba la calma que sólo sus labios podían traerle.

Maddie siempre había pensado que Plantío era el hogar al que volvería.

Mientras Jake la estrechaba en un abrazo aún más fuerte, la lluvia los envolvía con un repiqueteo similar al de sus nervios a lo largo de su piel y sus labios permanecían bajo el hechizo de su boca; supo que era él. Su tormenta, su calma, su hogar.



La Tormenta no es sólo mía

Ahora también es tuya, porque has leído este libro. Estás a punto de cerrarlo, de devolverlo a la estantería, y antes de eso tenía que decírtelo: sólo por haberle dado una oportunidad, hoy estoy en casa escribiendo mi próximo libro. Tu compra, reseña, recomendación, o simplemente el hecho de tener este libro en tus manos, es el impulso que necesito para seguir trabajando en esta pasión que espero que algún día pueda ser mi profesión.

Antes de que llegara a ti, este libro pasó por muchas manos:

Por las de mi marido, None, que cada día me empuja a luchar por mis sueños, y lucha él mismo por ellos como si fueran suyos. Aunque mi nombre está en la portada, siempre lo hemos sentido como *nuestro.* Gracias por escuchar siempre mis dudas, incluso sabiendo que no te iba a hacer caso, porque necesitaba encontrar yo misma la solución. Por cuidar de nuestra pequeña Lara y darme el tiempo que Plantío me pedía. Por asumir que no eres Jake, pero creerme cuando te digo que no necesito que lo seas. Gracias por hacer que La Tormenta exista.

Por las manos de mi hija Lara no ha pasado, y espero que no lo haga hasta dentro de muchos años. Pero estaré deseando regalártelo cuando seas mayor y puedas leer todas las palabrotas que dicen los moteros.

Pasó por las de mi amiga Mey, que ha tenido que aguantar todas mis inseguridades. Gracias por tu ayuda desde la primera línea, por tus consejos, ideas y propuestas que han convertido este libro en lo que es hoy. Pero sobre todo, por tu apoyo constante y por esa seguridad que, sólo viniendo de ti, he sabido aceptar.

También ha pasado por las manos de mi amigo Deivid, que ha sabido organizarme algunos puntos de la trama para dejaros con mayor suspense. Cuando lo paséis muy muy mal, posiblemente sea su culpa. Pero a las lectoras nos gusta sufrir, así que encantada acepté tus consejos que con tanto cariño me aportaste.

También mis padres, mi suegra y mi tía Inma leyeron este libro mientras aún se estaba escribiendo, haciéndome todas las preguntas posibles para que quedasen resueltas en el libro y tú no tuvieras que hacértelas. Gracias por el apoyo incondicional, y por animarme entre capítulo y capítulo a continuar escribiendo.

Las últimas manos por las que ha pasado este libro han sido las de mi tía Emilia, que también ha sido mi correctora, y ha dejado estas páginas impolutas para ti. Gracias por hacerlo con tanto mimo y cariño, cuidando de cada palabra y cada coma, especialmente en el poco tiempo que te di. Gracias a ti, este libro es la mejor versión posible que podría publicar.

Por las manos de mi hermano Miguel no ha pasado, pero le debo la portada tan bonita que cubre estas páginas. Gracias por estar dispuesto a hacerlo, siempre en el último momento, como sé que te gusta trabajar. *La Tormenta* no podría tener una imagen mejor.

Por último, a mis amigas de instagram, que con cada like, comentario y compartido, no sólo me habéis ayudado a llegar a más gente a la que presentar mi trabajo, sino que con vuestra ilusión me habéis empujado a terminar este proyecto de la mejor manera posible: buscando que disfrutéis cada palabra, cada escena, cada beso…

Ahora *La Tormenta* ha llegado a ti. Un libro necesita lectores, y tú, con el mío entre tus manos, has dado vida a sus palabras. Gracias por ser parte de este sueño.

Gracias, gracias, gracias.

¡Nos vemos en la siguiente historia!

Alerta de spoiler

Hay un detalle que quería compartir contigo. Un secreto, como los muchos que hay en el libro. Pero sé que a pesar de avisar de spoiler, antes de leer un libro nos ponemos a curiosear el resto de las páginas. Así que, si aún no has terminado el libro:

DEJA DE LEER AQUÍ

Como seguramente no me hayas hecho caso (si lo has hecho: enhorabuena, tienes una fortaleza que ya quisiera para mí, y espero que te haya gustado el libro), aquí va ese secreto, de forma encriptada:

Hay algo en *La Tormenta,* algo oculto, que es lo que ayuda a Maddie a descubrir en quién confiar. Eso mismo está escondido en la portada del libro. ¿Eres capaz de encontrarlo?

Si no, escríbeme a **hola@esterdelcampo.com** , y te lo desvelaré.

¿Demasiado pronto para despedirse?

El Universo de Plantío no ha hecho más que empezar. Mientras terminaba *La Tormenta,* ya iba imaginando el resto de historias. Así que, me encanta anunciarte que aún queda mucho Plantío que conocer, con más libros autoconclusivos, siguiendo las aventuras de protagonistas diferentes.

Mientras tanto, tengo varios capítulos extra sobre Maddie.

> Acarició su cuello con la nariz, recorriéndolo lentamente, notando cómo la respiración de Maddie luchaba por seguir con su trabajo. Si creía que él la volvía loca, es que no tenía ni idea de cómo sus reacciones le afectaban a él.
>
> —Deberíamos cambiar eso—le propuso.
>
> Luego depositó un leve beso sobre su cuello, tan lento que, aunque pretendía ser una tortura para ella, terminó siéndolo también para él.

¿Quieres más? Sólo te voy a pedir algo a cambio: por favor, **escríbeme una reseña en goodreads y en amazon** (aunque no hayas comprado el libro allí). Cada valoración me ayuda muchísimo para que *La Tormenta* siga viajando a nuevas lectoras, especialmente al ser autora autopublicada, sin el respaldo de una editorial.

Mándame un pantallazo de tu reseña a mi correo: hola@esterdelcampo.com , y te haré llegar los capítulos extra que tengo para ti:

Un capítulo con Maddie y Jake después de la historia, pero antes del epílogo, ¡desde el punto de vista de Jake! (Te vas a derretir).

El capítulo XIII. Olas, desde el punto de vista de Jake.

Otros capítulos extra, porque no dejan de llegarme ideas.

¡Gracias por tu reseña!

Sigo escribiendo

Lo que sucede con la escritura es que, una vez empiezas, ya no puedes parar. No dejan de llegarte ideas nuevas de escenas, de historias, de amores… Y así estoy yo, escribiendo mis próximos libros mientras tú acabas de terminar este.

¿Quieres saber en qué estoy trabajando ahora? Te lo cuento en mi web:

www.esterdelcampo.com

También puedes seguirme en instagram (**@esterdelcampo**), donde comparto fragmentos que soy incapaz de mantener en secreto, imágenes de aesthetics de mi escritura actual, canciones que me inspiran y otras curiosidades.

Pero la fuente oficial, y donde encontrarás toda la información sobre mis próximas publicaciones, es a través de **mi newsletter** . Apúntate desde mi web (www.esterdelcampo.com), y recibe regalos, descuentos y toda la info más exclusiva de mis futuros proyectos.

A continuación, te dejo también la dirección para que escribas las reseñas del libro, por si te animas. ¡Me harías muy feliz!

Sobre la autora



Ester del Campo (Toledo, 1990) ha sido una apasionada de la lectura desde siempre. Como muchas de su generación, sueña con tener una biblioteca como la de *La Bella y la Bestia,* con estanterías interminables y escaleras para recorrerlas. Aunque aún no la tiene, disfruta perdiéndose en los libros y dejándose llevar a mundos lejanos, viviendo emocionantes aventuras a través de sus páginas.

La escritura ha estado siempre presente en su vida: desde canciones y diarios, hasta relatos que guarda para sí misma. En 2024, decidió dar un paso más y compartir su primera novela, *La*

Tormenta, con un público más amplio, más allá de sus amigas y su prima, quienes siempre fueron sus primeras lectoras.

Actualmente, Ester compagina su carrera como economista con su verdadera pasión: escribir historias llenas de amor y acción. Amante de todo lo creativo, desde la música hasta el diseño, ha encontrado en la escritura el espacio perfecto para soñar despierta y seguir creando. Su mayor deseo es que sus historias hagan volar la imaginación de sus lectoras, tal como los libros han hecho con ella.